LA SERIE QUE HA CONQUISTADO A LOS AMANTES DEL *THRILLER* NÓRDICO

★★★★★★

JYSKE MEDIER

JENS HENRIK JENSEN

OXEN

LA LLAMA CONGELADA

El soldado de élite Niels Oxen es una de las personas más buscadas de su país.

Ahora todos creen que ha muerto. Sin embargo, la poderosa Danehof, la red secreta que ha estado persiguiéndolo durante años, ha fracasado en su intento de asesinato. Ahora el veterano soldado se enfrenta a un dilema: revelar que está vivo o seguir en las sombras. Ambas opciones lo condenan a una huida permanente, sin la posibilidad de volver a ver a su hijo. Solo hay una salida: derrotar a los hombres oscuros. Pero ¿cómo se lucha contra un enemigo invisible?

UN HOMBRE CON UN IRREFRENABLE AFÁN DE JUSTICIA LO APOSTARÁ TODO A UNA ÚLTIMA CARTA.

Jens Henrik Jensen

Oxen. La llama congelada

Oxen - 3

ePub r1.0
Titivillus 21-11-2023

Título original: *De frosne flammer*
Jens Henrik Jensen, 2016
Traducción: Beatriz Galán Echevarría

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

JENS HENRIK JENSEN

OXEN

LA LLAMA CONGELADA

Traducción de Beatriz Galán Echevarría

Para Hugo, Victor y Mai

1

La figura estaba sentada sobre la roca, inmóvil, descansando bajo el sol, tomando fuerzas, cual reptil hambriento y de sangre fría. Entre pinos pequeños y lechos de musgo se alzaban desoladas islas de brezos marrones, y los restos de nieve que aún quedaban en la sombra permanente de las grietas de las rocas daban a entender que el invierno aún no había terminado.

Por cuanto alcanzaba a ver, lo único que se movía era un cuervo, que picoteaba algo que, solo remotamente, recordaba al cadáver de un conejo.

En este paraje, a principios de año, todo era estéril y magro.

La figura sobre la roca tenía las piernas cruzadas y parecía congelada. La espalda estaba erguida; los pies, descalzos; las manos, apoyadas en los muslos.

Era un hombre.

Bajo la dura luz de marzo, las numerosas cicatrices de su pecho desnudo resultaban claramente visibles. Algunas eran viejas y pálidas, otras frescas y de color morado oscuro. Líneas curvas y dentadas, grabadas por todo su cuerpo pálido y musculoso y unidas con centenares de puntadas.

El hombre llevaba el pelo largo recogido en una pequeña cola de caballo tras la nuca, y una barba rala y rebelde le crecía en el cuello, la barbilla y las mejillas. Parecía un esquiador varado en un archipiélago de rocas, brezos y coníferas.

Tenía los ojos cerrados y la cara vuelta hacia el sol, y se hallaba en un punto estratégico ubicado entre dos grandes rocas, donde el aire era más cálido y el viento no podía alcanzarlo.

Llevaba inmóvil media hora. Sin alzar una mano. Sin mover un dedo. Sin arquear una ceja ni arrugar la nariz. Su presencia parecía responder a un intercambio concentrado de energía entre el organismo insignificante de la roca y la estrella generadora de vida a 149 600 000 kilómetros de distancia.

A la izquierda del hombre había unas viejas botas de goma en cuya caña había metido los calcetines. A su derecha, una camiseta, una camisa de leñador y un suéter de lana. En lo alto de la pila de ropa, algo brillaba al sol. Un cuchillo. Había manchas de óxido en la hoja y el mango había conocido épocas mejores. Había sido reparado y atado con una cuerda.

Finalmente, cuando el hombre empezó a moverse de nuevo, lo hizo con una lentitud infinita, como si el sol no hubiera acabado de aportar nuevas fuerzas a sus músculos.

Estiró los brazos hacia delante y los levantó hasta la vertical. Luego inspiró hondo y exhaló el aire lentamente, mientras los bajaba hacia los lados como a cámara lenta, de vuelta a la posición inicial, para empezar de nuevo el ejercicio.

Estaba en la sexta repetición, con los brazos extendidos, cuando de pronto los dejó caer y volvió la cabeza con cautela. Había oído algo. Desde el sendero le llegaron unas voces desconocidas que se abrieron paso hasta su lugar bajo el sol en la pequeña formación rocosa.

El hombre no perdió ni un minuto en vestirse. Se llevó el cuchillo a la boca y lo sujetó entre los dientes a toda velocidad, dejando libres ambas manos para apoyarse. Ligero como un felino, se deslizó en silencio y se agazapó tras una enorme roca que quedaba al lado del camino.

Observó con cautela desde detrás. Las voces se volvieron más fuertes; luego aparecieron dos hombres. Caminaban tranquilamente, uno al lado del otro, e iban charlando. Él se agazapó contra la roca y memorizó en segundos todos los detalles.

Los hombres debían de tener unos setenta años, pero eso no le hizo relajarse. El enemigo podía tener cualquier edad.

Ambos llevaban botas de montaña, y uno de ellos, una pequeña mochila. Su ropa estaba limpia y era muy adecuada, perfecta para una excursión al aire libre, de color verde caqui y gris, con chaqueta holgada y un chaleco con un suéter de lana debajo. Él buscó cualquier pequeño bulto en la tela que pudiera indicar que los hombres iban armados y se fijó atentamente en sus ojos para ver adónde dirigían su atención.

Era francamente insólito que dos extraños se adentraran en esa zona remota que había sido su hogar durante varios meses. Ya solo la época del año le hizo sospechar. Mediados de marzo… Era demasiado pronto para salir de excursión, pero nada en aquellos dos señores activó sus alarmas.

Cuando por fin pasaron junto a la roca tras la que se escondía, pudo oírlos discutir sobre el mejor modo de invertir los ahorros para

la jubilación. El tema de conversación acabó de calmarlo. Se quedó en su escondite hasta que los hombres se perdieron de vista.

La pequeña casa de madera blanca, con la plancha de uralita roja ondulada a modo techo, brillaba bajo la luz del sol. Estaba en una colina no muy elevada, sobre la pequeña bahía con el barco en el muelle, y más allá solo había rocas. Con esta luz parecía como si alguien hubiera lavado la casa recientemente y la hubiera tendido a secar en el cielo azul.

Por primera vez desde que empezó el año, en este nuevo mundo del hombre, el sol tenía verdadera fuerza. Era un día sensacional.

Ya había pasado otros días sentado sobre la roca, con el torso desnudo al sol y adentrándose en las profundidades de su propio ser, pero aquel fue el más bonito de todos, sin lugar a dudas. La primavera pronto tomaría las riendas.

Dejó el sendero y siguió el caminito que conducía hasta la casa. La vio en cuanto dobló la esquina hacia el jardín, antes incluso de que ella se diera cuenta de su presencia. Estaba sentada en su lugar habitual, de espaldas al leñero, con el caballete ligeramente inclinado para captar la luz en el ángulo correcto. Su cabello gris estaba escondido bajo un sombrero de paja de ala ancha.

Pintaba flores, otra vez. Nunca la había visto pintar otra cosa. Cuando lo vio, agitó su pincel hacia él y lo saludó en inglés:

—¡*Hello*, Dragos! ¿Has salido otra vez a pasear? Siempre en movimiento, ¿eh? Está claro que eres un espíritu inquieto.

—¿Rosas? —preguntó él.

La mujer sonrió y sacudió la cabeza.

—Tulipanes. Un montón de tulipanes…

2

Las palabras resonaron en el taller, más cercanas a una afirmación que a una pregunta:

—¿Lars Thøger Fritsen?

El cartero había entrado mientras él trabajaba en el vehículo que estaba subido a la grúa, y había usado un tono tan militar que Fritsen estuvo a punto de entrechocar los talones y presentarse para pasar revista. Al final se contentó con lanzarle una mirada suspicaz desde debajo de la rueda delantera del Toyota.

—Aquí —dijo.

—Correo certificado —exclamó el cartero—. Necesito una firma, gracias.

Fritsen dejó la amoladora angular y salió de debajo de la vieja camioneta.

—¿Debe registrar que lo he recibido?

—Sí, aquí tiene —dijo el cartero, entregándole un sobre grande y acolchado—. Firme aquí.

Fritsen garabateó su nombre en el espacio que le indicó para la firma electrónica.

—Gracias —dijo el cartero, que en el mismo instante le deseó un buen día y salió del taller.

Fritsen se quedó quieto unos segundos y miró el sobre, con asombro. No esperaba nada, y menos aún un correo certificado.

«L. T. Fritsen, Reparación de automóviles, calle Amagerbro 108, 2300 Copenhague. Nota: entregar a Lars Thøger Fritsen en persona». En el reverso figuraba el remitente, un bufete de abogados de Copenhague: Sjørsleb, Blaufeldt & Juel. El nombre no le decía nada.

Sopesó el sobre en su mano y lo palpó con los pulgares. Era sorprendentemente pesado y parecía contener un objeto oblongo hecho de algún material duro.

—¿Y bien? ¿Funciona?

Miró con curiosidad a su aprendiz, que luchaba con el faro roto de

un BMW negro tuneado. En ese momento, el coche estaba hecho un desastre. El capó se había arrugado como un acordeón después de que el conductor decidiera conocer un árbol de cerca. Tras consultarlo con la compañía de seguros, convinieron en la necesidad de reemplazar toda la carrocería.

El aprendiz se limitó a asentir. Fritsen dudó un momento antes de decidirse a abrir el misterioso sobre en su oficina.

Se sentó en su escritorio y apartó una pila de papeles para hacer sitio. Luego abrió el sobre con el pulgar. Se limpió las manos con la pernera del pantalón, por precaución, y finalmente extrajo de su interior una caja de plástico negro y una carta. Sacó sus gafas del bolsillo de la camisa.

> Estimado Sr. Lars Thøger Fritsen, nuestro bufete de abogados recibió el encargo de administrar el patrimonio de la Sra. Gudrun Oxen, quien hasta la fecha residía en la residencia Solbakken, en Ringsted. Al examinar sus pertenencias dimos con la cajita adjunta, que iba acompañada de una nota escrita por el hijo de la difunta, el Sr. Niels Oxen. En ella solicitaba que le enviasen a usted la cajita, dado que él no podrá ser informado de la muerte de su madre.

¿Qué diablos significaba aquello? Releyó el primer párrafo y luego continuó:

> Estamos al corriente de la situación poco precisa en la que se halla el propietario legítimo de la cajita, Niels Oxen. Como no se han esclarecido las circunstancias de su presunta muerte, deberán pasar cinco años antes de que sus familiares puedan darlo por muerto. Hemos informado de todo ello a la hija de la difunta, la Sra. Susanne Oxen Viig, y ella ha accedido a seguir las indicaciones de su hermano. Queda usted designado, por tanto, administrador legal del archivo adjunto de este correo (puede consultar la copia adjunta del consentimiento de la Sra. Oxen Viig, así como una lista completa del contenido de la caja) y nosotros damos por finalizados nuestros servicios.

¿Oxen? Gudrun Oxen, Susanne Oxen… y Niels.

Abrió cuidadosamente la cajita. Estaba forrada con terciopelo rojo… y su contenido rezumaba corazón y coraje. Niels Oxen en su lecho de muerte, ausente. Su vida narrada en cuatro medallas.

La primera era una Medalla al Valor. Ya no recordaba la historia que se escondía tras ella. La segunda, obtenida también por su valentía, estaba complementada con hojas de roble plateado. Recordaba esa historia mejor que cualquier otra: N. O. obtuvo la

condecoración porque saltó sin dudarlo al río Una, en Kostajnica, para salvar la vida de un compañero de la Compañía Bravo que había sido alcanzado por un francotirador serbio.

Ese compañero no era otro que él mismo, L. T. Fritsen.

A veces, la cicatriz del pecho todavía le picaba. A veces sentía el agua fría y negra cerrándose a su alrededor, cubriéndolo de muerte. Y cada vez despertaba empapado en sudor después de que unos fuertes brazos lo arrastraran de vuelta a la vida.

La tercera era una Medalla al Valor con hojas de roble dorado. Si la memoria no le fallaba, N. O. la había recibido después de un despliegue en el que los soldados de combate daneses habían estado involucrados en la *Operation Enduring Freedom* en Afganistán. N. O. había acudido en ayuda de la tripulación de un helicóptero que había sido objeto de un intenso tiroteo.

Con cuidado, desabrochó el imperdible que fijaba en el terciopelo el cuarto y último galardón, y con enorme respeto, colocó la medalla sobre su palma extendida.

Era el máximo reconocimiento, y solo se otorgaba en casos muy especiales. Niels Oxen era hasta la fecha el único merecedor de la Cruz al Valor. En 2009, cuando los soldados del cuerpo de combate estaban destinados en la provincia afgana de Helmand, N. O. se coló entre las líneas enemigas y mató con sus propias manos a ocho guerreros talibanes para salvar a sus camaradas, que habían sufrido una emboscada.

Volvió a guardar la bonita cruz negra, y los cuatro galardones se volvieron borrosos ante sus ojos.

No, ahora no, no en el trabajo, no en una mañana normal… Enfadado, se secó las lágrimas con el dorso de su mano aceitosa.

Tenía que encargarse del Toyota que estaba en la grúa. Tenía que tenerlo listo para mañana.

Pero las emociones le sobrevinieron con una fuerza inesperada. No pudo hacer nada por evitarlo. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, sin más, y empezaron a mojarle la cara, los labios, el cuello… y a llenar directamente el agujero que la muerte de Oxen había abierto.

—Jefe, necesito… —El aprendiz se había acercado, pero se detuvo en seco—. Oh… ¿sucede algo?

Él levantó la vista y sacudió la cabeza.

—Nada, nada, tranquilo…

—Humm, está bien, no hay prisa.

El chico salió de la oficina sin darle la espalda y cerró la puerta tras de sí.

Fritsen dejó la cajita sobre el escritorio. Las medallas refulgieron

bajo la luz del sol que entraba por la ventana. Lo que más lo atormentaba era la incertidumbre. ¿Encontrarían alguna vez el cuerpo de Oxen para poder enterrarlo? ¿Lo habrían desmenuzado cangrejos y anguilas? ¿Existiría siquiera algo así como el descanso de los muertos en el mar? ¿O habría sido desgarrado por la hélice de un barco, que le habría arrancado la carne de los huesos? Y si algún día las olas lo empujaban a una costa extraña… ¿quién se ocuparía de él? ¿Quién se aseguraría de que obtuviera el respeto que merecía más que nadie?

Fritsen se sentó, inmóvil, en la silla del escritorio, mientras lo revivía todo con su memoria, una vez más.

El día en que Oxen lo sacó del Una. La temporada en el hospital. La creciente amistad que acabó uniéndolos con un vínculo irrompible. Los años en que Oxen se dejaba caer por el taller cada dos por tres, solo para charlar un poco; solo para desahogarse un poco. Y luego, el lento descenso que había acabado recluyéndolo en un sótano del Barrio Noroeste, con la oscuridad cerniéndose sobre él.

Fritsen trató de apoyarlo y aconsejarlo del mejor modo, pero Niels Oxen era un hombre que seguía su propio camino y tomaba sus propias decisiones. Esa era su fortaleza. Y su debilidad.

Y aunque a partir de ahí se habían visto en muy pocas ocasiones, él siempre había estado reparando cosas para Oxen. «Reparar» se le daba bien. Y, en el peor de los casos, siempre conocía a alguien que podía hacerlo.

Pero ahora todo había acabado. Y las medallas estaban en su escritorio. Tal como le había profetizado en su momento esa mujer del servicio de inteligencia. Su nombre era Franck, y había descubierto las medallas y la carta con las instrucciones de Oxen en un cajón cuando visitó a la madre, que sufría demencia, en el hogar de ancianos de Ringsted.

¿Cómo había podido terminar así? En los últimos dos años solo había captado fragmentos de la vida de Oxen, pero conocía bien el principio. Y el final.

Los medios de comunicación lo habían servido al resto del país en bandeja: se decía que el veterano de guerra sospechoso de asesinar a un viejo piscicultor había robado un barco en un pequeño puerto del norte de Jutlandia y había partido hacia Suecia por la noche, pero que poco antes de llegar a su destino se había producido una supuesta explosión a bordo. Testigos suecos habían visto un rayo de luz en el mar, y más tarde se encontraron los restos del barco danés. Aunque ni rastro de Niels Oxen.

Sus ojos aún ardían cuando por fin marcó el número de su esposa. Afortunadamente, ella contestó el teléfono enseguida.

—Soy yo. Acabo de recibir sus medallas por correo, y también la Cruz al Valor. Estoy bastante afectado, cariño…

Le contó lo que había sucedido y cómo se sentía al respecto, como siempre hacía. Ella era el eje de su vida. Lo conocía mejor que nadie. Lo escuchó y le aconsejó. Fue como un soplo de aire fresco para él. Colgó. Durante la cena volverían a repasarlo todo. El asunto de Niels apestaba…

El Niels Oxen que conocía jamás habría acabado con la vida de un anciano indefenso. Jamás habría matado a alguien que no fuera un enemigo real. Era terrible, y tristísimo. Una mentira grande y sucia que un pequeño hombre como él no podía detener. Todo el país se creyó el cuento del héroe de guerra caído en desgracia. La idea era insoportable.

El verdadero legado de Oxen yacía aquí, ante él, sobre el escritorio, envuelto en una capa de terciopelo rojo.

Se levantó lentamente. Tenía un Toyota que reparar.

3

El paisaje que formaban las oficinas de la empresa importadora de maquinaria agrícola se mostraba desierto frente a ella. Era su segunda semana en la empresa de limpieza y ahora empezaba su turno de noche en Ballerup.

Eran poco más de las nueve. Afuera estaba oscuro y el equipo de limpieza acababa de ponerse manos a la obra cuando ella, armada con un trapo y un cubo de agua enjabonada, empujó el carrito de la limpieza por el pasillo.

Oyó una puerta cerrarse tras ella. Era su jefe, que andaba en dirección opuesta para ocuparse de las oficinas más pequeñas. Había acudido al rescate sin dudarlo cuando una de las trabajadoras, una joven lituana a la que le tocaba trabajar aquella noche, no había aparecido.

Hasta ahora solo había trabajado con mujeres y hombres polacos, lituanos o letones. Y cinco minutos antes, en el cuartito de la limpieza, el jefe le había confirmado que ella era la única empleada danesa de toda la empresa.

—Bienvenida a la clase baja. Los daneses nunca responden a mis anuncios. Todos prefieren tirar de las ayudas sociales antes que mover el trasero y ponerse a limpiar. ¿Quién crees que lava los platos o hace las camas en los hoteles? Los daneses seguro que no. Así que… que nadie se atreva a quejarse del desempleo conmigo delante.

Ella se limitó a asentir. Una discusión con su jefe, un hombre musculoso de poco más de treinta años, era algo de lo que prefería prescindir. El tipo iba cargado hasta arriba de esteroides anabólicos, llevaba una camiseta negra superajustada con un bordado dorado, y vestía pantalones anchos de estampado militar y zapatillas blancas.

Solo se habían visto en dos ocasiones y, en ambos encuentros, no habían estado juntos ni media hora. La primera vez fue en la entrevista que le hizo para darle el trabajo y la segunda era esta de ahora. No necesitaba mucho más para descubrir que Bo Bremer ya se

sentía abrumado con las dos letras de su nombre. Desafortunadamente, el hombre tenía mucha masa corporal en todas partes menos en una: la que quedaba entre sus orejas.

El trabajo de limpieza era físicamente exigente y el horario que el idiota había establecido era duro y claramente explotador.

Aunque en realidad encajaba perfectamente en la prótesis, el muñón del muslo le dolía, y en la espalda notaba la tensión de estar compensando en exceso. Este trabajo era un recurso de emergencia hasta encontrar algo mejor, pero por el momento no había forma de evitarlo. Ya había calculado lo que le reportaría la venta de su apartamento, que había comprado muy caro cuando los precios inmobiliarios aún eran astronómicos. Ese sería probablemente el siguiente paso para frenar su descenso.

Se puso los auriculares y subió el volumen. El álbum de Metallica *Load*, de los años noventa, le ayudó a no pensar en nada.

Solo faltaba el último escritorio grande; luego ya podría pasar la aspiradora. Había limpiado la pantalla del ordenador con un trapo seco y se había inclinado hacia delante para pasar un paño húmedo por la parte de atrás de la mesa cuando dos fuertes brazos la agarraron por detrás. Se puso tensa como una vara de metal.

—¿Qué, cariño, qué te parece? ¿Lo hacemos aquí, en el escritorio? Te doy mil quinientas coronas en efectivo…

Su jefe se había acercado en silencio y ahora le susurraba al oído.

—¡Suéltame, hijo de puta!

Él la soltó unos segundos, pero solo para cogerle los pechos con las manos de inmediato.

—Nunca he follado con una persona discapacitada, pero parece que tus tetas están bien, así que… venga, subo a dos mil coronas, perra descarada…

—¡Suéltame!

—¡Vaya! Una perra salvaje, ¿no? Me gusta, me gusta…

Ella cogió impulso y golpeó con la parte posterior de su cabeza la desagradable cara del tipo. No fue lo suficientemente fuerte como para librarse de él, pero al menos sí para desconcertarlo unos segundos. Presionó la rodilla de su pierna sana contra el escritorio y empujó. Él dio un paso atrás y ella aprovechó el momento para poner su pie en el borde de la mesa y empujar con todas sus fuerzas. Ambos cayeron hacia atrás, y, en la caída, él tuvo que soltarla.

Franck se puso en pie a toda velocidad. Él sonrió, baboso.

—Así que lo prefieres duro, ¿eh? Pues vale, por mí está bien —dijo poniéndose de pie y dando un paso hacia ella.

En los viejos tiempos se habría limitado a sacar su arma de servicio

y le habría metido una bala en la pierna o en algún otro lugar inofensivo. Pero los viejos tiempos eran agua pasada y resistírsele no era una opción. Era demasiado fuerte. Así que tendría que acabar con él en el primer asalto.

Una de las reglas básicas de la defensa personal y de todo arte marcial consiste en usar la inercia del otro a tu favor. De este modo, hasta las mayores diferencias en la distribución de fuerzas pueden acabar igualándose. En cuanto él se abalanzó sobre ella, ella le arrojó el trapo mojado a la cara, lo cual solo contribuyó a enfurecerlo aún más. Él cogió fuerzas para golpearla, pero antes de que pudiera estirar del todo el brazo, ella agarró su muñeca y tiró de ella hacia sí, la esquivó con medio giro y la cogió del pelo con la otra mano.

Bo chocó literalmente contra la pared, y ella ayudó un poco a que así fuera empujando su cabeza contra el hormigón con todas sus fuerzas. Cuando cayó de rodillas, ella tiró de su cabeza hacia atrás y lo golpeó contra la pared por segunda vez. El hombre cayó al suelo.

—¡Espero que en el futuro te comportes con más educación, bastardo de mierda!

Gimiendo, el jefe rodó hasta quedar boca arriba y la miró. Entre la sangre que le caía de una ceja partida y la de la nariz, probablemente rota, esbozó una sonrisa burlona.

—Pues ahora no te daré ni una sola corona, puta —dijo, y con un gemido se puso en pie—. ¡Te voy a matar!

Increíblemente, había recuperado la fuerza suficiente para lanzar otro ataque sin sentido y se abalanzó sobre ella. Franck agarró lo primero que encontró, una lámpara de escritorio con una base sólida, y la blandió contra su barbilla.

El hombre se desplomó como un saco mojado. Esta vez no se levantaría tan rápido. Ella le dio la vuelta para ponerlo boca abajo y sacó un billetero bien grueso de su bolsillo. Su rostro era ahora una masa deforme y ensangrentada, pero no merecía nada mejor. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos mientras ella sacaba un fajo de billetes de mil coronas. Lo que imaginaba. Era el típico que iba con dinero encima. Contó los billetes y llegó hasta el número diecisiete. Seguro que pagaba en negro a varios de sus empleados.

—¡Está bien, imbécil! Los primeros diez son por el salario que me debes. Dos, por el acoso sexual; tres, por el asalto violento, y el resto, como compensación por tener que trabajar con un cerdo tan miserable y asqueroso como tú. Y si alguna vez vuelvo a verte, te denunciaré. ¿Entendido?

Se guardó el dinero en el bolsillo y tiró el billetero vacío al suelo, junto a él. Luego se dio la vuelta y salió de la oficina.

De camino a casa empezó a llover a mares. El agua caía con tanta fuerza que el tráfico apenas avanzaba. Sus pensamientos iban de un lado a otro, al ritmo de los limpiaparabrisas.

Mañana mismo tendría que ponerse a buscar otro trabajo. O mejor dos. Pero no volvería a limpiar. Se había sobreestimado con eso. Quizá encontraría algo en un quiosco, o una cafetería, o un supermercado… O también podía conducir un taxi. ¿O una combinación de todo?

Poco antes de llegar a Herlev, su Suzuki empezó a fallar. El pequeño Alto, que tenía ya catorce años, era también un símbolo de su colapso: cuando se dio cuenta de que nunca más podría volver a encontrar un buen trabajo, se vio obligada a separarse de su adorado Mini Cooper.

El coche aún aguantó un último kilómetro por la calle Herlev Hoved y al final logró detenerlo, no sin esfuerzo, junto a la acera, antes de que se le parara definitivamente el motor. Lo más probable era que la lluvia tuviera la culpa. ¿Se habría humedecido el motor de arranque, tal vez?

Seguía lloviendo a cántaros. Golpeó el volante con ira. Ni siquiera podía llamar a asistencia en carretera, porque el servicio también había sido víctima de sus recortes de austeridad.

Estaba sucediendo todo tal como lo había anunciado Villum Grund-Löwenberg. Los hombres oscuros del Danehof habían acabado con ella en un abrir y cerrar de ojos. Era el precio que tenía que pagar por haber ayudado a Niels Oxen, el jefe del CNI Axel Mossman y su sobrino Christian Sonne a colarse en el centro de la red secreta y tratar de acabar con ella. Había puesto su vida —antes tan cómoda— en peligro. Esa era la cruda realidad. Su vida había quedado congelada. Paralizada. Era el precio que tenía que pagar.

4

Los tres abrigos negros, junto con las tres capas del mismo color, habían sido cuidadosamente doblados y depositados sobre los respaldos de las sillas. Con un movimiento de la mano, el anciano pidió a sus dos invitados que tomaran asiento bajo la bóveda encalada y blanca.

Entre el anfitrión y sus invitados se abría toda una generación. El hombre de las gafas, la frente alargada y el pelo canoso debía de rondar los setenta años. Cogió una cerilla y encendió las velas del candelabro de siete brazos.

Sus invitados, un hombre y una mujer, parecían tener ambos unos cuarenta y tantos. La mujer se colocó detrás de la silla que quedaba al norte —si considerásemos la mesa como una rosa de los vientos—. El hombre se situó justo frente a ella; es decir, al sur.

El anciano ocupó su posición habitual, al este, y dejó sus gafas y un montón de papeles frente a sí. Al igual que sus invitados, había colgado la capa, la había cerrado con una hebilla dorada y se había asegurado de que todo estuviera listo. Entonces rezó el padrenuestro. Después de la oración, hicieron un minuto de silencio.

Miró su reloj de pulsera con discreción. Aquel minuto ceremonial pretendía honrar a todos los que habían caído desde la última reunión. El silencio siempre le había parecido muy reparador. Acuciaba la concentración para el trabajo que los esperaba, una vez cumplidos los sesenta segundos de respeto por la transición al otro mundo.

A su derecha tenía a la líder del Danehof del Norte, Karin «Kajsa» Corfitzen, hija del fallecido embajador y señor del castillo de Nørlund. Kajsa Corfitzen, que debía su apodo a su madre sueca, era una mujer elegante y atractiva. Había estudiado economía internacional y había pasado toda su vida adulta en Londres. Tras la repentina muerte de su padre, había alterado siglos enteros de tradición del Danehof, lo cual a él no lo molestaba lo más mínimo. Nada en este mundo era para siempre. Es más, si hubiera sido una o dos décadas más joven, sin

duda habría tratado de beneficiarse de los favores de esa mujer.

A su izquierda, Villum Grund-Löwenberg, siempre como recién salido de la ducha y afeitado con tanta precisión que su espesa barba negra parecía estar dibujada sobre su piel bronceada al sol. Su *aftershave* exhalaba un ligero aroma a sándalo. Siempre utilizaba el mismo: «Taylor of Old Bond Street», de Londres. (Se lo había explicado en una ocasión, durante unos minutos de charla desenfadada). Y también ponía el mismo cuidado en sus trajes, siempre elegantes y todos del mismo sastre de Savile Row.

El hombre alto y delgado que había heredado el castillo de Gram de sus padres, pero que principalmente vivía en Copenhague y Zúrich, no hacía ostentación de su riqueza. Al igual que Kajsa, había vivido muchos años en Inglaterra, donde había estudiado informática. Ahora tenía cuarenta y seis años y era socio fundador de la empresa Castle & Unicorn Corp, que desarrollaba plataformas digitales y *softwares* para compañías financieras, y que acababa de salir a bolsa con gran éxito en Suiza.

Villum Grund-Löwenberg era el icono del empresario danés. Multimillonario, visionario, con una impresionante red internacional a su cargo y, al mismo tiempo, más bien tímido. Era uno de aquellos hombres a quien todos quieren tener como amigo, aunque, en realidad, muy pocos lo lograsen.

Y aquí estaba él, entre esos dos jóvenes exitosos; y, al igual que ellos, en el momento en que cruzaba el umbral de aquella puerta, quedaba reducido a un punto cardinal: allí eran Norte, Sur y Este: la Asamblea Superior.

La ausencia de un representante del oeste tenía su origen en la fundación del Parlamento, en el Nyborg medieval, antigua residencia real y el centro neurálgico del país. Por aquel entonces Dinamarca se identificaba principalmente con su zona continental, esto es, la península de Jutlandia, que se dividía en norte y sur, y se tenían también muy en cuenta las islas del este del país, aunque Copenhague aún no tuviera un papel relevante. En el oeste, en cambio, no había —literalmente— nada. De ahí que el Danehof solo estuviera dividido en tres partes.

Asintió hacia sus invitados con la cabeza, retiró la silla con el respaldo de madera soberbiamente tallada, tomó asiento y se puso las gafas.

—Se abre la sesión. Esto es el Danehof. Segunda reunión del año.

En su calidad de jefe del Este había iniciado ya innumerables reuniones con esas mismas palabras, tal como prescribía la tradición. En otoño cumpliría sesenta y nueve años. La jubilación quedaba cada

día más cerca, tanto en lo que respectaba a su actividad laboral como a aquella otra tarea sublime. Por esta razón, hacía ya un tiempo que había empezado a buscar un sucesor apropiado para el cargo. Un proceso que podría llevarle años.

Uno tenía que aceptar su edad y admitir sus propios límites. Por desgracia, muchos de sus predecesores no pudieron dedicar la atención necesaria a ese punto, y fracasaron.

—¿Alguien desea tomar la palabra?

El Norte y el Sur movieron la cabeza hacia los lados, a modo de respuesta.

—Bien. Entonces, permítanme empezar mencionando algunas consideraciones previas sobre la situación actual: punto número uno, ya se ha decidido quien será el nuevo jefe del Ejército danés, aunque su nombramiento se retrasará un poco. Será Yssing. Lo conseguimos. Tomamos la decisión correcta cuando, en su momento, decidimos invertir en él de un modo tan rotundo. Hacía treinta y nueve años que el Danehof no controlaba esta importante posición, así que es un acontecimiento digno de celebración para nosotros.

Sus colegas parecían satisfechos. Él continuó, sin necesidad de mirar sus apuntes:

—El punto número dos es, por así decirlo, consecuencia natural del uno… Se ha suspendido cualquier actividad relacionada con el antiguo soldado Niels Oxen. Hace más de medio año que fue visto vivo por última vez, disponen de la información completa en sus carpetas, y, por tanto, he decidido dar por concluida nuestra búsqueda activa de su persona. Al principio recorrimos todos los hospitales y clínicas, de los más grandes a los más pequeños, así como instalaciones y organizaciones en un radio muy extenso, y también accedimos a todos los informes policiales del país. En las últimas semanas centramos nuestros esfuerzos en revisar sistemáticamente todos los cuerpos encontrados en Kattegat, el mar Báltico y determinadas zonas del mar del Norte, lo cual supuso un gasto extraordinario. Es por ello que he decidido finalizar la búsqueda. Nadie duda de la muerte de Oxen. Solo nos queda aceptar el hecho de que, probablemente, nunca encontraremos la prueba definitiva: su cuerpo. Algo no poco frecuente en los accidentes marítimos.

El Sur levantó la mano. Él se interrumpió y asintió.

—¿Revisar sistemáticamente los cuerpos encontrados? ¿Cómo funciona eso? —preguntó Grund-Löwenberg.

—Principalmente, con la ayuda de nuestros contactos en las policías sueca y noruega. Pero en el mar Báltico también hemos tenido que aflojar dinero. Hemos pagado para que nos notificaran todos los

hallazgos y nos informaran sobre la identidad de todos los cuerpos. ¿Tiene suficiente con esta explicación?

El Sur asintió y el Este continuó:

—Llegamos entonces al punto tres. Desde nuestra última reunión hemos perdido a cuatro miembros, que han entrado a formar parte de nuestra lista de pasivos. Uno en el Norte, uno en el Sur y dos en el Este. Solo uno de ellos ha dejado una viuda. Nuestras obligaciones con los otros tres concluyen aquí.

—Podríamos ahorrar grandes sumas de dinero si dejáramos de atender a los familiares —sugirió el Norte, levantando las manos al instante para disculparse, pues los comentarios espontáneos iban en contra de las reglas del protocolo.

—Como saben, el respaldo a los jubilados y a sus cónyuges tiene raíces históricas —dijo el Este— y es indiscutible. Hasta aquí las consideraciones previas. ¿Podemos continuar?

Sus colegas asintieron. Él tomó dos carpetas de la pila que tenía enfrente y se las entregó.

—Estos dos informes son el primer punto del día de hoy. Deberían haberlos recibido vía mensajero hace ya seis días.

Miró por encima de sus gafas, primero a la izquierda, luego a la derecha. En ambos casos, sus palabras fueron confirmadas con un breve asentimiento.

El caso competía a su distrito, y fue él quien solicitó los informes. La información obtenida era muy extensa. La recabaron durante un período de dos semanas, y no dudaron en usar micrófonos y cámaras ocultas. Fue una operación bastante cara.

—Permítanme ponerlos en antecedentes: a finales de agosto empezó el mayor juicio que haya existido en este país relacionado con la monopolización del sector de la construcción. Como bien saben, Kresten Hildmand, miembro del segundo anillo del Este, fue acusado de mala praxis. El magistrado consideró que Hildmand era la figura central del entuerto, y que Sigurd Back, del tercer anillo del Norte, también estaba involucrado en ello. Estoy convencido de que, gracias a su membresía en el Danehof y a su participación en diversas actividades del *think tank* Consilium, Hildmand pudo, efectivamente, construir su propia red de contactos y controlar ciertas áreas determinantes de la industria de la construcción. Visto lo visto, si perdiera el juicio, Hildmand podría abrir la puerta de ciertas estancias privadas del Danehof. Y aunque el magistrado, hasta ahora, solo se haya percatado de su conexión con el Norte y con el castillo de Nørlund, seguro que no tardará en relacionarlo con el caso de los perros ahorcados y puede que hasta inicie una investigación a todos

los miembros del Danehof de esa época. Dicho con otras palabras: debido a las imperdonables infracciones cometidas por Kresten Hildmand, nuestra organización se está viendo más amenazada y comprometida que nunca.

Carraspeó y volvió a colocar las dos carpetas en la pila.

—Las escuchas han sido realmente minuciosas. Creo que ahora tenemos toda la información relevante, tanto sobre Hildmand como sobre el magistrado, Per Eilertsen. Y en ambos casos contamos con información suficiente como para encontrar una solución a nuestro problema.

Siguió la misión, punto por punto. El material de las dos carpetas dibujaba unos perfiles bien claros.

Hildmand, el empresario de edad avanzada, llevaba una vida caótica con un consumo significativo de alcohol. Su matrimonio había hecho agua. Su esposa pasaba la mayor parte del tiempo de vacaciones o se escapaba con amigas los fines de semana a alguna gran ciudad mientras él salía de caza, pulía su pequeña colección de coches antiguos o se sentaba frente al televisor y pedía comida a domicilio. Y bebía, claro. Bebía hasta perder el conocimiento. La pareja solo mantenía un contacto esporádico con sus hijos, que ya eran adultos. Al menos la situación financiera estaba asegurada.

En una de las grabaciones que extrajeron del micrófono oculto en la cocina de la pareja, Kresten Hildmand habló de sus planes a su esposa: mencionó que estaba considerando hacer un trato con el magistrado y poner todas sus cartas sobre la mesa, y que, a cambio de su cooperación, pensaba exigir una cierta reducción de la condena. A todo ello, su esposa le respondió con dureza que no le importaban en absoluto los tratos que hiciera, siempre que los negocios siguieran adelante.

El magistrado Per Eilertsen, que llevaba diecisiete años casado con la abogada Line Eilertsen y tenía dos hijas adolescentes, era el extremo opuesto a Hildmand. Siempre correcto e inexpugnable. Un hombre comedido y sensato, tanto para comprar acciones en bolsa como un par de zapatos.

Mucho de lo que acababan de comentar se sabía ya desde hacía tiempo, pero la investigación también aportó algunos detalles nuevos e interesantes sobre los caballeros. Descubrieron, por ejemplo, que al magistrado le gustaba subir el volumen de la música al máximo cuando estaba solo en casa y cantaba con entusiasmo «Wind of Change». Y que Hildmand tenía una Biblia en el cajón de la mesita de noche. No es que fueran cuestiones demasiado relevantes, pero…

Ese tipo de detalles resultaban indispensables. Uno tenía que

saberlo todo, no solo sobre los posibles adversarios, sino también sobre su propia gente. En cualquier caso, partían del firme propósito de que la información completa y realmente válida debía estar disponible antes de que la Asamblea Superior pudiera tomar una decisión tan importante.

Era cuestión de vida o muerte.

—Antes de confesarles cuál es mi opinión al respecto, me gustaría escuchar la suya. —Dio unas palmaditas a las dos carpetas con las palmas de las manos y miró a sus colegas—. ¿Cómo contrarrestamos esta amenaza?

5

Un tirón en el fondo, y luego una tirantez larga y sostenida en la caña de pescar. La cuarta presa de la mañana. A juzgar por la resistencia, de mayor calibre que las anteriores, que yacían en el fondo de la pequeña lancha motora.

Bacalao… Se lo comerían hoy mismo, porque era el cumpleaños de Tessa y él le había prometido que traería suficiente pescado para la cena y para llenar el congelador, que durante el invierno había ido vaciándose.

Se había situado en un lugar que ya le había dado buenas capturas otras veces: sobre la profunda grieta que se abría entre Växholmen y Ängholmen.

Tiró de la caña hacia arriba, luego otra vez hacia abajo y enrolló el sedal. Así era como debían sacarse las presas grandes a la superficie, aunque con eso solo no era suficiente.

Era un día frío. La templada primavera se resistía a llegar, aunque antes, bajo el cálido sol, sobre la roca, se había sentido muy a gusto.

Volvió a bajar la caña y alzó la vista. El agua estaba tranquila. El viento venía del noroeste y él estaba a sotavento de la isla del archipiélago de Klöverö. Desde aquí podía ver hasta Korsvik, aunque la casa de Tessa quedaba oculta tras un promontorio.

Su presa emergió de la superficie del agua. Un magnífico bacalao de al menos cinco kilos. No había tratado de atrapar el señuelo amarillo, sino el cebo que había puesto al lado, esa cosa de plástico suave con forma de pulpo que había comprado en Marstrand después de Navidad.

Tiró hacia arriba y cogió su presa junto con el cebo. La comida de cumpleaños perfecta. Theresa Lövgren cumplía hoy sesenta y tres años. Le había pedido prestadas cien coronas y se las había gastado en el supermercado Coop del puerto: en el señuelo amarillo y en un regalo, una caja de bombones.

Se lo debía todo a esa mujer.

Tessa lo había encontrado moribundo hacía unos meses en un archipiélago de Koddholmen, cuando salió a pescar temprano una mañana. Lo había metido en su bote, lo había llevado a su casita blanca, se había ocupado de él y lo había cuidado hasta que recuperó la salud.

El hecho de que siguiera vivo se debía a una serie de circunstancias afortunadas, entre las que se contaban el sentido del viento y las condiciones climáticas de esa noche en el archipiélago sueco, pero, sobre todo, aún estaba vivo porque la antigua doctora Theresa Lövgren no había olvidado cómo coser y vendar una herida.

«En mi opinión solo hay uno a quien debas agradecerle seguir con vida: nuestro Señor y Creador».

Recordó lo que ella había dicho durante la primera conversación que tuvieron, en inglés. Él no creía en Dios. Creía en los hechos.

Pero estaba más que agradecido de que su salvadora viviera en aquella isla casi desierta del archipiélago de Klöverö y que lo hubiera cuidado sin salir de su retiro autoimpuesto.

Si lo hubiera encontrado cualquier otra persona, lo habría llevado sin duda al hospital más cercano, en el que *ellos* no habrían tardado nada en encontrarlo porque, por supuesto, habrían estado revisando todos los hospitales a lo largo de la costa. Y entonces lo habrían matado en el acto. Así de simple.

Cuando su vida pendía de un hilo, la doctora Theresa Lövgren estuvo en el lugar correcto y en el momento adecuado. Ella le salvó la vida.

Y precisamente por eso tenía remordimientos. Porque le había mentido. Cada minuto, cada hora, cada día y cada semana desde que abrió los ojos por primera vez y le dijo su nombre: Dragos.

De hecho, esa mentira fue lo primero que recordó. Todo lo que había sucedido entre el momento en que su bote fue atacado y hundido por un helicóptero mientras huía hacia Suecia y aquel otro en el que Tessa lo sacó del agua… lo había olvidado. ¿Se había asido a los restos del bote? Era lo más probable. En su estado, no habría podido mantenerse a flote sin sujetarse a nada.

Se había convertido en «Dragos» por segunda vez en su vida, porque no se le había ocurrido nada mejor. La primera fue hace más de un año. En Nochevieja había encontrado refugio en el cobertizo de una piscifactoría remota, cerca de Brande, en la que el viejo piscicultor había sido víctima de unos ladrones. Dos rumanos irrumpieron en la casa de aquel pobre hombre en las primeras horas del todavía inocente Año Nuevo, lo redujeron y lo golpearon sin compasión. Él se lanzó a la refriega, despachó a los ladrones y los

devolvió a patadas a Bucarest, pero solo después de quedarse con sus pasaportes.

Allí mismo, en el sofá deshilachado del anciano Johannes Ottesen, más conocido como Johannes Fisk, que quiso brindar con su salvador, allí mismo decidió proteger su auténtica —y patética— identidad y se atribuyó el nombre del primer pasaporte:

Dragos. Adrian Dragos.

Luego, el anciano fue brutalmente asesinado y él se convirtió en el principal sospechoso del crimen. Y a estas alturas, seguro que todos habían asumido que se había ahogado en el mar.

Niels Oxen había muerto y Adrian Dragos seguía con su vida, expresándose en un inglés entrecortado que ahora se le antojaba completamente natural.

Aquella mañana, cuando se sentaron juntos a desayunar, había estado a punto de contárselo todo a Tessa. Merecía saber la verdad. Tal vez lo apropiado habría sido regalársela por su cumpleaños, pero en lugar de aquello permaneció toda la mañana en silencio, con sus chocolates, los bollos que horneó ella y la banderita sueca que pusieron entre ambos en la mesa del desayuno.

Seguía siendo Dragos. Un delincuente rumano, inofensivo y de poca monta, que había probado suerte en Dinamarca y había ido a dar con los tipos equivocados. Lo habían obligado a llevar a Suecia mercancías de contrabando, alcohol y cigarrillos, por el mar. Habían amenazado con hacer daño a su familia si se negaba. Pero poco antes de llegar a la costa sueca hubo un incendio en su barco y algo a bordo explotó. ¿Quizá la cocina de gas?

Había muchos elementos reales en esa historia, y eso fue lo que le contó a Tessa, aún desde la cama, cuando al fin pudo mantener una conversación.

Había traicionado a la cariñosa mujer que lo había devuelto a la vida, y le había mentido a la cara. Lo había hecho para protegerla, y también para protegerse a sí mismo. Pero los meses en Klöverö se sucedieron sin el menor motivo de preocupación o sospecha. El tiempo parecía haberse detenido en el invierno de aquella pequeña isla.

El caso es que ahora se acercaba la primavera y llegarían los visitantes. Excursionistas y amantes de la naturaleza. Miradas extrañas. Y más tarde —le advirtió Tessa poniendo los ojos en blanco — llegarían verdaderas legiones de navegantes, que anclarían uno al lado del otro en una bahía llamada Utkäften, un puerto natural no muy alejado de Korsvik. No podía hacerse una idea de cuántos llegarían a venir.

Cualquier cosa que flotara o tuviera motor se agolparía en esta parte del archipiélago. Marstrand acogía todos los años la Match Cup Sweden, y también estaban las regatas de Marstrand. Aquello atraía a mucho público, por supuesto. Y llamaba la atención.

Pero lo que él quería era ser invisible, así que no podía quedarse. Ya lo habían hablado. Tessa quizá podía conseguirle trabajo en un aserradero que pertenecía a un miembro de su familia. Estaba ubicado en el extremo norte del golfo de Botnia, en Haparanda. No encontraría un lugar mejor y más apartado. Los contrabandistas pensarían que estaba muerto y, cuando ganara suficiente dinero, regresaría a casa, a Rumanía. Y no volvería a meterse en ningún negocio truculento.

Sea como fuere, esa noche necesitaba liberar su mala conciencia y poner orden, de una vez por todas, sobre la mesa de la cumpleañera.

Tessa sabía lo que significaba mentir, incluso a gran escala. Hacía años había liderado un trabajo de colaboración e investigación con una compañía farmacéutica y había ocultado datos relevantes sobre la composición de un medicamento en su etapa inicial. La presión había sido demasiado grande. Había muchos millones en juego. Era un tema crucial para la empresa. Tendría que haberse negado.

Alguien reveló las cifras incorrectas y la empresa se declaró en quiebra. La despidieron, y ella, avergonzada y arrepentida, se autoimpuso la penitencia de retirarse indefinidamente a Klöverö, en soledad.

Tal vez no reaccionaría demasiado mal a su engaño. Tal vez se limitaría a sonreírle y hacer un gesto de asentimiento con la cabeza, aceptando en silencio su confesión, fiel a su estilo, en lugar de responderle con grandes parlamentos. Y si ella no se enfadaba demasiado ni se mostraba decepcionada con él y seguía manteniendo en pie su oferta, entonces la aceptaría.

Haparanda sonaba perfecto. No solo para Dragos. Sino también para Oxen.

6

¿El magnate de la construcción? ¿El magistrado? ¿O ninguno de los dos? La disputa, que versaba literalmente sobre una cuestión de vida o muerte, ya duraba más de una hora y poco a poco iba llegando a su fin.

Habían mantenido un civilizado intercambio de puntos de vista, como siempre, aunque el tono había sido claramente más cortante de lo habitual: la trinidad que formaba el liderazgo supremo del ancestral Parlamento no podía decantarse por una mayoría simple. O todos o ninguno.

Bebió un sorbo de agua y se preparó para cerrar el punto más extenso de su agenda.

—Creo que ya hemos discutido los diversos aspectos en profundidad. ¿Pasamos a la votación?

Sus colegas asintieron.

—El Danehof vota por una «solución definitiva» relacionada con el empresario Kresten Hildmand, o bien con el magistrado Per Eilertsen. Dado que Hildmand es uno de los míos, empezaré yo. He encargado dos informes distintos de la situación para ver si encontraba una alternativa, pero lamentablemente no he dado con ninguna opción viable. Teniendo en cuenta todos los factores habituales, el magistrado Per Eilertsen parece tener insólitamente pocos puntos débiles, ya sea en privado o en el ámbito profesional. Además, detenerlo a él no significaría detener el caso, aunque es obvio que sin su presencia la acusación se debilitaría significativamente. Hildmand, por su parte, nos traicionó. Representa un riesgo de seguridad, no solo ahora, en esta historia de los monopolios, sino de base. Por lo tanto, voto por buscar una solución definitiva para Kresten Hildmand.

No tenía nada más que añadir al respecto. Ya lo habían abordado durante su debate. Podía ceder la palabra.

—Adelante, Sur. Le ruego que sea breve.

El jefe del Danehof del Sur escribió una última frase en su libreta y luego dejó caer el bolígrafo sobre la mesa, en un gesto algo dramático.

—Yo también voto por buscar una solución definitiva al problema

de Kresten Hildmand. Ha abusado de nuestra confianza y de la privilegiada red a la que pertenece. No ha hecho ninguna aportación constructiva durante años y ha degenerado, al menos esa es mi impresión, en un viejo y estúpido borracho charlatán. Yo me pregunto: ¿su ausencia debilitaría nuestra organización? En absoluto. Más bien lo contrario. Además, no hace falta decir que deberíamos tener razones más que imperiosas para liquidar a un magistrado, lo cual solo provocaría más desconcierto y atraería más la atención sobre nosotros. Sería un gesto absurdo.

¿«Liquidar»? Aquella expresión no gustó nada al Este, y no debería usarse en ese contexto. Según la Convención del Danehof, siempre se hablaba de «soluciones definitivas». Pero está claro que su ceja arqueada no provocó ninguna reacción visible en el Sur, que, tras una breve pausa dramática, continuó:

—Por lo demás, me gustaría llamar su atención sobre el hecho de que nos sentamos aquí hace poco menos de medio año y votamos por una solución definitiva para el ministro de Justicia Ulrik Rosborg y el exsoldado Niels Oxen. En Año Nuevo todavía esperábamos con confianza la llegada de tiempos más tranquilos, en los que trabajaríamos sin ser molestados. No es el propósito de nuestra organización estar continuamente debatiendo sobre la vida o la muerte de las personas. Todo esto nos distrae de nuestro verdadero objetivo: trabajar por el bien común. Servir a los daneses y a Dinamarca y ejercer nuestra influencia allí donde las decisiones maduran y finalmente se toman. Es por eso que estoy aquí. Y espero que sus motivos sean los mismos…

El Sur hizo una pausa y dejó que sus palabras surtieran efecto.

El Este se había quedado sin habla, pero no lo dejó entrever; miró atentamente a su colega, que buscaba algo entre sus documentos. Entonces el Sur levantó la cabeza, miró al Norte y luego a él… Sus ojos se encontraron. Fue un momento breve e incómodo, pero ambos optaron por mantener el perfil bajo. Él tomó la palabra y se dirigió al Sur.

—Su opinión ha quedado muy clara. Ahora…

El Sur negó con la cabeza.

—No, no, aún no he terminado. Acabamos de llegar a un punto por el que, en mi opinión, no deberíamos pasar de puntillas. La verdadera razón por la que, una vez más, nos enfrentamos de nuevo a este dilema… La verdadera razón por la que, una vez más, nos distraemos de nuestra tarea original, se debe a la organización y estructura del Danehof. El entramado de nuestra organización ha quedado irremediablemente obsoleto, nos pone en situaciones de riesgo y nos

obliga a estar constantemente comprometidos. Norte, Sur y Este: cada uno de nosotros lidera tres anillos con cinco miembros cada uno, todos ellos cuidadosamente escogidos. Los cinco miembros de cada anillo deberían estar aislados y conocer solo a los de su propio círculo, pero hoy en día esto ya no es posible. Hablamos de cuarenta y cinco personas que guardan relación con un lugar especial que pueden nombrar. En la zona Este es aquí, en su casa; en el Norte es el castillo de Nørlund, y en el Sur, el de Gram. Y solo esto ya supone un problema. Además, muchas de esas cuarenta y cinco personas también están involucradas en las actividades públicas, y también internas, del Consilium. Y todos son personajes influyentes, pues de lo contrario no habrían sido seleccionados. Es decir, que se mueven en los mismos círculos. Sus caminos se cruzan, por ejemplo, en los Encuentros Nacionales del Foro Económico. No podemos prohibir que participen. Pero eso no es todo. Algunas de estas cuarenta y cinco personas coinciden en ciertas reuniones empresariales, lo que por supuesto es de esperar dadas sus posiciones. ¡Por el amor de Dios, si hasta tenemos miembros que participan en varias juntas al mismo tiempo! Y cada vez que se encuentran, corremos el riesgo de que hablen. De que aireen algún secreto. En realidad, cada vez que dos miembros del Danehof hablan entre ellos, la institución corre peligro. De esta manera, nuestra estructura nos convierte, *de facto*, en nuestro peor enemigo. Por eso quisiera pedir hoy que se incluya en el orden del día un debate sobre la organización de nuestra estructura bajo el punto «Otros». Eso es todo. Gracias.

El Sur asintió a ambos miembros.

La pequeña habitación quedó en silencio. Las siete llamas del candelabro temblaron. Lo que el Sur acababa de proponer era… terriblemente inusual. ¿Había visto él algo así en sus muchos años como presidente del Danehof? ¿Lo había visto? No. Jamás.

Sintió que la ira crecía en su interior, pero sabía que no debía sucumbir a ella. Su trabajo consistía en presidir esa reunión.

—Gracias, Sur —dijo tratando de recuperar la compostura centrándose en el ritual—. Norte —continuó—, le pido una decisión y un razonamiento.

El Norte se aclaró la garganta.

—Desafortunadamente, los informes requeridos nos dan motivos para temer lo peor; esto es, que Hildmand ponga todas sus cartas sobre la mesa en el transcurso de su juicio. Estoy convencida de que aquí es donde reside el verdadero peligro. Y no estoy dispuesta a correr ese riesgo. Kresten Hildmand no representa ningún valor considerable para nuestra organización, de manera que voto a favor

de una solución definitiva para él. La opción de considerar la misma solución para el magistrado me parece completamente inapropiada. No podemos salir y declarar la guerra al poder judicial. Debemos permanecer invisibles. Y ya que se ha sacado el tema… solo puedo estar de acuerdo con las preocupaciones del Sur. Absolutamente de acuerdo. En todo.

¿De modo que el Norte también atacaba? Estaba francamente sorprendido. ¿Por qué ninguno de los dos había mencionado el tema antes, durante la discusión informal previa? Pero no era el momento de pensar en eso; ahora tenía que escuchar con atención.

—Ya es hora de que miremos hacia adentro —siguió diciendo el Norte—. Es inadmisible que vayamos saltando siempre de un incidente a otro. Si no recuerdo mal, en nuestra historia reciente tanto el viejo industrial Karl-Erik Ryttinger como el socialdemócrata Gunnar Gregersen supusieron también un riesgo para nuestra seguridad, sin mencionar a la esposa de Gregersen. Mi padre participó en la votación a favor de una solución definitiva para todos ellos, al igual que usted, ¿no?

La pregunta directa lo desconcertó. Pero el Norte tenía razón.

—Correcto —respondió, con una breve inclinación de cabeza.

—Ya se han tomado decisiones como esta antes, y las han seguido otras después. Más recientemente, este mismo círculo votó sobre el ministro de Justicia. Nuestra posición central, y muy cara, en el Gobierno. Y si Vitus Sander no hubiera muerto el año pasado, también habríamos tenido que encontrar una solución definitiva para él. No podemos seguir así. Debemos cambiar nuestra estructura. Debemos evitar que tantos individuos adquieran conocimientos y se conviertan en un riesgo para nosotros. Por no hablar de los muchos miembros que pasan a formar parte de la lista pasiva al acabar su servicio activo. Podrían comprometernos al igual que los activos. Además, gastamos grandes sumas de dinero en el mantenimiento de los pasivos. Un dinero que podría invertirse en opciones mucho más sensatas. Me sumo a la petición de un debate estructural. Gracias, eso es todo.

El Este asintió, pensativo. Estaba seguro de que el Norte se había preparado esa intervención en casa. ¿Se hallaba acaso ante un motín de los dos jóvenes? ¿Ante una revolución en ciernes?

Como líder de la reunión, tenía la última palabra, la prerrogativa de concluir.

—Oídas todas las intervenciones, el Danehof resuelve buscar una solución definitiva para nuestro miembro Kresten Hildmand, cuya materialización debe llevarse a cabo sin mucha demora. Ya he firmado un contrato preliminar. Las personas adecuadas están listas para

asumir la tarea. Cuanto más rápida sea la ejecución, menor será el riesgo de una traición. Por lo que respecta a su deseo de discutir nuestra estructura, no seré yo quien se oponga, por supuesto. Lo anoto como último punto del orden del día de hoy. Y como asumo que nuestra reunión durará hasta bien entrada la madrugada, ordenaré, si me lo permiten, que les preparen dos habitaciones para pasar aquí la noche. Será demasiado tarde para llevarlos de vuelta al continente.

7

El Alto no funcionaba a la perfección, pero al menos había resucitado de entre los muertos. Después de dejarla tirada anoche en la calle Herlev Hoved, bajo la lluvia torrencial y con un teatral quejido, Franck no esperaba arrancarlo.

Después del desayuno volvió en autobús hasta donde había dejado el coche, pero en un principio, cuando ella giró la llave en el contacto, el pequeño japonés se negó a cooperar. De modo que abrió el capó y lo dejó así durante una hora para que se secara mientras miraba los escaparates del centro comercial de Bangs Torv. Al final, la operación de rescate concluyó rociando una buena dosis de espray de arranque en el colector de admisión del motor. Y, efectivamente, el coche empezó a gruñir, malhumorado.

Ahora se dirigía al pequeño taller de la calle Amagerbro para pedir consejo. Había estado allí varias veces, casi siempre por negocios: para interrogar a su propietario, L. T. Fritsen, sobre su antiguo compañero de armas Niels Oxen, y tratar de descubrir alguna pista en los ojos del mecánico. Casi siempre. Pero no la última vez.

La semana posterior a la muerte de Oxen también visitó a Fritsen. Para entonces ya todo el mundo sabía que la habían echado del CNI. Ese día no fue a pedirle nada específico. Solo buscaba a alguien con quien compartir su dolor.

Bajo la fina capa de aceite de la superficie, pudo ver cuánto le había afectado la muerte de Oxen. Habían tomado un café en su oficina, y cuando ella se fue, sintió por primera vez que se había ganado la confianza de aquel hombre. Quizá fuera más fácil para una desempleada que para una trabajadora del CNI.

En ese momento aún conducía su Mini, y no era en absoluto consciente de las consecuencias a largo plazo que le supondría haber desafiado a los hombres que ostentaban el poder.

Después de aquel momento, comenzó una nueva era: se hallaba en el año cero después del Mini Cooper, y había tenido que apretar el

botón «*Start*» en todas las áreas de su vida.

Los frenos del Alto chirriaron y todo el coche tembló cuando entró en el patio del taller. La reja estaba abierta. En el interior, L. T. Fritsen estaba arrodillado frente a una camioneta. No le prestó atención, ni a ella ni a su coche, sino que siguió trabajando, imperturbable.

—Hola —dijo ella, pisando el suelo de hormigón manchado de aceite.

—Hola —respondió Fritsen sin levantar la vista.

Estaba ocupado apretando unos tornillos. Ella permaneció en silencio. Solo cuando hubo dejado la llave inglesa, él levantó la cabeza.

—Dígame, ¿en qué puedo…? —Franck notó ese pequeño momento de más que necesitó para reconocerla. Un instante que lo decía todo —. ¡No me lo creo! ¿Margrethe? No te había…

Era su pelo, por supuesto. Y todo lo demás. La última vez que se vieron, su aspecto era más o menos el de siempre. Y ahora iba completamente «al natural». Un poco demasiado «natural» para su gusto, pero su situación actual no le permitía nada más.

Fritsen no le hizo ningún comentario sobre su lamentable aspecto. En lugar de eso, señaló con la cabeza hacia el Alto.

—¿Qué diablos te ha pasado? ¿Dónde está el Mini?

La pregunta la golpeó en su línea de flotación.

—El Mini ya no está. Tengo que ahorrar, así que…

Fritsen la miró a los ojos y no dijo nada.

—El Alto ha dicho que ya no quiere funcionar. Bajo la lluvia. Anoche, cuando estaba cayendo el diluvio universal, decidió dejarme tirada en Herlev. ¿Podrías echarle un vistazo?

—¿Cómo sucedió eso?

—Trastabilló, aguantó unos metros más, y luego ya no se movió más.

—Pero ¿ahora vuelve a funcionar?

—Lo dejé un buen rato con el capó abierto para que se secara un poco. Y logré ponerlo en marcha con una buena dosis de espray de arranque.

—Entonces probaremos primero con silicona, por si hay algo que sellar. ¿Lo demás está bien? ¿Aparte del coche?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, bueno, tirando. Mucho trabajo, pero bien.

—Entonces, ¿has encontrado algo desde que te fuiste del CNI?

—He ido encadenando trabajillos. Y me gustaría pagarte por tu ayuda.

—¿Qué dices? ¿Por un par de disparos de silicona? Ni de broma.

Anda, ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Fritsen se dirigió al despacho que había al final del taller y le hizo señas para que lo siguiera. Sobre el banco de herramientas colgaba un enorme calendario. Por lo visto, Miss Marzo también recibió alguna salpicadura de silicona.

Margrethe siguió a Fritsen hasta el despacho, donde había una mesa y un par de sillas.

—Siéntate. ¿Café?

Ella asintió. En su último encuentro realmente habían entablado una cierta amistad.

—Me enviaron esto el otro día. Tal como me dijiste.

Fritsen sacó una cajita alargada del cajón de su escritorio y la colocó sobre la mesa frente a ella.

—¿Las medallas?

Fritsen asintió con seriedad.

—Entonces… ¿ella ha muerto? ¿La madre de Niels?

—Sí. Había una carta adjunta. De no sé qué bufete de abogados encargados de gestionar la herencia. Fue exactamente como dijiste. Niels quería que yo me quedara las medallas.

Abrió la caja con cuidado.

Esto era todo lo que quedaba de él. Los testigos silenciosos de un hombre extraordinario. Eran muy bonitos, especialmente la Cruz negra al Valor con el borde dorado. Sus pensamientos empezaron a irse por las ramas, a avanzar en círculos y a agrupársele en la garganta. Dejó la caja de nuevo.

—Se merece… una tumba… un lugar que lo conmemore. Uno en el que pueda ser honrado. El soldado más grande que jamás hemos tenido —dijo Franck, dándose la vuelta—. Aunque por otra parte… ¿quién iría? Tú. Y yo. Y tal vez su hermana. A ojos del mundo, es un tipo despreciable. El otro día volvieron a publicar toda la historia en el periódico. ¿Leíste el artículo?

Fritsen asintió.

—Nadie tiene dudas al respecto —continuó—. Le han erigido su propio y persistente monumento. Es una de aquellas historias que apelan a los instintos más básicos: «El soldado más valiente del reino; cuanto más alto se sube, más dura es la caída; el monstruo que todos llevamos dentro; recibió el castigo que se merecía». Créeme, Fritsen… nadie echa de menos su tumba. Dinamarca preferiría olvidar a Niels Oxen.

—Es posible, sí. ¡Pero es todo tan injusto!

—¿Hablas de justicia? Anda ya…

—Niels no quería tener nada que ver con toda esa mierda del

héroe. En realidad habría preferido prescindir de todo el revuelo de las medallas. Se limitó a hacer lo que creía que era correcto, sin permitir que el pensamiento de lo que estaba poniendo en juego le paralizara. Ahora mismo podría inaugurarse un club formado solo por camaradas de todo el mundo que le deben la vida.

—Y, sin embargo, yo tuve la impresión de que la última medalla, la Cruz al Valor, sí lo conmovió.

Fritsen asintió, pensativo. Sus ojos ya no brillaban.

—También creo que aquel reconocimiento le hizo sentirse orgulloso a su manera, con la tranquilidad que lo caracterizaba.

Franck volvió a abrir la caja. Esta vez estaba preparada. Sus dedos se deslizaron sobre la cruz negra.

—Puede que pasen muchos años, incluso décadas, antes de que el próximo soldado reciba este honor. ¿Qué vas a hacer con ella? ¿Ya lo has pensado?

Fritsen carraspeó y tomó un sorbo de café.

—Hablé con mi esposa al respecto… Creemos que es el hijo de Oxen, Magnus, quien debe quedarse con las medallas. No yo. Solo que no estoy seguro de si ahora es el momento adecuado para dárselas. No tengo ni idea de lo que el chico sabe o deja de saber. Ni de qué idea tiene sobre su padre.

—¿A qué te refieres?

—El divorcio fue una guerra muy sucia. Birgitte hizo cuanto estuvo en sus manos para dejar de lado a Niels y no sé si vertió su veneno también en su hijo. Pero estoy seguro de que a Niels le habría gustado que Magnus se quedara con sus medallas. Yo solo soy el encargado de guardarlas hasta que llegue el momento de dárselas.

—Me parece muy buena idea. Seguro que Magnus es su mayor éxito… y su mayor fracaso.

Empujó la caja sobre la mesa y Fritsen volvió a guardarla en el cajón. Miró a Margrethe.

—La carta del bufete de abogados decía que Niels no podía ser declarado muerto hasta dentro de cinco años como mínimo. ¿Es correcto? ¿Sabes cómo funcionan estas cosas?

—Sí, la declaración judicial de fallecimiento para personas desaparecidas solo puede solicitarse pasados cinco años. De hecho, hasta la desgracia del tsunami, en la Navidad de 2004, eran diez años. Pero en aquel momento había tantos turistas daneses entre las víctimas, y eran todos tan difíciles de identificar, que decidieron acortar el tiempo de espera para los familiares.

—Así que cinco años.

—Eso creo, sí. Hay un párrafo que dice que el plazo puede

reducirse a seis meses si la persona en cuestión estaba claramente en peligro de muerte cuando fue vista por última vez. Y también se aplica cuando, tras una evaluación integral de todas las circunstancias, se deriva una probabilidad muy alta de que el desaparecido esté muerto.

—Pero ese es el caso de Oxen, ¿no?

—Ningún juez comprará la historia de que Niels fue perseguido y asesinado por una élite secreta del poder que se originó en la Edad Media. Yo diría que la cosa queda en cinco años. ¿Por qué? ¿Te corre prisa?

—No. En realidad, no quiero precipitarme. Creo que antes de darle las medallas al chico hay algunas cosas sobre su padre que debo explicarle, y para eso es mejor que crezca un poco.

Ella dudó unos segundos, pero al final decidió que no había motivos para callarse ante Fritsen. Eran aliados. Compartían la misma pérdida. Se apoyaban mutuamente.

—Tengo una mochila en casa —dijo—. Es de Niels. Dentro hay cuarenta mil coronas. No podía llevar ese dinero consigo porque era todo demasiado caótico. También hay una pequeña foto plastificada de Magnus. Se supone que el dinero de su padre tiene que ser para él, por supuesto, así que no me libraré de reunirme con la ex.

—¿La conoces?

—Solo hablamos una vez por teléfono. No me ayudó mucho cuando le hice algunas preguntas. Pero qué más da. Magnus seguro que tiene una cuenta de ahorros, ¿no? No puede ser tan difícil.

Fritsen asintió. Parecía estar pensando en algo. Miró a Franck a los ojos y luego apartó rápidamente la mirada.

—Me preguntaba… o sea… ¿tú y Niels estabais…?

Ella lo miró también.

—¿Cómo dices? —Justo entonces comprendió a qué se refería la pregunta—. ¡Ah! No, no. En absoluto. Solo éramos… ¿cómo decirlo? Buenos amigos, con algunas cosas en común.

—Está bien, no importa. Era solo… Bueno, deberíamos ocuparnos del Alto, porque para los próximos días han anunciado mal tiempo.

8

Tessa sacó la cazuela del horno y la colocó sobre la mesa. Se había cambiado de ropa para su cena de cumpleaños. También él se había puesto una camisa limpia del armario, que había sido del tío de ella.

—Bacalao envuelto en jamón serrano y con verduras de temporada. Al ataque, Dragos.

Le sonrió. Esa amable mujer de pelo canoso siempre le sonreía. Y él seguía devanándose los sesos. Su mentira lo había tenido preocupado todo el día.

—Espero que te guste. ¿Vino?

Él asintió. Ella le llenó la copa hasta la mitad.

—¿Estás bien, Dragos?

Tessa lo miró inquisitivamente. Debía de parecer muy ausente. Él asintió. La observó atentamente mientras ella servía los platos.

Tomaron el primer bocado. Lo saborearon. Él asintió y le sonrió de vuelta. Sabía a gloria.

—*Tessa… You see, I'm very sorry… I'm not…*

No podía soportarlo más. Era ahora o nunca. En realidad, había planeado un comienzo diferente, unas palabras emocionantes y bien meditadas, pero en cambio se oyó a sí mismo hablar torpemente en inglés. Ella lo miró, expectante, y le dedicó otra de sus cálidas sonrisas.

Cuando volvió a empezar después de una breve pausa, lo hizo en danés. De hecho, esa era la cuestión.

—Tessa, mi nombre es Niels… Soy danés. Lamento no haberte dicho la verdad desde el principio. Quiero disculparme por ello. Hay muchas razones por las que tuve que mentirte, pero… Adrian Dragos… no es real…

Su sonrisa había desaparecido. Asintió con calma. Su mirada era intensa.

—Por supuesto que no eres Dragos —dijo, tomando un bocado.

Él la miró y esperó una reacción. Sorpresa, ira, decepción. Ella dejó

el cuchillo y el tenedor sobre la mesa.

—Lo he sabido desde el primer momento —continuó, en voz queda.

—Pero…

—Habrías sido el primer rumano del mundo que sueña en danés. Y te habrías convertido en un interesante objeto de estudio, por cierto.

Su sonrisa volvió a dibujarse, apenas perceptible.

—¿Pesadillas? ¡Claro! Pero ¿por qué no…?

Ella levantó una mano para interrumpirlo.

—¿Sabes? En su momento tomé una decisión y para la forma que tiene mi vida actual, me resulta indiferente si te llamas Dragos o Niels. Solo sé que, cuando te encontré, necesitabas ayuda, y que la intuición me llevaba a confiar en ti. Esos eran mis dos únicos requisitos. En cuanto al resto… El tiempo acaba ofreciendo todas las respuestas. Cuando el Señor lo desee.

Él asintió en silencio. Por supuesto, esa era la única reacción que podía tener Theresa Lövgren. Moderada y tranquila.

—Me salvaste la vida y, a cambio, te mentí. Realmente quiero disculparme contigo por eso.

—No tienes que hacerlo. Estoy segura de que tenías buenas razones para ello. Disfrutemos del vino.

Él tomó un sorbo y volvió a dejar la copa en la mesa.

—Te debo al menos una explicación. Puedo…

—No me *debes* nada. Y tampoco tenemos que rendir cuentas.

—Aun así, me gustaría explicarte cómo ha ido todo, Tessa.

—Y a mí me gustaría escucharlo, sin duda, pero no te precipites. No importa si me lo cuentas hoy, mañana o cualquier otro día.

—Me gustaría contártelo ahora.

—Si es así, entonces, bien.

—Como ya te he dicho, me llamo Niels, y mi apellido es Oxen. Tengo cuarenta y cuatro años, estoy divorciado y tengo un hijo que este año cumplirá catorce. Su nombre es Magnus. Es el chico más fantástico del mundo… Soy soldado; o, mejor dicho, lo fui: de eso han pasado ya unos cuantos años.

—¿Veterano de guerra, entonces?

—Exacto. He participado en varias campañas en el extranjero. Cuando era joven me destinaron dos veces a los Balcanes, a principios de la década de los noventa. Después serví en una unidad danesa de élite, el Cuerpo de Cazadores. Desde 2002 he estado varias veces en Afganistán, y también en Irak.

—Los daneses habéis estado involucrados en unas cuantas guerras en los últimos años. En Suecia es distinto. Tenemos nuestras propias

batallas… —Tessa dio un sorbo a su vino—. Perdona, te he interrumpido.

—No fue mucho más tarde cuando todo lo que había vivido empezó a pasarme factura. A veces, cuando un estímulo desencadena mis recuerdos, tengo *flashbacks*. Puede ser el sonido de un helicóptero, un golpe fuerte o algo similar… Pero eso solo ocurre durante el día. Lo peor son siempre las noches.

—Imposible no darse cuenta.

—No entiendo cómo no lo pensé. Sé que grito; o, mejor dicho, creo que lo hago, porque a veces me despierto en mitad de una pesadilla y no distingo si estaba gritando en sueños o en el mundo real. Pensé que no lo oías si la puerta de la habitación estaba cerrada. ¿Sucedía muy a menudo?

—De vez en cuando.

Él asintió. Un rumano con pesadillas danesas. ¿De verdad creía que podía vivir bajo el mismo techo que esa mujer culta y astuta sin que ella sospechara que no era Dragos? Siguió hablando:

—Yo las llamo «los siete». Mis pesadillas. Casi todas son del período balcánico. De los primeros años…

—¿Los siete? ¿Quieres hablarme de ello?

Oxen asintió.

—Para empezar, tenemos al vaquero, un viejo serbio que emerge entre la niebla matinal. Arrastra una vaca atada a una cuerda por un pueblo que ha sido víctima de la limpieza étnica. Todo está en ruinas, excepto una única casa de color amarillo, perteneciente a unos serbios. Cuando llega hasta mí, el vaquero tuerce el gesto y su rostro adopta una expresión terrible: una insidiosa sonrisa de lobo que deja a la vista sus dientes afilados y torcidos. Luego está la madre con la cabeza: los guerreros sagrados han decapitado a sus víctimas y han colgado sus cabezas en estacas repartidas por el margen de un camino. Cuando paso por ahí, una anciana serbia está cogiendo una de las cabezas y metiéndola en su bolsa de la compra. Es la cabeza de su hijo… La número tres es la ruleta serbia, una experiencia aterradora que tuve con un miliciano serbio borracho. A la cuatro la llamo «el gimnasio». En una escuela descubrimos a un grupo de discapacitados que habían sido masacrados por los serbios. La de la niña con la muñeca es completamente distinta: se trata de una pequeña que está sentada al borde del camino, en una zona en ruinas. Lleva una Barbie en las manos. El pelo de la muñeca está quemado y su cara se ha derretido hasta quedar casi irreconocible. La niña tiene el aspecto de una nonagenaria y me mira acusadoramente. Y luego está «la lágrima», un soldado serbio que tiene tatuada una lágrima debajo del

ojo. Lo veo violar a una mujer junto con otros soldados. «*I will make you cry for real*», le digo, y le disparo cuatro veces en el estómago. La última de las siete es la mujer de los ojos bomba. Me cruzo con ella en Afganistán. Cuando pasa a mi lado puedo verle los ojos. Son bonitos. Llevaba un hiyab. Pocos segundos después, se inmola frente a un cuartel de policía. Hay muchos muertos.

—Una carga muy pesada, querido.

—Como dije, todo me llegó bastante tarde. Varios años después de volver. Al principio pedí ayuda, pero no funcionó.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros. Era imposible explicárselo a los demás.

—La psicóloga… Simplemente no estábamos en la misma onda.

Tessa asintió, pero no dijo nada.

—Dejé el Cuerpo de Cazadores y acabé viviendo en un pequeño sótano al noroeste de Copenhague, con mi perro. Hoy entiendo mejor lo que sucedió en aquella época, sobre todo porque aquí, en la isla, he tenido suficiente tiempo para pensar en todo. Al final ya solo salía de noche…

—¿Porque durante el día había demasiada gente?

Oxen tomó un sorbo de vino, sostuvo la copa en la mano y la miró, mientras se encogía de hombros de nuevo. En realidad, solo había querido hacer un breve resumen de su historia, pero era agradable estar ahí sentado y contárselo todo a esa mujer tan inteligente. Y responder a sus preguntas. Tenía el mayor respeto por Theresa Lövgren.

—Creo que durante el día todo era demasiado. La gente, el tráfico, el ruido. Todo el tiempo tenía la sensación de oír un zumbido a mi alrededor. O peor, justo a mi espalda. Era estresante. Y mis ojos siempre lo están escaneando todo, lo cual es agotador.

—¿Ahora también?

—No estoy seguro. Creo que sí. Pero al menos aquí disfruto de la tranquilidad. Y de la soledad. ¿Es eso posible? ¿Puede alguien disfrutar de estar solo sin que eso sea un signo de enfermedad? ¿Sin estar desequilibrado?

—Por supuesto que sí, Niels… Ay, se me hace extraño llamarte Niels —dijo Tessa, sonriendo—. Mírame a mí. Me gusta vivir en Klöverö, más sola que la una. Y te aseguro que no estoy desequilibrada. Un poco rarita sí soy, lo admito, pero eso es todo. Una brujilla de sesenta y tres años, con muchos pájaros en la cabeza.

Se echó hacia atrás, riéndose.

Él sonrió y de pronto no pudo evitar reírse con ella. La alegría de Tessa era contagiosa. Hacía mucho que no se reía con ganas. Y eso que

ni siquiera le parecía realmente divertido… ¡pero fue tan liberador sentir la risa recorriéndole el cuerpo!

—¡Salud! —dijo ella.

—Salud. Y gracias.

—Cuéntame cómo acabaste en mi archipiélago, Niels.

La pregunta era de esperar. ¿Podía arriesgarse a seguir con la verdad sin ponerla en peligro? Hacía solo unos meses habría dicho que no, pero la paz y la soledad de Klöverö disiparon sus dudas. Le explicaría lo sucedido, pero solo a grandes rasgos. De todos modos, no tardaría en marcharse de allí.

Pensó brevemente en cómo insertar las coordenadas de información en su historia. ¿Debía empezar con la muerte de su mejor amigo, Bosse, en los Balcanes en 1995, y con su larga lucha para que los altos cargos del Ejército se responsabilizaran de lo ocurrido? ¿O quizá con su vuelta a casa y su entrenamiento en la academia de policía, hasta que de repente se vio en problemas porque alguno de sus propios compañeros le había tendido una trampa y había dejado drogas en su garaje? En ese momento se le había dado la opción de escoger ser procesado o bien mantener la boca cerrada, no criticar más a los líderes del Ejército y olvidar su relación con el Cuerpo de Cazadores. Pero entonces también tendría que hablar del divorcio y de la guerra de mierda que Birgitte había empezado contra él. Y no. Eso lo llevaba demasiado lejos, y en toda esa confusión le costaba encontrarse a sí mismo. Tenía que empezar en un momento posterior.

—Todo empezó cuando decidí marcharme de Copenhague y pasar el verano con mi perro, el Señor White, en la zona forestal más grande de Dinamarca. Nos pusimos en marcha el 1 de mayo de hace casi dos años. Lo recuerdo como si fuera ayer…

Seguían ante la misma mesa redonda en la que habían tomado asiento varias horas antes para celebrar el cumpleaños de Tessa. En los platos quedaban apenas restos del pastel casero.

Tessa sostenía, como tantas otras veces, una taza de té hecho con hierbas que ella misma cultivaba. Él, una taza de café negro como la noche.

—Un infierno…

Tessa acababa de resumir su relato en dos palabras. Él la había ido dirigiendo poco a poco en un trayecto hacia un mundo que le era completamente extraño.

El viaje había comenzado esa noche en la que, sin saberlo, dejó sus huellas en los parterres del castillo de Nørlund, al igual que su compañero perruno, el Señor White. El asunto no habría tenido mayor repercusión de no ser porque el señor del castillo, el exembajador

Corfitzen, fue encontrado muerto en su oficina, brutalmente golpeado, esa misma noche.

Aquella circunstancia había catapultado a Oxen directamente al punto central de la investigación por el caso de los perros ahorcados. Según el Centro Nacional de Inteligencia (el CNI), su culpabilidad era indiscutible: no había tenido otra opción. Pero ¿por qué iba él a asesinar a todos esos hombres tan poderosos? ¿Y para qué ahorcar antes a sus perros, como un mal presagio?

Cuando se cerró el caso recuperó su libertad, pero al mismo tiempo supo que habían dado vía libre para eliminarlo. Había visto algo terrible. Se había asomado a la sala de máquinas del poder; había visto cómo se comportaban los poderosos.

Se había acercado excesivamente a esa élite secreta autodenominada Danehof en honor del Parlamento medieval que en su día tuvo su sede en el castillo de Nyborg. Un pequeño círculo de hombres muy poderosos que había logrado mantener su influencia a través de los años.

Tessa lo había escuchado atentamente y solo de vez en cuando había hecho alguna pregunta.

Él le había descrito cómo había vivido después en una choza en el margen del bosque. Una buena vida, sin complicaciones, con días largos y duros en los estanques de peces y entre los árboles, pero también una vida en constante alerta que lo obligó a rodearse de cámaras de vigilancia. El motivo era un oscuro secreto que había descubierto en el caso de los perros ahorcados: una cinta de vídeo en la que aparecía el ministro de Justicia cometiendo un asesinato en pleno acto sexual.

Esa evidencia física había sido su seguro de vida durante meses, pero la póliza expiró el día en que el propio ministro de Justicia fue encontrado muerto en una playa.

Desde ese mismo segundo, los hombres oscuros del Danehof habían tratado de darle caza como si de un ciervo se tratara. Asesinaron al antiguo propietario de la piscifactoría en la que trabajaba y le atribuyeron el asesinato, sumando así a la cacería a toda la policía danesa.

Solo había una salida: abandonar el país y huir a Suecia por mar. Había robado una lancha para ello, pero a pocas millas de llegar a su destino fue atacado desde un helicóptero.

Ese había sido el momento en el que Theresa Lövgren había dicho «Un infierno». El resto de la historia ya lo conocía.

Se quedaron en silencio durante un buen rato. Tessa fue girando su taza de té entre las manos. Tenía arrugas marcadas en la frente.

Cuando por fin recuperó el habla, fue solo para decir tres palabras:

—¿Y ahora qué?

Él se encogió de hombros.

—Haparanda y el aserradero. ¿Sigue siendo válida la oferta?

—Más que nunca, Niels.

—Gracias.

—Pero ¿a la larga…? ¿Tu hijo? ¿Tu futuro?

—Estoy entrenado para sobrevivir. Tal vez algún día se abra una posibilidad para mí.

—Pero si descubren que sigues vivo, entonces estás muerto…

—Muerto y enterrado.

—¿Cuándo quieres irte de aquí?

—Antes de que comience la primavera. En un mes, más o menos. Hasta entonces tengo que conseguir papeles, una identidad, un pasaporte. ¿Tienes alguna idea de dónde podría…?

—No —dijo ella, interrumpiéndolo—. De estas cosas no tengo ni idea. Pero si preguntas en los lugares adecuados de Gotemburgo, entonces…

—Creo que eso es muy caro.

—Puedo prestarte el dinero.

Oxen levantó las manos en señal de negación y sacudió la cabeza.

—¡Solo es un préstamo! Ya me lo devolverás cuando vuelvas a tener dinero.

—De verdad, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí. ¡Ni siquiera estaría vivo de no ser por ti!

—No estarías vivo de no ser por Dios. Así que digamos Haparanda, en un mes.

Él asintió de nuevo.

—Solo una cosa más, Niels. El libro de yoga y meditación que te presté… ¿te ayuda?

—Los ejercicios me sirven para ver algunas cosas con más claridad, y para concentrarme, al tiempo que me relajo.

—Trastorno por estrés postraumático… Necesitarías un profesional para eso —dijo Tessa.

—Tal vez más adelante, cuando la situación haya cambiado…

—Tú lo sabrás mejor que nadie. Se hace tarde y estoy cansada. Ha sido una cena de cumpleaños ligeramente distinta de lo que me esperaba. No necesariamente peor… solo… distinta.

Theresa Lövgren sonrió, se levantó y empezó a recoger la mesa.

Él se estiró y bostezó. En los últimos años había vivido largos períodos de silencio. Cuando estuvo en el sótano en Copenhague, solo hablaba con el Señor White. Cuando estuvo de acampada en el

bosque, no hablaba con nadie. Y cuando encontró refugio en la piscifactoría, evitaba toda palabra innecesaria con el viejo Johannes Fisk. El cumpleaños de Tessa le había supuesto un tremendo esfuerzo.

—Tessa… sabías que estaba mintiendo todo el tiempo, pero decidiste no intervenir. Podría haber sido un asesino, un psicópata o…

Tessa dejó de recoger los platos.

—Tonterías. Lo habría notado.

—Pero sabías que no era quien decía ser. Viste mi herida de bala en el hombro. Y todas las demás heridas… Cualquier otra persona habría llamado a la policía.

Las tablas de madera del suelo crujieron cuando ella se situó detrás de él y le dio unas palmaditas en el hombro, con suavidad, como lo habría hecho una madre.

—El Señor me hizo encontrarte en esa roca en Lilla Sillesund. Todo tiene un sentido, Niels.

9

Desató la cuerda, empujó con fuerza para salir del embarcadero y dio la vuelta a la pequeña lancha motora. Luego alzó la mirada.

Tessa estaba en lo alto de la cerca, agitando la mano. Cuando se diera la vuelta se sentaría frente a su vieja máquina de escribir y pasaría allí toda la mañana. Después de comer, colocaría su caballete en el jardín y pintaría flores.

Él le devolvió el saludo. La próxima despedida sería la última.

Inesperadamente, el sol se abrió paso entre dos grandes nubes de algodón e iluminó la casita blanca con una luz deslumbrante.

Para todo había una última vez, y él pronto estaría sacando el bote de Korsvik por última vez, sintiendo en su rostro el rocío y el viento de la orilla este de Klöverö.

Había pasado más de un mes desde el cumpleaños de Tessa, en el que se sentó y habló con ella durante toda la noche. Con su ayuda financiera había conseguido el pasaporte falso que había guardado en el cajón de su mesita de noche, a la espera de tener que utilizarlo.

Dragos ya era historia. Volvía a ser danés. Se llamaba Erik Petersen. Fue la única identidad que le ofreció el inquietante tipo del sótano de aquel bar en Gotemburgo.

Dentro de dos días sería 1 de mayo y llegaría al fin la primavera. Y el día internacional del trabajador se había convertido en su día de batalla personal: el día en que volvía a enfrentarse a la vida.

El 1 de mayo de hacía dos años, había dejado atrás el noroeste de Copenhague para mudarse al bosque del Rold y enfrentarse a sus demonios. Ahora dejaría a Tessa y a Klöverö porque tenía que seguir adelante. Los demonios seguían allí, pero él debía levantarse, pensar, trabajar, considerar cuidadosamente cómo debía ser su vida futura.

Ängholmen y Brandholmen aparecieron una última vez por estribor. El archipiélago lo fascinaba.

La sencillez de cuanto quedaba al alcance de su vista le sentaba bien, y trabajar con troncos de árboles le resultaría una tarea fácil. Su

futuro con la empresa Åkessons Timber estaba en Haparanda, en la frontera con Finlandia. Cinco mil almas, y pronto una más, despertando después del invierno. Tessa se había asegurado de que le tuvieran preparada una habitación.

Habían hablado mucho últimamente. Theresa Lövgren le había hecho preguntas y lo había provocado amablemente. Había sacado sus conclusiones con sabiduría, pero también sin clemencia. Lo cierto es que para ambos todo giraba en torno al equilibrio.

—La balanza de la vida, querido Niels.

Tras cada duda, cada reflexión y cada engaño se le aparecía la imagen de Magnus. Los más y los menos podrían compensarse entre sí en muchos escenarios diferentes, pero la suma siempre era Magnus.

Ahora estaba a la altura de Skäddorna, y más allá estaba Dalviken, donde una vez se había refugiado cuando lo sorprendió una tormenta.

Tessa llevaba ya dos años viviendo a la sombra de Klöverö y su balanza estaba en equilibrio. Había renunciado a su carrera y había escogido seguir a Dios. Tal vez algún día acabara su libro; tal vez no. Tal vez algún día se decidiera a ejercer de médico unos años más en alguna modesta consulta del norte. O tal vez, cuando llegara su hora, se limitaría a morir en paz en su isla.

Le había prestado 45 000 coronas. El pasaporte le había costado 40 000. No se trataba de un documento robado, sino de uno que, sencillamente, habían «tomado prestado» de una habitación de hotel, fotografiado y devuelto. Un hurto de identidad en toda regla. De ahí que pudiera usarlo sin restricciones, según le explicó el vendedor.

El resto del dinero le ayudaría a mantenerse a flote hasta que pudiera cobrar su primer sueldo. Tessa se había asegurado de que le pagaran en efectivo para que no tuviera problemas a la hora de abrir una cuenta bancaria. No quería dejar constancia de nada que no fuera absolutamente necesario.

A cambio, había tenido que prometerle solemnemente que no se dejaría matar y que volvería a llamar a la puerta de la casita blanca al cabo de dos veranos, a más tardar. No importa lo que estuviera haciendo en ese momento, o donde hubiera fijado su residencia: Tessa le aseguró que el día 1 de julio, fecha en que expiraba su préstamo, estaría en Klöverö, esperándolo.

El solitario archipiélago de Sandkorn se abrió ante él como una señal, y se mantuvo a babor mientras se dirigía hacia la civilización.

Cuando se marchara de allí, se llevaría a los siete consigo, pero físicamente se sentía más fuerte de lo que había estado en mucho tiempo. Tardó varios meses en superar sus muchas lesiones (especialmente la del hombro, que le había causado problemas una y

otra vez), pero en cuanto pudo levantarse de la cama, comenzó a entrenar. Primero fueron simples caminatas, y luego un entrenamiento físico al aire libre, muy cuidadoso y regular, que había ido ampliando progresivamente. Al final realizaba dos sesiones de una hora cada una, la primera por la mañana y la segunda por la tarde, y, además de la obligatoria tala de troncos, varios paseos caminando o corriendo cada día.

La lancha de motor se abrió paso entre las aguas, impávida, y las rocas del canal Albrektsund se cernieron en torno a él como demonios de garras extendidas en la noche. Pero apenas unos minutos más tarde el paisaje se abrió de nuevo, del mismo modo que la mañana sucede siempre a la noche.

Tras bordear Prästholmen, pudo divisar su destino.

Marstrand era un pueblo pequeño que había echado raíces en dos islas vecinas, Marstrandsö y Koö, separadas por un diminuto estrecho. Desde donde estaba vio también el ferri, habilitado solo para peatones. La travesía era tan corta que uno apenas tenía tiempo de atarse los zapatos antes de volver a pisar tierra.

Tessa le había contado muchas cosas sobre Marstrand. El casco antiguo de la ciudad, con sus adoquines de piedra y sus casas de madera de color pastel, se hallaba en Marstrandsö. Aquí se encontraban las residencias veraniegas de los ricos habitantes de Gotemburgo. Cuando ellos llegaban, se acababa la calma: la vida latía en los restaurantes y el paseo marítimo, y los navegantes acudían en tropel a esa perla del archipiélago.

Fuera de temporada, en cambio, Marstrandsö, con su fortaleza, parecía casi un pueblo fantasma.

Miró hacia arriba. El poderoso castillo se elevaba imponente hacia el cielo pálido. Tessa le había explicado que otrora sus defensas habían sido virtualmente inexpugnables. Pero Tordenskjold, el héroe naval danés-noruego, había usado una artimaña para reducirlas: durante el asedio, ordenó a sus pocos soldados que marcharan en círculos por la ciudad para dar la sensación de que se trataba de un gran ejército, y, efectivamente, el comandante sueco se asustó de tal modo que no tardó en rendirse.

A él ahora también le habría ido bien contar con la ayuda de algunos soldados, aunque fueran pocos. Estaba solo. Y un solo hombre no podía simular ser todo un ejército.

Se mantuvo rumbo a estribor, redujo la velocidad, se deslizó hasta el lado Koö del muelle y volvió al presente. Unos cuantos albañiles ocupados en trabajar en el asfalto se convirtieron en su comité de bienvenida. Dos de ellos iban armados con bombas de aire a presión.

El ruido era infernal.

Koö estaba conectado al continente por un par de puentes. La ciudad más cercana, Kungälv, quedaba a unos treinta kilómetros de allí, siguiendo la costa en dirección hacia Gotemburgo. Ya había hecho el viaje de ida y vuelta en un par de ocasiones. La primera, para organizarlo todo, encargar su pasaporte y pagarlo. La segunda, para recogerlo.

Ahora, dos años después de haberse ido de Copenhague, estaba seguro de que nunca volvería a vivir en una gran ciudad. Amarró el bote y saltó al embarcadero. Lo peor de una ciudad era la ausencia de silencio.

Estaba en el muelle por última vez, con una libreta en su bolsillo y la vieja mochila de Tessa colgada del hombro. Decidió empezar haciendo lo que menos le apetecía, para acabar cuanto antes. Pasó junto al quiosco, cruzó la calle y se dirigió al Marstrands Havshotell.

No le importaba nada de lo que solía preocupar a la gente (el virus Zika, la recesión, los fundamentalistas…), pero había aprendido a prepararse siempre a fondo, y necesitaba saber qué estaba en boca de todos antes de subirse a un autobús interurbano y recorrer el largo viaje hasta Haparanda.

Empujó la puerta del hotel con el enorme ventanal que daba al agua y, siguiendo el trayecto que Tessa le había descrito, fue a la recepción. Allí pagó y luego se sentó frente al ordenador en el rincón más alejado del vestíbulo. Ahí estaría tranquilo.

Lo primero que hizo fue *googlear* su nombre, por lo que se enteró de su propia muerte. La entrada más reciente era un artículo que se escribió medio año después de su desaparición y que resumía esa historia que la gente ya había leído en tantas ocasiones: la dramática caída del héroe nacional, que enloqueció hasta convertirse en un asesino, y la consiguiente cacería humana que acabó abruptamente una noche oscura, frente a la costa sueca, con una mortal explosión.

Todo aquello le resultó insólitamente ajeno e irrelevante, y solo leyó por encima algunos títulos y pasó en diagonal por algunos párrafos de los que iban apareciendo en su pantalla.

Luego se dedicó a consultar la página web de varios diarios daneses. Tenía la sensación de que nada había cambiado en absoluto. El menú seguía siendo el mismo: reparto de culpas políticas en todas direcciones, propietarios de viviendas, usuarios, sociedad de consumo, mercados bursátiles, tendencias de estilo de vida, famosos e *influencers* que le resultaban completamente desconocidos… y deporte, mucho deporte.

Estaba a punto de clicar para acceder a otra página cuando se

quedó paralizado. ¿Era cierto lo que veían sus ojos? ¿Estaba ante una imagen de *ese* hombre? Se desplazó un poco hacia atrás en la pantalla… Y efectivamente… era él.

El titular decía «El nuevo comandante en jefe convoca un encuentro de las fuerzas del norte». Oxen cogió aire y siguió leyendo:

> El nuevo comandante en jefe del Ejército danés, Mogens Yssing, designado hace apenas dos días y presentado al público en una conferencia de prensa que tuvo lugar en el castillo de Frederiksberg, se enfrenta hoy a su primera prueba: será el anfitrión de la conferencia semestral de todos los comandantes del norte, que este año tendrá lugar, una vez más, en Copenhague. Él dará a sus colegas de Noruega, Suecia y Finlandia una descripción general de las operaciones militares de Dinamarca, y discutirá con ellos, una vez más, sobre la importancia militar del Ártico. Se espera que la nueva Dinamarca…

Se ahorró los detalles. Su mirada volvió a la imagen. Hizo clic en ella y amplió el retrato. Mogens Yssing seguía teniendo el mismo aspecto áspero y serio de siempre, pero los años habían hecho mella en él. Su cabello estaba gris; sus párpados, caídos, y bajo su barbilla se había formado ese pliegue de piel que acostumbra a traer consigo el paso del tiempo.

De todas las personas del país, habían escogido precisamente a Mogens Yssing como comandante en jefe del Ejército danés.

Se frotó los ojos y respiró hondo. Su vista se posó en un enlace que había justo debajo del artículo: «Nombramiento del nuevo comandante en jefe del Ejército: el hombre en la cima». Hizo clic en él y siguió leyendo:

> El general de brigada Mogens Yssing es el sucesor de Asger Henriksen. Yssing, de 57 años, ha sido designado ceremoniosamente como nuevo comandante en jefe del Ejército esta mañana y presentado hace unos minutos en una conferencia de prensa en el castillo de Frederiksborg. Entre otras cosas, el secretario de Defensa John Franzen ha dicho: «Siento un orgullo indescriptible al presentar a Mogens Yssing como nuestro nuevo comandante en jefe. Todos los candidatos nos han parecido impresionantes, pero sin duda uno los ha eclipsado a todos, y este ha sido Yssing. Él es nuestro hombre. Es el hombre de Dinamarca. Yssing liderará al Ejército danés en este difícil período de renovación y se asegurará de que nuestro Ejército emerja más fuerte que nunca. Me gustaría…».

Se saltó todo el párrafo de las alabanzas y se concentró en el final del artículo, en el que se presentaba un listado de los trabajos de

Yssing, año por año, desde el comienzo de su carrera militar hasta el día en que asumió su nuevo cargo en Dinamarca después de un puesto en Estados Unidos como general de brigada y asistente de personal de los Comandos Aliados de Transformación de la OTAN. En 1995 aparecía simplemente la palabra «UNPROFOR», acrónimo de United Nations Protection Force.

Ni una palabra sobre Bosse y los Balcanes.

Ni una sola letra sobre el hecho de que Yssing había tomado el mando en ese fatídico día en que se vieron envueltos en la gran ofensiva croata, tras haber sido asignados a un lugar en el que nunca deberían haber puesto un pie. Ni una sola palabra… Era lógico, claro. Entre los méritos de los vivos no hay lugar para los muertos.

Hizo clic para salir de la página. Tenía que marcharse de allí.
Perdió por completo el sentido del tiempo en el profundo agujero al que lo habían arrastrado las noticias. Ya no sabía cuánto tiempo había estado sentado allí, mirando más allá del diminuto estrecho.

La imagen frontal del puerto de color pastel de Marstrandsö, coronada por una franja de techos de tejas rojas y copas de árboles desnudas. Y más arriba, la enorme fortaleza con su amenazante torre recortada como una oscura silueta contra el cielo gris. El pequeño ferri deslizándose hacia la izquierda por la parte inferior de su campo de visión. Y luego hacia la derecha.

Sentado en el muelle, observaba todo eso sin darse cuenta.

Los pensamientos se acumulaban en su cabeza tan rápido que se sintió mareado. Buenos amigos, Bosse, Balcanes. Las tres «B» de una muerte que se deshizo y se arremolinó en torno a él justo antes de que se formara realmente. Casas en llamas, un bodegón de flores hecho por Tessa, ruinas negras, Magnus y su risa brillante, manzanos en Høng, Margrethe Franck con la serpiente plateada, mujeres con velo en Kabul, el casco azul de Bosse, sombras poderosas y el enorme cuerpo de Axel Mossman, director del CNI, cerniéndose sobre todo como el Hindenburg camino al desastre.

Y Magnus de nuevo. Con un perro asido a una correa. Con los mechones rubios que le salían en verano. Lleno de vida.

Cuando miró su reloj había pasado una hora. El reloj y el cuerpo en el que se hallaba eran todo lo que quedaba de él después de ese viaje a través de la oscuridad. Un viaje que lo había llevado a este lugar del que estaba a punto de partir.

El ferri atracó al otro lado del estrecho. A su espalda, una bomba de aire a presión seguía con su estruendo, indignada. Oxen había salido del agujero en el que se había sumido.

No vio imágenes acabadas ni pudo formular un plan final, pero el

recorrido por la vorágine de la memoria le había dejado un sentimiento. Una certeza. La certeza de que su viaje no saldría según lo previsto.

No habría Haparanda para él. No habría huida ni nuevas mentiras. Su carrusel mental había arrastrado demasiados fragmentos a la superficie. Adornos de cristal tintado. Un mosaico enorme en el que solo había una piedra preciosa. El niño. Lo real. El ser no manipulado. La semilla que él mismo había sembrado hacía mucho tiempo. Magnus.

Eliminaría todos los obstáculos que bloqueaban su camino hacia Magnus, su camino hacia la vida. Probablemente moriría mucho antes de lograrlo, pero al menos moriría sabiendo que lo había intentado.

Se levantó lentamente. Tenía que hacer sus compras. Nubes de color azul oscuro se habían cernido sobre el mar. Se levantó un viento fresco.

El cruce del estrecho podría convertirse pronto en algo peligroso.

10

Con el cañón de la pistola clavado en la nuca, Kresten Hildmand no dudó en obedecer de inmediato.

El gran empresario había salido de casa un poco más tarde de lo normal en aquel glorioso Primero de Mayo. Su esposa estaba en Niza con dos amigas y él había aprovechado la oportunidad para apoltronarse en el sofá toda la noche, ver una película y beber varios *whiskies* con soda.

En lugar de ir a Copenhague, a la oficina, la voz áspera que le llegaba del asiento trasero lo dirigió por una enrevesada ruta de carreteras secundarias.

Quince minutos después de dejar atrás el amplio camino que llevaba a su casa, el coche de Hildmand se topó con un estrecho camino de tierra. El Jaguar, un XJ6 de más de treinta años, era tan ancho que apenas cabía en el carril.

Durante todo el viaje, el empresario, empapado en sudor, había tratado de obtener una explicación por parte del hombre armado, pero fue en vano. Y la cabeza, que también le dolía un poco, obviamente no le ayudaba demasiado.

Solo al final, cuando recibió la orden de girar en un sendero del bosque, Hildmand entendió lo que pasaba y empezó a gritar a pleno pulmón:

—¡El Danehof! Te envía el Danehof, ¿verdad? ¡Te han dicho que me mates!

No obtuvo respuesta.

—¡Pero no diré nada! ¡Ya se lo he dicho a ellos, maldita sea! Ganaremos el juicio sin despeinarnos. Nos pondrán algunas multas y andando. ¡No traicionaré a nadie! ¿Lo entiendes? ¡No revelaré nada!

—Cállate. Gira a la derecha.

Los arbustos y las zarzas a ambos lados del fangoso camino rural arañaban la pintura del coche como los dientes de un tenedor sobre un plato. Pero no le importaba. Obedeció cuando le ordenó detenerse en

un pequeño claro.

Para su sorpresa, un segundo hombre salió de los arbustos y se acercó a ellos. Llevaba una mochila grande con él. Ahora estaba muy cerca. Llevaba guantes y abrió al mismo tiempo las dos puertas del lado del conductor.

—¿Ahora qué? ¿Qué? Haré lo que me digáis. Tengo dinero. ¡Mucho dinero! ¡Solo decidme cuánto! ¡Poned un precio! ¿Un millón? ¿Dos millones?

Su pánico alcanzó el momento álgido.

El hombre número dos sacó una botella del bolsillo lateral de su mochila. Un líquido marrón. *Whisky*. El cañón del arma se hundió más en la nuca del empresario.

—¡Bebe!

Él se negó. No podía. Tenía tanto miedo que no podía ni respirar.

—¡Bebe, joder!

Miró la botella que sostenía esa mano. Era el fin. Una imagen tomó forma en su mente. Era una escena final. Lo habían llevado a un lugar desconocido en un bosque desconocido. No saldría de aquí. No con vida…

—¡Cinta! —ordenó el hombre que seguía en el asiento trasero del coche, y su ayudante sacó varios rollos de cinta adhesiva de su mochila y le entregó uno. El arma cambió de manos. Ahora apuntaba a Hildmand desde el lateral.

Las manos enguantadas trabajaban con rapidez y eficacia. Pura rutina. Pasaron la cinta alrededor de la frente y el cuello del empresario. Un par de vueltas para atarlo al asiento del coche. Luego hizo lo mismo con la parte superior del cuerpo y los brazos. Varias vueltas, hasta que el enorme cuerpo quedó inmóvil, atado al elegante asiento de cuero marrón del conductor. Y luego, para no dejar nada al azar, aún dio una vuelta más alrededor de los tobillos.

Era el momento de vaciar la botella. Los dos hombres actuaron con mucho cuidado cuando metieron el cuello de cristal en la boca de Hildmand. Era evidente que no querían dañar ningún diente ni dejar la más mínima sospecha.

Fue una escena de lo más bizarra. Una enorme botella metida como un biberón en una cara gorda de grandes ojos inyectados en pánico. Un gesto intercalado de jadeos y bufidos varios.

Tras la cuarta ronda, Kresten Hildmand hizo un último intento desesperado.

—¡Parad! ¡Parad! Diez millones… de coronas… para cada uno… ¿Me oís?

El primer hombre volvió a ponerle la botella en la boca,

imperturbable. El progreso era lento, pero no podía salir mal. La orden había sido clara: tenía que bebérselo todo. Hasta la última gota.
Los dos hombres estaban un poco separados, fumando. Ambos tiraban las cenizas en una lata con tapa que sostenía el hombre que se había colado en el coche de Hildmand.

No podían dejar rastro. Ni una colilla. Ni una pisada. Tenían que dejarlo todo impecable antes de marcharse de allí. Por eso observaban con verdadera atención cada paso que daban. Como medida de precaución adicional, ambos llevaban zapatillas de deporte. El bosque era muy popular entre los corredores, especialmente después del trabajo y los fines de semana. Todo estaba pensado.

Fumaron dos cigarrillos seguidos, tiraron las colillas en la lata y volvieron al coche, que estaba en punto muerto. La ventanilla del lado del conductor estaba un poco bajada y en el estrecho espacio que dejaba había una manguera conectada al tubo de escape.

Lo último que gritó Kresten Hildmand fue «¡Veinticinco millones! ¡Para cada uno!». Ignorándolo, habían metido la manguera por la ventana y habían sellado el espacio que quedaba abierto con una toalla. Él había luchado y se había retorcido, pero la cinta adhesiva lo mantuvo fijo, como si estuviera atornillado al suelo.

Ahora abrieron todas las puertas, apagaron el motor y esperaron a que el mortal monóxido de carbono se dispersara antes de completar la última parte de su misión.

No duró mucho. Habían repartido las tareas con antelación. Quitaron la cinta con mucho cuidado y se concentraron en que el cadáver adquiriera una postura natural. Luego colocaron las manos de Hildmand en la botella para dejar marcadas sus huellas dactilares, y lo mismo hicieron con el botón regulador de la ventana y, por supuesto, con la manguera.

Finalmente volvieron a encender el motor, colocaron la manguera y la toalla (esta vez por dentro) en la ventana, y se detuvieron un momento para observar la escena. Todo estaba en orden. Luego se ayudaron mutuamente a borrar sus huellas. Limpiaron con sumo cuidado las huellas de la puerta del coche, usando una pequeña bomba manual que estaba conectada a un pequeño depósito de agua que llevaban en la mochila.

Luego se alejaron de la escena del crimen caminando marcha atrás, intercambiaron algunas palabras y desaparecieron en direcciones diferentes.

Un poco más tarde, el sol se abrió paso entre las nubes. El Jaguar verde oscuro brillaba en el claro. Al volante estaba el empresario Kresten Hildmand, de setenta y dos años. La enorme presión que había

sufrido por parte de los investigadores de la fiscalía en el caso de la monopolización del sector de la construcción había acabado por costarle la vida.

11

El silencioso mundo bajo los pinos, en el que un dosel de ramas impenetrable impedía el paso de la luz del sol y una densa alfombra de agujas marrones amortiguaba el sonido de sus pasos, lo hizo sentir como en casa de inmediato.

Estaba en bosque del Rold, de camino a su antiguo territorio. Aquí los árboles eran tan densos que tenía que zigzaguear entre los troncos. Pero más adelante aclaraba. Allí, un cinturón de hierba alta marcaba el final repentino del Hades. El paso era casi tan abrupto como la línea divisoria entre el agua y la tierra.

Había venido por mar. Con el ferri de la mañana, de Gotemburgo a Frederikshavn, y desde allí con el bus a Aalborg. Se sentó ante un ordenador en la biblioteca municipal y buscó toda la información que necesitaba para la primera etapa de su misión.

Más tarde compró las cosas más imprescindibles en una tienda de artículos de caza y pesca. Mochila, cuchillo, olla, taza, cubiertos, hornillo y algunos alimentos liofilizados. Lo que tenía que hacer aquí no se alargaría mucho. Solo una noche; luego se marcharía de nuevo.

El sol lo cegó al salir del bosque. No estaba lejos. Atravesó el terreno abierto hasta la estrecha franja de robles, hayas, alerces y enormes pinos que se elevaban en la pendiente sobre el valle del río.

Cuando también hubo dejado atrás este tramo del bosque, se detuvo un momento. Abajo, en el valle, Lindenborg Å brillaba plateada entre los densos sauces. Las primeras hojas de las hayas teñían todo el valle con una tenue luz verde.

Algunas cosas seguían siendo como la primera vez. En su camino hacia aquí, se había encontrado con varias banderas rojas y no pocas bolsas de plástico con botellas tintineantes. Había tomado la decisión de realizar el último tramo desde Aalborg en tren. Y también había elegido conscientemente bajarse en Skørping y caminar por Rebild para seguir por el camino rural y luego por el sendero de tierra que conducía al oeste. Quería rehacer su propio camino. Recorrerlo una

vez más. Prepararse mentalmente para el viaje a lo desconocido que se abría ante él.

Pero había muchas cosas distintas.

El Señor White no estaba allí.

Lo había perdido allá abajo, en el margen del río. Durante su larga convalecencia en Klöverö aún le había parecido notar varias veces su hocico húmedo en el hueco de sus manos. Un gesto de aliento cuando el caos amenazaba con volverse abrumador.

Y el tiempo… Cuando llegó aquí por primera vez, dos años atrás, llovía a cántaros. Ahora, en cambio, brillaba el sol. En general, cabrían varios mundos entre ambos momentos.

Cuando salió del sótano en el Barrio Noroeste, lo hizo buscando paz. Había sentido la necesidad de esconderse en lo profundo del bosque, siguiendo un vago presentimiento de que podría ser lo correcto.

Esta vez se enfrentaba a una peliaguda tarea. Iría a la guerra. A una muy personal. Contra un enemigo invisible.

Empezó a descender y los arbustos se cerraron en torno a él. Si llegaba al valle, unos cientos de metros río arriba, ya no faltaría mucho para alcanzar su antiguo campamento.

Le resultó bastante difícil encontrar el camino hacia abajo, donde lo esperaba su próximo desafío. Los sauces se elevaban desde el pantano, como un muro. El clima les era muy favorable, y los árboles crecían a una velocidad sorprendente, mientras los matorrales se volvían más y más espesos cada vez. El valle actuaba como una esponja gigante que absorbía y retenía toda el agua de la zona. Aquí se acumulaban las precipitaciones. También los manantiales que brotaban en la ladera —y eso que eran muchos— confluían abajo, en el pantano. Se hallaba, pues, en el terreno más intransitable que un danés pudiera imaginar. Era lo más cercano a una selva virgen que podía encontrarse en el norte.

Precisamente por eso le pareció que ese lugar estaba hecho a medida para instalar un campamento tras su huida de Copenhague.

Siguió caminando, en busca de pistas. Se había desorientado y buscaba en vano el estrecho pasadizo que guardaba en el recuerdo. Al final no le quedó más remedio que abrirse camino de un modo duro y definitivamente agotador: doblando ramas, trepando por encima de ellas, balanceándose sobre troncos cubiertos de lodo, arrastrándose bajo los que estaban torcidos… y todo ello avanzando en zigzag para encontrar el camino menos complicado.

Cuando alcanzó el otro lado, supo dónde estaba. Enseguida distinguió un grupo de pequeños abedules y, algo más adelante, un

gran alerce que le mostró que el suelo volvía a ser sólido. Su antiguo campamento no estaba lejos de allí.

Ante él se extendía un estrecho humedal con grandes matas de hierba y numerosos juncos. Dio el primer paso. Si avanzaba con mucho cuidado, podía trepar o saltar de mata en mata. Si fallaba, en cambio, podía quedarse atrapado en el apestoso pantano negro. En el mejor de los casos le costaría una bota de goma. En el peor, la vida.

Pero él sabía dónde prestar atención y cruzó el pantano sin problema. A partir de ahí empezó a avanzar más rápido, y no tardó en llegar. Dio un par de vueltas en torno a su antiguo campamento y luego se detuvo.

Allí estaba, el viejo roble. La soga había colgado de una de sus ramas más bajas y gruesas. Podría haberla cortado sin subirse a nada. Pero llegó demasiado tarde.

Aún le parecía sentir el peso del cadáver del Señor White en sus brazos. Su pelaje.

Aún distinguía su olor y veía sus ojos apagados frente a sí.

Recordó haber cortado la soga, ciego de ira y desesperación. Recordó haber caído de rodillas en la arena y haber sostenido a su perro en brazos durante mucho tiempo. Lo que no recordaba era cuánto. Su mente y el tiempo se habían fundido y desvanecido en el dolor.

El roble solitario, con su vieja y nudosa copa, se veía majestuoso. Completamente ajeno a los acontecimientos de los que había sido testigo. Ahora sabía lo que no supo entonces: que la muerte del Señor White había sido obra de Axel Mossman. Que el jefe del CNI había ordenado matar a su perro para obligarlo a él a actuar y cooperar.

Se detuvo frente al gran árbol, petrificado, mientras una serie de *flashbacks* le atravesaban la mente. El último mostraba a Mossman confesando a voz en grito bajo la lluvia torrencial. Y a sí mismo, corriendo en plena tormenta y apaleando a Mossman.

En aquel momento, la visita del jefe del CNI le pareció un mal augurio, y nada más lejos de la realidad. Mossman provocó un alud que le pasó a él por encima, barriéndolo a una velocidad vertiginosa y absorbiéndolo sin compasión.

Pero ahora el alud lo había escupido. Vomitado. Justo aquí. En el árbol del dolor. Vivo. Aunque no tardaría en estar muerto de veras, en cuanto descubrieran que seguía respirando.

Se acercó lentamente a su antiguo campamento, avanzando a través de la hierba marchita que crecía en torno a las zarzas. Desde el pino que crecía justo en la ladera de la montaña contó sus pasos, cincuenta, en dirección hacia el alerce. Tuvo que buscar durante un

momento. Entonces encontró el lugar.

—Whitey, viejo amigo… —susurró.

Se quitó la mochila y se sentó frente a la pequeña torre de piedras que ya apenas se distinguía entre la hierba alta.

El sol ya estaba bastante bajo cuando decidió marcharse. Se levantó sin prisa. Recogió la mochila y se quedó inmóvil unos instantes. Luego levantó la mano en un saludo silencioso.

Le esperaba una tarea importante, y tenía que llevarla a cabo antes del anochecer.

12

El infierno del mercado laboral tenía paredes de baldosas grises. Estaba a punto de lavarlas con un trapo húmedo en esa primera noche en su nuevo trabajo, cuando una voz aguda y estridente le gritó:

—¡Me cago en la leche! A ver, tú, la nueva: ¿quién te ha dicho que inundes todo el hotel?

La supervisora del turno de noche, una mujer flacucha y chismosa con el pelo teñido de negro y gafas de montura blanca, la señaló, amenazadora, con el dedo, porque había mojado el suelo con el agua de su cubo. Por un momento estuvo tentada de volcárselo encima y darle una ducha fría a la vieja bruja, pero eso habría sido un estreno bastante poco acertado.

—¡Está bien, lo siento! —respondió, levantando las manos a modo de disculpa.

Aun así, la jefa se acercó hasta ella.

Dejó el trapo en el cubo para evitar que siguiera goteando.

—Es tu primer día, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Y cómo te llamas?

—Margrethe.

—¿Y tienes un apellido, como el resto de la gente? ¿O es que tengo el placer de estar hablando con la reina Margarita?

—Franck, Margrethe Franck.

—Está bien, pues te llamaré Franck… A ver, empecemos de nuevo: aquí solo se enjuaga, no se moja. Entiendo que aún eres nueva, pero si hay algo que no sabes, pregúntaselo al jefe de tu grupo, ¿de acuerdo? Se llama Yang. Es ese hombre de allá… Todos parecen iguales, los rollitos de primavera, ¿verdad? En fin, pásalo bien.

La supervisora sonrió ante su patética broma, asintió y se dirigió hacia las escaleras.

¿Podía ser que no hubiese querido asustar a la única empleada cien por cien danesa de la empresa en su primer día de trabajo? El equipo

de limpieza que aquella noche trabajaría en la gigantesca cocina del Hotel Copenhagen Blackbird estaba formado por varios asiáticos, un joven del Congo, una mujer también africana y ella.

No hace falta decir que el infierno del mercado laboral se hallaba, por supuesto, en el sótano. Y que toda la suciedad venía de arriba, cuando los pequeños ascensores bajaban los platos sucios a las catacumbas. Allí los rociaban con agua, sobre largas pilas de acero inoxidable, antes de meterlos en los lavavajillas.

El Copenhagen Blackbird era la nueva joya de la corona hotelera de la capital. El lujoso nivel del restaurante de moda en el centro no se veía en absoluto reflejado en su sueldo, pero cuando las cosas se ponían difíciles y una necesitaba efectivo lo más rápido posible, se aceptaba cualquier cosa. Como ella ahora.

Las cuatro horas lavando platos y baldosas, combinadas con las cinco horas tras el mostrador en una tienda —el trabajo que estaba a punto de empezar—, servirían para mantenerla a flote. Y para hacerla sudar.

—No es del todo imposible, pero si quiere deshacerse de su apartamento, tendrá que bajar el precio.

Las palabras del agente inmobiliario no habían dejado margen para la duda. Podría vender su apartamento, pero probablemente terminaría con deudas. La situación era más que indignante. No podía pasarse el resto de su vida trabajando como una mula solo para tener un techo sobre su cabeza.

Claro que el «resto de su vida» era una expresión bastante osada… Desde que Villum Grund-Löwenberg, jefe del Danehof del Sur y señor del castillo de Gram, había jurado acabar con ella, su vida se había ajustado a un patrón claro: perdía los buenos trabajos y conservaba los malos. Lo cual significaba que las fuerzas oscuras seguían teniéndola en el punto de mira.

¿Iban a controlarla durante el «resto de su vida»? ¿O llegaría el día en que el Danehof se cansaría de ese juego y dedicaría sus energías a algo nuevo?

Ella ya había pensado en una solución completamente distinta. Había considerado la opción de marcharse de Dinamarca. Emigrar. Pero ¿adónde podría ir? Y… ¿dejarían así de seguirla?

En realidad, solo deseaba una cosa: regresar al CNI, aunque sabía que nunca volvería a pisarlo.

¿Y si probara con una agencia de inteligencia extranjera? ¿Cómo podría informarse? ¿Tendría realmente alguna posibilidad, por remota que fuera, después de haber sido echada a patadas de su agencia?

Desde que les tendieron aquella emboscada en el castillo de Gram,

no había vuelto a saber nada de su antiguo jefe, Axel Mossman. Aquel día creyeron que pasarían la noche al acecho, espiando una de las reuniones de los tres principales jefes del Danehof. En cambio, habían caído en su trampa y habían sido reducidos. Poco después, Mossman tuvo que dejar vacante su puesto. Contra su voluntad, estaba segura de ello, por mucho que el fiscal general hubiese afirmado lo contrario.

¿Quizá el gran Mossman, con sus muchos contactos y relaciones con organizaciones hermanas en el extranjero, podría ayudarla a salir de su miseria?

—*Hey, you! Wake up!*

El hombrecillo a su lado le gritó, señalando enérgicamente hacia un montón de platos que habían caído del cielo sin que ella se diera cuenta.

—*Sorry!*

Asintió y sonrió.

Tal vez había llegado la hora de hacerle una visita a Mossman. Charlar un poco con él. Ponerse manos a la obra y, poco a poco, tratar de salir adelante. Comprobar si él tenía la llave que pudiera abrirle nuevas oportunidades.

El jefe de grupo le dedicó una amplia sonrisa desde el otro extremo de la pila de lavado al verla abalanzarse con energía sobre los platos. Así que ese era Yang. Habría sido ingenuo suponer que también había un Yin en este infierno.

13

El hornillo dejó escapar unas chispas cuando pasó con fuerza el dorso del cuchillo por encima. Con una vez fue suficiente. Aún recordaba cómo hacerlo. Las chispas cayeron justo sobre las ramitas de abedul que acababa de cortar.

Alimentó la pequeña llama con astillas de corteza finamente taladas, y luego con un manojo de hierba seca como la paja. Sopló con cuidado, poniendo un poco más de hierba en el trozo de corteza y luego añadió algunas virutas más gruesas. La corteza de abedul iba fenomenal porque era muy aceitosa.

Pronto dispuso de un fuego que crepitaba sobre la corteza y el lecho de ramitas secas. Sin prisas, fue poniendo pequeñas porciones de maleza sobre las llamas. Y finalmente, cuando la hoguera ya ardía de manera correcta, añadió troncos más grandes.

El atardecer cayó sobre el valle del río. Se sentó en su antiguo campamento, o en lo que quedaba de él. Algunos restos de la lona que le había servido de techo aún ondeaban al viento. El resto habría sido arrastrado por alguna tormenta invernal, o puede que Karin «Kajsa» Corfitzen hubiera ordenado que se retirara todo de ahí.

Fue aquí donde el pequeño comando de la policía de Aalborg lo tomó por sorpresa aquella mañana, temprano. Lo habían rodeado y se lo habían llevado en secreto para interrogarlo ante un tribunal compuesto por oficiales superiores del cuartel general y el CNI. Aquella mañana lo involucraron en el asunto de los perros ahorcados, aunque él lo negó desde el primer segundo.

Vertió agua hirviendo en el recipiente de plástico con *goulash* liofilizado y lo removió.

Junto a él tenía la pequeña caja de aluminio. En su interior había unas 100 000 coronas. Encontró fácilmente el lugar en el que había enterrado la caja después de despedirse del Señor White. Había enterrado otras 50 000 coronas cerca de la piscifactoría, y unas 40 000 se hallaban en una mochila que Margrethe Franck se había

comprometido a guardarle.

El dinero no le aportaba ninguna felicidad. Para él solo tenía un valor práctico. Axel Mossman lo usó para agradecerle su apoyo en la investigación. Una suma generosa, pero, en última instancia, nada más que dinero ensangrentado por el difunto Señor White.

Se comió el *goulash*. Estaba muerto de hambre. Había sido un día largo. Viajar siguiendo sus propios pasos se había convertido en una gesta agotadora, y difícil.

Mientras tanto, había oscurecido. Habría dado mil coronas por una taza de café decente (en dinero efectivo de la caja), porque con las prisas de llegar al campamento se había olvidado de comprarlo.

Pasaría la noche en su saco de dormir, cerca de la hoguera, sobre una cama de palos y ramitas. Aun así, pasaría frío, no tenía ninguna duda. Las estrellas brillaban en el cielo. Tenía que mantener el fuego encendido a toda costa.

¿Aparecería alguno de los siete mientras dormía? Y, en caso afirmativo, ¿cuál de ellos? ¿Tendría algo que ver la aparición con que se quedara aquí, justo en ese lugar, toda la noche?

Había pasado una eternidad desde la última vez que disfrutó de una noche de hierba y *whisky* en estos lares. La última vez que se acostó a la orilla de Skjern Å, justo antes de que empezara la gran fuga. En la época que pasó con Tessa se acostumbró a estar sobrio y comprendió que vaciar su cabeza con hierba y alcohol no servía para nada, y ahora no lo echaba de menos.

Se llevó el recipiente a la boca y sorbió lo que quedaba del *goulash*. Le encantaba el calor rústico de las fogatas. Nada ardía de un modo tan agradable en la cara. Puso más madera. Tenía la suficiente como para mantener viva la hoguera toda la noche.

De ahora en adelante se dedicaría en cuerpo y alma, todos los días, a su liberación. Una misión con la que enfrentarse al hecho de tener que estar separado de su hijo para siempre.

La noticia del nombramiento de Yssing como comandante en jefe del Ejército, y el caos que a raíz de ello se formó en su interior, supusieron el detonante definitivo para poner en tela de juicio la opción de ir a Haparanda.

Allí, en el norte, habría tenido tiempo para pensar. Pero ¿pensar *sobre qué*? En las condiciones de la vida que llevaba, una vida inexistente, nada habría cambiado. Haparanda no habría sido más que un nuevo escondite en el que seguir siendo invisible.

Mientras vivió con Tessa imaginó una y mil veces todo tipo de escenarios y analizó los riesgos con todo lujo de detalles, y siempre llegó a la misma conclusión: solo había una forma de entrar en el

laberinto de los hombres oscuros, y empezaba con una persecución en Inglaterra…

El primer paso era librarse del cargo de asesinato. Tenía que recuperar su libertad (y su vida) para poder moverse sin restricciones. Solo entonces podría enfrentarse con los hombres que ostentaban el poder.

Sabía que, si ellos descubrían que estaba vivo, harían cuanto estuviera en sus manos para silenciarlo, pero, aun así, aquella era su única oportunidad. En aquella misión estaba solo. No podía ponerse en contacto con Axel Mossman ni con Margrethe Franck ni con su viejo amigo Fritsen. Lo más probable es que todas las personas que habían estado cerca de él en los últimos tiempos siguieran siendo objeto de vigilancia y control.

Pero él se había asegurado de que la puerta del laberinto del poder estuviera siempre unos centímetros entreabierta: cuando noqueó a uno de sus perseguidores en el establo del castillo de Gram, cogió su teléfono y, sin pensárselo dos veces, envió su cuenta de correo electrónico y su libreta de direcciones a la hermana de Fritsen, pidiéndole que hiciera llegar la información a su hermano. Además, también había fotografiado al hombre inconsciente para poder identificarlo más adelante. La imagen fue enviada a Fritsen del mismo modo que el resto.

El pasaporte de aquel hombre habría resultado, sin duda, mucho menos significativo que el contenido de su teléfono, que estaba registrado a nombre de «Mark Johnson», un usuario lo suficientemente anónimo y tan británico como el resto del pequeño grupo que el Danehof había contratado para dar con él y eliminarlo.

Durante una de esas tentativas, los mercenarios asesinaron al anciano piscicultor.

Ahora tenía que acceder a esos datos lo más rápido posible. Averiguar quién era ese hombre, que supuestamente vivía en Inglaterra, y descubrir si de verdad se llamaba Mark Johnson o no era más que una tapadera.

Estaba cansado. Era hora de acostarse. Desenrolló su nuevo saco de dormir sobre una capa de cortezas y ramas de abeto dispuesta para protegerle, al menos, del peor frío que le llegaba del suelo, añadió leña al fuego y se acurrucó en su saco.

Sintió que se adormilaba rápidamente. La pregunta era si los siete también se dormirían.

Había más de sesenta millones de británicos, según recordaba. Solo tenía que encontrar a uno de ellos: al correcto. Y luego tenía que hacerle confesar, a toda costa y por cualquier medio. ¿Quién había

apuñalado al viejo Johannes Fisk?

Mientras se le cerraban los ojos, la tarea le pareció casi sencilla, aunque lo más probable era que, al día siguiente, viera las cosas de otro modo. Planeaba partir temprano, de madrugada, caminar hasta Arden y desde allí dirigirse de alguna manera al sur. Su destino era la antigua piscifactoría cerca de Brande, donde le esperaba una nueva tarea de excavación.

Parpadeó una última vez ante las llamas, cerró los ojos y disfrutó del calor en su rostro.

14

El titular de la portada del diario estaba dividido en dos partes. Arriba, una línea escrita en letras no muy grandes: «Acusado en un caso de fraude de gran magnitud». Y debajo, en letras gigantes: «Multimillonario elige la muerte».

El magistrado Per Eilertsen se tomó su tiempo para estudiar los titulares. Daban bastante en el clavo. Y debajo de la foto adjunta podía leerse en letras más pequeñas: «El empresario Kresten Hildmand no pudo soportar la presión. ¿Qué pasará ahora con el juicio?».

El diseño de la portada, en cambio, era bastante inusual. En ella podía verse el viejo Jaguar de Hildmand en mitad del bosque, y, en una esquina de la foto, una imagen de la cara redonda de Hildmand.

El magistrado avanzó en el periódico hasta llegar al artículo, que ocupaba dos páginas.

> Ayer por la tarde, un grupo de corredores aficionados hizo un macabro descubrimiento durante su entrenamiento. En un claro del bosque, cerca de Lynge, encontraron una limusina. Una manguera salía del tubo de escape e iba hasta el interior del vehículo. Al volante hallaron el cuerpo del mayor contratista de obras de Dinamarca, el multimillonario Kresten Hildmand. Él era…

El magistrado dobló el periódico y lo dejó a un lado. Si había alguien al corriente de los detalles de este suicidio, ese era él. Ya había convocado a sus subordinados a un gabinete de crisis a primera hora del día.

Lo sabía desde la tarde anterior. Un oficial de la Dirección de Policía del mar del Norte lo llamó a eso de las ocho. Desde entonces, el mundo parecía otro. Los casos de monopolio eran difíciles de evaluar de antemano, porque las pruebas a menudo no eran claras. El hecho de que Kresten Hildmand hubiera decidido acabar con su vida lo cambiaba todo. El caso se había vuelto más pequeño y el juicio

tenía que adaptarse. Ya había discutido el tema con sus subordinados.

El magistrado leía ahora un segundo periódico. El titular de la portada decía: «Empujado a la muerte por el magistrado». Y debajo, la imagen de un Hildmand radiante. Aquella era una tergiversación drástica de los hechos que echaba toda la culpa a las autoridades. No le gustaba, por supuesto, pero se había vuelto inmune a tales acusaciones.

Cogió entonces el periódico de economía. Este también se hacía eco de la muerte de Kresten Hildmand, aunque evitaba mencionar la causa. En la mayoría de los medios daneses, el suicidio se consideraba un asunto privado; pero dado que Hildmand era una figura pública y el principal acusado en un juicio importante que estaba previsto que empezara ese mismo año, hubo poca contención en torno a su caso.

Ahora todo había cambiado: tanto la ponderación de los aspectos individuales como el orden que estos seguían. Como magistrado, no le sorprendía en absoluto. Su trabajo ahora consistía en reenfocarse, reorganizarse y seguir adelante. Los muertos no podían testificar. Ni ser castigados.

15

El autobús interurbano de Aabenraa redujo la velocidad hasta detenerse en la parada. Se apeó y esperó a que el vehículo continuara por la carretera rural hacia Sønderborg. Luego eligió el angosto camino que parecía cruzar el pueblo.

Era tarde y estaba oscureciendo, pero el campanario de la iglesia estaba iluminado y le mostró el camino, que pasaba junto a setos y casas hasta llegar a una segunda calle principal. En un edificio sorprendentemente pequeño podía leerse PARQUE DE BOMBEROS escrito en letras blancas. Estaba al sur de Jutlandia, donde los voluntarios acudían cuando las cabañas ardían en llamas. Más concretamente, se hallaba en Ullerup, en Sundeved, la península entre Aabenraa y el fiordo de Flensburg.

Cruzó la calle y poco después se detuvo frente a la iglesia. La corta caminata desde la parada del autobús hasta aquí había sido como un viaje por el camino de la memoria. En esta zona, la mayoría de las casas todavía tenían techo de paja, y las fachadas blancas brillaban a la luz de las farolas —excepto las de las casas solariegas, cerradas, en las que el yeso se desprendía de las paredes—. Alguien había estacionado un coche destrozado frente a la casa.

Sin embargo, a primera vista no pudo encontrar lo que estaba buscando: la vicaría.

Llegó hasta aquí por una búsqueda en Google desde el ordenador de la biblioteca de la ciudad de Aalborg. Ullerup era el lugar con el que había soñado Jan Johansen. O, al menos, el lugar en el que dejó de ser capellán castrense y pasó a ser capellán parroquial. De la guerra a la paz.

—Quiero ir a algún lugar en el campo, Niels. Allá donde los pájaros canten y la gente se salude por la calle. Y, sobre todo, quiero una vicaría. Siempre he soñado con una casa parroquial de verdad.

Era obvio que no recordaba cada palabra, pero sí se le había quedado grabado en la mente lo más importante de su última y larga

conversación con Jan «el Pastor» Johansen. Aunque de eso hiciese ya muchos años.

Estuvieron juntos en el Campamento Edén en 2003, allá donde confluyen el Éufrates y el Tigris. El batallón danés había establecido su cuartel general cerca de Al-Qurna, después de que el Parlamento, apelando a una mayoría con un margen muy estrecho, tomara una decisión que provocó un gran revuelo: enviar al Ejército danés al servicio militar activo en Irak.

Él había formado parte de la pequeña unidad del Cuerpo de Cazadores que se había desplegado en la fase preliminar. Edén era un lugar en el que no solo pululaban serpientes, sino también un buen puñado de manzanas mordidas. Justo lo que necesitaba un sacerdote militar.

Se sentaron a la sombra, en el campamento, tomaron algunas cervezas y rememoraron viejos recuerdos de los Balcanes, donde se conocieron en 1993 en la sede de la empresa en Kiseljak, Bosnia. Por aquel entonces, Johansen era conocido como «el Pastor». El ministro también había formado parte de la misión UNPROFOR en 1995, atendiendo a compañeros de la Compañía Bravo que habían quedado particularmente tocados por la muerte de Bosse. Por alguna razón, los lazos que se estrechaban en los Balcanes tenían una fuerza especial. Ambos se sintieron muy felices al reencontrarse en Irak.

La misión en el extranjero iba a ser la última de Johansen. Quería volver a casa y echar raíces en una iglesia. Y eso fue lo que hizo. Y ahora, esta que tenía delante era su iglesia, blanca como la mayoría de las iglesias danesas, con una magnífica torre de ladrillo rojo.

Oxen no había buscado la dirección de la vicaría. Supuso que sería fácil de encontrar en un pueblo al sur de Jutlandia.

Un anciano se le acercó, arrastrando los pies por la acera y con un pequeño perro sujeto por una correa, y lo miró como si acabara de aterrizar en un platillo volador.

—Buenas noches —dijo Oxen—. ¿Podría decirme dónde puedo encontrar al padre Johansen?

El hombre asintió y dijo:

—En la vicaría.

—¿Y no quedará por aquí cerca, por casualidad?

—Sí, sí. Solo hay que subir hasta la carretera y cruzar la rotonda. Después ya es la segunda finca de la derecha. La calle se llama Langbro. Está a un kilómetro como máximo de aquí.

Le dio las gracias, regresó al parque de bomberos y siguió hasta la rotonda. A la izquierda había una gasolinera y, al otro lado, un taller de neumáticos y cuatro grandes silos.

A las ovejas del paraíso del pastor, pues, no les faltaría gasolina, ni llantas nuevas ni alimento; pero ¿tendrían también paz?

Le había llevado muchas horas llegar hasta allí, pero solo con unos pasos había dejado atrás el pueblo. Siguió la zanja hacia la oscuridad.

Unos minutos más tarde, tal como le habían indicado, llegó a la segunda finca de la calle Langbro. Estaba iluminada por lamparitas y no dejaba lugar a dudas: en un cartel ponía RECTORÍA. El viejo edificio quedaba escondido tras árboles y setos, y las luces estaban encendidas en los grandes ventanales.

No se habían visto desde el Campamento Edén. Como le había sucedido ya con muchas otras amistades, Oxen no pudo mantener el contacto con él. Poco a poco se había ido diluyendo sin dejar rastro.

Aun así, seguía considerándolo un buen amigo. No había rencillas entre ellos, por mucho que uno creyera en Dios y el otro solo en el trabajo personal y la preparación.

Mientras estaba en el archipiélago sueco preguntándose a quién acudir, enseguida le vino a la mente Johansen. El Pastor era un hombre al que podía pedir un favor sin reparos. Y estaba seguro de que no lo traicionaría. Ni esperaría nada a cambio.

Oxen cruzó el camino de entrada hasta el gran patio delantero, que también estaba iluminado. El edificio principal era grande, pintado de blanco y decorado con ladrillos amarillos en las esquinas, la entrada y bajo el techo de pizarra. Si no andaba equivocado, el Pastor se había criado en Aarhus, en la ciudad. Ahora había encontrado el hogar que más se adecuaba a su corazón.

¿Lo reconocería acaso, el párroco de Ullerup?

Cuando Oxen llegó al último escalón y tomó la aldaba, notó que tenía el pulso acelerado. El Campamento Edén fue hace mucho tiempo. Mientras el aspecto de la vicaría parecía un sueño hecho realidad, él solo podía hablar de unos años que no habían sido más que un fiasco, de principio a fin.

Golpeó dos veces la sólida puerta de madera con la aldaba y oyó unos pasos. Demasiado ligeros y demasiado rápidos para el Pastor, que pesaba más de cien kilos. Una mujer abrió la puerta, sonrió amistosamente y lo miró con curiosidad.

—Buenas tardes —le dijo él—. ¿Podría hablar con Jan Johansen?

La mujer asintió y dijo:

—Un momento.

Calculó que mediría uno sesenta y cinco; era delgada y llevaba media melena rubia hasta los hombros. Tenía una mirada muy viva que hacía juego con su amable rostro. De modo que Johansen había encontrado esposa. «La escogida», como dijo en una ocasión.

Un momento después escuchó otros pasos más pesados, una poderosa silueta apareció por el pasillo. El Pastor había engordado algunos kilos más en los últimos años, y su barba blanca hacía que su cabeza pareciera más ancha. Las pobladas cejas se alzaron interrogativamente.

Oxen se sintió como un peregrino esperando que le concedieran un espacio en el establo.

—Buenas tardes —repitió.

Estaban muy cerca el uno del otro, pero en los ojos del capellán no encontró reconocimiento.

—No… no sabes quién soy, ¿verdad?

—¿Cómo dice? —Johansen estudió su rostro—. ¿Debería…? ¡No…! ¡Pero no es posible! —El rostro del sacerdote cambió de repente. Los ojos se agrandaron, la boca se abrió. Su voz sonaba incrédula—. No me lo puedo creer… ¡Oxen! ¡Por todos los santos! Niels, amigo… ¡pero si estás muerto! Yo mismo lo vi en las noticias. Frente a la costa de Suecia… un accidente… o al menos eso dijeron.

Él sonrió y le tendió la mano.

—Hola, Pastor. Pues ya ves, sigo vivo. Cuánto tiempo, ¿eh?

El sacerdote lo atrajo hacia sí y lo abrazó cordialmente. Cuando lo soltó, parecía muy sorprendido.

—Niels… ¡No tenía ni idea! Pero dicen que has matado a un hombre. Con un cuchillo.

—Por eso estoy aquí, Pastor. Tengo que demostrar que soy inocente. Necesito tu ayuda. Si no te molesta, claro.

—Entra, entra. ¿Ya has comido?

Apenas un instante después, el pastor lo había empujado suave pero firmemente al asiento de la esquina de la cocina, y le había plantado delante un plato con un par de sándwiches que comió con avidez y acompañó con un vaso de leche, que había pedido cuando la esposa de Johansen le preguntó qué le gustaría beber.

El nombre de la mujer era Helle. El capellán se lo presentó como «Niels, mi viejo y buen amigo de los Balcanes. Ese del que te hablé, el de las medallas».

Lo dejaron comer tranquilo, sin molestarlo con preguntas, y cuando hubo dado cuenta de hasta la última miga, Johansen se acercó con dos tazas de café.

—Ten, Niels… —El sacerdote se dejó caer en una silla, a su lado—. Y ahora cuéntamelo todo, amigo mío.

Oxen dio un largo sorbo al humeante café, que le supo a gloria.

—Trataré de resumirlo todo de manera que tenga sentido para ti y puedas creerme, porque…

—Confío en ti, Niels, ya lo sabes.

—Gracias… Toda esta historia parece una locura, y solo puedo contarte algunas partes. Es mejor para ti no saberlo todo.

—Desembucha.

—Está bien, mira… Hace unos dos años vivía con mi perro en un sótano en la zona noroeste de Copenhague…

La taza de café estaba vacía cuando acabó su relato con la parte de su estancia con Tessa en el archipiélago sueco.

Johansen fue a buscar la cafetera y sirvió más.

—Joder, tío, vaya odisea —murmuró el Pastor, que nunca había sido lo suficientemente santo para dejar de decir palabrotas—. ¿Y ahora qué piensas hacer? ¿Qué te traes entre manos?

—¿Te acuerdas de L. T. Fritsen?

—¿El soldado que rescataste en el Una?

—Sí.

—Pues claro que lo recuerdo. ¿Por?

—¿Me harías el favor de ir a visitarlo a Copenhague y recoger algo que necesito para seguir con mi plan?

—Por supuesto. ¿De qué se trata? ¿Y cuándo lo necesitas?

—Es información importante que guardé en un USB, y la necesitaría cuanto antes. No voy yo mismo a recogerla porque imagino que Fritsen está siendo vigilado. Todo lo que tendrías que hacer es llevar tu coche a su taller, seguir mis instrucciones y volver.

—¿Y después?

—Estoy buscando una puerta que me dé acceso al laberinto, y espero poder encontrarla en el USB. Si tengo éxito, la abriré y me colaré dentro. Es mi única oportunidad.

No había llamas en las que perderse ni una fogata para calentar su rostro mientras se acostaba. Lo que sí había era una cama, un colchón y una manta. Tenía que admitir que estaba mucho más cómodo aquí que en el suelo del bosque, a pesar de que todo el mundo debería tener un cielo estrellado centelleante sobre su cabeza a la hora de dormir.

La esposa de Johansen le había preparado una habitación en el piso superior. El Pastor había dicho que la vicaría tenía unos quinientos metros cuadrados de superficie habitable, de modo que había espacio de sobra y podía quedarse todo el tiempo que quisiera. La oferta no era mera cortesía. El Pastor siempre decía lo que pensaba.

El excapellán castrense se puso inmediatamente manos a la obra y decidió conducir hasta Copenhague al día siguiente, temprano. Era lo mejor para Oxen y también lo más cómodo para él, pues el resto de su agenda semanal estaba algo más ocupada.

Durante el desayuno, Oxen escribió una breve carta para Fritsen. Johansen tendría que dársela para convencerlo de que Oxen estaba vivo y era seguro darle la información que le pedía.

En la carta aprovechó para pedir a Fritsen que le dijera al Pastor todo lo que sabía sobre Margrethe Franck. ¿Había ido a visitar el taller alguna vez? ¿Seguía trabajando para el CNI? Por supuesto, insistió mucho en que no dijera nada a nadie de que seguía vivo. Ni siquiera a ella.

Si todo iba bien, mañana por la noche podría conectar ya la memoria USB al ordenador portátil del Pastor. Se encerraría en la habitación que le habían dejado y analizaría toda la información que pudiera encontrar sobre el mercenario inglés. Hasta el más mínimo detalle. Y luego esbozaría un plan.

Ya iba siendo hora de mirar hacia delante. Los últimos días lo habían devuelto de lleno a la pesadilla de los dos últimos años. Esta misma mañana había pasado junto a la piscifactoría desierta cerca de Brande, todavía conmocionado. Cada recuerdo de aquella época se le clavaba en el cuerpo como una aguja.

Del trabajo de toda la vida de Johannes Fisk apenas quedaban unas ruinas. Su casa había sido saqueada, tenía varias ventanas rotas y los estanques estaban en barbecho; sin peces, sin agua, cubiertos de lodo.

Su antiguo refugio junto al bosque, la casita del ayudante, se había incendiado. Aquel había sido su hogar durante un tiempo, pese a los agujeros en el techo, las ratas entre las paredes y las alarmas nocturnas cada vez que los animales del bosque se acercaban a sus cámaras de vigilancia. Allí se había sentido como en casa… Hasta la noche en la que los hombres oscuros lanzaron sus garras sobre él y asesinaron al viejo Fisk.

No le había resultado difícil encontrar el gran alerce, y tampoco le había llevado demasiado tiempo desenterrar las dos cajas con la ayuda de una pala. En la primera estaban las 50 000 coronas; en la otra, el material de los archivos del Danehof del Norte: la lista de los quince elegidos en cada uno de los tres anillos, la lista de los miembros pasivos y todos los nombres de los recientemente fallecidos. También contenía algunas entradas del diario del difunto gerente del Norte y señor del castillo de Nørlund, Hans-Otto Corfitzen.

Oyó un crujido y una puerta que se cerraba en algún lugar. La vicaría de Ullerup era como un laberinto de habitaciones.

Se cubrió con las sábanas hasta la barbilla y se puso de lado. El cuerpo le pesaba. Ojalá pudiera dormir.

En menos de un día tendría una imagen de su primer oponente.

16

El hombre alto de las gafas de sol estaba sentado en un banco, leyendo un periódico. Lo había comprado hacía unos minutos en el pequeño quiosco de enfrente, en el que la Derby Hill Road hacía una curva a la derecha.

Si alguien lo hubiera observado sin prestar demasiada atención durante la última media hora, no habría tenido ninguna razón para dudar de que el tipo estaba totalmente inmerso en la lectura del *Liverpool Echo*. Sin embargo, de haberlo visto deambulando por el vecindario, a lo largo de Derby Street, subiendo hasta Greetby Hill y luego de vuelta, y también por el callejón sin salida de Bath Springs y de nuevo deshaciendo su camino, uno podría haberse preguntado también, y con razón, qué se le había perdido a aquel hombre en esa agradable zona de grandes casas unifamiliares e impecables jardines.

Dado que tras la vallada zona verde que quedaba a la izquierda de Greetby Hill se hallaba una escuela, no habrían faltado motivos para estar alerta, incluso en esa ajetreada tarde de jueves. Pero, aparentemente, nadie se había fijado en él.

El hombre echó un vistazo a su reloj mientras los coches empezaban a acumularse en la entrada de la escuela. Siguió muy quieto, sentado con su periódico, y tampoco se movió cuando los coches volvieron un poco más tarde, ahora con niños en los asientos traseros.

Levantó la mirada. Un pequeño grupo de escolares, niños y niñas, pasó corriendo junto a él, seguido de otros grupitos. Estaba a punto de pasar la página cuando algo llamó su atención y, en lugar de seguir leyendo, dobló el papel.

Cuatro niñas se acercaron por la acera. Todas, por supuesto, debidamente vestidas con el uniforme de la escuela primaria Ormskirk Church of England. Faldas grises y medias blancas, sudaderas azul celeste con el logo amarillo de la escuela en el pecho y, debajo, un polo o una blusa blanca. Una de ellas se había atado la sudadera en

torno a la cintura. Su cabello rojo brillaba bajo el cálido sol primaveral, y su cola de caballo se movió alegremente cuando se puso a dar unos saltitos. ¿Estaba tratando de no pisar las líneas?

El hombre del banco mantuvo la mirada fija en la niña de la cola de caballo. Entonces echó un vistazo a su teléfono, que mostraba la foto de una chica pelirroja, y volvió a levantar la vista.

Las cuatro pasaron junto a él. Niñas de siete años, riéndose, interrumpiéndose para tener la palabra. La de la cola de caballo tenía pecas.

El hombre permaneció sentado un momento más. Luego se levantó, se metió el periódico en el bolsillo de la chaqueta y anduvo lentamente, detrás de ellas, por Derby Street. Las pequeñas cruzaron el puente del ferrocarril y se detuvieron en seco en la esquina que quedaba frente a una casa blanca con antepechos verdes. Se trataba de un *pub* llamado The Railway y supongo que les habían advertido de que tuvieran mucho cuidado en este punto, ya que el cruce era muy peligroso. Todos los coches que se dirigían a la A570 cruzaban la ciudad por aquí, y la mayoría circulaba a excesiva velocidad, pues era una calle recta sin semáforos.

Solo cuando la calle quedó totalmente despejada, una de las chicas dio la orden a las demás y juntas trotaron hacia la otra acera, con sus mochilas rebotándoles en la espalda.

También el hombre alto tuvo que detenerse frente al *pub* y esperar pacientemente a que se abriera un hueco en el tráfico antes de poder cruzar la calle y seguir a las chicas.

Se subió las gafas de sol por encima de la frente, aceleró el paso y redujo la distancia que lo separaba de las niñas, hasta que estuvieron a menos de quince metros por delante de él. Pero entonces ellas giraron hacia Moory Street y las perdió de vista.

Al principio solo lo escuchó: un zumbido continuo, interrumpido por algunos gritos aislados. Pero en cuanto dobló la esquina se vio inmerso en ello. Estaba en uno de los mercadillos más antiguos del país.

El jueves era día de mercado en Ormskirk, un pueblo que quedaba a trece millas al norte de Liverpool. Siempre había sido así, desde que los monjes del cercano priorato de Burscough habían recibido el permiso real de Eduardo I para instalar allí un mercado semanal.

El hombre —obviamente— no estaba preparado para ese escenario. Se detuvo frente al bar de la esquina, el Golden Lion, ante el que la gente se sentaba a tomar una cerveza o un café. ¿Había perdido a las cuatro niñas? No…

Las pequeñas estaban justo al lado de la estatua del conde de

Beaconsfield, que tenía estacionada delante una furgoneta de helados: una gran tentación no solo para los niños de la escuela de Greetby Hill, sino para todos los que pasaban por allí.

El hombre se acercó con cautela a las cuatro chicas, que miraban fijamente, y un poco perdidas, la pizarra de precios que acompañaba a una gran oferta. Lo más probable era que no tuvieran el dinero necesario. El hombre se agachó levemente y estaba a punto de poner su mano sobre el hombro de la pelirroja cuando una de sus amigas vio un puesto con camisetas de Disney y la arrastró.

El hombre se enderezó y continuó su persecución, imperturbable. La multitud fue haciéndose cada vez más espesa a medida que avanzaban por la amplia calle peatonal. Moory era la principal calle comercial de Ormskirk.

Cada vez que las chicas se detenían —cosa que sucedía cada dos por tres—, el hombre también se detenía. De esta forma, cazador y presa fueron abriéndose paso hasta un pequeño campanario que se alzaba en medio de la calle y era uno de los lugares de interés del pueblo.

Las chicas se detuvieron de nuevo, esta vez frente a un carro de perritos calientes estacionado sin ningún decoro junto al campanario, y volvió a repetirse la misma escena: sin dinero no podía haber perritos calientes… El hombre se acercó de nuevo.

El mercado alcanzaba su máximo apogeo precisamente en torno al campanario. Un vendedor ambulante jubilado, con un trasnochado corte de pelo y una cadena de oro al cuello, se esforzaba por convencer a las amas de casa de que no se marcharan de allí sin probar su «mopa mágica», que podía hasta con los suelos más difíciles.

Una vez más, las chicas esquivaron inesperadamente a su perseguidor cuando salieron corriendo hacia el otro lado de la torre, donde otro anciano intentaba vender su cera para pulir.

En el mismo segundo en que el tipo empezaba a cubrir una arañada pantalla con un trapo viejo, el hombre que había estado siguiendo a las chicas se acercó mucho a la pelirroja, se agachó de nuevo y le puso por fin la mano en el hombro. Entonces le dijo, con voz amistosa:

—Hola, pequeña, eres Emily, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

La chica asintió, algo desconcertada, mientras seguía mirando al hombre con el trapo de limpieza, fascinada.

—Me llamo Bryan y soy un buen amigo de tu padre, así que técnicamente somos colegas. Me ha invitado a su cumpleaños la semana que viene y ahora, al verte, se me ha ocurrido una idea.

¿Sabes? Creo que se pondría supercontento si te grabara con mi móvil enviándole una felicitación de cumpleaños. Eso sería genial, ¿no te parece? ¿Qué, te apuntas?

La niña lo miró a la cara.

—Pero… yo no te conozco…

—Vivo aquí en Ormskirk. Tu padre ya me ha enseñado muchas fotos tuyas, y por eso te he reconocido, aunque nunca habíamos coincidido en persona. ¡Vamos, solo será un segundo! Podemos hacerlo aquí mismo, en la calle. Tú lo felicitas y luego los dos juntos lo saludamos con la mano. ¿Te parece bien? Te daré diez libras en agradecimiento, para que tú y tus amigas podáis compraros un helado.

La niña lo pensó un momento, pero enseguida asintió, feliz. Se olvidó de la pantalla arañada y lo siguió hasta un rincón algo más tranquilo.

—Puedes sentarte en ese banco junto a la torre del reloj —dijo el hombre, sacando su móvil del bolsillo.

—¿Va a hacer una fiesta chula, mi padre? —preguntó la niña.

—Sí, pero con poquitos invitados. Saldremos a comer y luego tomaremos una o dos cervezas juntos. ¿Estás lista?

La pequeña asintió. Él levantó el teléfono.

—Cuento hasta tres y empiezas, ¿vale? Uno, dos, tres.

—Hola, papi, espero que estés teniendo un cumple superguay y que te den un montón de regalos. Te echo de menos. ¡Mucho! ¿Cuándo vendrás a buscarme otra vez? ¡Me encantaría volver a hacer algo divertido contigo! ¡Te quiero, papi!

La niña envió un beso al aire, y entonces el hombre se sentó a su lado, mientras seguía grabando.

—Guay, y ahora lo saludamos —dijo, mientras le pasaba el brazo libre por los hombros, alargaba el otro para que cupieran los dos en el encuadre del móvil y saludaban divertidos a la cámara.

—Gracias, Emily. ¿Quieres verlo? Mira.

Cuando acabó la grabación, ella soltó una risita.

—Ha sido muy buena idea. Saluda a papá de mi parte y dile que lo estoy esperando, porfa.

—Te prometo que lo haré, Emily. Y aquí tenéis las diez libras que te prometí. Gracias por tu ayuda. —El hombre puso un billete en la mano de la niña—. Oye, pero esto tiene que quedar entre nosotros, ¿eh? Tiene que ser un secreto, si queremos darle una sorpresa. Además, seguro que tu madre te obliga a devolverme el dinero si se lo cuentas. Bueno, a mí no me importa, haz lo que quieras, ¿vale?

La niña asintió.

Él le dio un ligero golpecito en el hombro y luego ella dio un salto

y corrió a buscar a sus amigas.

El hombre se quedó allí sentado, pensativo.

17

En recepción estaba la misma mujer que lo había atendido a su llegada al hotel. Parecía oriental, por su aspecto y por su acento. Estaba comiendo algo mientras miraba el pequeño televisor que colgaba de la pared.

No le prestó mucha atención cuando pasó a su lado, pero se dio cuenta de que ella lo estaba mirando por el rabillo del ojo, como para asegurarse de que su cara le resultara familiar.

Todavía no tenía idea de cuál era el nombre de su hotel, porque la mitad de las letras del cartel luminoso de la entrada estaban fundidas, rotas o caídas. El edificio era pequeño y estaba en mal estado, en una calle lateral bastante venida a menos, a unos quince minutos a pie de la estación de tren de Liverpool, la Lime Street Station. Había llegado hacía dos días, a primera hora de la tarde.

No podía dejar el menor rastro informático. En ninguna circunstancia. No estaba registrado en ningún lado, nunca pagaba con tarjeta de crédito y evitaba identificarse. De ahí que no hubiera reservado con antelación. Y de ahí que ese decrépito hotel fuera el lugar ideal para él.

Había pagado tres noches en efectivo. Tras los dramáticos acontecimientos del último año, se había acostumbrado a cambiar de identidad con la misma facilidad con la que cambiaba de camisa, y en aquel momento, la opción de ser «Niels Oxen» estaba bastante descartada, a decir verdad. Su nombre seguía siendo tabú. Usarlo resultaría potencialmente mortal.

Para pagar la habitación se había hecho pasar por Erik Petersen, de Dinamarca, lo cual coincidía con su pasaporte, aunque la mujer ni siquiera se lo pidió.

Y aún había otra ventaja: era un hotel pequeño. No tenía ganas de cruzarse con nadie, y allí había solo sitio para dieciocho inquilinos.

Subió al segundo piso y se encerró en su habitación. No había mucho más espacio que el de la propia cama, pero tampoco necesitaba

más. Se dejó caer boca arriba sobre el colchón, excesivamente blando, extendió los brazos y respiró hondo unas cuantas veces.

Una acera llena de gente lo abrumaba tanto como una multitud de personas en un paso de peatones. Aun así, cuando se quedó sin suministros no le quedó más remedio que salir a las calles de Liverpool. Compró pan, fiambres y fruta. El único lujo que lo había recibido en la habitación era una tetera vieja y tres bolsitas de café que ya había consumido hacía tiempo. Por eso se compró un tarro de café instantáneo.

Después de los meses de descanso en Klöverö, el ritmo se había acelerado repentinamente y aquí estaba, otra vez en una cama nueva, en un lugar nuevo.

El largo viaje en tren le supuso tener que enfrentarse a controles de seguridad menos estrictos que si hubiera cogido el avión, y de paso pudo aprovechar el trayecto para desarrollar un plan a partir de los materiales que el Pastor había recogido en el taller de Fritsen.

Compró un móvil nuevo y el pequeño ordenador portátil que llevaba en su mochila antes de irse de Sønderborg. Ambos dispositivos resultaban fundamentales para el éxito de su misión. El móvil estaba equipado con una tarjeta de prepago y no dejaría rastro. Ahora daría un último vistazo al mapa de Runcorn y echaría una siesta.

Como era de esperar, el nombre del mercenario que noqueó en el establo del castillo Gram no era Mark Johnson. El pasaporte era falso. El hombre era escocés y se llamaba Alistair MacDuff. Gracias a la gran cantidad de datos que tenía en su móvil, especialmente SMS, correos electrónicos y facturas, el hombre y su vida se convirtieron en un libro abierto para él.

En circunstancias normales, el hecho de que un oponente se hubiese quedado con su teléfono debería haber preocupado sobremanera al mercenario, pero en esta ocasión fue distinto. Cabe suponer que MacDuff se lo tomó con calma y se limitó a comprarse otro, pues el objetivo de su misión en Dinamarca, el veterano de guerra Niels Oxen, acabó siendo abatido. Una granada en mar abierto lo envió directamente al infierno.

Alistair MacDuff… Aunque estaba muy tenso, necesitaba descansar y esperar. Lo que estaba a punto de hacer era mejor que sucediera en la oscuridad. Así que ahora dormiría tres horas y luego se levantaría y se ducharía. Después tomaría el tren hacia Runcorn. Y allí se lo jugaría todo a una carta.

18

Eran poco más de las tres cuando el tren se detuvo en el destino de Oxen, de camino a Birmingham. Runcorn estaba en la orilla sur del río Mersey, a solo veinte minutos de Liverpool.

Había comido. Había dormido. Se había duchado. Estaba descansado. Se sentía listo para iniciar una misión que sería larga y peligrosa.

Bajó del tren, cruzó la pequeña sala de espera de la estación y, sin dudarlo un instante, se dirigió hacia el centro de la ciudad. Se había pasado años entrenando para memorizar el camino exacto hasta un objetivo, y eso era lo que estaba haciendo ahora.

Sabía cuánto tiempo tardaría en llegar hasta el área de operaciones y sabía junto a qué edificios emblemáticos pasaría, porque ya había recorrido esa ruta muchas veces con Google Street View.

Lo único que no podía saber con absoluta seguridad era si encontraría a Alistair MacDuff. Varios servicios de información habían confirmado que MacDuff seguía empadronado en Collier Street, pero, por supuesto, el hombre podría estar de viaje o haberse mudado sin actualizar los datos del registro. Aun así, consideró que las posibilidades de que Alistair MacDuff todavía siguiera viviendo junto al río, en la casa número 11, eran altas.

En diez minutos saldría de dudas.

Cruzó un puente sobre el antiguo canal de la ciudad, que terminaba en una especie de callejón sin salida. Los barcos estaban amarrados unos al lado de otros.

La antigua ciudad industrial de Runcorn tenía una población de unos 70 000 habitantes, la mayoría de los cuales vivían en las zonas residenciales de las afueras. Él, en cambio, estaba dirigiéndose hacia el centro del casco antiguo, y con cada paso que daba la decadencia se hacía más visible.

Caminó más rápido y finalmente llegó a la Mersey Road, que se extendía paralela al río. Giró a la izquierda y un impresionante puente

le bloqueaba la vista hacia arriba. Era una maravilla de hierro y hormigón. Y justo debajo, una jungla de maleza y basura.

Una vez en el otro lado lo esperaban unos cincuenta metros al aire libre antes de toparse con el puente del ferrocarril, que corría paralelo al puente de la carretera, sobre el río.

Y más allá estaba, por fin, Collier Street. Dieciséis casitas pequeñas y muy juntas entre sí. Unas de ladrillo, otras marrones, y otras pintadas de blanco o de beis. Dieciséis puertas de entrada flanqueadas por dos ventanas cada una (una en el sótano y otra en el primer piso), algunas con cortinas andrajosas. Collier Street era cualquier cosa menos una ubicación lujosa frente al mar.

Disminuyó la velocidad y paseó tranquilamente entre las casas. Al llegar al número 11, se agachó para atarse los cordones. En una pegatina en la ranura del buzón podía leerse ALISTAIR MACDUFF. Una duda menos. Estaba a punto de ponerse de pie cuando escuchó ruidos provenientes de la casa. Así que se desató el otro zapato y volvió a atarlo de nuevo.

Sonaba como un televisor a todo volumen. ¿Se trataba de un ministro de Finanzas vaticinando malas épocas? ¿O era un presentador de noticias? Sí… Alistair MacDuff estaba obviamente en casa, viendo el telediario.

El requisito más importante, por tanto, se había cumplido. Con un poco de suerte podría actuar esa misma noche. Se levantó y siguió caminando con calma, doblando la esquina y mirando las casas desde atrás. Si por delante parecían idénticas, por detrás lo eran aún más. Separados entre sí por muretes, los patios traseros se alineaban uno al lado del otro, cada uno con un pequeño cobertizo. Había un cubo de basura grande al lado de cada puerta del jardín. Solo en la casa de MacDuff el cubo bloqueaba la entrada. De hecho, su patio trasero parecía un depósito de chatarra.

Ya había visto cuanto necesitaba. Lo siguiente sería ponerse en acción.

Regresó al gran puente. Alguien había tirado su basura orgánica allí abajo. Una rata gorda se llenaba el estómago y ni siquiera se inmutó cuando él pasó a su lado. Un poco más adelante, parecía que alguien había pasado la noche allí, como demostraban los restos carbonizados de una fogata, acompañados por botellas y latas vacías.

Cogió una caja de cartón y se la llevó hasta el puente del ferrocarril, donde había encontrado el lugar ideal desde donde verlo todo. Aplanó la caja y se sentó encima, con la espalda recostada contra el arco del puente.

A veces la mejor tapadera era hacer de la necesidad, virtud. En su

camino desde la estación de tren había visto a dos mendigos. A nadie por aquí le llamaría la atención que apareciera otro junto al puente.

Era el puesto de observación perfecto. Unos pocos arbustos lo protegían de las miradas indiscretas, pero aún tenía una vista clara de las casas de Collier Street. Por el cubo de basura que bloqueaba la puerta trasera y el caos en el patio, Oxen dedujo que Alistair MacDuff solía usar siempre la entrada principal. Aun así, aunque se hubiese equivocado, también había muchas posibilidades de que viera a MacDuff, porque probablemente bajaría por la siguiente calle lateral, que también se veía perfectamente desde ahí.

Durante la primera hora y media apenas se movió de su cartón, aunque solo anotó mentalmente tres observaciones: una mujer con un niño en un cochecito; una pareja más joven subiendo a un coche y alejándose; y un señor, más bien gordo y de mediana edad, saliendo de su casa a pie.

Luego se abrió una puerta blanca y una anciana salió empujando su carrito de la compra. Observación número cuatro.

Se levantó a estirar las piernas. Por arriba del puente, en la carretera, el tráfico era bastante intenso, con coches y camiones que ocupaban varios carriles en ambas direcciones.

Sus ojos seguían atentos a Collier Street. Un Fiat maltrecho se detuvo frente a las viviendas. Observación número cinco. Un tipo flacucho con una sudadera con capucha negra salió del coche y desapareció tras la puerta 17.

El Silver Jubilee Bridge era una importante arteria de circulación de la ciudad. Estaba pintado de un llamativo verde pastel, y el enorme arco que lo recorría le recordaba a una montaña rusa.

Había marea baja y el río no llevaba mucha agua, a diferencia del canal. El Manchester Ship Canal era profundo y ancho, y estaba separado del río por un sólido muro. Un reflejo recto del cielo.

El río Mersey, por otro lado, tenía que encontrar su propio lecho curvo en el lodo.

Volvió a sentarse en su cartón. Levantó las rodillas y se caló la gorra sobre la frente antes de volver a ponerse en modo de espera.

Aún transcurrió otra hora sin impacientarse. La observación número seis fue la anciana que regresaba con su carrito, ahora muy cargado. Observación número siete: el tipo de la sudadera con capucha negra, alejándose de nuevo. Observación número ocho: una pareja de cuarenta y tantos años, volviendo a casa en coche.

Pasó casi un cuarto de hora más. Entonces se abrió la puerta número 11.

El hombre que salió a la calle era alto y musculoso, con el pelo

muy corto. Llevaba pantalones anchos de color verde oliva, una sudadera con capucha azul y deportivas blancas. Cerró con llave la puerta principal y se colgó al hombro una bolsa roja de deporte.

Era Alistair MacDuff. El objetivo salió de su apartamento a pie.

Él permaneció inmóvil. MacDuff pasó frente a él, al otro lado de la calle, ajeno a todo menos a su móvil.

Oxen se agazapó y se preparó para seguir al mercenario.

19

Alistair MacDuff se alejó, como balanceándose. Llevaba auriculares en los oídos y probablemente se movía al ritmo de la música. Dobló por una pequeña calle lateral, Waterloo Road, se detuvo, se sacó los auriculares y se los colgó del cuello mientras hablaba con otro hombre.

Oxen mantenía la distancia de seguridad y observaba meticulosamente la opción de ponerse a cubierto en cualquier lugar y en cualquier situación. Ahora estaba de pie detrás de una furgoneta.

Pasados cinco minutos, los hombres se despidieron y el mercenario continuó por la calle de la iglesia antes de desaparecer en un gran supermercado.

Oxen cruzó la zona de estacionamiento y se escondió detrás de un minibús. No pasó mucho tiempo antes de que MacDuff volviera a salir. Con una bolsa de plástico en la mano, se dirigió hacia un callejón estrecho al otro lado de la calle y se perdió de vista…

Era un momento crítico, porque el objetivo podía desaparecer, y en un territorio desconocido para él, por si fuera poco. Decidió seguirlo. Si dudaba ahora, podría perder a MacDuff.

Cuando poco después llegó a una especie de parque, no vio a ningún hombre con una bolsa de deporte roja. Un poco más adelante había un puente peatonal que cruzaba el canal. Se disponía a atravesarlo cuando de repente localizó a MacDuff. El escocés estaba sentado en un banco, rodeado de arbustos. Tenía un tetrabrik de leche al lado y se golpeaba rítmicamente el muslo con una mano. En la otra tenía un plátano, que poco a poco iba engullendo. Tiró la piel al canal.

Junto a la bolsa de deporte había más plátanos y un paquete rojo que parecía contener pasas. Ahora sabía hacia dónde se dirigía el mercenario. Solo había una razón para que un tipo como él se atiborrara de plátanos y pasas en un banco del parque y las bebiera con leche: Alistair MacDuff iba a entrenar.

Finalmente, el escocés se levantó, guardó su pequeña provisión de

pasas en el bolsillo, vació el cartón de leche dejándolo tirado allí, sin más, y se dirigió a la pasarela para cruzar el canal y subir penosamente por un terraplén empinado que quedaba al otro lado.

Oxen aligeró el paso. En pocas zancadas recorrió la distancia de la pasarela y llegó justo a tiempo de ver a MacDuff caminando por una concurrida calle de varios carriles y desapareciendo entre una gasolinera y un Starbucks.

Aprovechó un hueco en el tráfico para cruzar la calle, lo siguió y se encontró en un gran aparcamiento frente a una ferretería que incluía un centro de jardinería. Al lado había un segundo edificio. Sobre el letrero de la entrada se leían las palabras PUREGYM. Alistair MacDuff cruzó las puertas de vidrio.

Aquello dejaba en pausa la vigilancia. Oxen no tuvo más remedio que buscar un lugar en el que esperar.

Si ya hubiera anochecido, habría regresado a Collier Street sin dudarlo, pero colarse en la casa de MacDuff a plena luz del día le parecía demasiado arriesgado. Todas las condiciones tenían que ser correctas. Y si un día no funcionaba, ya lo haría al siguiente.

Decidió aprovechar para ir al centro de jardinería y comprar algunas cosas que podría necesitar: un rollo de cinta aislante y un par de guantes.

Un zumo, un bocadillo y una taza de café. Aquello fue lo que se tomó desde su puesto de observación en un rincón de un Starbucks. El agradable clima primaveral había dado paso a una capa de nubes grises y había empezado a llover.

Ciento treinta y cuatro minutos después, Alistair MacDuff reapareció por fin y Oxen pudo continuar con su vigilancia.

Sin detenerse ni una sola vez, el escocés caminó de regreso a la carretera principal, pero en lugar de girar a la izquierda e irse a casa, giró a la derecha y desapareció en un *pub* llamado The Ferry Boat.

Oxen echó un vistazo por la ventana cuando pasó por delante, diez minutos después. El escocés estaba sentado a una mesa cerca de la puerta y hojeaba un periódico. Frente a él, una jarra de cerveza. El local era grande y, a primera vista, parecía una mezcla de *pub* y cafetería. Tenía una barra larga con taburetes altos y muchas mesas. Estaba bastante concurrido y había también muchos clientes comiendo.

Quince minutos después, cuando pasó por delante del local por segunda vez, Alistair MacDuff tenía frente a sí un plato grande con comida y estaba completamente concentrado en dar cuenta de él.

La lluvia había arreciado y estaba oscureciendo. Las farolas de la calle ya estaban encendidas, aunque todavía no estaba oscuro del

todo. Tenía que encontrar un nuevo lugar para esperar.

Si MacDuff se iba directamente a casa al acabar la cena, entonces el día también habría terminado para él. Tomaría el tren de regreso a Liverpool, se retiraría a su habitación del hotel y esperaría otra oportunidad mejor. Mañana, o pasado mañana. O al día siguiente, daba igual… Alistair MacDuff era demasiado importante como para precipitarse.

Fue a la parada de autobús cercana. Allí quedaba resguardado de la lluvia y aún podía verlo todo. A esas alturas llovía a cántaros y la cortina de agua brillaba a la luz de las farolas altas y anticuadas, y de los faros de los coches que pasaban. La gente corría por las aceras, subía y bajaba de coches y autobuses, y en todas partes iban abriéndose paraguas.

No pasó mucho tiempo, tal vez quince minutos más, antes de que Alistair MacDuff saliera del bar. Echó a andar sin prisas, con la bolsa de deporte colgada del hombro, sin molestarse apenas por la lluvia.

Justo antes de llegar a Bridgewater Street, MacDuff cruzó la calle y desapareció en el *pub* de la esquina. En la fachada, en letras doradas, podía leerse THE CLARENDON.

Oxen se refugió bajo el toldo de un local de comida china para llevar y esperó un rato junto a la neblina aceitosa de la freidora antes de ir hacia el *pub*. Se mantuvo pegado a la pared, se caló la gorra en la frente y echó un breve vistazo por una de las ventanas.

En el interior, un enorme televisor colgado en la pared presidía la escena. La pantalla estaba verde. Verde como un campo de fútbol. En las mesas de delante solo vio una hilera de nucas. MacDuff había colgado su bolsa roja en el respaldo de su silla. Era el segundo por la izquierda. Llevaron jarras de cerveza a las mesas. Entonces apareció la cabeza del árbitro en la imagen y comenzó el partido.

No necesitaba saber más. Justo cuando estaba a punto de darse por vencido, llegó su oportunidad.

Le tomó solo unos minutos regresar a la parte trasera de la casa de Collier Street. Tomó impulso apoyando los brazos sobre el muro, pasó las piernas por encima y aterrizó en el patio trasero de MacDuff.

Era impresionante ver el modo en que el escocés había abarrotado con todo tipo de basura los pocos metros cuadrados que tenía de patio. Allí había desde una bicicleta destrozada hasta un tendedero, una lavadora desechada y el chasis de una motocicleta. Y de alguna manera se las había arreglado para meter también una pequeña mesa de plástico entre todo el desorden.

Oxen se puso los guantes. La puerta trasera estaba cerrada. Estaba a punto de colocar cinta aislante en una ventana para romper el cristal

lo más silenciosamente posible, cuando se dio cuenta de que la del primer piso estaba entreabierta.

Agarrándose al canalón del cobertizo, puso un pie en el alféizar de la ventana de la planta baja y se dio impulso. Después de varios intentos, logró poner una rodilla en el techo del cobertizo. Desde allí podía llegar fácilmente a la ventana del segundo piso. La abrió del todo y entró.

Se encontró entonces en un dormitorio diminuto, con la almohada y la manta arrugadas sobre la cama. El plan era echar primero un vistazo general a la casa y luego registrarlo todo a fondo. Al otro lado de las escaleras había un cuarto con una televisión, un escritorio y un ordenador.

Oxen bajó. En la cocina, los platos sucios se amontonaban en el fregadero. Miró en los armarios y cajones. La imagen estaba bastante clara: el suministro de cervezas y patatas fritas de Alistair MacDuff superaba con creces el de cualquier otro alimento.

Además de la cocina, en el piso de abajo había un baño y una sala de estar estrecha y desordenada en la que todo estaba cubierto con una considerable capa de polvo.

Volvió a subir y abordó el dormitorio. En un rincón había tirada una segunda bolsa de lona, esta vez amarilla en lugar de roja, con diferentes tipos de pesas, gomas y material de entrenamiento. En aquella habitación no había nada más interesante.

Fue entonces al cuarto de la tele. Ya en la ronda de reconocimiento se había dado cuenta de que MacDuff debía de pasar la mayor parte del tiempo en esa habitación. Ahora lo observó todo con más atención.

Sobre un sofá de cuero colgaba una gran pancarta roja en la que ponía YOU'LL NEVER WALK ALONE. Oxen no era nada futbolero, pero al leer aquello incluso él entendió que Alistair MacDuff era hincha del Liverpool.

En una mesita auxiliar había un plato con un cuchillo y un tenedor, y también una lata de cerveza vacía. Al otro lado de la calle había un gran anuncio luminoso.

Aparte de eso, solo había una estantería y un pequeño escritorio con un ordenador. Lo encendió y volvió a apagarlo inmediatamente cuando le pidió que introdujera una contraseña. Abrió todos los cajones del escritorio, uno por uno. En el de abajo descubrió una pistola, una Browning Hi-Power de 9 mm, la pistola elegida por la unidad de élite británica SAS. El cargador vacío estaba a su lado, junto con una caja de municiones.

Dudó. Luego llenó el cargador y lo metió en la pistola. Le había parecido demasiado arriesgado subirse al tren con una pistola en el

bolsillo, y además no era tan fácil conseguir un arma, pero ahora… La pesada Browning se acopló bien a su mano, aunque no hacía juego con sus guantes de jardinería con lunares. Aseguró el arma y se la guardó en el bolsillo, con satisfacción.

Hasta el momento había tenido la intención de derribar a MacDuff e inmovilizarlo con unas bridas, pero ahora podía arriesgarse a un enfrentamiento directo sin tener que tomar demasiadas precauciones.

Observó la estantería. El interés literario de MacDuff se limitaba a una pila de revistas sobre fútbol, coches y mujeres desnudas. La colección se complementaba con algunos libros de fútbol y varios vídeos VHS editados por él mismo con goles de fútbol y escenas porno. Una mirada rápida le bastó para hacerse una idea.

Ya lo había revisado todo, pero, aparte del arma, no había encontrado nada que le resultara de utilidad. De hecho, ni siquiera sabía qué más buscar. Revisó el terreno y se aseguró de que no hubiera ninguna sorpresa desagradable.

Eso era lo que había aprendido. Lo que sabía hacer. Habitar en territorio enemigo.

Eran las 23:30. Durante la última hora y media había estado sentado en las escaleras del pasillo. En un par de ocasiones había pensado que tal vez Alistair MacDuff no había previsto ir directamente a casa desde el *pub*.

Inglaterra tenía reglas muy estrictas en cuanto al horario de apertura de los *pubs*, y a las once de la noche tenían que estar cerrados. Quizá MacDuff hubiera ido a ver a unos amigos, o tenía una novia a la que quería hacer feliz después de una noche de fútbol y cerveza.

Acababa de decidir que no esperaría hasta más tarde de la una cuando oyó pasos frente a la puerta principal.

Se levantó con agilidad, tomó la Browning, se escondió tras la puerta del dormitorio y se quedó quieto mirando hacia la esquina.

La llave entró en la cerradura, y la puerta de la casa se abrió.

20

Aquello de poner una pistola en la nuca del enemigo solo pasa en las películas, o entre perdedores y aficionados. En el mundo real la historia va más de supervivencia, y por eso las armas son tratadas con el respeto que merecen. Se mantiene la distancia. Se asegura un margen de maniobra suficiente. Y no importa a qué número apele realmente el factor «distancia»: siempre es un elemento importantísimo a tener en cuenta en la evaluación general de una situación.

En la situación en la que estaba Oxen, tratar de sorprender a un soldado de élite extremadamente bien entrenado escondiéndose tras la puerta, poniéndole la pistola en la nuca y gritando «¡Manos arriba!» habría sido una idiotez superlativa que habría puesto en jaque, además, la necesaria distancia de seguridad.

En un principio había planeado golpear a MacDuff por la espalda a modo de saludo, pero ahora que tenía una pistola, la situación era muy distinta. Además, todo parecía indicar que aquel hombre se pasaba la vida frente al televisor. Así pues, esperaría a que su presa llegara voluntariamente hasta él. Miró con cautela por encima de la barandilla.

Alistair MacDuff iba tarareando una canción mientras cerraba la puerta de su casa, se quitaba la sudadera con capucha y la arrojaba sobre el perchero.

Luego abrió la puerta del baño y Oxen lo oyó orinar durante un buen rato. ¿Estaría borracho?

Tiró de la cadena y fue a la cocina, donde abrió y cerró la nevera. Oxen vio la cabeza y la espalda de MacDuff y retrocedió a toda prisa hacia el dormitorio, mientras el crujido de las escaleras le indicaba que el inquilino de la casa se dirigía a su guarida. Momentos después oyó un fuerte eructo en el cuarto de la tele, seguido del chasquido de una lata de cerveza al abrirse. Segundos más tarde, un comentarista de fútbol vino a completar el ruido de fondo de aquella escena.

El patrón de movimientos que había visto condensado en esos pocos minutos coincidía perfectamente con la idea que se había formado de Alistair MacDuff hasta el momento: una existencia simple y machista en la que la cerveza y el fútbol eran los pilares principales.

Oxen se movió con cautela por el pasillo y se detuvo en la puerta del cuarto de la tele. Sostuvo la pistola con el brazo extendido y apuntó al escocés, que acababa de apoltronarse en el sofá con una lata de cerveza en la barriga.

—¡MacDuff! ¡Levántate muy lentamente, da un paso al lado y túmbate en el suelo boca abajo!

El mercenario dio un respingo y exclamó una palabrota. La cerveza cayó al suelo.

—¡Vamos! ¡He dicho que te levantes! Y ahora al suelo. Boca abajo. ¿Entendido?

Alistair MacDuff obedeció, moviéndose lentamente, sin decir una sola palabra.

—¡Levanta los brazos! ¡Separa las piernas!

MacDuff obedeció de nuevo, y solo ahora Oxen se inclinó sobre el hombre y lo cacheó. Estaba limpio. Oxen cogió el mando de la tele, que estaba encima de la mesita, y apagó la televisión.

—Levántate, pero muy despacio. Siéntate en el sofá.

MacDuff obedeció, y cuando estuvo sentado de nuevo, mirándolo a la cara, le preguntó, desafiante:

—¿Quién coño eres? ¿Y qué cojones haces aquí?

MacDuff no estaba demasiado borracho, pero tampoco estaba sobrio. Podía verlo en sus ojos.

—Uno: si tu arma funciona, será mejor que te mantengas callado. Y dos: mírame atentamente y quizá puedas responderte solito.

Alistair MacDuff negó con la cabeza.

—Pues no me respondo, no… Bonitos guantes. Para un maricón como tú.

—Los compré en el centro de jardinería al lado del PureGym, donde levantas pesas.

—¿Qué dices? ¿Me has seguido, cabrón?

Oxen asintió.

—Llámalo «reconocimiento»… A ver, el año pasado te encargaron un trabajito en Dinamarca, ¿verdad?

MacDuff se puso a pensar. Entonces sus ojos se abrieron como platos.

—Es imposible. Es… ¿cómo…? Pero tú… tú estás… ¡muerto! Nos dijo que… ¡Oxen, maldita sea! ¡Eres Oxen! Pero ¿cómo es posible?

—Dejémoslo así, y centrémonos en el hecho de que no estoy

muerto. Estoy aquí porque quiero saber quién de vosotros mató al anciano de la piscifactoría con mi cuchillo. Tengo una factura pendiente en el poder judicial danés y no veo por qué debería pagarla. Así que dime: ¿quién fue?

Alistair MacDuff negó con la cabeza y se puso a reír.

—Vamos, hombre, ¿no querrás hacerme creer que solo has venido a preguntarme eso, no? Es que mira, tío, yo no tengo ni idea. ¿Cómo coño iba a saberlo? No tienes idea de cómo funcionan las cosas, ¿verdad? Yo no vi nada. No estaba allí cuando sucedió. Y la gente no te llama luego para decirte: «Ey, colegas, solo para que lo sepáis, el que se cargó al viejo fui yo, ¿vale?».

—Te lo pregunto otra vez: ¿quién fue?

—Pero ¿no has oído lo que acabo de decirte, imbécil?

—Erais un grupo de unos diez hombres. Algunos aún estabais allí cuando mataron a mi amigo. Y también sé que habláis entre vosotros. Así que ahora te mostraré mi cara paciente por última vez y te preguntaré de nuevo: ¿quién fue?, ¿fuiste tú?

—Pero ¿qué dices? ¡Si yo no estaba!

—Sé quién eres y tengo tu pasaporte. Puedo hacer que la policía pase a buscarte y te entregue a Dinamarca. Aunque no hayas sido tú, por lo pronto te meterán en chirona. ¿Vale la pena? Yo en tu lugar optaría por la opción rápida y fácil y hablaría ahora… No diré a nadie quién ha sido mi informante.

Alistair MacDuff se quedó en silencio, pensativo, chasqueando la lengua mientras se golpeaba la uña de un dedo índice con la del otro.

—*What the fuck*… Vale, hablemos, pero no sé nada que pueda ayudarte.

—Deja que sea yo quien decida eso.

—Fue uno de tus compatriotas, Oxen. Un danés…

—¿Estás seguro?

—Sí. Yo aún estaba en el bosque cuando sucedió, pero algunos ya habían vuelto a la casa. Después dijeron que uno de los dos daneses apuñaló al anciano. Una mierda, si me lo preguntas… Eso no se hace, ¿no te parece?

—Bien, nos vamos acercando. ¿De modo que teníais a dos daneses en el equipo?

—Sí. Bueno, lo supuse por el acento.

—¿No tienes nombres, detalles, nada con lo que reducir el campo de acción, MacDuff?

—Por lo que recuerdo del informe, nunca has trabajado en nuestra rama, aunque fuiste del Cuerpo de Cazadores, ¿verdad?

Oxen asintió. Era fantástico que MacDuff estuviera calentando

motores, aunque seguían teniendo que salvar el mayor obstáculo. Solo esperaba haber evaluado correctamente la situación.

—Te han puesto tantas medallas, estrellas y cruces en el culo que te has creído demasiado inteligente como para hacer el trabajo sucio que nos toca acabar a nosotros, ¿eh, Oxen?

Se abstuvo de responder. MacDuff probablemente estaba tan borracho que sintió la necesidad de provocarlo. El tipo era un idiota antipático y cualquier cosa menos remilgado. Nada inusual en esta profesión. Pero seguro que tenía un punto sensible. Todo el mundo tiene uno.

—Te repito la pregunta: ¿no recuerdas ni un solo detalle que pueda ayudarme?

MacDuff negó con la cabeza.

—No. Uno era un armario de casi dos metros de altura. El otro, un tío normal. Lo hizo él, el normal.

Había imaginado que podría pasar algo así, y ahora se confirmaba: habían llegado a un callejón sin salida. Si no podía avanzar más, tendría que acometer el paso dos, y eso iba a ser mucho más problemático.

—¿Quieres una cerveza, Oxen? Me queda una abajo, en la nevera.

—No, gracias. Entonces, ¿no sabes nada sobre esos dos tipos? ¿Sus antecedentes, su educación, sus vivencias, trabajos o cualquier otra cosa?

—Todos mantenemos la boca cerrada, aunque solo sea para protegernos, y más aún cuando conocemos caras nuevas. Así es, así lo hace todo el mundo. Nadie tiene nombre. Y si lo tiene, seguro que no es real.

No estaban avanzando. Era posible que Alistair MacDuff no conociera la identidad de los dos daneses, por supuesto. Había llegado el momento de dar el siguiente paso. Acercó la silla del escritorio al centro de la habitación, se sentó y apoyó la mano con la pistola en el muslo. Puede que eso relajara un poco el ambiente.

—¿Eres hincha del Liverpool? —preguntó, señalando con la cabeza la pancarta roja que colgaba en la pared.

—No se te escapa ni una, ¿eh, danés? Y ahora me dirás que tú también eres hincha del Liverpool y que podemos ser mejores amigos. ¡Ja, ja, ja!

Ese idiota se sentía realmente invulnerable. Bueno, no por mucho tiempo. Decidió abordar ya el tema.

—¿Y el comandante? El tipo que montó el equipo, ¿quién era?

MacDuff sonrió y sacudió la cabeza.

—También podrías pedirme que me tragara una granada de mano,

Oxen.

—Siempre puedo conseguirte un vuelo con escolta a Dinamarca.

—El que hace el encargo es intocable, y el que encarga el encargo también. Es una ley no escrita que todos respetamos, ya lo sabes.

—¿Así que no quieres decirme quién os contrató a ti y a los dos daneses?

—Joder, tendrían que darte otra medalla ahora mismo por tu capacidad deductiva. Eso suponiendo que aún te quede espacio libre en el culo, claro.

Oxen se cambió el arma de mano, se quitó un guante con los dientes y sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta. Empezó a trastear con él con una mano hasta encontrar lo que buscaba. Luego se levantó y le entregó el dispositivo a MacDuff.

—Pronto es tu cumpleaños, ¿no? Ten, dale tú mismo al *play*.

Con actitud indiferente, MacDuff dejó que Oxen le pusiera el móvil sobre la palma de la mano, pero al final apretó el botón.

> Hola, papi, espero que estés teniendo un cumple superguay y que te den un montón de regalos. Te echo de menos. ¡Mucho! ¿Cuándo vendrás a buscarme otra vez? ¡Me encantaría volver a hacer algo divertido contigo! ¡Te quiero, papi!

Alistair MacDuff se quedó petrificado. Entonces levantó la vista, temblando de ira.

—¿De qué cojones vas? ¡Aparta tus sucias manos de ella o te mato! ¡Si vuelves a acercarte a ella, estás muerto!

Oxen le tendió la mano.

—Mi móvil. Gracias.

MacDuff lo tiró, indignado, sobre la mesa, para que cayera al suelo. Oxen lo cogió al vuelo y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—Una niña muy dulce, tu Emily. Y tan confiada…

—¡Hijo de puta!

MacDuff se levantó. Oxen hizo lo mismo, y en décimas de segundo levantó el arma y apuntó a la cabeza del mercenario.

—¡Siéntate!

—Solo espero que me hayas entendido, porque si no, te juro que te mato —murmuró MacDuff, pero obedeció.

Oxen volvió a sentarse en la silla del escritorio y apoyó la pistola sobre un muslo, como antes.

—Tómate tu tiempo y piensa en las opciones que tienes… Emily tiene un largo camino por recorrer, pero tú ya estás al menos en la mitad de tu miserable vida. ¿Empezamos de nuevo nuestra

conversación, MacDuff?

El escocés miró al frente, sin decir palabra, durante un buen rato, y al final apuntó:

—Lo que sé podría darte alguna pista, pero sigo sin poder decirte lo que quieres.

—Te escucho.

—El jefe de la misión era un tipo que se hacía llamar John Smith. He hecho bastantes trabajos para él en estos últimos años. ¡Joder, Oxen! ¡Todo esto es una mierda! En mi mundo, la discreción es una cuestión de honor. Si lo encuentras… ¡Me destrozará vivo si se entera de lo que te he dicho!

—Por mí no sabrá nada. No me importa ese hombre. Solo quiero dar con el danés.

—Pero ¿y si fue Smith quien ordenó matar al anciano?

—El tiempo lo dirá. Yo solo quiero probar mi inocencia. ¿John Smith, dices? ¿Dónde lo encuentro?

—A ver… Ese es el problema. Tú no lo encuentras. Él te encuentra a ti. —Los ojos de Alistair MacDuff reflejaron de pronto un atisbo de miedo—. Su nombre no es John Smith, por supuesto, pero es el único nombre con el que se le conoce en el oficio. Y aunque ya he trabajado para él muchas veces, sigue siendo un desconocido.

—¿Cómo se pone en contacto contigo?

—Sin teléfono, sin correo electrónico, sin mensajes de texto. De pronto aparece alguien frente a tu puerta y te pregunta si estás listo. Trae un contrato y todo lo que necesitas para la operación. Yo siempre he dicho que sí. La información se transmite solo de manera oral. También el lugar del próximo encuentro, que por lo general es el aeropuerto.

Un nuevo callejón sin salida. Eso era exactamente lo que se había temido: no poder recabar apenas información, porque en ese mundo uno solo operaba con los conocimientos mínimos necesarios para cada momento. Había tratado de presionar a Alistair MacDuff con el vídeo de cumpleaños y de hecho había obtenido algo de información gracias a ello, pero seguía siendo demasiado poca.

—Escucha, MacDuff. No quiero pudrirme en la cárcel por un crimen que no cometí. Tengo una gran red de antiguos compañeros, todos soldados de élite como tú. También en el extranjero. Y tengo buenos contactos en el servicio de inteligencia. Con o sin su ayuda, pero seguro que con su apoyo, llegaré hasta el final. Te garantizo que levantaré mucho polvo por el camino. Y un buen día… cuando menos te lo esperes… la granada que guardas en las manos estallará. Y entonces podría pasarle algo muy feo a Emily también. Por eso vas a

tener que esforzarte un poquito más. Ahora mismo.

Esa era su última oportunidad. No podía haber sido más melodramático.

Esta vez MacDuff logró mantener la calma. Se levantó lentamente y señaló la estantería.

—Dame la cinta de vídeo roja del estante superior, la de la derecha, «Liverpool FC Goal Show 1980-1985».

MacDuff abrió el estuche y sacó algo pequeño de debajo de la vieja cinta VHS.

—Es lo mejor que tengo —dijo sosteniendo una pequeña memoria USB entre dos dedos—. Pero para ello tendrás que dejarme usar el ordenador, Oxen.

—Está bien, siéntate, despacio.

Oxen se levantó, empujó la silla de nuevo hacia el escritorio y apuntó con el arma a MacDuff. El escocés se sentó, encendió el ordenador e insertó la memoria USB.

—Espera un momento —dijo—. Lo que te voy a enseñar es como un seguro de vida para mí.

Oxen pensó en su propio seguro de vida, que había expirado tan repentinamente: el vídeo del ministro de Justicia Rosborg cometiendo un asesinato sexual.

—Mira…

Alistair MacDuff escogió un archivo con una grabación. Cuando lo puso en marcha apareció en primer plano un hombre con uniforme de combate color canela derribando a un grupo de hombres de piel oscura con una metralleta.

—No quiero que nadie me culpe por esta mierda —dijo MacDuff—, así que grabé la escena en secreto.

—¿Este es John Smith?

—No… pero yo tampoco.

—¿Lo ves? Pues a mí me pasa lo mismo: no quiero que me culpen por el asesinato del anciano.

MacDuff gruñó, irritado. Al final del vídeo había hombres con miembros torcidos, rotos o arrancados por todas partes y el polvo del suelo estaba teñido de sangre.

—¿Has estado alguna vez en el puto África, Oxen?

—No.

—¿Dónde has estado?

—En varios lugares, entre ellos Irak y Afganistán.

—¿Duro?

Se encogió de hombros.

—No quieres hablar de ello, ¿eh? Porque tú eres mejor que eso,

¿verdad? La unidad danesa de élite, el Cuerpo de Cazadores… ¿Cazadores? Pero ¿qué coño cazáis, en realidad? ¿Ciervos? ¿Zorros? ¿O preferís patitos? Cazadores… ¡y un huevo!

MacDuff jadeaba, indignado. Por un segundo, Oxen había creído que estaban a punto de tener una conversación significativa, pero enseguida volvía a parecerle todo irrelevante. O el hombre era así de provocador, o estaba borracho.

MacDuff puso un vídeo nuevo.

—Esto es de Irak —dijo, aparentemente recompuesto—. También trabajé para empresas de seguridad privada y como guardia de seguridad en la ONU. Un trabajo más estable, pero un sueldo de mierda… ¡Ah, mira!

Un hombre desnudo atado a una silla. Una habitación vacía. El hombre estaba siendo torturado por un tipo con uniforme negro.

—Eso es de mi época en seguridad. Necesitábamos cierta información que Mussa, el tío de la silla, tenía que darnos. El muy tonto murió mientras se la sonsacábamos. De haberla tenido antes, habríamos salvado muchas vidas. Así que pensé que estaba bien que lo torturaran. Pero yo no participé.

—¿Qué tiene que ver todo esto con John Smith?

—Paciencia, amigo mío. Deja que te enseñe mis vídeos, ¿vale? Imagina que son fotos de las vacaciones.

MacDuff revisó la lista de archivos y abrió la siguiente carpeta.

—Tengo vídeos y fotos, y material sobre los tipos que me contratan. Una pequeña y amable colección que me ofrecerá un buen punto de partida para las negociaciones en caso de que surja la necesidad algún día… Bueno, aquí lo tenemos. Aquí.

MacDuff dio unos golpecitos a la pantalla con su dedo índice. Había un hombre de complexión ancha y angulosa con traje de camuflaje. Estaba de pie frente a una choza de barro, fumando un cigarrillo, con una ametralladora colgada del hombro.

MacDuff hizo clic con el ratón y apareció una nueva imagen del hombre. Un primer plano. Evidentemente más reciente. Esta vez iba vestido de civil.

—John Smith, en Nigeria, hace ocho o nueve años. Y aquí en Bucarest, hace dos años. Una «misión civil», como en Dinamarca. Te daré las dos fotos y estaremos en paz. Y si te acercas a Emily, entonces…

Alistair MacDuff se volvió, lo miró directamente a los ojos y se pasó el dorso de la mano por el cuello. Copió las dos imágenes en un USB que había sacado del cajón e hizo varios clics más con el ratón.

—¿Qué haces?

—Guardo las dos fotos en el Dropbox, ahora que las he sacado. Cualquier precaución es poca. Ten. Y ahora vete a la mierda, cazador —gruñó MacDuff mientras le entregaba la memoria USB.

Oxen se la metió en el bolsillo y le hizo un gesto con la pistola.

—En dos minutos me habrás perdido de vista. Pero primero vuelve a sentarte en el sofá.

MacDuff obedeció y Oxen retrocedió lentamente hacia el pasillo. En las escaleras, donde aún podían verse, sacó el cargador de la pistola, lo vació y se guardó la munición en el bolsillo.

—Puedes quedarte con esto —le dijo a MacDuff, dejando caer el arma en la alfombra.

Se dio la vuelta y estaba a punto de bajar el primer escalón cuando, por el rabillo del ojo, vio que el escocés saltaba por encima de la mesa de café y se abalanzaba sobre él, rugiendo de ira, con los brazos levantados. En su mano derecha brillaba un cuchillo.

Oxen dio un paso rapidísimo hacia él y agarró la muñeca de MacDuff antes de que pudiera apuñalarlo. Justo cuando chocaron, Oxen lo agarró de la camisa y se tiró hacia atrás, arrastrando al escocés con él. Cayó de espaldas al suelo, apoyó los pies en el estómago de MacDuff y le dio un empujón monumental con el que lo tiró por las escaleras.

Provocó un gran estruendo al caer, pero luego se quedó todo en silencio. Muy en silencio.

Oxen rodó hasta quedar de lado y miró hacia abajo. Alistair MacDuff yacía al pie de las escaleras, con la cabeza extrañamente ladeada. Estaba inmóvil. Por lo visto, se había roto el cuello al caer. Estaba muerto.

No había querido matarlo. Lo sentía especialmente por la hija de MacDuff, que apenas había podido disfrutar de su padre. Para el resto del mundo, en cambio, aquella no era una gran pérdida. Y lo más probable era que san Pedro se lo pensara dos veces antes de dejarlo entrar en el cielo, con ese registro de pecados…

En todo caso, aquel accidente jugaba a su favor. Ahora no tendría que vivir con la duda de si MacDuff acababa cantando que el danés Niels Oxen seguía vivo.

Se incorporó y examinó la escena. Tal como había quedado, parecía perfectamente posible que MacDuff hubiera tropezado y se hubiera caído por las escaleras.

Vio ahora la suerte que tuvo de no haber roto ninguna ventana al entrar, pues eso habría alarmado a cualquier policía con un mínimo de sentido común.

El cuchillo estaba sobre la alfombra. Lo recogió. Era más bien una

pequeña daga que parecía pertenecer a un equipo militar especial. La hoja era relativamente ancha y de doble filo. El puño había sido fresado a partir de la misma pieza de acero y cubierto con cuerda trenzada. No tenía idea de dónde lo había sacado MacDuff tan repentinamente. ¿Se le había escapado algo al cachearlo?

Guardó el cuchillo en su bolsillo, volvió al cuarto de la tele y ordenó un poco la mesita, pero dejó la lata de cerveza en el suelo. Luego volvió a guardar la pistola, la munición y el cargador en el cajón. Finalmente borró las dos fotos del escritorio del ordenador, vació la papelera y apagó el ordenador.

Se llevó consigo la memoria USB que había sacado de la carátula del vídeo. Aprovecharía para revisar el resto de las imágenes cuando llegara a casa. Alistair MacDuff era ahora la última persona del mundo que necesitaba un seguro de vida.

Oxen bajó las escaleras, abrió la puerta principal y puso el pestillo de tal modo que la puerta quedara cerrada por dentro en cuanto él saliera de allí.

En Collier Street no había nadie a la vista. Había empezado a llover de nuevo. Una ligera llovizna que solo se interrumpió brevemente cuando él pasó por debajo de los puentes.

Tiró la cinta adhesiva y los guantes en el cubo de basura más cercano y luego bajó las escaleras hasta el río.

El Silver Jubilee Bridge se recortaba en la oscuridad como una escultura gigantesca, iluminada por una miríada de reflectores, cuya luz centelleaba en la creciente marea del Mersey. El río había adquirido una dimensión completamente distinta a la de hacía apenas unas horas.

Se inclinó sobre el muro del canal y lanzó el cuchillo de MacDuff al agua, tan lejos como pudo.

Mientras caminaba lentamente hacia la estación de tren, tuvo que admitir que su misión en Inglaterra había sido un completo fiasco. En el mundo secreto en el que se movía y operaba John Smith, unas pocas fotos patéticas y un nombre falso no lo llevarían demasiado lejos, y no esperaba encontrar a nadie dispuesto a ayudarlo.

Había avanzado apenas unos pasos en el laberinto, y el rastro que andaba siguiendo se había perdido ya en el barro de la costa de Mersey.

21

Eran poco más de las ocho y media, y su amada Copenhague estaba bañada por la suave luz de la mañana, cuando se levantó, como de costumbre, para dar un breve paseo antes de empezar a trabajar.

Había dormido bien y disfrutaba del ejercicio. Disfrutaba oxigenándose la cabeza antes de empezar un largo día ante el escritorio. Y disfrutaba dando los buenos días a su ciudad.

En todos los años que habían pasado desde que aceptó aquel trabajo, siempre había sido el primero en llegar y a menudo el último en irse. En su opinión, debía ser un modelo para los empleados más jóvenes de la empresa. Un ejemplo. Además, le encantaban esas primeras horas de la mañana, tan tranquilas, en las que podía avanzar más que nunca.

Le gustaba ir variando su ruta matinal, y si quería pensar con calma en un problema específico, o simplemente sentía la necesidad de trabajar bien las piernas, lo alargaba un poco.

Últimamente había estado más absorto que de costumbre en sus paseos, concentrado en unos pensamientos que lo preocupaban tanto durante la ida como durante la vuelta. Pensamientos que pertenecían a su universo invisible. Que se habían puesto en marcha en su último encuentro.

Sus consideraciones avanzaban en dos niveles paralelos. Por un lado, por supuesto, estaba el sorprendente ataque frontal que le llegó desde el Norte y el Sur a la vez. Por otro, el proceso que estaba en marcha y debía servir para decidir a su sucesor. Esto último también impulsado, en cierto modo, por lo primero.

Bueno, también había una tercera cosa que le ocupaba tiempo y energía últimamente: el autoexamen. ¿Estaba siendo lo suficientemente crítico consigo mismo? ¿Estaba mostrándose lo suficientemente seguro de sí mismo?

Durante la reunión de la otra noche se pasaron casi toda la noche discutiendo sobre la estructura y los desafíos de la organización. No

acabaron la sesión hasta alrededor de la medianoche y se fueron directamente a dormir. A la mañana siguiente desayunaron juntos, de buen humor, y alrededor de las siete hizo acompañar a sus invitados al continente para que pudieran ocuparse de sus asuntos habituales.

Su deber era escuchar y pensar. Sus colegas habían sido constructivos y él había hecho cuanto le había sido posible por complacerlos a ambos. Parte de su trabajo consistía en mirar hacia delante y, al mismo tiempo, mirar hacia atrás. Hacer lo que fuera necesario para proteger su círculo. Para preservar las orgullosas tradiciones de su país. Pero también para romperlas si era necesario. Si servía para un bien mayor. Su intuición le decía alto y claro que se hallaba ante una revolución honesta, y no ante una traición.

Ahora le correspondía a él resumirlo todo, sacar las conclusiones correctas y actuar en consecuencia, si realmente decidía seguir ese camino. Una actividad muy similar a la que venía realizando oficialmente desde hacía muchos años y le esperaba cada día al final de su paseo.

Las obligaciones del líder del Danehof del Este quedaron definidas varios siglos atrás. Él y sus dos compañeros de armas eran iguales por cuanto hacía al peso de sus votos, pero la responsabilidad final recaía únicamente sobre sus hombros.

Tenía que encontrar y preparar a su sucesor él mismo, como un jardinero que selecciona cuidadosamente sus semillas o injerta sus tallos. Norte y Sur debían sugerirle nombres a los que pasar la batuta cuando llegara el momento, pero era el Este quien decidía en última instancia. Aquella distribución interna de poder reflejaba a la perfección la época en que se originó: una época en la que las fortalezas restringían el margen de maniobra del rey, pero sin desafiar su posición.

Él era el rey entre iguales. Una estructura sabia, pero no pocas veces problemática.

Se detuvo en Højbro Plads, inspiró el aire fresco de la mañana y se empapó del ambiente primaveral. Se apoyó en la barandilla junto al canal y miró hacia Slotsholmen y Christiansborg. En una o dos horas reinaría allí una actividad frenética y el canal también se llenaría de vida.

Se volvió y miró, como siempre, la estatua de bronce de Absalón, sentado sobre su montura, hacha en mano, listo para la batalla. Una magnífica obra de arte colocada sin lugar a duda en el lugar correcto.

Por supuesto, él también ostentaba mucho poder, pero lo manifestaba con más humildad que la del obispo guerrero.

Su poder había ido transmitiéndose a través de muchas

generaciones y, sin embargo, permaneció siempre en el mismo círculo. No requería necesariamente una cuna noble, como cuando nació el *Parlamentum*, sino que se trataba más de las esferas en las que uno se movía. De los puntos fuertes y la influencia. Pero si dejaba a un lado toda esa terminología moderna, la definición quedaba clara y cristalina: eran los mejores hombres del país.

Sonrió ante el pensamiento que le vino a la mente en ese momento: entre los mejores hombres del país había ahora una mujer. Le gustaba que fuera así. Era la prueba de que respetaba los signos de los tiempos.

Gracias a su consentimiento, Karin «Kajsa» Corfitzen pudo hacerse cargo de la herencia de su padre, al igual que Villum Grund-Löwenberg hiciera con el suyo. Y eso no era tan evidente como parecía, pues lo decisivo debían ser sus calificaciones.

Él mismo tenía dos hijos, una chica y un chico, y no dudaría en afirmar que ambos eran inteligentes y trabajadores, que eran moralmente íntegros y que conducían sus vidas con brillantez, pero… ninguno de ellos tenía el *potencial necesario*. Nunca seguirían sus pasos. Llevarían vidas ordinarias. Por lo tanto, él mismo era el mejor ejemplo de que el poder supremo no tenía por qué ser hereditario.

Según dictaba la tradición, debía mantener en secreto el nombre de su sucesor. Ni siquiera lo revelaría en el momento en que informara de su jubilación al Norte y al Sur. «Nadie puede hacer daño a quien no conoce». Un mensaje que reverberaba en aquel pasado remoto en el que la gente se jugaba la vida en la lucha por el poder.

Su sucesor solo se presentaría cuando tomara posesión del cargo. En aquel momento, la persona en cuestión conocería también a sus dos nuevos cofrades. Sería la única ocasión en la que podría haber cuatro personas sentadas a la mesa del Danehof.

Esa noche había quedado con su protegido. Uno más de los muchos encuentros que estaba teniendo con él para prepararlo como futuro líder del Danehof Este. Siempre le hacían ilusión esas conversaciones. Le resultaban enriquecedoras e ingeniosas. Esa noche hablarían sobre los *valores daneses*, de los que Absalón era un representante brillante.

Siguió avanzando. Pronto habría llegado.

22

Eran las 9:45 de la mañana. Aunque durante las primeras horas de la mañana había brillado un sol radiante, ahora Copenhague estaba cubierto por grandes nubes oscuras. Por suerte, el suelo estaba seco…

Se sentía un poco insegura en la bici que se había comprado hacía poco en el mercadillo, por solo cien coronas. El hecho de que pudiera ir en bici, y además hacerlo realmente bien, se debía a la valiosa prótesis especial que le habían puesto, valorada en medio millón de coronas. Por suerte, no había tenido que aportar esa suma imposible ella misma, sino la persona que la contrató.

La rodilla estaba controlada por un microprocesador y, después de cuidadosas mediciones, se había adaptado perfectamente a su cuerpo. La prótesis funcionaba a través del llamado control de fase oscilante y estaba equipada con un giroscopio y varios sensores que le permitían hacer movimientos que habría creído imposibles hacía solo unos años.

El hecho de que ahora mismo se sintiera insegura, pues, no se debía principalmente a su pierna, sino a su sentido del equilibrio, que estaba tan oxidado como la bicicleta. Cruzó la puerta.

—¡Hola, Margrethe! ¿Vas en bici? ¿Cómo es eso?

La hija de la vecina de abajo la saludó desde la acera y le hizo perder el ritmo antes de ponerse realmente en marcha.

Era una buena chica, pero Margrethe ya había pasado junto a ella y se limitó a levantar brevemente la mano a modo de saludo, mirando al frente.

Había decidido que solo cogería el Suzuki cuando no le quedara otra opción. Dicho de otro modo: trataba de hacerse a la idea de que un día vendería el japonés renqueante a cambio de unos cuantos dólares y de que, a partir de ese momento, llevaría una vida sin coche, solo con bicicleta.

El Mini Cooper ahora le parecía un lujo idílico del pasado, en el que la velocidad y el rugido del tubo de escape eran los símbolos de un estado cósmico de felicidad.

—¡Cuidado, maldita sea!

Sintió que el hombro de un extraño rozaba el suyo, cuando un joven en su bicicleta de montaña pasó a su lado y le gritó, enojado. La convivencia pacífica en el carril bici probablemente también era cosa del pasado.

Hoy era un día importante, así que se fue muy temprano. Le esperaba un nuevo «primer día de trabajo». Había tenido bastantes de esos, últimamente. Demasiados.

Miró su reloj. No había necesidad de apresurarse. El hermoso Breitling Colt de su muñeca era la única posesión a la que nunca renunciaría, y eso que a aquellas alturas lo veía todo como una posible fuente de ingresos, la verdad. El reloj se lo dieron sus padres después de que le amputaran la pierna. En la parte posterior tenía grabado un dicho latino: PER ASPERA AD ASTRA. (A través de tiempos difíciles, hasta las estrellas).

Margrethe se dirigía a uno de los supermercados Netto. No para comprar, sino para trabajar.

Su primer día de otro capítulo de su vida. Como cajera. Realmente nadie podría culparla por no estar a la altura de los desafíos.

Los ciclistas la adelantaban por la izquierda y por la derecha. Margrethe sentía un gran respeto por el trabajo. Nadie tenía que escuchar tanta basura como los cajeros y las cajeras del supermercado.

Se suponía que debía estar allí a las diez para que le explicaran todo lo que debía saber. Nadie tenía tiempo para eso en las primeras horas de la mañana, justo después de abrir la tienda. Le explicarían las distintas fases del trabajo y terminaría sentada en la caja registradora durante un rato, bajo la supervisión de un experto, por supuesto.

Ya imaginaba los comentarios impacientes y las muecas de los clientes frente a ella. Las cajeras tienen que soportar las quejas más increíbles. También por parte de las damas y los caballeros más distinguidos, por cierto, que resulta que no distinguen nada a la hora de pisotear a los de abajo.

Se alegraba de haber perdido el hábito de ponerse la Heckler & Koch bajo la axila izquierda cuando salía de casa. Eso podría haber acabado teniendo un impacto negativo en el número de clientes.

En cambio, de lo que sí tenía que armarse era de toda su paciencia. Lo cual también aplicaba a esa tarde, en la que seguiría con el segundo turno como esclava de galera en el infierno de lavado de platos del Hotel Copenhagen Blackbird.

Adelantó a un hombre gordísimo que iba sentado en un vehículo eléctrico de cuatro ruedas porque sus piernas por lo visto ya no podían sostenerlo. Fue su primera maniobra de adelantamiento del día, y fue

realmente patética.

La imagen de aquel hombre le hizo pensar en el enorme Axel Mossman. ¿No había decidido ponerse en contacto con él mientras lavaba los platos el otro día? ¿No quería preguntarle, siempre con cautela, si quería —y podía— ayudarla? ¿No esperaba que le abriera una puerta que le permitiera regresar al mundo de los servicios de inteligencia? Para el país que fuera, en el cargo que fuera.

Pero no había movido un dedo en esa dirección. Tal vez por una buena razón. Mossman había sido la persona más poderosa del CNI, y ella, su mano derecha. Ni más ni menos que eso, al final. Visto lo visto, parecía que en el mejor de los casos solo podía hablarse de una simple relación jefe-empleado. No había razón para imaginar otra cosa. Había dejado de confiar en él. Y él había dejado de confiar en ella. Y no había vuelto a tener noticias de su vida. Ni una palabra desde que lo despidieron. El gran Mossman no era más que un jubilado normal. Y punto.

Giró a la derecha y vio a lo lejos el letrero amarillo del supermercado con las letras negras y el perro sentado.

Pedaleó los últimos metros. Luego bajó, apoyó la bicicleta en la pared, le puso un candado y respiró hondo. *Per aspera ad astra*.

A los treinta y nueve años estaba de novata en una caja del Netto. De tiempos difíciles iba servida, eso estaba claro.

Lástima que no se vieran estrellas por ninguna parte…

23

Eran las 9:51. Miró fijamente los brillantes dígitos rojos del viejo radiodespertador que estaba a cincuenta centímetros de su nariz, en la mesita de noche.

Se quedó inmóvil y volvió a cerrar los ojos. En algún lugar al otro lado de la ventana arrullaba una paloma. Por lo demás, todo estaba en silencio. Se puso de costado y volvió a abrir los ojos. Un techo inclinado, una ventana y una cortina de color amarillo claro.

Se puso boca arriba.

Líneas oblicuas. Volvía a estar en la buhardilla de la casa parroquial. Por supuesto. Volvió la noche anterior, hacía apenas unas horas. Notaba en los huesos el largo viaje en tren desde Inglaterra, bajo el canal y luego hacia el norte. De hecho, todavía tenía la sensación de estar rodando sobre raíles. Un traqueteo que, por supuesto, no existía en la amplia cama, firme y estable, de Ullerup.

Todo aquello quedaba literalmente en las antípodas de las imágenes que había visto en la memoria USB de MacDuff. El mercenario había guardado fotos y vídeos que documentaban tanto actividades rutinarias mundanas como batallas brutales. Algunos de estos eran probablemente asuntos delicados que nunca deberían ver la luz del día. Varias secuencias mostraban a un hombre que sin duda se parecía a John Smith. Sin embargo, no había ni un solo primer plano de él. A juzgar por el entorno, las fotos eran de África o de Oriente Medio. Todo bastante inútil para él.

El botín de su largo viaje a Inglaterra se limitaba a dos memorias USB: una que no le servía para nada y otra —la de las dos fotos— que en el mejor de los casos apenas le despertaba modestas esperanzas.

Oxen estaba cansado. Anhelaba poder caer en un sueño profundo y sin perturbaciones, pero en los últimos tiempos no lo lograba. Esa misma noche lo había visitado la Lágrima, ¿o no? Solo lo recordaba vagamente, pero creyó haber visto el tatuaje bajo el ojo del serbio.

Tenía que encontrar una nueva forma de continuar con su misión.

Acababa de obligarse a salir de la cama cuando llamaron a la puerta con determinación y alguien abrió de golpe.

—¡Buenos días! Solo quería ver si ya estabas despierto. ¿Llegaste muy tarde ayer? —preguntó el Pastor, apoyándose en el marco de la puerta.

—Debían de ser las tres de la madrugada, más o menos, y tras encontrar la llave en el lugar que me dijiste, me colé en tu casa con los zapatos en la mano, para no hacer ruido.

—¿Ha ido bien el viaje?

—Más o menos…

—En quince minutos nos tomamos un café, Oxen.

—Enseguida bajo, gracias.

Cuando se sentó a la mesa de la cocina olía a café y a pan. La esposa del pastor no estaba allí; debía de estar trabajando. Era profesora. El capellán le sirvió una buena taza de café y puso un plato de tostadas sobre la mesa. La mantequilla, la mermelada, el queso y los fiambres ya estaban puestos en la mesa.

—¿Leche o azúcar?

Oxen negó con la cabeza.

—Venga, ataca. Debes de estar hambriento.

El Pastor empujó el plato hacia él. Oxen asintió y se zampó dos rebanadas a la vez. Habían pasado varias horas desde la última vez que comió.

El Pastor se sentó frente a él y también se sirvió un poco de café. Se quedaron en silencio durante un rato. Como siempre, Oxen comió a toda prisa y se sirvió otra rebanada de pan.

—Dime, ¿estás bien? —El Pastor lo miraba con ojos preocupados.

—Sí, ¿por qué?

—Porque… Bueno, esta noche, hacia las cuatro… Me han despertado unos gritos. La casa tiene muy buena acústica. Me he levantado. Los gritos venían de tu habitación, y eran una mezcla bastante salvaje de gemidos y órdenes duras. La mayor parte de lo que decías era indescifrable, pero había algunas palabras intercaladas más comprensibles. Me detuve frente a la puerta, no sabía si… No duró demasiado, tal vez uno o dos minutos. Así que me pregunto…

De modo que la sensación con la que se había despertado era cierta. Había vuelto a estar en el purgatorio. Había visto a la mujer siendo violada sobre la mesa, de nuevo. Su rostro aterrorizado. Y había vuelto a meter cuatro balas en el estómago al hombre al que llamaba «la Lágrima», como tantas otras veces antes.

—Estoy bien, es solo que a veces tengo pesadillas.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Volvieron a guardar silencio por un momento y él se preparó otra rebanada de pan.

—Esto de aquí es precioso —dijo entonces—, y muy tranquilo. ¿Te quedarás aquí para siempre?

El Pastor se encogió de hombros.

—Es difícil hacer planes definitivos, pero la verdad es que aquí estamos muy bien. Me gusta la comunidad, me gusta mi iglesia y amo esta casa. Aquí soy consciente de lo pequeños que somos todos, en realidad. Esta vicaría es pura historia danesa, una lección sobre la guerra y la paz. Y yo estoy en medio de todo eso.

—¿A qué te refieres?

—En febrero de 1864 la vicaría fue ocupada por tropas prusianas. El comandante supremo era un tal general August von Goeben. Un respetado soldado que también había luchado en otros países. En aquel momento el pastor se llamaba Nikolaj Laurentius Feilberg. Él y el general eran enemigos íntimos. Coge tu café y ven conmigo…

El sacerdote se levantó y le indicó que saliera al pasillo. Abrió la puerta de la izquierda, que conducía a una gran sala con techo estucado. Entraron.

—Esa es la habitación del general. Aquí planeó Von Goeben su ataque a la isla de Als. Y mira… —El Pastor señaló un clavo en el marco de la puerta—. Aquí solía colgar su sable. Saber esto y vivir y respirar aquí me hace ser más humilde. Frente a la historia. Y frente al significado de mi propio trabajo. Cambia mi forma de ver las cosas. Solo un pequeño clavo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Él asintió. Entendía parte de lo que le decía. No todo.

—Pero aún hay más —continuó el Pastor—. El vicario y el general se hicieron amigos. Se dice que a los dos les unía una profunda amistad, basada en el respeto mutuo, a pesar de todas las circunstancias externas y a pesar de que dos de los hijos del sacerdote servían como soldados en el quinto regimiento del Ejército danés, que esperaba el ataque de los prusianos en Als. Cuando llegó el momento, el 29 de junio, el general estaba sentado aquí, en mi patio, a lomos de su caballo, tomando una taza de té a las cuatro de la mañana, y Feilberg le dijo: «Espero que tu plan fracase, pero que Dios te proteja». Los prusianos no tardaron mucho en derrotar a los daneses. Von Goeben hizo todo lo posible por localizar a los hijos de Feilberg. Le dijeron que uno había muerto, pero luego resultó que la bala alemana había rebotado en un silbato que llevaba debajo de la chaqueta. *Eso* es historia, Niels. —Volvieron a la cocina y se sentaron de nuevo. El Pastor sirvió más café—. Creo que solo fue posible porque ambos

hombres eran inteligentes y sensatos. Porque su amistad nació aquí, en la casa de Dios, en la que las diferencias no importan. Aquí las situaciones, los objetos y los hombres pueden verse de modo aislado en favor de algo más grande. Aquí *es* posible construir puentes… ¿Más pan?

Oxen negó con la cabeza.

—Pero algunos puentes no pueden construirse, Pastor. Piensa en los Balcanes. Eran antiguos vecinos.

—No debemos perder la fe en que al final triunfará el bien. La palabra y el diálogo llegarán más lejos que la espada.

—Yo no creo que haya enemigos nobles. La guerra no tiene un entramado espiritual. Yo creo en la sangre y en la muerte dolorosa.

—¿Aún no has encontrado a ese enemigo, Niels?

—Ni por asomo.

—Ya lo harás. Estoy seguro. El otro día, el día que apareciste por aquí… Pasé la noche en vela pensando en que la historia se repite. Que una vez más, uno de los soldados más valientes del país había venido a Ullerup. Más de ciento cincuenta años después… ¿Qué ha pasado en Inglaterra? ¿Y qué harás ahora?

La preocupación volvía a brillar en los ojos del Pastor.

—Pude llevar a cabo lo que me había propuesto, pero resultó ser un callejón sin salida. Tengo que encontrar otra manera de continuar.

—¿Otra manera? ¿Aquí, en Dinamarca?

El Pastor se andaba con ojo de no hacer preguntas demasiado concretas.

—Espero que sí. Tengo que ir a Copenhague.

—Puedes llevarte mi coche, en principio no lo necesito. Y si me hiciera falta, esperaría a que mi esposa volviera a casa y le pediría el suyo.

—No puedo aceptar eso.

—De verdad, no es problema.

—Deja al menos que te pague.

—Ni hablar.

—Tengo suficiente dinero, aunque no lo parezca —murmuró, sonriendo a su alto y servicial amigo.

—¿Irás a ver a Fritsen? Se alegró muchísimo cuando se enteró de que seguías vivo. De hecho, rompió a llorar…

—Nunca superó lo del Una.

—No es eso, Niels. Es solo que eres importante para él. ¿Irás a verlo?

—Nada me gustaría más, pero es complicado.

Estaba claro ver que el Pastor tenía algo más en mente.

—¿Y qué hay de esa tal Margrethe Franck? Fritsen dijo que ella estaba desconsolada por tu supuesta muerte. Que para ella había significado una gran pérdida…

El Pastor era una persona reservada. No inquiriría más allá.

—Con ella me pasa lo mismo que con Fritsen. El riesgo es demasiado alto. Pero si todo sale bien, te prometo que los visitaré a ambos.

Había llegado a la conclusión de que el Pastor no debía saber más sobre el asunto, aunque lo cierto era que tenía que ver a Margrethe Franck cuanto antes. No le quedaba otra opción.

Esperaba poder acercarse a ella, con mucha cautela, esa misma noche.

24

Le sorprendió ver que la luz estaba encendida en el piso de Margrethe Franck, pero que el Mini Cooper blanco y negro no estaba allí.

Cuando llegó, hacía casi una hora, lo primero que hizo fue echar un vistazo al patio que quedaba detrás de la casa. No vio el Mini, y tampoco ninguna furgoneta sospechosa. No vio ni un alma.

Desde entonces se había quedado sentado en el coche del Pastor, que había aparcado en la calle un poco más adelante. Desde allí podía ver tanto el camino de entrada como la puerta principal del apartamento.

Había revisado la zona con sumo cuidado y no había encontrado la más mínima señal de que Franck estuviera siendo vigilada. A lo sumo, quizá desde alguno de los apartamentos de enfrente, en cuyo caso no tendría la menor opción de ver la cara de los vigilantes. Lo cierto es que había muchas formas posibles de tenerla controlada. Lo más probable era que hubiesen instalado cámaras o micrófonos en su casa.

De ninguna manera podía ir hasta la puerta, llamar al timbre y entrar, aunque tampoco podía permitirse el lujo de esperar allí toda la noche. Tenía que poner las cosas en movimiento. Así que se sentó y empezó a devanarse los sesos pensando en cuál debía ser su próximo paso. ¿Colarse en el patio trasero a medianoche, romper una ventana y entrar en el piso con una linterna? ¿O forzar la puerta del sótano y subir por las escaleras de atrás?

Lo de la luz encendida y el coche desaparecido no encajaban. ¿Podría ser que…?

Sus pensamientos se interrumpieron cuando vio aparecer una figura que salía del interior de la casa. Por la estatura diría que era una mujer. Iba empujando una bicicleta. Se detuvo, se inclinó hacia delante un segundo y justo entonces se iluminó la luz trasera de la bici, que por lo visto acababa de encender.

Era francamente difícil distinguir algo desde esa distancia y en la

oscuridad, pero la postura erguida y los movimientos de esa mujer le resultaban familiares. Aun así, tenía el pelo castaño y Margrethe Franck lo llevaba teñido de rubio.

La mujer subió a la bici sin dificultad aparente y se puso a pedalear. ¿O había algo extraño en su pierna? ¿Era posible que con la derecha no pedaleara con la misma fuerza y regularidad que con la izquierda? ¿Podía ser que llevara una prótesis? Oxen dudó. No… La mujer pedaleaba con absoluta normalidad. Aun así, su instinto le dijo que podría ser ella.

Oxen puso el coche en marcha y siguió a la mujer. Conducía muy despacio, pero la distancia que los separaba fue reduciéndose rápidamente. Cuando vio que el semáforo se ponía en rojo y la mujer tenía que parar, frenó y aparcó a un lado. De ninguna manera podía permitirse quedar a su lado en el cruce.

Cuando el semáforo volvió a ponerse verde, avanzó muy despacio, reduciendo la brecha que los separaba hasta hallarse a unos treinta o cuarenta metros detrás de ella. No le quedaba más remedio que adelantarla. Se preparó, agachándose un poco para poder verla mejor a través de la ventana.

La primera impresión: zapatillas blancas, tejanos desgastados y una chaqueta azul oscuro. La segunda: el cabello era castaño claro y casi le llegaba a los hombros. Un corte de pelo que no podría estar más en las antípodas del peinado vanguardista de Franck. El viento en contra le apartó los mechones de pelo de la cara. La tercera impresión: la cara… Ahora estaba justo a su altura. Mejillas pálidas y…

Apartó la mirada a toda prisa.

Era ella. Era Franck. O al menos era una mujer que se le parecía una barbaridad. Giró a la derecha en la primera oportunidad y detuvo el coche a un lado. Se colocó bien en su asiento y miró por el retrovisor.

La vio pasar por el carril bici. Ya no tenía ninguna duda. Facciones bien delimitadas, nariz recta y boca firme, con unos labios ahora tan pálidos como la piel. (O, al menos, no tan prominentes y rojos como antes).

Volvió a poner el coche en marcha, se reincorporó a la carretera y continuó siguiéndola a distancia.

Esa mujer *era* Margrethe Franck, del CNI. Aunque en una versión sorprendentemente ordinaria. Era como si la hubieran lavado, enjuagado y secado con un programa nacional de estandarización hasta que pareciera una danesa común. La rebelde se había convertido en un ratoncillo gris y el Mini Cooper había sido reemplazado por una vieja bicicleta.

Aquí había algo que había salido muy mal.

Se quedó un poco rezagado, deteniéndose de vez en cuando a la derecha, dejó que se interpusieran más coches entre ellos, y se aseguró de no quedar expuesto en ningún momento ni detenerse a su lado en un semáforo rojo.

Margrethe en bicicleta… y a esa hora del día… ¿Adónde iría? Por desgracia, no podía limitarse a bajar la ventanilla y gritarle «¡Hola, Franck! ¡Ya ves, no estoy muerto!». Tenía que seguirla y esperar a que surgiera la oportunidad de hablar con ella discretamente.

No sabría decir cuánto tiempo la llevaba siguiendo, pero las aceras empezaron a llenarse de gente y las calles eran cada vez más estrechas a medida que aumentaba el número de coches estacionados en doble fila. Los nombres de las calles no le aportaban ninguna información. Solo sabía que estaban en el centro.

Franck iba unos cincuenta metros por delante de él cuando frenó, se subió al bordillo y bajó de la bici. Oxen no vio nada que le llamara la atención. A lo sumo, el gran letrero luminoso con letras curvadas tres casas más abajo: HOTEL COPENHAGEN BLACKBIRD. El edificio parecía un palacio color crema, con una fachada cubierta de estuco y cornisas de arriba abajo. El trozo de acera que quedaba entre la puerta principal y la calle estaba cubierto por un toldo, y un hombre con uniforme blanco flanqueaba la entrada.

Franck empujó su bici hacia el camino de entrada más cercano y desapareció. Él aparcó el coche y corrió tras ella.

Tuvo la sensación de entrar en otro mundo. Hacía un momento estaba en una calle estrecha y de pronto se hallaba ante un gran espacio abierto. Frente a él, varios sitios para aparcar, zonas verdes con árboles y un parque infantil, rodeado por pisos de ventanas iluminadas.

Apenas tuvo tiempo de ver desaparecer la luz trasera de la bici de Franck por el pasillo que unía la parte trasera de aquel edificio con la del siguiente. Ahí estaba de nuevo, la placa de identificación en la pared, esta vez mucho más pequeña, iluminada por un simple foco: HOTEL COPENHAGEN BLACKBIRD *PERSONAL* ENTRADA DE MERCANCÍAS. La siguió y se escondió en la siguiente esquina, en la oscuridad.

Aquí había varios sitios para aparcar y una fila de contenedores de basura alineados en la pared. Una parte del patio estaba cubierta, había muchas bicicletas y ciclomotores estacionados, y a la derecha se veía una rampa de carga. Franck acababa de dejar allí su bicicleta. Ahora se hallaba frente a la entrada iluminada del personal y se disponía a usar una llave, o puede que a teclear un código. En cualquier caso, estaba a punto de abrir la pesada puerta y entrar.

Un hotel y Margrethe Franck. Dos cosas que no encajaban en su cabeza. Pero si tenía acceso a la entrada del personal, eso se debía —la perogrullada era enorme— a que era miembro del personal. Decidió dar la vuelta y echar un vistazo al hotel desde el exterior antes de entrar y husmear un poco en el vestíbulo. Tal vez podría verla en alguna parte.

Había pasado una hora entera cuando regresó al patio trasero del hotel sin haber hecho ningún avance significativo. Había dado una vuelta por el vestíbulo, analizándolo todo discreta pero sistemáticamente, había echado un vistazo a la recepción y al restaurante, y había estado en el bar… pero sin éxito.

Margrethe Franck no estaba en ninguna parte. Antes de marcharse se había atrevido a preguntar por ella en recepción, pero tampoco tuvo suerte.

Debía de habérsele escapado algo. Después de todo, la había visto entrar en el hotel con sus propios ojos. No tenía más remedio, pues, que volver al punto de partida.

Algunas de las ventanas que daban al patio tenían las luces encendidas. Decidió empezar por la última de la fila. Las tres primeras quedaban demasiado altas. Cogió una de las bicicletas, la apoyó contra la pared, se subió al portaequipaje y miró: era un almacén de ropa de cama. Metros de estanterías con fundas nórdicas y sábanas. La cuarta ventana también quedaba muy arriba. Tras ella, una habitación con artículos de limpieza. La siguiente ventana ya estaba un poco más abajo, pero no pudo ver nada porque el cristal era opaco. ¿Quizá era un baño? Se volvió entonces hacia las ventanas inferiores.

La luz estaba atravesada por rejillas de metal. La primera no se movió, pero al llegar a la segunda pudo apartarla un poco hacia la derecha. Se arrodilló y asomó ligeramente la cabeza.

Abajo brillaba una luz muy intensa. El suelo y las paredes estaban embaldosados y había un montón de gente trabajando. Era la trascocina del hotel; el lugar en el que se lavaban los platos y el servicio de cocina. El suelo brillaba, húmedo. Prestó más atención. Diferentes tonos de piel y formas de rostros; muchos asiáticos, pero también algunos negros… Su mirada se posó entonces en una mujer que quedaba en segundo plano, más alejada. En realidad, se parecía… El cuello, la postura erguida, la piel pálida. Estaba de pie, de espaldas a él, lavando platos. Ahora se daba un poco la vuelta… ¡Sí!

Era Margrethe Franck. Su boca no era más que una fina línea. Sus movimientos eran rápidos, casi bruscos. La brillante luz del techo confirmó lo que ya había sospechado en el coche: su pelo estaba completamente distinto. Tanto el color como el peinado.

Franck en bicicleta. Y limpiando platos en un hotel. No tenía sentido.

Se incorporó y volvió a colocar la rejilla en su lugar. Franck ya no trabajaba para el CNI. Eso no era una suposición, sino una afirmación. De lo contrario no estaría lavando platos ahí abajo, a no ser que… Quizá se tratara de una tapadera.

Solo había una forma de obtener una respuesta a esa pregunta y disipar sus dudas. Tenía que esperar a que saliera. De hecho, un oscuro patio trasero le parecía un lugar muy apropiado para resucitar de entre los muertos.

Fue a los contenedores de basura y encontró dos cajas de cartón, que aplastó con el pie y dobló varias veces, como hiciera también bajo el puente del Mersey. Uno para la espalda y otro para sentarse. Eso mantendría el frío a raya por un tiempo.

Se sentó de modo que el contenedor de basura delantero lo protegiera de las miradas indiscretas y al mismo tiempo le permitiera ver la entrada del personal y la mayor parte del cobertizo para las bicis. Dobló las piernas, rodeó las rodillas con los brazos, apoyó la frente sobre ellas y cerró los ojos. No se durmió. Siguió recibiendo e interpretando todos los sonidos. Solo se puso en pausa.

Cuatro horas… Los dígitos de su reloj se iluminaron brevemente cuando presionó el botón. Había estado ahí sentado todo ese tiempo, esperando, cuando de repente sucedió algo extraño. Dos figuras oscuras doblaron la esquina.

Los hombres cruzaron el patio y gracias a la luz que entraba por las ventanas pudo verlos mejor. Eran más o menos de la misma altura, de constitución fuerte, y sus brazos sobresalían de sus torsos rígidos de una manera inconfundible: estaba claro que eran culturistas, y de los buenos.

Oxen se levantó con cuidado, apartó el cartón y se escondió detrás de los contenedores. Los dos hombres se situaron en el rincón más oscuro del cobertizo para bicicletas. Los oyó hablar en voz baja, pero no pudo entender nada. Momentos después se encendieron dos cigarrillos, y al cabo de un rato vio la llama de un mechero y dos puntos de incandescencia otra vez. Esos hombres esperaban algo, pero… ¿qué? ¿O a quién?

Al cabo de un cuarto de hora empezaron a salir los primeros trabajadores del hotel. Era más que posible que hubiera visto a algunos de ellos en la trascocina. Hombres bajitos y enclenques. Uno de ellos cogió una bici, los demás se marcharon a pie.

Entonces la puerta se abrió de nuevo. Era ella. Margrethe Franck. Su rostro pálido casi brilló con la luz que se coló a través de la puerta.

Iba acompañada por un tipo muy pequeño. Juntos caminaron con resolución hacia las bicis. Los dos hombres salieron de la oscuridad y agarraron a Margrethe.

—¡Desaparece de aquí, chimpancé! —gritaron al acompañante de Franck, que sin pensárselo dos veces salió corriendo, horrorizado.

Margrethe se defendió con fuerza y gritó pidiendo ayuda.

—¡Cállate, perra!

Su grito se ahogó de golpe al recibir un puñetazo en el estómago. Franck se dobló de dolor, pero los hombres la agarraron por los brazos y la arrastraron hasta la esquina trasera del patio en el que estaban los contenedores. Oxen se acercó con cautela.

Uno de los hombres se puso detrás de Franck, sosteniéndole los brazos. El otro se plantó justo frente a ella, como si quisiera saldar una cuenta personal.

—Puta asquerosa, ahora me las pagarás.

—¡Eres un cerdo! —le gritó Franck, haciendo un esfuerzo por coger aire.

—¡Me robaste, y a mí nadie me roba, zorra! Y menos aún alguien como tú. Así que ahora me lo pagarás todo. Hasta la última corona.

El hombre dio un paso rápido hacia Franck y bloqueó con el antebrazo la patada que ella intentó darle. Él le tocó el pecho y rebuscó en el interior de su chaqueta. Luego dio un paso atrás, sosteniendo triunfalmente una billetera roja en el aire.

—Esto de aquí voy a vaciarlo por completo, pero antes pienso vaciar algo completamente distinto. Y luego lo hará mi amigo también. Te vamos a follar tantas veces que no podrás olvidarnos. Ni siquiera de noche, cuando duermas…

El hombre gruñó y se desabrochó los pantalones.

25

La inquietud en su cuerpo bien tonificado era tan intensa como nueva para él. Se sentía como si un ejército de hormigas salvajes se hubiera colado en su torrente sanguíneo y hubiera enviado tropas hasta las puntas de todos sus dedos, de las manos y los pies.

Era una situación poco usual para Per Eilertsen, el magistrado encargado de los delitos de guante blanco.

Solo había dormido una hora; luego las hormigas lo despertaron. Había dado vueltas y vueltas en la cama, esperando reencontrar de algún modo la calma, pero fue en vano. Luego, en mitad de la noche, se dio por vencido y se levantó.

Tras beber un vaso de leche, había andado descalzo por la casa, había abierto con cuidado la puerta del cuarto de las niñas, había comprobado que estaban bien, y finalmente había entrado en el estudio que compartía con su esposa.

Ahora estaba sentado en la silla de cuero con respaldo alto. Abrió el cajón superior de su escritorio y sacó los archivos del caso que era el principal responsable de su malestar y que esa noche no lo dejaba dormir: el suicidio del gran empresario Kresten Hildmand, que había echado al traste tantísimas horas de trabajo preparatorio.

Arriba de todo de la pila estaba el informe del médico forense, y justo debajo una carpeta con todos los resultados de la investigación policial. Volvió a hojear el informe de la autopsia en busca de puntos débiles, o al menos algún indicio que pudiera llegar a convertirse en una sospecha sólida.

En el fondo ya lo sabía. No iba a encontrar nada. La imagen era clara: Kresten Hildmand había tomado la salida de emergencia. Había ido al bosque, se había emborrachado y había puesto fin a su lujosa y al mismo tiempo miserable vida.

El hombre tenía una gran cantidad de alcohol en la sangre e inhaló también una gran cantidad de monóxido de carbono del tubo de escape del automóvil. Un cóctel fatal.

La policía había sido extremadamente minuciosa y había presentado una investigación extraordinariamente detallada y sin fisuras. Revisaron cada centímetro del bosque y dieron la vuelta —literalmente— a cada hoja. Aun así, el tema es que Hildmand fue descubierto por un grupo de corredores que lo habían pisoteado todo sin tener en cuenta que aquella era la escena de un crimen. Cuando llegaron los profesionales, no encontraron nada. Tampoco en un radio de acción considerablemente amplio.

Entre los archivos se hallaba un buen número de transcripciones de las entrevistas hechas a familiares y socios cercanos, y los relatos eran en gran medida consistentes: la inminencia del juicio en el que se le acusaba de monopolio ilegal había pasado factura a Kresten Hildmand. Esto también fue confirmado por su esposa, cuyo dolor por la pérdida de su esposo fue, por decirlo de un modo suave, más bien contenido.

«Como el perro y el gato». Así describió su hijo la convivencia de sus padres y señaló que, supuestamente, no habían disuelto el matrimonio por cuestiones prácticas. Lo más probable era que ninguno de los dos hubiera sentido la necesidad de destruir la base de su cómoda vida en su tránsito hacia la vejez.

Nada nuevo, al menos no para sus ojos cansados. El magistrado se recostó y chasqueó la lengua, pensativo.

El hecho era que ya no podían destapar el caso del enorme fraude y todas sus implicaciones, pues en torno al asunto se había levantado un muro de silencio. Cualquier posible disposición a cooperar había cesado repentinamente en el momento en el que se hizo pública la muerte de Kresten Hildmand, pues con su desaparición cayó también la espada de Damocles con la que él había tratado de presionar a los involucrados. La presión había desaparecido.

Eilertsen se había esforzado en recomponer y animar a sus colaboradores tras la sorprendente noticia, y les había asegurado que, si seguían igual, al final hallarían una solución, con o sin Hildmand, lo cual era absurdo, por supuesto. Pero aquel no era momento para deprimirse. Si se daban por vencidos demasiado rápido, todo el prestigio de su departamento quedaría en entredicho. Parecería que su largo y extenso trabajo preparatorio no había sido lo suficientemente minucioso porque se había erigido en torno a una sola persona. Tal vez lo más inteligente fuera hacer algo insólito, como por ejemplo apostar directamente por la carta más alta, y pedir una entrevista personal a la ministra de Justicia, Helene Kiss Hassing.

Ella había presentado el juicio que les ocupaba como un símbolo de la actualización y renovación moral del Gobierno, una muestra de

su repulsa ante cualquier acción poco ética y una lucha contra el nepotismo, la descomposición general de las costumbres y el comportamiento criminal en cualquier clase social. Eilertsen tenía claro que la ministra lo amonestaría, pero si conseguía adelantarse, quizá aún podría hacer que el viento soplara a su favor.

Mucha gente, no solo en el seno de las autoridades sino también entre políticos y periodistas, se había reído de Hassing cuando asumió el cargo después de que su predecesor se hubiera ahogado al salir de pesca.

Kiss o Kiss-Kiss, pronunciado con las eses muy sonoras, eran dos de las infinitas variantes a través de las cuales se expresó la falta de respeto que le tenían. Y lo mismo sucedió con «Boobs», una versión aún más estúpida de los apodos con los que la bautizaron.

Pero ella ni se inmutó. Tenía demasiada dignidad como para rebajarse a ese nivel. Helene Kiss Hassing era en realidad una mujer muy inteligente y atractiva con una amplia formación en ciencias políticas. Más aún, el mero hecho de haber acabado sus estudios, al contrario que muchos de sus colegas en Christiansborg, merecía ya un reconocimiento.

Con el tiempo se fueron revelando otras cualidades de Hassing. Él aún recordaba la portada del *Ekstra Bladet* en el que se anunció que Hassing había cesado al secretario de Estado por deslealtad.

«*Kiss of Death*» habían escrito sobre una foto del secretario de Estado en letras grandes, y el diseñador del periódico se había permitido la gracia de plantar unos grandes labios rojos en la frente del funcionario.

Kiss Hassing tenía en sus manos la posibilidad de mostrarse tal como era y afianzar su imagen de política moderna, efectiva, recta y justa.

Cuanto más pensaba en la idea de ponerse en contacto con ella, más convencido estaba de que era una jugada inteligente. Además, así también tendría la oportunidad de hacerse una idea de las habilidades intelectuales de aquella mujer.

El magistrado se levantó, fue a la cocina y se sirvió un vaso de leche. Mañana por la mañana lo organizaría todo para celebrar una reunión con la ministra de Justicia.

Ya era hora de volver a la cama.

26

El hombre que se había plantado ante Margrethe Franck parecía estar pensando si debía darle un segundo derechazo en el estómago para debilitarla aún más o si sería más divertido violarla directamente. Al final, apoyó el peso de su cuerpo sobre su pierna derecha y levantó el brazo derecho. Se había decidido por el puñetazo.

—¡Eh! ¿Qué está pasando aquí?

Niels Oxen salió de su escondite. Ahí de pie, tranquilo, con los brazos caídos junto al tronco, habló con un tono cortante pero contenido.

Los hombres volvieron la cabeza y él pudo verles las caras. Estaban sorprendidos, pero demasiado seguros de sí mismos como para asustarse.

El tipo de detrás de Franck continuó sujetándola con fuerza. El otro dudó, pero al final gritó al aguafiestas que los había interrumpido:

—¡Lárgate, gilipollas! ¡Y rápido! —La montaña de músculos alzó otra vez el puño y dio un paso hacia él—. ¿Estás sordo? ¡Que te pires!

—¡Niels! ¿Niels? ¿Eres tú?

Margrethe Franck parecía incrédula, y tal vez algo esperanzada. No logró descifrarlo.

—A ver, mantengamos la calma —dijo, preparándose para la pelea.

Instintivamente dobló un poco las rodillas, apretó los muslos y se puso de perfil, para reducir al máximo la superficie de ataque. Levantó su brazo izquierdo para poder detener el golpe, cerró su puño derecho y lo apoyó con fuerza en la cadera, con el pulgar hacia adentro, para no hacerse daño al atacar.

A lo largo de los años había practicado muchas técnicas de lucha distintas. Ahora acababa de adoptar la posición de espera del kárate Shotokan, cuyas secuencias de movimiento se habían quedado grabadas en su cuerpo, de manera natural, a base de múltiples repeticiones.

Prestó mucha atención al lenguaje corporal de aquel hombre. Una

simple provocación desencadenaría su ataque.

—Marchaos a casa, chicas —dijo—, o la cosa se pondrá fea para vosotras.

El tipo se le echó encima de un salto. Quiso pegarle un puñetazo, pero Oxen desvió el golpe con su antebrazo izquierdo, se dio la vuelta en una fracción de segundo y le pegó un derechazo de lo más contundente. El golpe aterrizó con fuerza justo en su plexo solar.

Mientras el tipo se quedaba inmóvil y aturdido frente a él, tratando de coger aire con la boca abierta, Oxen se balanceó para preparar una *Mawashi-Geri*, es decir, una patada de recorrido circular, enormemente efectiva, que impactó con enorme precisión en la barbilla del pobre idiota y lo tiró al suelo.

Oxen se volvió entonces hacia el segundo hombre, que, en ese preciso instante, y para tener las manos libres, empujó a Margrethe con tanta fuerza que la tiró al suelo.

—Veamos si tienes algo mejor para mí —siseó el hombre.

El acero brilló cuando el tipo se llevó una mano al bolsillo de su chaqueta, sacó una navaja de tamaño considerable y la desdobló. No era un cuchillo de combate auténtico, pero seguro que estaba igual de afilado.

Dio dos pasos hacia Oxen. Sus movimientos eran pesados y torpes, pero aun así resultaba peligroso por la navaja.

—¡Atrás!

Por el rabillo del ojo pudo ver que Franck había logrado ponerse en pie. Estaba apoyada en la pared y se mantenía quieta, como paralizada.

—Tú espera ahí, zorra, me ocuparé de ti más tarde…

El hombre fue acercándose poco a poco, moviendo la navaja con brusquedad y obligándolo a retroceder.

Era un verdadero armario y estaba incluso más musculado que su compañero, que seguía doblado sobre el pavimento. Dado el tamaño de sus músculos, sus movimientos resultaban algo lentos y fáciles de predecir. Oxen sabía que su oportunidad llegaría en cuanto la distancia entre ambos se redujera un poco.

Y de pronto tuvo al hombre lo suficientemente cerca. Perfecto.

El tipo trató de rasgar con su navaja la cara de Oxen. Falló por muy poco, apenas unos treinta o cuarenta centímetros, y enseguida volvió a intentarlo. En cuanto la hoja del cuchillo pasó por segunda vez frente a su rostro, Oxen dio un paso rapidísimo hacia su oponente y agarró su muñeca con ambas manos.

A partir de ahí ya había reducido el riesgo. Llevó hacia atrás el brazo de su adversario con un potente movimiento, que hizo que

gritara de dolor cuando se le partió el tendón y el hombro se le salió de la articulación con un crujido. Incapaz de reaccionar, el tipo voló por los aires y se estrelló con fuerza contra el asfalto.

Por último, Oxen le dio una patada en la boca del estómago. Aquellos dos tardarían un tiempo en volver a meterse en peleas.

—¿Estás bien?

Se volvió hacia Margrethe Franck.

El hombre alto y delgado estaba de pie, tranquilo, frente a ella. Un débil rayo de luz salía de una de las ventanas y le iluminaba el rostro. Era él de verdad. Niels Oxen. ¿O no?

Lo miró de arriba abajo. Sí, no había duda. Aquel hombre *era* Niels. Resucitado de entre los muertos. Pero ¿cómo era posible? Y encima aquí y ahora, precisamente…

Margrethe asintió y negó con la cabeza a la vez. No entendía nada.

—Estoy bien, sí… Pero, Niels… maldita sea… No lo… no lo entiendo. —Le costaba enlazar las palabras. Su voz sonaba gruesa y torpe. Estaba confundida, pero siguió hablando—: Pensé que estabas… Todos pensaron que estabas…

—Pues no lo estoy. Aún no, al menos. ¿Quiénes son estos idiotas?

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y de dónde…?

—Te seguí desde tu casa, con la bici. He estado sentado aquí en el patio, esperándote. ¿Quiénes son esos dos?

Niels Oxen repitió su pregunta y señaló con la cabeza hacia los dos hombres, que seguían retorciéndose en el suelo. Margrethe no sabía por dónde empezar ni cómo terminar, pero teniendo en cuenta el hecho de que acababa de presenciar lo imposible (es decir, la resurrección del veterano de guerra más condecorado de Dinamarca), aquellos dos idiotas eran lo que menos le importaba del mundo.

Se encogió de hombros.

—Ese de ahí es el jefe de una empresa de limpieza en la que trabajé hace poco. Una noche coincidimos en el mismo turno y se puso un poco pesado. No hace mucho de eso. Le di un cabezazo y lo dejé KO. Luego le cogí el monedero, me desconté el salario y me fui. Creo que eso le molestó. Qué cretino… Al otro no lo conozco. Supongo que será un amigo suyo.

El armario que atacó a Niels Oxen con el cuchillo se había puesto de pie y decidió marcharse, arrastrando los pies, hasta el camino de entrada. El brazo le colgaba, fláccido, junto al tronco.

—Lo dejo ir, ¿no? Supongo que no volverá a molestarte.

Margrethe asintió, y se acercó muy despacio hacia el fantasma. Primero un paso, luego otro. Ahora estaba muy cerca de él.

Todo era tan irreal. No solo el hecho de que estuviera allí, sino de

que apareciera justo en el momento en que más lo necesitaba. No tenía la menor duda de que, de no haber sido por él, aquellos dos desalmados habrían llevado a cabo su plan, sin piedad y con toda la violencia que hubiera sido necesaria. La idea de haberse salvado de una violación tan inminente le recorrió la espalda como un escalofrío.

Dio un paso más y lo abrazó. Lo apretó con todas sus fuerzas. Lo sostuvo entre sus brazos. Y notó que él se quedaba congelado por un instante hasta que, por fin, la rodeó con un brazo y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Hola —dijo entonces ella, soltándolo.

—Hola.

—Y gracias…

Niels Oxen le dedicó su sonrisa torcida.

—No he hecho gran cosa.

—Desde luego que sí. Y en el último segundo. Sin ti todo se habría puesto muy feo para mí. Feísimo. Así que gracias.

Ella le acarició suavemente su brazo, tal vez en parte para asegurarse de que Oxen no era un fantasma y no había perdido la cabeza entre tanto plato sucio y tanto trabajar.

—Acabas de decir que has estado esperándome. A mí. Aquí. ¿Por qué, Niels?

—No sabía si te estaban siguiendo. Por eso vine en secreto. Necesito tu ayuda.

Su antiguo jefe logró ponerse a cuatro patas. Ella cogió impulso y le dio una patada en la boca del estómago con todas sus fuerzas, de modo que inmediatamente se derrumbó de nuevo. Ella se inclinó sobre él y agarró el cuello de su chaqueta.

—Escúchame, bastardo. La próxima vez no tendrás tanta suerte, ¿me oyes? Así que no vuelvas a acercarte a mí nunca más. ¿Lo has entendido?

El tipo gimió.

—¡Digo que si lo has entendido!

—Sí, sí, lo he pillado…

—Entonces saca tu culo de aquí.

El tío se puso de pie y, tropezando varias veces, cruzó el patio trasero y fue hacia la entrada.

Margrethe se volvió hacia Niels Oxen.

—Has dicho que necesitas ayuda… ¿En qué puedo ayudarte yo? Está claro que no lo sabes, pero aquí han cambiado muchas cosas. De hecho, *todo* ha cambiado. Ya no trabajo en el CNI. En sentido estricto, no trabajo en ninguna parte. Trato de mantenerme a flote con pequeños empleos. Hoy he empezado como cajera en Netto, y hace

unas semanas que limpio aquí, en la cocina. ¿Así que ayuda con qué, Niels?

27

Margrethe Franck se mantuvo casi todo el tiempo en silencio mientras él le contaba cómo se las había arreglado para estar vivo y muerto a la vez. Estaba sentada sobre la secadora, con las piernas cruzadas.

Se hallaban en el sótano de su vivienda en Østerbro, donde estaban las lavadoras. Fue el primer lugar en el que pensó cuando él le preguntó dónde podrían hablar sin que los molestasen. El sótano era grande y tenía el suelo de hormigón. Tres tubos fluorescentes arrojaban su fría luz sobre una fila de lavadoras a un lado y una fila de secadoras al otro.

Él estaba sentado sobre una mesa que supuestamente se usaba para doblar la ropa. Habló en voz muy queda, pues estaban en mitad de la noche y en el edificio reinaba el silencio.

—De modo que tienes siete vidas…

—Me temo que pronto las habré gastado todas. ¿Y tú? ¿Mujer de la limpieza, cajera del Netto, lavaplatos? ¿Y lo de la bici?

Franck sonrió y lanzó un profundo suspiro.

—El Mini ya no está. En el patio tengo ahora un viejo Suzuki hecho polvo. Y me acabo de comprar la bici en el mercadillo. Esta es mi vida ahora mismo.

—¿El Danehof?

Ella asintió.

—Esa noche, cuando Villum Grund-Löwenberg permitió que Christian Sonne y yo nos marcháramos, dijo que pagaríamos por lo que habíamos hecho y que nos destruiría. Y ya ves, no fue un farol.

—¿Y qué hay de Sonne?

Ella se encogió de hombros. Su colega policía de Aarhus había sido arrastrado por la vorágine, solo por haber sacrificado parte de su tiempo libre para ayudar a su tío Axel Mossman.

—Mossman no pudo hacer nada por él. Lo despidieron. Solo lo llamé una vez. A mí también me despidieron…

—¿Y qué motivos dieron?

Oxen la miró con las cejas arqueadas.

—Ocultar información y colaborar con un sospechoso de asesinato que estaba siendo buscado a nivel nacional. Es decir, contigo. Lo cierto es que tardé muy poco en lograr otro trabajo superinteresante y muy bien pagado: empresa internacional de consultoría y seguridad. Protección de edificios, desalojos, situaciones con rehenes, análisis y cosas por el estilo. Me ofrecieron tres meses de prueba, pero me despidieron antes de acabar el primero. «Ajuste de plantilla por cuestiones económicas». Y un rábano. Alguien movió hilos; estoy segura.

—¿De modo que has estado bajo vigilancia desde lo de Gram?

—Pues no lo sé, la verdad. Nunca he notado que lo hicieran.

—¿Te han puesto micros?

—He registrado el apartamento varias veces con el detector, pero nada.

—Supongo que no te tienen vigilada todo el día. Eso sería demasiado complejo y costoso, incluso para el Danehof.

—Imagino que van haciendo revisiones periódicas. Lo mismo sucedió cuando conseguí un trabajo en el despacho de una empresa de seguridad. En esta ocasión me hablaron de «Problemas de cooperación». Tres semanas y listo. Y la historia se repitió con mi tercer trabajo como jefa de equipo en una pequeña compañía de seguridad. Allí estuve solo dos semanas. Por lo visto, solo me van a dejar mantener los empleos más simples. Tengo que esforzarme una barbaridad para ganarme el pan, y además la pierna limita mis opciones… Compré este apartamento cuando los precios estaban altísimos, y el Mini también fue caro. Tenía el mejor trabajo del mundo en el CNI. Jamás imaginé que podría caer tan bajo…

Franck levantó las manos con frustración y sacudió la cabeza.

Se quedaron en silencio por un momento. Se examinaron el uno al otro discretamente y buscaron las huellas que lo vivido había ido dejando en su piel.

La imagen de Margrethe Franck reflejaba sin lugar a duda su descenso. Su peinado rebelde y punk, el lápiz de labios y la actitud que se escondía bajo la chaqueta de cuero negro habían pasado a la historia.

Parecía imposible que la mujer que tenía ante sí, con la media melena descuidada y una cazadora de lino, hubiese llevado en algún momento una serpiente plateada en la oreja. Pero él lo había visto con sus propios ojos.

Había sufrido un cambio radical. La luz blanca de los fluorescentes

revelaba sin piedad los oscuros surcos que se marcaban bajo sus ojos hinchados y cansados.

—Lo siento, Franck. Es todo culpa mía. Yo te arrastré hasta aquí. Solo espero que algún día se cansen y te dejen en paz.

Franck se frotó la cara y sonrió.

—La verdad, Oxen… ¿por qué demonios tuviste que ir al bosque del Rold?, ¿eh?

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Cómo pinta el futuro? ¿Tienes planes?

—¿Futuro? Yo no tengo futuro. Mi vida, mis posibilidades… A veces imagino que la vida es una llama; ¿sabes a lo que me refiero? Si la llama se apaga, mueres. Fin. Está bien así. Pero mi llama no se ha apagado. Solo está congelada. Soy un fantasma, un muerto viviente. O al menos así me siento. He valorado la idea de irme al extranjero. Emigrar. Empezar de nuevo en algún lugar. ¿Me entiendes?

Él asintió lentamente. Tal vez no debería compartir con ella sus proyectos. Había subestimado la espiral en la que se había visto inmersa Margrethe en su intento de ayudarlo a desafiar al Danehof. Había esperado encontrarla como siempre y había calculado la posibilidad de tirar de sus contactos y pedirle que ejerciera de intermediaria, pero… la Franck que estaba sentada frente a él ya no era la mano derecha del jefe de inteligencia. Ella era…

—¿En qué podría ayudarte?

Tomó una decisión. Del bolsillo de su chaqueta sacó las dos fotos que había llevado a imprimir a una tienda de fotografía de Sønderborg.

—¿Quién es ese? —preguntó Franck, después de echar una rápida mirada a las fotos.

—Es el hombre que acabó con la vida del ministro de Justicia. El mismo que coordinó la operación para matarme. El que logró imputarme el asesinato de Johannes Fisk y se aseguró de que Sonne y tú fuerais descubiertos en el castillo de Gram. Un mercenario y antiguo miembro de las tropas SAS. Se hace llamar John Smith. No sé nada sobre él, pero tengo que encontrarlo. Tengo que probar mi inocencia.

—No podrás llegar hasta él sin llamar la atención del Danehof. Y si lo que quieres es demostrar tu inocencia, no te quedará más remedio que salir a la luz. Pero ambos sabemos que, si haces eso, eres hombre muerto.

—Trataré de protegerme lo mejor que pueda. No hay otro camino.

Franck parecía escéptica; su frente se había cubierto de profundas arrugas.

—No saldrás con vida de esta, Niels. Olvídalo todo y punto.

—Tú misma lo has dicho: la llama está congelada. Estoy vivo, pero no tengo vida. No puedo ver a Magnus. En cuanto me asome a la superficie darán paso a la cacería. No me queda otra elección.

—Yo ya no puedo ayudarte. Mírame, por el amor de Dios, me dedico a lavar platos en el maldito Copenhagen Blackbird, joder.

Se quedaron unos segundos callados, y luego ella continuó:

—¿Cómo has logrado avanzar tanto? Es decir… ¿cómo has logrado estas fotos?

—La noche de Gram logré quitarle el móvil a un tío del equipo de Smith y le envié todos los datos a Fritsen.

—¿Y qué pasa con el dueño del móvil? ¿No te preocupa que te busque?

—Está muerto.

Franck arqueó una ceja.

—Yo no lo maté. Él me atacó justo cuando iba a irme de su casa y se cayó por las escaleras. Se partió el cuello.

—¿Sabe Fritsen que estás vivo?

—Se lo han dicho hace muy poco. Envié a un amigo a su taller para recoger un USB. No pude ir en persona, porque seguro que lo tienen vigilado.

—Yo fui a visitarlo. Estaba muy afectado con toda tu historia…

Oxen se limitó a asentir.

—¿Sabes también que tu madre ha muerto, entonces?

—Sí.

—Lo siento.

—Ya sabes cómo… estaban las cosas. No teníamos una relación demasiado buena.

—¿Y las medallas? ¿Las tiene Fritsen todavía?

—Sí.

—Qué extraño es todo. No hace mucho estuve con él y hablamos sobre el momento y el modo en que entregaríamos a Magnus todas tus condecoraciones. Y yo sigo teniendo una mochila con dinero y la foto de tu hijo.

—Quédate con el dinero. Es tuyo. Tómalo como una especie de indemnización.

—Pero ¿qué dices? No quiero ninguna indemnización.

—Perdona, era una manera de hablar. Pero yo ya tengo dinero, y no lo necesito, así que…

—Gracias, pero no.

—La foto de Magnus, en cambio, sí me gustaría tenerla.

—Por supuesto. Pero la identificación de ese soldado a partir de

una sola foto… Lo que me pides… Yo ya no puedo ayudarte. Para estas cosas necesitas a alguien que tenga unos contactos buenísimos con Inglaterra, y a mí ya nadie me quiere en Søborg. Si alguien sueña con hacer carrera en el CNI, lo mejor que puede hacer es olvidar que existo.

—Lo entiendo, lo entiendo. Pero es que no sabía que las cosas se te habían torcido tanto.

Se calló. Había tratado de imaginar varios escenarios distintos. En realidad, solo había dos puentes sobre el río, y uno de ellos acababa de estallar en mil pedazos. Margrethe Franck era un ángel caído sobre la secadora. ¿Por dónde podría seguir? Algo inseguro, trató de abrir un nuevo camino.

—¿Y qué pasaría si…? Es decir… ¿Crees que podrías ponerte en contacto con Mossman? El dinero de la bolsa sería una especie de pago por ello.

—¿Con Mossman? Oh, claro, no te lo había dicho. Axel Mossman es tan *persona non grata* como yo. Y a ver si te enteras: no quiero tu dinero.

—*¿Persona non grata?* ¿Y eso?

—Ya no es el jefe. Lo echaron el mismo día que a mí. Es decir, la versión oficial es que se despidió voluntariamente, por motivos de salud. Y la ministra de Justicia, por supuesto, lamentó muchísimo su decisión.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y no has vuelto a oír o saber nada de él desde entonces?

—Nada en absoluto. Mossman no es el típico colega con el que sueles encontrarte en la calle. Pero he pensado muchas veces en él.

—No es que él y yo hayamos sido nunca muy buenos amigos, pero diría que ahora mismo es mi única posibilidad… ¿Crees que…?

—Quizá. Si hay alguien con la habilidad y los contactos necesarios como para abrirse camino en una investigación a partir de una única foto… ese es Big Mossman. Lo que no puedo saber es si estará, o no, preparado. —Franck se encogió de hombros. Parecía estar muy concentrada—. De hecho —añadió al cabo de unos segundos—, yo también me había preguntado si podría ayudarme a encontrar un trabajo en el extranjero. Quizá podamos pedirle una cita juntos y matar dos pájaros de un tiro. Cuesta hacerse a la idea de que es feliz siendo un simple jubilado.

—Intentémoslo, pues.

—Pero después tendrás que seguir solo, ¿eh? Mis necesidades están cubiertas. No quiero saber nada más del Danehof…

El ángel caído apoyó la barbilla en las rodillas.

28

Un paseante que quisiera disfrutar del templado aire primaveral, o que solo usara los jardines botánicos como atajo, no habría reparado en la pareja que estaba sentada en el banco.

Casi nadie habría reconocido a la mujer que se parapetaba tras unas grandes gafas de sol y cuya melena rubia caía suelta, excepcionalmente, en la medida en que se lo permitía su sombrero a cuadros de Burberry.

Era la ministra de Justicia de Dinamarca, Helene Kiss Hassing, y había concedido al hombre que tenía al lado más de media hora de su ajetreada tarde, aunque en realidad debía atender algunos asuntos privados urgentes.

Él, por su parte, no necesitaba camuflarse. Aunque el magistrado Per Eilertsen, a cargo de la corrupción y los delitos de guante blanco, era una personalidad influyente en los más altos círculos legales, su bien cuidado rostro resultaba completamente desconocido para el ciudadano medio.

Se había quitado la chaqueta de ante y estaba sentado con una camisa azul clara y la corbata algo suelta, disfrutando del sol. Su actitud relajada indicaba que la reunión informal estaba llegando a su fin. Al principio, el fiscal se había sentado muy al borde del banco y había gesticulado vigorosamente para subrayar la seriedad y complejidad de su petición.

Ahora sonreía. De pronto dijo algo y se encogió de hombros. La ministra se rio y sacudió ligeramente la cabeza ante su comentario. La pareja aún permaneció sentada unos minutos más, manteniendo lo que parecía ser una conversación amistosa, y luego ella miró su reloj y se puso de pie. Se dieron la mano y la ministra se alejó rápidamente mientras el magistrado se reclinaba en el respaldo del banco y cerraba los ojos.

Una buena conversación; sí, una muy buena conversación. Y una excelente primera impresión acerca de esa mujer sobre la que todo el

mundo opinaba tanto y tan rápidamente.

Entornó los ojos por el sol y vio la espalda de la ministra alejándose por el camino de grava hasta que, al poco, desapareció tras un gran arbusto de hoja perenne.

Su petición de mantener una conversación en terreno neutral había sido tan poco habitual como la inmediata confirmación de la ministra. Helene Kiss Hassing era una persona directa. Apenas se habían saludado cuando le preguntó por el motivo de su encuentro.

Él le había descrito brevemente la situación (que se habían metido en problemas por el asunto de los monopolios) y le había explicado los motivos. La ministra lo había sorprendido con su conocimiento detallado sobre el tema y no había tenido reparos en mostrarle su descontento; pero, sobre todo, había escuchado, pensado y sacado conclusiones nítidas durante su conversación en el banco.

Y después de que él enumerara aún otros casos prometedores en los que estaban trabajando, ella pareció calmarse un poco. Al final de su conversación habían hablado unos minutos sobre cosas privadas, como por ejemplo sobre los hijos. Él sintió que ambos estaban en la misma longitud de onda, por mucho que la base para esa suposición, por supuesto, fuera aún bastante fina.

Solo una inmensa minoría salía adelante en la vida sin una buena red de apoyo. Pero las redes eran una cosa, y las relaciones personales y cercanas, otra muy distinta. Valían su peso en oro.

Su intuición le decía que, si lograba ganarse su confianza, Helene Kiss Hassing sería una aliada fuerte y estable en este mundo político a menudo tan turbulento.

Ahora era el momento de mirar hacia delante, de hacer un último y enérgico esfuerzo contra viento y marea para hacer avanzar el juicio del monopolio sin perder de vista los otros casos que tenía sobre la mesa.

Llegado el momento, si le parecía oportuno, repetiría su estrategia de hoy, que tan exitosa había resultado, y volvería a ponerse en contacto directamente con la ministra.

29

El perro emergió de la oscuridad mucho antes que su dueño. Para cuando llegó a la luz de la farola, había pasado de ser un objeto negro e indefinido a convertirse en un golden retriever dorado que resoplaba con entusiasmo.

El can iba atado, pero la correa era tan larga que se perdía en algún lugar detrás de los arbustos, en la oscuridad, donde lógicamente también debía de hallarse su dueño.

Oxen echó un vistazo a su reloj. Eran las 22:35. Llevaba esperando justo media hora.

Habían llamado al timbre de la gran casa unifamiliar cerca de la avenida Lange-Müllers. Se hallaba en un callejón sin salida que daba al campo. La esposa les abrió la puerta y les indicó dónde podrían encontrar a su marido, que no era otro lugar que el camino que conducía al castillo de Kokkedal y avanzaba entre el bosque y el campo de golf. El edificio parecía de un blanco brillante al recortarse contra el cielo nocturno y sus muchas ventanas brillaban desde el interior como si hubieran salido de un cuento de hadas y hubieran sido cuidadosamente colocadas en la realidad.

La mujer les había dicho que había toda una red de senderos en torno al castillo y que estaba bastante segura de que su marido había tomado la ruta marcada en color rojo.

Así había sido, en efecto. Y menos mal. Ese era el perro correcto, y su dueño estaría a punto de aparecer en cualquier momento.

—Aquí viene, Niels…

Margrethe Franck le dio un codazo en el costado, y él se sobresaltó. Algo no cuadraba, algo era distinto a lo que había esperado.

El hombre que caminaba al otro lado de la correa del perro empezaba a verse cada vez con más claridad, pero sus movimientos eran mucho más rápidos que antes y sus pasos parecían mucho más enérgicos y determinados. Y su constitución también era más delgada

de lo que recordaba.

Entonces pasó bajo una farola y pudo verlo a la luz. Realmente había cambiado una barbaridad. Sus andares ya no eran tan lentos y oscilantes como si estuviera en la cubierta de un barco, y su aspecto se había vuelto sorprendentemente elegante. Aun así, no cabía la menor duda de que era él.

Axel Mossman, director del CNI durante varias décadas. «Big Mossman», aunque en realidad ya no tan «grande» como hacía un año.

Salieron de su escondite entre los árboles y llegaron al camino. Mossman se detuvo, desconcertado. El perro dio brincos a su alrededor, con curiosidad.

—¿Qué diablos…?

La voz de Mossman retumbó con su antigua fuerza, pero no alcanzó a decir más. Se quedó allí, clavado en el suelo, mirándolos.

—¿Sois…?

Su voz bajó unos decibelios.

—Sí somos, sí —respondió Franck—. Buenas noches, Mossman.

—Margrethe… y… pero… Oxen, *oh my God*… ¿No estabais…? Quiero decir… ¡Tú estabas… muerto!

Pocas veces en su vida se había expresado con tanta incoherencia. Pocas veces se había visto tan sorprendido, y eso que era un hombre para quien lidiar con lo inesperado y engañoso había formado parte de su cotidianidad durante la mayor parte de su vida.

—¿Muerto? Bueno, a ver…

Oxen se acercó y estrechó la mano de Axel Mossman, sin evitar preguntarse si el hecho de mostrarse amable con el asesino del Señor White podía considerarse una traición. Franck siguió su ejemplo.

—*Well*… ¿quién nos lo iba a decir cuando hemos salido a pasear esta noche, eh, Bonnie?

Mossman sonrió y estrechó las manos de ambos.

—¿Y a qué se debe el honor de esta visita en plena noche? Y ya puestos, si me lo permitís, ¿cómo es que aún te encuentras entre los vivos, soldado?

Oxen estudió el rostro de Big Mossman. Aunque había perdido mucho peso, seguía siendo alto y aún recordaba a un sabueso. Tal vez incluso más que antes, porque su piel estaba más arrugada. En cualquier caso, Mossman era un sabueso que parecía realmente complacido de verlos a ambos.

Oxen hizo una breve sinopsis de la tragedia en el barco y su rescate, y explicó al antiguo jefe del CNI cómo había llegado a la conclusión de que debía dejar de pensar en Haparanda y en huir eternamente.

—Una historia increíble, Oxen, y ciertamente apropiada para un hombre tan notable como tú.

¿No era ese el momento en que Margrethe Franck debía tomar el relevo de la conversación, según lo acordado? Pues se quedó en silencio. Sin embargo, justo cuando Oxen estaba a punto de presentar su caso a Mossman, lo interrumpió.

Niels Oxen había dudado. No solo al estrechar la mano de Mossman, sino también ahora, cuando quería ir al grano.

A esas alturas, ella lo conocía muy bien. Sabía lo desgarrado que estaba por dentro el veterano, no solo por el crimen de Mossman contra su perro, sino también porque desconfiaba de cada movimiento y palabra que saliera del CNI.

Todo podría echarse a perder en una fracción de segundo y terminar en una discusión, pero ahora nadie quería eso. Se requería diplomacia. Esa era su parte.

—Hemos venido a pedir su ayuda, Mossman. No sabíamos si lo tenían vigilado, y de ahí las horas. Su esposa me reconoció y nos dijo que estaba usted dando su habitual paseo vespertino. Fue ella quien nos indicó dónde encontrarlo. Nuestro coche está aparcado más arriba, en el castillo.

—No me vigila nadie. Lo he comprobado un millón de veces. ¿Qué iban a querer encontrar? Nada… ¿Quieres ayuda, dices, Margrethe? *Well*, me pregunto si hoy en día estoy en disposición de ayudar a nadie.

¿Qué había sido eso? ¿Una pizca de melancolía? ¿De amargura? ¿Y una mirada de arrepentimiento en sus ojos? ¿O solo estaba interpretando un papel?

Mossman había adelgazado una barbaridad. Nunca lo había visto así. La ropa le quedaba demasiado grande. Hasta la piel le quedaba demasiado grande. Pesaba al menos treinta o cuarenta kilos menos. Enfermedad. No podía explicarse de otro modo. Big Mossman estaba enfermo.

Ahora fue Oxen quien intervino, justo cuando los pensamientos empezaban a arremolinarse en su cabeza. No estaba segura de por qué pensó en el cáncer antes que en cualquier otra cosa. Quizá porque con el cáncer la gente perdía peso con rapidez.

—Necesito que alguien me ayude a identificar a un hombre en Inglaterra. Solo tengo dos fotos en las que aparece, y ningún nombre. Se trata del tipo que contrató el Danehof para eliminarme. Es un antiguo soldado del SAS.

—Y si lo encuentras, ¿qué harás?

Franck creyó intuir un cambio en la mirada de Mossman. Pero tal

vez solo estuviera viendo fantasmas. ¿Qué tipo de cáncer podría ser?

—Le obligaré a que me diga quién mató al viejo piscicultor —respondió Oxen—. Un testigo ya fallecido, un mercenario que participó en la misión, me dijo que se trataba de un danés. Solo quiero probar mi inocencia. Eso es todo.

Mossman rascó a su perro detrás de las orejas, pensativo. La mitad de su rostro quedaba a la luz; la otra mitad, a la sombra. Y de pronto volvió a ser el de siempre. Un viejo diablo siempre a punto para las maquinaciones. Definitivamente, era cáncer. O algo en el tracto gastrointestinal.

—En primer lugar, encontrar a ese hombre será difícil. Hay un montón de ingleses en esta profesión. En segundo lugar, hacer que cante también será difícil: nadie se presta a ello voluntariamente. Y, en tercer lugar, en cuanto lo tengas agarrado por el cuello, tú también pasarás a ser el centro de atención. Y entonces la caza empezará de nuevo. —Axel Mossman hizo una breve pausa, como para subrayar el mensaje, y luego continuó—: *Well*, la verdad es que todo esto suena a *loser's game*… Un hombre de tu calibre, Oxen, debería saber que este camino no conduce a ningún puerto.

El exsoldado se encogió de hombros.

—Pues no hay otro.

Margrethe miró a uno y a otro.

—Pero, Axel… —dijo. Usar su nombre de pila equivalía a arrodillarse—. ¿No podría al menos intentarlo? Nadie tiene tan buenos contactos en Inglaterra como usted… Podría mostrar las fotos a las personas adecuadas. Seguro que sabría hacerlo con la máxima discreción.

Mossman se volvió hacia ella. Ahora que su rostro se mostraba por completo a la luz, parecía de nuevo más triste que malvado.

—Me estás pidiendo que me encargue de que maten a tu amigo, ¿lo entiendes? —preguntó, con un suspiro.

—Conozco los riesgos —intervino Oxen—. Y estoy dispuesto a correrlos.

Axel Mossman negó con la cabeza suavemente y volvió a suspirar.

—De acuerdo. En realidad te lo debo, Oxen. ¡Pero solo con una condición!

Lo miraron con curiosidad.

—Si en algún momento tengo la más mínima impresión de que las cosas van en la dirección equivocada, o de que tenéis un objetivo oculto que va más allá de mi cometido… rescindiré mi promesa y dejaré a medias todo el asunto. Sin dar ninguna explicación. ¿Entendido?

Franck y Oxen asintieron con la cabeza.

—¿Las fotos?

Niels Oxen sacó las dos fotos del bolsillo de su chaqueta y se las entregó.

—De acuerdo. Gracias. Este es el tipo. Y aquí hay una memoria USB con varios vídeos. Yo creo que aparece en alguno de ellos, pero no estoy seguro del todo. No sé si las películas serán de utilidad o no.

Oxen parecía muy sereno. Si se alegró al ver tendida la mano de Mossman, no lo demostró.

Echó un vistazo rápido a las fotos que Oxen le había dado, y luego las deslizó en el bolsillo de su abrigo. Como era de esperar, aquella cara no le decía nada. En cuanto llamara a la puerta de sus antiguos colegas y amigos en Londres, empezaría un juego muy peligroso.

—Créeme, soldado —dijo, mirando a Oxen a los ojos—, no tienes por qué agradecerme *nada*.

El veterano de guerra no esquivó su mirada. Parecía tranquilo y distante. Quizá Niels Oxen nunca era mejor, nunca se sentía tan perfectamente equilibrado, como en los momentos en los que se preparaba para una nueva misión. Justo ahí, justo en ese instante, parecía imposible imaginarse al héroe de guerra despertando de sus pesadillas empapado en sudor y atormentado por recuerdos sangrientos.

Mossman se volvió entonces hacia su exsubordinada y antigua mano derecha. Había una razón por la que no la había reconocido de inmediato. De hecho, había varias razones. Su pelo. Su cara. Su ropa. Todo su aspecto. Esa mujer antes extraordinaria se veía ahora… extremadamente ordinaria.

—Y tú, Margrethe, ¿estás bien? Mi sobrino me dijo que te despidieron.

—Así es. Pero estoy bien. Me las apaño. ¿Y usted? ¿Cómo se encuentra? Ha… perdido peso.

Él consideró su siguiente paso. ¿Debería hacer trampa en aras de la simplicidad?

—*Well*, mi pérdida de peso salta a la vista, ¿verdad? Cuarenta y tres kilos, para ser exactos. Como menos y doy tres largos paseos diarios con mi Bonnie, lo cual me lleva a caminar varios kilómetros al día. No fue una decisión consciente. Solo estoy algo inquieto… Para ser honesto, odio estar jubilado.

—¿Y así mata el tiempo? ¿Paseando?

Estaba convencido de haber oído un punto de escepticismo.

—Así es, querida Margrethe. Seguro que el pobre perro se pondrá en huelga en algún momento. Vivo en un paréntesis. Por la mañana le

doy un beso de despedida a mi esposa y por la noche, uno de bienvenida, cuando vuelve a casa. Y en medio no pasa nada. El teléfono no suena. Nadie llama tampoco a la puerta. Nadie me necesita. Nadie recuerda que existo. Y eso que no hace ni un año que dirigía el servicio de inteligencia del país. Entonces todo el mundo quería hablar conmigo y el teléfono no paraba de sonar. Mi esposa piensa que estoy deprimido. Me recetó unas pastillas. Ella dice que la depresión es una reacción natural y que debo buscar ayuda médica. Pero yo me niego a tomar esas cosas del diablo. Aunque ella no lo sabe.

—Entonces… ¿no está enfermo?

La pregunta de Franck no parecía ir acompañada de un alivio perceptible. Desde el asunto de los perros ahorcados ambos se habían metido en la madriguera del otro en demasiadas ocasiones. La desconfianza entre ellos era como el agua: se filtraba entre las paredes y dejaba daños tras helarse cuando pasaba el invierno.

Había disfrutado trabajando con ella. Aunque había sido su superior, ella lo había hecho ser mejor. Lo había provocado. A veces lo había llevado al límite y otras se había pasado. Era, pues, justo lo que necesitaba un buen jefe.

Su aspecto actual, pálida, con el pelo castaño despeinado y con ropa de mala calidad, le hizo pensar en un pajarito exhausto que se hubiera caído del nido. Verla así le dolió.

La observó aún más atentamente y frunció el ceño. Para ganar tiempo.

De hecho, ella era la única subordinada en la que había pensado alguna vez desde que vació su escritorio. Su sobrino le había dicho que las fuerzas invisibles habían forzado su caída. ¿Era eso, quizá, lo que él había temido? ¿El resultado?

Él había creado a Margrethe Franck. Ella era la prueba viviente de que Mossman tenía mucho olfato para reconocer el potencial de las personas. Que dominaba su profesión. Nunca había dudado de Franck. Ni siquiera cuando se plantó frente a él en su oficina por primera vez, con su prótesis nueva y una confianza que parecía tan falsa como la pierna.

Franck fue uno de sus mayores éxitos. Él la instruyó. Y también había contribuido a destruirla. No había dejado más que ruinas tras de sí.

—¿Enfermo? No he estado enfermo desde mi neumonía en 2006. Solo estoy algo pensativo. Deambulo por mi pequeño mundo y me devano los sesos. No es una enfermedad. Si no estuviera pensativo y un poco triste, creo que sería una mala persona, Margrethe.

Cuestionarse a uno mismo siempre es importante. ¿Podría haber hecho algo diferente? ¿Podría haber evitado algo de lo que sucedió? —Levantó las manos con resignación y sacudió la cabeza—. He vivido muchas situaciones distintas a lo largo de los años. Algunas, sencillamente, nunca deberían salir a la luz. Siempre ha habido catástrofes, es inevitable. Pero aquello que pasó… Yo soy el único responsable del asesinato de mis dos ayudantes y del director del museo, Malte Bulbjerg. Y también de la esposa de Bulbjerg. Fue culpa mía. No de todos. Solo mía.

Margrethe y Oxen lo escuchaban con atención, sin quitarle la vista de encima. Oxen no decía nada, pero iba cambiando su peso de una pierna a la otra. Franck arrugaba la nariz. Verla en aquella tesitura era en cierto modo como poner un espejo frente a la propia consciencia.
¿Pastillas? Quizá la esposa de Mossman tuviera razón. Ella era médico. Seguro que sabía lo que funcionaba. Tuvo la sensación de que su otrora poderoso jefe se mostraba un poco ausente mientras la miraba con discreción. Querría haberle preguntado si veía alguna oportunidad para ella, por pequeña que fuera, para trabajar con alguno de sus amigos extranjeros. Querría haberle preguntado si podía echarle una mano. Pero ese no era en absoluto el Mossman que había esperado encontrar.

Y ahora le parecía absurdo pedirle que sopesara la posibilidad de introducirla en algún servicio de inteligencia.

Un silencio algo tenso se abrió paso entre ellos. El golden retriever tiró con impaciencia de la correa y Mossman se encogió de hombros con resignación.

¿Quizá ese fuera el nuevo orden mundial? Axel Mossman, el antes invulnerable maestro de la intriga, vivía en su pequeña burbuja personal de autocompasión. Junto a él, Niels Oxen, el soldado más condecorado de la nación, estaba atrapado en el limbo y vivía entre los vivos y los muertos. Y ella… ella pasaba los días con miedo a ser atacada.

—Humm… —Axel Mossman comenzó a ceder ante los tirones de la correa, y sonrió—. Me alegro de haberos visto, y celebro que sigas entre nosotros, Oxen, lo celebro de verdad.

Margrethe se despidió. Oxen se conformó con un apretón de manos silencioso.

—Y en cuanto a este de aquí… —Mossman dio unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta en el que se había guardado las fotos—. Haré cuanto pueda. Pero, mientras tanto, mantente a cubierto y no des ni un paso en falso, soldado.

Mossman les hizo un gesto con la cabeza y se alejó caminando. La

oscuridad, que se cernía como un anillo en torno a la farola, casi había absorbido al golden retriever.

Pero unos metros después, Mossman pareció reducir la velocidad. Luego tiró de la correa del perro, y finalmente se detuvo por completo y se dio la vuelta.

Los separaban veinte metros de silencio crepitante.

—Habría otra posibilidad… —exclamó el exdirector del servicio de inteligencia, y luego se quedó en silencio.

Se quedaron todos inmóviles.

Entonces la voz resonó de nuevo en la oscuridad:

—Podríamos recorrer el camino juntos. Mano a mano hasta la puerta del infierno…

30

En la pared colgaban mapas, fotos, pósits, listas impresas y notas escritas a mano.

Uno tenía la sensación de haber entrado en un mundo secreto, pero ¿quién, sino un exdirector de inteligencia, podría tener un mundo secreto?

Hacía unos minutos que estaban en el gran sótano de la casa de la familia de Axel Mossman, en Kokkedal. Oxen estaba sentado en silencio, en una silla, y miraba a su alrededor. Mossman había encendido la cafetera que estaba en una pequeña mesa de la esquina, y ahora estaba ocupado sacando algunos papeles de un archivador.

No se podía pasar por alto el cambio radical por el que había pasado su antiguo jefe durante el trayecto de la calle al sótano: la figura resignada de antes tenía de pronto una mirada francamente decidida.

Era posible que Mossman hubiera estado paseando a su perro hora tras hora, día tras día, semana tras semana… pero no cabía duda de que también había invertido su tiempo en algo más.

Cuando, en la oscuridad del parque, y con un agudo sentido del drama, les había hecho una oferta para ir juntos hasta la puerta del infierno, ellos no habían podido negarse. Habían accedido a acompañarlo y echar un vistazo a su sótano.

Igual que hicieran un poco antes, esa misma noche cuando llamaron al timbre de Mossman y hablaron con su esposa, estacionaron el coche unas calles más allá y anduvieron hasta el jardín de Mossman, donde este los recibió y los invitó a entrar por la puerta de la terraza. Era tarde y su esposa ya se había ido a dormir.

Condujo a Margrethe y a Oxen hasta el sótano, abrió una puerta de incendios y les mostró su taller.

—Aquí encontraréis un poco de todo. Parte de lo que se acumula tras una larga vida de servicio, más algún que otro material de alto secreto que decidí copiar y traerme a casa. Siempre he pensado que

sería prudente disponer de un pequeño archivo privado. Mi esposa nunca ha estado aquí y eso no va a cambiar. Es una especie de acuerdo tácito entre nosotros.

Así les había explicado la existencia de ese santuario, y luego se disculpó porque las paredes aún estaban cubiertas con el tapiz de yute de cuando compraron la casa; pero es que, según les dijo, era increíblemente práctico, porque podía usar toda la superficie como tablón de anuncios.

Ellos se limitaron a mantenerse en silencio, a la espera de que el gran jefe les presentara ese particular universo de investigación que se había abierto ante sus ojos. Y así fue.

—Bueno, ¿y por qué todo esto? —fue la pregunta retórica de Mossman, que él mismo se apresuró a responder con palabras cuidadosamente escogidas—. Por venganza, supongo. En su manifestación original, una fuerza que se halla en todos nosotros, ¿no es así? Un deseo de devolver el golpe. De pagar con la misma moneda. La venganza tiene dos polos. Uno negativo y otro positivo. Puede cegarte y nublarte el pensamiento racional, pero también puede ser una excelente motivación.

Mossman los miró a ambos, luego señaló su pared con las dos manos y continuó:

—¿Qué veis aquí? Una muestra de mi trabajo. Estoy en proceso de ordenarlo todo y acotar el campo de candidatos hasta identificar al jefe del Danehof. Parto de la base de que el líder supremo del Danehof del Este reside en una villa, una antigua mansión o un castillo, al igual que sus dos aliados: Karin «Kajsa» Corfitzen, en el castillo de Nørlund, al norte, y Villum Grund-Löwenberg en el castillo de Gram, al sur. El Danehof tiene sus raíces históricas en el centro de poder en la Edad Media, es decir, la nobleza. Así pues, tiene que haber un castillo. En nuestro caso, el término «Este» puede incluir Fionia y Selandia con sus distintas islas. Las marcas en este mapa muestran casas señoriales, haciendas y castillos. Me sorprendió ver cuántos hay en un país tan pequeño como el nuestro. Sesenta y cinco en Fionia y sus islas, ochenta y cinco en Selandia y treinta y cinco en Lolland-Falster y Møn. Un exhaustivo trabajo de investigación al que dedico mi tiempo cuando no estoy paseando a Bonnie.

Axel Mossman sonrió. Sobre sus párpados se habían acumulado las arrugas, y la piel de debajo de su barbilla también se había aflojado. Seguía siendo un hombre muy grande, pero allí, en ese sótano bien iluminado, la pérdida de peso se notaba más claramente que afuera, en la oscuridad.

—¿Cuáles son sus criterios de exclusión? —preguntó Oxen, sin

apartar los ojos de la pared.

—En una primera vuelta, los dueños. Algunas de las fincas son propiedad de municipios o regiones; otras son administradas por fundaciones. Tomemos, por ejemplo, Corselitze, en Falster, y Fuglsang, en Lolland. Ambas pertenecen a un fideicomiso de caridad que tiene más de doscientos años. Así pues, las excluyo inmediatamente. No me interesan. Busco dueños reales con una gran personalidad.

Margrethe miró a Oxen, que seguía observando el mapa mientras se hacía a la idea de la explicación de Mossman.

—De modo que empezó con 185 objetivos, si no he contado mal… Ante ese número, la personalidad de los propietarios no es un criterio suficiente para reducir el círculo, ¿no?

—Por supuesto que no, soldado. En la segunda ronda de eliminación, me concentro en la gestión. Y elimino todos aquellos cuyo negocio principal esté en el área de servicios y turismo. Es decir: salas de conferencias, hoteles, restaurantes, museos, parques de atracciones e instalaciones similares que estén abiertas al público. Cosas como esas no encajan con el perfil que he elaborado para el Danehof del Este. Creo que…

—¿Por qué no?

Mossman respondió con un asentimiento de cabeza.

—*Well*, porque todos estos modelos de negocios fueron diseñados para ayudar a los propietarios a salir de las dificultades económicas y asegurar su supervivencia. Y aparte de su enorme influencia, el jefe del Danehof del Este tiene sin duda un gran poder económico y administra los medios con los que se financian los asuntos de la organización. No puede ser un portero de hotel durante el día y un señor de la oscuridad durante la noche, mientras los huéspedes duermen. Por eso, Margrethe.

—Aun así, hay que reducir todavía mucho para bajar de 185 hasta un número manejable… —Oxen miró a Mossman con escepticismo.

—En este momento estoy en proceso de clasificarlos según un tercer criterio: la personalidad del propietario. Antecedentes familiares, infancia, educación y red de contactos… Además, que sea lugar de residencia. Hay realmente un gran número de castillos que no están habitados por sus dueños. Yo presupongo que nuestro hombre, como Villum Grund-Löwenberg, vive allí al menos parte del tiempo… Aunque una residencia permanente se adecuaría mejor al perfil y la continuidad requerida para la administración del Danehof. En esta tercera ronda están cayendo muchos, pero aún me queda un largo camino por recorrer, Oxen.

—¿Cuántos le quedan? —preguntó Margrethe.

—Ya han caído un poco más de la mitad, pero no hace mucho que me he puesto con la tercera ronda.

—Aunque acabase reduciendo la lista a cuarenta o cincuenta posibles mansiones, siguen siendo demasiadas, ¿no? —señaló Oxen.

—Cabría hacer entonces una cuarta ronda, pero me temo que aún no he llegado tan lejos. Me gustaría comparar los candidatos restantes con los datos que disponemos del *think tank* Consilium. Lo más probable es que nuestro hombre aparezca en las listas de invitados de sus eventos, celebraciones, foros de discusión y grupos de trabajo. Solo hay que buscar las conexiones.

—Pero —objetó Franck— seguro que son muchos los que aparecen en esas listas, ¿no? La influencia atrae a la influencia.

Mossman asintió.

—Por supuesto, solo al final del proceso tendremos un número de posibles candidatos manejable. Aunque, por el momento, debo admitir que no tengo ni idea de cómo acceder al Consilium. Para eso solía tener gente que me ayudaba.

Miró a Oxen de soslayo. Se habían formado profundos surcos en su frente. Al igual que Margrethe, trataba de evaluar el enfoque de Mossman mientras su antiguo jefe se sentaba y les daba tiempo para pensar.

—Al principio os dije que la venganza era el motor de todo esto… —dijo Mossman, rompiendo el silencio—. Pero quizá no sea la palabra adecuada. Para ser honesto, también debería agregar la vanidad. ¿Veis esas cajas de mudanza de allí? —Mossman señaló con la cabeza dos grandes cajas de cartón, repletas hasta arriba de carpetas, mitad blancas, mitad negras—. Los dos estáis al corriente del caso Ryttinger, pero… ¿recordáis también cuando os hablé de la esposa del socialdemócrata Gunnar Gregersen?

Ellos asintieron. Ambos casos seguían sin resolver. El asesinato de Ryttinger se remontaba a los primeros días de Mossman en el Departamento de Investigación Criminal.

Ryttinger había sido el abuelo del director del museo, Malte Bulbjerg. Hacía veintisiete años, el anciano hombre de negocios había escrito la palabra «Danehof» en el suelo con su propia sangre, tras ser disparado a quemarropa. Después de ese asesinato, toda la familia fue siendo aniquilada lentamente. Los últimos en desaparecer fueron Malte Bulbjerg y su esposa. Por el momento la única superviviente era una hija de Ryttinger que vivía en Odder. Se llamaba Benedicte Bjørk, y Margrethe la había visitado durante sus investigaciones el año pasado. De hecho, ellos tres no estarían sentados en el sótano de Mossman en ese momento de no haber tenido lugar el asesinato de

Ryttinger. Todo estaba conectado. Y, sin embargo, faltaba contexto.

Gregersen había sido un destacado talento político… así como un sujeto maniacodepresivo. Se había suicidado. Aparentemente, su esposa también.

—¿Gregersen? Había algo con un sobre, ¿no? —Margrethe miró interrogativamente a Mossman. No recordaba los detalles.

—Exacto. Una tarde me llamó su viuda, desconsolada y bastante borracha. Eso fue hace trece años… En ese momento yo ya era jefe del CNI. La mujer había encontrado un sobre que le había dejado su marido. En él aparecía mi nombre. Lo había abierto y había encontrado ciertos documentos sobre algo que se llamaba Danehof del Este. Salí corriendo hacia Valby como un loco, pero cuando llegué allí la viuda ya se había tirado por la ventana. Su piso estaba en la quinta planta. Y no encontramos el sobre por ninguna parte…

Mossman señaló de nuevo hacia las cajas de mudanza.

—Las carpetas blancas son sobre Gregersen y su esposa. Las negras, sobre Ryttinger. Todo este asunto me está carcomiendo. Me colocan un localizador de GPS para que pueda ubicarlos en el camino correcto sin sospechar nada y traicionar a mi propia gente. Me humillan y me hacen sentir culpable por el resto de mis días. *Dammit*… El Danehof deberá arder antes de que yo esté listo para cruzar el Estigia.

Mossman apretó los puños, y los nudillos se le pusieron blancos. Margrethe se había dejado engañar por la pérdida de peso. Pensó que no se encontraba bien. Sin embargo, Big Mossman solo estaba preparándose para el contraataque, aquí, en aquella pequeña y tranquila habitación. Sintió un escalofrío. Todavía le daba miedo. Seguía siendo la niña al otro lado del tablero de ajedrez, mirando al gran maestro con asombro.

Dejó que su mirada vagara por el mapa con numerosas cruces rojas de un lado a otro, luego a Mossman y luego a Margrethe Franck, que parecía perdida en sus pensamientos.

En el parque, bajo la farola, se había equivocado. Tenía la impresión de que estaban hablando con alguien que se enfrentaba a la derrota y trataba de vivir con ella en paz.

Pero nada más lejos de la realidad.

Sucedía que, por supuesto, ese corpulento fardo de energía, sentado a su lado en una vieja silla y siempre provocando en él la molesta sensación de ser intelectualmente inferior, estaba jugando un doble juego.

De puertas afuera, paseaba a su perro y a su depresión y se tragaba obedientemente las pastillas que le recetaba su mujer.

En secreto, no obstante, se sumergía en sus investigaciones y

buscaba el angosto camino que conducía hasta las puertas del infierno.

Habían pisoteado su ego. Su salida de la escena pública había sido solo una humillación más entre otras muchas: el anuncio de una mala salud, en lugar del retiro honorable que él mismo había planeado.

Precisamente las fuerzas secretas de esa democracia que Mossman había defendido durante años a capa y espada habían sido las encargadas de destruir su legado. En su mente había imaginado un monumento, pero lo cierto es que no tenía nada más que polvo en sus manos. Y precisamente por eso, Axel Mossman era más peligroso que nunca.

—¿Y qué hará cuando haya identificado la residencia del Este? ¿Qué sucederá? —Oxen miró a los ojos al exdirector del CNI y continuó—: Ya conocemos el Norte y el Sur, pero, aun así, no podemos llegar a ellos. ¿Qué le hace estar tan seguro de que el Este será diferente? Y más teniendo en cuenta que ahí está el director ejecutivo.

—No puedo presentaros un plan detallado, eso es cierto. Solo lograré desarrollarlo cuando sepa quién es mi oponente. Pero sí puedo decirte una cosa, Oxen: tenemos que apuntar a la cabeza de la serpiente. No estoy haciendo retórica, ¿me entiendes? Nosotros empezamos por la cola, y mira dónde estamos ahora.

Margrethe Franck parecía seguir sumida en sus pensamientos. Una reacción nada propia de ella, dadas las circunstancias.

—Bueno —dijo Oxen—. El caso es que ahora estamos aquí, nos ha puesto al corriente de su investigación y nos sugiere que avancemos juntos, ¿no es eso?

—Correcto. Si trabajamos en equipo, seremos más fuertes. Podemos ayudarnos mutuamente con la investigación y la criba. Y, sobre todo, podemos discutir nuestros resultados, desafiarnos unos a otros y ver las cosas desde nuevas perspectivas. Cada investigación parte de diferentes perspectivas. Eso es lo que Franck y yo dominamos. Y tú serás nuestro hombre en el terreno, Oxen. Nuestro *Black Knight in Shining Armour*, resucitado de entre los muertos.

A pesar de su dramática elección de palabras, Axel Mossman se mantuvo impertérrito. Oxen ya estaba familiarizado con esa particular entonación y ese toque anglófono. El hombre siempre hablaba así.

—Naciste en Glumsø, ¿verdad, Oxen?

Él asintió. El dato era cierto, aunque no tenía ni idea de dónde lo había sacado Mossman.

—Pero no vivimos allí mucho tiempo.

—No importa. Sigue estando bajo el paraguas del Danehof del Este. Sé por Bulbjerg que el Danehof controla a las personas según su lugar

de nacimiento. El día que saquemos a la luz los archivos del Este… podrás leer algunas cosas buenas sobre ti, soldado.

No respondió, pensando si Mossman podría tener razón. Probablemente encontraría allí respuestas a muchas de sus preguntas. Descubriría quién era realmente el mercenario John Smith y cómo el Danehof se puso en contacto con él. Tenía que haber una descripción general de las rutas y procesos de comando en alguna parte.

—Yo estoy interesado, sobre todo, en los archivos del Norte, el Sur y el Este —continuó Mossman—, pero para encontrarlos primero tenemos que dar con el hombre que está en el centro de todo. En estos tres archivos está todo lo necesario para demostrar que lo que otros creen que es paranoia y quimera resulta que es la pura realidad. Todo lo que necesitamos para ir a juicio está ahí. ¿Qué decís, pues? ¿He sido lo suficientemente convincente? ¿Queréis que avancemos juntos?

El silencio en el sótano era casi ensordecedor. Axel Mossman miró alternativamente a Franck y a Oxen, cruzó sus grandes manos sobre las rodillas y esperó.

Había dos opciones. Oxen se tomó tiempo suficiente para considerarlas. Trató de imaginar y desarrollar los distintos escenarios: 1. Seguía solo y tenía que esperar una respuesta afirmativa respecto a las fotos de John Smith. 2. Aceptaba la sugerencia de Mossman y aumentaba sus posibilidades al ampliar el enfoque.

Solo. O juntos. Si seguía solo, podía manejar el asunto a su conveniencia. Aliarse con Mossman era como hacer un pacto con el diablo. Pero ¿no era eso inevitable a veces? ¿No hacía falta un demonio para atrapar a un demonio? Sabía la respuesta.

—Cuente conmigo.

Mossman lo miró a los ojos y asintió con satisfacción.

—Pero con una condición —añadió Oxen.

Mossman enarcó una ceja.

—¿Sí?

—Que se encargue de las fotografías de John Smith, según lo acordado.

—Por supuesto… aunque me gustaría señalar que eso conlleva ciertos riesgos. Pero ten por seguro que iré a Londres lo antes posible.

Mossman asintió y miró a su antigua mano derecha. Seguía con expresión ausente. Aquella noche, en la lavandería, había dejado claro a Oxen que no quería volver a tener nada que ver con el Danehof. Nunca más. Ahora se quitó lentamente el reloj y jugueteó con él. Le dio la vuelta y miró la parte de atrás.

—¿Margrethe?

Mossman hizo un intento cauteloso de llamar su atención.

—¿Margrethe?

Y otro más.

Ella seguía allí, con su posesión más preciada en la mano, y no le quitó los ojos de encima ni siquiera cuando contestó después de una eternidad.

—Me apunto… —susurró—. Por supuesto que me apunto…

El rostro de Mossman se iluminó.

—Entiendo perfectamente tus reparos. Puedo adivinar el alto precio que has tenido que pagar. Pero es la decisión correcta, Margrethe. Una persona como tú no puede darse la vuelta y vivir con eso, sin más. Te prometo que los destruiremos.

Franck siguió sentada, reloj en mano, y con profundas arrugas en la frente.

—Pero ¿cómo? —preguntó ella—. Puede que aún nos sigan. No tenemos ni idea de lo que está pasando a nuestras espaldas. No tenemos ni un ápice de libertad. ¿Cómo se supone que vamos a investigar nada si apenas podemos movernos?

—Ya, pero esas son las condiciones. Así están las cosas. Será una prueba de paciencia. Puede que tardemos meses en filtrar y reducir el material lo suficiente como para enfocar nuestras energías en un área en particular, pero tendremos que vivir con eso.

Franck suspiró.

—Sí… pero yo trabajo en el Netto durante el día y friego platos en un hotel por la noche. No puedo renunciar a ninguno de los sueldos, *esa* es mi situación actual. No dispongo ni de una hora libre al día para invertir en esta investigación. Necesito el dinero para pagar mis facturas. O tengo que vender mi piso, probablemente con pérdidas, y mudarme, aunque no sé adónde.

Mossman se quedó francamente sorprendido al ver lo mal que le habían ido las cosas a Franck.

—Cada vez que conseguía un buen trabajo, me despedían inmediatamente —le dijo ella.

Mossman se frotó la barbilla y se tomó su tiempo.

—Yo tengo dinero —dijo, finalmente—. Ahorros. Puedo mantenerte a flote mientras trabajamos.

—No puedo aceptar eso.

—Si no estás descansada, no podrás investigar como corresponde. Necesitas poder descansar de vez en cuando. Di que sí, por favor.

Franck pareció sopesar las cosas. Ya había rechazado la oferta de Oxen de ayudarla.

—Tiene razón. Estoy de acuerdo. Y me ahorro el lavado de platos. Pero en cuanto acabemos con la investigación, le devolveré todo el

dinero. A no ser que muera antes, claro. En ese caso, me temo que lo perderá todo.

—*Well*, acepto. Y tú, Oxen, ¿tienes fondos suficientes?

Él asintió.

—¿Y también tienes alojamiento?

No podía aprovecharse de la hospitalidad del Pastor por mucho más tiempo.

—Dispongo de una habitación para una o dos semanas más, pero luego se acabó.

—Buscaré una solución —dijo Axel Mossman—. Pero antes de dar por acabada esta reunión, permitidme resumir brevemente nuestro enfoque.

Volvía a salir a la luz el exdirector del servicio secreto. Estaba a punto de hablar cuando Franck se le adelantó:

—¿Y qué pasa con Sonne?

Mossman hizo una mueca.

—Yo creo que mi querido sobrino ya ha tenido suficiente… Nos iría muy bien contar con su ayuda y también puedo intentar subirlo a bordo, pero me temo que sé la respuesta de antemano. No es fácil para él. *Tampoco* es fácil para él —se corrigió Mossman enseguida, asintiendo en dirección a Franck—. Definamos las tareas de cada uno antes de despedirnos, por favor. Todo está en formato electrónico. Incluso los casos antiguos. Lo escaneé todo. ¿Las normas de contacto? El mínimo posible, y solo a través de teléfonos móviles con tarjeta de prepago, no os despistéis. Tú, Margrethe, lavarás los platos unos días más antes de renunciar y, por lo demás, te comportarás exactamente como antes.

—Me gustaría tratar de convencer a Sonne —insistió.

Mossman asintió.

—Está bien, pregúntaselo. Ah, y hay algo que debo saber: ¿aún guardas ese vídeo que hiciste el año pasado desde el tejado con tu móvil? ¿Ese en el que salían Kajsa Corfitzen y Villum Grund-Löwenberg en un… momento… íntimo?

—Por supuesto. Hice varias copias que conservo en distintos lugares.

—Bien. Me parece más que probable que en algún momento la película adquiera un gran valor. Los rusos solían ser maestros en este tema. Y también en el de la puesta en escena de situaciones comprometedoras, por cierto. De modo que… el hecho de que ambos nos ganaran la última vez no significa que se hayan librado de nosotros. Solo necesito un poco de tiempo para descubrir la mejor manera de abordar este tema. Tráeme una de las copias cuando

puedas.

Mossman entornó los ojos. Parecía estar recreando ya varios escenarios en su cabeza. De pronto pareció recordar que estaban a punto de repasar el plan juntos.

—Tu principal ocupación, Oxen —dijo el antiguo jefe del CNI, poniendo una mano sobre su hombro—, consistirá, principalmente, en seguir muerto. Y yo seguiré paseando a mi perro. Volveremos a vernos dentro de quince días para informar de nuestros avances. Aquí en el sótano, a las diez de la noche. Gracias. Muchas gracias.

31

La mujer que se bajó del taxi frente al edificio del club náutico en Tuborg Havn vestía un elegante traje pantalón negro y una blusa de color crema. Su cabello oscuro estaba recogido en la parte posterior de la cabeza con un broche de plata.

Había pagado al conductor en efectivo y le había dejado una generosa propina, agradecida de que hubiera mantenido la boca cerrada y la hubiera llevado al otro lado de la ciudad de forma segura y rápida.

Se quedó quieta en la acera, junto a su maleta de ruedas, y esperó a que el taxi diera la vuelta y se alejara del glamuroso distrito portuario.

Era casi medianoche. La Brasserie, ubicada en el elegante club de propietarios de yates, había cerrado hacía mucho. El llamativo edificio había sido diseñado en un intento de reproducir una versión moderna del Pabellón Langelinie, en el que antes había estado ubicado el club náutico.

La mujer había llegado a Copenhague en el último vuelo desde Heathrow. En el brazo izquierdo llevaba una gabardina de color claro. Se volvió y alzó la mirada hacia el ático del edificio que tenía delante. El enorme ventanal, que cubría desde el suelo al techo, estaba iluminado, como el puente de un barco en la oscuridad.

Avanzó lentamente hacia la entrada del edificio, con paso firme a pesar de los tacones altos y la acera pavimentada con adoquines.
Como había dormido un poco en el avión, se sentía aún con energía, y eso que había tenido un día ajetreado con varias reuniones de negocios en Londres.

En la línea superior del panel del interfono podía leerse V. GRUND-LÖWENBERG. Sintió una oleada de calor en el estómago, igual que en el avión, cuando se quedó dormida y soñó con él.

Llamó al timbre.

—Soy yo —respondió después de que una voz dijera: «¿Sí?».

Un clic rápido y empujó la puerta para abrirla. El trayecto en ascensor solo duró unos segundos, pero le pareció una eternidad.

La puerta del apartamento estaba entreabierta. Caminó con naturalidad por el pasillo, dejó la maleta y estaba colgando su abrigo en una percha cuando Villum apareció en la puerta del salón.

—Kajsa, cariño —dijo, sonriendo.

La atrajo hacia él y ella lo besó. Un beso íntimo y codicioso. Ella fue empujándolo hacia atrás, hacia el sofá de cuero blanco. Siempre en el sofá de cuero blanco. Siempre allí para empezar. Solo de pensarlo…

—Mira…

Kajsa ya se había quitado las bragas rojas en el baño del avión. Ahora las sacó de su bolsillo y le acarició la mejilla con ellas mientras le desabrochaba los pantalones y le bajaba la cremallera con la otra mano.

Solo unos pasos más y habrían llegado. Él también le desabrochó los pantalones. La tela suave se deslizó por sus piernas y se quedó arrugada en torno a sus tacones. Ella lo agarró de la camisa y lo empujó con fuerza hacia atrás, tirándolo en el sofá.

Por el rabillo del ojo vio que él había preparado algo para beber en la mesita que quedaba al lado. Como siempre. Solo había dos opciones: champán o *gin-tonic*, con un buen chorrito de zumo de lima. En esta ocasión había optado por el *gin-tonic*. Ella se sentó a horcajadas sobre su regazo.

Había preparado dos platos con caviar ruso, gambas, limón y un poco de pan y los había metido en la nevera.

Ahora estaba sentado en un extremo del sofá de cuero blanco, mordisqueando la última gamba. Se había puesto un albornoz de seda. Ella estaba desnuda, sentada en el otro extremo, sosteniendo una copa de vino blanco y con el plato apoyado sobre sus suaves muslos.

Estos pequeños paréntesis con ella eran sencillamente extraordinarios. Él sabía que su relación había cambiado. Habían pasado del sexo puro y excitante (el mero hecho de pensar en ello le daba una energía inesperada para todo el día, aunque al mismo tiempo podía paralizarlo por completo) a un sentimiento más profundo de conexión. Un sentimiento que no era predecible, por mucho que hubieran ido juntos a clase desde pequeños y su educación se basara en las mismas creencias.

Karin «Kajsa» Corfitzen fue la primera mujer que le hizo sentir que no lo tenía todo bajo control.

Ahora mismo sostenía su copa de vino de tal modo que agrandaba la imagen de su pezón, que se ajustaba seductoramente a la forma de

la copa. Volverían a hacerlo antes de separarse en el aeropuerto, mañana por la mañana. Él volvería a Zúrich; ella, primero al castillo de Nørlund y luego regresaría a Londres.

Sus destinos estaban tan preparados como sus encuentros. Hacían el amor en el sofá y después se sentaban uno frente al otro y discutían del bien y del mal y del sexo de los ángeles.

Los dedos de sus pies se rozaban en el centro del sofá. Mañana volverían a separarse y pasarían lejos bastante tiempo. Solo la idea de la siguiente reunión reavivaría las brasas.

—Hoy me he acercado un paso más a Janet Yellen —dijo tomando una cucharadita de caviar.

Él arqueó las cejas.

—¿Humm?

—Hemos organizado un *global economic lunch-update* en la ciudad para algunos de los empleados del Banco de Inglaterra, que han traído consigo a algunos invitados y colegas estadounidenses. La directora de la delegación estadounidense era una de las más estrechas colaboradoras de Yellen. Aproveché la oportunidad y empecé a avanzar trabajo.

—Eso sería una primicia, Kajsa, una primicia total.

—Con este informe, el Consilium aparecería en los medios de comunicación de todo el mundo: «La presidenta de la FED, Janet Yellen, habla en el Hotel d'Angleterre de Copenhague, invitada por el *think tank* danés, más conocido como Consilium». Saldríamos en la CNN, la BBC… Sería un bombazo.

De hecho, eso acercaría más que nunca el *think tank* y la superestructura intelectual de su organización centenaria a la opinión pública.

El Consilium, que Kajsa Corfitzen había heredado de su predecesor, su padre, había sido capaz de representar a la élite danesa durante mucho tiempo y con verdadero talento en el Hotel d'Angleterre, pero la mayoría de los oradores ya habían dejado el cargo hacía mucho tiempo o ya no tenían ninguna influencia. Janet Yellen, en cambio, presidenta de la Reserva Federal, estaba en la cúspide de su poder. Con solo abrir la boca —o cerrarla— podía hacer tambalear los precios de las acciones de todo el mundo.

—¿Cuán cerca estás?

Ella hizo una mueca.

—Cerca, aunque aún no lo suficiente. Dejaré que la petición se asiente un poco y volveré a intentarlo en unas semanas.

Él asintió. Por un momento se quedaron en silencio. Villum dejó su plato vacío en el suelo y ella se recostó en los cojines, cerró los ojos y

escuchó el *Rondeau Brillant* para piano y violín de Schubert.

—Me muero de ganas de tener la tercera reunión —dijo sin abrir los ojos—. ¿Se ha puesto en contacto contigo?

Él sacudió la cabeza.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? No veo ningún motivo para una reunión no programada. Hildmand, ese idiota, era con suerte la última piedra que nos quedaba por despejar. A Niels Oxen y a su gente ya los enviamos a la tumba o los dejamos fuera de combate hace más de un año. Estoy firmemente convencido de que nos esperan tiempos más tranquilos —dijo.

—Qué desperdicio… —afirmó ella abriendo los ojos.

—¿A qué te refieres?

—A Oxen. Era un tipo realmente… extraordinario. ¿Cómo se dice? De muy buena pasta, ¿no?

—No es la primera vez que me lo mencionas. ¿Tendría que ponerme celoso si estuviera vivo?

Se rio brevemente y luego le dedicó una sonrisa. El sentimiento era irracional, pero le sobrevino con un poder casi infantil. Niels Oxen había sido como un árbol de Navidad ostentosamente decorado para ser exhibido en fechas señaladas. Pero, más allá de eso, era demasiado impredecible como para serles de alguna utilidad.

—Tú juegas en otra liga, Villum. Pero sí que tenéis… teníais… algunas cosas en común.

—Pero si ni siquiera lo conocías. Por el amor de Dios, Kajsa… El hombre tenía una enfermedad mental y, por lo que oí, mostraba rasgos de psicopatía.

—Eso me parece una exageración, pero da igual, dejémoslo. ¿Crees que el Este nos hará algunas concesiones en nuestra próxima reunión?

—Aunque ambos sabemos que vive demasiado anclado en el pasado, es un hombre muy listo. Estoy seguro de que reflexionará sobre nuestras críticas y tal vez lleguemos a un consenso. Los tres estamos indisolublemente unidos, y él lo sabe. Norte, Sur y Este. Sin acuerdo no hay mandato. ¿Más vino?

Ella le acercó la copa y él se la rellenó. Schubert llenó armoniosamente la diáfana estancia cuya única cortina era la oscuridad al otro lado de las ventanas.

—Nos parecemos tanto, tú y yo. ¡Salud, querido! —dijo levantando su copa.

—¿Espiritualmente o en general?

—En muchas cosas. Y no solo porque ambos llevamos a nuestros hombros un legado, ¿eh? Tú te has hecho cargo del castillo de Gram. Yo, de Nørlund. ¿Hemos demostrado ser dignos de algo así? Pues no,

todavía no. *Esa* es nuestra tarea: asumir nuestro legado y hacer realidad las visiones que le vienen asociadas. Tenemos el deber de asumir esta lucha de poder con el Este por el bien del Danehof y conducir a la organización a una nueva era. Lo más fácil sería dejarlo todo como está. Pero si nos callamos, no seremos dignos merecedores de nuestra herencia. Así que no importa cómo vaya la próxima reunión: tenemos que seguir adelante, Villum.

—Pues claro que seguiremos adelante. Ya solo los costes de las pensiones acabarán por asfixiarnos algún día.

—Cuando ya hayamos afrontado los cambios prácticos, discutiremos sobre los valores. Nuestra base ha quedado completamente anticuada.

Él pensó que ella tenía razón. En casi todos los puntos. Lo de los valores también lo había mencionado antes. Con el tiempo habían ido profundizando más y más en ese tipo de preguntas. Se habían puesto a prueba el uno al otro, bajo la tutela de su pasión.

—Tú piensa en todo ese asunto del comandante en jefe. Tardó años en prepararse. Un simple cálculo de costes-beneficios habría mostrado de inmediato que estábamos tirando por la ventana demasiado dinero y energía. Liderar el Ejército danés ya no tiene ninguna relevancia para nosotros. Cero. El hombre es solo un títere que cumple las órdenes del Gobierno. Pero el Este está tan orgulloso de haber logrado hacerse con ese cargo que ni siquiera se ha parado a pensar en lo costosa que fue la maniobra.

Lo del comandante en jefe era otro de los temas de los que ella solía quejarse, pero aún no había expresado su opinión al respecto en una reunión. Como le había explicado en privado en una ocasión, solo se contenía porque el asunto ya había concluido mucho antes de que ambos se sumaran a la mesa de diálogo. Cualquier objeción habría sido en vano… y, además, adoptar de inmediato una línea demasiado dura no habría sido nada propicio para una futura cooperación.

—La organización necesita severos recortes. Hemos dado el primer paso, y ya veremos cómo seguimos. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Nørlund?

Ella se encogió de hombros.

—Tengo una semana libre. Así que cinco, seis días, creo. Tengo que revisar todo el funcionamiento y hacerme una idea del estado general. Me falta un hombre de confianza al que encargarle los asuntos diarios. ¿Te interesaría?

—¿Castillos y solteras de más de cuarenta? No, no, demasiado peligroso para mí.

Ella sonrió ante su comentario, y luego se puso seria de nuevo.

—Para ser honesta, llevo un tiempo pensando en cambiar Londres por el bosque del Rold y Nørlund para siempre. Podría ocuparme mucho mejor de los asuntos del castillo, el Consilium, el Danehof y…

—¿Yo?

Villum trató de entrelazar los dedos de sus pies con los de ella.

—Tú nunca estás en casa. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Zúrich?

—Cinco días. Pasado mañana tenemos una reunión estratégica y al día siguiente la reunión de la junta. —Sacudió la cabeza suavemente y luego, vacilante, continuó—: A veces me descubro pensando que…

Ella lo miró con curiosidad.

—… que ya no tendría una empresa si la dirigiera como se dirige el Danehof. Y luego me pregunto qué pasaría si un día el Este renunciara a su cargo inesperadamente. En ese caso nosotros, Norte y Sur, tendríamos que asumir el mando de la organización y encargarnos de nombrar a un tercer líder.

Bajó su copa de vino.

—¿A qué te refieres con «renunciar»?

—Ni idea. Podría tener un accidente de tráfico. Está a punto de cumplir los setenta, ¿no? Podría tener un ataque al corazón. O que su barco volcara, yo qué sé. Podrían pasar tantas cosas…

32

La cola en la caja no era particularmente larga, pero sí lo suficiente como para generar malestar entre los clientes. Eran como un rebaño de vacas que amenazaba con desbocarse en cualquier momento. La situación no tardaría en escalar. Si había aprendido algo en el tiempo que llevaba ahí era eso.

—Querría otras doscientas en efectivo, una de cien y dos de cincuenta, por favor.

El cuarentón de la gorra mugrienta parecía haberla confundido con un cajero automático.

Ella le dio lo que pedía, pero no obtuvo ningún «gracias» a cambio. Por el rabillo del ojo observó que el siguiente cliente amontonaba sus productos junto a la caja. Si la cinta se ponía en marcha ahora, con lo llena que estaba, saldría todo disparado hacia ella y la derribaría tirándola de la silla, y cuando estuviese tirada en el suelo, enterrada bajo tubos de caviar, salsa tártara, pan de centeno y leche semidesnatada, todavía aturdida por la bofetada que le habría dado un trozo de carne de vaca, una botella de aceite de oliva virgen extra se rompería y haría el resto, noqueándola mientras la cinta seguía funcionando y enterrándola bajo nuevas mercancías hasta que, dentro de trescientos años, alguien la encontrara ahí abajo, entre nuevos hallazgos arqueológicos.

—¿Oiga, señorita? ¿No podrían abrir una segunda caja?

No había pasado buena noche. La visita al sótano de Axel Mossman había desencadenado algo en ella. Una actividad interior, volcánica, que no quería detenerse. Puro miedo, pánico latente y un pronunciado instinto de supervivencia dieron como resultado una mezcla explosiva que en cualquier momento podía saltar por los aires.

Había empezado cuando llegó a su apartamento después de visitar a Mossman y conectó la memoria USB al ordenador para echar un primer vistazo al material antiguo. Una idea increíblemente estúpida, por supuesto, porque era obvio a qué conduciría eso, y necesitaba

dormir para sobrevivir en la caja del Netto.

—¡Oh, *shit*! ¿De verdad es tan caro? Entonces tengo que dejar algo. A ver, esto, esto y esto, ¿vale?

La flaca adolescente comenzó a apilar cosas en sus brazos mientras iba restando coronas.

—¿Y ahora? ¿Cuánto es?

—185,50.

Era cierto que Mossman había escaneado todo el material, lo había ordenado cronológicamente y lo había almacenado en diferentes archivos. Su antiguo jefe quería un par de ojos despejados para echar un nuevo vistazo a los viejos casos que lo atormentaban.

Casos que podrían abrir una puerta, una pequeña escotilla o quizá alguna entrada oculta al inframundo del Danehof. Casos que, años atrás, habían robado el sueño a Mossman al reconocer en ellos el vago contorno de una poderosa red a la que no podía meter mano ni controlar. No había logrado resolver ninguno de los dos casos.

—Recuerde que estos están de oferta, ¿eh? Tres por dos, lo ponía ahí —dijo una mujer, agitando un par de latas de frijoles con chile ante su cara.

—La caja hace el descuento de manera automática —respondió ella, mientras la mujer no apartaba la vista de los números que aparecían en la caja—. Serán 347,50.

Resistirse era una sensación extraordinaria. Rebelarse. Erguirse y mirar a la cara. Por fin volvería a investigar de nuevo. Por fin haría lo que mejor se le daba. Los casos le pedían ayuda a gritos.

—¿Quiere el tique? Que tenga usted un buen día.

Per aspera ad astra. Volaría las capas de hielo. Liberaría las llamas. Recuperaría su vida.

A primera hora de la tarde abrió la puerta de su apartamento y luego la empujó para cerrarla con el talón. Por hoy había acabado su media jornada como cajera, pero luego aún le esperaba el turno de cuatro horas fregando platos en el hotel. Bueno, hasta entonces tenía mucho que hacer.

Dejó caer sus compras en el suelo, en medio de la habitación: varias cajas de dos colores diferentes —amarillo para el caso Ryttinger, gris para Gregersen—, un rollo de cinta adhesiva, un sencillo bloc de notas, chinchetas, dos rotuladores gruesos negros, y luego uno rojo más fino, y otro verde.

Fue a la cocina, preparó un poco de café, lo vertió en un termo y lo colocó con una taza en la mesa de café de la sala de estar. Luego se preparó unos bocadillos que se comió a toda prisa antes de ir al baño, donde se desabrochó la prótesis y la dejó caer al suelo, junto con su

ropa.

Lo que necesitaba ahora era una ducha rápida para despejarse. Primero con agua tibia y, al acabar, un chorro de agua fría. Luego cojeó hasta el dormitorio.

Por enésima vez se miró en el espejo de cuerpo entero que tenía en la puerta del armario y se preguntó quién demonios era esa persona que la observaba fijamente.

Su pelo mojado se adhería a su cabeza como un gorro de baño de gran tamaño, y saltaba a la vista que había perdido masa corporal. Apenas quedaba nada de aquellos músculos que solían cubrir sus hombros y brazos, pues también había tenido que renunciar a la costosa mensualidad del gimnasio. Y su estómago parecía algo más redondo.

Antes, afeitarse sus partes también había sido un acto más bien rutinario, pero ahora, un triángulo oscuro brotaba entre sus muslos y toda aquella región se había vuelto tan prístina como el interior de Papúa Nueva Guinea.

Algún día, cuando todo hubiera pasado, se instalaría en un balneario y no se movería de allí hasta que ese reflejo volviera a parecerle perfecto.

Se puso una camiseta limpia sobre la cabeza, se envolvió con una toalla seca y fue dando saltitos hasta la sala de estar. Allí se acomodó y se sirvió el café humeante.

Ahora estaba lista.

Tenía previsto leer ambos casos rápidamente, tomando algunas notas sobre la marcha. Después empezaría el verdadero trabajo, profundizando primero en el caso Ryttinger. Era más antiguo y más voluminoso, con un montón de registros de interrogatorios e investigaciones adjuntos.

Se puso el ordenador en el regazo, insertó la memoria USB y abrió un archivo que resumía el caso. La información parecía estar actualizada, ya que incluía la dolorosa derrota de Mossman: su incapacidad para proteger al director del museo, Malte Bulbjerg.

Karl-Erik Ryttinger tenía ochenta y nueve años y ya sufría de demencia senil cuando unos ladrones irrumpieron en su villa de Copenhague a fines de octubre y le dispararon en el corazón.

Había trabajado toda su vida para construir una poderosa empresa siderúrgica y durante muchos años había sido un verdadero peso pesado en la economía danesa.

Solo habían disparado una bala, un proyectil de nueve milímetros que fue encontrado en el interior del cuerpo de Ryttinger.

Habían robado objetos valiosos, como por ejemplo tres

candelabros, pero el ladrón había dejado otros objetos de evidente valor, como por ejemplo las joyas de la esposa fallecida. La casa había sido saqueada, pero no a fondo.

Eso fue hace veintisiete años. Antes de morir, Ryttinger había logrado escribir la palabra «Danehof» en el suelo de su casa, haciendo acopio de sus últimas fuerzas y con su propia sangre. Una imagen que se grabó a fuego en la memoria del joven investigador en jefe, Axel Mossman.

Ryttinger tuvo dos hijas: Sigrid y Benedicte. Sigrid comenzó a poner en duda la teoría del robo durante el verano, cuando hicieron unas obras de renovación en la casa estival de la familia, en Skagen, y descubrieron varias notas y entradas del diario que el anciano Ryttinger había escondido allí. En ellas, el fallecido describía su conexión con cierto círculo de personas. Personas muy influyentes. Pero también mencionaba sus dudas sobre ese círculo y sobre el papel que él mismo jugaba en él. El tema era que la palabra «Danehof» no se encontraba en ninguna parte.

Tiempo después, cuando Sigrid —que había estudiado la carrera de Historia— se jubiló y se instaló en España con su marido, dedicó gran parte de su tiempo a la investigación de ese tema. Quería probar su teoría de que el Danehof había matado a su padre porque tenía dudas respecto al proyecto y su inicio de demencia era una amenaza.

Margrethe cogió su taza de café y le dio un sorbo. Conocía bien esa historia. La sinopsis se quedaba muy en la superficie, por supuesto, pero le fue bien para refrescar la memoria antes de ponerse a trabajar en serio.

Sigrid y su esposo estaban de visita en Dinamarca cuando murieron en un accidente de tráfico en una carretera helada del sur de Jutlandia. Eso había ocurrido hace once años.

Continuaban, pues, las sospechas y los accidentes.

Ella y Oxen descubrieron más tarde que el director del museo del castillo de Nyborg, el experto en el Danehof Malte Bulbjerg, tenía un apellido al que había renunciado discretamente: Ryttinger.

Malte era hijo de Sigrid. Al igual que su madre, había estado obsesionado con llevar ante la justicia a los asesinos de su querido abuelo y exponer a la élite del poder. Quería entrar en la red del Danehof y encontrar a los hombres que mataron a su madre. Malte estaba convencido de que el accidente en el que murieron sus padres no había sido tal.

Al final pagó esta sospecha con su vida. Se había asociado con Mossman, que no había logrado atrapar al asesino del abuelo de Bulbjerg, pero el Danehof se enteró de sus planes.

Un escalofrío helado le recorrió la espalda al recordar brevemente la horrible imagen con que se encontraron en la casa de vacaciones en Tåsinge: Malte Bulbjerg, liquidado. Dos de los hombres de Mossman, también muertos. Mossman, herido. Y sangre. Sangre por todas partes. Sangre mezclada con un silencio mortal.

Más tarde, la esposa del director del museo también fue encontrada muerta de un disparo en la casa que compartían en Nyborg.

Margrethe apartó la mirada de la pantalla y la posó en la pared, sobre el sillón. Este sería un excelente lugar para montar un tablón de notas y hallazgos al estilo del de Mossman. Tenía que hacerse una idea general de tamaño panorámico: enfocarse en las conexiones, unir personas, dibujar círculos, trazar líneas… mantenerlo todo siempre a la vista y tratar de ver lo invisible.

Su mirada vagó más allá, hacia el exterior, hacia el cielo que se abría frente a la gran ventana del salón. Estaba bastante nublado.

Uno tras otro, todos fueron muriendo. Solo quedó Benedicte. Margrethe recordaba muy bien su visita a esta elegante dama en Odder. La pérdida de su sobrino había afectado profundamente a Benedicte Bjørk. Tras la muerte de Sigrid, había sido como una madre para Malte.

Ese día, Benedicte le había hablado de los papeles de la casa de vacaciones, de las sospechas de Sigrid, de las sospechas de Malte y de sus propias dudas y temores. Tras una larga vida, ella y su esposo se encontraban, de pronto, solos. El matrimonio Bjørk no había tenido hijos propios.

> Benedicte Bjørk, de soltera Ryttinger, residente en Odder (interrogada en relación con la muerte del padre, véase carpeta con testimonios). Hasta donde se sabe, nunca ha sido directamente investigada sobre la muerte de su padre y su hermana. / A. M.

El resumen terminaba sobriamente con la abreviatura personal de Axel Mossman.

Posiblemente, su revisión de los archivos de Ryttinger solo la llevara, en última instancia, a darse cuenta de que realmente todas las puertas estaban cerradas. Que nadie había pasado nada por alto. Pero al menos una cosa estaba clara: tenía que volver a visitar a Benedicte Bjørk en Odder.

En este punto concluyó la tragedia familiar. Desde la muerte de Bulbjerg había transcurrido casi un año. Podían haber pasado mil cosas. Se imaginó lo peor, las más sombrías… Según su experiencia, el

tiempo era un factor por el que los investigadores debían tener el máximo respeto.

Su café estaba ya más que frío, pero se lo bebió de todos modos mientras abría el expediente que resumía el caso Gregersen, aparentemente menos complejo. Sin embargo, también era el caso del que menos sabía. Sucedió hace trece años y ya bajo la tutela de Mossman en el CNI.

El socialdemócrata Gunnar Gregersen tenía entonces cuarenta y tres años y estaba destinado a desempeñar algún día un papel destacado en la política danesa. Era extraordinariamente inteligente, trabajaba duro y era extremadamente popular, lo cual no era una cualidad menor en esta profesión.

Franck lo recordaba bien. Gregersen hablaba de tal modo que la gente lo entendía, y sus mensajes rezumaban credibilidad. Y, por si fuera poco, tenía un gran sentido del humor.

Lo que ella no supo en su momento —y muy pocos intuyeron— era que Gunnar Gregersen era maniacodepresivo y había estado en tratamiento médico durante toda su trayectoria política.

Mossman había adjuntado varios informes médicos, a los que se refirió en su resumen. La enfermedad de Gregersen había sido claramente diagnosticada y no podía ponerse en duda.

Gregersen estaba casado con Yvonn, una directora de escuela de cuarenta y un años. La pareja vivía en un gran apartamento en Valby, en una quinta planta. No era precisamente un lugar demasiado atractivo para un político tan importante como él, pero cumplía con sus expectativas. La pareja no tenía hijos.

Aunque ambos eran oriundos de Copenhague, se habían comprado una casa de vacaciones en Fanø, y Gunnar Gregersen se retiraba allí de vez en cuando, cuando tenía que concentrarse en alguna tarea política importante.

Unos pocos turistas alemanes lo encontraron en la costa oeste de la isla a principios de abril. Estaba sentado sin vida al volante de su coche, ligeramente hundido en el mar hasta los tapacubos. Una manguera iba desde el escape hasta el interior del vehículo. En el suelo había una botella vacía de coñac. Una forma clásica de despedirse de todo.

Aquello le recordó otra noticia que acababa de leer recientemente en el periódico, o quizá en Internet. Algo sobre un conocido empresario cuyo nombre no recordaba y que había acabado con su vida exactamente del mismo modo, solo que no en la playa, sino en el bosque. Casi siempre era un bosque, por razones obvias.

Gregersen solo había visto el mar oscuro frente a él cuando

encendió el contacto. Se decía que tenía mucha presión en el trabajo.

La cantidad de alcohol en sangre que se le encontró fue ingente: 3,35 g/l. Aquello llevó a Mossman a poner varios signos de exclamación junto al número, y más teniendo en cuenta que a Gregersen no le gustaban las bebidas alcohólicas. También fue insólito comprobar que, según el informe de la autopsia, el fallecido había estado tomando su medicación tal como se le indicaba.

El caso es que ni la policía científica ni los forenses habían encontrado nada sospechoso, y de haber habido otras huellas en la playa, la marea se las habría llevado hacía tiempo.

La esposa de Gregersen enseguida renunció a su trabajo. El suicidio de su esposo la había dejado conmocionada y no pudo volver a vivir una vida normal.

Unos meses más tarde, una noche, llamó a Mossman, que todavía estaba en la sede del CNI.

> Yvonn Gregersen me dijo (cita): El sobre está dirigido a usted. Yo le he echado un vistazo, sí, lo siento. Son registros de un tal Danehof… O *más precisamente*, el Danehof del Este. No tengo idea de lo que es, pero le agradecería que pudiera venir a recoger las cosas, a poder ser de inmediato. ¿Cómo lo tiene? / A. M.

Cuando Mossman llegó a la dirección de Valby, el personal de la ambulancia ya estaba retirando a Yvonn Gregersen de la acera. La autopsia reveló que tenía 1,83 g/l de alcohol en sangre. Se había caído del quinto piso y se había fracturado el cráneo con el impacto.

Mossman no encontró ningún sobre ni ninguna información sobre el Danehof en toda la casa.

> Gunnar Gregersen (G. G.) creyó —evidentemente— que el material estaría mejor en mis manos. Me gustaría enfatizar que en ese momento mi trato con Gregersen era muy puntual. Apenas habíamos coincidido dos o tres veces en relación con su función en el órgano de control de los servicios de inteligencia. / A. M.

Aquí acababa el resumen. Tomó algunas notas y decidió echarse una siesta rápida antes de ponerse a trabajar.

Se reclinó y cerró los ojos. La tensión que latía en las líneas de Mossman era evidente. Tan cerca del Danehof. Y sin embargo tan lejos.

33

La estación de Euston era puro bullicio, pero es que se trataba del centro de transporte más concurrido de Londres. Algunos se apresuraban hacia el metro o venían de allí, mientras que otros se desplazaban por la superficie. Ahora, por la tarde, estos últimos eran mayoría.

Los viajeros que querían embarcarse en un viaje más largo hacia las West Midlands, el noroeste de Inglaterra, Gales, Escocia o Irlanda formaban una bulliciosa multitud en la gran zona de espera para las salidas.

A intervalos más o menos regulares, iban levantando la cabeza para seguir el flujo de información que aparecía en el panel gigante. Cuanto más hacia la izquierda se deslizaba el tren anunciado, más cerca quedaba la despedida de la capital. El número de vía solo se mostraba veinte minutos antes de la salida, y de ahí que la atención fuera tan intensa en ese limbo de espera.

Casi nadie se dio cuenta del hombre musculoso con la chaqueta de cuero negro sobre el hombro que se abría paso entre la multitud. Había muchos hombres de su estatura por ahí y, de hecho, había algunos que parecían casi iguales: cuarenta y tantos años, cuello fuerte y brazos gruesos sobre los que se tensaban las camisetas.

Sin embargo, si se le miraba más de cerca había algo que lo diferenciaba de los demás: su mirada era tranquila y vigilante. Se movía con paso firme entre la multitud, ignorando la señalización con letras y números rojos.

Solo en una ocasión levantó la vista para comprobar los horarios de llegada. Luego desapareció en una tienda justo a la salida, en la que no solo se vendían periódicos, revistas y libros, sino que también se ofrecía café y bocadillos en una pequeña zona adicional que habían montado.

Después de familiarizarse con los tipos de café que ofrecían, hizo su pedido a un joven vestido de negro. Un café largo y un cruasán.

En la sala central de la estación de Euston —o la London Euston, como muchos la llamaban—, la gente disfrutaba de la primavera. La mayoría de las mesas estaban ocupadas. Bebían café, limonada y cerveza, y el ambiente era mucho más distendido que en la zona de salidas, frente al panel. Era una tarde templada con muchas mangas de camisa arremangadas.

Él había elegido, deliberadamente, una mesa desde la que veía con cierta facilidad la explanada de la estación y la gran cantidad de gente. Además, así se aseguraba de tener la espalda cubierta.

Había llegado caminando desde King's Cross. No soportaba estar amontonado con otros, como sardinas, en el aire viciado del metro.

Mordió su cruasán y dio un sorbo a su bebida. A estas alturas, pedir un café se había convertido en una verdadera ciencia. Uno tenía que decidir con toda seriedad de qué país quería que proviniesen los granos, con qué intensidad debían haberse prensado, cuán aromáticos quería que fueran, y si quería un toque de sirope por encima —y por supuesto, en caso afirmativo, cuántos mililitros deseaba—. De seguir así, pronto te harían escoger quién debía recoger los malditos granos de café. ¿María, Mario o José? De verdad, vaya gilipollez… Él solo quería un café negro. Tan negro como el negro más negro del pueblucho más negro de África, por la noche.

Echó un vistazo a su reloj. Ya no podía faltar mucho. No era la primera vez que elegía la estación de Euston como lugar de encuentro. Era muy cómoda si se llegaba del norte, pero, sobre todo, anónima.

Hoy quizá le ofrecerían un nuevo trabajo. Tenía suficiente dinero, pero notaba que cada vez estaba más inquieto. Solo había aceptado un trabajito fácil y corto desde el último trabajo importante en Dinamarca. Normalmente él era el reclutador, pero esta vez se enfrentaba a la decisión de contratarse a sí mismo o no.

Stanley Mullender estaba a punto de decirle de qué se trataba. Se conocían desde que trabajaron juntos en la unidad especial SAS. Su antiguo camarada venía en tren desde Manchester y debía de estar a punto de llegar. Después de su reunión, Stan quería ir a la ciudad para hablar con más gente.

Tomó un sorbo. Por lo visto, su café procedía de Guatemala, de la región de Huehuetenango, y era una «*strictly hard bean*», un grano muy duro, lo que en el lenguaje de esos caficultores probablemente significaba que había sido recogido a dos mil metros de altura. Tomó otro sorbo. El café sabía definitivamente a… café.

Un hombre alto y atlético, vestido con un traje oscuro, emergió de la oscuridad de la estación y salió a la calle. Se detuvo, se puso las gafas de sol, miró a su alrededor sin prisas y luego, con un maletín

negro en la mano, se dirigió decididamente hacia su mesa. Stanley Mullender parecía un hombre de negocios, y de hecho lo era.

—Hola, Stan.

—Hola, Eric.

Se dieron la mano. Le costó hacerse a la idea de que los roles estaban invertidos. Hoy era él el que esperaba una oferta. Por lo general él era John Smith: el hombre que reclutaba a otros y les ponía los contratos sobre la mesa. Pero con Stan estaba bien. Se conocían desde hacía tiempo, de modo que los alias eran superfluos.

—¿Quieres un café? Es una cosa exquisita, por lo visto. De Guatemala. De la provincia de Hugo-Bugo. Cultivado a dos kilómetros de altura por un recolector que se llama Gonzales. *Who gives a fuck?*

Stan se rio.

—El apocalipsis de los bares está cerca. Pero no, gracias; yo soy más de té y ya me he tomado uno en el tren. ¿Estás bien, amigo?

—Fantástico, ¿y tú?

—También. He estado en casa durante medio año y he tenido algo de tiempo para ocuparme de todo, los niños y esas cosas… Me divorcié hace dos años. ¿Tú estás casado, Eric?

—¿Casado? ¿Estás enfermo?

—Bien hecho. El divorcio es una mierda. Los dos decidimos que era lo mejor, pero los niños… Realmente no es fácil. Bueno, basta de estas cosas. Me han dicho que ahora mismo no tienes trabajo, ¿no?

Él asintió. Que no tenía trabajo era correcto, aunque la situación la hubiese escogido él. Desde el encargo en Dinamarca había rechazado algunas ofertas pésimas. Podía permitírselo. Tenía en su cuenta bancaria casi un millón de libras. Es decir, calculaba que tenía cerca de un millón, porque había invertido todo el dinero y solo se había dejado una pequeña parte de la suma en efectivo.

—Si tienes uno bueno para mí, me apunto. Cuéntame.

—OK. Se trata de ir a África. Creo que… Oh, dime, ¿conoces a Alistair MacDuff? —preguntó Stan, subiéndose las gafas de sol a la frente.

—Conocerlo sería un verbo excesivo. Trabajé con él un par de veces. ¿Por qué?

—¿Sabías que ha muerto?

Miró a su antiguo colega con sorpresa.

—¿Muerto? No. ¿Qué le ha pasado?

—Me lo ha dicho un viejo amigo de Liverpool que trabajó con MacDuff en varias ocasiones. Lo encontraron en su casa en Runcorn. Por lo visto iba borracho, se cayó por las escaleras y se rompió el cuello.

—Qué fuerte. Vaya forma tan patética de morir, y más teniendo en cuenta los lugares en los que estuvo trabajando y de los que salió indemne, ¿no? ¿Tienes más detalles?

—Solo que esa noche estuvo en un bar. Pero, bueno, esto no es lo importante. El trabajo que te ofrezco es en Sierra Leona. Y es completamente legal.

Stanley Mullender hizo una pausa, como si esperara una respuesta inmediata, tal vez a la ubicación.

—Sierra Leona, ajá… Continúa.

—Aún tenemos chicos allí, aunque últimamente se han llevado a muchos a casa. Pero los que siguen, tienen mucho que hacer. Entre otras cosas, echar una mano con el brote de ébola. Forman parte de una misión llamada IMAT SL, International Military Advisory & Training, cuya sede se encuentra al sur de Freetown. Su trabajo consiste en apoyar y entrenar a las fuerzas armadas de Sierra Leona para convertirlas en un ejército moderno y eficaz en el que pueda confiar la nueva democracia.

—Eso es algo nuevo.

Siempre la vieja canción. Por diversas circunstancias, ciertos países se sentían obligados a intervenir e irrumpir en otros países, pero en cuanto llegaban allí, lo único que querían era volver a salir lo antes posible. ¿Alistair MacDuff muerto? ¿Se cayó por las escaleras? La vida era caprichosa…

Stanley Mullender lo miró.

—Cierto —respondió—. Pero el trabajo es sólido. Si lo prefieres, puedes llamarlo subcontratación. Doce meses de trabajo para un Gobierno elegido democráticamente, con algunas tareas especiales. Se trata principalmente de protección, pero también de entrenar a determinados soldados escogidos de entre sus propias filas.

—Freetown está en el culo del mundo. En uno de ellos, por lo menos.

—Cierto… pero se me ocurren lugares mucho peores.

Asintió. La tarea sonaba inofensiva. Algo que probablemente se vería reflejado en el sueldo.

—¿Cuánta pasta?

—Dado que el contrato viene de nuestra gente, no mucha. Pero hay un montón de concesiones que estoy negociando actualmente con el funcionario del Gobierno. Supongo que al final será un trabajo realmente atractivo. Legal, y en gran parte inofensivo.

Asintió pensativamente de nuevo. Tal vez no fuera la peor manera de pasar un año.

—¿Para cuándo necesitas mi respuesta, Stan?

—No hay prisa. En tres o cuatro semanas.

—¿Cuántos seremos?

—Dieciséis hombres.

—¿Y quién está al cargo?

—Yo. Y luego tú, si te unes. El tercero es el gran MacKendrick, de Glasgow.

—OK. Eso no suena nada mal… Aunque aún necesito algo de tiempo para la respuesta definitiva. Lo de Alistair MacDuff… Me parece una locura.

—El hogar es el lugar más peligroso en el que vivir, Eric. ¿No es eso lo que dicen? Aunque solo sea porque tu esposa está ahí.

—Una escalera. No puedo creerlo…

34

Un viento helado bajó desde las cimas de las montañas y el polvo rojo se arremolinó entre las laderas. El promontorio de roca tras el que se había parapetado le ofrecía poca protección, pero era el lugar perfecto.

El polvo crujía entre sus dientes. Cubría sus gafas formando una delgada película. Fino como la harina, se colaba en cada pliegue de su ropa formando manchas que parecían sangre coagulada. Habría polvo cuando cagaran. Y habría polvo cuando pusieran la mierda en bolsas de plástico para llevársela y no dejar rastro al abandonar la zona.

Ajustó los prismáticos. Abajo, en el paso, todo estaba en silencio. Los habitantes del asentamiento, que estaba rodeado por un muro de piedra, se habían refugiado del polvo y se habían metido en sus casas hacía tiempo. La última puerta se había cerrado hacía media hora.

Ochenta y tres horas sin rastro de un talibán. El cuarto día. Todavía faltaban dos días más para confirmar la sospecha de que ese pequeño grupo de casas era el centro neurálgico en el que el tráfico enemigo convergía a través del paso. Movió los prismáticos arriba y abajo. Entre las nubes de polvo no se movía absolutamente nada. Pero una tormenta no significaba un descanso. No para ellos. Al contrario. Una tormenta podía ser una oportunidad de oro. Una capa adicional de protección en su recorrido.

—Foxtrot 17, aquí Foxtrot 60. Entregue el informe de situación. Venga.
—Foxtrot 17. Sin cambios. Sin noticias de Tango-Bravo. Sin movimiento en la zona S3M8. Está todo cerrado. El viento cada vez es más fuerte. Solicitamos informe meteorológico.
—Foxtrot 60. Se está gestando una tormenta. Viento del noreste. Momento álgido previsto para las 14:30. Corto.

La llovizna formó una fina capa sobre el parabrisas. En cuanto la capa fue lo suficientemente gruesa, unas pocas gotas se precipitaron

con más fuerza dejando un claro reguero en su camino hacia el capó. A la izquierda vio un paraguas rojo que avanzaba hacia la iglesia de Skovshoved por la esquina de la calle. Un autobús escolar amarillo pasó a toda velocidad.

Mejor lluvia que polvo. Hacía tres horas que la escuela había acabado, y ese era el tiempo que llevaba estacionado en la acera. En vano. En su mano sostenía la pequeña foto plastificada. Por su cabeza habían pasado todo tipo de situaciones. Momentos de guerra y de paz. Su vida proyectada sin piedad en la ventana del Hyundai.

Había ido a dar un pequeño paseo, había caminado un poco por la calle y había vuelto a entrar en el coche. En el buzón aún podía leerse BIRGITTE Y LARS ENGSTRÖM, y justo debajo MAGNUS, sin apellido. Todo estaba como la última vez que se había sentado en el banco que quedaba frente a la iglesia para verlo al menos unos minutos.

Pero esta vez no tuvo suerte. Ni una bicicleta en el camino de entrada. Ni un niño con camiseta de fútbol. Ni un perro con correa. Nada. Solo la pequeña foto en la funda de plástico. La miró y sintió una calidez que le recorría el cuerpo, al mismo tiempo que la granada de mano de sus anhelos le explotaba encima, destrozándolo en mil pedazos.

Hoy no volvería a verlo sin que él se diera cuenta. Tampoco mañana, y tal vez nunca más. Giró la llave en el contacto, puso el motor en marcha y pasó muy lentamente junto a la casa con la marquesina.

¿Sería capaz de plantarse alguna vez en las escaleras y llamar al timbre para preguntar, bajo la fría mirada de Birgitte, si Magnus ya estaba listo para salir? ¿O moriría mucho antes de lograrlo?

Encendió el limpiaparabrisas y giró hacia la calle Krøyers. Le esperaba un largo viaje de regreso a Ullerup. Allí preguntaría al Pastor, con mucho tacto, si podía quedarse en la vicaría un poco más para estudiar el material de Mossman.

La noche anterior, en el sótano, se habían dividido el trabajo. Él ayudaría a Mossman a reducir aún más el número de mansiones que debían tener en cuenta por su propietario y estructura de propiedad.

Le había dicho a Mossman que tenía una lista con los nombres de todos los miembros del Danehof del Norte y que comprobaría si había algún vínculo interesante entre esa lista y los resultados de su investigación.

Axel Mossman le dijo que le interesaría ver la lista, pero aún no.

—Si llamamos a una puerta, tendremos que llamar a todas —dijo el exdirector del CNI, y por supuesto tenía razón.

Las listas de nombres eran valiosas, pero nada que pudieran usar

de inmediato o los condujera a ninguna parte.

Se había pasado toda la noche pensando en ello. Había sido una de las peores noches en mucho tiempo. (Había dormido en el Danhostel, en Lyngby). En algún momento, el vaquero salió de la niebla. Con su sonrisa malvada y sus dientes podridos, le había pegado un susto de muerte, a pesar de que lo conocía desde hacía tanto tiempo.

Por la mañana había estado en el Kastellet, como solía hacer cada 4 de agosto, aniversario de la muerte de Bosse. No era agosto, cierto, pero tal vez nunca volvería a serlo para él.

Bajo la lluvia torrencial y con la gorra puesta, se había sentido bastante seguro. Había caminado hacia el Bastión de la Princesa, se había detenido ante el monumento a los caídos y había vuelto a ver esa cara feliz cuando su mirada alcanzó la línea en la que ponía BO HANSEN. 1995 fue hace mucho tiempo.

En circunstancias normales, después de aquello habría ido hasta la tumba de Bosse. La última vez que había estado en el cementerio de Høng, Margrethe Franck lo había estado espiando, mientras Mossman la espiaba a ella. Y, en el último nivel de la cadena alimenticia, los hombres de negro espiaban pérfidamente a Mossman.

Condujo el coche hasta la autopista y aceleró.

Cuando el director del CNI se presentó en la piscifactoría aquella tarde, en medio de una tormenta, casi pudo palpar con las manos la sensación de enfrentarse a un mal augurio, a su propia perdición.

Esta vez no fue a Høng. Tenía que volver. Tenía que mucho en lo que trabajar y reflexionar mientras esperaba que el viaje de Mossman a Londres diera resultado.

El tráfico iba volviéndose más denso. No pudo evitar pensar en los acantilados cerrándose en torno a él en el canal Albrektsund, y en Tessa.

Gracias a ella, había sobrevivido al naufragio. Pero ¿volvería algún día a *vivir*?

Apoyó la pequeña foto plastificada en una ranura que quedaba encima de la radio del coche. Magnus lo miraba.

35

Tras un largo día en la oficina, la llovizna le pareció más bien refrescante. No había contado con que llovería cuando salió de casa esa mañana y su delgado abrigo estaba ya empapado, pero por suerte no tenía frío. Solo su cabeza estaba helada, por el viento que barría las calles de Copenhague.

Había sido un día puramente rutinario. Había pasado horas sentado en su despacho, sin conferencias, pero al menos había podido hacer un descanso para tomarse un café y un trozo de pastel a primera hora de la tarde. Había tenido tiempo de pensar en la fundación y en algunas futuras inversiones con las que asegurar que su empresa reflejara las tendencias del mercado.

Caminó rápidamente hacia el Stormbro y pronto estuvo en casa. Allí se sentaría con una taza de té y se prepararía para la reunión de la noche con su protegido. La última vez hablaron de los valores daneses. Esta vez deberían ocuparse de la política de refugiados danesa. Su sucesor había escogido este tema, que era muy actual y probablemente seguiría siéndolo en los años venideros.

Era muy importante, importantísimo, que el Danehof adoptara una postura clara sobre la presión en las fronteras danesas y europeas. En su próxima reunión tendría que preguntar al Norte si no iba siendo hora de que el Consilium expresara su opinión en este debate.

Se detuvo frente a la puerta principal y sacó la llave del bolsillo de su abrigo. Automáticamente dirigió su mirada a la parte inferior derecha del marco de la puerta. Justo en el borde había una minúscula línea de tiza horizontal, de apenas una pulgada de largo. Se inclinó y la limpió.

Nielsen había traído el correo.

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. En lugar de subir y quitarse la ropa mojada, fue directo al piso de abajo. Cada casa de ese exclusivo edificio residencial tenía su propio sótano. Abrió la puerta de acero, encendió la luz del techo y se acercó al viejo armario de

oficina que se apoyaba contra la pared. Abrió una de las puertas correderas y marcó el código de seis dígitos que abría la caja fuerte incrustada en la pared. Sacó un sobre grande que, como de costumbre, había sido colocado en el estante superior de esta.

Dirigía una organización cuyas raíces se remontaban a la Edad Media y era un firme defensor de las virtudes antiguas. No había, pues, el menor contacto telefónico entre los tres líderes: solo disponían de un número de emergencia que debía ser utilizado únicamente en caso de absoluta necesidad. Tampoco mantenían conversaciones electrónicas, ni mucho menos un archivo de datos almacenado en algún servidor.

Ni un virus informático ni un *malware* sofisticado podrían atacarlos. Para comunicarse tenían el papel, que podía triturarse o quemarse. Siempre había sido así, y así seguiría siendo.

Así pues, su fiel escudero Nielsen le entregaba cada quince días, sin excepciones, su informe sobre el estado de la nación, y tras hacerlo marcaba una línea de tiza horizontal junto a su puerta como señal. Así funcionaba la comunicación en tiempos de paz, y así se mantendría hasta que se acordara otra cosa.

Se quitó el abrigo mojado y lo puso sobre una cómoda. Luego se dejó caer en el sillón en el que se sentaba siempre que no se llevaba el informe a casa para leerlo. Sacó las gafas del bolsillo, abrió el sobre y revisó el contenido. No decía mucho.

Comenzó con una presentación de las dos operaciones en curso. En la última reunión decidieron conjuntamente reducir significativamente estos proyectos.

La primera página versaba sobre la antigua trabajadora del CNI, Margrethe Franck. El último control era de hacía cuatro días.

> Estado M. F.: Sin observaciones dignas de mención. Trabaja a tiempo parcial en el Netto y como lavaplatos en el Hotel Copenhagen Blackbird. Sigue viviendo en Østerbro y su situación financiera sigue siendo muy precaria.

La segunda página se refería a un tal Christian Sonne, un exoficial de policía de Aarhus, sobrino del antiguo director del CNI Axel Mossman.

> Estado C. S.: Sin observaciones dignas de mención. Al igual que en la última actualización, trabaja a tiempo parcial en el almacén de una ferretería y en una gasolinera. Su casa va a ser embargada, la fecha está fijada para el próximo miércoles.

Nielsen solicitaba que las dos operaciones se dieran por concluidas cuanto antes. Y, la verdad, debía concedérsele. La vigilancia la llevaban a cabo trabajadores externos, lo cual resultaba de lo más costoso.

Desde aquella noche de hacía un año en la que Villum Grund-Löwenberg había decidido cómo proceder con las personas involucradas en aquel asunto, habían llevado a cabo una revisión mensual de ambos sujetos, lo que significaba dos días completos de vigilancia las veinticuatro horas del día.

Pero ahora ninguno de los dos representaba una amenaza. Ambos estaban rotos. La organización había intervenido varias veces y se había asegurado de que perdieran inmediatamente sus trabajos.

Pediría a Nielsen que siguiera haciendo controles, pero solo cada tres meses y de veinticuatro horas.

En las páginas siguientes fue encontrando resúmenes más o menos exhaustivos del resto de las actividades.

No había ninguna otra operación en curso, pero había otras seis personas en su agenda que, por una u otra razón, habían despertado el interés de la organización y estaban siendo puestas a prueba.

Se trataba de tres jóvenes políticos, todos diputados del Parlamento, dotados de gran talento y potencial para cargos ministeriales, y tres directivos a cuyas empresas les estaba yendo extraordinariamente bien. Cada uno de ellos debía ser investigado meticulosamente, desde la infancia hasta la actualidad. Una labor integral, cuyo resultado sería la base para decidir si invertían en una o varias de esas personas en el futuro.

Dejó los papeles en la caja fuerte, la cerró y salió del sótano. Ahora subiría las escaleras y, por fin, se tomaría una taza de té y se prepararía para la reunión de la noche.

Como siempre, estaba deseando quedar con su candidato. Nunca había dudado de su inteligencia, sus habilidades analíticas y demás talentos, pero sobre todo estaba entusiasmado con su extraordinaria brillantez.

Todavía no había decidido cuándo lo presentaría a sus colegas de la mesa redonda. En principio, esperaba mantener aún alguna charla más con él, aunque ya estaba absolutamente convencido de que había encontrado a su sucesor.

36

La línea 14 había tardado menos de diez minutos en llevarla desde la estación de tren de Aarhus hasta el pasado. Se detuvo en la acera y miró a su alrededor. Habían pasado casi siete años desde la última vez que estuvo en Viby Torv. No era, pues, una visitante habitual en la segunda ciudad más grande del país.

En aquella otra ocasión asistió a un ciclo de conferencias de dos días sobre el tema de la radicalización mucho antes de que el asunto de la controvertida mezquita Grimhøj llegara a los titulares por su apoyo al Estado Islámico y por su éxito —aparentemente rotundo— en el reclutamiento de combatientes sirios.

Más recientemente, ciertas grabaciones secretas mostraron que el imán estaba predicando a puerta cerrada que la flagelación, la lapidación y el castigo de mujeres y niños eran medidas saludables en una sociedad ortodoxa, tras lo cual el alcalde congeló los planes para construir una mezquita aún mayor.

Grimhøj seguía suponiendo un desafío para sus antiguos colegas del MIT, que debían invertir una gran cantidad de tiempo y energía en espiar a los personajes relacionados con la mezquita.

En aquella ocasión, hacía siete años, la conferencia había tenido lugar en el Hotel Mercur, que ahora se elevaba frente a ella como un enorme bloque blanco. Miró el letrero sobre la entrada. El hotel, que durante décadas había sido sinónimo de la propia Viby Torv, ahora se llamaba Zleep Hotel Aarhus.

Pero a ella no le importaba ese uso de la «z», ni estaba interesada en la locura generalizada de los imanes del momento. Su capacidad de concentración solo daba para un tema. Y era ese tema el que la había traído a Viby Torv.

Había venido en tren y autobús, en parte porque el Suzuki era una bestia impredecible, pero en parte también, y sobre todo, porque en el transporte público le resultaba más fácil ver si la seguían. Y no. No la habían seguido.

Se puso en marcha, lentamente. En una tarde de domingo como aquella, el tráfico era más bien escaso. Mañana por la mañana, cuando ella regresara a su trabajo en el supermercado, los coches bajarían peleando, parachoques contra parachoques, por la calle Viby Ring.

Se detuvo a unos cientos de metros, en el paso de peatones. Al otro lado de la calle, donde la calle Ormsle se convertía en la carretera de circunvalación, había una gasolinera. No pudo evitar que se le escapara una sonrisa cuando cruzó la calle con el semáforo en verde: era la primera vez que viajaba doscientos kilómetros para visitar una gasolinera y no llevaba coche.

Se detuvo. La estación de servicio de la calle Ring estaba abierta las veinticuatro horas del día, y la tienda era casi del tamaño de un pequeño supermercado. A través de la ventana vio a una joven de pie, detrás del mostrador.

Había llamado por teléfono hacía unos días. Después de dudar unos minutos, la mujer del teléfono había echado un vistazo a su lista y le había dado la información que necesitaba: Christian Sonne trabajaba sobre todo por las tardes y por las noches, pero a veces también los domingos por la tarde.

Poco después, una cabeza apareció detrás de una estantería y desapareció tras una puerta en la parte posterior de la tienda. No había venido en vano. Esa mata de cabello pertenecía, sin lugar a duda, al sobrino de Mossman.

Entró y pasó unos minutos observando la puerta trasera discretamente, pero pronto se rindió. Podría pasar mucho tiempo antes de que Sonne volviera a entrar en la tienda.

—Hola, me gustaría hablar con Christian. ¿Está aquí?

La joven de la caja registradora asintió.

—Está en la parte de atrás —dijo amablemente—. Creo que ahora está limpiando los baños. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

—Ya voy yo, gracias —dijo, y siguió el cartel que indicaba dónde estaba el baño.

Poco después estaba de pie en un pasillo corto del que salían dos puertas, una a la izquierda, que estaba abierta, y otra al final.

Oyó un ruido y se acercó. Un hombre estaba inclinado sobre la taza del inodoro. Ella golpeó con los nudillos en el marco de la puerta.

El hombre se dio la vuelta rápidamente. Llevaba un fino mono de plástico blanco y guantes desechables. En una mano sostenía una escobilla de baño como si fuera una llave inglesa.

—Hola, Sonne.

Vio en sus ojos que no la reconocía. Como si se hubiera convertido en una persona completamente diferente en menos de un año.

Entonces su rostro se iluminó.

—¡Margrethe! Lo siento, no te había… El pelo… y… ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Me gustaría hablar contigo, pero era demasiado arriesgado avisarte antes. ¿Sabes si te tienen bajo vigilancia?

—¿Qué? No, ya no. O al menos eso creo.

—¿Tienes un momentito?

—¡Desde luego! Solo tengo que acabar esto. Mientras tanto, puedes ir a la sala del personal y tomarte una taza de café. En tres minutos estoy contigo.

Franck accedió por una puerta trasera a la pequeña habitación que le indicó Sonne, en la que había una mesa y cuatro sillas. Se sirvió una taza de café del termo y se sentó a esperar.

Había montones de cajas llenas de productos esparcidas por el suelo, y paquetes de revistas y periódicos apilados en pequeñas torres. Christian Sonne cruzó la sala con un balde, una escoba y artículos de limpieza, y desapareció tras otra puerta. Cuando regresó, poco después, se había quitado los guantes y el mono.

—Ya estoy —dijo lavándose las manos antes de saludarla apropiadamente y sentarse con un suspiro—. Cuánto tiempo —dijo sonriéndole.

—Sí, así es. ¿Cómo te va, Sonne?

—Voy tirando. Como ves, ahora limpio baños. Alguien tiene que hacerlo, ¿no? ¿Y tú?

—Más o menos igual. Durante unos meses también limpié y fregué baños. Ahora soy cajera en el Netto y lavo platos en un hotel. Al principio pude conseguir algunos trabajos decentes, pero siempre me despedían enseguida. En cuanto veían que podía tener un buen trabajo, intervenían…

—A mí me pasó lo mismo —dijo Christian—. Conseguí un trabajo estupendo en una agencia de seguridad. Un mes después me despidieron. Después encontré uno como vigilante nocturno. Solo duró tres semanas. Luego me contrataron como conductor para el transporte de objetos de valor. Tres semanas otra vez… Y un nuevo trabajo de guardia de seguridad: menos de tres semanas. En algún momento me rendí. Desde entonces me dedico a ir saltando de empleo en empleo, a cuál más cutre, pues parece que eso sí me lo permiten. El miércoles me embargan la casa, ejecución hipotecaria. Por supuesto, el banco no entiende por qué no puedo encontrar un trabajo decente. Así que me cerraron el grifo. ¿Qué podía hacer? ¿Hablar del Danehof a mi asesor bancario? Me meterían en el manicomio de inmediato. — Christian Sonne sonrió, desesperado, y se pasó los dedos por el pelo,

que últimamente no parecía haber estado en contacto con mucho champú—. Bueno, y ahora estoy en la gasolinera —continuó—. Sobre todo por las tardes o por la noche, cuando les falla alguien, y además trabajo en el almacén de una ferretería, también aquí en Viby. En fin. Pero ¿de qué querías hablar conmigo?

—Quería preguntarte si volverías a subirte al *ring* con nosotros.

—¿Subirme al *ring*? ¿Contra *ellos*?

Ella asintió.

—¿Estás loca?

—Tal vez, pero eso es lo que pretendemos hacer: devolverles el golpe. ¿O quieres seguir así el resto de tu vida?

—Bueno… al menos tenemos una vida, Margrethe.

—Yo no sé si a lo mío puedo llamarlo vida.

—No es genial, por supuesto, pero es mejor que nada. ¿Cuáles son tus planes? ¿Y cómo vais a conseguirlo siendo solo dos?

—Tres.

—Tú, mi tío, ¿y quién más?

—Niels Oxen.

Christian Sonne se quedó callado y abrió la boca de par en par.

—¿Oxen?

—Niels no está muerto. Se me plantó delante hace unos días. Así, de repente. Una doctora sueca lo rescató del agua en el archipiélago. Lo llevó a su casa y lo cuidó hasta que se recuperó.

—Y… ¿está bien?

—Eso parece. Al menos físicamente.

—¿Y de lo demás?

—No hablamos de eso. Imagino que no habrá cambiado mucho. Los traumas no se disuelven simplemente en el aire.

—¡Esto es genial! Me alegra muchísimo oír esto, de verdad. Cuando me enteré de su muerte, tuve la sensación de que caía en un agujero oscuro… Porque si alguien como Oxen muere, ¿cómo vamos a lograr nada los demás?

Sonne parecía estar saliendo de su letargo… ¡Tal vez él y Oxen se llevaban mucho mejor de lo que ella había pensado!

—Tenemos que ir con cuidado —dijo Franck—. En este momento todo gira en torno al Este y nadie más. Estamos revisando los casos antiguos de tu tío. Lo de Ryttinger y lo de Gregersen y su mujer, la que se cayó por el balcón. ¿Te acuerdas?

—No mucho, la verdad.

—Da igual, no es importante. Buscamos pequeños huecos, fallos, puntos débiles. Tu tío ha empezado a investigar todas las casas solariegas y los castillos fuera de Jutlandia.

—¿Por qué?

—Ha visto que se repite un patrón. El poder se reproduce a sí mismo. Tiene la teoría de que el Este posee una villa, una mansión o un castillo en el este de Dinamarca.

—Y si lo encontráis, ¿qué haréis? Os matarán. Sin pestañear.

—Nuestra estrategia dependerá de con quién estemos tratando. Por el momento, seguiremos haciéndolo todo como antes, al menos de cara a la galería: tu tío seguirá paseando a su perro y yo me parto el culo a diario.

—¿Y Oxen?

—Escondido.

—¿Y por qué queréis que me apunte? No soy ningún superhombre; al contrario. Esa noche, en Gram, estaba cagado de miedo. Y para serte sincero: si pudiera, haría retroceder el tiempo.

—No se trata de no tener miedo. Se trata de no dejarse pisotear. Y tu capacidad de trabajo nos sería de gran ayuda. Por eso.

Se quedaron sentados uno frente al otro, en silencio, durante un rato, con las tazas de café en la mano. Ella lo miró. Se mordisqueaba los labios y tenía la mirada fija en la mesa, perdido en sus pensamientos.

Franck se quitó el reloj y lo puso frente a él. Él la miró con curiosidad.

—Mira la parte de atrás —dijo.

Sonne dio la vuelta al reloj.

—*Per aspera ad astra*. ¿Y qué significa?

—Es latín. Traducido libremente, significa que tienes que pasar por malos momentos para poder llegar a las estrellas.

—Esos dichos no son más que frases vacías. Hoy en día todos los delincuentes de poca monta llevan un tatuaje así. O los jugadores de fútbol, ya ves. Todos van más pintarrajeados que los manteles de mi abuela.

—Puede ser. Pero para mí es pura sabiduría. Una frase pequeña que conduce a un lugar muy grande. Por mí, tus jugadores de fútbol pueden tatuársela en el culo. Eso no hará que el mensaje me parezca menos inspirador.

—¿Y por qué está en tu reloj? —preguntó Sonne, devolviéndoselo.

—Me lo regalaron mis padres cuando abrí los ojos después de que me amputaran la pierna. Es un Breitling muy caro. Mis padres tuvieron que hacer un esfuerzo enorme. Al principio pensé lo mismo que tú: joder, es un latinajo, ¿y qué? No me devolverá la pierna. Estoy acabada. Mi vida es una mierda. Adiós al cuerpo de policía. Pero poco a poco fui entendiendo el mensaje. También estaba convencida de que

nunca volvería a enfrentarme al Danehof. Son demasiado grandes. Demasiado fuertes. Demasiado invisibles. Pero ahora… he encontrado el camino de regreso. *Per aspera ad astra*, eso es sangre, vómitos, mocos, lágrimas. La lucha desnuda por la supervivencia…

Sonne sacudió lentamente la cabeza.

—No sé… Aunque quisiera… no puedo. Tengo dos hijas pequeñas. Aman a su padre. Quiero morir de viejo. Lo siento.

37

Parecía como si un tornado hubiera arrasado la pequeña habitación de la vicaría. Cada centímetro cuadrado del suelo alfombrado estaba cubierto de papeles. Montones de notitas y apuntes manuscritos, repartidos y ordenados por temas.

La casa estaba en silencio. Calma dominical. Había desayunado con el Pastor y su esposa unas horas antes de que el sacerdote se enfrentara al día más ajetreado de su semana.

Esta vez no solo tenía que realizar su propio servicio, sino que había accedido a celebrar también el de la congregación vecina, porque el párroco estaba enfermo.

Oxen oyó el tañido de las campanas e imaginó al Pastor en el púlpito, recorriendo con la vista lo que debía de ser un número bastante manejable de ovejas. Seguro que su voz profunda y grave quedaría bien con la acústica de una gran sala.

Estaba sentado en la cama, con una almohada en la espalda y el ordenador portátil en su regazo. Miró a la pared. La había cubierto con un papel marrón grueso de embalar. El Pastor tenía un rollo completo en el cobertizo de su taller y se lo dio la misma tarde que regresó de Copenhague.

Al igual que Mossman, no tuvo más remedio que incluir la pared y el suelo para obtener una presentación sistemática de los documentos y mantener una visión global del asunto.

Había pasado los últimos días organizando todo aquello, apenas interrumpido por las comidas y un sueño inquieto y desasosegado. Había vuelto a hacer ejercicios de yoga, como en Klöverö, pero sin éxito. La noche anterior había confundido las campanas de la iglesia con proyectiles que le explotaban al lado.

La pared estaba cubierta con notas adhesivas de color amarillo, verde y naranja, escritas con rotulador negro grueso.

Su tarea era tan simple como compleja. Mossman y él se habían repartido el pastel a partes iguales. Cuarenta y dos fincas, casas

solariegas o castillos para cada uno de ellos, todos ubicados en la región que Mossman había delimitado al este de Dinamarca. Ahora era cuestión de examinar cuidadosamente cada una de las ubicaciones para filtrarlas según el criterio número tres: las circunstancias en torno a la vida del propietario. Un aspecto extenso que abarcaba desde la infancia hasta la educación, la familia y los amigos, pasando por las redes profesionales.

Hasta el momento había logrado excluir siete propiedades, siempre en función de criterios personales.

Mossman había puesto varias herramientas a su disposición. Su primera fuente de información eran los datos del Ministerio de Economía, incluido el registro central de empresas. Con ello podía acceder a las cuentas y otros detalles sobre las empresas correspondientes, los propietarios, la administración y la forma jurídica de cada caso.

En segundo lugar, contaba con otra base de datos que le proporcionó información muy útil y complementaria: una descripción general de los propietarios de distintos edificios y apartamentos. Todo se hallaba en un servidor de acceso público y podía compararse con las entradas del registro de la propiedad y el registro de edificios y viviendas.

Tras varias horas de trabajo concentrado, llamaron a su puerta.

—¿Sí?

El Pastor abrió la puerta y se detuvo, sorprendido.

—No te preocupes, no soy el general Von Goeben ni planeo un ataque a Als… Solo estoy tratando de encontrar un camino de regreso a mi vida —explicó, señalando la pared—. Con ayuda de un par de amigos. No es un asunto fácil. Tengo que ser muy sistemático.

El Pastor asintió, en silencio.

—Lo dicho, Pastor… No es que no quiera contaros nada a Helle y a ti. Solo que es mejor si no sabéis demasiado. ¿Fueron bien las celebraciones de los servicios?

—Creo que sí, pero la gente no aplaude en la iglesia. No importa lo que estés haciendo, Oxen, tú ve con cuidado, ¿me oyes? Y mi esposa me pide que te diga que la cena será a las seis y media.

—Gracias.

Volvió a sumergirse en el ordenador portátil que tenía en el regazo. Tenía a medias su investigación sobre el propietario del castillo de Borreby, en Skælsør. El edificio había pertenecido a la familia desde 1727, y la propiedad incluía una granja grande y próspera, pero todavía le quedaban muchas horas de trabajo por delante antes de poder decidir si el terrateniente debía incluirse, o no,

en la lista de candidatos.

38

En el barrio reinaba la típica paz de los domingos. De los jardines no llegaba ningún ruido, solo un trajín comedido. En las terrazas se tomaba café y los vecinos paseaban con sus mejores galas. Como si aquel antiguo día de descanso aún debiera ser observado.

Todo el vecindario se veía bien cuidado. Pero a diferencia de la última vez, los jardines no estaban en plena floración, y hacía mucho más frío.

Se había bajado del taxi unas puertas más abajo, pero ahora se acercaba a la gran mansión de Møllebakken, en Odder. Tenía que acercarse lentamente. A pie. Hacerse una idea del ambiente y obtener una impresión de la casa.

Durante el trayecto en el autobús interurbano de Højberg a Odder fue pensando, principalmente, en la expresión de tristeza y derrota en el rostro de Christian Sonne. Escogió su trabajo en la gasolinera. Tal vez no podía hacer otra cosa. Tal vez no se atrevió. Ella no era quién para juzgarlo. Ella no tenía hijos.

BENEDICTE & KURT BJØRK, ponía en el buzón. Hasta aquí todo bien. Avanzó por el camino de entrada. La grava había sido rastrillada cuidadosamente y, como la última vez, el coche estaba aparcado en el porche. Se llevaría una enorme decepción si no encontraba a nadie en casa, pero tenía que correr ese riesgo. Solo unos pocos pasos más y con suerte volvería a ver a Benedicte Bjørk.

Pero el encuentro de hoy iba a ser diferente al anterior; quería irrumpir sin previo aviso. Benedicte Bjørk era una mujer muy templada, secretaria ejecutiva desde hacía mucho tiempo y en general muy bien preparada. Quería sorprenderla con la guardia baja, no darle la oportunidad de ponerse ningún filtro.

Todo estaba limpio y bonito. Ladrillos rojos y vigas de madera pintadas de color verde oscuro. El mismo color para el porche.

Llamó al timbre y segundos después oyó pasos. La suerte estaba de su lado. El señor Bjørk abrió la puerta. Vestía una camisa azul celeste,

un cárdigan y pantuflas. La miró con curiosidad.

—Hola, mi nombre es Margrethe Franck. Me gustaría hablar con Benedicte Bjørk.

—Un momento, por favor…

El hombre desapareció en el interior de la casa y le oyó decir: «Tienes visita». Poco después, su esposa apareció en el umbral de la puerta y la miró con la misma curiosidad que su marido.

—Hola, me llamo Margrethe Franck, ¿me recuerda?

Benedicte Bjørk arqueó una ceja. Seguía teniendo el mismo aspecto elegante de siempre. Sin embargo, en cuanto se acercó un poco más para estrechar la mano de Margrethe, la luz del sol le iluminó la cara sin piedad.

La señora Bjørk había envejecido de forma alarmante, y ni su ropa, ni su peinado ni su maquillaje podían ocultarlo. En menos de un año se había vuelto gris… tan pálida y demacrada como si acabara de encontrarse con un fantasma que arrastrara su cadena a medianoche.

—Trabajo en inteligencia policial… O, mejor dicho, *trabajaba* en el CNI. Hablamos el año pasado. Yo…

—Por supuesto —la interrumpió la señora Bjørk—. La recuerdo. Es solo que no la había reconocido. ¿No tenía…?

Era la segunda vez en menos de dos horas. Empezaba a pensar que la verdadera Margrethe Franck se había desvanecido con el color del pelo. Eliminada por un peinado indefinible que en realidad no era un peinado. Solo pelo que crecía y se moldeaba lo mejor posible.

O quizá fuera al revés: la antigua Franck era irreal, y la verdadera acababa de salir a la luz. Aquella que nadie conocía. Tan interesante y colorida como el paté de hígado.

—¿Qué puedo…? ¿Qué la trae por aquí?

La voz de Benedicte Bjørk sonaba como si todavía no pudiera creer lo que veían sus ojos. La mujer no solo había cambiado por fuera, sino que también parecía mucho más vacilante e insegura que la última vez. Pero eso era exactamente lo que Margrethe había buscado: pillarla en un momento de descuido.

—Le ruego que me disculpe por aparecer aquí sin avisar, pero estaba por casualidad en Aarhus y pensé en venir a visitarla espontáneamente, sin más.

—Oh, ¿y ha venido a pie? Aún me acuerdo, de su coche, un flamante Mini negro.

De manera completamente inesperada, el primer punto fue para la señora Bjørk.

—Ya no tengo el Mini —respondió Margrethe Franck con una sonrisa—. He venido en bus y en taxi. ¿Podría pasar? Me gustaría

hacerle algunas preguntas.

—¿Más preguntas? —La dama de cabello gris suspiró.

—Sí, eso me temo…

La señora Bjørk la condujo al invernadero, igual que en su anterior visita. Luego desapareció en la cocina para buscar un par de tazas. Margrethe echó un vistazo a su alrededor. Los mismos bonitos muebles de madera tropical oscura, las mismas plantas exóticas y la reluciente mesa de cristal. Y, sin embargo, había algo distinto. Tardó un buen rato en darse cuenta de qué era. El aire. No olía a fresco, sino a cerrado. Un poco a persona mayor.

Benedicte Bjørk volvió con dos tazas y un termo.

—Hace ya un buen rato que hice esta cafetera —dijo, como disculpándose, mientras ponía las tazas sobre la mesa y servía café para ella y su inesperada invitada.

Si no recordaba mal, la señora Bjørk tenía sesenta o sesenta y un años. Ahora, mientras servía un café tibio que ella misma habría tirado por el fregadero un año antes, parecía rondar los setenta.

Decidió empezar con cautela y abrir la conversación preguntándole algo que ya sabía:

—¿Trabaja como secretaria ejecutiva, si no recuerdo mal?

La mujer canosa negó con la cabeza.

—Lo recuerda correctamente, pero ya no trabajo. Me despedí en Fin de Año. Me acogí a la jubilación anticipada.

No había esperado esa respuesta. Seguro que el fantasma que Margrethe había percibido en su primera impresión tenía algo que ver con ese cambio.

—¡Uy, pero si todavía es joven!

—Tengo sesenta y un años. Pero yo… ya no podía más. No superé la muerte de Malte y su esposa. Él era mi… chico… Desde el accidente de su madre… mi maravillosa hermana… No podía concentrarme en el trabajo, simplemente. Mi mente siempre estaba en otra parte. Ya no era la persona feliz y activa que había sido. Al final, arrastrarme fuera de casa cada mañana se convirtió en una tortura. Así que le puse fin. Simplemente no podía seguir el ritmo.

—Lamento oír eso.

—Poco a poco me voy recuperando. Mi marido me envió al psicólogo. Todo me parece tan inútil… Pero ¿qué quería preguntarme? ¿Ya no está en el CNI, ha dicho?

Parecía que los hechos habían destrozado a Benedicte Bjørk. Esa mujer madura y segura de sí misma, mano derecha de la dirección de una gran empresa de Aarhus, se había caído al suelo y se había roto como la porcelana.

—Me despidieron el año pasado, por un incidente relacionado con las investigaciones sobre el asesinato de su sobrino.

—Si no recuerdo mal, en el diario dijeron que Axel Mossman tuvo que retirarse por motivos de salud, ¿verdad?

—Esa fue la explicación oficial. La verdad es que le dieron a escoger entre marcharse voluntariamente o ser despedido.

—¿También por culpa de Malte y del Danehof?

Margrethe asintió.

—Además de nosotros dos, hubo también una tercera persona involucrada: el sobrino de Mossman. A él también lo despidieron —continuó.

Benedicte Bjørk dio unos sorbitos a su café. Las manos le temblaban levemente. Su mirada ya no era aguda y despierta, sino cansada.

—Pero si ya no trabaja para el CNI, ¿a qué se dedica ahora?

Margrethe se reclinó en su silla y se encogió de hombros. La señora Bjørk acababa de dar otra vez en la diana, sin darse cuenta.

—Yo… no soy nada. Es decir, no, acabo de volver a encontrarme con Mossman. Queremos llevar a los culpables ante la justicia. Es por eso por lo que estoy aquí. Me gustaría pedirle que tratara de recordar algo más.

—Pero ya conoce mi respuesta. No sé nada.

La conversación no estaba saliendo en absoluto como esperaba. Había esperado encontrarse con otra forma de resistencia.

—Estos documentos que encontró en la casa de vacaciones en Skagen… ¿tal vez ahora, después de mi última visita, recuerda dónde podrían haber estado?

—No, mi respuesta sigue siendo la misma. No tengo ni idea.

—¿Podría ser que Malte los hubiera cogido?

—No, estoy bastante segura de que los tenía Sigrid.

—Y no tiene usted ni idea de dónde pudo haberlos escondido su hermana, ¿no?

La señora Bjørk negó con la cabeza.

—¿Podemos volver un poco al pasado? La última conversación que tuvo con su hermana en Navidad, el año del accidente… ¿De qué hablaron? ¿Hubo algo que la preocupara más de la cuenta? Piénselo tranquila; tómese su tiempo…

Benedicte Bjørk sacudía la cabeza cada vez con más desesperación.

—¿Es que no lo entiende? Lo *intenté*. Sigo intentándolo. Pero no puedo. No me concentro. No puedo pensar con claridad. Ella no dejaba de hablar del Danehof y del asesinato de nuestro padre. Dejé de escucharla hacía tiempo. Yo solo quería paz; quería dejar atrás el

pasado. ¿Y qué pasó? Pues que Malte siguió el ejemplo de su madre. Y luego le sucedió lo mismo. Yo ya no puedo distinguir lo que realmente dijo ese día y lo que me invento.

—Fue el 26 de diciembre, ¿verdad?

—Sí. Sigrid y mi cuñado se marcharon hacia el sur de Jutlandia por la mañana. Celebramos juntos la Nochebuena aquí; también estuvieron Malte y Anna-Clara, que por entonces aún era su novia. Mi hermana y su marido querían ir a Haderslev para un almuerzo familiar, y al día siguiente se volvían a España.

—¿Y cómo pasaron la Nochebuena y el día de Navidad?

—Pues con toda normalidad. Fuimos a misa y luego charlamos y cenamos. Y el día de Navidad invitamos a unos amigos a desayunar.

—¿Y en ningún momento, ni por un breve instante, su hermana se la llevó aparte para comentarle algo? ¿No le contó ningún secreto?

La desesperación se reflejó en la cara de Benedicte Bjørk.

—¡No! No me acuerdo.

Durante un momento ambas se quedaron en silencio y tomaron un sorbo de café. Margrethe sabía que era el momento de presionar fuerte y sin piedad, sin importar cuán frágil pareciera la señora Bjørk. Se enderezó un poco, dejó su taza y respiró hondo.

—Hay una cosa que me asombra… —insistió—. ¿Cómo es posible que no haya sentido usted ninguna curiosidad? Su padre murió asesinado, presumiblemente por el Danehof. Su hermana y su cuñado fueron asesinados, presumiblemente por el Danehof. Y por fin su querido sobrino Malte y su esposa. Esta vez asesinados por el Danehof sin ninguna duda. ¿Y, mientras tanto, usted sigue sin saber nada? Igual que en mi última visita, ¿prefiere mantenerse al margen? ¡Pero están muertos, señora Bjørk! ¡Las personas más cercanas a usted! ¡Asesinadas! ¿Qué tiene que perder? ¿No quiere que los culpables de todo ese horror rindan cuentas por lo que han hecho? Usted ya no es joven. No tiene hijos. ¿Qué podrían hacerle que no le hayan hecho ya? Esta gente se lo ha robado *todo*…

Con un par de zancadas rápidas, el esposo de Benedicte apareció en la puerta. Debía de haber estado escuchando en secreto la conversación.

—¡Ya es suficiente! —dijo enojado—. Mi esposa no tiene por qué aguantar nada de esto. ¡Haga usted el favor de marcharse!

Margrethe se levantó de inmediato y se disculpó, aunque en realidad no se arrepentía lo más mínimo.

—Perdónenme. He ido demasiado lejos. Lo siento… Pero traten de entenderme. Lo estamos arriesgando todo, por imposible que parezca, para hacer un agujero en el muro que rodea el Danehof. Y me temo

que he perdido el control.

El señor Bjørk, en un gesto protector, puso la mano sobre el hombro de su esposa, pero ella la apartó enérgicamente.

—No tiene que disculparse. Es solo que no puedo ayudarla. No estoy bien.

—Aun así, si en algún momento recuerda algo, llámeme a este número —dijo Margrethe, y escribió su número de móvil en el reverso de un tique de caja del Netto—. Lo que sea. Usted llámame. Adiós.

Salió de la casa sin que la acompañaran y cerró la puerta principal al salir. Si en la casa de los señores Bjørk hubiera habido algo parecido a una melancólica armonía dominical, ahora no quedaba nada. Pero había sido inevitable.

39

¿Amor eterno? ¿De verdad había tantos idiotas en Liverpool? A juzgar por la infinidad de candados que había colgados en la barandilla del paseo marítimo, la respuesta solo podía ser afirmativa.

Se sentó en uno de los muchos bancos del muelle. En un día de la semana como aquel, no había mucha gente paseando por el Albert Dock por la mañana. La última vez que estuvo aquí fue hace unos años, en un soleado domingo de agosto. Por aquel entonces, el muelle estaba abarrotado.

Dejó que su mirada se desplazara lentamente sobre el agua. Aquí, cerca de su desembocadura, el Mersey era bastante ancho. Unos cuantos cargueros y lanchas motoras más pequeñas navegaban por el río.

Se subió la manga y miró su reloj. En cinco segundos serían las once. El policía tendría que aparecer de un momento a otro…

Su mirada volvió a la barandilla. Miles de candados colgaban del travesaño, hasta donde alcanzaba la vista. En realidad, la administración de la ciudad debería enviar un pelotón de limpieza y quitarlos todos. De todos modos, la mitad de esos juramentos de amor eterno ya eran historia o estaban a punto de serlo.

No pudo evitar pensar en Tintín, un excelente soldado belga que se unió a sus tropas en un par de ocasiones. Tintín se había divorciado cuatro veces. Si no andaba errado, la tasa de divorcios en Bélgica rondaba el setenta por ciento. Un belga que colgara un candado de esos era más ingenuo aún que un británico.

Volvió a mirar su reloj. Eran poco más de las once. No soportaba la falta de precisión. Cada misión debía atenerse a un horario que debía cumplirse a rajatabla.

Él nunca se había casado. Amores juveniles sí había tenido. Candados, no. Y no tenía ninguna intención de cambiar eso. No con su trabajo. Una mujer no sería más que un impedimento. Lo mejor era llevar una vida libre, sin duda. Él tenía dos o tres amigas con derecho a roce en Londres, de modo que sexo no le faltaba. Y si así fuera, también podía pagarlo. De hecho, quizá ahora le apetecía…

—¿John Smith?

Se dio la vuelta a la velocidad del rayo. Un hombre de unos cuarenta años le tendía la mano.

Malditas suelas de goma de los zapatos de policía. Con el ruido de los candados no lo había oído llegar. Le estrechó la mano y asintió.

—Ese es mi nombre.

—Riley —dijo el hombre, y se sentó.

El apellido era suficiente. Un conocido común había actuado como intermediario y había organizado ese encuentro. Con toda probabilidad, después de aquel día, nunca más volverían a verse.

—Si no voy equivocado, viene usted de allí, ¿no? —dijo enfatizando su pregunta con un movimiento de cabeza.

Con «allí» se refería al cuartel general de la policía de Merseyside, que estaba ubicado a unos pocos cientos de metros en línea recta detrás de ellos. Una caja enorme y lúgubre hecha de ladrillos de color marrón oscuro, en la que trabajaba la mayoría de los polis de la ciudad.

—Sí, delitos de pandillas… ¿Se ha enterado de lo de Runcorn?

Riley era de los que iban al grano. De hecho, ya se lo habían comentado.

—Sí. Algo con un tal Alistair MacDuff, ¿no?

—Bueno, escuche. El caso no está en nuestra jurisdicción, sino en la de la policía de Cheshire, pero tengo un colega en Runcorn. Él dice que investigaron a fondo el asunto y cerraron el caso sin llamar a los colegas de homicidios de Winsford. Esto significa que el caso estaba claro como un día sin nubes. Una historia sencilla, sin dudas ni atisbos de criminalidad. De lo contrario, Winsford habría tomado el relevo.

—¿El tipo había bebido?

—Tasa de 1,9 g/l de alcohol en sangre. Esa noche había jugado el Liverpool. Él vio el partido en The Clarendon, un *pub* a poca distancia de su apartamento. Por supuesto, nuestros compañeros se pasaron a preguntar por ahí.

—¿1,9? Pero el tío era grande y fuerte.

—Uno también puede caerse por las escaleras después de tomar solo una o dos cervezas, o incluso después de una limonada. Es una muerte trágica. Estas cosas suceden. Falleció en el acto.

—¿Alguna señal de robo u otros incidentes? Pregunto porque…

Riley levantó ambas manos.

—No quiero saber nada y no me importa, ¿de acuerdo?

Él asintió, y Riley continuó:

—Pero no, nada. Ningún indicio sospechoso. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas.

—Supongo que tendría un ordenador, ¿no?

—Ni idea.

—De haberlo tenido, lo habrían revisado, ¿verdad?

—Solo si hubieran pasado el caso a Winsford, pero no fue así.

—¿Algo más de interés?

—Eso es prácticamente todo lo que sé. Comprobaron todos sus movimientos. Por lo que parece, no fue más que un día normal para un tipo como él. A última hora de la tarde levantó algunas pesas, comió sobre la marcha, vio el partido de fútbol, se fue a casa y se rompió el cuello. Un tema desagradable, según mi colega. El tipo no era precisamente un desconocido.

—Pero estaba limpio, ¿no?

—Limpio pero, de algún modo, también sucio. Por lo visto era una especie de mercenario…

—Humm, con esto tengo suficiente. Dejémoslo aquí.

Sacó un fajo de billetes de cincuenta libras de su bolsillo y los colocó en la mano de Riley. El policía no los contó y se los guardó discretamente en la chaqueta.

—Gracias. Si necesita investigar más, puedo concertarle una reunión con un colega de Runcorn. Es de confianza y minucioso, sin charlas superfluas. Pero el contacto solo se lo puedo dar yo. Tenga.

Riley le dio una tarjeta de visita. Su nombre era Eddy. La metió en el bolsillo interior de su chaqueta. Se despidieron y el poli se marchó sobre sus silenciosas suelas de goma.

Se quedó un rato más sentado mirando fijamente la superficie gris del Mersey.

También podrían haber encontrado a Alistair MacDuff con una granada en el culo gracias a él. No es que le importara, la verdad. Pero sabía que no debía ignorar un acontecimiento tan inesperado, aunque no hubiera la más remota conexión con él y su trabajo. En su mundo, uno nunca era lo suficientemente precavido.

Cualquiera podía tropezar, por supuesto. Sin embargo, a él se le dispararon todas las alarmas cuando se enteró de que MacDuff, un veterano profesional que había sobrevivido a más de una situación compleja, tanto aquí como en el extranjero, se había caído en casa y había muerto, así, sin más.

Por otro lado, la descripción de Riley no daba lugar a dudas. Ahí no había nada que investigar. Tal vez debería desoír sus eternas sospechas y aceptar sin más los avatares de la historia de Alistair MacDuff. Una historia que había escogido un extraño final.

40

En el cementerio de Hellerup, la gente seguía en pie incluso después de muerta. Una tras otra, las impresionantes tumbas pasaron junto a ella, mientras avanzaba por el largo camino tan rápido como se lo permitía su pierna.

El Suzuki se había quedado parado en un semáforo, aunque el clima era seco y el sol aparecía de vez en cuando entre las nubes. Algunas almas bondadosas se habían apiadado de ella y la habían ayudado a empujar el coche, pero aun así fue imposible ponerlo en marcha y se había quedado sin tiempo. Tenía que llegar puntual a esa cita.

La noche anterior, alrededor de las diez, había recibido un mensaje de texto. «Vaya a la tumba de nuestra familia, en el cementerio de Hellerup, mañana a las 14:00. Saludos cordiales, Benedicte Bjørk».

Por suerte, acababa de renunciar a su trabajo en la cocina. El mensaje de texto había desencadenado en ella una serie de especulaciones que le habían impedido conciliar el sueño.

Miró su reloj. Aún tenía unos minutos. Avanzó hacia un grupo de hayas y, al girar tras unos arbustos, los vio a ambos. Estaban sentados en un banco, al final del camino. El señor y la señora Bjørk, de Odder.

—Buenos días… Margrethe —dijo la señora Bjørk, como si hubiera tomado la decisión consciente de dirigirse a ella por su nombre de pila.

Benedicte Bjørk tenía mucho mejor aspecto que cuando le abrió la puerta de su casa en Møllebakken, hacía unos días. Le sonrió, y su rostro ya no parecía tan sombrío y nervioso.

—Siéntese —le dijo, dando unos golpecitos en el banco, a su lado.

Margrethe se sentó y esperó. Después de su impertinente actitud de la última vez, lo que hoy importaba de verdad era ser paciente y respetuosa.

Al otro lado del banco había un mausoleo enorme, rodeado por una valla de hierro forjado, pintada de verde con puntas curvas y

pequeñas bolas. La tumba que quedaba en su interior, en el centro, estaba hecha de mármol negro y gris y tenía más de dos metros de altura. El nombre RYTTINGER, grabado en grandes letras doradas, podía leerse incluso a una distancia de varios metros.

A derecha e izquierda había dos lápidas más, ordinarias, cada una con flores frescas.

—¿Sabe? Después de su visita el otro día estuvimos hablando en casa —empezó a decir el señor Bjørk, en voz baja—. Y dado que ya era hora de visitar el cementerio de todos modos… —Señaló hacia la tumba con la cabeza.

—Fue *mi* decisión —dijo la señora Bjørk, mirándola—. Yo lo quise así. Y sienta bien haber tomado esta decisión.

La elegante dama a su lado se quedó en silencio, con la mirada descansando en la tumba. Al cabo de un rato, continuó:

—Debería haber hecho esto hace mucho tiempo, pero no me atreví. Tal vez esté usted preguntándose de qué va todo esto, o qué queremos decirle ahora, así que deje que se lo explique. Mire… yo nunca tuve el coraje ni la fuerza de voluntad de mi hermana. Ya desde pequeñas, yo era reservada y cautelosa, mientras que Sigrid simplemente arrasaba con todo. Tal vez por eso se lanzó a investigar por su cuenta. La muerte de nuestro padre nos afectó mucho… —La señora Bjørk miró hacia la tumba—. Hoy en día una tumba como esta parece un poco… vanidosa… ¿no cree?

Margrethe se encogió de hombros y respondió en voz baja:

—Tal vez algo pasada de moda, pero seguro que para su época fue lo más adecuado.

—Tiene usted razón. Eran otros tiempos. Aquí en el cementerio se pueden ver muchas tumbas de este tipo. Nuestro padre diseñó él mismo la tumba de la familia. Nuestra madre murió veinticuatro años antes que él. La lápida la diseñó él. Costó una fortuna. Papá dijo en ese momento que quería que su familia permaneciera unida eternamente, sin importar a dónde nos llevara el viaje. A su izquierda están Sigrid y su esposo, y a su derecha, Malte y su esposa. Cuando los enterramos el año pasado, algo se rompió en mi interior… Y el resto ya lo sabe.

Margrethe asintió, en silencio. Ya había roto el hielo. Pronto vendría más.

—Me pilló usted por sorpresa al aparecer frente a mi puerta y recordarme su nombre. Al principio ni siquiera la reconocí. Pero entonces mi corazón empezó a latir de un modo salvaje. Sentí que todo estaba a punto de derrumbarse otra vez sobre mí. Celebro que se enojara y me regañara, la verdad. Me lo merecía.

La señora Bjørk se volvió hacia un lado y agarró una gran bolsa que tenía allí. Margrethe no se había fijado en ella en absoluto, pues la habían puesto entre ambos, en el banco.

—Tenga, quiero darle esto.

La señora Bjørk puso la bolsa en su regazo. Dentro había dos cajas de cartón.

—Aquí tiene dos cajas de zapatos con todas las cartas que Sigrid me escribió desde España, ordenadas cronológicamente y unidas con cuerdas. Vivió allí durante casi diez años. Cada tres meses me escribía una carta. Eso hace un total de treinta y nueve sobres. La única vez que no recibí una carta en Navidad fue el año en que murió, porque quisieron venir a visitarnos y celebrar las fiestas con nosotros.

—¿Tantas cartas? ¿No le enviaba correos electrónicos?

La señora Bjørk negó con la cabeza.

—En ese sentido, ella era mucho más conservadora que yo. Le encantaba escribir cartas, siempre bastante largas, y a mano. Nunca se comunicaba de otro modo. Teníamos Facebook y todas esas cosas, pero a ella no le interesaban. —Hizo una pausa—. Cuando vino usted a mi casa, me preguntó si de verdad Sigrid nunca había mencionado o insinuado nada… La respuesta correcta es «pues claro que lo hizo». Una vez, cuando estaba a solas con ella en España, me dijo que cuidara bien de sus cartas; que las *protegiera* bien. —La señora Bjørk guardó silencio y miró con tristeza la bolsa con las cartas por un momento, luego continuó—: Sigrid me dijo: «Benedicte, si un día buscas respuestas, las encontrarás en mis cartas. Mis cartas son mi vida». En aquel momento no le presté atención. Sigrid escribía muy bien. Ya lo verá… su lenguaje es a veces increíblemente pintoresco y casi dramático. Solo después de su muerte se me ocurrió la idea de que podría haber escondido algo en una o más cartas. Un mensaje secreto o algo que yo pudiera descifrar. Malte me preguntó lo mismo que usted. Varias veces, de hecho. Si su madre me había pedido que guardara algo para él… Si me había dicho algo especial o me había confiado algún secreto… Pero ¿sabe qué, Margrethe? Me aterrorizaba pensar que podría perderlo a él también. Estaba obsesionado con el Danehof, igual que su madre. Por eso nunca le conté lo de las cartas. No me atreví. Quise protegerlo. Quise mantenerlo con vida. Y aun así, me lo quitaron de todos modos. Tenía usted razón: todos están muertos; ya no tengo nada que perder. No puedo seguir siendo una cobarde para siempre.

—Benedicte se culpa en exceso —intervino su esposo—. Yo he tratado de hacerle entender que nada de esto es culpa suya. Que no habría podido hacer nada por evitarlo.

Margrethe dejó la bolsa en el suelo y puso su mano sobre el brazo de la señora Bjørk.

—Uno no es cobarde cuando quiere proteger a quien ama.

—Humm. Gracias. Y en cuanto a esas notas de la casa de vacaciones… Aunque mi hermana nunca lo dijo directamente, hay algunos indicios que apuntan a que nuestro padre estaba involucrado en el Danehof. En mi opinión, era una persona buena y cariñosa, aunque tenía fama de ser un duro hombre de negocios. En ocasiones, incluso brutal. Yo nunca lo vi así. Sería terrible para mí descubrir que fue uno de ellos… Si realmente estuviera involucrado en todo ese mal…

—Ya veremos si las cartas nos llevan a alguna parte.

—Sea como fuere, querría agradecerles, a usted y también a Mossman, sus esfuerzos. Están arriesgando sus vidas. Soy muy consciente de eso, y la idea me hace sentir mal. Tengo remordimientos. Me gustaría haber…

—De verdad, no tiene de qué culparse —la interrumpió Margrethe, poniendo otra vez su mano sobre el brazo de Benedicte—. Las cosas siempre se ven distintas cuando miramos hacia atrás. ¿Hay algo que le llamara a usted la atención en las cartas? ¿Algo a lo que debería prestar especial atención?

—Las he leído todas varias veces, sobre todo las de los tres o cuatro últimos años, y sí… puede que haya un par de cosas susceptibles de considerarse como pistas o puntos de partida… Aunque puede que sea solo mi imaginación burlándose de mí. Creo que debería empezar a leer y sacar sus propias conclusiones sin que yo interfiera.

—Entendido.

—Cuando acabe con todo y ya no las necesite, me gustaría recuperarlas.

—¡Por supuesto!

Después de aquello, los tres se quedaron en silencio, sentados uno al lado del otro. Franck habría querido ponerse a leer de inmediato, pero sabía que había otra información que podría resultar relevante.

—¿Podría hablarme un poco más sobre las personas con las que se relacionaban su hermana y su marido en España? Tenían una casa en la Costa del Sol, ¿verdad?

—Sí, en Fuengirola, al sur de Málaga. Allí viven muchos daneses. Bueno, muchos extranjeros en general. Ellos compraron una villa en las montañas. Al vender la empresa sabían que no tendrían problemas económicos. Eran muy activos en la comunidad danesa de allí, el Club Danés, que tiene su sede en Casa Danesa, que a su vez también tiene

un restaurante. He visitado Fuengirola dos veces sola y dos con mi marido. Y siempre nos hemos alojado en Casa Danesa. Supuse que me lo preguntaría, así que le he preparado una lista, aquí la tiene.

La señora Bjørk sacó un pequeño sobre de su bolsillo y se lo entregó. Dentro había un trozo de papel escrito con letra delicada. Era un resumen de los mejores amigos de la pareja. Margrethe miró la lista. Todos vecinos y amigos de la comunidad danesa, incluida una pareja sueca y una inglesa. Junto a varios nombres podía leerse la palabra «golf». La lista terminaba con la señora de la limpieza de la hermana y su jardinero.

—Esto es genial, gracias. Entonces, ¿los dos jugaban al golf?

—Todo el tiempo —murmuró el señor Bjørk.

—Sigrid no empezó a jugar hasta después de la mudanza. Su marido ya jugaba antes, de vez en cuando. Creo que cada vez jugaban más porque querían hacer algo juntos y porque es un deporte que te permite hacer muchos contactos. Estaban obsesionados con eso. No renunciaban a sus partidos ni cuando yo iba a visitarlos. Bueno, yo ahí aprovechaba para ponerme al sol con un libro.

Margrethe dobló la lista y la volvió a meter en el sobre.

—Además de los nombres que encontraré aquí… ¿hay alguno más que deba saber?

—Tenían un gran círculo de conocidos, principalmente en la comunidad danesa y el club de golf. Mi marido y yo hemos tratado de enumerar a los más importantes. Algunos de ellos también se mencionan en las cartas, pero eso ya lo verá usted misma. Si se le ocurre alguna pregunta, llámeme.

—Muchísimas gracias, señora Bjørk. Le agradezco de corazón que me confíe las cartas.

—Las leí hace mucho tiempo. Después de enfermar, sentí que ya no me quedaban fuerzas para hacerlo. Cada vez que las veo, oigo la voz de Sigrid. Y entonces me pongo triste. Tenía una voz maravillosa, suave y cálida. Espero que encuentre algo, Margrethe.

—Haré cuanto esté en mis manos. Ahora mismo, en cuanto llegue a casa, me pondré a trabajar con ellos.

—Nosotros nos quedaremos un rato más. Ya no venimos tan a menudo como antes.

La señora Bjørk sonrió levemente.

Margrethe se despidió, tomó la bolsa y volvió al aparcamiento.

Quería llegar ya a casa. Lo más rápido posible. A casa y a leer. En unos días volverían a encontrarse en el sótano de Axel Mossman y compartirían sus avances. Llamaría al Netto para decir que estaba enferma, se abastecería de un montón de comida congelada y se

atrincheraría en su apartamento durante los siguientes días para tratar de averiguar si había algún mensaje oculto en las líneas de Sigrid. O entre líneas, tal vez.

41

¿Ormskirk? ¿A quién demonios se le habría ocurrido la idea de llamar a una ciudad Ormskirk? Pero, bueno, probablemente tenía que ver con alguna chorrada vikinga.

Se detuvo frente al número 24 de la Calder Avenue. Era una casa adosada, como tantas otras en esa calle. La casa en la que vivía Kate MacDuff con su hija tenía un aspecto un poco descuidado, pero no estaba mal.

Como el resto de las casas de la zona, tenía un pequeño jardín que limitaba con las vías del tren. Para una madre sola no estaba nada mal poder disponer de tanto espacio.

Su perenne escepticismo lo había llevado hasta allí, a este pequeño pueblo al norte de Liverpool en el que no había nada exótico excepto el nombre. Ormskirk era una ciudad como cualquier otra.

Fue a la puerta principal y llamó al timbre. En un papelito encima del buzón podía leerse KATE Y EMILY MACDUFF. La mujer ni siquiera se había molestado en cambiar su apellido. Por cuanto él sabía, habían pasado cinco o seis años desde el divorcio.

Esperaba que aún siguieran en contacto. Después de todo, tenían una hija en común, y creía que a MacDuff le importaba el tema. Sí, parecía recordar que siempre llevaba una foto de su niña encima.

Oyó pasos en el interior de la casa. La puerta se abrió y una mujer de poco más de cuarenta años lo miró con curiosidad. Estaba bastante buena. Llevaba una melena rubia ondulada y unos pendientes muy grandes.

—Hola. Me llamo John Smith. Soy un colega de su exmarido, Alistair. ¿Podría pasar un momento?

—Está muerto. ¿Qué desea?

—Precisamente de eso me gustaría hablar con usted. Es decir, sobre las causas de su muerte… me gustaría hacerle algunas preguntas.

Kate MacDuff vaciló, mirándolo de arriba abajo sin el menor disimulo. Entonces ella hizo un movimiento con la cabeza, se hizo a un lado y le mostró el pasillo.

—Emily está en el comedor viendo la tele. Iremos a la cocina.

Sacó dos sillas de debajo de una mesita.

—No tengo mucho tiempo, así que… al grano.

Él asintió. Bajo la melena rubia, recogida en una coleta con una goma negra, parecía hallarse una mujer a la que sería mejor no subestimar.

—Él nunca me explicó… ¿A qué se dedica usted?

—Puedes tutearme. Soy peluquera. Y haz el favor de ir directo al asunto, ¿quieres?

—Está bien. Me parece muy extraño que un tipo como Alistair, con la suficiente masa corporal como para soportar un montón de cervezas, se caiga por las escaleras de su casa y se rompa el cuello. Así que pensé en pasarme y ver si tú lo habías notado algo distinto últimamente. ¿Te llamó la atención algo que hiciera? ¿Algo que dijera?

Kate MacDuff resopló.

—Pero ¿tú te crees que nos divorciamos porque éramos felices, y que seguíamos viéndonos y charlando con regularidad? Entonces está claro que no conocías bien a Alistair. El tío era un cerdo asqueroso. Siempre decía que quería a Emily y que se preocupaba por ella, pero casi nunca venía a verla. Y en un par de ocasiones la dejó plantada. Me importa una mierda que esté muerto. ¿Ha quedado lo suficientemente claro?

Con estas palabras, la peluquera enterró todas sus esperanzas en cuestión de segundos, aunque, la verdad, tampoco estaba demasiado sorprendido. Siempre había tenido la impresión de que a Alistair le gustaba más la historia del padre devoto que el hecho de serlo en realidad. ¿Un cerdo asqueroso? Bueno, Kate MacDuff probablemente tuviera razón.

—Te pido perdón. Pensé que teníais más contacto.

Se levantó.

—Pues no, ya ves. En los últimos doce meses habrá venido a ver a Emily cuatro veces como mucho. La atiborraba a helados y la devolvía el domingo por la tarde, a primera hora, porque quería ir al fútbol.

Él asintió y fue hacia el pasillo. A ella no pareció importarle que se fuera de inmediato, pero justo cuando puso la mano en el pomo de la puerta, recordó algo:

—¡Un momento! ¡Sí pasó algo que me llamó la atención!

Él se dio la vuelta y la miró con interés.

—Fue algo que me contó Emily. Un día después de enterarse de la muerte de su padre… Por lo visto, un desconocido se le acercó en la zona peatonal, arriba, junto al campanario, y le preguntó si le gustaría

grabar un mensaje en vídeo para su padre. Ella le deseó un feliz cumpleaños mientras el tipo la grababa con su móvil, y al final los dos saludaron a la cámara. A mí no me gustó nada la idea de que un desconocido la abordara así, pero… En fin, probablemente la historia no tenga nada que ver con su muerte. Y, como he dicho antes, me importa un carajo. Pero ya que has preguntado… pues mira, ahora ya lo sabes. No es mi estilo ocultar cosas.

Él estaba paralizado. Kate MacDuff tenía los brazos en jarras y esperaba a que él se fuera.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No, ¿para qué? Ellos solo me llamaron para decirme que mi exmarido había muerto.

—Una pregunta más… Este tipo, el que grabó el vídeo… ¿dijo su nombre?

—Bryan. Le dijo a Emily que se llamaba Bryan. Y que vivía aquí en la ciudad. Que era amigo de su padre y que Alistair lo había invitado a su fiesta de cumpleaños. De ahí la broma del vídeo. Se ve que era una especie de regalo.

—Humm, ¿y cómo era?

—Emily dijo que normal. Alto, con una sudadera negra, simpático. Le dio dinero para un helado. Y hablaba diferente a la gente de la ciudad, dice ella.

—¿Cómo era su acento?

—Oye, ya está, ya te lo he dicho todo. A partir de ahora puedes preguntar hasta hartarte, pero yo no sé nada más. Emily me contó todo lo que sabía. Fin de la historia. Ella tiene que aceptar que él está muerto y, por lo visto, tú también. No vuelvas por aquí, ¿me oyes? Conozco a muchos tipos como tú… He sido honesta. Siempre soy honesta. Pero ya no tengo nada más que contarte.

—Está bien, ya veo… Gracias.

Ella asintió y él cerró la puerta tras de sí.

No había que dejarse engañar por el aspecto de Kate MacDuff. Era una belleza, sin duda, pero también tenía una personalidad muy afilada. Era fácil cortarse si uno se acercaba demasiado. ¿Quizá Alistair no supo estar a su altura? Podía imaginarse a sí mismo, quizá en otro lugar y otro momento, tratando de tirarle los tejos. Ahora, por lo pronto, tenía que aceptar que ella lo echara de su casa.

Pensativo, volvió a la calle. Algo en esa historia no cuadraba. ¿Un hombre hablando con la hija de Alistair para grabar un mensaje de vídeo con ella? ¿Un hombre que hablaba distinto a la gente del pueblo?

¡Joder! Giró sobre sus talones, corrió de nuevo hasta la casa y

llamó al timbre.

Esta vez abrió la puerta de inmediato, pero no abrió la boca: sus ojos ya decían lo suficiente.

—Lo siento. Solo una pregunta más. ¿El hombre era blanco o negro?

—Blanco.

—Gracias.

Esta vez ella ni siquiera asintió. Se limitó a cerrar la puerta.

Al volver a la calle se dio cuenta de que tendría que seguir investigando este asunto, y se sintió francamente molesto. Con la de cosas que tenía que hacer.

42

Acababa de despertarse, aunque era casi mediodía. Llevaba puesto el pijama. Se había cortado la pernera del pantalón a la altura del muñón. La prótesis estaba apoyada en la puerta que daba al pasillo, justo donde la había dejado hacía casi tres días.

Debió de quedarse dormida en el suelo, en algún momento de la madrugada. Al menos tenía una almohada bajo la cabeza, y por lo visto había tenido la previsión de taparse con la manta del sofá.

Se sentía bien, descansada y despierta. Había acabado. Lo había logrado. Aquella noche se encontrarían en el sótano de Axel Mossman.

El piso de su salón estaba lleno de cartas que ella había ido clasificando según varios criterios. Treinta y nueve cartas de hermana a hermana, de Sigrid en España a Benedicte en Odder. Treinta y ocho yacían sobre la alfombra. Una estaba sobre la mesita que quedaba junto al sofá.

Había sido un trabajo agotador que había requerido su total concentración. Había leído todas las cartas dos veces, por orden cronológico.

La primera lectura había sido necesaria para hacerse una visión general de los contextos, conocer la voz de Sigrid y tener una idea de la relación entre las hermanas. En la segunda lectura se concentró todo lo que pudo en tomar notas y ver lo invisible.

Había sido sistemática y había clasificado las cartas en varios grupos. En el grupo uno estaban las primeras cartas, todas escritas en el primer año después de que Sigrid y su esposo, Frederik Bulbjerg, se mudaran a Fuengirola. Él acababa de vender Bulbjerg Transmissions, la empresa familiar que fabricaba soportes de engranajes para turbinas eólicas, por lo que Sigrid le había confiado a su hermana que se habían embolsado «una cantidad de millones de tres dígitos».

> Ya no tendremos que preocuparnos por nuestras finanzas durante el resto de nuestras vidas, querida Bene, aunque tenemos otras preocupaciones.

Recordaba las palabras con exactitud. Sigrid solía llamar «Bene» a su hermana mayor, especialmente en los momentos más íntimos, si es que algo así podía darse en una carta. Quizá también porque «bene» venía del latín y significaba algo así como «bueno», si no se equivocaba.

En ese sentido, puede que Bene fuera «la buena hermana» ante sus ojos. Lo que sí estaba claro, después de treinta y nueve cartas, era que Sigrid consideraba a su hermana la más cautelosa y miedosa de ambas. Y eso concordaba bien con la propia valoración de Benedicte.

No pudo determinar con claridad el momento en el que Sigrid empezó a investigar en serio los diversos documentos que su padre había escondido en la casa de verano de Skagen. Sin embargo, no había ninguna duda de que el pequeño cofre del tesoro de Karl-Erik Ryttinger, plagado de actas de reuniones, apuntes en las páginas del calendario, notas con cosas para recordar y entradas del diario, había sido objeto de acaloradas discusiones entre las hermanas, y que Sigrid se expresaba con mucho tacto a la hora de hablar sobre el tema.

No fue hasta la novena carta que especificó un poco más: «He empezado mi propia investigación, Bene. Sé que el tema no te interesa mucho, así que te ahorraré los detalles, pero quería que lo supieras».

A continuación, venía toda una serie de cartas en las que ni siquiera se tocó el asunto. Sigrid describía su día a día, a quién conocía, qué hacía y qué pensaba sobre esto y lo otro: sobre religión, sobre extremismo, sobre los problemas con su *drive* y con el hoyo 7, que nunca le salía como quería. Y podía pasar de sus cavilaciones sobre el hecho de ser danesa en el extranjero a su deleite ante el principal orgullo de su jardín: su nuevo jazmín.

Benedicte Bjørk tenía razón cuando le dijo que su hermana escribía vívida y apasionadamente, con la tragedia familiar a menudo resonando bajo la superficie.

> Con la seguridad pasa una cosa, querida hermana. Tú la encuentras estando en paz y en un entorno controlado. Yo también. Pero a veces siento un volcán dentro de mí. Primero se calienta un tiempo a fuego lento. Luego la ceniza se dispara hacia el cielo y la lava fluye. ¿Son las ganas de rebelarme de una vez por todas? Nosotras no nos hemos rebelado como el resto de los jóvenes. Papá era demasiado grande y poderoso, demasiado sutil y adorable. ¿Puede ser por eso que me resuene ahora? ¿Porque él ocupaba tanto espacio? ¿Porque nos lo arrebataron de repente? ¿Es mi ira? ¿O es porque esta vida despreocupada del sur, llámese felicidad o seguridad, es en realidad una camisa de fuerza

> insoportable? No lo sé. Solo sé que Frederik me evita cuando en mi interior algo empieza a hervir. Tal vez piensa que soy una desagradecida. Pero no lo soy. Solo soy un volcán inactivo que se despierta de vez en cuando.

Había muchas cartas escritas en esta línea. No podía repetirlas todas palabra por palabra, pero la mayor parte se le quedó grabada a fuego. Aquella era la carta número catorce, y la bautizó como la «Carta volcán». Estaba en el grupo número dos, en las que Sigrid Bulbjerg había concretado un poco más por primera vez. En una frase aparte, por ejemplo, mencionó que había «visitado a una persona que había tenido relación con nuestro padre».

En el grupo número dos podían encontrarse algunas otras huellas borrosas: «Papá escuchaba a las personas a las que respetaba». O también: «He tratado de reflexionar sobre ello, de recordarlo todo. Al fin y al cabo, nuestro padre también tenía enemigos».

El grupo número tres constaba de algunas cartas más recientes. Aparte de las fechas, todas tenían en común el hecho de que Sigrid Bulbjerg daba un paso más allá. Margrethe hojeó sus notas. Las cartas contenían frases como: «Hoy me rechazaron en un lugar en el que esperaba encontrar algo así como comprensión».

Sin embargo, la carta no decía dónde ni por quién había sido rechazada. Parecía como si Sigrid tuviera siempre presente que su hermana no quería leer nada sobre ese asunto.

En el grupo número tres se hallaba también la carta que Margrethe había llamado inmediatamente la «Carta de la luna». Se arrastró por el suelo y se estiró para alcanzar el sobre blanco que había marcado con una nota adhesiva amarilla. La «Carta de la luna» era la número treinta y uno.

> A veces me siento sola por la noche, Bene, y pienso y pienso y pienso. Entonces trato de encontrar una nueva perspectiva. Un nuevo enfoque para abordar todo el asunto. Las noches aquí abajo son agradablemente tranquilas. Frederik siempre se acuesta hacia las once. Al menos así no ve lo que estoy haciendo. Se preocupa. Un poco como tú… A veces salgo al jardín y me siento en un banco al aire libre. La luna es mi confidente. La luna blanca, por lejana que esté, es mi amiga. Ella me escucha. Me pregunta. Entiende mi idioma. Respeta mi trabajo. Entiende que no puede ser de otra manera. ¿No te parece increíble que haya conocido a la luna aquí abajo? Antes nunca me fijaba en ella, pero ahora… Nuestra amistad es tan única como las diferencias que nos definen. Pregúntale a la luna, ella sabe más que nadie.

Otra carta del grupo tres decía lo que probablemente siempre quedaba por decir. Era un fragmento corto, pero importante:

> El asesinato de nuestro padre ha sido un enorme tabú todos estos años y para mi Malte supuso un dolor inconmensurable. Una y otra vez, ese acto brutal provocó discusiones entre nosotras. Pero debemos enfrentarnos al hecho, Bene, de que nuestro amado padre podría haber estado involucrado en algo que nos llena de repugnancia y con lo que no queremos tener nada que ver. Lo negamos porque no queremos destruir la imagen grabada en nuestras retinas y nuestros corazones. Pero a veces la confrontación es la única manera.

Y en el párrafo siguiente, sin más, Sigrid se preguntaba cómo serían sus nuevos vecinos. Eso era algo que hacía a menudo: decía cosas extraordinarias, pero solo para cambiar de tema inmediatamente.

El grupo cuatro estaba formado por las últimas cuatro cartas. Tenían un apartado propio porque eran las más recientes. ¿Habría algo en ellas que diera información sobre el último año de vida de Sigrid?

La «Carta estrella» también estaba en esta pila. En ella, Sigrid escribía muy poéticamente sobre las estrellas del firmamento. No eran sus confidentes, como la luna, pero brillaban en la negra noche y la hacían sentir pequeña e insignificante. Pero fue eso, precisamente, lo que la impulsó a hacer algo que realmente importara: «Aclarar el pasado, Benedicte».

El grupo cinco estaba repartido y disperso debajo de la ventana. Eran cartas absolutamente aburridas y sin rastro de algo significativo. Ella también había escrito cartas como esas.

Margrethe miró a su alrededor para localizar su teléfono móvil y apartó un montón de notitas arrugadas, pero no estaba allí. Cogió impulso con las manos y, a su manera, algo incómoda, se arrastró de regreso a donde se había despertado. Finalmente encontró el teléfono debajo de la funda del sofá, se arrastró hasta la mesa de café y agarró el bloc de notas con el número escrito en él. Marcó los seis dígitos, recogió la carta que había dejado en el centro de la mesa y esperó.

—Benedicte Bjørk —dijo una voz vacilante al otro lado de la línea.

—Soy Margrethe Franck. Creo que lo he encontrado…

43

La caminata desde la estación de Kokkedal hasta la casa de Axel Mossman en una calle lateral de la avenida Lange-Müllers se llevó a cabo en la oscuridad y a través de una acera casi desierta. Podría haber seguido así durante horas, pero, por desgracia, el camino no era tan largo. Aunque evitara la laberíntica zona residencial y tomara un desvío, en total eran cuatro o cinco kilómetros como máximo.

Volver a ver Copenhague era un mal necesario. Odiaba las multitudes y todo su cuerpo respondía a la sensación constante de tener a alguien que caminaba justo detrás de él.

Hacía tanto tiempo… Y los meses con Tessa en la casita blanca de Klöverö habían sido tan tranquilos… Puede que su cabeza lo hubiera bloqueado. Puede que su cuerpo también. La sensación no se había reavivado lentamente, como un demonio dormido, sino que había aparecido de la nada, con un chasquido de dedos.

La ruta desde el andén hasta las escaleras mecánicas, y luego entre la multitud hasta la estación de tren, puso inmediatamente en alerta máxima a su sistema nervioso. Hacía falta tan poco… Lo había experimentado. Y no solo una vez, por desgracia, sino varias. Un chaleco repleto de explosivos y un individuo dispuesto a inmolarse.

Y luego solo miembros amputados y sangre. Y los gritos que se incrustaban en los tímpanos durante días.

Kokkedal al atardecer ofrecía un contraste maravilloso. Le resultaba liberador imaginar por un momento que se saltaba la reunión y seguía caminando, sin más. Solo asfalto. Solo caminar.

Pero fue solo un pensamiento fugaz. Esa opción ya había sido descartada. En realidad, ningún camino en el mundo podría alejarlo de aquello. Y, precisamente por ello, pronto se abriría camino a través de un seto hacia el jardín de Mossman, donde el zorro ya estaba esperando para recibir a sus gansos.

Caminó por la larga calle Bolbro, cruzó el puente del ferrocarril y pasó junto a arbustos y villas.

Al Pastor, ese encantador mensajero de Dios, se le humedecieron los ojos brevemente cuando se despidieron en el tren. Pero Oxen sabía que tenía que marcharse. Había puesto a prueba la hospitalidad de la vicaría de Ullerup durante demasiado tiempo. Tampoco la esposa del Pastor se quedó indiferente, en la mesa de la cocina, ante el anuncio de su inminente marcha.

Ambos le hicieron prometer que daría señales de vida en cuanto llegara al final de su largo viaje… suponiendo que aún fuera capaz de informar de algo, por supuesto.

Se instaló en el Hotel Cabinn, cerca de la jefatura de policía. Esto tenía la ventaja de que la caminata con la mochila desde la estación principal duraba apenas unos cientos de metros, pero es que además era un hotel económico sin vestíbulo, bar, restaurante o cualquier otro lujo. Sin aglomeraciones, pues, y sin miradas curiosas desde los sillones o las mesas. Que los policías fueran sus vecinos de al lado no le molestaba en absoluto. No iban a buscar muertos.

Pasó junto a algunas tiendecitas. Tras las ventanas de una pizzería las luces estaban encendidas, pero no se veía a nadie. Volvió a echar un vistazo por encima del hombro; tampoco había nadie detrás de él. No había visto nada sospechoso en todo el trayecto, ni a pie ni sobre ruedas. Pero no podía evitar seguir en tensión.

Los muchos días que había pasado en la pequeña habitación de la casa parroquial, examinando las mansiones y casas solariegas de la lista de Mossman le habían parecido una experiencia claustrofóbica. Fue una investigación larga y ardua, y aunque había podido descartar una gran cantidad de propiedades y propietarios, aún quedaban muchos susceptibles de ser la sede del Danehof del Este. Demasiados.

Axel Mossman tenía mucha experiencia con este tipo de trabajo, tan sistemático, y si el Gran Maestro del CNI estaba convencido de que ese era el mejor método de avanzar en las investigaciones, él no era nadie para desviarse del camino, aunque le resultara una verdadera prueba de paciencia.

Ya no estaba lejos. Solo le quedaba el último tramo hasta la calle Sophienberg, luego girar a la derecha en la avenida Lange-Müller e inmediatamente a la izquierda en el pequeño callejón sin salida. Miró por encima del hombro una última vez, luego dio unos pasos rápidos hacia un lado y se coló entre el seto y la pared del garaje. Cruzó el césped y llegó a la terraza cubierta.

—Buenas noches, soldado.

Una figura oscura estaba sentada en una silla de jardín, esperándolo. Axel Mossman se levantó y le estrechó la mano.

—Adelante, Oxen. Franck también acaba de llegar.

Mossman lo acompañó al interior de la casa: cruzaron la puerta de la terraza y se dirigieron hacia las escaleras del sótano.

—¿Y su mujer? ¿Está al corriente?

El exjefe del CNI negó con la cabeza.

—A ella le va mejor cuando me ocupo de mi depresión… Y hoy tiene turno de noche. Vamos.

Mossman lo dejó pasar primero hacia las escaleras. Margrethe Franck ya estaba sentada en la misma silla que la última vez y sostenía una taza de café entre sus manos. Su rostro se iluminó cuando los vio entrar.

—Niels, me alegro de verte —dijo, sonriendo.

Lo abrazó brevemente, pero con la intensidad suficiente como para que él notara el sutil aroma de su perfume. No lo había notado la última vez, pero, aparte de eso, ella era la misma de siempre; es decir, la nueva misma de siempre.

Por un breve instante recordó a la Franck de antes. La mujer que vio por primera vez en el cuartel general de Aalborg. Aquel día, un mechón de cabello largo y rizado le caía sobre la frente mientras ella lo miraba con frialdad. Y llevaba una serpiente plateada enroscada en la oreja.

Aquel fue el día en que lo cogieron desprevenido y lo sacaron a rastras del bosque. Desde entonces, tanto para Margrethe como para él las cosas no habían hecho nada más que empeorar. Ella se había convertido en una simple mortal, y él… en un cadáver viviente.

—¿Estás bien? —le preguntó, tomando asiento.

Franck asintió. ¿Quizá sí había cambiado algo, después de todo? ¿Era posible que sus mejillas, últimamente tan pálidas, hubieran adquirido algo de color?

—Me alegro de que estéis aquí —dijo Mossman, entregando a Oxen una humeante taza de café—. Sugiero que comencemos de inmediato. Margrethe me ha pedido ser la primera en hablar.

¿Sería ese el motivo de su sonrojo? Franck era buenísima investigando. Donde otros solo encontraban polvo y piedras, ella desenterraba oro. Se lo había visto hacer muchas veces. Pero, aun así, había una cosa más importante que cualquier otra.

—¿Londres?

Se limitó a pronunciar esa palabra y miró a Axel Mossman, interrogante.

—Lo siento, Oxen, por supuesto… Empezaremos con Londres.

El viejo sabueso asintió, haciendo temblar la piel fofa y arrugada bajo su barbilla. Tomó entonces la palabra y, al hacerlo, escogió cada letra con sumo cuidado:

—*Well*, no quiero darte falsas esperanzas, soldado. He estado dos días en Londres, volví a casa anteayer y para decirlo con cautela… el proceso está en curso. He visitado a los colegas de ambos lados del Támesis y me gustaría…

Oxen enarcó las cejas para llamar la atención de Franck, que solo entonces empezó a escuchar de verdad.

—A ambos lados del Támesis significa MI5 y MI6, inteligencia nacional e internacional.

Mossman asintió y retomó el hilo.

—No tengo ninguna conexión con el Ejército británico, así que me pareció natural visitar primero a *Six*. Pero como quería extender las redes lo más lejos y rápido posible, también llamé a la puerta de *Five*. Contactos, favores y contrafavores… Algo así se extiende por toda la familia. Bueno, enseñé las fotos y se hicieron algunas copias con la condición de que el asunto se tratara con la máxima discreción. Eso es lo que suelen hacer. Después de tantos años, tengo buenas conexiones allí. A ver si dan resultado.

—¿Ni una sola reacción espontánea?

—No, Oxen. No lo reconoció nadie. Me pondré en contacto contigo en cuanto averigüe algo. ¿Te parece bien? ¿Es suficiente para ti?

Oxen asintió. Tampoco podía hacer más. Mossman había indagado sobre el tema en ambas orillas del Támesis. A él, en cambio, le faltaba el conocimiento interno necesario para evaluar las posibilidades de que lograran algo por esa vía.

—¿Continuamos, entonces, y escuchamos lo que Margrethe tiene que decirnos? —preguntó Mossman.

Él la miró. Sí, por supuesto. Sus mejillas tenían un color rosado. Franck había encontrado algo.

Notó que Oxen la observaba en secreto mientras sacaba las notas de su bolso y se preparaba para compartir su informe. Quería abrir la reunión porque su instinto le decía que iba a ser la primera en anunciar un descubrimiento real. Además, los demás podrían compartir sus sugerencias inmediatamente después.

Empezó.

—En primer lugar, lamento confirmar que tendremos que continuar sin su sobrino, Mossman. Fui a visitarlo a Aarhus y os envía saludos a todos, pero su respuesta fue clara: no quiere participar.

—¿Alguna razón especial? —preguntó Mossman.

—Se preocupa por sus hijas.

Mossman asintió.

—De Aarhus pasé a Odder, y allí visité a la tía de Malte Bulbjerg, Benedicte Bjørk, con quien hablé también el año pasado en relación

con nuestra investigación.

Continuó con una descripción detallada del estado de la señora Bjørk, nada carente de importancia para lo que pretendía, así como el esbozo de la relación entre las dos hermanas, tan marcada por la dramática muerte de su padre.

Y para acabar completó su informe introductorio con el mensaje de texto de Benedicte Bjørk y su reunión ante el mausoleo familiar del cementerio de Hellerup, de donde había regresado con dos cajas de zapatos llenas de cartas antiguas. Treinta y nueve misivas para ser exactos.

—He pedido la baja laboral por enfermedad durante los últimos días, con la idea de disponer de tiempo suficiente para leer cada carta varias veces… y para realizar una investigación exhaustiva —explicó.

Miró a Mossman y a Oxen alternativamente. Los dos la escuchaban con suma atención.

—Y encontré algo —añadió—. Algo de lo que estoy absolutamente convencida…

Hojeó sus papeles, encontró la carta correcta y la sacó del sobre.

—Me centré principalmente en las últimas cartas de Sigrid, pues supuse que ella advertiría a su hermana, sin duda, si tropezaba con algo o consideraba que podían estar en peligro por remover viejas historias. Estaba segura de que Sigrid habría encontrado el modo de preservar los resultados de sus investigaciones, aunque supiera que Benedicte solo quería vivir en paz. Pues bien: esta carta la escribió un año y medio antes de su fatal accidente:

> Mi nuevo jazmín, del que ya te hablé, está precioso. Ha echado fuertes raíces y ha crecido una barbaridad. Está en un rincón del jardín, de modo que puede verse desde el porche. ¿Y sabes qué? Cuesta de creer, pero hace poco vimos el arcoíris más bonito que puedas imaginarte. Lo vimos con absoluta nitidez y unos colores increíblemente intensos. Abarcaba desde el mar hasta donde estábamos nosotros, en La Sierrezuela. Acabábamos de salir de casa, de camino al club, y Frederik se detuvo a un lado de la calle para poder verlo mejor. Te juro, Benedicte, que el arcoíris acababa justo al pie de mi jazmín. Como si la belleza de lo efímero quisiera tomarse el tiempo de saludar a otra belleza antes de desaparecer. ¿Te acuerdas de cuando papá nos hablaba del arcoíris y nos decía que sus colores señalaban un tesoro a sus pies? Aún puedo escuchar su voz, Bene…

Margrethe se detuvo y dobló la carta.

El pasaje había surtido su efecto. Oxen y Mossman se quedaron en silencio, tratando de asimilar lo que acababan de escuchar. Oxen fue el primero en hablar:

—¿Y qué crees que encontrarás al pie del jazmín? ¿Alguna prueba? ¿O qué?

—No lo sé. Tal vez no una prueba sólida y definitiva, sino una especie de pista sobre cómo seguir. O quizá los papeles que el viejo Ryttinger escondió en la cabaña de Skagen. Recordad que nadie ha logrado encontrarlos. Ni siquiera Malte. Su tía nunca le habló de estas cartas, para protegerlo. Había perdido a su padre y a su hermana, y habría hecho lo que fuera para evitar que su querido sobrino cayera también en manos del Danehof.

Cuando mencionó a Malte, una sombra negra cubrió el rostro de Axel Mossman, que estaba sentado en el borde de su silla y parecía a punto de preguntar algo, pero sin embargo calló.

—Algunas de las cartas son un poco prolijas, agradables de leer, pero poco útiles; otras son filosofía cotidiana, banal y despreocupada. Estoy absolutamente convencida de que Sigrid enterró algo debajo de su jazmín. Quizá no sea nada relacionado con el tema que nos ocupa, pero se aseguró de que su trabajo no fuera en vano; de eso no hay duda. Puede que no se trate de una imagen demasiado sutil, pero tampoco era cuestión de construir un acertijo que Benedicte nunca fuera capaz de resolver, ¿no?

—¿Y qué dice la señora Bjørk al respecto? ¿Ya has hablado con ella? —preguntó Mossman.

—Cree que tengo razón. Ella llegó a la misma conclusión que yo hacía tiempo, cuando leyó la carta, pero… Simplemente, no había querido seguir la pista. Decidió «pasarla por alto», por así decirlo. Como acabo de decir, creía que estaba protegiendo a Malte.

Mossman intervino de repente:

—¿Y cuándo piensas viajar allí, Margrethe?

—Mañana.

Franck miró a Oxen, con la pregunta dibujada en los ojos. Él hizo un gesto pensativo, pero luego sacudió la cabeza hacia los lados.

—Me encantaría acompañarte —dijo—. Pero creo que no sería inteligente. Tengo un pasaporte falso, pero…

—No, no, imposible —interrumpió Mossman, utilizando un tono rotundo, como si el viejo gigante hubiera olvidado por completo que ya no era más que un simple jubilado—. No tiene ningún sentido que te expongas y corras el riesgo de que te detengan y acaben identificándote. Tú estás muerto y seguirás estándolo. Cualquier otra cosa sería francamente negativa para nuestra investigación.

Mossman se volvió hacia Oxen, quien asintió en silencio y con calma. Luego se giró hacia Franck.

—Además, es un trabajo sencillo que no requiere un segundo

agente de soporte, Margrethe.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió ella.

—Tengo un buen amigo en el Centro Nacional de Inteligencia español. Lo llamaré a primera hora de la mañana. Tal vez él pueda ayudarnos y enviar a alguien contigo. No puedes coger una pala, entrar en la casa y ponerte a cavar en el jardín, sin más.

Axel Mossman se rio entre dientes. La sombra de su rostro había desaparecido. Parecía contento e impaciente. Sobre todo impaciente. Le recordaba al hombre que fue su jefe y máximo responsable del CNI.

—Ah, y Margrethe… un trabajo sensacional.

El antiguo director del CNI asintió con admiración. Oxen también.

—Intentaré volar a España lo antes posible. Solo tengo que alargar mi baja por enfermedad primero.

Consultó su reloj. Habían pasado casi tres horas y poco a poco iban llegando al final. Necesitaba aire fresco. Tenía que salir del sótano, salir a la oscuridad de la noche. Se preguntó qué estarían haciendo el Pastor y su esposa en la vicaría. ¿Quizá estaban sentados en el salón, charlando sobre cómo estaría ahora aquel invitado al que no lograron persuadir de que se quedara un tiempo más?

Margrethe Franck había hecho algunas preguntas a Axel Mossman sobre sus dos viejos casos, Gregersen y Ryttinger. Después de que las treinta y nueve cartas aparecieran tan inesperadamente, no había tenido tiempo para profundizar en los archivos, pero aun así había apuntado infinidad de preguntas. Todas pretendían poner luz en el asunto y aclarar las cosas.

Quería saber, por ejemplo, quién seguía siendo miembro del grupo socialdemócrata del Parlamento en el momento del suicidio de Gunnar Gregersen y quién era miembro de varias comisiones a la vez. También tenía preguntas sobre varios hombres de negocios y quería saber quién estaba en la junta directiva de Ryttinger Eisen en aquel momento, quién había sido interrogado durante el caso y por qué.

Todo parecía muy bien pensado y meditado. Así trabajaba Margrethe Franck. Era tenaz y tenía un ojo increíble para los detalles.

Oxen no los estuvo escuchando todo el tiempo, sino que en algún momento se puso a especular internamente sobre lo que Franck podría encontrar al final del arcoíris. Si daría con una pista que les permitiera seguir trabajando. Y por supuesto también se preguntó si las fotos de John Smith estarían paseando ahora mismo discretamente por los clubes de Londres donde la gente del servicio secreto quedaba para tomar una copa al acabar su jornada.

Mossman y él habían presentado cada uno un resumen compacto de su trabajo, punto por punto. A quién habían sacado de la lista, y

por qué; y si había habido alguien que les llamara especialmente la atención.

Habían investigado cuarenta y dos propiedades cada uno. Mossman había trabajado muy intensamente y, por supuesto, con mucha más experiencia que él mismo. El exdirector del CNI había podido tachar un total de dieciocho nombres de su lista, mientras que él había logrado descartar catorce. Quedaban cincuenta y dos.

Aun así, Mossman parecía muy complacido con los resultados de su primera reunión clandestina.

—Si no hay nada más, yo me iría a casa —dijo Franck, poniéndose en pie—. Tengo mucho que hacer por la mañana. ¿Se pondrá en contacto conmigo cuando haya hablado con su enlace en España, Mossman?

—No. Tú solo tienes que enviarme un mensaje con tu hora de llegada a Málaga. No necesitamos nada más. Me encargaré de que te recojan en el aeropuerto. Solo una cosa más: ¿has encontrado algún sitio en el que instalarte, Oxen?

Este negó con la cabeza.

—El otro día te dije que tal vez podría hacer algo por ti en ese sentido. Aquí tienes la dirección de una mujer mayor que vive sola. Nos vemos casi todos los días cuando salgo con el perro. Hacemos la misma ronda. Es viuda y tiene una habitación en el sótano. Si quieres, puedes mudarte allí mañana mismo.

Axel Mossman le entregó un papel con un nombre y una dirección.

—Y por último, esto.

Mossman cogió una caja negra de la mesa y se la entregó. Medía un palmo, aproximadamente.

—Un regalito de mi viejo amigo del MI5. Un juego completo de micrófonos, auriculares y artilugios de espionaje, Oxen, listos para usar. Ábrela —dijo Mossman.

La caja, relativamente pequeña, era sorprendentemente pesada. Presionó un botón y la tapa se abrió. En el interior, protegidas por una gruesa capa de espuma, había cuatro cosas diminutas, cada una en un hueco, y una caja larga de plástico negro al lado. Sacó uno de los pequeños micrófonos y se lo puso en la palma de la mano. Era redondo y no más grande que la mitad de la uña de su dedo meñique.

—¿Hay instrucciones? —preguntó.

—En el fondo de la caja. Debajo de la espuma. Elegante, ¿no? Lo más especial de estas cuatro pequeñas bestias es que puedes fijarlas a un cristal. Quiero decir por fuera, obviamente. Son dispositivos especiales que pueden usarse en caso de que uno no pueda o no quiera acceder a un edificio. La calidad de estos micrófonos es única. Son tan

sensibles que incluso captarán el eructo de un escarabajo por las cañerías… Y esta cosa negra de aquí es una combinación de receptor y disco duro con un *terabyte* de almacenamiento. El conjunto está equipado con potentes baterías que duran unas cuatro semanas. Un verdadero tesoro, créeme… —Volvió a guardar los objetos en la caja, cerró la tapa y continuó—: Tu misión consistirá en colocar los micros en las ventanas del ático de Villum Grund-Löwenberg y ocultar bien el receptor. ¿Puedes hacer eso en una noche oscura, soldado?

44

El semáforo tardó una eternidad en ponerse en verde. Mientras esperaba, había contado cuatro camiones vacíos que pasaron junto a él en dirección opuesta. Pero ¿qué demonios hacía un semáforo en un lugar tan insignificante como aquel?

La respuesta la tuvo poco después, cuando cruzó el canal de Manchester. El puente era tan angosto que los vehículos no podían circular en dos direcciones a la vez.

Condujo despacio menos de cien metros y luego giró a la izquierda. Había una zona de aparcamiento al lado de la carretera con un tablero informativo y, detrás, un prado con bancos. Habían quedado ahí.

Salió del coche. Desde ahí podía ver a qué se debían todos esos camiones circulando: un poco más allá, río arriba, estaban poniendo los cimientos para dos pilares de hormigón que luego soportarían un nuevo y enorme puente que cruzaría el río. Ya había oído hablar de ese proyecto…

Se sentó en uno de los bancos. El Mersey era impresionantemente ancho tan cerca de la desembocadura. Y había barro hasta donde alcanzaba la vista. Mucho más barro que agua. Dos camiones aceleraron a sus espaldas en su camino hacia la cabeza del puente, envolviéndolo todo en una apestosa nube de monóxido de carbono. Vaya mierda de punto de encuentro.

Miró su reloj. Aquel idiota ya debería haber llegado. ¿Por qué la gente no podía cumplir siquiera con una simple cita?

Respetó el trato que habían hecho durante su breve charla en los muelles de Liverpool y dejó que fuera Eddy Riley quien lo pusiera en contacto con el tipo que estaba esperando. Jimmy Marsh trabajaba para el Departamento de Policía de Runcorn. Un policía de pueblo con una voz muy aguda. Habló con él por teléfono, le explicó lo que quería y concertó la reunión.

Por suerte, todavía tenía tiempo antes de decidir si aceptaba o no

el trabajo en Sierra Leona. Un tiempo que dedicaría a explorar la inquietante sensación que la muerte de MacDuff había despertado en él.

¿Sierra Leona? Todo lo que tenía que hacer era soltar un puñado de hipopótamos aquí, poner unas cuantas cebras adormiladas en la orilla y llevar una bandada de flamencos hacia las mareas, y el lodoso lecho del río parecería la *fucking* África.

Lo único que faltaba eran las profundas huellas de cocodrilo en el barro brillante. ¿O quizá había alguna? Tenía que averiguar si en verdad no había ningún astuto cocodrilo por la zona. Uno que hubiera matado a Alistair MacDuff. No descansaría hasta estar seguro.

Oyó la puerta de un coche y se dio la vuelta. Allí estaba su contacto. El poli de Runcorn era más pusilánime que su colega del cuartel general de Liverpool. El tipo se arrastró hacia él.

—John Smith. ¿Eres Jimmy?

El policía, que tenía poco más de treinta años, asintió, le estrechó la mano y se sentó.

—¿Tienes el portátil?

El policía negó con la cabeza y se frotó nerviosamente las palmas de las manos en las perneras del pantalón.

—No. He cambiado de opinión. Yo no robo. Eso no. Quiero…

—¡Joder, teníamos un trato! ¿Tú te crees que yo estoy aquí por diversión?

—Oiga… —Jimmy Marsh se metió la mano en el bolsillo—. Tenga. Esto es para la puerta de atrás.

Le puso una llave en la mano.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto?

El de la voz de pito se aclaró la garganta.

—Espere hasta que oscurezca, abra la puerta, entre, mire a su alrededor, haga lo que le dé la gana… Coja el ordenador; por mí, como si se lo lleva todo. Pero si se lleva la torre, llévese también la pantalla. Quedará fatal si hay una pantalla por ahí sin torre. Solo por si alguien vuelve a interesarse por el caso algún día.

Se sentó en silencio, mirando la llave. El poli de Runcorn no dejaba de moverse, incómodo.

—¿Me estás diciendo que puedo entrar en el piso de MacDuff y coger todo lo que quiera? ¿Es eso?

—Eso es, sí. Yo no quiero sacar nada personalmente, pero le ayudo a que lo haga usted. Eso es lo que le dije a Eddy. Si no quiere la llave, devuélvamela.

Jimmy Marsh extendió la mano para demostrar algo parecido a una cierta hombría, aunque el efecto no fue demasiado convincente.

—No logro ver la diferencia entre darme el ordenador o darme la llave, la verdad. Pero paso de entender nada. Ya entraré yo en el piso.

—El patio trasero de MacDuff parece un depósito de chatarra. Cuando se vaya, deje la llave debajo de la regadera, junto a la puerta, ¿OK?

—OK. ¿Y tú trabajaste en el caso?

El policía asintió.

—Sí, con algunos otros. Hicimos turnos.

—¿Y no visteis nada sospechoso?

—Nada. Tampoco indicios de que en el piso hubiera alguien más aparte de MacDuff. Lo digo porque se necesitan al menos dos personas para que sea asesinato, ¿sabe?

John Smith hizo caso omiso del último comentario, asintió y siguió preguntando:

—¿Y no pasaron el caso a sus expertos? Un soldado profesional se cae por las escaleras y se rompe el cuello… Uno podría sospechar algo, ¿no?

—No, en absoluto. ¿Sabe lo a menudo que encontramos a gente muerta en sus casas? ¡Continuamente! Por ejemplo, una vez tuvimos a una anciana que se resbaló en la cocina. Se clavó un tenedor en el estómago al caer y eso la mató.

—Pero ¿no podríais revisar el caso?

Jimmy Marsh le dirigió una mirada despectiva.

—¿De verdad cree que Winsford aparecerá con todas sus sirenas solo porque alguien dice que tiene un presentimiento? Las cosas no funcionan así. Homicidios solo interviene cuando hay evidencias concretas de que algo va realmente mal. No tenemos tiempo para perseguir presentimientos.

La voz de falsete sonaba tan áspera como solo pueden sonar esas vocecitas. Marsh volvió a frotarse los muslos con las palmas de las manos.

—Está bien. Me ocuparé de todo esta noche y luego pondré la llave donde me has dicho.

—Puede mirar donde quiera, pero no desordene nada.

Él asintió y sacó un fajo de billetes de su bolsillo. Mil libras en efectivo podían ser mucho dinero o, según cómo, un precio justo. Después de todo, lo que acababa de obtener a cambio no era nada ordinario: había comprado el acceso a un área restringida. Y Marsh tenía que dar una parte del dinero a Riley, por el contacto.

Entregó el dinero al joven policía.

—Ten. La cantidad acordada.

45

Era uno de esos días en los que habría usado pantalones cortos si no hubiera sido por la pierna que no tenía.

Aunque aún era pronto, la temperatura era bastante alta. Iba a ser un día caluroso en la Costa del Sol, donde la primavera había llegado con aires de verano.

Había recorrido un largo camino desde la amputación. Se había enfrentado al estrés postraumático. Su viaje interior había acabado hacía tiempo y la pesada maleta que la acompañó durante el trayecto estaba guardada en el fondo de un armario. Le quedaban aún algunos *flashbacks*, pero había aprendido a vivir con ellos.

Había cambiado mucho. La crisis la había hecho más fuerte, sus perspectivas eran ahora más nítidas… pero la realidad es que era discapacitada, por muy moderna que fuera su prótesis y por mucho que tratara de demostrarse lo contrario. Y había una cosa que aún no se atrevía a hacer: no había vuelto a ponerse pantalones cortos desde que se despertó en la cama del hospital y apartó las sábanas.

Estaba sentada en la terraza frente a la entrada, disfrutando de la primera taza de café del día. La Casa Consistorial era un pequeño y encantador hotel de estilo clásico español, con antepechos, balconcillos y torres en las esquinas de color blanco. Estaba justo en una pequeña plaza rodeada de árboles, un oasis de paz en medio del casco antiguo de Fuengirola, que cobraba vida después de la tranquila noche.

Respiró hondo. El Netto estaba muy lejos y las montañas de platos en las catacumbas del hotel, más lejos aún. Tomó un sorbo de café. Estaba delicioso.

Aquí y ahora sentía la vida en las puntas de sus dedos. Estaba al mando. La lucha valía la pena. Y que este sentimiento durara más de un par de días de felicidad en el sur de España dependía solo de ella. La respuesta estaba al final del arcoíris. A menos que fallara. Entonces la respuesta estaría al final de la cinta de la caja registradora.

Observó con atención a Jesús Molina, a quien se le había encomendado la tarea de quitar cada piedrecilla que se interpusiera en su camino. El hombre tendría unos cuarenta años, trabajaba para el servicio secreto y la había recibido en el aeropuerto el día anterior.

Jesús, de piel curtida por el sol, solo había dicho unas pocas frases durante el trayecto, aunque Franck había hecho gala de un español respetable desde el momento en que se saludaron. (Un poco oxidado, sí, pero respetable).

Cuando ella quiso explicarle con más detalle cuál sería su tarea, él le sonrió con indulgencia.

—Descuide. Estoy informado.

Molina la había dejado en el hotel y le había dicho que la recogería a las diez de la mañana del día siguiente.

Estaba a punto de empezar a especular acerca del tiempo de espera adicional que debería prever o de la posibilidad de que el superinformado Jesús, con su mentalidad sureña, echara al traste toda su operación, cuando su ayudante, haciendo caso omiso de una señal de prohibición, detuvo su maltrecho Seat frente a la entrada principal de su hotel.

Ella miró su reloj. Ni siquiera eran las diez. Más puntual, imposible.

—Buenos días, señora Franck.

El español salió del coche, le estrechó la mano y sonrió, de buen humor. Llevaba la misma chaqueta de cuero grasienta que el día anterior, pero la camisa estaba limpia. Le hizo señas y abrió el maletero. Dentro había dos palas, dos pares de botas de goma, un termo y dos botellas grandes de agua.

—No se preocupe, señora Franck, he avisado de nuestra visita a los propietarios —dijo Molina.

—Fantástico. Pero llámame Margrethe.

Estaba avergonzada de sus prejuicios y se prometió a sí misma no volver a sacar conclusiones precipitadas. ¿No había oído hacía poco que los trenes en España eran puntuales y que los españoles, a diferencia de los daneses, tenían una fantástica seguridad social? Y también mantenían sus carreteras, cuidaban a sus ancianos y educaban a sus hijos. Al menos en España los jóvenes no pillaban un coma etílico todos los fines de semana y se meaban por todas partes.

Estaba a punto de decirle algo amable a su compañero, pero se dio cuenta de que él no había oído sus mezquinos pensamientos de antes.

—Listos, pues —murmuró Jesús Molina, ya en el interior del coche —. Las botas son de mi mujer. Espero que te vayan bien.

Molina condujo hábilmente por el laberinto de callejuelas, que

poco a poco fueron ensanchándose hasta convertirse en calles reales a medida que avanzaban.

—Conoces bien el lugar, ¿verdad, Jesús?

—Sí, sí… Nací y me crie en el casco antiguo. Ahora vivo en Málaga con mi familia. Ahí está también nuestra brigada.

—¿Y vienes a menudo a Fuengirola? ¿Tus padres viven aquí? —Ciertamente, le debía a Molina un poco de interés.

—Mi padre murió hace unos años y mi madre vive ahora con nosotros, pero todavía tengo familia aquí.

Ella asintió y sonrió.

El camino seguía subiendo y las pendientes se hacían cada vez más empinadas. Franck se había preparado y conocía la zona en la que se encontraba la dirección. El pueblo se llamaba Mijas Costa, pero en realidad había crecido hasta fundirse prácticamente con Fuengirola. Algo que por lo visto pasaba en muchos sitios por aquí.

—Ya casi hemos llegado —dijo Molina. Se detuvo brevemente y señaló a la derecha.

Junto a la carretera había una especie de cartel con el nombre del lugar. En realidad era más bien un pequeño monumento de ladrillo con un techo de tejas. En la parte superior central podía verse un colorido escudo de armas, y debajo estaba escrito en letras grandes LA SIERREZUELA y en letras más pequeñas LAS MERCEDES, SIERREZUELA PARK, LOS REYES y HILL CLUB.

Jesús Molina tecleó la dirección en su móvil y siguió el último tramo con su sistema de navegación.

—Esta es una zona bastante elegante; no excesivamente lujosa, pero muy agradable y sofisticada. Hay algunos edificios residenciales normales, pero en su mayoría son villas. Cuanto más arriba, más caras. Sobre todo por el lado del mar —explicó Jesús Molina, acelerando de nuevo.

Siguieron su camino cuesta arriba, pero los extensos jardines y los altos muros que bordeaban las estrechas calles bloqueaban cualquier vista del pueblo que se extendía más abajo, en el valle.

El GPS los guio en las siguientes intersecciones, y unos minutos más tarde Molina giró a la derecha, asintió ante un número en la pared y condujo por el camino pavimentado.

—El señor y la señora Stewart. Ingleses… ¿lo sabías?

Ella sacudió la cabeza hacia los lados.

—No tuve tiempo de revisar eso, solo tengo la dirección —respondió ella.

—Después de los dueños daneses, vino primero otro matrimonio —dijo Molina—. Noruegos. Pero vendieron la casa tres años después. A

los Stewart.

Jesús Molina volvió a sorprenderla. Axel Mossman había dejado claro lo que esperaba de esta pequeña e informal colaboración, pero Franck nunca se habría atrevido a soñar con una ayuda tan sólida como esa.

Molina estacionó el coche frente a la casa. Salieron y miraron a su alrededor. A sus pies, el Mediterráneo brillaba como una estrecha alfombra azul en la neblina. El jardín era grande y estaba rodeado por un muro ocre que quedaba casi completamente escondido tras los arbustos, las palmeras bajas y otras plantas exóticas.

El césped recordaba a un campo de golf, y sus márgenes estaban cortados como con cuchilla. Franck se dio la vuelta. La casa era del mismo color amarillo que la pared. Era grande y estaba distribuida en dos plantas. El balcón del primer piso tenía una bonita barandilla blanca. Las ventanas también eran blancas, con los típicos postigos de color verde oscuro.

Dejó que su mirada vagara por las plantas y parterres que rodeaban las paredes. Había visto fotos en Internet y las había memorizado todas. Desde luego, en este lado de la casa no se veía ningún jazmín. No se atrevió a concluir su pensamiento. Si los noruegos o los ingleses habían rediseñado el jardín, no tenían nada que hacer.

La puerta principal se abrió y los Stewart salieron a su encuentro con sonrisas amistosas. Tendrían unos sesenta y tantos años. Estaban bronceados y vestían *shorts* blancos y polos de manga corta. Se saludaron y Molina se presentó.

—Sabemos que necesitan hacer algún tipo de investigación en nuestro patio trasero —dijo el hombre, cuyo nombre era Paul—. Pero eso es todo lo que nos han dicho.

Margrethe les explicó que venía en nombre de un pariente cercano de los antiguos dueños de la casa, y que había sospechas razonables de que la danesa que vivió allí con su marido durante diez años hubiera enterrado algo en el jardín antes de morir en un accidente de tráfico. Y que ese algo tenía un gran valor para los familiares. Y que les gustaría poder recuperarlo.

—Pero el jardín es muy grande —objetó la mujer.

—Sabemos que tenemos que cavar bajo un jazmín —respondió Margrethe.

—¿Un jazmín? ¡Ah, pues tenemos uno! Es precioso y huele de maravilla. Vengan. Tenemos que ir al otro lado de la casa —anunció con entusiasmo la inglesa.

Molina cogió el equipo del maletero y acompañaron a la pareja a

una segunda zona del jardín, algo más pequeña. Allí, frente a una puerta de doble ala, había una gran terraza con una pequeña mesa de jardín de madera oscura y algunas sillas. Y a su lado un banco de color blanco frente a la pared.

—Aquí está —dijo Alice Stewart, señalando con orgullo un magnífico ejemplar.

El jazmín crecía frente al muro, y era realmente grande y exuberante. Ahora todo cobraba sentido. Quizá Sigrid Ryttinger Bulbjerg hubiera estado sentada allí mismo, en ese banco blanco, en las últimas horas de la tarde, escribiendo cartas a su hermana y sintiéndose muy pequeña bajo las estrellas.

—Lamentablemente, tendremos que cavar —dijo Margrethe—. Pero les prometo que cuidaremos bien las raíces y lo dejaremos todo como lo hemos encontrado.

Paul Stewart hizo un gesto con las manos.

—Ah, no se preocupen. Mientras no me toquen el césped… ¿Puedo preguntar qué están buscando?

—Algo que podría tener relación con la muerte de los dos daneses —dijo Molina en voz baja, como si les contara un secreto.

—¿Y es por eso por lo que están ustedes aquí, el servicio secreto?

Alice Stewart parecía emocionada.

Molina se limitó a asentir y se llevó un dedo a los labios, como para indicar que no podía hablar más, cortando así de raíz cualquier comentario adicional. Luego se quitó la gastada chaqueta de cuero, le dio una pala a Margrethe y, dando la espalda a la pareja de ingleses, le guiñó un ojo.

Saltaba a la vista que Jesús Molina no pertenecía al departamento «Acción & Músculos», pero tenía una manera de hacer las cosas que daba mucha tranquilidad. Y estaba muy bien preparado.

Molina empezó a cavar por un lado del jazmín y ella hizo lo propio por el otro. Alice y Paul Stewart no hicieron el menor ademán de retirarse.

Molina se apoyó en su pala y los miró.

—Creo que facilitaría las cosas si fueran ustedes tan amables… —Señaló con la cabeza hacia la terraza—. Nadie sabe lo que encontraremos aquí, así que realmente sería mejor si…

—Por supuesto —dijo Alice Stewart, tirando de los pantalones cortos de su marido.

—Maravilloso, sin miradas indiscretas —dijo Margrethe, y sonrió a Molina.

—Sí, señora Franck, la excavación ya será lo bastante compleja como para tener que hacerla con esos dos ahí mirando…

—Margrethe.

Jesús Molina asintió, sonrió y clavó la pala en el suelo. Llevaban hora y media cavando. Un anillo de más de un metro de ancho, unos cuarenta centímetros de profundidad y un gran semicírculo desde la pared que rodeaba el arbusto.

Mientras tanto, ella le había contado a Molina lo que Sigrid había escrito a su hermana en Dinamarca. Que el tesoro estaba al final del arcoíris. Y que el arcoíris terminaba en el jardín de Sigrid, justo debajo de su jazmín.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Enfadada, tiró la pala al suelo y se sentó en la hierba. Estaba sudando por todos los poros de su piel. Molina hacía tiempo que se había quitado la camisa. Él siguió su ejemplo y se sentó a su lado.

Los Stewart los observaban disimuladamente desde el balcón.

El matrimonio no había dejado de salir una y otra vez para observar a los cazadores del tesoro excavando nuevos montículos de tierra.

Ahí no había nada enterrado, absolutamente nada, ni bajo el jazmín, ni al final del estúpido arcoíris.

Había fracasado. Se había equivocado.

Justo cuando creía que podía rozar la victoria con la punta de sus dedos, resultó que todo era un fiasco. Había apostado al rojo y aquello estaba más negro que la noche.

—Ya hemos cavado mucho… No vamos a encontrar nada, Margrethe —dijo Jesús, con cautela.

Ella levantó las manos, frustrada, y sacudió la cabeza.

—Lo siento mucho. Me he equivocado. De verdad creía que…

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Molina, suspirando.

—Para serte franca, estaba tan segura de esto que ni siquiera tengo un plan B. De todo lo que dispongo es de una lista de los amigos más cercanos de los Bulbjerg. Quizá podría hablar con ellos, ya que estamos aquí.

Paul Stewart se les acercó con dos botellas de agua helada.

—Tengan. Beban. ¿Se rinden? ¿No hay tesoro?

Margrethe negó con la cabeza y se bebió casi toda el agua de un trago.

—No hay tesoro. Desistimos.

—Enviaré a alguien para que venga a ayudarnos —dijo Molina—. Tal vez mi tío pueda pasarse. Vive a solo diez minutos de aquí.

—Estaba comentando algo con mi esposa… —dijo el inglés.

Margrethe y Molina levantaron la vista.

—Bueno, todavía estamos en contacto con la pareja noruega que

nos vendió la casa. Estaban tristes porque en realidad no querían venderla, pero deseaban volver a su país. Nos escribimos una vez al año, por Navidad. Nosotros siempre les aseguramos que la casa está bien y ellos nos dicen cuánto extrañan el clima de España. Todos los años… Bueno, de todos modos, tengo su dirección. No sabemos si ellos hicieron algo en el jardín. Quiero decir… tal vez quitaron un jazmín, o lo movieron de sitio, no sé. Si es importante para el servicio secreto… ¿quizá podría llamar a Noruega y preguntar?

Molina miró a Margrethe, y ella asintió con entusiasmo.

—Sí, eso estaría muy bien —respondió Molina.

—La idea no es nada mala, pero prefiero no hacerme ilusiones —dijo, cuando el señor Stewart se hubo ido.

—Así pues… ¿nos ponemos con la lista?

Ella asintió de nuevo y vació el resto de la botella.

—Te ayudaré a encontrar esas personas —dijo Molina.

—Algunas viven en este barrio, y dos son vecinas. Sería genial concertar una cita con ellas, pero antes volvamos al hotel. Necesito desesperadamente una ducha y ropa seca.

—Eso suena bien. Yo me ducharé en casa de mi tío.

Se quedaron en silencio y miraron los montones de tierra de color marrón rojizo. Al menos no tenían que volver a ponerlo todo en su sitio. La pernera del pantalón de Margrethe se había subido un poco, dejando al descubierto un trozo de aleación ortopédica en la parte inferior de su pierna, y ella se dio cuenta de que Molina lo veía, pero él no le preguntó nada al respecto.

En el hotel se cambiaría la media. Estaba tan mojada que podría escurrirla, seguro, y debido a la postura al cavar y al calor que hacía, la prótesis empezaba a rozarle demasiado.

Necesitaba una ducha larga, con agua helada al principio. Con suerte también le sentaría bien a su cabeza y haría que su cerebro funcionara de nuevo. Menos mal que se había traído todas las cartas consigo. Las revisaría esta noche.

Paul Stewart apareció entonces en la terraza, y ella trató de leerle el rostro. ¿Había motivos para la esperanza? El inglés se acercó a ellos y se sentó sobre la hierba.

—Lo siento… acabo de hablar con Gunnar y él también se lo ha preguntado a su esposa para asegurarse. Mientras fueron dueños de la casa no cambiaron nada en el jardín. Ambos recuerdan el jazmín… Les chiflaba.

46

Los modernos bloques de pisos de Tuborg Havn se alineaban como una flota de barcos blancos. En el lado derecho del callejón sin salida se hallaban las cinco fragatas más grandes. Tres de ellas miraban ordenadamente hacia la calle, la cuarta rompía la simetría y se mostraba casi de lado a lado y la quinta, como si estuvieran a punto de partir, apuntaba ya con su proa al agua.

Un jardinero estaba ocupado arrancando malas hierbas de un parterre que quedaba al lado de la entrada trasera. Era alto y delgado, vestía pantalones de trabajo de color verde, una chaqueta verde y un gorro verde. Trabajaba en silencio y sin prisa aparente.

Muy pocos se habrían dado cuenta de que no tenía el nombre de la empresa marcado en la espalda de su chaleco de trabajo, porque la mayoría ya tenía suficiente con verle el color.

En las manos llevaba un azadón, un rastrillo y una carretilla, y también una bandolera pequeña con un bocadillo y un termo de café. La bandolera estaba ahora colgada de la carretilla.

Hacía menos de una hora que había llegado al condominio de lujo junto al muelle en una camioneta en la que tampoco podía leerse el nombre de la empresa. Había dejado el vehículo en un aparcamiento al inicio de la calle y luego se había dirigido hacia el agua con su carretilla.

Eran casi las once y media. En la calle no se veía ni un alma.

La cerradura electrónica de la puerta era técnicamente de última generación. Imposible de burlar. Recordó que el año pasado Margrethe Franck entró en la casa utilizando el viejo truco de esperar a que entrara alguien para entrar también con él. Una vez dentro, se había apostado en el tejado, había envuelto su teléfono móvil con cinta aislante y lo había bajado hasta el piso de Villum Grund-Löwenberg.

El truco de esperar y hacerse el encontradizo no funcionaba igual con los hombres, y menos aún a aquellas horas del día. Había pasado

varias horas investigando el vecindario. En los últimos meses se habían producido varios robos y allanamientos de sótanos en el barrio. Una cámara de vídeo había grabado a los ladrones colándose a toda prisa por la puerta automática de un garaje mientras uno de los residentes entraba a estacionar su coche.

De ahí que la comunidad de vecinos hubiese pedido a todos que estuvieran atentos y dieran la voz de alarma si veían a personas sospechosas en la zona. En este sentido, un jardinero vestido de verde no resultaba sospechoso. Al menos eso había creído él.

Mientras fingía trabajar en la zona, había echado un vistazo de cerca a la cerradura de la puerta y había llegado a la conclusión de que, definitivamente, no podría entrar por la puerta para colocar los cuatro pequeños micrófonos en las ventanas del ático en el que vivía Villum, que se encontraba en el sexto piso del edificio.

Así pues, la misión de aquel día consistió principalmente en equiparse con una azada y una carretilla y explorar otras las opciones. ¿Cómo podría llegar al tejado? ¿Qué opción comportaba menos riesgos?

Terminó con el parterre y caminó con sus cosas hasta un lateral del edificio para ver si podía trepar, de balcón en balcón, hasta llegar arriba, o si quizá había una forma de colarse por el sótano, después de todo.

Pese a las dificultades que se le planteaban, tenía claro que no quería esperar más días. Si un pequeño objeto colocado junto a una gran ventana podía ayudarlo a recuperar su vida… ¿para qué esperar?

47

La tercera pareja de la lista de Benedicte Bjørk sería la última con la que conversaran aquel día. No tendrían tiempo de más. Ya era tarde. Llamó al timbre de la mansión blanca.

Los suecos Lilly y Mats Johansson vivían calle abajo. Habían quedado en encontrarse con ellos antes de conducir de regreso a Fuengirola para darse una ducha y cambiarse.

Notaba en el cuerpo el cansancio del arduo trabajo con la pala, y la pierna le dolía en cuanto apoyaba su peso sobre la prótesis. Jesús Molina estaba detrás de ella, tranquilo. Se había cambiado en casa de su tío y ahora llevaba una camisa azul claro que le quedaba unas cuantas tallas grande. Hoy era el cumpleaños de su hijo mayor y su familia lo esperaba para celebrarlo.

La sueca les abrió la puerta y los condujo a través de la casa hasta una gran terraza cubierta.

—Nos encanta el clima del sur, pero sin sombra no podríamos soportarlo —dijo Mats, un señor orondo de unos setenta años, sonriendo.

Cuando organizaron la reunión, Margrethe les explicó brevemente que quería hablarles sobre aquellos amigos daneses que habían muerto en un accidente de coche hacía ya unos cuantos años.

Las primeras conversaciones de la tarde habían sido demasiado largas e improductivas. Era difícil hacer las preguntas correctas cuando no sabías casi nada sobre el tema. Para ser honesta, a ella no le importaba lo más mínimo la pareja Bulbjerg, ni su vida, ni su trabajo ni ninguna de las anécdotas de su vida en España.

En realidad, solo le preocupaba Sigrid, los pensamientos de Sigrid y su vida interior. El problema es que no supo dejárselo claro a las dos primeras parejas, y la cosa se le había hecho eterna.

Las cuatro parejas restantes en su lista, más el jardinero y la señora de la limpieza, quedaron pospuestas para el día siguiente.

Se sentaron a la mesa de la terraza y la señora Johansson les sirvió

café. Margrethe había decidido abordar la conversación con más vigor esta vez.

—Como les dije, mi nombre es Margrethe Franck y este es Jesús Molina, del Centro Nacional de Inteligencia. Yo represento a la familia Bulbjerg, o más precisamente a la familia Ryttinger, porque estoy aquí en nombre de la hermana de Sigrid.

Eso no era del todo cierto, por supuesto, pero con suerte la pequeña mentira piadosa aumentaría la disposición a cooperar.

—Para nosotros siempre fueron los Bulbjerg, pero recuerdo bien el otro nombre —dijo el señor Johansson, y su esposa asintió.

—Estamos aquí porque tenemos motivos razonables para sospechar que el accidente en el que murieron sus amigos fue provocado. Es decir, que podrían haber sido empujados deliberadamente fuera de la autopista.

—¡Por el amor de Dios! ¿Y eso por qué? —Lilly Johansson estaba horrorizada.

—Eso es lo que hemos venido a averiguar. ¿Sabían que el padre de Sigrid fue asesinado por un ladrón que entró en su casa hace muchos años? El anciano señor Ryttinger era un hombre extremadamente rico.

La pareja sueca negó con la cabeza.

—No. Nunca nos lo dijo. No habríamos olvidado una historia como esa, jamás. Y yo que pensaba que éramos tan buenos amigos… —La señora Johansson parecía un poco decepcionada.

—Tal vez, y fíjense que digo «tal vez», Sigrid estuviera tratando de averiguar por su cuenta más detalles sobre la muerte de su padre. Y tal vez encontrara algo. Tal vez tropezara con algo con lo que no debería haber tropezado, ¿me siguen?

Los Johansson asintieron con entusiasmo.

—Bien. Ahora les pido que reflexionen con mucho cuidado. ¿Alguna vez mencionó Sigrid algo que pudiera interpretarse en esa dirección? ¿Algo que a ustedes les sorprendiera? ¿Quizá les dijo que tenía miedo? ¿O que guardaba un secreto que pesaba sobre sus hombros?

La pareja se miró con los ojos muy abiertos. Ese era el problema. Once años era mucho tiempo. Después de tantos años, ¿quién guardaba en la memoria indicios ocultos (o relativamente claros)? Nadie…

—Me temo que yo no recuerdo nada —dijo el sueco.

La respuesta de su esposa no fue tan rotunda.

—Bueno, cuando nos quedábamos solas, solía hablarme de su hijo, que en ese momento estaba estudiando. Lo echaba mucho de menos. Para ella, eso era lo peor de vivir aquí en España. Pero no recuerdo

ninguna pista o comentario concreto… Si recuerdo algo más tarde, ¿podría llamarla? ¿Cuánto tiempo se queda en Fuengirola?

—En principio solo un día más —respondió ella, con resignación.

Otra conversación que ya podían interrumpir de inmediato, y al menos Molina podría llegar a la fiesta de cumpleaños y ella volvería a dedicarse a las cartas de Sigrid. Puso su lista sobre la mesa.

—Con esta gente aún no he hablado. ¿Conocen ustedes a alguien? Los dos nombres de abajo son el jardinero y la señora de la limpieza.

Los suecos echaron un vistazo al papel y asintieron.

—A las dos primeras parejas las vemos de vez en cuando. Juegan al golf, como nosotros. Con las dos siguientes nos vemos bastante a menudo, también en el campo de golf… ¿Sabe usted?, aquí todo el mundo se mueve en los mismos círculos. Mañana hay un torneo de tenis y petanca en el Club Danés. Seguro que puede encontrar a las cuatro parejas a la vez —dijo el señor Johansson.

—Pero, Mats, también conocemos… o conocíamos… al jardinero, ¿recuerdas? —La señora Johansson puso un dedo en el papel.

—Ah, sí, claro. Lo siento, Luis es un nombre común aquí abajo. Pero sí, por supuesto. Los Bulbjerg nos pasaron su contacto. Trabajaba para varias familias, aquí en Sierrezuela. No recuerdo su apellido. Murió hace cinco o seis años.

La señora Johansson asintió.

—Era un hombre muy agradable, con muy buena conversación. Y era culto. Incluso sabía inglés. De joven había sido ingeniero, y siempre decía que le gustaba cuidar los jardines y estar en movimiento. No hemos vuelto a encontrar a alguien como él…

—¿Cuántos años tenía? ¿Y de qué murió? ¿Lo saben?

—Debía de tener unos setenta años. Pero tú lo conocías más, Lilly. ¿De qué murió?

—El corazón, creo. Y ahora que estamos hablando de él, la verdad es que lo echo de menos. Eso tenemos que agradecérselo a él, ¿verdad, Mats? —dijo la señora Johansson, señalando el jardín.

—¿El qué, Lilly? ¡Ah! ¡El jazmín!

—Luis lo trajo consigo. No tengo ni idea de dónde lo sacó. En ese momento el arbusto era aún muy pequeño, ¡y miren hoy, cuánta belleza! Tan grande y maravilloso… Luis tenía una habilidad especial para el jazmín, la verdad.

Margrethe dio un respingo tan evidente, que Jesús Molina, que había permanecido en silencio todo el tiempo, le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Dónde vivía Luis? ¿Estaba casado? ¿Tenía familia? ¿Saben algo al respecto?

Mats Johansson movió la cabeza.

—Sé que estuvo casado y que tuvo varios hijos, todos muy bien educados. Pero sobre todo era «el jardinero danés». Seguro que en el Club hay alguien que sabe más sobre él —respondió la señora Johansson.

Margrethe asintió y se levantó, al igual que Jesús.

—Muchas gracias —dijo, estrechando la mano de los suecos a modo de despedida.

Echó un vistazo a su reloj. Faltaba mucho para el día siguiente.

48

El sol había salido hacía tiempo y brillaba en un cielo azul y fresco sobre el gran edificio de apartamentos blanco en Tuborg Havn.

Cerca de la entrada principal había aparcada una furgoneta de color crema. A ambos lados del vehículo podía leerse una inscripción azul sobre un fondo blanco: A. K. DREYER – ELECTRICISTA.

Dos hombres con monos naranjas se preparaban tranquilamente para empezar su jornada laboral. Sacaron de la furgoneta sendas cajas de herramientas, escaleras y cables. Uno sacó su móvil del bolsillo del pecho y miró la hora. Eran casi las ocho y media.

Mientras llevaban sus pertenencias a la entrada, el primer habitante del edificio salió a la calle. Al menos el primero desde que habían estacionado la camioneta hacía diez minutos. En las zonas lujosas como aquella no solía haber mucho movimiento a esas horas del día.

El precio de vivir en Tuborg Havn era tan elevado que la mayoría de los mortales no podía permitírselo. El hombre pasó junto a ellos con su gabardina de color claro y el Tesla estacionado le guiñó un ojo a modo de saludo. La puerta principal se había cerrado de golpe detrás de él hacía mucho tiempo.

Los electricistas habían colocado una escalera junto a la entrada porque no había otra forma de llegar a la lámpara de arriba. Uno de ellos sostenía un pesado cable enrollado.

Durante unos minutos no pasó nada. Luego, el hombre que había subido la escalera hizo una señal a su colega, y este dio unos pasos rápidos hacia delante y llegó a la puerta principal justo en el mismo momento en que un caballero de aspecto indio la abría desde adentro.

—Oh, *sorry* —dijo enseguida el hombre, sujetando cortésmente la puerta para que pasara el electricista, que bastante problema tenía ya con sujetar las herramientas y el cable.

—Muchas gracias —dijo el hombre del mono naranja, desapareciendo por el hueco de la escalera.

Cuando el indio se hubo perdido de vista, abrió la puerta a su colega, quien mientras tanto había sacado una bolsa negra de la camioneta. El primero cogió la bolsa y entregó el cable a su colega, quien rápidamente recogió su equipo, lo cargó todo en la furgoneta, encendió el motor y se fue sin ninguna prisa.

Nadie en Tuborg Havn se había dado cuenta de que en aquella camioneta habían llegado dos hombres pero solo se había ido uno.

49

Un jardinero muerto parecía cualquier cosa menos una gran oportunidad. Su entusiasmo se había ido enfriando significativamente durante la noche, mientras leía las cartas que había traído consigo.

Sigrid mencionaba al jardinero Luis en una ocasión y lo describía como un hombre capaz y educado que había trabajado como ingeniero en todo el mundo y que compartía su especial entusiasmo por el jazmín. Pero eso era todo.

Tenía, pues, una nueva pista, pero no estaba del todo clara. Y el hombre que podía ayudarla estaba muerto.

Jesús Molina, que había pasado a recogerla en su Seat como el día anterior, salió de la carretera principal y siguió cuesta arriba por Mijas Costa hasta que finalmente giraron a la derecha en un barrio llamado Haza del Algarrobo. La zona era bonita, pero no impresionantemente hermosa. Los jardines estaban bien cuidados y, a menos que estuvieran escondidos tras paredes de color amarillo pálido o blanco, se veía el césped de color verde exuberante, con sistemas de riego y palmeras para dar sombra.

—Puede que los daneses tengan su club aquí, pero en realidad la mayoría de los habitantes de esta zona son franceses e ingleses. Tus compatriotas quieren ver el agua. Al menos eso es lo que dice la hermana de mi esposa, que es agente inmobiliaria. ¿Es que no tenéis agua en Dinamarca?

Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro de Molina. Su humor era tan seco como grasienta estaba su chaqueta de cuero.

—Muchísima… más de siete mil kilómetros de costa. Solo que con el clima equivocado.

Molina abrió mucho los ojos.

—¿Venís aquí para no congelaros?

—Y para no mojarnos.

Jesús Molina se rio y sacudió la cabeza, como si no diera crédito a lo que oía. Poco después bajó por un pequeño callejón sin salida y se

detuvo frente a un gran edificio blanco con un montón de coches estacionados delante.

Una bandera danesa y una española ondeaban en armonía frente a las dos puertas de entrada. Sobre una de ellas estaba escrito CLUB DANÉS / DANISH-SPANISH SOCIETY, y sobre la otra, CASA DANESA. Sin lugar a duda, ese era el lugar en el que una bandada de aves migratorias danesas se había asentado de forma permanente en su camino hacia el sur.

Salieron del coche. Margrethe se tomó un momento para mirar alrededor. Para el pequeño plan que había ideado necesitaría algo de apoyo.

Eligió la puerta correcta y terminó justo en el bar del restaurante. Pero no era solo un bar: era un verdadero paraíso de especialidades danesas. Había sándwiches Tom cubiertos de chocolate, mermelada de Den Gamle Fabrik, «Piratos» de regaliz y una vitrina refrigerada con deliciosas ensaladas de Graasten. Todos ellos componentes básicos y sólidos del ADN danés. Sin embargo, Franck aún no había estado fuera de casa lo suficiente como para echar de menos la salsa tártara.

A su espalda sonó de pronto la conocida melodía que daba paso al telediario danés. Se dio la vuelta. En una esquina de la pared colgaba un televisor, y un alegre presentador anunciaba el pronóstico del tiempo. De modo que también tenían acceso a la televisión danesa. Si en algún momento alguien caía en la melancolía y la añoranza patriótica extrema, todo lo que tenía que hacer era mirar el pronóstico del tiempo danés durante unos días seguidos.

Una mujer mayor apareció tras el mostrador.

—Hola, estoy buscando al gerente.

—Afuera en la terraza —respondió la señora—. Es alto, lleva pantalones cortos azul oscuro y un polo azul claro. Ah, y tiene barba. Es inconfundible. Se llama Ole. Vayan por esa puerta de ahí.

Margrethe le dio las gracias y salió con Jesús Molina pisándole los talones. En la terraza cubierta había mucho ajetreo y bullicio. Desde ahí se veían cinco canchas de tenis y una tentadora piscina. Y rostros bronceados y sonrientes por todas partes.

Rápidamente localizó al hombre adecuado. Se acercó a él y decidió saltarse los rodeos habituales para presentarle directamente la versión abreviada de su petición: que investigaba una muerte en cooperación con la inteligencia española. Pidió a Molina que le mostrara sus credenciales.

Su plan consistía en reunir al resto de los daneses de su lista y entrevistarlos a todos a la vez. Aquello le ahorraría mucho tiempo, porque al fin y al cabo tenía pensado decirles lo mismo a todos ellos.

Y tal vez los antiguos amigos de los Bulbjerg se ayudarían entre sí con sus recuerdos.

—Necesito hablar con cuatro matrimonios: los Holm, los Kristiansen, los Højbjerg y los Nissum. Me dijeron que hoy estarían aquí. ¿Cree que eso es posible?

—Correcto, ya los he visto a todos. Hoy tenemos un torneo de tenis, por lo que hay más gente de lo normal.

—Me gustaría hablar con las cuatro parejas al mismo tiempo, en un espacio donde no nos molesten. ¿Podría conseguirnos eso?

El gerente se frotó la barba brevemente.

—Por supuesto, aunque todos ellos participan en el torneo. Permítanme echar un vistazo a los horarios… —Sacó unos cuantos papeles doblados de su bolsillo—. ¿Cuánto creen que durará la conversación?

—Tres cuartos de hora como máximo, tal vez menos.

—Está bien, si intercambio las horas de estos partidos, podré cuadrarlo. Pueden usar nuestra sala común. En media hora aproximadamente las cuatro parejas deberían estar listas. Todos juegan a dobles, lo cual lo hace más fácil.

—Maravilloso, gracias. Cuando se lo explique, dígales que estamos investigando la muerte de Sigrid Bulbjerg hace once años.

Siete daneses estaban sentados en dos mesas de la sala. Algunos se secaron el sudor de la frente con una toalla.

Se habían presentado uno por uno y le estrecharon la mano al entrar. Se palpaba tensión en el ambiente. Un hombre estuvo a punto de manifestar su asombro en voz alta, pero su esposa le siseó que se callara.

Por supuesto, ninguno de ellos entendía por qué alguien de Dinamarca había venido hasta España para hurgar en los hechos de una historia tan antigua, y mucho menos en un accidente de tráfico normal y corriente que, por desgracia, había acabado con la vida de dos personas.

Solo faltaba por llegar el señor Holm. Un momento después, un hombre corpulento entró resoplando por la puerta. No llevaba zapatos, solo calcetines, y una gaseosa en la mano. Se disculpó y se sentó al lado de su esposa.

—Ya estamos todos. En primer lugar, me gustaría disculparme por molestarlos en mitad del torneo. Mi nombre es Margrethe Franck. Con la ayuda del señor Jesús Molina, del servicio de inteligencia español, estoy investigando la muerte de Sigrid Ryttinger Bulbjerg. Me encantaría…

—Bueno, pero… Sigrid y su marido murieron en un accidente de

tráfico. En Dinamarca. En la autopista.

La mujer que estaba sentada al final de la mesa soltó aquello espontáneamente, casi sin pensar, y luego se tapó la boca con la mano. En realidad, se había limitado a decir en voz alta lo que todos pensaban.

—No puedo entrar en detalles aquí, pero el tema es que…

Margrethe lo resumió todo una vez más: el asesinato del viejo Ryttinger, los años de sospecha de Sigrid y el deseo de su hermana Benedicte de que todo esto se aclarara lo antes posible.

Los ocho daneses se quedaron muy quietos en sus sillas y se miraron de reojo.

Al final, Franck los animó a todos a profundizar en sus recuerdos. ¿Sigrid les había confiado alguna vez algún secreto? ¿Notaron algo que la preocupara? ¿Algo, por pequeño que fuera, que la hubiera sorprendido? ¿Tenían algún indicio de que pudiera estar investigando algo? ¿Les había pedido alguna vez algo que, de manera directa o indirecta, pudiera estar relacionado, por ejemplo, con una conversación sobre la muerte o el miedo? ¿Les había hablado Sigrid sobre su propia muerte? ¿Sobre la de su padre? ¿Sobre el destino?

Aquello le costó tanto como el día anterior. Seguía teniendo pocos puntos de apoyo. Pero la mayor barrera eran los muchos años que habían pasado desde aquello.

El señor Holm, que se había puesto una toalla alrededor del cuello, tomó la palabra y dijo exactamente eso, en términos inequívocos.

—Esas insinuaciones y estados de ánimo por los que usted nos pregunta… Quizá podríamos haberla ayudado justo después del accidente, o puede que incluso un año después, pero… ¿ahora? Yo ni siquiera recuerdo lo que hice anteayer. Los Bulbjerg murieron hace once años. El tiempo no se detiene. Y nosotros tampoco hemos rejuvenecido, la verdad. La vida continúa. Fue un accidente trágico, pero algo así siempre es trágico. Y nadie de nuestro círculo de amigos hizo preguntas después, ¿por qué deberían haberlo hecho? No teníamos ni idea de que pudiera haber algo sospechoso en su muerte. ¿Me explico?

Margrethe asintió. Lo entendía perfectamente.

—Sigrid era más reflexiva que su marido —dijo una de las mujeres, la señora Kristiansen—. Al fin y al cabo, había estudiado una carrera y era profesora. Una vez hablamos de la muerte. De cuándo y cómo debíamos morir. De dejar un testamento y preparar nuestro propio funeral y cosas por el estilo. Por lo que recuerdo, ella era muy práctica en ese sentido. Poco sentimental. Imagino que esto no le ayuda mucho, ¿no?

Margrethe sonrió y sacudió la cabeza.

—Tómense su tiempo —instó al pequeño grupo—. ¿Tuvieron conversaciones con ella sobre estos temas? No tengo prisa. Traten de recordar…

La habitación estaba en el más absoluto silencio, y algunos se encogieron de hombros. Margrethe lo intentó de otro modo:

—¿Sabían que el padre de Sigrid fue asesinado? ¿Sabían ustedes quién era?

—Bueno… cuando ha mencionado usted el nombre de Ryttinger, me ha sonado mucho y he recordado que era el apellido de soltera de ella, pero aquí su nombre siempre fue Bulbjerg —dijo una de las mujeres.

El señor Nissum carraspeó.

—Por supuesto que sé quién era su padre —dijo—. Una gran bestia de la economía danesa en su momento. En una ocasión le pregunté a Sigrid por él, pero me pareció que no le gustaba hablar del tema. Y es cierto, aquí en España siempre fue Sigrid Bulbjerg.

Margrethe no dijo nada y les dio algo más de tiempo para pensar.

—Era increíblemente terca, nuestra Sigrid. Cuando se proponía algo, no paraba hasta conseguirlo —dijo la señora Højbjerg con un suspiro.

—Le pasaba lo mismo con el golf —agregó la señora Holm—. Nunca estaba contenta con su hándicap.

—Ni con su *drive* —apuntó su esposo.

—A veces se quedaba en la cancha de tenis practicando el saque mientras los demás ya hacía rato que estábamos aquí dentro —dijo el señor Kristiansen con una sonrisa—. Era una auténtica luchadora…

Los dejó hurgar en sus recuerdos, pero solo salieron a la superficie pequeños fragmentos de pensamientos aislados. Todo tan inútil como había temido. Había llegado el momento de cambiar de dirección.

—El jardinero de los Bulbjerg… Luis… ¿Lo conocían?

Varios de ellos asintieron. El señor Nissum habló de nuevo:

—Sí. Luis trabajaba para muchos daneses. Para nosotros también. Murió hace unos años.

—¿Saben cómo se apellidaba?

Durante unos segundos se hizo el silencio. Luego la señora Højbjerg respondió:

—Ay, sí, se llamaba como esa ciudad… ¡Valencia! Luis Valencia. Aquí en España todo el mundo tiene dos apellidos, el primero es el del padre y el segundo, el de la madre, pero él solo usaba «Valencia». También estuvo en nuestra casa. Le gustaba trabajar.

—¿Dónde vivía? ¿Saben si su mujer también murió?

—De la mujer no sé nada, pero estoy seguro de que vivía en el centro de la ciudad, en uno de los grandes bloques cerca de la autopista, en la avenida Finlandia.

Margrethe tomó nota. El apellido le era francamente útil.

—¿Quiere localizar a la mujer? —preguntó la señora Højbjerg.

—Sí, me gustaría hablar con ella.

—Pues piense que igual no utiliza el mismo apellido que su marido, ¿eh? Aquí las mujeres mantienen el suyo. Es un lío. Imposible entender quién está con quién. Pero si quiere puedo darle el número de nuestro jardinero actual. Su nombre es Jaime, y sé que conocía a Luis. Estoy segura de que él podrá ayudarla.

La señora Højbjerg sacó su móvil de su bolsa de deportes y le dio el número. Bueno, iba todo muy lento, pero al menos avanzaba en la dirección correcta.

—¿Cómo describirían a Luis Valencia? —preguntó Margrethe.

—Un buen hombre. Amable y educado, servicial y absolutamente digno de confianza. Y nada cotilla. En realidad, era ingeniero, ¿sabe? Y le chiflaban los jazmines —dijo la señora Nissum.

Todos asintieron al oír aquello.

Jazmines otra vez… Margrethe miró sus papeles. Todos los nombres de su lista ahora estaban tachados. Todos menos uno.

—¿Y la señora de la limpieza de los Bulbjerg? ¿La conocían? Todo lo que sé de ella es que su nombre era Blanca.

La señora Holm levantó un dedo.

—Sí, yo la conocía. También limpiaba para nosotros. Sigrid me la recomendó. Una mujer un poco demasiado tranquila, pero agradable y limpia. De Chile. Lo dejó el año pasado. Se jubiló.

—¿Apellido y dirección?

—Espere un minuto…

La señora Holm había puesto su bolso debajo de la mesa. La cogió, sacó una vieja libretita de direcciones y la hojeó rápidamente.

—Aquí está… Blanca Rodríguez, calle de la Iglesia. Está justo aquí, en la ciudad, en Los Boliches, justo al lado de la calle principal, creo.

Margrethe también anotó su número de teléfono y pudo tachar el apellido en la lista de Benedicte. Después de aquello, dio las gracias al pequeño grupo danés.

Algunos de los hombres se acercaron a ella con curiosidad, queriendo obtener más detalles de la investigación, pero Franck los esquivó amablemente. Jesús Molina hizo lo mismo cuando una de las mujeres intentó hablar con él en un español fluido.

Era lógico que quisieran saber más: una desconocida se plantaba ante ellos y les hablaba de un accidente que habían olvidado hacía

mucho… Y todo rodeado de un aura de misterio… Aquella sería la comidilla de la semana en el Club Danés.

Llamó al timbre. La etiqueta del interfono decía MARÍA PILAR GUTIÉRREZ DÍAZ. Les había llevado más de dos horas llegar hasta la viuda del jardinero, que efectivamente tenía un apellido distinto al de su difunto esposo.

No tuvieron suerte cuando llamaron por teléfono al actual jardinero de los Højbjerg, pero Molina le dejó un mensaje y una hora y media después el hombre les devolvió la llamada y los puso en el camino correcto.

Efectivamente, la viuda de Luis vivía en un edificio muy alto que estaba en la avenida Finlandia: un bloque pintado de rosa chillón cerca de la autopista que bordeaba la costa desde Torremuelle hasta Benalmádena.

Una mujer menuda y enjuta les abrió la puerta. Su cabello negro, sin la menor traza de gris, estaba recogido en un discreto moño en la nuca.

Margrethe dio un paso atrás y dejó que fuera Jesús Molina quien hablara, tal como habían acordado. Ella sabía hablar español, pero era más fácil si lo hacía él. Y seguro que era más fácil que responder a las preguntas de una extranjera.

Molina explicó tranquilamente a la viuda del jardinero lo que estaba pasando.

Lo habían preparado todo en el coche, mientras venían hacia aquí. Molina se concentraría principalmente en los Bulbjerg y averiguaría si Luis había hablado con su esposa sobre ellos.

—Mi marido apreciaba mucho a aquella mujer danesa. A su esposo un poco menos, porque era muy reservado y se interesaba poco por el jardín —explicó María Pilar Gutiérrez Díaz.

A pesar de su edad, era una mujer muy guapa. Sus ojos estaban alerta y hablaba increíblemente rápido.

Sí, Luis le había hablado de largas y buenas conversaciones con la señora Bulbjerg; sí, probablemente habían tomado una taza de café en la terraza de vez en cuando; sí, también habían hablado de cosas privadas: de la familia, del pasado y del futuro. Luis siempre le había dicho que ella era, con mucho, la mejor de las personas para las que trabajaba. Pero… eso fue todo.

—El jazmín era la planta favorita de su esposo, ¿verdad?

Franck se permitió colar esa pregunta pese a que era Jesús quien dirigía la conversación. La viuda le dedicó una sonrisa enorme.

—Oh, ¿ha oído hablar de eso? Sí, es correcto. A Luis le encantaban los jazmines. Antes vivíamos en una casa grande cerca de Málaga con

un enorme y precioso jazmín en el jardín.

—Los Bulbjerg también tenían uno.

—Sí, cierto. Como la mayoría. Y a los que no tenían jazmín, Luis los convencía para que plantaran uno —dijo sonriendo.

Jesús Molina le dirigió una mirada muy significativa y luego le hizo la pregunta clave:

—¿Dejó su marido quizá una caja, un sobre, una bolsa o una llave? ¿Algo que le hubiera confiado la señora Bulbjerg?

—No, lo sabría. ¿Por qué lo pregunta?

—Estamos buscando unos documentos que pertenecieron a Sigrid Bulbjerg y que ella pudo haber escondido. Por eso…

—Luis nunca mencionó nada en ese sentido.

—Entonces no queremos hacerle perder más el tiempo —dijo Margrethe, e hizo una seña a Jesús.

Ya solo les quedaba la señora de la limpieza. Y su instinto le decía que con ella tampoco encontrarían el final del arcoíris.

50

Pesadas gotas caían sobre su improvisado toldo de lona. Estaba agazapado en el tejado de Tuborg Havn, con el sistema de ventilación a su espalda y las rodillas dobladas.

Era solo otro más de los varios aguaceros que lo habían azotado a lo largo de la tarde, pero estaba bien protegido. Estaba sentado sobre un aislante, y la pequeña lona de la ferretería cumplía su propósito y lo mantenía seco.

Estar seco era importante. Había que mantener una temperatura corporal adecuada para poder entrar en acción, y con la humedad venía el frío. No tenía el tipo de ropa que necesita un soldado moderno: transpirable, impermeable, abrigada. Iba vestido con la ropa habitual; la que usaba a diario. Por lo demás, en cambio, se había equipado con todo lo que necesitaba para entrar en acción tan pronto como oscureciera.

Cuerdas, arneses de escalada, mosquetones y todo lo que se necesitaba para escalar. Todo estaba en la bolsa de gimnasia que guardaba bajo las piernas, junto con el mono naranja. También algo de comer, dos botellas de agua y, por último, pero no menos importante, la caja negra estaba en su mochila.

Habían pasado ya varias horas desde que llegó esa mañana con su «colega electricista».

L. T. Fritsen, su leal amigo y camarada hasta la muerte, había vuelto a dejar su taller de reparación de automóviles en Amager para ayudarlo, igual que aquella otra noche en la que ambos, como un escuadrón de asalto de dos hombres, irrumpieron en la estación central de Copenhague y robaron el vídeo que documentaba el asesinato perpetrado por el ministro de Justicia.

Había estado lloviendo durante bastante tiempo, pero al menos no con fuerza. Miró el reloj: llevaba ya un buen rato bajo la lona.

Había algo familiar en todo, en lo grande y en lo pequeño. Cosas que se repetían, girando en círculos como un perro juguetón que se

quisiera morder la cola.

Fritsen, que nunca decía que no. Ni siquiera cuando se le había acercado en los momentos más extraños, pidiéndole más de lo que uno debería pedirle a un amigo.

Y él mismo. Saliendo de su sótano, de la capital, del bosque, bajo la lona, bajo la lluvia interminable en el bosque del Rold. ¿Y ahora qué? De vuelta a Copenhague. Bajo otra lona. Bajo otra lluvia.

Su vida seguía un ciclo peculiar que no se fijaba en la evolución, sino en la supervivencia.

Después de la medianoche se pondría en marcha.

51

Los que vivían en la estrecha calle de la Iglesia pertenecían, sin duda, a un mundo distinto. Ahí no crecía ni un solo árbol en varias decenas de metros a la redonda. No había empresarios que quisieran hacer negocios. Y, lo más importante, no se veía ninguna de aquellas hordas de turistas que en otros barrios recorrían la ciudad en masa.

La calle discurría paralela a la avenida principal de Fuengirola, la avenida de Nuestro Padre Jesús Cautivo, e iba a parar a la calle Maestra Concepción Guidet, que conducía al variopinto flujo de veraneantes extranjeros hasta el paseo marítimo.

La calle de la Iglesia era una calle de un solo sentido, y tal vez parecía tan remota y prístina porque era muy poco espectacular.

Margrethe iba sentada al lado de Jesús Molina y prestaba atención a los números de las casas mientras él avanzaba lentamente con el Seat.

—¡Aquí!

Molina se detuvo. Una anciana vestida de negro estaba sentada en una silla en la acera, frente a su casa. Miró a los extraños con recelo mientras Molina aparcaba y ambos salían del coche.

Ese lado de la calle estaba flanqueado por edificios de apartamentos de gran altura, y el otro estaba dominado por un único edificio, largo y plano, que, como en las casas adosadas, estaba dividido en secciones. La mayoría de las puertas y ventanas delanteras estaban protegidas con rejas de hierro forjado.

A lo largo de la calle, la parte baja de las fachadas estaba adornada con azulejos de colores. Cada casa era diferente, por pequeña que fuera. Y en las azoteas colgaban coloridas guirnaldas de ropa tendida al sol.

Aquí vivía la antigua mujer de la limpieza de los Bulbjerg, Blanca Rodríguez, con su esposo. Margrethe y Jesús Molina habían anunciado su llegada por teléfono. La chilena ya los estaba esperando en la puerta de celosía azul y los invitó a pasar.

Jesús Molina hizo las presentaciones. Esta vez habían acordado dejar que la conversación fluyera, sin más.

—Yo sé un poco de danés —dijo Blanca Rodríguez, sonriendo a Margrethe—. Pero solo unas pocas palabras. He tenido muchos jefes daneses.

La señora Rodríguez los condujo por el patio, que estaba repleto de macetas y plantas, y luego subieron un estrecho tramo de escaleras hasta la terraza.

Aquí también fueron recibidos por macetas, y por dos jarras plateadas puestas en una bandeja sobre una pequeña mesa en la esquina. La chilena era bajita y fuerte, y su melena canosa estaba recogida con una cinta azul.

Parecía un poco cohibida por la visita de aquellos extraños.

—Tengan… la de la izquierda es café; la de la derecha, té.

Margrethe se sirvió una taza de café mientras recitaba su explicación, que a esas alturas se había vuelto ya un discurso rutinario: estaba investigando la muerte de Sigrid Ryttinger Bulbjerg en nombre de la familia.

Blanca Rodríguez asintió.

—¿Cómo describiría su relación con la señora Bulbjerg?

Aquella fue la primera pregunta de Margrethe. Los ojos negros de Blanca Rodríguez parecían concentrados mientras respondía con lentitud:

—Eso fue hace mucho tiempo… La muerte de la señora Bulbjerg fue algo muy triste. Ella fue una de las mejores personas para las que he trabajado. El corazón todavía se me encoge cuando pienso en ella.

—¿Cuál era su relación con ella? ¿También tomaba a veces café con ella, como el jardinero Luis Valencia?

La señora Rodríguez negó suavemente con la cabeza.

—No… Nunca nos sentamos a la misma mesa a hablar, pero la señora Bulbjerg solía servirme una taza de café o un vaso de limonada fría.

Molina se aclaró la garganta.

—¿Y qué me dice de los jazmines? ¿Le gustan los jazmines?

Blanca Rodríguez enarcó las cejas.

—No. Bueno, no particularmente. No entiendo la pregunta…

Era posible que su compañero español hubiera sido un poco demasiado directo… Margrethe trató de ponerlo todo en contexto.

—Bueno, ¿quizá tenían intereses comunes? ¿Como por ejemplo los jazmines, que en esta zona son maravillosos, o las plantas trepadoras? ¿Hablaban ustedes de esas cosas? ¿O sobre la familia? ¿La vida? ¿La muerte? ¿Tenían una relación de confianza?

La chilena se encogió de hombros.

—¿Relación de confianza? No, eso sería decir demasiado. No teníamos conversaciones como las que usted dice… A veces, la señora Bulbjerg me preguntaba cómo estaba mi marido o los niños. Tengo tres hijos adultos… Pero yo nunca le hubiera preguntado a ella nada personal. No es propio de una señora de la limpieza —apuntó Blanca Rodríguez, con firmeza.

Su actitud tranquila y su mirada impenetrable dejaron claro que no habría más respuestas. Había trabajado para una amable danesa, había hecho su trabajo y eso era todo.

Aunque no parecía que fuera a obtener ninguna respuesta interesante, Molina repitió la misma pregunta que había hecho a la viuda del jardinero: ¿alguna vez la señora Bulbjerg le había dejado una caja, sobre, llave o algo por el estilo?

Blanca Rodríguez abrió los ojos como platos y sacudió la cabeza en señal de negación.

No iban a averiguar nada más. Se pusieron de pie y le dieron las gracias amablemente. La señora Rodríguez los acompañó escaleras abajo y los condujo a través del patio de jardineras, más allá de las dos puertas que daban acceso al recinto.

Ambas estaban abiertas. Detrás de una de ellas había una pequeña habitación con una cama. La segunda no era mucho más grande que un armario. Había un ordenador, y en la pared colgaban algunas notas y algunas postales.

Blanca Rodríguez llevaba una vida muy discreta, pero después de tantos años de servir a familias extranjeras había logrado formarse un pequeño oasis, aquí, en el corazón de la ciudad.

—¿Qué hacemos ahora, Margrethe? —preguntó Jesús Molina cuando ya estaban en la acera de regreso a su coche.

Ella se encogió de hombros y sacudió la cabeza con frustración.

—No lo sé… No tengo más pistas. Fui una ingenua al pensar que podía presentarme aquí y descubrirlo todo…

—¿Se te ha ocurrido pensar en la posibilidad de que alguien que quisiera matar a la señora Bulbjerg por haber averiguado demasiado podría perfectamente haber entrado en La Sierrezuela después del accidente para llevarse justo lo que estamos buscando?

—Sería muy posible, sí. Su hermana vino aquí después del accidente. No había ninguna señal de robo, pero, por supuesto, algo así también podía hacerse de manera elegante y discreta. Han pasado once años… No te puedo dar una respuesta, Jesús. Mañana tengo que volver a Dinamarca. Te agradecería que me llevaras al hotel y después ya te librarás de mí.

Franck le dio unas palmaditas en el hombro y subieron al coche. Puso en marcha el motor y condujeron lentamente por la estrecha calle de la Iglesia hasta el final, donde estaba el edificio que daba nombre a la calle. Molina giró a la derecha y de repente se encontraban de nuevo inmersos en la bulliciosa vida de la ciudad.

—¿Ya has estado en el malecón? —le preguntó Molina.

Margrethe negó con la cabeza.

—Entonces iremos por ahí. La ruta es muy bonita —le dijo.

A ella le daba igual. En realidad, solo quería estar sola. No se le ocurrían más preguntas, solo una creciente sensación de desánimo se abría paso en su interior, como agua en una tina. Había fallado a Mossman y a Oxen. No había cumplido con su tarea. Volvía a casa con las manos vacías.

Molina, por su parte, parloteaba sobre vestigios del pasado, sobre unos pilares blancos que se elevaban frente al mar. Ella no lo escuchaba. A su derecha fue viendo hoteles que se alternaban con enormes edificios de apartamentos. Los toldos se extendían sobre innumerables terrazas en las que la gente se sentaba y contemplaba la amplia acera, la playa y el mar, que parecía no tener fin.

La calle estaba salpicada de palmeras ora pequeñas y gruesas, ora altas y delgadas, y otros árboles y arbustos exóticos. Molina explicaba con entusiasmo lo mucho que le gustaba el paseo marítimo. A los ojos de ella, esta calle era tan absurda y anónima como tantas otras.

Su frustración se había convertido en un río embravecido.

Por todas partes la gente paseaba, hacía *running* y conducía, y a nadie le importaba la derrota que habían sufrido. Hasta Molina se había quedado en silencio. Entonces el paisaje cambió un poco. Ahora los pilares de piedra se adentraban en el mar y las sombrillas de paja sobresalían como hongos en la arena.

Más allá estaba el puerto deportivo de la ciudad. Había cafés, restaurantes y muelles para las barcas, y un mar de embarcaciones que parecían hallarse en el extremo superior del espectro de precios.

Sin entender muy bien a qué se debía, Margrethe notó que una nueva sensación se extendía por su cuerpo. No era desaliento, sino todo lo contrario. Más bien un pinchazo. ¿Una duda persistente? ¿Un miedo que no alcanzaba a comprender del todo? ¿O era ira? ¿Contra sí misma?

El sentimiento se hizo más fuerte. Le vinieron imágenes a la mente, junto con palabras, gestos y expresiones faciales. La estancia de dos días se mezcló con la imagen de las palmeras para crear un salvaje *déjà vu*.

Pero ¿por qué diablos estaba tan irritada de repente? ¿Por la

mirada de los Stewart, que los habían observado desde la terraza mientras cavaban la tierra alrededor del jazmín? ¿O por los amables movimientos de cabeza de Lilly y Mats Johansson? ¿O los rostros bronceados y los recuerdos perdidos de los Holm, Kristiansen, Højbjerg y Nissum? ¿O fue la vivaz viuda María Pilar Gutiérrez Díaz, con su mirada despierta? ¿O la sudamericana Blanca Rodríguez, con ese rictus de seriedad en la boca?

Nombres y caras.

¿En qué momento no había prestado la suficiente atención? ¿No había abierto bien los ojos? ¿No había escuchado con interés?

A lo lejos, un poderoso malecón se elevaba y formaba un anillo alrededor del puerto, un baluarte. Afuera, caos. Adentro, silencio.

—¡Para! ¿Puedes parar, por favor? Tengo que salir, necesito aire.

Casi gritó al decir aquello, y Molina se estremeció al volante. Margrethe necesitaba descanso para desterrar todo el estrés que iba acumulándose en su cabeza. Tenía que desconectarse de todo lo demás y concentrarse en ese sentimiento de calma…

—Claro, Margrethe, claro.

Molina pisó el freno y se detuvo a un lado de la carretera.

—No, no… ¡No te detengas! ¡Da la vuelta y pisa el acelerador! ¡Está mintiendo! ¡Blanca Rodríguez miente!

52

La tienducha del sótano llevaba el ostentoso nombre de Peter's PC World. Las ventanas estaban enrejadas, aunque ahí dentro había muchos más equipos viejos que nuevos. Junto a la escalera había un estand con varios libritos y manuales de instrucciones, todos desgastados por el uso.

El mundo era pequeño. Incluso aquí en Londres. Peter Norman era un antiguo compañero suyo del colegio. Desde que dejaron el uniforme escolar de Gravesend pasaron muchos años sin saber nada el uno del otro. No fue hasta veinticinco años después cuando se reencontraron y se dieron cuenta de que ambos, como tantos otros, se habían mudado a la gran ciudad atraídos por las múltiples oportunidades que esta podía ofrecerles.

Desde aquel reencuentro, él había pasado varias veces por la anodina tienda de Portobello Road, en Notting Hill. No como John Smith, sino como él mismo, y no porque en ese sótano destartalado hubiera algo que no pudiera conseguir en ningún otro lado, sino solo porque Peter Norman venía de Gravesend, igual que él.

Abrió el maletero y cogió la torre del ordenador. Aquello aún lo desconcertaba: ¿por qué un ordenador normal ocupaba el mismo espacio que una pila de leña, mientras que un portátil apenas ocupaba nada?

Se puso la torre debajo del brazo, cerró el maletero de un golpe y bajó las escaleras para darle trabajo a Norman. Quería que le ayudara a acceder al ordenador de Alistair MacDuff.

Él mismo había sacado ese mamotreto de la casa de MacDuff al anochecer. Después de eso, dejó obedientemente la llave debajo de la regadera, tal como le había pedido ese estúpido policía novato.

Le disgustó, por supuesto, comprobar que se confirmaba lo que había temido desde el principio: que el ordenador estuviera protegido por una contraseña. Con sus escasísimos conocimientos informáticos no tenía ni la más mínima posibilidad de hacer nada, pero esperaba

que Peter Norman, de Gravesend, sí que pudiera.

Acababa de dejar la torre en el mostrador cuando su excompañero de clase apareció por la trastienda. Charlaron brevemente sobre los viejos tiempos e intercambiaron recuerdos habituales. Si hubiera venido por cualquier otra razón, le habría gustado hablar un rato más con Norman. Pero ahora tenía prisa. Estaba tenso.

—Vengo por este ordenador, Peter. No logro entrar.

—¿Has olvidado tu contraseña?

—Te seré franco, amigo. El ordenador no es mío, sino de un colega que falleció hace unas semanas en circunstancias algo insólitas. Sospecho que el día de su muerte pasó algo y necesito saber si aquí dentro hay algo, pero sin la contraseña no puedo iniciar la sesión.

—Normalmente solo hago esto para el dueño…

—Tú pones el precio.

—No, tío, no se trata de eso… Está bien, lo haré. Pero solo porque eres tú. Sígueme.

Rodeó el mostrador y siguió a Norman hasta una pequeña habitación que le recordaba al centro de mando de una nave espacial, atestada de ordenadores, repuestos, cables y demás. Norman colocó la torre sobre una encimera, le conectó una pantalla y un teclado, y metió una memoria USB en el puerto.

—No tardaremos mucho. En el lápiz que acabo de insertar hay un eliminador de contraseñas. Esperamos unos minutos, reiniciamos sin contraseña y ya estará. Ya podrás mirar todo lo que necesites.

—¿Podrías imprimirme algún tipo de lista? ¿Un registro, o como se llame? Querría ver los últimos movimientos que se hicieron con este ordenador, y eso me facilitaría mucho las cosas.

Norman negó con la cabeza.

—Pues no, no puedo. La gente cree que un ordenador lo registra todo y guarda resúmenes completos que puede presentar si se le piden amablemente, pero las cosas no van así. Ningún ordenador hace eso a menos que lleve instalado un programa especial para ello. Pero ¿por qué querrías hacer algo así? ¿Acaso tu colega era algo más que un usuario normal y corriente?

—No, diría que no… ¿Y qué pasa con los archivos que se eliminaron recientemente? ¿Puedes verlos en algún lugar? ¿O restaurarlos?

—La única forma de hacerlo es con un escaneo completo del disco duro. Ahí podríamos encontrarlo todo, incluso lo que se ha eliminado. Aunque no necesariamente en orden cronológico. ¿Sabes lo que estás buscando?

—No…

—¿Texto o imágenes?

—Ni idea.

—Entonces tendrás que mirarlo todo, y si ves algo que te llama la atención, podemos clicar en «Propiedades» y averiguar la fecha en la que se creó.

—Joder, qué complicado.

En la pantalla apareció el escritorio del ordenador de Alistair MacDuff.

—Espera un minuto —dijo Norman—, porque todo eso solo es necesario cuando buscas datos que han sido eliminados. Pero mira, aquí tenemos el escritorio de tu colega. Bastante desordenado, por cierto… Parece que el tío era un verdadero desastre, ¿no? ¿Te cuadra?

Dejó que sus ojos se deslizaran sobre innumerables iconos, símbolos de carpetas y chorradas sin sentido. Luego sacudió la cabeza. Nada de eso tenía significado para él.

Norman suspiró.

—Queda café en la cocina, ahí atrás. Coge una taza y echa un vistazo por la tienda mientras yo me enfrento a esta jungla.

Asintió, se levantó y dejó que su antiguo compañero de clase trabajara en paz.

No habían pasado ni dos segundos cuando Norman gritó:

—¡La papelera ha sido vaciada! ¡Eso es muy extraño, teniendo en cuenta el caos que hay por aquí!

Eso no presagiaba nada bueno. Significaba que algo había sido borrado, lo cual a su vez significaba que necesitaría mucha paciencia —una cualidad de la que él andaba bastante escaso— para ponerse a revisar toda aquella basura.

Se sirvió café y fue a la parte delantera de la tienda. Empezó a andar en círculos sobre la desgastada alfombra. Miró en todas las estanterías sin ver nada en realidad, y finalmente sacó de la papelera el periódico del día anterior.

Todo estaba en silencio en la trastienda, donde Norman estaba absorto en su trabajo. Los clientes no molestaban mucho en el Peter's PC World. Hasta ahora, de hecho, no había entrado ni uno solo.

Acababa de llegar a la sección de deportes cuando Norman lo llamó.

—¡Eric! ¡Ven!

Fue corriendo a la parte de atrás y se sentó junto a Norman frente al ordenador.

—¿Qué tienes?

—¿Sabes lo que es el Dropbox?

—Un tipo de archivador en línea, en la nube o como se llame, ¿no?

—Sí. Tu colega envió algo al Dropbox hace poco. Mira.

Norman clicó dos veces con el ratón y en la pantalla apareció una foto.

—Ese eres tú, ¿no? Y mira, aquí hay otra. Tú también. ¿Te sirve esto?

Él ya no estaba escuchando. Miró alternativamente las dos imágenes con la boca abierta. En una estaba de pie, camuflado, frente a una choza de barro, con un cigarrillo en la boca. En la otra iba vestido de civil. En una ciudad. En una plaza. Parecía algo mayor que en la primera.

—Estos son los dos archivos más recientes del Dropbox. Aquí está la fecha —dijo Norman, dando unos golpecitos en la pantalla con su dedo índice.

Las dos fotos habían sido archivadas el mismo día en que Alistair MacDuff se cayó por las escaleras.

—¿Era esto lo que estabas buscando?

Él no respondió. Sus pensamientos corrían en todas las direcciones posibles. Níger y Bucarest… ¿Qué diablos hacían esas fotos en el ordenador de MacDuff? ¿Y por qué existían? ¿Quién coño las hizo? ¿Había sido el propio MacDuff? Eso iba en contra de todas las reglas. Tenía que haber una razón para eso…

—¿Pasa algo, Eric?

Norman le puso una mano en el brazo.

—¿Qué? No, no, es solo que no esperaba ver mi propio careto aquí metido, la verdad. Oye, y esto… ¿cómo funciona? Es decir, ¿cómo van a parar las fotos al Dropbox?

—Probablemente copió las fotos desde su teléfono y las puso en el escritorio para mirarlas. Y como obviamente eran importantes para él, quiso tener acceso permanente a ellas desde cualquier dispositivo, así que las guardó en el Dropbox. Después, si eres una persona ordenada, ordenas tu escritorio y borras las fotos. Aunque en este caso… Créeme, los ordenadores son como las estanterías: dicen mucho sobre sus dueños. Algunos son quisquillosos, otros normales y a otros no les importa el desorden.

—¿Es por eso por lo que te sorprendió la papelera vacía? ¿Tú crees que debería haber estado llena?

—Desde luego. Todo este ordenador es, en sí, una papelera.

—¿Podrías hacer un escaneo completo del disco para mí, solo para estar seguro?

—Está bien, pero antes trataré de ver qué más hay en el ordenador. Cuando se levantó de su silla, varias horas y tres tazas de café más tarde, no había encontrado nada en el ordenador de Alistair MacDuff.

Nada que fuera interesante.

No había muchas fotos ahí guardadas. Algunas de la hija, algunas de la ex, algunas fotos de vacaciones y las típicas fotos familiares. También había algunas relacionadas con el fútbol (fotos hechas desde el bar, desde las gradas de Anfield y desde algún autobús para ir a ver partidos fuera de casa). Además, MacDuff había creado varias carpetas con fotos de sus trabajos en todo el mundo, pero eran solo fotos inofensivas de refugios, piscinas y barbacoas con mucha cerveza. Finalmente, había un montón de fotos típicas de macho alfa: penes y tetas, Ferraris, Lamborghinis y similares, y todo tipo de armas, todo descargado de Internet.

Los documentos carecían de interés y los correos electrónicos de MacDuff no le importaban en absoluto.

Fue a la parte delantera de la tienda. Norman estaba atendiendo a un señor que necesitaba un cable especial. Cuando el hombre se marchó, tocó a Norman en el hombro.

—Ya estoy, Peter. Gracias por la ayuda.

—¿Todavía quieres que escanee el disco?

—Sí, por favor.

—Me pondré a ello enseguida. Pásate mañana por la mañana y podrás llevarte la copia y el ordenador.

—Genial. ¿Cuánto te debo?

Norman se encogió de hombros.

—Dejémoslo en cien…

Él sacó un fajo de billetes de su chaqueta, contó quinientas libras y las dejó sobre el mostrador. Su antiguo compañero de clase miró todo ese dinero y luego lo miró a él con curiosidad.

—Eso… es un pequeño extra. Me has ayudado mucho.

Se despidieron y poco después estaba sentado en su coche; se reclinó y cerró los ojos. Apretó con fuerza el volante e intentó concentrarse y pensar en los posibles escenarios que se abrían ahora mismo frente a él. Solo veía dos posibilidades:

La *buena*, a saber, que Alistair MacDuff realmente se hubiera caído borracho por las escaleras. Que sí, que el idiota había estado mirando fotos antes de morir, y que era un misterio cómo habían llegado aquellas dos imágenes a su posesión… Pero al fin y al cabo no eran más que dos fotos relativamente inofensivas de un hombre a quien Alistair solo había conocido por el nombre de «John Smith». Ligeramente preocupante, pero no como para entrar en pánico.

La segunda opción era la *mala*.

Que un desconocido hubiera matado a MacDuff.

Según esta teoría, la persona en cuestión bien podría estar

relacionada con las fotos en el ordenador de MacDuff.

Fuera como fuese, ninguna de las dos opciones podía comprometerlo realmente. Ahí no había nada que pudiera meterlo en problemas. Pero todo el asunto era jodidamente inquietante.

Ahora solo había una cosa que podía hacer. Sacó su móvil, buscó un número y lo marcó.

—Hola, Marsh. Aquí John Smith. Tuviste la amabilidad de darme acceso a la casa de Alistair MacDuff. Tengo noticias para ti, y una oferta mucho más lucrativa: quiero que disecciones la muerte de MacDuff para mí. Que rompas el caso en átomos y mires cada uno de esos átomos con lupa. Y a cambio te prometo… te prometo que te pagaré bien por ello.

53

Blanca Rodríguez era un gran signo de interrogación cuando salió de detrás de la puerta azul por segunda vez ese día. Y… ¿había un gesto de preocupación en su boca?

—Perdón, lamento molestarla de nuevo, señora Rodríguez —dijo Margrethe—, pero me gustaría volver a hablar con usted, si no le importa. ¿Podríamos entrar un momentito?

La chilena abrió la puerta y los condujo hacia las escaleras.

—No, espere un segundo, señora Rodríguez… —indicó Margrethe, poniendo una mano en el hombro de Molina para indicarle también a él que se detuviera.

Blanca Rodríguez parecía aún más confundida.

—¿Lo ve? Aquí, en su despachito, señora Rodríguez… —Señaló con la cabeza hacia la puerta del patio, que seguía abierta, y Blanca Rodríguez se acercó—. Antes, cuando salíamos de su casa, esta carta me llamó la atención. Ni siquiera leí lo que ponía, pero de algún modo la registré en mi mente, como si fuera un cuadro.

Molina la miró con curiosidad y Blanca Rodríguez entró en el cuartito para descolgar la carta de la pared.

—Es un mensaje de la agencia tributaria —dijo, tendiéndole el sobre a Margrethe.

—No me importa el contenido, querida. Solo me importa su nombre. Su nombre completo… Blanca *Luna* Rodríguez Sánchez.

La mujer parecía cada vez más tensa.

—Escuche, señora Rodríguez… *Blanca* y *Luna*… En una de las cartas que la señora Bulbjerg envió a su hermana, escribió con todo lujo de detalle que la luna blanca era su amiga. He leído esta carta muchísimas veces. Casi me la sé de memoria. Dice: «La luna es mi confidente. La luna blanca, por lejana que esté, es mi amiga. Ella me escucha. Me pregunta. Entiende mi idioma. Respeta mi trabajo. Entiende que no puede ser de otra manera. *¿No te parece increíble que haya conocido a la luna aquí abajo? Antes nunca me fijaba en ella, pero*

ahora… Nuestra amistad es tan única como las diferencias que nos definen. Pregúntale a la luna, ella sabe más que nadie».

Blanca Rodríguez se mordió el labio inferior mientras escuchaba.

—Eso es pura coincidencia, señora Franck —respondió finalmente —. En Chile todos tenemos dos nombres y dos apellidos, aunque yo solo uso uno. Es algo completamente normal. Creo que la señora Bulbjerg ni siquiera sabía mi segundo nombre.

—No la creo. Sigrid se refería a usted en la carta. Es usted Blanca Luna, «la luna blanca» que tan explícitamente menciona. Le pido que confíe en mí. Estoy aquí porque la hermana de Sigrid me dio su posesión más preciada, es decir, sus cartas… Porque necesita encontrar la paz. Porque quiere que los responsables rindan cuentas. Por eso, señora Rodríguez, he venido desde Dinamarca. Créame. Es la verdad. Yo nunca le mentiría.

Mordiéndose aún el labio inferior, la mujer se pasó la mano por el pelo gris. Su mirada, que había estado tan tranquila en su primera visita, tembló ahora ligeramente.

—Discúlpeme un momento, vuelvo enseguida —dijo entonces, y desapareció por el patio hacia la casa.

—Margrethe… De modo que sí has encontrado el tesoro, después de todo. No bajo el jazmín, sino sobre la luna. Lo he visto en sus ojos. Tienes razón —dijo Molina con una amplia sonrisa.

Poco después, Blanca Rodríguez volvió a aparecer. Llevaba un sobre y sacó una carta. Luego se puso las gafas para leer. Miró a Molina, luego a ella y luego a él otra vez.

—Tengo una pregunta para usted, señora Franck —dijo.

—Lo que quiera.

La mujer leyó en voz alta:

—¿Cómo se llamaban los dos caniches que las hermanas danesas Benedicte y Sigrid Ryttinger tuvieron cuando eran niñas?

—Oh, me temo que yo no puedo responderle a eso, pero puedo averiguarlo. ¡Un momentito! —dijo en español.

Margrethe Franck cogió su teléfono, buscó un número y lo marcó. Pasó una eternidad antes de que alguien lo descolgara.

—Al habla Benedicte Bjørk.

—Hola, soy Margrethe Franck. Llamo desde Fuengirola. Tenemos una situación un poco compleja ahora mismo… Estamos en casa de la señora de la limpieza de su hermana, Blanca Rodríguez, que acaba de hacerme una pregunta. Es una especie de contraseña. Me gustaría que me la respondiera ahora, a ser posible: ¿cómo se llamaban los dos caniches que tuvieron usted y su hermana de pequeñas?

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea. Luego vino

la respuesta:

—No tuvimos caniches, sino perros pastores. Se llamaban Rollo y Riff.

—Fantástico, gracias. Benedicte… ¿habla usted español?

—Lo tengo algo oxidado, pero sí, un poco. Se me dan bien los idiomas. Estudié traducción en la universidad.

—Entonces pondré el altavoz y espero que repita su respuesta, ¿de acuerdo? Creo que eso será lo mejor.

Efectivamente, puso el altavoz y Benedicte Bjørk repitió la respuesta en castellano. La señora Rodríguez pareció un poco sorprendida al principio, pero enseguida se pusieron a hablar, intercambiando bromas y compartiendo anécdotas.

Al final, la señora Rodríguez le hizo una señal a Margrethe.

—Conocí a la hermana de la señora Bulbjerg cuando vino a España, y coincidí con ella en varias ocasiones, señora Franck. La respuesta es correcta, pero aun así me gustaría confirmar que es ella. Esta es mi condición. Yo uso el ordenador para ver a mi familia en Chile. ¿Podría hacerme una videollamada?

—¿Qué dice, Benedicte? ¿Tiene Skype o un programa similar en su ordenador? ¿Con una cámara para que la señora Rodríguez pueda verla?

—Ay, no. Soy demasiado mayor para eso.

—¿Y un iPhone, iPad o tableta?

—No, no, solo tengo el portátil, y no tiene cámara.

—De acuerdo. Pero parece ser que lo de la cámara no es negociable. Está bien, pensaré en algo y volveré a llamarla.

Maldijo para sus adentros y pensó en sus opciones. Su ejército secreto estaba formado por solo tres hombres, y ninguno de ellos se hallaba en ese momento cerca de Odder. No había ningún departamento técnico al que llamar. A no ser que… Tenía que ponerse en contacto con Axel Mossman.

La ropa colgada en el tendedero ondeaba suavemente con la brisa que soplaba desde el mar; la playa quedaba solo a unos cientos de metros de distancia. Por suerte, el viento había arreciado un poco, pero todavía hacía un calor insoportable bajo el sol.

Tamborileó impacientemente con los dedos sobre su muslo. Ya habían pasado casi dos horas. Estaba sentada en la azotea con Molina, se habían tomado otro café y la señora Rodríguez les había ofrecido fruta fresca.

La mujer fue amable y complaciente. Mucho más abierta que la primera vez. ¿Sería porque le aliviaba la perspectiva de dejar de guardar el secreto después de tantos años?

Aun así, Molina no había podido conseguir que la señora Rodríguez avanzara ni un solo detalle, por minúsculo que fuera.

—Esperen a que haya hablado con la hermana de la señora Bulbjerg.

Así fue como Blanca Luna había esquivado su insistencia.

Mientras tanto, Margrethe había vuelto al hotel a buscar su iPad. Eso les ahorraría más problemas técnicos. Por suerte había wifi, tanto en Møllebakken como en la calle de la Iglesia.

Y ahora estaban ahí sentados, esperando a que intervinieran los refuerzos de su ejército secreto en Odder: Christian Sonne, de Aarhus.

Axel Mossman lo había persuadido para que los ayudara. Tan pronto como terminara de trabajar en la ferretería, Sonne cogería su iPad y conduciría hasta la casa de Benedicte Bjørk. Y ya no podía tardar mucho.

Blanca Rodríguez volvió a la terraza con más café. Acababa de sentarse al lado de Molina cuando sonó el móvil de Margrethe.

Era Sonne, que por fin estaba con Benedicte Bjørk en Møllebakken. Aparentemente estaba en la sala de estar de la pareja. Ella le dio su dirección de correo electrónico y colgó. Solo unos segundos después, la videoconferencia estaba lista y podían verse y escucharse con la mejor calidad.

—Fantástico, Sonne. Ha funcionado. Ahora cedamos la palabra a las protagonistas. ¡Muchas gracias por tu ayuda!

Margrethe le entregó su iPad a la señora Rodríguez y siguió la conversación con concentración.

—Hola de nuevo, señora Bjørk. ¡No ha cambiado usted nada! Pero solo ahora, después de tantos años, me doy cuenta de lo mucho que se parece a su hermana…

—Hola, señora Rodríguez. Sí, cómo pasa el tiempo, ¿verdad? Espero que tú y tu familia estéis bien. Estoy muy agradecida de que te hayas prestado a ayudarnos.

—Lo haré encantada. Solo quería asegurarme de que todo va bien y de que realmente quiere que le diga lo que sé. Mi familia tuvo que huir de Augusto Pinochet en su momento, y yo soy de naturaleza desconfiada. Por eso pedí esta entrevista con usted cara a cara.

—Lo entiendo perfectamente, Blanca. Has hecho bien. Ah, y puedes tutearme sin problemas.

—Fantástico. Yo estudié historia, igual que Sigrid, pero nunca trabajé en mi profesión. Al principio teníamos que vivir de algo, salir adelante en un país extranjero… Por eso empecé a limpiar. Pero hemos tenido una buena vida, aquí en España. No nos ha faltado nada. Nuestros tres hijos han tenido una buena educación. Siempre he

estado satisfecha. Y con tu hermana viví momentos maravillosos. Era una persona extraordinaria…

Margrethe se inclinó un poco hacia delante para ver mejor. En Odder, Benedicte Bjørk se secó una lágrima.

Blanca Luna continuó:

—Muy a menudo nos sentábamos y conversábamos en la terraza. Sí, yo limpiaba y Sigrid me pagaba un sueldo. Pero en realidad éramos amigas. Ella estaba muy interesada en mi historia familiar y en las condiciones de vida en Chile, y a su vez me habló de su propia familia. Acerca de su padre… sobre todo. También vino a visitarme aquí un par de veces. No creo que se lo contara a su marido. Disfrutaba huyendo de los círculos en los que los daneses suelen mezclarse con sus compatriotas y otros escandinavos. El mundo en Fuengirola era demasiado pequeño para Sigrid. He pensado en ella tantas veces en los últimos años… Y me preguntaba cuándo llamarías a mi puerta para…

Benedicte se aclaró la garganta y luchó contra el nudo que le impedía hablar.

—Sí… He cerrado los ojos demasiado tiempo… He tardado demasiado en encontrar el coraje, Blanca. Y ahora mi familia ha sido aniquilada. Ya solo quedo yo. El hijo de Sigrid fue asesinado el año pasado, por las mismas fuerzas oscuras que se llevaron a los demás.

Las lágrimas corrían por el rostro de la mujer danesa, que se las secó con el dorso de la mano.

—Lo siento tanto… Vi a su hijo en un par de ocasiones, cuando vino de visita. Un buen chico. Un gran joven. Se parecía mucho a su madre, diría yo.

Las dos mujeres se quedaron en silencio. Entonces Benedicte se recompuso.

—Ya es hora de que los culpables reciban su castigo. Este es el único deseo que tengo antes de morir… Quiero que se haga justicia. Que todo esto no haya sido en vano. Se lo debo a mi hermana, y a su hijo. Por eso envié a Margrethe Franck. Puedes confiar en ella.

Blanca Luna Rodríguez Sánchez asintió, se volvió hacia Margrethe, volvió a hacer el mismo gesto y sonrió.

—Está justo detrás de mí, y confío en ella. Seguiré las instrucciones de Sigrid y le daré lo que he estado guardando. Pero antes tengo dos peticiones… Si alguna vez vienes a Fuengirola, prométeme que vendrás a verme, ¿quieres?

Benedicte asintió.

—¿Y me harías un favor? Corta una ramita de jazmín y ponla en su tumba. Un guiño de mi parte.

Benedicte asintió. Las lágrimas seguían corriendo por su rostro. Las dos mujeres se despidieron y dieron por acabada la llamada. Blanca se levantó. Sus ojos también estaban húmedos.

—¿Cómo puede ser el mundo tan implacable? —susurró.

Luego enderezó la espalda y dijo en voz alta y resuelta:

—Sígame, señora Franck, vamos al sótano.

54

La cuerda estaba tensa. Tiró por última vez, revisó el freno de la cuerda y se dejó caer sobre la lluvia, deslizándose por el borde húmedo del tejado.

Conocía bien el sentimiento que le atravesó el cuerpo como una descarga eléctrica. Estar colgado en el aire, sujeto solo por una cuerda de seguridad… mimetizarse en la noche…

Hacía años que no usaba un arnés de escalada y, por tanto, que no sentía esa emoción que le era propia. No estaba nervioso, solo concentrado. Se pasó una manga por la cara y luego miró por encima del hombro derecho.

En las casas de los alrededores, muy pocas ventanas estaban iluminadas. Eran las 00:30 y seguía lloviendo. Llevaba así más de dos horas ininterrumpidas. Habría preferido que estuviera todo seco, pero no quería esperar más.

Lentamente, y con la ayuda de la cuerda, se dejó caer los pocos metros que lo separaban de la terraza. Aunque en ese momento hubiera habido alguien mirando hacia el desolado cielo lluvioso desde algún lugar cercano, difícilmente habría podido ver nada inusual en el último edificio de apartamentos en la zona del puerto. Iba vestido todo de negro, la noche era oscura, las nubes espesas, y bajo la lluvia torrencial su figura se mezclaba con el fondo.

Entonces sintió tierra firme bajo sus pies: las sólidas tablas de madera del suelo de la terraza circundante. Soltó la cuerda, dejó caer silenciosamente la pequeña mochila y sacó la bolsa de plástico que contenía la caja de «artilugios» del MI5. Cuatro minúsculos micrófonos a prueba de agua, listos para usar.

Las tablas del suelo de madera circundaban todo el apartamento, como el puente de un barco, y se ensanchaban en la parte delantera de la casa para formar una gran terraza en la que había una mesa, sillas y macetas. Las cortinas del ático de Villum Grund-Löwenberg no estaban corridas, pero sabía que aquí arriba no debía temer miradas

indiscretas. Hacía días que el dueño del ático no estaba en casa. Sus investigaciones previas lo habían llevado a concluir que el domicilio de Copenhague no era el lugar en el que Villum pasaba más tiempo.

Lo primero que hizo Oxen fue rodear el apartamento por la terraza, para hacerse una idea general de la situación y elegir las habitaciones más adecuadas para poner los micros. Se decidió por el dormitorio, la cocina americana, la sala de estar y una habitación más pequeña que aparentemente se usaba como estudio.

La zona superior de los grandes ventanales estaba bien protegida bajo los anchos aleros del tejado. Allí no llegaba ni una sola gota de lluvia. Era un lugar perfecto para conectar los micros. Justo arriba de todo, en la esquina, invisible, y oculta desde dentro por las cortinas, de colores claros.

Abrió la caja, sacó el primer micrófono y lo activó presionando la punta de un bolígrafo en el pequeño orificio que tenía. Luego quitó la película protectora del diminuto parche adhesivo que quedaba en la parte posterior y lo pegó con cuidado a la ventana. En muy poco tiempo ya había instalado tres micros.

Miró su reloj. En total, la operación le había llevado trece minutos hasta ahora. Ya casi había terminado. Luego, todo lo que tenía que hacer era volver a trepar por la cuerda hasta el tejado, encender el receptor y desaparecer por las escaleras.

«He encontrado el tesoro, nos vemos mañana si es posible». El texto del mensaje que Margrethe Franck le había enviado a última hora de la tarde volvió a pasar por su mente. Esa noticia le había alegrado el día y le había dado esperanza.

Tenía curiosidad por ver qué había encontrado Franck, y agazapado bajo la lona para protegerse de la lluvia, había matado el tiempo preguntándose de qué tipo de tesoro podía tratarse. Las posibilidades eran infinitas, pero conocía a Margrethe lo suficiente como para saber que si les había enviado aquel mensaje era porque se trataba de algo realmente importante. Si aquello era —o no— un gran avance en su investigación no lo sabría hasta más tarde, en el sótano de Mossman. La paciencia era una de las fortalezas que más había entrenado.

Sacó la película protectora del cuarto y último micrófono y lo puso en uno de los grandes ventanales de la sala de estar. Estaba apretándolo con el pulgar para asegurarse de que quedaba bien sujeto, cuando por el rabillo del ojo vio que se abría una puerta dentro del apartamento.

En ese mismo instante se encendió la luz.

55

En el suelo de baldosas del hotel había una caja gris llena de documentos. Una caja barata, de hojalata fina, con una cerradura que podría haberse abierto con un palillo.

Una caja absolutamente normal, como las que tienen infinidad de personas a lo largo de su vida —entre ellas también su padre—, y que por lo general estaban llenas de cosas mundanas: pasaportes, certificados de bautismo, notas del colegio, fotos de la infancia, títulos de propiedad y tal vez alguna antigua carta de amor.

La caja de Sigrid Ryttinger Bulbjerg, en cambio, estaba llena hasta el borde de dinamita.

Aunque había estado escondida en el fondo de un armario en el sótano de Blanca Luna Rodríguez durante once años, su contenido seguía siendo sumamente explosivo, y estaba compuesto por tres tipos de combustible incendiario:

1. Una carpeta transparente con los antiguos documentos de la casa de vacaciones de la familia Ryttinger en Skagen.

2. Dos diarios en los que Sigrid había estado escribiendo sobre un solo tema a lo largo de los años: el asesinato de su padre.

3. Dos carpetas de cartón grueso para guardar papeles sueltos.

Las dos carpetas contenían toda la documentación que Sigrid había ido recabando desde que empezó su investigación privada en España.

Margrethe cogió el termo de café que le había llevado a la habitación el mismo joven que también le había entregado la cena a última hora de la noche y se llenó una taza.

Llevaba sentada allí desde primera hora de la tarde, completamente absorta en el contenido de la caja. No se precipitó, sino que revisó página por página en orden cronológico. Tenía tiempo suficiente para hacerse una idea general del asunto antes de que saliera su avión.

Entregarle la caja había sido una verdadera montaña rusa emocional para Blanca… y al mismo tiempo, tal vez, una especie de

liberación. Ahora, aquella pesada carga estaba en manos de otras personas. No es que tener la caja hubiera estado atormentándola durante todos esos años, ni que el objeto guardado en su sótano hubiera desempeñado un papel definitivo en su vida, pero había estado ahí, en aquella habitación oscura, recordándole una y otra vez la pérdida de su amiga, y con el tiempo se había convertido en una especie de caja de Pandora. ¿Vendría alguien un día y la abriría, por fin? Y de ser así… ¿cuáles serían las consecuencias?

Blanca le había explicado que, al cabo de cuatro o cinco años, había renunciado a la idea de que alguien —principalmente la hermana de Sigrid— se acercara a pedirle la caja. Y mientras el objeto iba quedando relegado cada vez más al fondo de la pequeña habitación, del mismo modo su presencia había ido deslizándose gradualmente hacia el rincón más remoto de su memoria.

En todos esos años, Blanca nunca había abierto la caja. Ni siquiera había considerado la posibilidad de hacerlo. Pero se había asegurado de que, en caso de que ella falleciera inesperadamente, su hija mayor se haría cargo de los documentos.

Al final, Blanca sostuvo el rostro de Margrethe con ambas manos y, con lágrimas en los ojos, le suplicó que hiciera justicia con Sigrid si se demostraba que sus sospechas eran ciertas.

Margrethe había dado las gracias a Jesús Molina frente al hotel, se había despedido de él y enseguida se había retirado a su habitación con la caja bajo el brazo. La había abierto con la pequeña y primitiva llave que encontró pegada con celo en la parte inferior de esta, e inmediatamente empezó a leer.

Ahora era casi la una de la mañana.

Su cuerpo estaba lleno hasta arriba de cafeína, y no descartaba que en las válvulas de su corazón hubiera un poso de café. No estaba nada cansada. Se sentía completamente en su elemento. No había revisado aún todo el contenido de la caja y no había descubierto ninguna prueba reveladora, pero había encontrado una puerta de entrada. Y ahora estaba ahí dentro, en el laberinto de poder de los hombres oscuros.

Por fin tenían alguna pista concreta. Nombres. Enlaces. Direcciones que podían confirmar. Si antes había sentido que andaban a tientas en la más completa oscuridad, ahora Sigrid Bulbjerg les había encendido una luz y por fin podían ver.

En aquel momento, todo el contenido de la caja estaba esparcido por el suelo de su habitación, cuidadosamente clasificado, como el día en que revisó las cartas de Sigrid en su sala de estar.

Tomó un sorbo de café, interrumpió su lectura brevemente y

enderezó la almohada a su espalda. Era una noche cálida y los gruesos muros del hotel irradiaban el calor que habían ido acumulando durante todo el día. Estaba sentada en la cama, en camiseta y bragas. La prótesis estaba en el suelo, junto a ella. En algún momento simplemente se quitó la ropa y la arrojó sobre la silla.

Su mirada se posó en aquella caja de apariencia anodina que durante tantos años había guardado los secretos de Sigrid, y recordó lo que había leído en los papeles que Karl-Erik Ryttinger había escondido en su casa de vacaciones. Notas de reuniones y entradas de diario en las que anotaba sus pensamientos. Demasiado poco y demasiado fragmentado para obtener una imagen completa de los últimos años de Ryttinger, aunque suficiente para hacerse una idea de su mundo. Y también suficiente para identificar al menos a una persona: el fallecido Vitus Sander, que murió en un hospicio hacía un año.

Una de las entradas se remontaba casi cuarenta años atrás: «Hoy es una fecha memorable para mí como mentor, porque después de mucho tiempo por fin he podido invitar a Vitus Sander a nuestra gran mesa. Sander es un destacado empresario en las filas de la generación más joven, y estoy convencido de que le espera un futuro brillante y muy influyente».

Había otra mucho más reciente: «Con gran satisfacción observo que Sander Tech A/S ha obtenido su mayor beneficio hasta la fecha. Estoy orgulloso de tener a alguien así en la junta, orgulloso de Vitus, orgulloso de Dinamarca».

La tercera y última entrada en la que Ryttinger mencionaba a Vitus Sander la escribió solo unos meses antes de ser asesinado: «Vitus Sander fue mi amigo durante muchos años. ¿He sido yo, realmente, quien lo ha llevado a la ruina? Me lo pregunto una y otra vez… Porque eso no se le hace a un amigo. No me siento seguro. Me estoy debilitando, física y mentalmente. La edad cada vez me pesa más. Y con ella llegan las dudas, sobre lo importante y lo no importante, sobre mi valor, mi trabajo y mi sentido común en esta vida terrenal».

Karl-Erik Ryttinger jamás escribió la palabra «Danehof». Él hablaba sobre «nuestro círculo» o «nuestra sociedad», pero nunca utilizó esa palabra que habría de convertirse en la última de su vida, escrita con su propia sangre.

¿Era posible que Ryttinger hubiera empezado a notar que su demencia iba siendo más evidente? Lo que estaba claro, en cualquier caso, era que había empezado a dudar. Y la duda era uno de los peores riesgos para la seguridad de aquellos hombres tan poderosos.

También Vitus Sander, el protegido de ese anciano dubitativo, se había ido mostrando más escéptico cada vez. Y luego se había

convertido en un traidor. Probablemente no lo fue del todo hasta el final, cuando se enfrentó cara a cara a la muerte, pero aun así…

Vitus Sander, enfermo de cáncer, sabía que el Danehof había liquidado a su viejo amigo y mentor Ryttinger hacía muchos años. Y cuando Malte Bulbjerg lo visitó un día en el hospicio de Hvide Sande y él fue consciente de que tenía enfrente al nieto de Ryttinger en persona, comprendió que había llegado el momento de limpiar su conciencia y el rompecabezas se completó de inmediato.

Malte Bulbjerg tuvo al fin la certeza que tanto anhelaba, y todos esos años de especulaciones sobre la muerte de su abuelo llegaron a su fin. Al mismo tiempo reforzó su creencia de que esas mismas fuerzas habían sido las responsables del accidente de sus padres.

Bulbjerg nunca llegó a utilizar la información que había descubierto. El plan que tramó con Mossman salió mal y poco después de aquello el director del museo murió, alcanzado por una bala fatídica en su casa de campo en Tåsinge. No llegó a ejercer su venganza. Y ahora, el jubilado Mossman estaba tratando de tomar la batuta y acabar el trabajo que habían comenzado juntos.

Duda, traición y venganza.

Fue así como las piezas iban encajando, una tras otra, en aquella habitación de hotel en la Costa del Sol… pero aún quedaban muchos eslabones en la cadena de evidencias esperando a ser unidos para llegar al centro del laberinto. Al lugar en el que el Este se sentaba en su trono.

Quedaban infinidad de pasos por recorrer. Pero ahora ya sabía la dirección.

Vació la taza, se reclinó y cerró los ojos. El contenido de la caja le había dado esperanzas, y eso era justo lo que necesitaba, igual que Mossman. Pero quien más agradecería y valoraría esa esperanza sería Niels Oxen, sin duda. Por eso le envió el mensaje de móvil. Para animarlo.

La verdad era que estaba deseando compartir su hallazgo con ellos dos.

¿Dónde estaría ahora Oxen? ¿Le habría hecho ilusión su mensaje?

56

Primero se encendió la luz de la cocina y luego la de la sala. Y allí en medio estaba él. Atrapado tras una estrecha cortina. Quieto como un muerto. Presionado contra el gran ventanal como un bagre en la pared de un acuario.

Villum Grund-Löwenberg, líder del Danehof del Sur, acababa de llegar a su casa, inesperadamente, en mitad de la noche.

Oxen no recordaba haber oído abrir la puerta de un coche mientras colocaba los micrófonos. Y menos aún el ruido de un motor. ¿Tal vez el hombre había entrado con un Tesla en el garaje?

Con mucho cuidado, observó el apartamento desde su escondite.

El exitoso hombre de negocios acababa de quitarse el abrigo y la chaqueta, los había arrojado sobre el respaldo de una silla y había abierto la puerta de la nevera. Ahí estaba ahora, con camisa blanca y pantalones grises, inspeccionando con calma lo que había en el interior.

Oxen, por su parte, estaba inmóvil tras una de las cortinas de color claro que se extendían desde el techo hasta el suelo y le ofrecían un espacio de unos cincuenta centímetros de protección. Aunque solo si Grund-Löwenberg no se acercaba demasiado y no aparecía ninguna sombra oscura detrás de la fina tela.

El líder del Danehof optó por una botella verde, le quitó el tapón, cogió una copa de un armario y se sirvió. Probablemente era vino blanco. Luego fue hasta una de las ventanas y empujó la puerta corredera de vidrio que daba a la terraza.

Si Grund-Löwenberg tenía la intención de dar un paseo por la terraza, en unos segundos estarían cara a cara. Entonces no tendría más remedio que matarlo y arruinar la operación, básicamente porque si una de sus tres cabezas aparecía muerta de repente, el Danehof se pondría en alerta máxima.

Oxen miró a su alrededor. La cuerda que colgaba del techo del estudio quedaba demasiado lejos. No tenía forma de escapar. Aunque

lograra llegar a la barandilla y quedarse ahí colgado, lo más probable era que Grund-Löwenberg acabara viéndolo. Y por supuesto, si el hombre tenía la determinación suficiente, podría dejarlo caer seis pisos con un simple par de cuchilladas.

Así que optó por quedarse donde estaba. Villum Grund-Löwenberg estaba quieto bajo techo, allí donde probablemente podía sentir la lluvia pero no llegaba a mojarse del todo. Encendió un cigarrillo, dio un trago de vino y contempló la noche.

Cuando acabó su cigarrillo, tiró la colilla por encima de la barandilla, volvió adentro y sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta. Se sirvió más vino y volvió a salir. Poco después, Oxen lo oyó hablar. Alto y claro.

—Hola, cariño, soy yo. Imaginé que seguirías despierta. He vuelto un día antes de lo previsto. Con el último vuelo de Zúrich. Tenemos el contrato firmado, así que, si no ganamos un cinco o un seis por ciento en cuanto abra el mercado de valores mañana, yo ya no sé. ¿Cómo te va a ti con tus preparativos?

Al otro lado de la línea solo podía estar Kajsa Corfitzen.

—Nuestro segundo trimestre será genial. Conozco a alguien que estará muy satisfecho cuando publiquemos los resultados semestrales. Pero hasta entonces aún nos queda un largo camino por recorrer. ¿Cuándo crees que llegarás? Yo iré a Gram mañana con el helicóptero. Mi madre vuelve a estar enferma y mi padre me ha pedido que nos reunamos. Dice que el castillo necesita un repaso general. A saber lo que significa eso. En fin, da igual, el caso es que me voy mañana y me quedaré unos días. ¿Te cuadra? ¿Querías ir desde aquí hasta Nørlund?

De modo que sí era Kajsa Corfitzen. Estaba claro que la alianza Norte-Sur seguía funcionando a la perfección. Fue exactamente aquí donde Franck, parapetada en el tejado, envolvió su móvil en cinta aislante y lo descolgó por la terraza para grabar en vídeo lo que resultó ser el encuentro físico de los dos líderes del Danehof. El gran sofá de cuero blanco en el que habían tenido esa escena tan caliente estaba a menos de seis metros de él, tras el cristal. Todavía podía ver a Kajsa desnuda frente a él…

No había una razón específica para la llamada telefónica, por lo visto, pero estaba claro que se encontrarían en unos días. Por desgracia no habían determinado qué día en concreto. Un poco más tarde, Villum Grund-Löwenberg se despidió y guardó el móvil en el bolsillo del pantalón. Luego se encendió otro cigarrillo y siguió contemplando la lluvia y la oscuridad.

Solo cuando hubo acabado de fumar se movió de nuevo. Volvió a lanzar la colilla por encima de la barandilla, se dio la vuelta, volvió a

su apartamento y cerró la puerta corredera. Se quitó la camisa blanca, apagó la luz del salón y desapareció por el pasillo con el torso desnudo.

Oxen esperó un momento más, y luego salió de detrás de la cortina y respiró hondo un par de veces. Grund-Löwenberg probablemente había ido al baño, que estaba al otro lado del apartamento. Había llegado el momento de desaparecer. La terraza, con sus pocas opciones de escape, había estado muy cerca de convertirse en una trampa mortal.

Poco después subió la pierna derecha hasta el borde inferior del tejado, tomó impulso hacia arriba y pudo rodar hasta el techo.

Empaquetó su equipo y revisó por última vez el receptor, que estaba guardado en una bolsa de plástico. Había colocado la cajita, discretamente, al lado de una salida de aire. Allí registraría cada palabra pronunciada en el apartamento y la almacenaría en el disco duro.

Probablemente no sucediera nada especial al principio, pero la próxima vez que el Norte y el Sur se encontraran, sería todo muy interesante.

Fue hasta el hueco de la escalera, cerró silenciosamente la puerta que daba al tejado tras de sí, bajó con cautela las escaleras y salió de la casa por la misma puerta principal por la que había entrado como electricista casi diecisiete horas antes.

Cuando hubo caminado un poco por la calle, no pudo aguantarse más. Cogió su móvil y escribió a Margrethe Franck. Estaba seguro de que ella aún estaba despierta. Su mensaje fue corto y claro: «¿El tesoro?».

Su respuesta llegó apenas unos metros más adelante. Se quedó inmóvil unos segundos, mirando la pantalla. Ahí solo había una palabra: «Kopparstierna».

57

La inquietud no remitía. De hecho, ahora hasta lo seguía en sueños. Precisamente a él, que siempre había dormido como un tronco, pasara lo que pasase.

La noche anterior, sin ir más lejos, había tenido una pesadilla, o al menos había soñado con algo muy extraño: una vidente había abierto mucho los ojos y le había hablado de un mal presagio. Si hubiera estado aún en ese agujero de mierda que era Haití, sin duda habría ofrecido una pequeña fortuna a alguna de esas locas brujas que hacían vudú y le habría pedido que lo protegiera clavándole agujas a un muñeco.

No es que fuera supersticioso, pero sabía escuchar a su cuerpo. Confiaba en sus instintos y actuaba en consecuencia.

Y aunque aquello no fuera más que una señal de su impaciencia casi infantil, decidió marcar el número. Era media tarde. El tipo había tenido todo un día para sacarse el dedo del culo.

—Hola, soy John Smith. ¿Encontraste algo?

El hombre al otro lado de la línea, Jimmy Marsh, el policía de Runcorn, carraspeó.

—Deme cinco minutos —dijo con su voz de pito, y colgó.

Él se sentó y tamborileó nerviosamente con los dedos sobre los muslos mientras contaba los minutos. Probablemente había pillado a Marsh en la oficina, y ahora el tipo tenía que mover su cuerpo perezoso y encontrar un lugar donde poder hablar por teléfono sin ser molestado. Pero ¿para eso necesitaba cinco minutos?

Pasaron casi ocho antes de que sonara el teléfono. Los tres minutos extra le molestaron.

—Aquí Marsh. ¿Qué quiere?

—Pues lo que te he dicho. Quiero saber si tienes algo.

—Oiga. Solo ha pasado un día. Esto puede que sea largo. Yo no me dedico a hacer magia. Supongo que descubrió algo en el ordenador y por eso quiere que vaya todo tan rápido, pero… En fin, ¿así que usted

cree que fue un asesinato?

—Yo no creo nada. Lo de creer lo dejo para la Iglesia. En mi entrenamiento, aprendí a confiar solo en una cosa, y esos son los *fucking* hechos. De modo que… ¿aún no tienes nada?

—Sí tengo algo… es decir… hubiera preferido dedicar uno o dos días más a investigarlo, pero usted es el jefe, así que usted sabrá. Pero póngale un filtro de duda, ¿me oye?

—Te oigo. Suéltalo.

—Mire, he estado hablando con todos los colegas que tuvieron algún tipo de relación con el caso en algún momento. Esa noche una de mis compañeras, Suzy, tuvo que encargarse de un altercado con uno de nuestros clientes habituales. Un hombre negro, mayor, al que todos llamamos James Brown porque se parece al cantante. ¿Sabe cuál digo? Ese que murió hace unos años, el de «*I feel good*…».

—¡Me importa un carajo a qué cantante se parecía el tío!

—¡Vale, vale! El caso es que Suzy tuvo que detener a ese tal James Brown por alteración del orden público y una ventana rota. El tipo estaba completamente borracho y trató de escaquearse hablando sin parar. Entre otras cosas, afirmó haber visto a una persona sospechosa junto al río. Un hombre alto con una gorra negra. James Brown dijo que la noche en que Alistair MacDuff murió, él estuvo sentado, sollozando, bajo el Millennium Bridge y que vio a este tío salir de la casa de MacDuff. Dijo que salió por la puerta tan tranquilamente, así que debían de conocerse bien.

—¿Un hombre alto con una gorra negra?

—Sí.

—¿Y tu colega no dijo nada a nadie?

—Bueno, yo tampoco lo habría hecho. James Brown es un idiota. Siempre está causando problemas. Y miente como un poseso.

—Está bien. Pero, aunque fuera cierto… el mundo está lleno de hombres con gorras negras. ¿Cómo…?

—Eso no es todo. Esa misma noche, a las 00:17, un hombre alto con gorra negra apareció en la estación. De algo tiene que servir que en este país lo monitoreemos todo, ¿no? El tipo tomó el último tren de Runcorn a Liverpool, en el andén 2, a las 00:25.

—¡La hostia! ¿Y su cara?

—Nada… Tenía la gorra bajada, no hemos podido verle la cara en las cámaras.

—¡Mierda!

—He estado mirando el resto de las grabaciones de ese día. El mismo hombre llegó a Runcorn a las 15:08. También llevaba la gorra puesta, pero puedo enviarle las imágenes por correo electrónico, si

quiere.

—Sí, perfecto. Cuanto antes mejor. Me encantaría echarle un vistazo, aunque no vaya a servirme para nada. Me gustaría que averiguaras dónde bajó y si allí aún llevaba la gorra. Quizá encontremos una foto mejor en la estación de llegada.

—Precisamente por eso me habría gustado disponer de uno o dos días más. Imagino que bajó en Liverpool. Y es imposible rascarse una pierna en la estación de tren de Liverpool sin que podamos ver qué dedo está usando. Pero todo eso hay que organizarlo. Mi colega de la central tiene que ir primero y mantener una conversación amable y convincente con sus contactos de allí antes de que nos dejen acceder a las imágenes.

—¿Y a qué estás esperando?

—Voy, voy. En cualquier caso, y más allá de la gorra negra, puede que se trate de una simple casualidad y que el tío no tenga nada que ver con…

—Tú dame una cara y yo te diré si es relevante o no. Por lo demás… Buen trabajo, Marsh. Muy buen trabajo. Llámame en cuanto lo encuentres. Veamos… te pagaré quinientos más si logras hacerlo hoy.

Colgó, encendió su ordenador portátil y fue a la cocina a servirse una taza de café instantáneo. Agradablemente sencillo pero lo suficientemente sabroso. Y sin todas esas preguntas idiotas que le hacen a uno cuando pide un café. Puro esnobismo.

Cuando volvió a sentarse frente al ordenador, el correo electrónico de Marsh ya había llegado. Tenía adjuntas cuatro fotos. Las abrió.

Las imágenes eran casi idénticas. La mayor diferencia era el relojito que aparecía en el borde inferior.

En todas ellas se veía a un hombre alto y delgado vestido con ropa oscura. Ropa normal y corriente. Llevaba una gorra negra calada hasta la frente. Más allá de la oreja, solo podía vérsele una pequeña parte de la mejilla y la barbilla. La foto número dos era prácticamente igual, solo que el hombre estaba un poco más cerca de la cámara. En las imágenes tres y cuatro estaba de espaldas. Pelo corto, cuello delgado, hombros anchos pero no demasiado musculosos.

Dio un sorbo a su café sin apartar los ojos de las fotos que había dejado abiertas, una junto a la otra, en la pantalla. Sus ojos se movían de un lado a otro. A su vez, centró su atención en los mismos detalles en cada imagen. El tipo no era uno de esos armarios empotrados que caminaban como si tuvieran cuchillas de afeitar bajo los brazos. Al contrario. Parecía más bien un poco desentrenado.

Tomó otro sorbo y miró por la ventana. Por supuesto, podría ser

un hombre normal y corriente con gorra negra que había estado en Runcorn por una razón perfectamente legítima. Eso no podía descartarse.

Permaneció sentado y se concentró una vez más en las imágenes. El hombre era blanco. La gorra negra. Eran hechos irrefutables. ¿O no? Y esos dos hechos coincidían plenamente con el hombre que había descrito la hija de Alistair MacDuff, en Ormskirk.

Hombre blanco. Gorra negra.

Era *él*. Tenía que ser *él*. Esos contactos de Liverpool tenían que pisar el jodido acelerador. Necesitaba una cara, y la necesitaba ya. De inmediato.

58

¿«Kopparstierna»? Un gran apellido sueco, también conocido como «Kobberstjerne» en Dinamarca. Desde que recibió el mensaje de Margrethe, no había dejado de devanarse los sesos tratando de llegar a conclusiones lógicas con las que resolver el enigma.

Pero no lo había logrado. No le quedó más elección, pues, que cultivar su paciencia. Seguro que a Mossman le había pasado lo mismo. Ahora, el antiguo director del CNI estaba sentado a su lado sin mover un solo músculo y escuchaba, concentrado.

Estaban los tres en el sótano de Mossman. Era tarde.

Margrethe Franck acaba de informarlos sobre sus andaduras en Fuengirola. Se notaba que tenía mucha experiencia haciendo informes. Se abrió camino cronológicamente, sin detenerse en los detalles sin importancia. Y ahora estaba a punto de hablarles de Kopparstierna. Él solo conocía a una persona con ese nombre, pero le resultaba difícil establecer una conexión.

Franck les había hablado del desastre del arcoíris y el jazmín, del jardinero muerto y de su viuda, y de una mujer de la limpieza chilena con título universitario. Todo perfectamente resumido. Pero no fue hasta que Blanca se convirtió en Blanca Luna, la «luna blanca» de Sigrid, que las cosas empezaron a ponerse realmente emocionantes.

El tesoro estaba en una caja de hojalata gris, barata. Margrethe había diseccionado su contenido durante horas y horas de arduo trabajo.

La conclusión a la que había llegado era que los diarios de Sigrid Ryttinger Bulbjerg carecían de importancia. En ellos, la danesa había escrito principalmente sobre sus sentimientos y emociones; sobre sus pensamientos, su melancolía y su amargura por la pérdida de su padre. No eran más (ni menos) que diálogos interiores sobre su deseo de encontrar a alguien a quien echar las culpas, y el sentimiento de urgencia ante la necesidad de hacerlo. Los diarios eran un reflejo de su estado de ánimo.

Por su parte, los documentos aislados encontrados en la casa de verano de Ryttinger situaban claramente a Vitus Sander en el decurso

de la acción, pero, más allá de eso, tampoco revelaban demasiada información. Lo más probable era que Ryttinger tuviera la intención de llevarse todo aquello de vuelta a Copenhague.

—Pero entonces descubrí una información extraordinariamente importante entre los documentos —dijo Margrethe Franck, haciendo una pausa dramática.

Oxen y Mossman la miraron fijamente. Ella se tomó su tiempo y bebió otro sorbo de café. Entonces les presentó su hallazgo:

—La información estaba en una de las entradas del diario. Era la hoja con la fecha más antigua de todas. Databa de la época en la que Ryttinger estaba en la cima de su éxito empresarial. Tenía cincuenta y ocho años cuando escribió: «¡Qué triunfo para un hombre como yo… asegurar semejante adquisición para nuestra junta! Hoy he obtenido el sí de Knud Klint Kopparstierna. Se unirá a la junta de Ryttinger Eisen a finales de año. Aunque estamos hablando de dos sectores industriales completamente distintos, tenerlo a bordo supondrá un activo invaluable. Nunca he conocido a nadie tan clarividente e inteligente como él. Puedo ver la grandeza de todo lo que está haciendo, y estoy absolutamente convencido de que algún día será el hombre más importante de este país. Algunas fuerzas en nuestro círculo ya tienen a KKK en el punto de mira. Les hablo de un lugar en la cima; no en el valle. Y ahora que trabajaré mano a mano con él, he aceptado el papel de tratar de convencer a KKK».

»No he encontrado nada más sobre Knud Klint Kopparstierna en las notas de Ryttinger. Ni una sola palabra. Pero sí, en cambio, en el material que Sigrid recopiló durante su investigación. Llegaré a eso enseguida. Aquí no tengo que explicar quién era Kopparstierna, ¿verdad?

Oxen negó con la cabeza y Mossman hizo lo mismo. Knud Klint Kopparstierna era una leyenda de los negocios daneses, a la altura de Mærsk Mc-Kinney Møller, el armador y magnate industrial. Ambos llevaban mucho tiempo muertos y enterrados. En la actualidad nadie parecía tener ni remotamente el potencial de esos dos pesos pesados. Ni siquiera Villum Grund-Löwenberg.

A esas alturas, Kobberstjerne Pharma International era una empresa enorme y perfectamente rentable que producía sobre todo insulina y antidepresivos. Dos sólidos pilares que daban unos beneficios de billones y billones de coronas. Eso era todo lo que sabía. Pero ¿por qué…?

—Cuando Ryttinger escribió eso, lo más probable es que ni siquiera pudiera llegar a imaginar lo lejos que llegaría Knud Klint Kopparstierna. En la actualidad, Kobberstjerne Pharma puede

determinar por sí sola la dirección de los indicadores bursátiles daneses. Si esta empresa sube, puede hacer subir a todo el C20 en masa —dijo Franck.

Oxen pidió la palabra. Había algunas cosas que no tenía muy claras.

—El apellido es sueco, pero el nombre de la empresa es danés. ¿A qué se debe?

—Está bien, os explicaré esto rápidamente, antes de continuar. Knud Klint era danés de pies a cabeza, pero se casó con una joven de la antigua nobleza sueca, Barbro Kopparstierna. Ella era bastante más joven que él y gozaba de excelente salud. Él, en cambio, murió de un infarto a la edad de cincuenta y dos años. El nombre de la empresa es danés porque la empresa se fundó aquí en Dinamarca y la oficina central siempre ha estado en Dinamarca. Sin embargo, dado que el capital inicial provino de los activos de la familia sueca, se decidió tener esto en cuenta al elegir el nombre. Knud Klint lo explicó una vez en una entrevista. Por cierto, que la empresa está gestionada por una fundación: el Fondo Kopparstierna. Aquí se eligió la variante sueca para el nombre, aunque, como ya os he dicho, la fundación está registrada en Dinamarca y tiene su sede en Copenhague. Usted habló personalmente con Knud Klint Kopparstierna por aquella época, ¿verdad, Axel?

Franck miró a su antiguo jefe, que tenía la frente arrugada y parecía perdido en sus pensamientos.

—Kopparstierna… —dijo lentamente—. ¿Estás sugiriendo que…?

Ella sacudió su cabeza.

—No, no estoy sugiriendo nada. Todavía no. No he llegado aún a mis conclusiones. Pero estaría bien que le contara usted a Niels esa conversación. Él no sabe nada al respecto, y es un detalle importante.

—Por supuesto… A ver, con el tema del caso Ryttinger interrogué a Knud Klint Kopparstierna. La transcripción tendría que hallarse en algún lugar de la montaña de documentos que le di a Margrethe para que se llevara. En ese momento entrevisté a todos los miembros de la junta, o, mejor dicho… tuve «conversaciones» con ellos. Quería saber si nos enfrentábamos a un enemigo externo o interno, y, de ser interno, si estaba entre las filas de Ryttinger Eisen. Knud Klint es una de esas personas que nunca olvidas. Y, Dios mío, ¡qué verde estaba yo entonces! Ese hombre exudaba una autoridad muy especial. No es que tuviera una conducta dura. Más bien lo contrario. Era amable y considerado. Tenía clase. Era único… Como saben, las entrevistas no aportaron ninguna luz. Ryttinger rogó repetidamente a Knud Klint Kopparstierna que se uniera a la junta, y, por lo visto, este acabó

accediendo. Eso me lo han confirmado varias fuentes.

—Correcto —intervino Franck de nuevo—. Pero volviendo a Sigrid… El hallazgo más importante entre los documentos de la caja remite a la investigación privada que ella llevó a cabo. Se puso en contacto con los miembros de la junta directiva de la empresa de su padre. Es decir, con los que aún estaban vivos. Si por entonces ya eran hombres mayores, a esas alturas la mayoría había muerto. Por lo demás, también se reunió con algunas otras personalidades importantes. Hace más de once años, el 20 de noviembre, Sigrid escribió al Fondo Kopparstierna y solicitó una entrevista. Unos días después, recibió una respuesta de la viuda, Barbro Kopparstierna, accediendo a encontrarse con ella. La cita tuvo lugar el 8 de diciembre, y la conversación que mantuvo con Barbro fue lo último que hizo en pro de su investigación. Murió en la autopista el 26 de diciembre.

Margrethe Franck se quedó callada. El sótano estaba en silencio. Oxen miró a Axel Mossman, que estaba sentado en su silla, observándose las palmas de las manos.

—Humm…, así que Sigrid visita a Kopparstierna, y dieciocho días después está muerta.

Mossman se toqueteó los dedos. Entonces, de repente, levantó la cabeza, miró a Franck y preguntó:

—¿De qué querría Sigrid hablar con Barbro Kopparstierna? ¿Lo dejó escrito en alguna parte? ¿Y de qué naturaleza fue el encuentro? ¿Quiero decir, fue algo más bien extraoficial?

—No, la reunión tuvo lugar en las oficinas de la fundación, en la calle Havne. El objetivo de Sigrid fue… un momento…

Franck hojeó en sus notas hasta que encontró el papel correcto y leyó:

> … y ahora, en el otoño de mi vida, estoy tratando de juntar las piezas que me faltan para acabar el rompecabezas del asesinato de mi padre. Hago esto para encontrar la paz, pero también lo hago por mi hermana y por la posteridad. Por eso pido a todos los que estuvieron cerca de mi padre que hablen conmigo. Hasta donde yo sé, su marido sería particularmente importante para mí en este punto, pues, como recordará, estuvo en la junta directiva de la corporación de mi padre.

Franck dejó el papel a un lado y continuó con su informe:

—Está claro que eso no es todo, pero sí, al menos, su razón principal. Sigrid grabó en secreto toda la conversación. La transcripción ocupa varias páginas DIN-A4, pero que yo sepa, nada de eso nos importa. Se trata principalmente de una conversación de alto

nivel, y Barbro Kopparstierna realmente parece no haber tenido ni idea de lo que su esposo pensaba realmente sobre Ryttinger. A mí Barbro me suena creíble. Pero me sorprendió que su hermano, Sixten Kopparstierna, también estuviera presente en la conversación.

—¿Y eso? ¿Quién es él?

La pregunta se le escapó, sin más. Él sabía de la existencia de la viuda y también de que aparentemente vivía una vida muy retraída, pero nunca había oído hablar de que tuviera un hermano.

—De modo que Sixten. *Well*… —Axel Mossman asintió. Parecía que el nombre no le resultaba nuevo.

Franck continuó. Avanzaba como una máquina bien engrasada, aunque debía de estar agotada tras el trabajazo que se había pegado. Probablemente también durante el trayecto de vuelta. Pero no se le notaba el cansancio.

Había aterrizado a última hora de la tarde. Analizar el contenido de la caja le había llevado mucho tiempo, pero de algún modo se las había ingeniado para hacer alguna que otra investigación adicional.

—Sixten Kopparstierna es un abogado de renombre —explicó—. Tiene sesenta y seis años. Barbro, setenta. Durante un tiempo dirigió un exitoso bufete de abogados con oficinas en todas las capitales nórdicas, pero acabó vendiéndolo por una suma estratosférica y desde entonces trabaja principalmente como asesor de su hermana. Según todas las fuentes que he podido consultar, es él quien toma las decisiones más importantes del Fondo Kopparstierna. Goza de la absoluta confianza de su hermana y vive tan discretamente como ella. Ella evita llamar la atención de los medios. Él también. Solo he encontrado dos entrevistas antiguas de cuando aún tenía el bufete. A continuación, resumiré brevemente la última parte de mi informe y luego pasaré al resultado de mi análisis —dijo Franck, dándose cuenta de que cada dato, por pequeño que fuera, generaba nuevas especulaciones entre sus oyentes y cargaba de tensión el ambiente del sótano.

Ambos asintieron. Franck se sirvió más café.

—Me he bebido alrededor de un hectolitro de café en los dos últimos días —dijo con cara seria.

Se levantó y dio un paso a un lado. Había cogido un juego nuevo de papeles.

—Sigrid era muy lúcida en sus diarios —dijo, y leyó en voz alta:

> No fue hasta mucho después de la muerte de mi padre, cuando encontramos los papeles en Skagen, que me di cuenta de que su asesino debía de haber robado, por supuesto, algo más que unas pocas cosas durante el crimen. Uno no oculta páginas individuales de un diario o

> cuaderno si no lleva un diario con regularidad. Nosotros no lo sabíamos, pero es obvio que papá tenía uno. Seguro que escribía todo lo que le parecía importante e interesante. Y, sin embargo, nunca lo encontramos. ¿Por qué? Porque el ladrón lo encontró antes que nosotros y se lo llevó con él.

Franck hizo una pausa y se apoyó contra la pared. Sigrid tenía razón y Mossman estaba exonerado: ¿cómo iba a buscar algo que nadie sabía que existía?

—Así pues —dijo Franck—, tenemos a Ryttinger, que está empezando a cuestionar cuanto le rodea; tenemos al Danehof, que decide liquidarlo; y tenemos una nota anterior en la que Ryttinger indica que su «círculo» debía reclutar a Knud Klint Kopparstierna, y no para un puesto en la zona inferior, sino para ubicarse bien arriba. Cosa que al final sucedió, como era de esperar. Es lógico que Ryttinger quisiera dejar por escrito estas cosas. Quería dejar bien claro el papel que él mismo debía desempeñar para incorporar al hombre que estaba destinado a convertirse en el director ejecutivo, el líder indiscutible del Danehof del Este: Knud Klint Kopparstierna. Un hombre que fue volviéndose cada vez más exitoso, pero que no llegó a desarrollar todo su potencial porque murió temprano. Aunque realmente hay que decir que su trabajo, su empresa, siguió honrando su memoria y aún lo hace.

Franck tomó otro sorbo rápido de café e inmediatamente retomó la palabra, como si no quisiera arriesgarse a ser interrumpida.

—Esta no es mi conclusión, sino la de Sigrid. En un momento dado, ella escribió: «¿Quién mejor que el poder económico más grande del país, Kobberstjerne Pharma International A/S, para ocupar la silla más alta?». Sigrid entrevistó a numerosas personas durante sus investigaciones, antes de atreverse a enfrentarse también a este poder: Barbro Kopparstierna. Pero una historiadora como Sigrid no deja las cosas así. Ve conexiones y reconoce las perspectivas que resultan de ellas. Después de todo, ¿quién podría haber asumido la dirección del Danehof después de que el fundador de la gran corporación muriera tan repentinamente? ¿Quién tenía las agallas suficientes para llenar el vacío dejado por Knud Klint Kopparstierna? ¿Una mujer? ¿*Su* mujer Barbro? No, eso a Sigrid le parecía poco probable. «No está en la naturaleza de Barbro. Ella no es una persona *ávida de* poder», escribió en alguna parte. En cambio, Sigrid dirigió su atención a su hermano, Sixten, quien en tiempos de su cuñado ya actuaba como asesor de la fundación. Incluso profundizó en la historia de la familia. Existen dos ramas de Kopparstierna: una sueca y otra danesa. La rama danesa, Kobberstjerne, fue una de las familias más influyentes del país durante

un tiempo.

Margrethe Franck hojeó sus documentos y encontró la nota correcta.

—Sigrid también hizo un gran trabajo en este sentido. Yo me he apuntado solo algunos puntos clave. Peder Nielsen Kobberstierne fue uno de los hombres más poderosos del reino en la década de 1340 como mariscal de Valdemar IV Atterdag. La familia pudo mantener esta influencia durante varios siglos. Los Kobberstierne se convirtieron en consejeros imperiales, mariscales imperiales o administradores de la corte. Uno de ellos sirvió al rey Carlos VIII Knutsson como hombre de confianza. Otro Kobberstierne llegó a ser gobernador de Noruega. Otro fue obispo. Los Kobberstierne fueron considerados una de las familias nobles más poderosas y ricas del país hasta que su línea danesa se extinguió en 1729, mientras que la rama sueca todavía goza de buena salud en la actualidad. Claes Kopparstierna, que hizo su fortuna extrayendo hierro en el norte de Suecia, era el padre de Barbro y Sixten. Algunos de los Kopparstierna siguen siendo personajes famosos. Otros viven en el más absoluto anonimato. Para Sigrid, esta dimensión histórica la llevaba a pensar en la posibilidad de una raíz que se remontaba al Parlamento medieval del Danehof, en Nyborg, aunque admite que eso no es una prueba real.

Franck hizo otra pausa y se acercó al mapa que colgaba en el enorme panel de la pared de Mossman. Sacó uno de los pines rojos que marcaban alguna de las muchas propiedades, mansiones y castillos que había que investigar y lo clavó en la pared cerca de Copenhague.

—Aquí —dijo mirando a Oxen y a Mossman alternativamente—. Más o menos aquí, en Skåne, quince kilómetros al este de Malmö, se encuentra el castillo de Torup, la fortaleza de los Kopparstierna. Durante muchas generaciones fue propiedad de la familia, hasta que a mediados del siglo XIX se vendió por motivos económicos. El padre de Barbro y Sixten lo compró en 1956 y hoy pertenece a Sixten. Él vive la mitad del tiempo en un gran edificio antiguo en la calle Storm, en Copenhague, y pasa el resto del tiempo en su castillo, para asegurarse de que todo marcha según lo previsto. Para Sigrid ese fue un detalle de poca importancia, porque no sabía lo que sabemos nosotros: que la administración del Danehof está vinculada a propiedades muy similares a estas: el castillo de Nørlund al norte de Jutlandia y el castillo de Gram al sur. Si tenemos en cuenta que Skåne perteneció a Dinamarca hasta 1685… todo resulta en una unidad simbólica casi superior: un Kopparstierna presidiendo el Danehof…

Margrethe Franck respiró hondo unas cuantas veces y terminó su

conferencia con un suspiro.

—Y esto ha sido todo. Y estoy empezando a notar que llevo despierta más de veinticuatro horas. ¿Queda algo de café?

59

No había tenido noticias de él en toda la tarde. En media hora ya sería medianoche, y entonces el día terminaría. Estaba tumbado en el sofá, y en la caja tonta se estaba jugando un partido de *rugby*. Aussies contra kiwis, Wallabies contra All Blacks, en el otro extremo del mundo.

A diferencia de lo habitual, solo siguió el juego a medias. El motivo para aquella dispersión lo tenía claramente visible en la pantalla de su ordenador: cuatro fotos que mostraban a un hombre con una gorra negra.

Se había pasado todo el día deambulando arriba y abajo de su salón, como un tigre en una jaula. No había hecho nada de lo que debería haber hecho. En realidad, había sacado la aspiradora del armario, pero ni siquiera había llegado a enchufarla. Aún seguía en el pasillo, donde siempre se acumulaba el polvo, y la montaña de ropa sucia yacía intacta en el suelo de su dormitorio.

Entonces, por fin, su móvil sonó discretamente en la mesa del salón. Un mensaje de texto. «Imágenes nuevas. Esta vez se le ve la cara. Se las envío por correo electrónico en los próximos quince minutos. El día aún no ha acabado. Las quinientas libras siguen siendo válidas, ¿no? Marsh».

Él respondió de inmediato:

«OK».

El idiota y su amigo lo habían logrado, al final. Por lo visto, su oferta de bonificación los había motivado lo suficiente. ¿En un cuarto de hora? Marsh tenía razón: todavía no habían llegado a la medianoche, pero rozaban peligrosamente la hora límite. Sea como fuere, no le importaba pagar si al final conseguía una cara.

Saltó del sofá y fue a la cocina a hervir agua para una cafetera. Si su intuición no le fallaba, aquella noche no podría dormir de todos modos. Alguien ahí fuera era una amenaza para él, y en cuanto tuviera su cara, podría empezar a especular de verdad.

Se sentó con el café frente al ordenador y tuvo la sensación de que el tiempo se detenía. Parecía que los minutos no pasaban. Un cuarto de hora significaba quince minutos, y ni un segundo más.

Miró la bandeja de entrada. Luego comenzó a hacer clic en «Actualizar» cada veinte o treinta segundos. Nada. Clicó y volvió a clicar.

Trece interminables minutos después, apareció el correo de Marsh. No tardó ni un segundo en abrirlo.

El mensaje era muy breve: «Había varias fotos que se tomaron en la estación de Liverpool Lime, pero en ninguna se le veía la cara. Lo encontramos afuera, gracias a una cámara de seguridad. Adjunto cuatro fotos, tomadas en la esquina de Lime con Ranelagh. Con cara. Es lo mejor que tenemos. Marsh».

Sintió un cosquilleo nervioso en el estómago cuando abrió la primera foto, y luego todas las demás, una por una, hasta que tuvo las cuatro imágenes alineadas en la pantalla.

Foto tres… Esa cara…

Pero no… ¡No! ¡Eso era absolutamente imposible! Lo que tenía ante sí era un fantasma. Un jodido fantasma. Pero claro. No. Nunca lo fue. Nunca.

Se frotó los ojos. La foto número tres era la mejor. Mentón, mandíbula inferior, pómulos, nariz, frente… Ese hombre parecía el veterano de guerra danés que él mismo había enviado al infierno con una granada frente a las costas de Suecia… Ese hombre era Niels Oxen, sin ninguna duda. Pero ¿cómo era posible?

Su mirada pasó a la imagen uno. El hombre estaba de pie en la acera y miraba ligeramente hacia arriba. En la imagen dos, su mano agarraba la gorra y parte de su rostro quedaba a la vista. En la imagen tres se había quitado la gorra y solo se veía una pequeña parte de su antebrazo ahí en medio. Parecía que acabara de secarse la frente con la manga. En la imagen cuatro, el hombre se estaba volviendo a poner la gorra.

Amplió las imágenes un poco, y luego un poco más. Luego las devolvió a su tamaño normal. Estaba un ochenta, no, un noventa por ciento seguro: aquel tipo era Niels Oxen.

Sus pensamientos empezaron a hervir como el agua del infierno. Iba a por él. Oxen lo estaba rodeando como un cazador rodea a su presa. Comenzó con Alistair MacDuff y había ido cercándolo desde allí. Con las fotos de Níger y Bucarest en la mano, Oxen trataba de darle caza. Paso a paso. Era un soldado de élite. Y era francamente bueno. Estaba ahí en alguna parte, firme y paciente. Lo buscaba porque lo necesitaba para probar su inocencia. Al menos lo necesitaba

vivo.

Entornó los ojos con fuerza, pero las imágenes del danés aún palpitaban tras sus párpados.

Aquello era una catástrofe. La mayor derrota de todos los tiempos. No podía informar de ello a la persona que lo contrató. No podía decírselo a nadie. Si la noticia salía a la luz, estaba acabado. Aunque, de todos modos, tampoco podía ponerse en contacto con él porque no tenía ni un número de teléfono ni una dirección de correo electrónico ni un maldito plan de contingencia. La comunicación siempre era unidireccional.

Se levantó de un salto y caminó de un lado a otro, hacia la ventana del comedor, luego hacia la ventana de la cocina y de vuelta hacia la ventana del comedor. Descorrió la cortina. Afuera estaba oscuro.

Tal vez hubiera unos ojos ahí afuera, observándolo en ese mismo momento.

Solo había una solución para ese inesperado problema. Tenía que lanzar un rápido contraataque. Liquidar a Niels Oxen. Asegurarse de una vez por todas de que ese maldito fantasma no volviera a perseguirlo nunca más.

60

Los surcos en la frente de Mossman eran más profundos que nunca. Desde que había perdido tanto peso, las arrugas realmente le colgaban por la cara como las varas de un estor. Parecía un gran sabueso pensativo, de rostro triste y asustado.

La mirada de Oxen pasó de Mossman a Margrethe Franck. Ella seguía apoyada contra la pared, en silencio. En cuanto terminó su resumen, una sombra oscura cruzó su rostro. Tenía profundos anillos bajo los ojos, y en cuestión de segundos toda su energía se había disuelto en el aire. Parecía que iba a desmayarse en cualquier momento.

Sus ojos se encontraron. Ella sonrió débilmente y asintió. ¿Fue una expresión de esperanza? ¿El gesto tranquilizador de alguien a quien valoraba y en quien confiaba, una especie de garantía de que todo iba a salir bien?

Knud Klint Kopparstierna, Kobberstjerne Pharma International, Barbro y Sixten Kopparstierna… Una lucha contra un poder monumental. Una perspectiva que no le ofrecía ni el menor atisbo de esperanza.

—Sí, hay que dejar que todos estos descubrimientos, y lo que implicarían, reposen durante un tiempo, ¿no te parece, Niels?

Intentó regalarle otra sonrisa exangüe. Él asintió lentamente.

Axel Mossman todavía parecía perdido en su propio mundo. Luego comenzó a levantarse. Le tomó un tiempo lograr que su gran cuerpo adoptara una posición vertical. Carraspeó, se acercó a la pared y miró a Franck.

—En primer lugar —empezó a decir Mossman— quisiera aclarar algo que ninguno de los dos habéis dicho, pero, por supuesto, seguro que os habéis preguntado: ¿por qué diablos no se le ocurrió esto a Mossman? Para ser honesto, debo decir que ni siquiera se me pasó por la cabeza la posibilidad de que el difunto Knud Klint Kopparstierna fuera un criminal. Jamás consideré la opción de que él hubiera estado

a la cabeza, o ni siquiera a cargo de un humilde puesto, del gran Danehof. Pero tengo que admitir que… desde la perspectiva actual, suena plausible que el poder económico más grande e influyente del país también ocupara un lugar en el centro de la red Danehof. No obstante, no fue eso lo que pensé entonces ni tampoco nunca hasta ahora. En mi defensa me gustaría decir que Kobberstjerne Pharma no creció de forma intensa hasta después del asesinato de Ryttinger. Dicho con otras palabras, amigos míos, que entonces nada parecía tan obvio como hoy.

Mossman tenía razón. Oxen realmente se había hecho esa pregunta. ¿Y por qué la pertenencia de Knud Klint Kopparstierna a la junta directiva de Ryttinger no había dado lugar a más investigaciones? Lo más probable es que no se tratara de una conexión que llamara la atención de inmediato. Pero, aun así, era importante.

—Cuando leí los protocolos de los interrogatorios, dudé brevemente —dijo Franck—. Pero ahora, por supuesto, me llama muchísimo más la atención. Mirando hacia atrás, te entiendo perfectamente. Por aquel entonces, Knud Klint resultó ser muy adecuado como jefe del Danehof, pero lo mismo podría haberse dicho de muchos otros. —Margrethe Franck se encogió de hombros.

Para Oxen, había varios puntos que no cuadraban. Se levantó para no seguir siendo el único que estaba sentado, y para dejar de sentirse encajado entre dos extrabajadores del CNI. Se paró frente al mapa y miró a Margrethe.

—Hay una cosa que no entiendo… Sigrid tuvo que darse cuenta de que, si apuntaba directamente a la guarida del león, estaba firmando su propia sentencia de muerte, ¿no? De algún modo, parecía estar pidiéndole a Sixten que se deshiciera de ella. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Y a quién más visitó? Has dicho que conoció a varias personas importantes durante su investigación. ¿Quiénes eran?

Franck fue asintiendo mientras lo escuchaba, y entonces tomó la palabra:

—Me gustaría enfatizar una vez más que la conexión entre Kobberstjerne Pharma y Sixten como jefe del Danehof es de Sigrid, no mía. En realidad, nunca pudo probar que lo que creía era cierto. El único indicio realmente significativo en este sentido es su propia muerte, poco después de la conversación con Sixten y Barbro. Estoy particularmente impresionada por la lógica interna de esa teoría: el mayor poder en la silla más poderosa. El rey tiene el cetro. Y el rey es Kobberstjerne Pharma. Metafóricamente hablando, ya me entendéis. No hay nadie más arriba, y tampoco nadie a su altura.

—Una buena investigación requiere una mente abierta —dijo

Mossman, desde el otro lado de la pared.

—Completamente de acuerdo. Yo solo estoy interpretando el material de Sigrid tras mirarlo cuidadosamente.

—Voy a repetir mi pregunta: ¿a qué otras personas conoció?

—Ay, sí, perdona. —Franck hojeó sus notas—. Aquí está. En orden cronológico, fueron el entonces secretario de Estado en el Ministerio de Justicia, Lars Poulsen; el ministro de Justicia, Søren Høj; el jefe de Policía, Franz Østergård; el presidente del Tribunal Supremo, Johan Wolf-Witte; el fiscal general, Henry Poppel, y el procurador general contra el crimen empresarial, Sigurd Månsson.

Mossman lanzó un silbido, y no sin razón. Era una lista impresionante. Increíble que Sigrid hubiera logrado abrirse camino hasta todas ellas.

—Sigrid mantuvo conversaciones más o menos largas con cada una de estas seis personas durante un período de un año, hasta su muerte.

—Son personas poderosísimas —dijo Oxen—. Al visitarlas, se puso en peligro. Lo más probable es que varios de ellos pertenezcan al Danehof, ¿no os parece?

—Tal cual, Niels. Y Sigrid era perfectamente consciente de eso. En un momento dado, escribió que estaba asumiendo un «riesgo calculado». Su estrategia fue apelar a las tres ramas del Estado: legislativo, ejecutivo y judicial. La policía, pues, queda incluida. También lo llamó «el arte de lo imposible». Su objetivo era forjar una coalición que tuviera el coraje de atacar a Kobberstjerne Pharma y llevar a cabo una revisión exhaustiva de los cimientos sobre los que se asentaba. Para un proyecto como este necesitaba apoyos y, sencillamente, trató de encontrarlos. Sin éxito, como dijo en uno de los diarios.

—¿En serio creyó que podría hacerlo? —murmuró Mossman—. Nadie, absolutamente nadie, entraría en una pelea como esa. No se ataca a Kobberstjerne Pharma…

—¿Usted no lo habría hecho por aquel entonces? —Oxen miró a Mossman con curiosidad.

—Bueno… ciertamente no lo habría temido, pero estoy seguro de que no me habrían dejado. El ministro habría puesto alguna traba, seguro.

Franck se acercó a la mesa en la que había extendido sus papeles. Hojeó una pila, cogió algunos y volvió a la pared.

—Para alguien que no haya leído toda esta información, el intento de Sigrid parece francamente ingenuo. Lo entiendo. Pero ella no era nada ingenua. Lo que hizo, en realidad, fue ponerse manos a la obra. Por ejemplo, calculó cuánto dinero había donado el Fondo

Kopparstierna a varias organizaciones benéficas en cinco años. Son sumas enormes. Aquí escribe: «Las sumas inyectadas en la sociedad danesa por el Fondo Kopparstierna año tras año son asombrosas. Millones y millones de donaciones para una u otra buena causa; en muchos casos también para causas que en realidad deberían ser financiadas por el Estado danés. ¿Se podría decir que la fundación apoya el Estado del bienestar? Sí, sin duda. Y aquí estoy yo, con las manos vacías, pidiéndole a esta gente tan poderosa que mate a la gallina de los huevos de oro… Se lo debo a mi padre, y lucho lo mejor que puedo. *Sé que él* estaría orgulloso de mí. Y si todo esto me cuesta la vida, que así sea…».

Margrethe Franck los miró alternativamente.

—Una mujer impresionante, ¿no os parece?

Oxen asintió, y Mossman hizo lo propio.

En realidad, la batalla de Sigrid era muy similar a la suya. Un intento de desafiar a los poderes superiores.

—¿Y qué escribe esa buena mujer sobre sus seis encuentros? Me interesaría mucho saberlo. Con un breve resumen me es suficiente, Margrethe. ¿Podrías hacer eso por nosotros? —preguntó Mossman a su antigua mano derecha.

—Después de cada reunión, Sigrid se tomaba un período de descanso de dos meses para comprobar si el encuentro tenía alguna consecuencia para ella. Si de repente encontraba micrófonos en su casa o notaba que la seguían o se sentía amenazada. De esta forma esperaba poder identificar a sus posibles enemigos. Fue un gesto inteligente, pero el caso es que nunca pasó nada. ¿Los seis encuentros? A ver qué tengo…

Empezó a pasar páginas arriba y abajo y suspiró profundamente. Parecía que pudiera ponerse a dormir veinticuatro horas seguidas.

—Bueno, el secretario de Estado fue algo antipático. Puso los ojos en blanco cuando Sigrid le mencionó la industria farmacéutica y la fundación, pero al menos prometió hablar bien de ella con su ministro. Este, el ministro de Justicia, quiero decir, la escuchó amablemente durante un cuarto de hora. Según Sigrid, solo porque su padre había sido un famoso industrial. Cuando ella mencionó el tema del Fondo Kopparstierna, él le paró los pies y terminó la conversación. El jefe de Policía era un bastardo arrogante que le ofreció una taza de café y le preguntó si había perdido la cabeza. El presidente del Tribunal Supremo, Johan Wolf-Witte, le concedió tres cuartos de hora. Un hombre cortés que le explicó que no había absolutamente ninguna posibilidad de que un tribunal danés iniciara investigaciones por su propia cuenta. Además, probablemente pensó que era apropiado

señalarle a Sigrid, cito, el «enorme volumen» de su oponente. El fiscal general la rechazó de manera elegante pero firme, mientras que el procurador general contra el crimen empresarial la escuchó atentamente durante casi una hora. No se quedó indiferente, pero señaló ciertas «brechas significativas» en la investigación de Sigrid. «Solo se desafía a Kobberstjerne Pharma y al Fondo Kopparstierna cuando uno está seguro de que ganará. De lo contrario, uno acaba con una cabeza menos», según palabras textuales reproducidas por ella. Pero también la instó a que se pusiera en contacto con él en cuanto hubiera podido encontrar algo concreto.

—Ninguno de ellos quiso tener nada que ver —resumió Oxen.

—Como era de esperar —respondió Franck.

—Obviamente —agregó Mossman, echando un vistazo a su reloj—. ¿Me disculpáis un segundo? Espero a un invitado.

El exdirector del CNI salió del sótano.

¿Un invitado? Oxen miró a Franck.

—A mí no me mires, yo no tengo ni idea. Pero en realidad solo puedo imaginarme un nombre: Sonne.

—Pero dijo que no, ¿verdad?

—Bueno, cuando estuve en Fuengirola me ayudó con la videoconferencia. ¿Quién sabe?

Pasaron solo unos minutos —en silencio y cansados—, y enseguida oyeron pasos en las escaleras y voces apagadas. Poco después, el sobrino de Mossman, Christian Sonne, apareció por la puerta.

—Oxen… Margrethe… —Sonne los saludó con un gesto de cabeza y sonrió—. He cambiado de opinión. He pensado mucho en lo que me dijiste, Margrethe… Que si las cosas continúan como hasta ahora, nada importa ya. En fin. Siento no haberme sumado antes. No podía. He salido justo al acabar el trabajo —dijo.

—Más vale tarde que nunca. Siéntate, querido —dijo Mossman, acercando una silla para su sobrino—. *Well*, y ahora que volvemos a estar todos y vamos a pelear juntos, sugiero que dejéis de hablarme de usted, ¿os parece? Dicho esto… retomemos las cosas donde las dejamos. Yo ya informaré a Christian sobre el resto más tarde. ¿Café?

El expolicía asintió y su tío le entregó una taza.

—Acabábamos de revisar las conversaciones de Sigrid con los seis hombres más influyentes del país —continuó Mossman—. ¿Tú qué opinas, soldado?

Oxen se encogió de hombros. No sabía qué decir. Aunque Sixten Kopparstierna fuera realmente el líder del Este, eso no cambiaba ni un ápice su situación personal. Era un hombre muerto que tenía que permanecer invisible.

—Yo he tenido más tiempo que vosotros para pensar en todo esto —respondió Margrethe Franck—, y creo que tenemos que mantener nuestro enfoque lo más pequeño posible. Nuestra máxima prioridad debería ser confirmar o refutar la teoría de Sigrid. ¿Y cómo podemos hacerlo? No podemos usar a Oxen, porque está muerto. Yo tampoco puedo hacer mucho más porque tengo que ir a trabajar; y lo mismo pasa con Sonne. Y tú, Axel, eres un jubilado que pasea a su perro por el barrio. Diría, entonces, que la forma más sencilla y segura sería montar una operación de escuchas, al igual que hemos hecho con Villum Grund-Löwenberg.

—Si también pudiéramos pinchar el teléfono, sería perfecto, pero sin ayuda externa es imposible. Nosotros no podemos manejar más que una *small scale operation*. Sin autorización judicial, ninguna compañía telefónica nos ayudará, y como el CNI me declaró *persona non grata*, el asunto queda descartado. No tenemos amigos —dijo Mossman.

—Entonces nos limitaremos a unos pocos micrófonos y, por supuesto, tendremos que recopilar todo lo que podamos averiguar sobre Sixten y Barbro —dijo Franck. Después de eso, se quedó en silencio durante un momento y se mordió el labio inferior—. Sé cómo podríamos obtener acceso a sus ordenadores —dijo, finalmente—. A los privados y a los de la fundación. Conozco a alguien. Solía trabajar para mí de vez en cuando, de forma extraoficial. Es de confianza. ¿Los hackeamos? ¿Podemos pagar por eso?

Mossman la miró.

—¿Alguien que colaboró con el CNI?

—Sí.

—El correo electrónico es tan importante como el teléfono. O incluso más. ¿Cuánto cuesta ese hombre?

Franck se encogió de hombros.

—¿Aproximadamente? Diría que entre treinta y cuarenta mil coronas. Depende de la magnitud de la tragedia.

—Tú encárgate de contactar con él. Yo me ocupo del dinero —dijo Axel Mossman, lacónico—. Pero me gustaría hacer una sugerencia, si me lo permitís.

Mossman los miró a todos. Eso era nuevo. Mossman no hacía sugerencias; él daba órdenes. Todos lo miraron y asintieron.

—Bueno, lo que voy a deciros puede sonar inusual, y realmente no lo he pensado a fondo, pero… Tomadlo como una especie de inspiración espontánea. O como un acto de lógica inversa, yo qué sé. El caso es que… me gustaría tener un encuentro con Sixten Kopparstierna, *face to face*.

Los demás miraron sin dar crédito a lo que acababan de escuchar. Mossman levantó sus grandes manos para tranquilizarlos.

—Vamos a ver. Si yo sospecho que Sixten es el Este, lo más lógico es que me mantenga alejado de él y de Barbro a toda costa, ¿no? Seguro que ellos piensan lo mismo. De modo que si le pido que nos veamos y le explico que he sido contratado por la última de los Ryttinger para investigar la muerte de su hermana… Si le confieso que leí el diario de Sigrid y que descubrí que ella se había puesto en contacto con el Fondo Kopparstierna hacía años, y entonces le pregunto sin rodeos el motivo de la visita de ella… ¿No os parece la mejor manera de convencer a Sixten de que no tengo ni la menor sospecha sobre él? ¿Cómo lo veis? A veces puede resultar extremadamente útil hacer lo contrario de lo que se espera. Confundir al oponente con un comportamiento ilógico.

—Pero ¿qué quieres lograr con eso? —preguntó Oxen.

—Hacerme una idea de lo que mueve a Sixten Kopparstierna. Saber qué tipo de persona es. De lo contrario, no podré desarrollar una estrategia ni evaluar cómo reaccionaría en una situación determinada. Y, por otra parte, a un nivel muy primitivo, necesito mirar a mi enemigo a los ojos, Oxen. Meterme en su cabeza. Tú me entiendes, ¿no, soldado? Es esa necesidad de hacer saber a tu oponente que sigues allí… Si Sixten Kopparstierna es el líder supremo del Danehof, entonces también es quien me humilló y me obligó a arrodillarme. Quiero que sepa que he vuelto a levantarme.

Margrethe Franck suspiró.

—¿Estás seguro de que no volverá a aplastarte con un solo dedo? —preguntó, cansada.

—¿Por qué debería hacerlo? Fue él quien me dejó vivir la primera vez. Le haré creer que no soy más que un viejo y torpe jubilado que trata de combatir el aburrimiento leyendo viejas historias familiares.

—No lo veo claro. Me pasa como a Niels: no acabo de entender lo que pretendes.

—Ya os lo he dicho: su forma de pensar y nuestra estrategia de ataque deberían estar perfectamente conectadas. Además, creo que igual así despertaríamos a algunos perros dormidos y provocaríamos un cierto movimiento. Después de todo, nuestros micros necesitan conversaciones que escuchar, ¿no? Por cierto, Christian, ¿tú aún podrías conseguir alguno?

Mossman miró interrogativamente a su sobrino.

—No, me temo que ya no.

Margrethe Franck pidió la palabra. Quería llegar a una conclusión, obviamente, para poder irse a casa y acostarse.

—Escuchad —dijo—. Sugiero que nos tomemos tres días para recopilar información sobre Sixten, Barbro y la fundación. Mientras tanto, instalaremos los micrófonos en el apartamento de Sixten en Copenhague y conseguiremos todo lo que necesitamos para ir a Suecia a preparar el castillo. Tenemos que ser extremadamente minuciosos, y tenemos que andarnos con mucho cuidado. Lo ideal sería poder poner un rastreador GPS en el coche de Sixten, porque así lo tendríamos controlado. No sé si conocer en persona a Sixten y Barbro es buena idea, Axel, pero no seré yo la que te diga lo que tienes que hacer. Estoy segura de que tu instinto es el mejor. ¿Qué decís vosotros?

Oxen se limitó a asentir, y Sonne hizo lo mismo.

—Muy bien, gracias —respondió Mossman—. Entonces llamaré a Londres y reservaré otro juego de micros. Creo que eso será rápido. Iré personalmente y me encargaré de recogerlos. Vuelo de ida por la mañana, y de vuelta por la noche. Si no os digo lo contrario, podréis recogerlos aquí pasado mañana. Los pondré detrás del garaje.

—¿Y no has descubierto nada de las dos fotos de John Smith?

—No, Oxen, nada, pero cuando esté en Londres aprovecharé para preguntar en persona y hacer algo de presión. ¿Y a ti cómo te ha ido, por cierto? ¿Hablaste con la señora que tenía una habitación libre?

—Sí, ya vivo en su sótano. Es una habitación pequeña con un baño.

—*Well*, eso significa que somos casi vecinos. Pero no tendrás que vivir mucho más en un sótano, soldado, te lo prometo. Ese es nuestro objetivo: no más sótanos. Nos encontraremos aquí en cuatro días, a las 22:00 en punto. Gracias por venir. Y gracias por tu fantástico trabajo, Margrethe.

61

La maleta marrón se acercó lentamente encima de la cinta transportadora. La bajó y se dirigió hacia el gran cartel en el que ponía CIUDADANOS DE LA UE.

Los daneses también luchaban contra los fanáticos religiosos. Esa tierra también estaba en el punto de mira. Si no lo sabían antes, les quedó claro, a más tardar, después de París… ¿y Bruselas? Recordó vagamente que un lunático había lanzado un ataque relacionado con la visita de un dibujante sueco. Por eso estaba asombrado de haber podido atravesar la aduana y pasar a la sala de llegadas sin siquiera ver la sombra de una ametralladora.

Sí, eso era el aeropuerto de Kastrup, era Copenhague, el maldito país de Hans Christian Andersen, pero todo resultaba demasiado bonito para él. Ahí no había gente sudorosa agolpándose, gritando, empujándose y agitando sus carteles de cartón en el aire, como sucedía en África. Ahí solo había algunas personas silenciosas, ordenadamente alineadas al estilo escandinavo, esperando a sus seres queridos o a sus invitados.

Enseguida vio a un hombre con una chaqueta de ante marrón y con las gafas de sol puestas en la frente. Llevaba su identificación colgada del cuello: un pañuelo rojo. Se acercó a él.

—Soy John Smith —dijo.

—Bien —respondió el hombre—. Sígame, Morten lo espera en el coche.

Habían pasado tres días desde que recibió las cuatro últimas fotos del hombre de la gorra negra, poco antes de la medianoche. Mientras tanto, había elaborado un plan y había revisado su archivo de encargos. Y ahora tenía suelo danés bajo sus pies. Había llegado la hora de limpiar. Y tenía que hacerlo cuanto antes. «Entrar rápido, salir rápido». Ese siempre fue un lema sensato.

Morten era Morten Lundbye. Uno de los daneses que había reclutado el año pasado para el gran trabajo relacionado con el señor

Nielsen. Fue su primera colaboración con el exsoldado danés. La de ahora sería la segunda y última.

Podría haber elegido a otro secuaz, por supuesto, pero el danés le parecía el hombre más adecuado para ese trabajo; entre otras cosas porque fue él quien se cargó al anciano de la piscifactoría. Él mismo le había dado la orden de hacerlo, pero nadie estaba obligado a obedecer algo así y convertirse en asesino en su propio país. Todo ser humano tiene la libertad de tomar sus propias decisiones en cualquier momento y en cualquier situación.

Si Lundbye no hubiera obedecido, él mismo habría tenido que hacer el trabajo sucio. El asesinato era la pieza central de una trama que tenía como objetivo convertir a Niels Oxen en el personaje más odiado y perseguido de ese pequeño e ingenuo país.

Al elegir a Morten Lundbye, se aseguraba de tener a un colaborador altamente motivado y comprometido a dar lo mejor de sí mismo. Entre otras cosas porque, de lo contrario, corría el riesgo de pasar el resto de su vida entre rejas.

Siguió al tipo del pañuelo rojo. Sin intercambiar ni una palabra, caminaron uno al lado del otro hasta que al fin se detuvieron frente a un Audi negro que estaba aparcado en la esquina más alejada del aeropuerto. Lundbye llevaba gafas de sol y estaba sentado en la parte de atrás. Siguiendo las indicaciones que le habían dado, permaneció sentado. El coche había sido alquilado con otro nombre, y el hombre del pañuelo no era más que otra de las precauciones de seguridad que él había exigido.

No quería que hubiera ni la más remota posibilidad de que las cámaras de seguridad del aeropuerto lo captaran en compañía de Morten Lundbye. Su acompañante le cogió la maleta y la metió en el maletero del coche. Él se sentó en el asiento de atrás, junto al danés. Se dieron la mano y se saludaron en inglés, el idioma estándar del negocio, mientras su cómplice encendía el motor y se ponía en marcha.

Hasta ahora solo había informado a Lundbye de lo absolutamente imprescindible.

—¿Listo para la sesión informativa? —preguntó, mientras el coche salía de los terrenos del aeropuerto.

Lundbye asintió.

—Dispara.

—¿Recuerdas nuestro encargo del año pasado? ¿El trabajo en la piscifactoría?

Lundbye pareció sorprendido, pero volvió a asentir.

—Estoy aquí para acabar algo que la última vez no logramos

acabar —continuó—. El objetivo sigue siendo el mismo: Niels Oxen.

—¿Oxen? ¡Pero si el tío está muerto!

—Si lo estuviera, yo no habría dicho que sigue siendo nuestro objetivo.

—Está bien, está bien, es solo que…

—Escúchame bien. No sé dónde se aloja Oxen. Estoy seguro de que, aparte de mí, muy pocas personas saben que sigue vivo. Tenemos que encontrarlo. Y eliminarlo. Inmediatamente. Y no nos alejaremos de él hasta comprobar que el maldito hijo de puta ya no tiene pulso. ¿Entendido?

—Entendido.

—Ten. Esta foto fue tomada en Liverpool. Estoy un noventa por ciento seguro de que es él, así que necesito el diez por ciento restante. En cuanto esté confirmado, procedemos. Una oportunidad relativamente factible y al mismo tiempo muy peligrosa. ¿Recuerdas la información previa que te compartí la última vez?

—Recuerdo perfectamente quién es Oxen, conozco su historia y estoy al caso de sus méritos. Y no lo subestimo ni un ápice, si es eso lo que estás tratando de insinuar.

—Está bien; todo claro, entonces. Ahora dime: ¿de esta te acuerdas?

Dio a Lundbye una foto de Margrethe Franck.

—Pues claro que la recuerdo. Una mujer como esta es difícil olvidar. Aunque necesitaría actualizar la información relacionada con ella.

—Margrethe Franck trabaja para el servicio de inteligencia de la Policía. Se tiñó de rubio y se volvió punk. Tiene una discapacidad: le falta la mitad de la pierna derecha. Algún idiota la golpeó para escapar. Y digo «idiota» porque no debería haberla enfadado. Ella le metió una bala entre los ojos. Para ella aplica lo mismo que para Oxen. La tipa no es una lisiada por la que sentir lástima, sino una perra peligrosa.

Morten Lundbye asintió gravemente y le devolvió la foto.

—Como ya he dicho, no tengo ni la menor idea de dónde está Oxen, pero cuando la policía se enfrenta a bandas de traficantes, a la mafia o a lo que sea, su lema es «sigue el dinero», ¿no? Bien, pues el nuestro será «sigue a la hembra».

—¿Están liados?

—Ni lo sé ni me importa, pero según mis informantes, ambos sienten una especie de «adoración» mutua. Y no lo olvides: no importa dónde encuentres a Oxen, él siempre está en territorio enemigo. Cuando trató de escapar a Suecia por mar, estaba acusado de

asesinato y todo el mundo andaba tras él. Entonces vino lo del cuchillo de combate y el anciano… Qué te voy a contar a ti.

Lundbye se quedó inmóvil unos segundos. Luego asintió en silencio.

—En un mundo lleno de enemigos, uno tira de los pocos amigos que aún le quedan. Y el coñito punki es uno de sus amigos. Es el punto de partida perfecto.

—¿Tienes su dirección? —preguntó el danés.

—Sí. En cuanto podamos nos plantamos en su apartamento y nos convertimos en su sombra. Este es el Plan A. No hay Plan B.

62

¿Champán, *gin-tonic* o café? En circunstancias normales, el café no sería una opción. Después de un día largo y agitado, y de un buen rato de sexo desenfrenado, su cuerpo necesitaba un descanso antes de irse a la cama y dormir. Pero esa noche era cualquier cosa menos «normal».

—¿Cómo quieres el café, Kajsa?

—Con un chorrito de leche, por favor.

Él volvió con una bandeja y la dejó sobre la mesa de cristal que quedaba junto al sofá de cuero blanco. Ella estaba desnuda bajo la manta, con una almohada en la espalda.

Ya no sudaba y se había cubierto el pecho con la manta. Sabía lo que estaba a punto de suceder. Ya habían hablado de eso la última vez que se vieron, antes de que ella se fuera al norte de Jutlandia y él a Zúrich. La próxima reunión estaba programada para antes de las vacaciones de verano, y el tiempo iba pasando. Esta conversación no podía aplazarse más.

—Venga, empecemos. Tenemos toda la noche. He bloqueado mi agenda, así que mañana podré dormir hasta cuando quiera.

Villum Grund-Löwenberg se sentó en el otro extremo del sofá. Se había puesto los calzoncillos y una camiseta. Ella asintió con seriedad. Quería que él empezara. Estaba lista.

—Ya sabes lo que pienso, Kajsa. Diría que a grandes rasgos los dos estamos de acuerdo con el tema. Quiere aferrarse al pasado. Se ve a sí mismo como la personificación de los siglos pasados, y de las tradiciones y procesos relacionados con ello. Tiene pensado presentarnos a su sucesor en cualquier momento, y si hay algo de lo que estoy seguro es de que ha elegido a alguien como él. Pero en cuanto nos presente a su sucesor, ya será demasiado tarde, así que si vamos a hacerlo… El momento es ahora. El triunvirato no es responsable ante nadie, por lo que podemos…

—¡Eh! ¿Acaso yo soy un hombre? —Kajsa bajó la manta y le enseñó sus pechos.

Él sonrió y dejó escapar un gruñido de satisfacción.

—Está bien, está bien, lo pillo. No volveré a decir «triunvirato» para que eso del «vir» no te moleste, ¿de acuerdo? A partir de ahora diré «trío». Sea como fuere, si de verdad tenemos alguna intención de ponerlo todo patas arriba, entonces debemos actuar *ya*. Si las cosas siguen como hasta ahora, tú y yo tendremos que realizar un gran esfuerzo cada vez que queramos proponer algún que otro cambio, y siempre serán detalles menores porque él nunca nos permitirá impulsar una reestructuración profunda y radical como la que deseamos. Estoy absolutamente convencido de que el viejo vetará con rotundidad la idea de abandonar el concepto de Norte, Sur y Este en favor de una organización más numerosa y colaborativa, y su heredero seguirá esa misma línea. Ante sus ojos, nuestra propuesta no será más que una herejía, y tú y yo unos traidores, además de unos incultos en materia de historia y tradiciones. Este es, en pocas palabras, el contexto en el que nos hallamos.

—Pero ¿cómo te lo imaginas tú, en realidad? ¿Quién crees que debe estar al mando? ¿Cuántos líderes debe tener el nuevo Danehof?

—Solo dos. Tú y yo. Y cortamos el cordón umbilical. A la mierda la Edad Media. Llevaremos a cabo una transformación absoluta del Danehof. ¿Y quién se atrevería a reprochárnoslo? ¡Nadie! No hay nadie en disposición de intervenir. Podríamos eliminar inmediatamente todas las partidas onerosas del presupuesto. Les decimos a las viudas y a los jubilados que dejamos de pagar, y listos.

—Habrá mucho ruido, Villum. Y al final alguien hará públicas las actividades del Danehof por venganza.

—Tal vez. Pero ¿a quién le importa? Estamos ahí, pero somos invisibles. Nosotros somos nuevos, y él está muerto. ¿Contra quién dirigirán su ira? ¿A quién le importa si algún jubilado desorientado se enfrenta a una organización porque supuestamente no le transfiere más dinero? No habrá muchos que quieran escuchar esto. Y de los que están dentro… todos saben el riesgo que correrían si hablaran más de la cuenta.

—¿Y con qué quieres reemplazar el viejo sistema?

—Seguiremos siendo una red, pero más flexible y abierta al cambio. La estructura jerárquica tiene que desaparecer. Las subdivisiones y los anillos son superfluos. Originalmente era diferente, cuando las reuniones tenían una función social muy distinta. Uno tenía que hacer varios días de viaje a caballo para llegar a una reunión. Ya no necesitamos reuniones como esas. El *think tank* debe ser el centro de nuestro trabajo. El Consilium debería ser nuestra herramienta más importante.

—¿Y qué hay de nuestros objetivos? Si cambiamos la estructura,

también tendríamos que realinear el contenido. No tenemos un concepto básico moderno. Esa es mi principal prioridad, Villum.

63

Contuvo la respiración, como si ellos pudieran oírle a él también. La tecnología moderna era simplemente increíble.

Estaba sentado en su sótano, con el móvil en una oreja y el codo descansando sobre la mesa. Escuchó atentamente mientras Villum Grund-Löwenberg respondía:

—*Por supuesto que modernizaremos el manifiesto. Ya no estamos aquí para bailarle el agua al rey y regalarnos privilegios unos a otros. Retomaremos la lucha contra la corrupción, el nepotismo, la extorsión y otros actos delictivos. El asesinato no puede ser un medio legítimo para mantener el control. El nuevo Danehof debería funcionar sobre la base de una democracia moderna. Sin excepción*.

Escuchó la voz alta y clara de Karin «Kajsa» Corfitzen al responder:

—*Si renunciamos a los medios que conocemos, ¿cómo vamos a imponer lo que queremos? Yo no estoy aquí para participar en procesos democráticos. Quiero cambiar las cosas*…

Se miró los pies descalzos, y luego miró sus raídas pantuflas ahí al lado. Estaba sentado exactamente en la misma posición que adoptó hacía una hora, cuando saltó de la cama. En pijama, con bata.

Se concentró en la respuesta de Villum:

—*Lo haremos como hacen todos los que quieren generar resultados: influiremos en los que toman las decisiones*.

—*No me jodas, Villum*… *Eso no lleva a ninguna parte*.

—*Tú escúchame primero*.

Acababa de quedarse dormido cuando un discreto tono en el móvil le indicó que había recibido un mensaje. Su mujer había murmurado «¿Axel?», pero más dormida que despierta. El tono era una alerta que se enviaba automáticamente a su dispositivo cada vez que se registraban conversaciones en el ático de Villum Grund-Löwenberg, en Tuborg Havn.

—*¿Quieres saber cómo vamos a obtener resultados?* —siguió diciendo Villum—. *Nos moveremos libremente por el panorama político, como*

hemos hecho hasta ahora, y haremos lo mismo que el resto: trabajar de lobistas. Es la forma moderna del soborno. Una disciplina universalmente reconocida. Hay una gran área gris en la que podemos operar como queramos. Podemos comprar nuestros objetivos. Podemos seguir reclutando a gente a partir de un grupo selecto de candidatos políticos que puedan y quieran servir a nuestra causa.

Se puso la bata, se calzó las pantuflas y corrió escaleras abajo, hasta el sótano, donde solo el mapa con todos esos puntos clavados daba a entender que aquí sucedían cosas distintas a las de otros sótanos de Kokkedal.

Al principio, desde el elegante apartamento del puerto solo le llegaron los gemidos propios del sexo. El teléfono le acercó al oído suspiros, gritos, sollozos y expresiones que él no recordaba haberle dicho nunca a su esposa. *Well*, por lo que a él respectaba, el sexo pertenecía ya a otra década.

Oyó a Kajsa suspirar.

—Así que quieres matar para evitar que otros maten.

—Así son las cosas, Kajsa. Tenemos que hacer este último sacrificio para evitar que haya más. ¿Eres consciente de cuántas personas hemos matado en los últimos, digamos, dos años?

—No. Pero te juro que no me siento nada orgullosa de lo que hemos hecho, créeme.

—Todo empezó con esa chica de compañía… La de Lituania. En tu castillo.

—Eso no fue culpa nuestra, sino del ministro de Justicia.

—Sí, claro, pero él era uno de los nuestros, así que desde un punto de vista estricto…

Escuchar los excesos eróticos de esa fogosa pareja le había resultado bastante agotador. Aquello le hizo pensar en las famosas palabras de un exministro de Cultura, que una vez, invitado al palco en un partido de fútbol, dijo: «El fútbol es como el sexo. Ambos son más emocionantes cuando participas que cuando miras…». Y justo cuando estaba a punto de darle un respiro a su oído, todo acabó con un grito de éxtasis. Entonces, y tras un breve respiro para recuperar el aliento, la conversación entre los dos líderes del Danehof empezó, sin más.

Villum Grund-Löwenberg continuó:

—Por eso que tuvimos que hacer callar también a las otras dos putas de Lituania. Y va y aparece la hermana de la primera, de la que también tuvimos que deshacernos, y su ayudante, ese exsoldado ruso que fue liquidado en el camarote de su barco camino a casa. Los siguientes fueron el ministro de Justicia Rosborg y el viejo piscicultor. Luego Bulbjerg, el

director del museo, junto con su esposa y dos de los hombres de Mossman en la casa de vacaciones, y por último, pero no menos importante: Niels Oxen. Ah, y Kresten Hildmand. Son trece personas en total, Kajsa…

—Catorce.

—¿Catorce?

—Te has olvidado de Arvidsen, el jardinero de mi padre, al que disparé cuando estaba en el tractor del jardín.

Levantó las cejas y se dio cuenta de que prácticamente estaba aplastando el teléfono contra su oreja, de pura concentración. Aquella era la primera confesión de su carrera que escuchaba en bata y por teléfono.

—¿Lo ves? Una muerte conduce inevitablemente a otra. Puedo…

—Lo que pasó con Arvidsen fue en defensa propia, Villum.

—Lo sé. Y si hubieras matado a Niels Oxen a la primera, nos habríamos ahorrado todo el circo del año pasado.

—Lo intenté. Pero no te imaginas la rabia que aún me da que nos obligaran a matarlo. Oxen era un maestro en su campo; es una pena matar a alguien así. Deberíamos haberlo convertido en uno de los nuestros. Habría sido de grandísima ayuda.

—Déjalo ya, Kajsa, ahora está muerto. Digamos catorce, pues… ¡Catorce personas que nuestra organización ha matado en muy poco tiempo! Es una locura. Pero esa es precisamente la cultura que él representa y que quiere transmitir a su sucesor. Acabemos juntos con esta larga historia de abuso de poder.

—Eres un idealista, Villum, pero ambos sabemos que nosotros también hemos hecho algunas cosas que nunca deberían ver la luz. En fin. Recorreré este camino contigo. Conduciremos el Danehof a tiempos mejores. Estoy segura de que eso también sería lo que querría mi padre… Pero, dime, ¿has pensado en cómo y cuándo?

No había dicho nada a Oxen ni a Franck ni a su sobrino sobre esta opción del dispositivo que le permitía escuchar una conversación en vivo y en directo. Después de tantos años en el negocio, sabía lo importante que podía resultar ser el primero en escuchar un mensaje. Daba la oportunidad de sopesarlo todo sin interrupciones y ofrecía una posición ventajosa.

La respuesta de Villum sonó algo ambigua:

—Debería suceder en los próximos meses y parecer un accidente. ¿Tal vez en el barco, en la travesía hacia el continente o en el camino de regreso a la isla? Ya nos ocuparemos de los detalles más tarde. Solo tenemos que andarnos con ojo y no quedarnos sin tiempo. No sabemos cuán lejos ha llegado con sus planes.

—Esperemos un poco más. Hasta nuestro próximo encuentro. Estoy

cansada. Creo que paso del café. Hoy necesito dormir. ¿Qué te parecería otra copa de champán y un baño caliente? ¿Y luego a la cama?

Villum ronroneó como un gato.

—Estoy de acuerdo. Con ambas propuestas.

La conexión se interrumpió en cuanto la sala de estar de Tuborg Havn se quedó en silencio.

¿Isla? ¿Qué isla? Habría dado mucho por saberlo. Si no estaba equivocado, había más de cuatrocientas islas en Dinamarca. Una gran parte de ellas estaba deshabitada, pero una isla era una isla…

Se guardó el móvil en el bolsillo de la bata. Por suerte, toda la conversación había quedado grabada en el disco duro. Ahora solo tenían que retirar los micros. Ese sería el trabajo de Oxen.

En realidad, sí había traído noticias de Londres para el vapuleado veterano de guerra. Malas noticias. Por eso no le había dicho nada. En esos momentos, saberlas no le habría ayudado en nada. Al contrario.

Había visitado de nuevo sus contactos a ambos lados del Támesis, y tanto en el MI5 (en Thames House) como en el MI6 (en Vauxhall Cross) habían identificado al hombre de las fotografías de Oxen. Pero, aunque unos y otros lo lamentaron mucho, todos le dijeron que no podían ayudarlo. La única explicación para ello, en realidad, era que sus amigos británicos no *querían* ayudarlo. Y eso solo podía interpretarse de una manera: tenían miedo de John Smith.

Se colocó bien la bata y las pantuflas y pensó en la suave cama que le esperaba. Por supuesto que subiría y se acostaría junto a su esposa, pero sabía que estaba lejos de poder quedarse dormido.

Acababa de colocarse en una posición extremadamente ventajosa.

64

Condujeron a través de una especie de parque empresarial llamado Mileparken. El lugar en sí se llamaba Herlev, pero para él seguía siendo Copenhague, del mismo modo que Londres seguía siendo Londres en todas partes. Atento, iba siguiendo la ruta en su teléfono móvil.

Conducían el Renault de Morten Lundbye. El Audi que el danés había alquilado para recogerlo en el aeropuerto ya lo habían devuelto.

—La siguiente a la derecha —dijo.

Lundbye asintió.

—Casa número catorce.

Poco después se detuvieron frente a un gran edificio en el que al parecer había varias empresas.

—Por allí —dijo Lundbye, señalando un letrero blanco deslucido sobre la puerta de un garaje. TINTORERÍA B+B, decía.

Se enteraron de la existencia de la empresa cuando irrumpieron en el apartamento de Margrethe Franck esa mañana.

Primero estuvieron sentados en el coche y esperaron lo que les pareció una eternidad. Entonces casi pierden su oportunidad. En el último segundo se dio cuenta de que la mujer que estaba sacando su bicicleta por la puerta de entrada era Margrethe Franck.

El rostro pálido lo había salvado. Todo lo demás tenía un aspecto completamente distinto. Cabello ordinario —castaño, media melena, aburrido— y ropa ordinaria —zapatillas, vaqueros, cazadora—. Ni rastro de la joven punk.

Esa mujer era tan gris y normal como el pavimento, y, sin embargo, era Margrethe Franck.

La siguieron hasta que desapareció en la entrada del personal de un supermercado. En quince minutos envió a Lundbye a la tienda. Efectivamente, la agente del servicio secreto, antiguamente tan audaz, era ahora cajera de un supermercado. Así que retrocedieron, forzaron la cerradura de su puerta con una ganzúa electrónica y miraron a su

alrededor.

Había un montón de papeles y cartas tirados por el suelo de la sala de estar. Historias de una tipa que no le interesaba nada. Y ni rastro de Niels Oxen por ninguna parte. Ni un solo detalle masculino. Ni del exsoldado ni de otro hombre.

Lundbye había encontrado una nómina en un tablón de anuncios de la cocina. Emitida por una empresa llamada «Tintorería B + B» para la que, por lo visto, Franck también había trabajado. Luego hicieron una simple llamada telefónica, y allí estaban.

—«B + B»… ¿Eso qué querrá decir? ¿Bed & Breakfast, o qué?

Salió y miró a su alrededor. El danés sonreía ante su propio comentario. Fueron hacia una puerta que quedaba junto a otra más grande, de garaje. Estaba abierta y conducía a una zona en la que estaban aparcadas cuatro furgonetas con el logotipo de la empresa. No había nadie a la vista.

—Ahí está la oficina —dijo Lundbye, señalando otra puerta con la cabeza.

Llamó con fuerza y entró en la habitación sin esperar respuesta. Un hombre, presumiblemente el dueño de la empresa de limpieza, estaba sentado frente al ordenador. Llevaba pantalones de camuflaje y una camiseta blanca que se le ajustaba como la piel de una salchicha.

Lundbye había llamado antes y había concertado una visita cara a cara. El tema no era adecuado para discutirlo por teléfono.

—Está bien, John, *herr* Bremer habla inglés. Dice que deberíamos sentarnos. A partir de ahora es todo tuyo —dijo Lundbye.

El danés, propietario de la empresa de limpieza, hizo doble clic con el ratón y la pantalla verde con las cartas desapareció. Luego se dio la vuelta en su silla y los miró.

—Póker —dijo, divertido, y mostrando una brillante sonrisa blanca.

Estaba muy moreno (de solárium, claro) y su pelo era tan rubio que seguro que estaba decolorado. *Same shit* que los dientes.

En su camiseta podía leerse MIAMI VICE en letras plateadas. La parte superior de sus brazos era tan gruesa como los muslos de algunas personas, y sus bíceps parecían duros como navajas.

El tipo que tenía delante era, pues, un debilucho hinchado con esteroides. Uno de la peor calaña.

Empezó la conversación sacando tres billetes de mil coronas danesas de su bolsillo y colocándolos sobre el escritorio.

—Un pequeño agradecimiento por tu disposición a ayudar —le dijo—. Como sabes, querría que me respondieras a unas preguntas sobre Margrethe Franck, que trabajó aquí hasta hace poco.

—Humm… Realmente me gustaría saber qué tiene esa de interesante —dijo Bremer, mirando el dinero.

—Eso ahora no importa. Tú limítate a responder a mis preguntas —dijo.

El danés asintió y encogió sus monstruosos hombros.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuánto tiempo trabajó aquí?

—Menos de dos semanas.

—¿Cómo consiguió el trabajo?

—Respondió a un anuncio.

—¿Qué sabes sobre ella?

—Nada… Bueno, sí. Que le falta una pierna. Y que estaba dispuesta a aceptar cualquier trabajo.

—¿Trabajó bien?

—No me quejo.

—¿Por qué se quedó tan poco tiempo?

El saco de músculos con patas volvió a encogerse de hombros.

—Bueno, tuvimos algún desacuerdo.

—¿Puedes ser más específico?

—No hizo algo que yo quería que hiciera.

—De modo que sí tuviste motivo de queja, después de todo.

—Podría decirse que sí…

—Mira, no te voy a pagar tres mil coronas por tomarme el pelo. ¿Quieres el dinero o no?

Bo Bremer asintió y alzó las manos a modo de disculpa.

—Está bien. Lo que pasa es que quise liarme con ella, pero ella no quiso. Me tiró una lámpara a la cabeza, cogió mi dinero y se escapó.

—¿Y luego? No dejarías que te robara así, como así, ¿no?

—Un colega y yo descubrimos que trabaja en un hotel, lavando platos. La esperamos en el patio trasero después del turno de noche. No me parecía bien que se hubiera llevado mi dinero y quería que me lo devolviera.

—¿Y bien? ¿Te lo dio?

—Bueno… Acordamos que nos divertiríamos un poco con ella de antemano. Exigirle lo que no había querido darme. Ya sabes, darle una pequeña lección… Pero justo cuando estábamos a punto de empezar, apareció este tipo. De la nada. Un bicho raro total… Fue increíble. El tío nos aplastó a ambos en cinco segundos. Si hubiera tenido tiempo de pegarle un puñetazo, le habría mostrado dónde estaba el martillo. Pero no pude reaccionar. Era rápido como un rayo, en plan *ninja*.

—¿Qué aspecto tenía?

—El patio estaba oscuro, no sé… Pero era bastante alto, no muy

ancho… Más bien… ¿cómo se dice? ¿Atlético?

—¿Y entonces?

—Nos dejó ir. Probablemente se fue a casa con la zorra esa. Ya no he vuelto a verla.

—Humm… Las cosas podrían haberte ido bastante peor, créeme. Tuviste mucha suerte.

—¿Suerte? ¡Pero si me dejó en el suelo! ¿Quién era?

—Eso ahora no importa. Puedes quedarte con el dinero. Tengo lo que venía a buscar, gracias.

Se levantó. No había razón para perder más tiempo en compañía de un idiota sin cerebro.

Aquel hombre había conocido a Niels Oxen. De eso no tenía duda. Y eso era todo lo que le importaba: la confirmación de que Franck y Oxen estaban en contacto.

Justo lo que quería.

65

En los viejos tiempos, a los condenados los arrastraban al patíbulo. Él, en cambio, se preguntó si podría estar dirigiéndose voluntariamente a su propia ejecución.

Estaba nervioso. No había por qué disimular.

La sede del Fondo Kopparstierna estaba en la calle Havne. Había muchas formas de llegar allí desde Kokkedal, y él había elegido el camino más largo. Había tomado el tren regional por la costa hasta la estación principal y luego había recorrido a pie los dos kilómetros restantes. Casi como si de este modo fuera a poder retrasar la llegada al patíbulo.

Echaba de menos a su perro. Le habría gustado tener a Bonnie a su lado ahora. Se había dado cuenta de eso en el H. C. Andersen Boulevard. De hecho, haber elegido este camino era una simple cuestión de lógica: necesitaba tiempo para drenar la tensión de su cuerpo. Y necesitaba tiempo para pensar. Para prepararse por última vez.

Durante sus años de servicio había asistido a innumerables reuniones que realmente habían sido fuente de nerviosismo. Los rusos, por ejemplo, eran absolutamente impredecibles. El servicio secreto doméstico ruso FSB (Federalnaja Sluschba Besopasnosti) podría representarse como la indiferencia personificada, mientras el diablo acechaba tras cada párpado entornado. A los franceses de la Direction de la Surveillance du Territoire había que mantenerlos de buen humor y confirmarles reiteradamente que su país seguía siendo una gran potencia y una autoridad cultural. Los concienzudos alemanes de la Bundesamts für Verfassungsschutz esperaban respeto, y lo más prudente era no irritarlos desviándose de ningún acuerdo.

Tratar con el Mossad había sido quizá lo más difícil. Después de todo, ¿cómo podía untarse miel alrededor de un nido de avispas sin que te picaran todo el tiempo? Lo había visto tantas veces… Situaciones críticas, amenazas sucias, estados de alarma sin razón

aparente… pero su instinto nunca le había fallado.

¿Soberano gobernante? ¿Príncipe de la oscuridad? ¿Big Mossman? Conocía todos sus apodos, pero siempre los había ignorado. Podía haber chismes sobre él y podían criticarlo, pero eso se debía solo a sus cualidades profesionales.

Ahora estaba jubilado.

Ahora necesitaba un largo paseo previo.

Y extrañaba la reconfortante presencia de su perro.

Para ser honesto, los mayores problemas los había tenido con la Säpo, el servicio secreto de Øresund.

Atravesó Prinsens Bro y siguió el canal Frederiksholm con sus adoquines redondos. Había muchos pequeños botes de motor amarrados uno al lado del otro. Uno de los largos y estrechos barcos turísticos pasó deslizándose a su lado.

En su ramo siempre era apropiada una buena dosis de escepticismo. Y entre los hermanos de Suecia siempre había encontrado muy pocas dudas y demasiada incompetencia.

Personalmente, le costaba aceptar que los suecos nunca hubieran arrestado al asesino de Palme. Aunque, por otra parte, admiraba sin medida lo que habían logrado en otras áreas: ya fuera en los negocios, el deporte o la cultura, sus resultados siempre eran sobresalientes. Y si Björn, Benny, Agnetha o Anni-Frid no hubieran sido tan redomadamente suecos, habrían accedido a una Reunion World Tour mundial hacía años y habrían hecho saltar la banca.

¿Podría ser esa la verdadera razón por la que siempre había odiado sentarse a la mesa con la gente de la Säpo? ¿Por simples celos?

Su ánimo no mejoró ante la idea de que en poco tiempo estaría sentado frente al hombre que lo había derrotado. Un maldito sueco.

Sixten Kopparstierna estaría presente en la reunión que Mossman había concertado con su hermana Barbro.

Aunque aún carecía de las pruebas definitivas que demostraban que Sixten era el líder del Danehof del Este, había numerosos indicios que respaldaban esta teoría. La noche anterior habían vuelto a encontrarse en el sótano y habían estado discutiendo sobre los resultados de su investigación. Según Margrethe Franck, Kopparstierna poseía una finca en Suecia, en una isla de Bolmen, que es un gran lago al oeste de Småland. Una isla…

Tal vez Villum y Kajsa planeaban provocar un accidente en Bolmen cuando su líder abandonara la isla o estuviera de camino a casa.

En unos minutos estaría mirando a Sixten a los ojos. Y lo mismo haría con su hermana, la viuda de Knud Klint Kopparstierna. Si su esposo había sido el máximo representante del Danehof en su

momento y ahora su hermano continuaba con el legado… lo lógico era que Barbro estuviera al caso de todo. Por lo general, una reina solía estar informada sobre estas cosas.

Giró a la izquierda en Christians Brygge, se zambulló entre las paredes de cristal de la Biblioteca Nacional y reapareció un poco más tarde.

La reunión del sótano no había durado tanto como las anteriores. Se habían limitado a informarse brevemente sobre sus actividades de los últimos días.

Margrethe Franck había adjudicado a Barbro Kopparstierna el título de reina. Aunque fuera una «reina sin corte». La viuda sueca, que nunca había buscado un nuevo marido, vivía una vida distinguida y aislada. Le llovían las invitaciones a todo tipo de eventos y varias celebridades se habrían dejado cortar los brazos para hacerse una foto con ella. Pero Barbro no se dejaba comprar.

No tenía hijos y por lo tanto tampoco nietos que cuidar. Su propósito en la vida era la fundación, a la que dedicaba todo su afán. En su tiempo libre se dedicaba a la jardinería en su casa de la calle Gammel Strand, en Espergærde, justo al lado del estrecho de Sund, o, como dijo una vez en una entrevista, leía mucho.

Las pocas veces que apareció en público lo hizo en la ópera de Copenhague o Estocolmo.

La riqueza personal de Barbro había sido a menudo objeto de especulación, aunque nadie lograba ponerse de acuerdo en la cifra. Lo cierto es que poseía una gran participación de acciones de la empresa y había confiado la gestión de su patrimonio a un asesor financiero.

Pasó por debajo del puente Knippel y continuó por encima del Cristián IV. Para él, este era uno de los lugares más hermosos de su ciudad. Agua a ambos lados. Y la vista del Ministerio de Medio Ambiente y el enorme techo verde de la Bolsa, con su torre torcida, y, detrás, el impávido taller de la democracia: el palacio de Christiansborg y el Parlamento.

Le encantaba esa imagen desde el puente. Proteger todo esto había sido su trabajo durante muchos años. Casi un poco absurdo… con su residencia en Kokkedal. Si se hubiera salido con la suya, se habrían mudado al corazón de la capital hacía ya mucho tiempo, pero ahí su esposa tuvo la última palabra. «Nos quedaremos en Kokkedal hasta que nos saquen con los pies por delante, Axel».

La fortuna de Sixten Kopparstierna también era sustancial y estaba gestionada por la misma empresa que la de Barbro. Poseía una gran parte de las acciones de Kobberstjerne Pharma International y una cartera de clientes particularmente sólida. También había continuado

con el trabajo de toda la vida de su padre y se deshizo de su empresa en el momento oportuno.

Además, poseía varias propiedades. La mayoría eran propiedades de alquiler en Malmö, Gotemburgo y Estocolmo, incluido su exclusivo apartamento privado en Östermalm, que casi nunca usaba. La isla de Bolmen estaba entre las posesiones más exóticas.

Sixten Kopparstierna tenía su residencia principal en Suecia, en el castillo familiar, aunque pasaba la mayor parte de su tiempo en Copenhague.

Aquí residía en un majestuoso apartamento de la más alta categoría, en el histórico Holsteins Palais en la calle Storm, justo enfrente de la larga columnata del Museo Nacional. Siempre en Kokkedal o no, conocía la historia de su ciudad y se aseguraba de conocerla a fondo. La calle Storm fue nombrada en memoria del asalto de los suecos a Copenhague (ahí estaba otra vez, el tema de los vecinos que no se amaban) que habían invadido cruzando el hielo en 1659.

Con el Holsteins Palais, el rico sueco había conquistado una parte del patrimonio cultural danés que estaba protegido como monumento. No podía ser de otro modo.

Oxen y Sonne habían estado observando a Sixten Kopparstierna y habían extraído toda la información que pudieron encontrar de la web. A Sixten le encantaba caminar la corta distancia hasta su oficina en la calle Havnegade, variando su ruta. De vez en cuando incluso hacía un pequeño desvío, obviamente para disfrutar de la hermosa zona. Siempre estaba en su escritorio a las nueve en punto. Igual que su hermana Barbro.

Dedicaba su tiempo a dos cosas principales: la fundación y el castillo. Era cazador, pescador y golfista, pero sin mostrar ninguna pasión perceptible por estos pasatiempos. Su mayor interés estaba en la Edad Media sueca, pero Barbro también lo introdujo en el amor por la ópera.

Sixten se había divorciado hacía varios años y tenía dos hijos, ambos adultos. Al igual que su hermana, nunca se había vuelto a casar. Y era al menos tan tímido como ella.

Oxen y Sonne habían accedido al apartamento de trescientos metros cuadrados utilizando una ganzúa eléctrica y un moderno dispositivo que desactivó el sistema de alarma. No había entendido bien cómo funcionaba, pero eso no importaba de todos modos. Lo que a su sobrino le faltaba de coraje y fuerza muscular, lo compensaba fácilmente con su inteligente cabecita.

Los dos habían registrado discretamente todo el apartamento sin

encontrar la menor pista de que Sixten pudiera estar relacionado con el Danehof u otras maquinaciones sospechosas. Pero eso era de esperar.

Habían colocado seis micros en el apartamento y habían conectado un transmisor GPS a su coche, un Rolls-Royce Silver Shadow II, que estaba aparcado en el garaje del palacio.

Giró hacia la calle Havne y pasó por un campo de deportes vallado donde se podía jugar tanto al baloncesto como al fútbol. Los árboles jóvenes bordeaban la calle y había mucha gente caminando por el paseo del puerto.

Copenhague ya no era una ciudad, sino un *espacio vital*. Un organismo vivo con pulmones verdes, una piscina portuaria y kilómetros de paseos marítimos. Ya no se llevaba algo tan banal como jugar un poco al fútbol en la calle. En cambio, había ambientes callejeros modernos con actividades callejeras modernas.

Las damas y caballeros de la planificación urbana realmente merecían sus respetos. El crisol de la capital no tenía por qué rehuir la comparación con sus homólogos internacionales.

Cuidar de todo esto seguía siendo su trabajo. Aunque le hubiesen dado la espalda.

El Fondo Kopparstierna tenía su sede en un edificio de tres pisos que hacía esquina, de un blanco reluciente, con estuco, cornisas y ventanales a la altura de la cabeza. Aquí, veintiséis empleados manejaban las enormes sumas.

La gran puerta principal de la calle Havne era de madera oscura. Sobre la puerta colgaba el logo de la empresa farmacéutica, el escudo de armas con la estrella de cobre de siete puntas sobre fondo azul. Se había instalado una cámara de vigilancia justo al lado, enfocada a las escaleras y a la acera. Una discreta placa de bronce junto a la puerta rezaba FONDO KOPPARSTIERNA.

Presionó el botón del intercomunicador, miró a la lente de la cámara de arriba y dio su nombre cuando la voz de una mujer se lo pidió.

Hubo un zumbido, seguido de un fuerte clic y un «Pase» desde el altavoz. Empujó la pesada puerta y entró.

La puerta principal se cerró de golpe detrás de él, y se detuvo en un corto pasillo antes de la siguiente puerta maciza. Una cámara domo estaba montada en el techo, una de esas cámaras de vigilancia hemisféricas con lente gran angular. Se abrió una escotilla en la pared a su derecha, y un pequeño cajón se deslizó automáticamente.

—¿Puede mostrarme un documento identificativo con foto, por favor? —Era la misma voz de mujer.

Buscó a tientas su carné de conducir, lo puso en el cajón que se deslizó hacia atrás en la pared, esperó un momento y con otro clic la puerta se abrió.

—Bienvenido, señor Mossman, entre. Aquí está su carné.

Una mujer elegante con un traje pantalón negro lo saludó con una sonrisa amistosa.

—¿Una esclusa de seguridad? —murmuró, mirando por encima del hombro. Luchar contra ese tipo de miedo había sido el trabajo de su vida.

—Por desgracia, sí. Se instaló después de los atentados de París… Pero antes de los de Bruselas. ¿Quiere darme su abrigo?

Le dio a la señora su gabardina, que llevaba colgada del brazo desde la estación.

—Sígame, por favor.

Ella lo llevó a un ascensor y lo acompañó al segundo piso.

—Le esperan en el estudio de la señora Kopparstierna. Ya lo he anunciado —dijo la mujer, y él la siguió por un largo pasillo. Llamó a la última puerta, la abrió y lo dejó entrar. Luego se retiró y cerró la puerta detrás de él.

Lo primero que le llamó la atención fue el techo. Era de un color rosa suave, como el cielo del atardecer, interrumpido solo por dos enormes rosetones de estuco blanco de los que colgaban magníficos candelabros de cristal. El papel pintado lucía un patrón sutil, de color crema con líneas delicadas y flores en rosa, los zócalos altos se mantenían en un tono diferente de beis. El parqué de espiga brillaba como el mar sin viento.

Cuadros con marcos dorados colgaban de las paredes. A pocos metros de la puerta había un gran escritorio de caoba.

La reina estaba sentada en un antiguo sofá rosa que formaba parte de una pequeña *suite*, el único mueble de la habitación además del escritorio. Llevaba una falda ligera y un *blazer* a juego.

Barbro Kopparstierna era mucho más pequeña de lo que pensaba. Incluso en un pequeño sofá de dos plazas, no ocupaba mucho espacio.

—Buenos días. Acérquese.

Su voz era clara y firme. Cruzó la habitación. («Estudio» era una palabra demasiado modesta para una habitación así). Se habría sentido más cómodo en su estudio de muebles grandes y pesados. Le estrechó la mano y ella le pidió que se sentara.

Una joven mujer apareció y colocó dos jarras sobre la mesa de café blanca con patas curvas e intrincadamente talladas.

—Mi hermano Sixten llegará enseguida. Hay café en la tetera de la izquierda y té en la de la derecha. Sírvase, señor Mossman.

El pelo gris de Barbro Kopparstierna estaba recogido con una pinza en la nuca, y su blusa blanca, abotonada hasta el cuello, sobre el que lucía un collar de perlas.

Por una vez, se permitió observar detalles superficiales. Era fascinante estar tan cerca de esta misteriosa mujer que aparecía tan pocas veces en público.

Desde su escritorio se gestionaba el compromiso social de la farmacéutica, y desde aquí se donaba anualmente una cantidad de tres dígitos millonarios a una gran variedad de proyectos.

—¿Trabaja usted siempre aquí?

Su pregunta en realidad no era más que una afirmación que simplemente se le había escapado.

—Así es. Pero solo de nueve a tres. Mi jornada laboral se ha vuelto bastante corta con los años —dijo la reina, sirviéndose un té.

—Definitivamente hay mucho que hacer en una fundación como esta. Todos los proyectos, los negocios del día a día, todas las consultas…

—Sí, no me aburro. Muchos nos piden apoyo económico —dijo con voz clara—. Y cada año son más. Hoy en día nuestro estado del bienestar es solo una sombra de lo que fue. A veces, a mi hermano y a mí nos parece que se espera que manejemos las tareas a las que nuestros políticos son incapaces de hacer frente. No me malinterprete, no nos quejamos. Pero ¿no debería ser asunto de los representantes electos del pueblo establecer prioridades y mantener un cierto nivel de continuidad? No tenemos la impresión de que las damas y caballeros implicados estén a la altura, no sé si me explico.

Él asintió. Palabras claras… ¿De dónde había salido esa falsa idea de que Barbro Kopparstierna era una mujer pusilánime que dependía de la ayuda de su hermano?

—Somos absolutamente conscientes de que tenemos una cierta obligación y responsabilidad con la sociedad. Nos esforzamos por tomar las decisiones correctas para que el apoyo llegue a donde más se necesita, siempre que el propósito sea compatible con nuestra política —dijo.

Llamaron a la puerta que quedaba detrás de los asientos. Por allí había entrado antes la mujer con el café y ahora lo hacía Sixten Kopparstierna. Se inclinó hacia su hermana y le dio un caluroso beso en la mejilla antes de estrecharle la mano a él y ocupar la silla vacante. Era canoso como ella, y tenía la frente despejada y los ojos azul claro protegidos por unas gafas con montura dorada.

El hermano de la reina vestía un traje azul oscuro con una corbata amarilla. Qué cosas. Una combinación de colores que ardía como la

sal en la herida abierta de su complejo sueco.

Se miró a sí mismo algo avergonzado al compararse con los hermanos, tan perfectamente distinguidos. Había seleccionado el traje más estrecho que tenía. Uno que le había quedado demasiado apretado en esos días felices de no hacía mucho.

Ahora los pantalones le quedaban demasiado anchos en los muslos y la chaqueta, demasiado holgada por la espalda, los hombros y el estómago. Junto a Barbro y Sixten parecía don Quijote de la Mancha. ¿Tal vez podría usar eso a su favor? No había acabado de hilvanar aquella idea cuando la señora Kopparstierna tomó la palabra.

—Ahora que mi hermano ya ha llegado, vayamos al motivo de su visita, si le parece. ¿Me escribió, señor Mossman, diciendo que estaba llevando a cabo algún tipo de investigación?

—Así es. Benedicte Bjørk, la hermana de Sigrid Ryttinger Bulbjerg, me contrató para que investigara algunas cosas.

—¿Y eso tiene algo que ver con nosotros, entiendo?

No tenía claro si Barbro hablaba siempre en plural mayestático, o si se refería a ella y a su hermano.

—Sí. Tal como le escribí, Sigrid Bulbjerg murió en un accidente de tráfico hace once años, y ahora su hermana duda de si el accidente fue realmente un accidente. Sé por un entrada de su diario que ella estuvo aquí solo unos días antes de morir.

—Le pedí a un miembro del personal que verificara la fecha que mencionó usted en su mensaje —respondió Barbro Kopparstierna— y es cierto que la señora Bulbjerg estuvo aquí hace once años, el 8 de diciembre. Tanto mi hermano como yo estuvimos presentes.

Sixten Kopparstierna estaba ahí sentado, recostado, mirándolo discretamente. Sin hacer el menor ademán de querer unirse a la conversación.

—Me gustaría pedirles que me contaran, en la medida de lo posible, de qué hablaron con la señora Bulbjerg, porque no aparece nada de ello en sus notas.

—Disculpe, pero ¿no era usted el jefe de la inteligencia danesa? ¿Y ahora está jubilado y trabaja como detective privado? Eso parece un poco… incongruente, ¿no?

Ahí estaba. El hermano de la reina saliendo al rescate. Rápida y sin previo aviso, la serpiente mordía, aunque —eso sí— con un guiño amistoso y el esbozo de una sonrisa.

—Sí, así es, yo era jefe del CNI. Y ahora, de vez en cuando, me ocupo de casos que me interesan. Pienso en ello como en una especie de pasatiempo. Otros van de cacería o juegan al golf…

—Qué bueno.

Sixten Kopparstierna lo dejó continuar.

—He estado tratando de recordar la conversación durante los últimos días —dijo Barbro Kopparstierna— pero por desgracia, no puedo decirle realmente qué quería la señora Bulbjerg en ese momento. No documentamos ese tipo de citas. Sabe, señor Mossman, conocemos a tanta gente diferente cada año… Solo dejamos registrados por escrito los encuentros de los que surge un proyecto.

Once años era mucho tiempo. Pero aparte de eso, no le importaba lo más mínimo. Toda aquella puesta en escena tenía un único propósito, completamente distinto: quería mirar a Sixten Kopparstierna a los ojos.

—¿Tal vez se le ocurra a usted algo, señor Kopparstierna?

—Pues no; no me suena de nada, lo siento.

—Piense en el segundo apellido de la mujer: Ryttinger. ¿Le ayuda eso, quizá?

Los hermanos negaron con la cabeza al unísono.

—El padre de la señora Bulbjerg era un empresario muy conocido. Su nombre era Karl-Erik Ryttinger. Debía de conocer bien a su marido, señora Kopparstierna, pues estaba en el consejo de administración de la empresa de Ryttinger.

Lentamente pareció caer en la cuenta, y su hermano también.

—Ah, sí, por supuesto, sí… Probablemente sea porque mi marido nunca hablaba mucho de Ryttinger. Formaba parte de muchas juntas, ¿sabe usted? De todos modos, ahora que lo pienso, me parece recordar que la señora Bulbjerg no nos planteó ninguna pregunta específica. Diría que fue más una conversación. Sobre la memoria de su padre y de mi esposo.

—Sí, ahora también lo recuerdo —agregó Sixten—. Eso, y el hecho de que nunca entendí realmente lo que la señora Bulbjerg quería de nosotros.

Mossman se volvió hacia Sixten Kopparstierna. Las inmaculadas gafas del sueco reflejaban la luz que entraba por las ventanas. Su mirada parecía amable y vigilante.

Sixten Kopparstierna siguió mostrando una actitud muy profesional. De modo que este era el hombre que lo había retirado.

Se miró las perneras de los pantalones caídos y el espacio entre la camisa y la chaqueta. De algún modo, y en algún momento, les mostraría a ambos que no estaba luchando contra molinos de viento.

La serpiente mordió por segunda vez, sonriendo:

—¿Tiene alguna idea de quién habría querido matar a la señora Bulbjerg, señor Mossman? ¿Y por qué?

—Humm… solo sé que podría tener algo que ver con el estilo

negociador de Ryttinger. El tipo era un hueso duro de roer… En fin, no quiero robarles más tiempo. Muchas gracias por su ayuda. Reconozco que esperaba encontrar aquí algún hilo del que tirar, pero entiendo que la cosa sea tan difícil. Once años es mucho tiempo. En cualquier caso, ha valido la pena intentarlo —dijo, poniéndose de pie.

—Ha sido un placer, señor Mossman. Ojalá hubiésemos podido ayudarlo más —dijo Barbro, poniéndose de pie también. Entonces miró a su hermano y añadió—: Mira, podremos aprovechar para charlar un poco antes de la siguiente reunión, Sixten.

—¿Muy ocupados? —preguntó Mossman, aunque en realidad fue más bien una pregunta de cortesía mientras se despedía.

—Una delegación de Jutlandia. El techo de un museo tiene goteras y las exposiciones están amenazadas por la humedad y el moho. Y esta tarde esperamos a dos representantes de las autoridades sanitarias para apoyar a un hospicio infantil.

—Dos tareas de las que el Estado sería básicamente responsable; pero el Fondo Kopparstierna tiene los hombros anchos, señor Mossman —dijo Sixten, al tiempo que se levantaba y le estrechaba la mano con una sonrisa irónica.

Entonces la puerta se abrió y la mujer del traje negro se ofreció para acompañarlo hasta el ascensor y a través de la esclusa de seguridad.

Aquella no iba a ser la última vez que vería a Barbro y Sixten Kopparstierna. Pero la próxima reunión tendría lugar en circunstancias muy distintas. De eso estaba seguro.

66

Un maldito ejercicio de paciencia. Eso era lo que estaba haciendo. Eso y nada más. Sabía que la paciencia podía dar sus frutos y sabía que era imprescindible en su oficio, pero, desafortunadamente, nunca había ido sobrado.

Durante dos días, el Renault destrozado había sido su hogar. Fueron plantándose en diferentes lugares de Østerbro, pero siempre con vistas a la puerta principal y al camino de entrada de la casa de la antigua agente del CNI.

Y si no la esperaban allí, entonces frente al supermercado Netto, hasta que ella terminaba de trabajar y volvía a su casa en bicicleta. A veces, uno de ellos se iba a dar una vuelta mientras el otro se quedaba de guardia. Tomaba un poco de aire fresco. Compraba algo para comer. Iba al baño en alguna parte. O simplemente echaba una cabezadita en el asiento trasero del coche.

De ese tipo de cosas uno siempre se cansaba bastante rápido, y aunque él y Morten Lundbye estaban, por así decirlo, en el mismo barco, no tenían mucho que decirse el uno al otro. El danés era un novato: nunca había estado donde realmente te jugabas la vida.

Esta mañana, sin embargo, fue distinta. Margrethe Franck no salió en bicicleta por el camino de entrada ni fue al trabajo. O estaba enferma o tenía otros planes.

La mujer debía de haber pasado una época de mierda, la verdad, porque en comparación con la imagen que se había formado de ella aquella noche en el castillo de Gram, ahora le parecía que estaba hecha un trapo. Y lo mismo pasaba con las fotos que tenía en su archivo, donde también se mencionaba un Mini Cooper que ahora no había visto por ninguna parte. Con la ayuda de un contacto que Lundbye tenía en la policía comprobaron si había algún coche registrado a nombre de Margrethe Franck. Efectivamente había uno, pero era un Suzuki Alto, fabricado antes del nacimiento de Cristo. En cuanto localizaron el oxidado trasto aparcado en el patio, le pusieron

un GPS, pero por lo visto nunca lo usaba.

Unos minutos más tarde comprobó que aquello no era del todo cierto, pues la danesa salió del garaje en su coche y giró a la derecha.

—¡Despierta, maldita sea!

Lundbye yacía en el asiento trasero y dormitaba. Lanzó el monitor GPS a la parte de atrás.

—Se mueve. Ponla en pantalla.

—Dame un segundo —dijo el danés, tratando de parecer despierto. La primera media hora la pasaron haciendo un buen número de maniobras absurdas por el centro de la ciudad y dando una vuelta alrededor del zoológico de Frederiksberg. En dos ocasiones, el punto rojo de su monitor se detuvo por completo durante varios minutos.

Solo había una explicación para ello: Franck estaba comprobando si la seguían.

Por fin se dirigió hacia el sur y entró en la autopista.

—No me lo creo —dijo Lundbye, que había pasado al asiento del copiloto en la primera parada—. Diría que la tía va de camino a Suecia. ¿Qué se le habrá perdido allí? ¿Por qué va a Suecia?

No respondió. Sus preguntas no eran más que parloteo innecesario. Si hubieran sabido lo que Franck iba a hacer, no estarían metidos en el coche mirando el maldito punto rojo.

Unos minutos más tarde llegaron al puente sobre el estrecho de Sund. Llegarían a Suecia en breve. Al pensarlo, de repente tuvo la vaga esperanza de que Oxen pudiera estar esperándola por ahí, en algún lugar.

—¡Maldita sea! Quizá haya un control de pasaportes —le espetó Lundbye—. ¿Tienes el DNI a mano?

Él asintió.

—¿Por qué un control?

—Refugiados.

—¿Tengo yo cara de refugiado? Anda, cálmate…

Instintivamente, metió la mano debajo de la chaqueta y buscó a tientas la pistolera con la Browning que Lundbye había puesto a su disposición. Si se presentaba la oportunidad y la situación lo permitía… no dudaría en derribar a Oxen como a un perro.

67

El castillo de Torup estaba bañado por la suave luz del sol, que iba calentando lentamente las paredes de ladrillo rojo de varios siglos de antigüedad y un metro de grosor, e iba combatiendo los últimos vestigios del invierno que se habían colado por las rendijas de la vetusta estructura.

El castillo, que en realidad era más bien una fortaleza, confería al paisaje un aspecto impresionante, pintorescamente situado en un valle abierto y enmarcado por bosques de hayas.

El edificio era cuadrado y compacto, con un patio cerrado en el interior. Estaba construido sobre una base alta de piedra y se elevaba tres pisos hacia el cielo sueco, con un techo a dos aguas y aspilleras.

Había frontones escalonados en los laterales, y una torre octogonal se elevaba hacia el noroeste, mientras que una segunda torre, esta vez redonda, hacia el sureste, le confería una suerte de simetría.

Los dos castillos daneses en los que había sufrido experiencias tan amargas en los últimos años parecían pasar casi desapercibidos en comparación con esta fortaleza sueca. Tanto Nørlund, en el bosque del Rold, como Gram, al sur de Jutlandia, parecían más bien mediocres comparados con esta maravilla sueca.

Él estaba sentado en un banco del camino circular que rodeaba el castillo mediante un terraplén.

Hacía unos años, Sixten Kopparstierna abrió al público el parque del palacio. La entrada principal se había ubicado en un edificio que quedaba algo más al frente, el Mellangård, donde otrora estuvieron los establos. La antigua zona del patio quedaba en la estrecha carretera rural que conducía desde el pequeño pueblo de Bara, pasando por el castillo, hasta la enorme zona forestal.

Había salido inmediatamente después del desayuno (dos bocadillos de queso y una taza de café), junto con Christian Sonne. Ahora el sobrino de Mossman estaba buscando un lugar adecuado para estacionar cerca del bosque. Necesitaban un lugar en el que dejar el

coche completamente fuera de la vista.

Tenía un pequeño folleto en la mano. En la primera página, Sixten Kopparstierna daba la bienvenida a sus invitados «no para sacar provecho de la historia, sino para presentarle mis respetos y compartir un pedazo de patrimonio cultural con la población». Eso decía en su personal saludo inicial, que remataba con una pomposa firma.

De hecho, disfrutar del parque no costaba ni una sola corona. Solo había que pagar entrada si se quería visitar el castillo por dentro.

Miró el reloj. Margrethe Franck hacía tiempo que había llegado. Según el horario que habían pactado, ahora mismo estaría dándose un paseo por el castillo.

A pesar de que, por supuesto, no todas las estancias estaban abiertas a los visitantes, querían tratar de averiguar qué opciones tenían de moverse dentro del castillo. ¿Había alguna forma de llegar a las habitaciones privadas de Sixten Kopparstierna a través de la zona pública? ¿Había un sistema de alarma o videovigilancia? Y si es así, ¿cuán avanzado era?

La misión de Franck solo consistía en hacerse una idea general de la zona. Y no tenían pensado establecer ningún tipo de contacto entre ellos. En cuanto terminara, conduciría de regreso a casa.

Se reclinó y disfrutó de los cálidos rayos de sol en su rostro. Hacía unas semanas había estado sentado junto a Tessa, en la lejana isla. Ahora estaba sentado en el mundo de los demás, planeando un ataque irrespetuoso contra el imponente edificio que tenía enfrente, rodeado por los restos de muralla y una exuberante vegetación.

Estaba haciendo una pausa en su segunda exploración alrededor del castillo, en busca de huecos y puntos débiles. Era imperativo que obtuvieran acceso a la vivienda de Kopparstierna para instalar el sistema de escuchas.

Si no lograba completar su misión con éxito, el mundo en el que vivían los demás quedaría permanentemente inaccesible para él.

Así era. La vida… un camino lleno de obstáculos y demonios, al final del cual se encontraba lo inevitable. Él nunca había temido a la muerte, pero nunca había sido más consciente que ahora de que parte del camino era como la humillación de Canossa. La ausencia solo podía compensarse con la proximidad.

Un escalofrío helado se enfrentó al sol que bañaba su cuerpo. ¿Y si Magnus no quería tener nada más que ver con él? Aquella pregunta volvía a su mente una y otra vez.

Levantó la vista de sus pies y miró hacia el castillo. Por el camino había leído el folleto de Kopparstierna.

Una mujer hizo construir el castillo de Torup en el siglo XVI. Su

nombre era Görvel Fadersdotter y había sido la viuda de un consejero del rey. Una mujer rica, fuerte y enérgica, hasta el día en que la peste se llevó a su amado hijo.

El hijo se llamaba Niels, igual que él.

El corazón de Görvel se rompió por esta pérdida, de la que nunca se recuperó, y hasta el día de hoy deambula inquieta por su castillo, noche tras noche, desde el sótano hasta el techo, llorando a su hijo.

A él nadie lo había amado así. Su padre ardía en el infierno, y si el cielo realmente existiera, seguro que su madre no había tenido el suficiente coraje para comprarse una entrada.

¿Estaría él mismo condenado a un sufrimiento eterno si Magnus le daba la espalda? ¿Y por dónde vagaría? ¿Entre los gruesos troncos del bosque? ¿O en las interminables aceras de la gran ciudad?

En la larga historia del castillo de Torup se produjeron muchos eventos desafortunados, pero uno eclipsó a todos los demás: en 1775 se organizó un gran festival de primavera. El joven candidato a oficial Fredrik Trolle quería remar hacia el lago con sus hermanas Brita Sophia y Elisabeth Augusta, y con su tía Fredrica Harmens. Pero el bote volcó y ninguno de ellos sabía nadar. Los cuatro se ahogaron muy cerca de la orilla.

Ahora había una pareja joven en la orilla. Estaban sentados sobre una manta roja, con un bebé entre ellos y el cochecito en el césped, a su lado.

El castillo poseía un pasado turbulento, y antes de la familia Kopparstierna tuvo muchos otros propietarios. En 1647 Torup fue comprado por el danés Corfitz Ulfeldt, que estaba casado con Leonore Christine, hija del rey Cristián IV. Ulfeldt estuvo bajo sospecha de haber malversado dinero cuando controlaba temporalmente la fortuna de Dinamarca tras la muerte de su suegro y hasta que Federico III se hizo cargo de la regencia. Huyó a Suecia y fue condenado al ostracismo por traidor.

Más tarde, el danés se peleó con el rey sueco, quien lo desposeyó y lo condenó a muerte. Pero Ulfeldt logró huir y volver a Dinamarca.

—Oxen, vas mirando de un lado a otro sin mucho sentido, ¿te das cuenta? ¿Lo tienes controlado?

La voz de Christian Sonne sonó profundamente preocupada cuando le preguntó aquello. Aunque el expolicía había acabado sumándose a su pequeño grupo, seguía siendo un temeroso padre de familia. Un hombre que, como le pasaba a él también, soñaba con volver algún día al mundo «normal».

Sonne le dijo aquello mientras estaban sentados junto al camino y observaban el castillo de lejos. Y sus palabras se quedaron resonándole

en el oído, seguidas de un suave suspiro y un ceño fruncido.

Como si él, Oxen, hubiera aportado alguna vez algo más que muerte y destrucción a los demás.

Sin embargo, asintió y dio unas palmaditas a Sonne en el hombro.

—Podemos hacerlo, Sonne… estoy seguro.

Ulfeldt obtuvo finalmente su absolución, pero sus acciones acabaron pasándole factura.

El rey danés se había enterado de que Ulfeldt estaba a punto de formar una alianza contra la corona danesa con el príncipe elector de Brandeburgo, por lo que el tribunal supremo condenó a muerte a Corfitz Ulfeldt por alta traición. Este huyó del país y, como no pudieron ejecutarlo físicamente, en su lugar decapitaron uno de sus bustos de madera, que se expuso en la plaza Gråbrødre de Copenhague como símbolo de su vergüenza.

En 1664 Ulfeldt se ahogó mientras navegaba por el Rin. ¿Por qué morían todos en el agua?

A principios del siglo XVIII, un tal Ulf Kopparstierna compró el castillo de Torup, que fue vendido unas generaciones más tarde debido a problemas económicos, y finalmente regresó a los Kopparstierna gracias al floreciente negocio del hierro.

Desde entonces, el ambiente en torno al castillo había ido volviéndose más tranquilo. Ya no había grandes dramas ni protagonistas deslumbrantes, aunque no tendríamos que dejarnos engañar por la apariencia intachable y anónima de Sixten Kopparstierna. Si la teoría de Mossman era correcta, entonces el castillo seguía siendo un hervidero de sofisticadas conspiraciones contra la sociedad danesa.

Oxen decidió dejar su banco. Ya había visto lo que quería ver. Hacía tiempo que sabía por dónde atacarían. El plan tomó forma de inmediato y no cambió ni un ápice desde que fue pensándolo con más detenimiento.

En torno a la pared exterior del castillo se veían cada cierto espacio unos extraños bloques de granito. Debían de tener unos veinte centímetros de ancho y treinta de alto y sobresalían un metro y medio de la pared. Estaban puestos de dos en dos como si originalmente hubieran servido para sostener algo. ¿Tal vez una plataforma para que los arqueros pudieran disparar mejor? ¿O tenderían la ropa allí para que se secara?

No tenía ni idea. Todo lo que sabía era que esas rocas de granito serían perfectas para atar una cuerda y trepar hasta las ventanas del segundo piso.

Se levantó y dejó pasar a un pequeño grupo de paseantes. Una

madre joven con un cochecito, un padre con un niño a hombros, y una pareja mayor, que probablemente serían los abuelos. La abuela llevaba a una niña de la mano.

La familia caminó lentamente hacia Mellangård y, sin darse cuenta, fue bloqueando todo el camino, de modo que él se limitó a quedarse detrás de ellos.

Miró al frente, por un espacio que se abría entre el padre y el abuelo.

Pronto llegarían a otro banco. Una buena oportunidad para ver el castillo desde un nuevo ángulo. Quizá hubiera por aquí algún bloque de granito que estuviera mejor situado para sus propósitos. Sin embargo, ya había alguien sentado allí. Un hombre. A Oxen le habría gustado tener el banco para él solo, y más teniendo en cuenta que el tipo ocupaba bastante espacio: estaba sentado justo en medio, con las piernas cruzadas y un brazo en el respaldo.

Si aún quería sentarse, tenía que tomar una decisión. Estaba a pocos metros. El hombre en cuestión parecía estar disfrutando de la vista del castillo… o simplemente dejando que el sol le calentara el rostro como había hecho él hacía unos minutos.

Pero ese rostro… ¿No le resultaba vagamente familiar? ¡Sí! La nariz, la mandíbula, la boca… ¿Era eso posible? Y ese cuello tan ancho…

¡Sí, sí! ¿O no? ¿Cómo iba a ser posible?

Aceleró el paso y alcanzó a la familia, de modo que el abuelo quedó entre él y el banco. Caminando entre los desconocidos, echó una última mirada furtiva al hombre. La mujer lo observó con desaprobación, pero él no tuvo más remedio que quedarse cerca.

El hecho de que, entre todas las personas del mundo, ese hombre estuviera sentado justo ahí, en ese banco, era demasiado absurdo y demasiado improbable como para ser una simple coincidencia.

Aquello era indiscutible.

Estadísticamente imposible.

Cuando el sendero se desvió a la izquierda y unos pocos grandes rododendros le ofrecieron la privacidad que necesitaba, se atrevió a mirar hacia atrás por encima del hombro. El hombre del banco seguía allí, tranquilo, con el rostro vuelto hacia el patio del castillo.

Oxen aminoró la marcha, se situó detrás de la familia y dio un paso a un lado. Se sentó en la hierba, detrás de uno de los arbustos altos, y se quitó un zapato como si tuviera una piedra.

La abuela se dio cuenta. Probablemente se alegraba de deshacerse de ese personaje tan extraño. Solo cuando la familia había recorrido ya un buen trecho, se levantó y se escondió entre los arbustos. Desde

aquí podía observar al tipo del banco sin que este lo viera a él.

En el mismo momento, el hombre irguió el cuello con atención. Un pequeño grupo de visitantes acababa de salir del castillo. Margrethe Franck estaba entre ellos. Fue, de hecho, una de las primeras en salir.

La guía turística reunió a su grupo en la plaza abierta y señaló una placa de piedra amurallada sobre la puerta principal. El hombre del banco levantó la mano derecha e hizo una discreta seña a alguien del grupo, pero Oxen no supo ver a quién.

Tenía que actuar. Tenía que dar la alarma de inmediato. Cogió su teléfono móvil y marcó el número de Margrethe. Ella dio un par de pasos a un lado, hasta quedarse de espaldas al grupo, y se puso el teléfono en la oreja.

—¿Diga?

—Soy yo. Mira hacia delante. Solo hacia delante. Sé lo más natural posible.

—Entendido.

—Detrás de ti, en algún lugar del grupo, hay alguien que te está siguiendo. No sé quién es.

—Vale.

—Y a tu izquierda, junto al muro, hay un hombre sentado en un banco. Es John Smith. Tú permanece en el grupo y espera instrucciones.

68

A diferencia de cuando se conocieron en un banco en los jardines botánicos, hoy mantenían un encuentro bastante oficial en el Ministerio de Justicia en la calle Slotsholm. Para él ya era la segunda reunión de la mañana. Antes había estado en el Ministerio de Hacienda, a poca distancia en coche por el puente de Knippel.

Apoyó su bicicleta en el muro. Podía parecer algo insólito que un magistrado fuera en bici y con traje, pero había ido así a todas sus reuniones en la ciudad durante toda su carrera. Era lo más práctico. Y dado que Dinamarca era el país de los ciclistas… qué menos que contribuir a la reputación de su país desde su puesto privilegiado, ¿no? No necesitaba más que un par de pinzas para los pantalones y una bandolera que pudiera llevar colgada en diagonal sobre el pecho.

Había programado esa reunión urgente con la ministra de Justicia, Helene Kiss Hassing, antes incluso de tener la reunión anterior, pues hacía tiempo que sabía lo que iba a pasar. Se trataba de un asunto terriblemente vergonzoso y humillante que habían descubierto los altos funcionarios del Ministerio de Hacienda y la agencia tributaria asociada, la SKAT, que ya había puesto el grito en el cielo después de una serie de incidentes muy cuestionables.

Y ya no había forma de evitarlo. La denuncia oficial estaría en su escritorio al día siguiente. Y entonces los medios se volverían locos. Las críticas se convertirían en un maremoto, acompañado del escarnio público en todos los canales.

De repente, toda la nación miraría al interior de la sala de máquinas del sistema tributario y se daría cuenta de que, después de años y años de negligencia, el motor se había estropeado. Y seguro que muchos pensarían que el defecto venía directamente del centro de control…

Subió las escaleras, anunció su llegada y esperó en la sala que le indicaron mientras la secretaria de la ministra le anunciaba por el interfono que había llegado el magistrado Per Eilertsen.

Apenas unos minutos después lo invitó a pasar.

—Buenos días, Eilertsen. —La ministra se levantó de detrás de su escritorio y le estrechó la mano—. Por favor, siéntese.

Tomó asiento en una de las sillas frente a ella. Una conversación rápida y efectiva sería para él más que suficiente.

—Mi secretaria me ha dicho que tenía algo urgente, ¿verdad?

—Así es. Me gustaría informarle sobre dos cuestiones importantes. La primera es el tema de la gran demanda contra los monopolios. Lamentablemente, me veo obligado a retirar los cargos… para siempre.

Helene Kiss Hassing asintió lentamente.

—No me sorprende —dijo—. Ya me pareció que las cosas irían así cuando hablamos en el jardín botánico. Aunque me resulta francamente molesto. Tenía puestas grandes esperanzas en este juicio. Habríamos hecho un trabajo ejemplar con él.

—Sí. El suicidio de Kresten Hildmand nos ha puesto demasiados palos en las ruedas. Sin él no hay caso.

—Sé que las derrotas son previas a su llegada al cargo, pero el departamento ha tenido ya demasiadas. Realmente necesitábamos una victoria. La fiscalía necesitaba una victoria —dijo ella, con gravedad.

Él asintió. Una evaluación simple pero precisa.

—Por supuesto, podría haberle dicho esto por teléfono, pero hay algo más, algo mucho más grande, en proceso.

La ministra enarcó las cejas.

—Acabo de salir de una reunión con el Ministerio de Hacienda. En veinticuatro horas aterrizará una información en mi escritorio. La SKAT sospecha que una red de más de cien empresas extranjeras defraudó unos 6200 millones de coronas al tesoro público danés.

Los ojos de Helene Kiss Hassing se abrieron como platos.

—¿6200 millones? ¡No me lo puedo creer!

—Por desgracia, debería hacerlo. Pero tiene razón, es una suma francamente astronómica.

—¿Cómo es eso posible?

—Bueno, por lo visto las empresas extranjeras involucradas han falsificado documentos para que pareciera que poseían acciones en empresas danesas. Por ello se les imputó un impuesto sobre la renta del veintisiete por ciento. Sin embargo, si el mismo accionista también tributaba en su país de origen, las autoridades fiscales danesas le reembolsaban el impuesto sobre la renta pagado en Dinamarca. Esto es posible gracias al convenio internacional de doble imposición. La estafa es casi aterradoramente simple. Las empresas extranjeras nunca han poseído una sola acción danesa. Tampoco han pagado nunca

impuestos en su país de origen y engañan sin escrúpulos al Estado danés.

—¿Y las personas a cargo de esas empresas se sientan y observan cómo fluye el dinero? ¿Sin interferir? —La ministra negó con la cabeza, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de oír.

Él asintió. Y entonces dio el siguiente paso.

—Esto va a llamar mucho la atención. La cifra es un verdadero escándalo. Es nuestra gran oportunidad para la venganza. Para mi departamento y para todo el Ministerio… Por supuesto, primero tenemos que investigar todo a fondo, pero… parece algo claro.

Las manos de la ministra estaban entrelazadas sobre la mesa, sus labios pintados de rojo formaban una fina línea.

—Aprovecharemos esta oportunidad, Eilertsen. Desde luego que la aprovecharemos. El alcance de tal oprobio es enorme. Debemos enviar una señal clara a la población: no toleraremos algo así en el Ministerio de Justicia. Seis mil doscientos millones de coronas… borradas del mapa… sin pestañear… Es una absoluta locura. Eso es lo que obtenemos del hecho de que la SKAT haya sido masacrada y reestructurada tantas veces en los últimos años: los empleados se han asustado o han tirado la toalla. Dispare contra los culpables, Eilertsen. Y recupere el dinero.

—El caso es bastante grande, me tomará un tiempo. Y pinta que políticamente las cosas también estarán moviditas… Imagino que la oposición estallará en cuanto la opinión pública se entere de la situación —dijo.

—No hay duda. ¿Y cuándo será eso?

—Mañana. El Departamento de Hacienda hará pública su denuncia a las once en punto.

—Humm… las once en punto. De acuerdo. Y después de eso, el resto del día será *El crepúsculo de los dioses*. Una pregunta: respecto a lo de los monopolios… ¿tiene la intención de emitir un comunicado de prensa informando de su cancelación?

—No tengo elección. ¿Me lo pregunta porque… estamos pensando lo mismo? ¿Lo emito mañana, alrededor de las once, tal vez? —preguntó.

La ministra de Justicia sonrió.

—Sí, eso suena bien. Así es la política: la ley de la balanza. No hay forma más elegante de tapar con humo un fracaso. ¿Ha informado también al primer ministro? ¿Sabe él lo de los miles de millones?

—Supongo que se enterará también a las once.

—Realmente, el dinero le vendría muy bien al país… Gracias por avisarme, Eilertsen. Valoro mucho estar bien informada.

—Es un placer.

—Oh, y ya que está aquí —dijo la ministra de repente, justo cuando estaba a punto de levantarse y recoger su maletín—. ¿Tiene un minuto más?

—Por supuesto.

—Querría hablar de otro asunto con usted. He estado pensando en ello desde nuestra agradable conversación en los jardines botánicos. ¿Sabe usted quién es Axel Mossman?

—¿El exjefe del CNI?

—Sí. Me vi obligada a echarlo. Fue uno de mis primeros actos oficiales en el cargo. ¿Se enteró usted de mis motivos?

—Lo oí por los pasillos. Abuso de poder, ¿verdad?

—En un grado absolutamente inaceptable. Mossman dijo que actuó en defensa propia. Me explicó muchas cosas que por ese entonces me parecieron sencillamente descabelladas. Pero lo he pensado mucho desde entonces y… si hubiera algo de verdad en lo que dijo… Entre otras cosas, afirmó que mi predecesor aquí en el Ministerio, Ulrik Rosborg, no se había ahogado, sino que había *sido ahogado*. Y que nuestro país en realidad estaba dirigido por una logia secreta; una especie de élite del poder llamada Danehof, en la que personas influyentes se sientan juntas y coordinan y manipulan los procesos de toma de decisiones. Mossman afirmó que el Danehof le tendió una trampa y lo convirtió en un chivo expiatorio. Por supuesto, esto debería ser estrictamente confidencial… Pero me gustaría pedirle que investigue un poco. Uno puede opinar muchas cosas sobre Mossman, pero desde luego no es ningún estúpido.

Él asintió, pensativo. La ministra de Justicia acababa de tocar hueso sin saberlo.

—El nombre «Danehof» me suena de algo.

Helene Kiss Hassing lo miró, sorprendida.

—Mi predecesor enfermó repentinamente y murió de un día para otro. Cuando estaba limpiando sus cajones, me topé con un documento que venía de su predecesor, Sigurd Månsson. Era un memorando personal. A ver si me acuerdo… De eso debe de hacer unos diez u once años. El protocolo incluye varias páginas manuscritas en las que Månsson documentó la visita de una mujer, la hija del conocido industrial Ryttinger. ¿Lo recuerda?

La ministra asintió. Él continuó:

—Ryttinger fue asesinado y, según su hija, una red llamada Danehof estaba detrás del asesinato. Su padre había escrito Danehof en el suelo con su propia sangre justo antes de morir. La hija aseguró que podía haber una conexión con Kobberstjerne Pharma

International y el Fondo Kopparstierna. Por lo visto, el fiscal Månsson pidió a la hija de Ryttinger que se pusiera en contacto con él en cuanto tuviera información al respecto, y poco después Månsson agregó un comentario a sus documentos, pero nunca más volvió a saber de ella. Resulta que murió en un accidente de coche. Después de eso, el protocolo desapareció literalmente en el último cajón de mi mesa, y supongo que ahí sigue. Tengo que reconocer que hasta ahora no lo había considerado más que una simple curiosidad.

—Humm… Así que eso nos da otro punto de asalto. Trate de investigar un poco, pero ándese con cuidado, ¿eh? Y no llame la atención, por el amor de Dios —dijo la ministra de Justicia, levantándose para despedirse de él—. Pero primero recuperaremos esos 6200 millones, ¿verdad?

Helene Kiss Hassing sonrió. Sonreía muy a menudo. Y tenía sentido del humor. Detrás del atractivo exterior se escondía una mujer astuta que reconocía una oportunidad en cuanto la tenía delante.

Desde luego, no era la peor cualidad para alguien con un cargo de tanta responsabilidad. Él le estrechó la mano y también sonrió.

69

Parecía que Franck estaba hablando por teléfono frente al castillo. Sin embargo, la conversación no duró mucho. Se apartó la mano de la oreja y se guardó el teléfono de nuevo en el bolsillo.

¿Qué diablos estaba haciendo ahí esa mujer? ¿Qué se le había perdido en un castillo? De todos los sitios del mundo…

Había creído que la seguiría hasta algún lugar de Suecia para ver cómo se reunía con Niels Oxen, y resulta que estaba ahí paseando y siguiendo a una maldita guía turística. En un *fucking* castillo.

¿De verdad era posible que Margrethe Franck fuera de A a B, de Copenhague a Suecia, hasta un pueblucho cerca de Malmö, solo para visitar viejas paredes? No… En esa pequeña expedición al país vecino tenía que haber gato encerrado. Tenía que haber algo más.

No podía pasar mucho más tiempo siguiendo tan de cerca a esa mujer, y, además, la compañía de Lundbye empezaba a resultarle insoportable.

Metió la mano en el bolsillo y asió el teléfono como si fuera a sonar de nuevo en cualquier momento. Lo que acababa de decirle Oxen le parecía una locura. ¿John Smith aquí en el castillo? ¿En un banco del parque? ¿Y con un aliado cerca?

Aquel breve mensaje, de hecho, la había puesto furiosa.

Habría jurado que nadie la había seguido de camino a Suecia. Incluso había llevado a cabo varias maniobras de distracción para eliminar cualquier riesgo. Pero… había pasado ya un tiempo desde que revisó su coche por última vez. Durante los primeros días después del caos de Gram lo miraba con regularidad, pero luego fue dejando de hacerlo. Qué más daba, en realidad. Que la siguieran, si querían. En cualquier caso, no hacía más que trabajar, trabajar y trabajar. Y, además, ya casi nunca usaba ese viejo trasto.

Pero aquella era la única explicación lógica: le habían puesto un transmisor GPS en el Alto. Me cago en la mar.

Se dio la vuelta con bastante naturalidad y caminó de regreso al

grupo. Por el rabillo del ojo, se fijó en el hombre del banco. Estaba sentado en actitud relajada, con las piernas cruzadas. De modo que ese era el misterioso John Smith…

Solo podía pensar en una razón por la que la estuviera siguiendo: para llevarlo hasta Niels Oxen.

Además de ella, había otros doce visitantes en el grupo. Más o menos los mismos hombres que mujeres. Hasta el momento no había notado nada fuera de lo común en ninguno de ellos, pero ahora empezó a inspeccionarlos a todos discretamente. Por lo visto, parecía que el ayudante de John Smith era un hombre. Pero ¿cuál?

La guía continuó con sus explicaciones y los guio hasta el tramo de escaleras más cercano. La visita estaba a punto de terminar. Había durado casi una hora.

Entre ellos había ahora unos cincuenta, sesenta metros. Solo podía ver el perfil del hombre en el banco, pero no le cabía ninguna duda. Antes había pasado tan cerca de él que habría podido alargar el brazo y romperle la laringe de un golpe con el dorso de la mano.

Las robustas cejas, los ojos hundidos, la nariz ancha, los pómulos bien definidos y la línea de la mandíbula… Ese era el hombre con el que había luchado cuerpo a cuerpo esa noche en Gram. Ese era John Smith. Algo mayor que en las dos fotografías que Alistair MacDuff le había dado, pero, aun así, inconfundible.

Permaneció perfectamente inmóvil en su escondite entre el espeso follaje. Innumerables pensamientos y preguntas pasaron por su cabeza, y en función de las respuestas a esas preguntas, la presencia de John Smith pasaba de «profundamente perturbadora» a «catastrófica».

Trató de eliminar todas las dudas y conclusiones apresuradas, prescindir de ellas y concentrarse en la pregunta más importante: ¿por qué John Smith estaba *precisamente* aquí?

La respuesta era evidente: John Smith estaba aquí porque alguien a quien estaba observando también estaba aquí.

Margrethe Franck, por ejemplo. O Christian Sonne. O él mismo. No… él no podía ser, porque entonces John Smith no estaría tan relajado en el banco. La atención del inglés estaba focalizada en otra persona. También podría descartar a Sonne. Si Smith lo hubiera seguido, ya lo habría visto a él a su lado en el coche.

Así que la respuesta correcta era que John Smith estaba aquí porque Margrethe Franck estaba aquí.

La habían seguido en su camino de Copenhague a Suecia. No había otra opción.

Aquella fue una conclusión algo confusa. Al fin y al cabo… ¿por

qué estaba John Smith en Dinamarca? No era plausible que se debiera solo a su interés por Margrethe Franck. Tenía que haber algo que hubiese despertado sus sospechas. ¿O lo habían contratado para una nueva tarea? ¿Habría cambiado el Danehof de opinión y, por alguna razón, después de todo sí quería deshacerse de Margrethe Franck?

La habían dejado vivir, pero se lo habían quitado todo. De modo que ¿para qué contratar a un hombre tan caro como John Smith para vigilarla o liquidarla?

No, eso era un callejón sin salida. La idea le resultaba completamente ilógica. Margrethe Franck no podía estar en peligro de muerte.

Tenía que haber otra explicación. ¿Y si estaba relacionado con sus propias actividades? ¿Era posible que la muerte de Alistair MacDuff hubiera despertado a John Smith de su letargo? Aquel era el único evento reciente que podía haber actuado como detonante.

¿Se le había escapado algo? ¿Lo habrían reconocido cuando estaba en Runcorn? ¿Habían encontrado los forenses algo que despertara las sospechas de John Smith?

No había dejado huellas dactilares. Es más, aunque lo hubiera hecho, ni las huellas dactilares ni el ADN importaban si no las comparaban con las suyas, y nada indicaba que tuvieran que hacerlo. ¿Cómo iban a sospechar de un muerto?

Pero entonces cayó en una remota posibilidad en la que sí podría haber dejado, indirectamente, algo parecido a un rastro: el ordenador de MacDuff. Había quitado las dos fotos de John Smith del escritorio y luego había vaciado la papelera. Y MacDuff había almacenado las fotos en la nube por seguridad.

Sin embargo, la policía nunca hurgaría en las entrañas de un ordenador solo porque alguien borracho se cayera por las escaleras y se rompiera el cuello.

De modo que ese tampoco era un argumento concluyente.

Tendría que limitar sus suposiciones al hecho de que John Smith estaba allí porque había sentido una posible amenaza… y las personas como Smith respondían a las amenazas. Eliminándolas.

Miró fijamente al mercenario inglés que estaba sentado en el banco. John Smith estiró las piernas. Aparte de eso, no cambió su cómoda posición bajo el sol. Se sentaba relajado, esperando. Sabía que su ayudante estaba vigilando a Franck. Cuando terminara la visita, los dos continuarían siguiéndola, sin importar adónde fuera.

Pero si no podía encontrar una explicación lógica para la presencia de John Smith, entonces tal vez otra pregunta podría ayudarlo: ¿quién representaba una amenaza para John Smith? Una vez más, la

respuesta era obvia: él mismo, el hombre que Smith pensó que había hecho pedazos frente a la costa sueca.

O alguien en Inglaterra lo había reconocido después de todo, o había dejado un rastro tan sospechoso que Smith no tuvo más remedio que reaccionar y comprar un billete a Dinamarca.

Esa última suposición conducía inevitablemente a la pregunta más inquietante: si Smith iba a la caza de un enemigo (o de la sombra de un enemigo)… ¿estaba el Danehof también en alerta?

No, Smith no tendría el más mínimo interés en admitir su fracaso. Y lo más probable era que no tuviera ni idea de quiénes eran sus clientes.

Sí, Smith sabía que tenía que ser leal con quien le daba trabajo. Especialmente si era tan poderoso como el danés.

En cualquiera de los casos, la presencia de aquel hombre no presagiaba nada bueno.

Oxen tenía que retirarse y encontrar a Sonne lo antes posible para que no fuera a toparse directamente con John Smith. Por última vez su mirada se posó en el mercenario inglés.

Tal vez no fuera necesario verlo todo tan negro.

A pesar de la confusión, el hecho de que estuviera observando al desprevenido John Smith podía ser una ventaja para ellos si se organizaban bien.

Él también había estado persiguiendo a John Smith. En Runcorn, y a través de los contactos de Mossman en los círculos londinenses. Ahora la presa había llegado al cazador por sí sola.

Sonne seguía en el bosque cuando lo llamó. Lo encontró rápidamente y le informó de la situación. Ahora ambos estaban escondidos en un arbusto cerca del gran aparcamiento para los visitantes del castillo.

Era hora de darle a Franck las instrucciones finales. La llamó a su móvil.

—Soy yo… ¿Tienes idea de cuánto dura la visita?

—Ya no queda mucho, la guía ha dicho que está a punto de acabar.

—OK. Escucha. *Mission aborted*… Cuando termines el recorrido, camina tranquilamente de regreso al estacionamiento, sube a tu coche y conduce a casa. Quédate en tu apartamento. Sonne y yo vigilaremos los alrededores. Necesitamos saber quién acompaña a John Smith. ¿Cuándo fue la última vez que comprobaste que tu coche estaba limpio?

—Está claro que hace demasiado. Lo siento…

—Eso es bueno para nosotros. Solo tenemos que usar la situación a nuestro favor. Lo más probable es que aquí hayan aparcado lejos, pero

apuesto a que luego se situarán cerca de tu apartamento. Hablaré con Mossman para ver cómo procedemos. Te llamaré más tarde y te daré la matrícula y una descripción del coche. Entonces podrás comprobar si te han seguido hasta casa. ¿Entendido?

—Sí.

Colgó e inmediatamente llamó a Axel Mossman. Necesitaba una mente pensante.

Su conversación duró un cuarto de hora. Acababa de volver a guardarse el móvil en el bolsillo cuando apareció Margrethe Franck en el aparcamiento. Se acercó tranquilamente al viejo Suzuki, se puso al volante y encendió el motor. Luego se fue.

—¿Qué ha dicho mi tío, Oxen?

—Que no nos podía haber pasado nada mejor. Y que necesita algo de tiempo.

—¿Para qué?

—Probablemente para averiguar cómo ponerle las manos encima a John Smith lo antes posible. Mira ahí…

Tocó a Sonne en el hombro. Dos hombres bajaban por el sendero hasta el estacionamiento. Iban gesticulando y parecían discutir.

—El de la derecha es Smith —dijo Oxen.

El otro hombre era más joven que Smith, más alto y no tan fornido. Abrió el coche, un viejo Renault plateado, y se puso al volante.

—Me apunto la matrícula —susurró Sonne, escribiendo las letras y los números en su móvil.

Poco después, el coche salió lentamente de la zona de estacionamiento. Era obvio que no tenían prisa. Y si no se había equivocado, en ese momento John Smith estaba sentado en el asiento del copiloto, monitor en mano, observando un pequeño punto rojo que le indicaba exactamente dónde se encontraba el Suzuki de Margrethe Franck.

Christian Sonne marcó un número y habló por teléfono durante unos minutos, luego dio las gracias y colgó.

—El tipo del coche se llama Morten Lundbye. Todavía tengo algunos amigos en la comisaría… Lundbye vive en la calle Skodborg, en Rødovre. No hay más personas registradas en la misma dirección que él. Trabaja como «consultor».

—¿Consultor? Seguro que asesora sobre lo mismo que Smith.

—Oxen… ¿qué hacemos ahora? El castillo, Margrethe, ¿y ahora estos dos? Necesitamos un muy buen plan. De lo contrario, todo volverá a salir mal.

—Ahora vamos a casa. Y sin perder la calma.

70

Cuando pasó por el club de vela Lynette empezaba a anochecer sobre la antigua zona industrial de Copenhague, en la península de Refshaleøen. El bosque de mástiles de barcos palidecía contra las enormes chimeneas blancas del incinerador al otro lado del muelle.

Miró por el espejo retrovisor. No se veía ni un solo coche. Durante todo el trayecto no había detectado ni la más mínima señal de que alguien la estuviera siguiendo. Y, sin embargo, sabía que el Renault plateado que había estado aparcado frente a su apartamento en Østerbro estaba ahora mismo en algún sitio detrás de ella.

Si la habían seguido a Suecia, seguro que no tendrían ningún problema en seguirla también hasta aquel lugar en el que la capital tenía suciedad bajo las uñas.

Siguió exactamente las instrucciones de Mossman y condujo a través de una puerta abierta hacia una zona cercada. Frente a ella había una enorme fábrica en ruinas. Donde antes se construían barcos, ahora crecían árboles, hierba de un metro de altura y rastrojos.

Miró su reloj. Niels Oxen llegaría en doce minutos. Entonces todavía habría luz suficiente para que John Smith y su secuaz danés, sin importar dónde se escondieran, pudieran ver claramente cómo llegaba su principal objetivo.

Aparcó el coche entre el vestíbulo y el dique, que parecía tener espacio para medio océano. Enfrente estaba el andamio y, algo más adelante, dos antiguas salas de construcción se elevaban hacia el cielo.

Vistos desde lejos, los dos imponentes bloques de hormigón parecían supervivientes del apocalipsis que sobrevino a Refshaleøen a mediados de los noventa, cuando la empresa «Burmeister & Wain» quebró.

Había tenido que venir aquí muchas veces cuando aún era patrullera. Algunos habitantes de Copenhague vieron en esta área una especie de espacio de libertad creativa con infinitas posibilidades. A ella, en cambio, siempre le había parecido una zona desolada.

El astillero había sido durante mucho tiempo uno de los más importantes del país y el mayor empleador de Dinamarca. Ahora, por aquí solo rondaba el viento a través de los pasillos vacíos.

El más grande de los dos gigantes de hormigón había servido como escenario para el Festival de la Canción de Eurovisión hacía unos años, pero ya nadie enviaba *douze points* en dirección a Refshaleøen.

El viejo taller estaba plagado de grafitis, y un letrero en la calle decía que allí se había instalado un *skatepark*, para deleite de algunos. El edificio, no obstante, estaba vacío.

La parte trasera de esta construcción tenía dos plantas. En la de abajo, las ventanas estaban alineadas y ocupaban la pared de un lado a otro. Varias de ellas tenían los cristales rotos o estaban tapadas con aglomerado. Fue a la entrada lateral. La puerta estaba abierta, como habían acordado. Adentro, en la oscuridad, Mossman y Sonne esperaban, listos para activar la trampa. Pero antes de que eso pudiera suceder, había que encontrar el cebo. Volvió a consultar su reloj. A Oxen le quedaban diez minutos.

Estaba al volante del coche de Sonne y acababa de pasar el puerto deportivo. Consultó su reloj. Llegaba justo a tiempo. En un minuto aparcaría el coche junto al Suzuki de Margrethe Franck y se colaría en un taller abandonado en el vestíbulo junto al viejo dique seco de B&W.

Condujo por el camino hacia su destino. El Alto de Franck estaba exactamente donde debía estar.

Apagó el motor, revisó por última vez que llevaba la pistola en el bolsillo de su chaqueta y la linterna en el otro, y luego salió sin prisa. Se detuvo y miró a su alrededor. Estaba oscureciendo. Una noche sin luna. Normalmente habría considerado eso una ventaja, pero hoy habría agradecido un poco de luz.

Se dirigió sin dudarlo hacia la primera puerta del edificio y entró. Estaba completamente a oscuras. Inmediatamente sintió la mano de Franck. Ella lo tomó del brazo y lo condujo por un estrecho pasaje.

—Todo según lo acordado —dijo—. Ahora solo faltan nuestros invitados.

Cruzaron una pequeña habitación y entraron en el taller, donde una única bombilla desnuda brillaba bajo el techo. Las dos ventanas estaban cubiertas con paneles.

—Esperaré aquí dentro. Deja la luz encendida y la puerta entreabierta —dijo él—. Tú y Sonne podéis esconderos detrás del viejo estante de herramientas, en el pasillo. Los reducís en cuanto los veáis llegar, ¿eh?

Asintió hacia Franck. El plan no era perfecto, pero era tan bueno

como lo permitían las circunstancias. Sonne bajó un tramo de escaleras.

—Mossman está arriba —dijo—. Nos avisará cuando lleguen.

—Entonces pongámonos en posición y esperemos. Y recordad, solo dispararemos en caso de necesidad. Los necesitamos vivos a ambos. Aún tardarán al menos quince minutos en llegar.

Franck y Sonne asintieron. La idea de un tiroteo aterrorizaba a este último.

Ocuparon sus puestos. Él consultó su reloj. Un profesional como John Smith no se apresuraría a cruzar la primera puerta solo porque estuviera abierta. Se tomaría su tiempo y probablemente inspeccionaría primero la parte trasera del pasillo y el resto del edificio antes de entrar. Claro que tampoco se arriesgaría a esperar demasiado y que su pájaro volviera a levantar el vuelo.

Habían pasado casi quince minutos cuando el móvil de Sonne vibró.

—Uno de ellos acaba de encender un cigarrillo afuera. Mi tío dice que estaban junto al andamio y que ahora se dirigen hacia aquí. Él se queda arriba.

Oxen y Franck asintieron.

Esperaron con gran expectación, escuchando en la oscuridad.

Al cabo de un rato oyeron que alguien abría con mucho cuidado la puerta del final del pasillo. Pasaron unos minutos, y luego Smith y Lundbye avanzaron en silencio, y pudieron distinguir dos siluetas en el débil resplandor que se colaba a través de la puerta entreabierta del taller.

Cuando los dos mercenarios estaban a solo unos metros de distancia, Oxen saltó. Apuntó el rayo de su linterna a los dos hombres y bramó su orden en inglés:

—*Hands up! Hold'em high!* Hay dos armas apuntándoos desde atrás, a pocos metros de distancia. Así que ni se os ocurra pensar en ideas estúpidas. Un movimiento en falso y tendréis una bala en la espalda. Y ahora, muy lentamente, pasad las pistolas a la otra mano. Cogéis el mango con la izquierda, entre el dedo índice y el pulgar, y luego, con mucha calma, las dejáis en el suelo. ¡Sonne, recógelas!

Franck lo cubrió. Después de asegurar las pistolas, Sonne condujo a Smith y Lundbye al taller iluminado.

En medio de la habitación había un viejo banco de trabajo.

—¡Hacia delante! ¡Las manos en el banco de trabajo, las piernas separadas!

Ambos obedecieron, y él dejó su arma para poder cachearlos. El danés tenía una navaja plegable en el bolsillo. Sonne la arrojó hacia una esquina. El inglés estaba limpio.

—¡Incorporaos! ¡Pero despacio! ¡Las manos en la nuca!

No tuvo tiempo de recuperar su pistola antes de que sucediera todo.

Smith se enderezó, se volvió en un segundo y dio una patada a la mano en la que Franck sostenía el arma.

Ella perdió el equilibrio y retrocedió unos pasos mientras Smith cogía impulso, saltaba y golpeaba con ambos pies la fina lámina de madera contrachapada que cubría la ventana.

La madera se rompió y Smith salió volando. Su cómplice danés lo siguió con un ágil salto, con los brazos por delante.

Franck disparó, pero le fue imposible saber si había alcanzado al danés.

Sonne estaba paralizado.

—¡Vamos tras ellos! ¡Corred!

Oxen apartó los restos de madera de la ventana y salió por ahí. Franck y Sonne tomaron la puerta.

Oyó pasos, pero no pudo ver a nadie. A juzgar por el ruido, habían huido en direcciones distintas. Oxen optó por el dique seco y gritó a Franck y Sonne que fueran por el otro lado.

Un poco más adelante se detuvo, inmóvil. Se quedó absolutamente quieto. No se oía ningún ruido. Palpó sus bolsillos. Su arma se había quedado en la sala, pero tenía la linterna. La encendió y dejó que el cono de luz recorriera su entorno inmediato.

Estaba de pie en el otro extremo del dique seco. Una escalera de hierro abierta bajaba por la pared. El muelle era profundo, unos diez metros por lo menos. Era imposible que su oponente ya hubiera llegado al fondo sin hacer ruido.

Muy por debajo de él había un barco. Parecía extremadamente pequeño en la enorme dársena vacía.

Su oponente tenía que haberse escondido en el lugar en el que estaban los andamios. Era la única posibilidad. Siguió corriendo e iluminó de nuevo hacia abajo, donde el bote se encontraba como una versión en miniatura que solo tenía que bajar el mástil para poder entrar en una botella.

Justo cuando deslizaba el cono de luz más allá de la pared opuesta, vio algo… Una larga cuerda atada al hormigón con una anilla de hierro que llegaba casi hasta el suelo. Con esa cosa, por supuesto, podría bajar más rápido que por las escaleras. ¿Quizá era el escondite perfecto, precisamente porque parecía tan improbable?

Descartó la idea y caminó lentamente entre los andamios. No había nadie a la vista. Una hilera de farolas proporcionaba algo de luz, pero las sombras eran tan profundas que su pequeña linterna no alcanzaba

a atravesarlas. Lo más probable era que su oponente hubiera desaparecido hacía mucho tiempo entre los árboles, de todos modos.

Se detuvo y escuchó. No se oía nada de los demás. ¿Estarían revisando el otro lado del pasillo? ¿O la calle? ¿Habría dejado Mossman su puesto de vigilancia y habría acudido en su ayuda? ¿Y a quién estaba persiguiendo él, en realidad? ¿A Smith o a Lundbye?

Estaba a punto de seguir adelante cuando un leve sonido metálico sonó en las profundidades del dique. Como metal sobre metal.

Volvió hacia atrás, se detuvo a la altura de la anilla de hierro con la cuerda y lo iluminó. No vio nada sospechoso. Continuó hasta las escaleras y comenzó el descenso.

Pronto lo envolvió la oscuridad del enorme tanque rectangular, y a la luz de la linterna el barco enano se transformó en un gigante.

Había andamios en el lado de estribor. Evidentemente, el casco necesitaba una nueva capa de pintura, pero aún quedaba mucho trabajo por hacer en el viejo yate de motor. A su alrededor había bombonas de gas de la altura de un hombre, mesas de trabajo y cajas de herramientas, un palé con madera cubierto con una lona y un segundo palé lleno de cubos de pintura. Además de muchas otras cosas y lonas arrugadas. Detrás del bote vio una carretilla elevadora y dos pequeños contenedores.

Había muchos lugares para esconderse, y eso sin mencionar el propio barco. Con un par de saltos podría subir por una escalera hasta el andamio, y de allí pasar por encima de la barandilla.

Lo primero que hizo fue mirar dentro de los contenedores abiertos donde se guardaban los materiales de trabajo. Luego volvió, subió al andamio y poco después estaba en cubierta.

Parte del viejo yate estaba tapado con una lona. Esto se aplicaba a toda la estructura del medio, una especie de salón de cubierta, que estaba revestido con madera noble. Faltaban los cristales de las ventanas. Iluminó el interior. Toda la habitación estaba vacía. Se deslizó con cautela hasta la proa. Había una cubierta para tomar el sol y una escotilla que conducía al interior del yate, pero estaba cerrada con cerrojo.

De pie en la cubierta, el barco parecía realmente grande. Fue a popa, a la caseta del timón, que también estaba tapada y aparentemente iba a ser revestida con paneles de madera mientras se trabajaba también en su interior. Parecía una pieza de museo.

Una estrecha escalera conducía al camarote. Se abrió camino hacia abajo con cuidado. Allí reinaba el más puro caos. Pasó por encima de una pila de tablas y dejó que el cono de luz recorriera la habitación. Cables y tuberías sobresalían por la pared a derecha e izquierda.

—Bravo 07, aquí Alfa 03. Entramos ahora. En la zona T3N8. Sin anomalías. Parece desierto.

—03, ten cuidado, carajo… Aquí todo el suelo está minado. Seguimos el camino hacia el norte. Cambio.

Entraron en el edificio más grande. Avanzaron a tientas, sin ver nada. El sol se colaba como un rayo láser entre los huecos de las ventanas desnudas y hacía temblar las motas de polvo en el aire. El resto permanecía sumido en la penumbra.

Continuaron a través de una puerta abierta, cruzaron una habitación más pequeña y vacía, y, luego, un pasillo angosto. Una tercera habitación. Suelo arcilloso. La luz del sol sobre una cabra con manchas negras. Estaba atada en un rincón y tenía un poco de paja a modo de almohada. Su pata delantera derecha estaba sangrando. No podía soportarlo.

—¿Una cabra? ¿A qué demonios viene esto? Mírale la pata, Oxen. Voy a desatarla.

—¡NO!

Agarró su pistola, dio un paso adelante mirando a la cuerda y a la cabra, y luego disparó al animal.

—Pero ¿qué haces, por Dios?

—Esperaban a alguien como tú. Un amante de los animales… Pero mira su pata trasera. ¿Ves el cordón de nailon? Lo escondieron entre la paja, cual *daisy chain*…

«Daisy chain», que traducido significaría algo así como un romántico zarcillo de margaritas, hacía referencia, en la jerga de los soldados ingleses, a una sucesión fatal de elementos explosivos interconectados. La muerte tenía muchas caras.

—Bravo 07, aquí Alpha 03. Aquí no hay nada. Seguimos hasta el punto de encuentro. Cambio y corto.

El trabajo en la cabina del viejo barco acababa de comenzar. Había un esqueleto de madera y ya se habían colocado algunos tabiques, pero en realidad la habitación parecía un taller de carpintería.

Se abrió camino hasta la proa y luego volvió a subir a la cubierta. No se veía el más mínimo rastro de su oponente.

Se había equivocado. Ambos probablemente se habían ido hacía mucho tiempo. Franck, con su pierna ortopédica, no era lo suficientemente rápida para atrapar a nadie. Mossman tampoco podía correr. Y Sonne, policía o no, no había nacido para arriesgarse a correr solo por un pasillo.

Acababan de perder su gran oportunidad. La capacidad —y la

velocidad— de reacción de Smith los había cogido a todos por sorpresa. A él también. Nunca esperó que el inglés saltara por los aires como un ariete.

Se bajó del barco.

En ese revoltijo de pequeños y grandes talleres, naves, ruinas, galpones destartalados, barcos, contenedores, chatarras y todo lo que uno pudiera imaginarse, era imposible encontrar a nadie. Incluso un gran pelotón de búsqueda habría necesitado días para peinar el área.

Hizo un último barrido con el haz de luz y luego volvió a las escaleras de hierro. Los otros seguramente estarían allí pronto. Ahora tenían que…

Solo oyó un suave chasquido, el crujido de una lona, cuando un brazo le rozó el hombro y una cuerda le rodeó el cuello con brutalidad. De algún modo se las arregló para colar algunos dedos entre la cuerda y su cuello en el último segundo, antes de que dos fuertes manos tiraran de la cuerda hacia atrás.

—*You fucking bastard!*

Oyó un grito ahogado cuando empujó su codo hacia atrás con toda la fuerza que pudo, pero fue en vano.

Intentó patear hacia atrás, encontrar puntos de apoyo, empujarse contra una pared y hacer perder el equilibrio a John Smith, pero este se mantenía firme y anclado al suelo.

La cuerda alrededor de su cuello era despiadada. Su pulso latía con fuerza detrás de los ojos. Los oídos zumbaban. Su cuerpo entró en pánico tratando de conseguir un aire que no le llegaba.

Tenía que ir hacia el otro lado. Hacer lo contrario de lo que se esperaba.

Dobló ligeramente las rodillas y se inclinó hacia delante con todo su peso. Empezaba a verlo todo negro…

Arrastró a su oponente con él, con todas sus fuerzas.

La maniobra sorprendió efectivamente a Smith, que por fin perdió el equilibrio y tuvo que dar unos pasos hacia delante. Lo suficiente como para que Oxen doblara de nuevo las rodillas y cogiera impulso con la pared de acero del muelle, arrojándose a sí mismo y a Smith hacia atrás con todas sus fuerzas.

Aterrizó con ímpetu sobre el inglés, que no pudo evitar soltar la cuerda. Los pulmones de Oxen se llenaron de oxígeno. Se liberó, se dio la vuelta y se puso de pie al mismo tiempo que John Smith.

Su linterna había caído en una pila de material de embalaje y su haz iluminaba hacia arriba. La luz rozaba el rostro del inglés.

—Oxen… El hombre que se niega a morir, ¿eh?

John Smith no sonreía y tampoco parecía enfadado. Estaba

tranquilo y concentrado, y obviamente tenía la fuerza de un buey.

Tenía que ser extremadamente cuidadoso. Estaba oxidado. Su último combate cuerpo a cuerpo con un oponente entrenado había sido hacía una eternidad.

Se movieron de lado sin quitarse los ojos de encima. El primer ataque podría ser mortal si no era lo suficientemente preciso. El primer golpe podría decidirlo todo.

Ambos habían sido entrenados en una unidad especial, habían sido adiestrados en técnicas de combate cuerpo a cuerpo, y los hombres del SAS británico pertenecían a la élite de la élite. Aquí no se trataba de ganar con honor. Aquí se trataba de eliminar al oponente.

Cuando Smith tuvo que dedicar una pequeña fracción de su atención a esquivar un carro de herramientas, Oxen golpeó. Le dio al británico una patada giratoria justo en la cara. Smith desvió la primera patada, pero no esperaba que Oxen lanzara una circular inversa con la otra pierna. Le impactó en plena barbilla.

Su maniobra no pretendía ser un ataque final, sino más bien una advertencia que mantuviera a Smith a raya. También quería saber lo rápido que reaccionaba su oponente.

Para tener aún más opciones y otros patrones de movimiento a su disposición, pero sobre todo para poder mantener el equilibrio mental en situaciones extremas y nunca perder la concentración, Oxen había añadido el entrenamiento Shotokan al entrenamiento de combate de los cazadores.

Recuperó su posición inicial mientras continuaban moviéndose hacia los lados. Estaba de pie con las rodillas ligeramente flexionadas, la mano derecha apretada sobre la cadera y el brazo izquierdo levantado.

Smith también mantuvo su posición, el brazo izquierdo a la defensiva frente a su cabeza y el brazo derecho cerca del cuerpo, con el puño debajo de la barbilla. Era una postura clásica que provenía del boxeo. También formaba parte del entrenamiento militar de combate cuerpo a cuerpo.

Cada vez que el británico daba un paso a la izquierda, la pierna derecha seguía la misma distancia. Eso lo notó de inmediato. La buena coordinación de movimientos era la clave para el equilibrio, tanto si uno estaba en fase defensiva como ofensiva. El inglés era preciso y práctico. Y, para colmo, al parecer también paciente.

Smith lo empujó hacia atrás. Cuando Oxen miró hacia abajo para evitar tropezar con un par de largos tubos de hierro, el mercenario vio su oportunidad. Smith fue sorprendentemente rápido. Movió su brazo izquierdo y, aunque Oxen logró parar el ataque, no pudo esquivar el

gancho derecho que siguió con una fuerza explosiva.

Por suerte, el golpe no aterrizó en la boca de su estómago, sino en la costilla más baja, pero fue tan intenso que lo dejó sin respiración. Cuando estaba a punto de esquivar el siguiente golpe, pisó una de las tuberías. Empezó a rodar y perdió el equilibrio. Smith se balanceó hacia atrás y lo pateó en el costado con todas sus fuerzas. Oxen cayó y jadeó en busca de aire.

Por el rabillo del ojo vio que el inglés se acercaba con cautela, con cuidado de no pisar las tuberías.

Se puso a cuatro patas. Smith se detuvo. Oxen agarró uno de los tubos y con un movimiento rápido trató de golpear con él las piernas de su oponente. Smith saltó a un lado. La tubería solo le rozó el tobillo derecho, pero el inglés aterrizó sobre las otras tuberías, tropezó y cayó.

Eso le dio a Oxen suficiente tiempo para ponerse de pie y coger aire. Smith se levantó en un segundo. Iba a ser difícil ganar a aquel mercenario tan bien entrenado y mucho más hábil de lo que había imaginado.

Y, de nuevo, Smith trató de empujarlo hacia atrás.

Como en cámara lenta, se alejaron del extremo del muelle donde estaba estacionado el barco, y por tanto también fuera de la zona iluminada por la linterna. El inglés pisó algo y se agachó lentamente sin quitarle los ojos de encima. Cuando se enderezó, sostenía una cuerda con una cadena en sus manos. Una pieza de metal colgaba del extremo de la cadena. Una pequeña ancla de paraguas… Smith tiró de la anilla de bloqueo y los cuatro brazos puntiagudos se abrieron.

El inglés agarró la cuerda y la cadena con ambas manos. Luego comenzó a dar vueltas al ancla sobre su cabeza.

—¡Aquí! ¡Están en el muelle, pero no puedo ver nada!

Estaba en la parte superior de la cornisa, tratando de ver qué estaba pasando allí abajo. Había oído gritos. Un estrépito que surgía de la oscuridad. No vio mucho, excepto el haz de luz de una linterna enfocando hacia un barco.

Mossman se acercó con dificultad hasta ella. No sabían dónde estaba Sonne.

—¿Es Smith o Lundbye? —preguntó.

—Ni idea. Tenemos que hacer algo. ¡Bajo!

—Espera.

Mossman se dirigió a una especie de caja en el borde del muelle. Se oyó un fuerte clic y, de repente, todo el interior del muelle se iluminó intensamente. Mossman había encontrado el interruptor que accionaba un enjambre de potentes faros.

Smith. Y Oxen.

El inglés balanceaba un ancla sobre su cabeza e iba desplazando lentamente a Oxen delante de él. Todavía les quedaba un trozo hasta el final del muelle, donde el camino cruzaba la antigua esclusa, pero dentro de poco Oxen estaría inevitable y casi literalmente entre la espada y la pared.

Toda la escena les quedaba extrañamente cerca y, sin embargo, lejos. Se sentía como si estuviera viendo dos figuras en miniatura en una caja enorme.

Oxen retrocedió paso a paso.

—Podría disparar, pero no estoy segura de que acierte desde esta distancia —dijo ella.

—No. El riesgo de que el proyectil rebote en las paredes de acero es demasiado grande.

—¡Bajaré por las escaleras!

—Espera… —Mossman le puso una mano en el brazo—. Mira, Margrethe… Imagínate que el muelle es una arena. Con la pequeña diferencia de que cuando abres las cerraduras, no son leones los que caen, sino agua…

—¡Maldita sea, Axel! ¡Ese tipo tiene un ancla afilada y Niels no tiene nada!

—*Well*, no estoy preocupado. La mente es crucial. Los gladiadores más fuertes no son necesariamente los mejores.

—No quiero quedarme aquí mirando sin hacer nada.

Corrió de vuelta al pasillo. Había visto una plataforma de madera debajo del dosel en el parque de patinaje. Le pareció que podía ser de utilidad. Caminó de regreso al muelle y a lo largo del borde hasta que estuvo a la altura correcta.

—¡Niels! ¡Aquí!

Dejó caer la poderosa barra de tres metros de largo y la oyó estrellarse abajo. Luego corrió, tan rápido como le permitió su pierna, hacia las escaleras.

Oyó que ella lo llamaba, pero no pudo levantar la vista. La luz brillante era demasiado cegadora. Por el rabillo del ojo notó que algo aterrizaba en el suelo no muy lejos de él.

Sin signos de fatiga, Smith balanceó el ancla y continuó moviéndola frente a él. Hacía tiempo que habían dejado atrás el barco; aquí no se veían herramientas o cualquier otra cosa que pudiera usar para defenderse. Además, Smith lo dirigía hacia donde solo había suelo desnudo.

Se mantuvo a la izquierda. Dio un paso hacia la pared del muelle y miró por encima del hombro. Allí había un listón de madera. Largo y

fuerte. Franck había tenido una buena idea. Se arrodilló y recogió el listón justo cuando el ancla pasaba zumbando junto a su cara. Pudo ver en la cara de Smith que Franck había dado en el clavo.

La longitud del trozo de madera y el radio del ancla eran casi iguales, pero Smith siempre podía arrojarle el ancla. Y podía hacerlo rápido y de repente. Y sin ruido. Entonces habría perdido.

Golpeó un par de veces con la barra. Apuntó a la cara del británico y luego blandió la madera a la altura de sus espinillas. Aunque Smith saltó a tiempo, se distrajo brevemente.

En el muelle reinaba un silencio sepulcral. Febrilmente pensó en su estrategia de ataque. Lo vio todo. Secuencia a secuencia. Y cuando supo exactamente qué movimientos tenía que seguir, corrió directamente hacia Smith.

Levantó la barra, que chocó con la cadena a un metro del ancla aproximadamente. El ancla se enroscó en la madera. En el mismo movimiento, golpeó con fuerza el otro extremo de la barra contra la cabeza de Smith, golpeando su sien izquierda. Continuó cargando hacia delante. Dio un salto y golpeó al inglés en la boca del estómago con la rodilla derecha en un perfecto *hiza geri*. El rodillazo tuvo un efecto paralizante en su oponente.

El mercenario se dobló y cayó. Con el rostro contraído por el dolor, la boca abierta y aturdido por el golpe, trató de llenar de aire sus pulmones vacíos.

Estaba a punto de atar a Smith con un trozo de la cuerda del ancla cuando Franck salió a la luz, asintiendo con aprecio.

—La barra ha sido un regalo del cielo —dijo.

—Así es como se siente uno cuando ya tiene un pie en la tumba…

Franck sacó algo del bolsillo de su chaqueta.

—Ten, será mejor que uses bridas.

71

Habían llegado a través del bosque, desde el sur. Ahora se encontraban en la parte trasera del castillo de Torup, entre el foso y el enorme muro. Los tres llevaban ropa negra.

La media luna les ofrecía suficiente luz para el trabajo. Sonne y Franck ocuparon sus lugares respectivos en las dos esquinas, para vigilar mientras él lo preparaba todo.

Mientras tanto, Axel Mossman estaba sentado en el taller de Refshaleøen y vigilaba al prisionero.

Oxen no se sentiría cómodo hasta que regresaran y él mismo pudiera hacer la segunda ronda de interrogatorios.

—Mi nombre es John Smith, soy un consultor de seguridad autónomo.

Así había respondido el inglés, con aire indiferente, a cada pregunta que le habían hecho. Había estado a punto de perder los estribos y dispararle al idiota en la articulación de la rodilla. ¿Qué era una rodilla en comparación con el historial de ejecuciones de Smith y el cargo de asesinato que pendía como una sombra sobre él y que se haría realidad en cuanto la policía descubriera que estaba vivo?

Mossman lo había agarrado del brazo con firmeza y lo había apartado a un lado mientras él apuntaba con su pistola a la pierna derecha del mercenario.

Los argumentos del antiguo jefe del CNI eran impecables: primero debían instalar el sistema de escuchas en el castillo, así habrían cubierto las dos residencias de Sixten Kopparstierna. Después obligarían a John Smith a decirles si estaba en Dinamarca por iniciativa propia o para hacer un trabajo para el Danehof. Lo primero les parecía lo más probable; de lo contrario, habría contratado a más hombres.

Después de eso, se suponía que Smith llamaría a Kopparstierna para comunicarle una relevante noticia: el veterano de guerra Niels Oxen no estaba muerto, después de todo.

A continuación, los teléfonos arderían con llamadas y, gracias a sus micrófonos, obtendrían la confirmación final de que Sixten Kopparstierna era el director del Danehof.

—*Well*, si esto no funciona, soldado, podrás dispararle a una o ambas rodillas. A mí me da igual. Pero, por favor, espera hasta entonces…

Miró hacia arriba, tratando de medir a qué altura se encontraban los salientes de granito. Por suerte, estos dos estaban debajo de una ventana en el lado sur que daba al bosque, lejos de la carretera y de Mellangård. Llegó a unos siete metros.

Cuando les explicó a los demás cómo quería irrumpir en el castillo, Margrethe Franck les contó con una sonrisa lo que había aprendido en la visita guiada por el castillo.

Los grandes bloques de granito incrustados en la mampostería tenían una función muy importante en la época: sostenían los aseos del castillo; pequeñas chozas de madera adosadas a la pared exterior por las que se lanzaban los sobrantes no deseados. El principio era simple: te agachabas sobre una tabla con un agujero, hacías tus necesidades y las excreciones caían a las profundidades del foso.

La verdad es que imaginarse a la gente alrededor del noble castillo estirando sus blancos culos medievales en el aire lo había hecho reír.

Llevaba mucho tiempo sin reír… Desde su última noche con Tessa. En su mente, todo lo demás en los últimos años había sido mortalmente serio.

Franck también les había explicado la razón de esos extraños baños. Los palacios y castillos de la Edad Media eran fortificaciones cuyos habitantes debían estar preparados para un asedio prolongado en todo momento. Y, por supuesto, eso también incluía una necesaria solución al problema fecal. En el centro de la mayoría de las construcciones solía haber un gran pozo central, pero desprendía un hedor insoportable que intentaban enmascarar quemando madera aromática, con un resultado bastante dudoso.

Un evento dramático que sucedió años más tarde condujo a un cambio en el diseño: a finales del siglo XII, el emperador Barbarroja montó un magnífico festival en el salón de su castillo de Erfurt, pero resultó que los vapores corrosivos del pozo habían acabado atacando las vigas de debajo del salón. Así pues, en medio de las celebraciones, el suelo cedió de repente y ocho príncipes, cien caballeros e innumerables nobles cayeron en el pozo y perecieron miserablemente.

Sonrió ante aquella imagen escalofriante y ató el último de los lazos de pie en la cuerda de escalada. Luego tomó la pequeña bolsa de plástico que había llenado con arena, la asió a la fuerte línea de pesca

de veinte metros de largo que debía ejercer de peso de lanzamiento, y ató la línea, a su vez, al extremo de la cuerda de escalada.

Se acercó mucho a la pared y lanzó la cuerda hacia arriba. En el tercer intento, esta se enganchó perfectamente al saliente de granito y la pesada bolsa de arena aterrizó en el otro lado. Luego ató una soga al final de la cuerda para trepar por el muro.

—¡Chisst! —Hizo un gesto a Franck y Sonne—. Estamos listos. Sonne, sostén la cuerda tensa mientras yo escalo el muro. Luego fija la polea para el cable y la línea de seguridad en la parte superior. Franck, tú siéntate en el trapecio que he hecho con la cuerda y Sonne tirará de ti hasta arriba. Ponte el cinturón y fija el cierre de seguridad que te arrojaré en un momento. Yo trataré de abrir una ventana arriba.

—Cuidado con los sensores de alarma —dijo Sonne.

Asintió y se puso la pequeña mochila. Por supuesto que vigilaría, aunque lo más probable era que, si el castillo estaba protegido contra invitados no deseados, las precauciones de seguridad se centraran en el sótano y el primer piso, que eran los de más fácil acceso. La vigilancia de los pisos de arriba parecía bastante improbable. Sobre todo porque parecía imposible asegurar tantas ventanas y habitaciones. El castillo era demasiado grande para eso, aunque no supieran cuántas habitaciones había en realidad.

Cuando llegó arriba, un poco más tarde, ató la cuerda de seguridad a la cornisa y la enganchó en su arnés. Luego se sentó en la cornisa de granito e hizo brillar su linterna.

La ventana estaba cerrada con unos ganchos pasados de moda que eran muy fáciles de levantar, pero estaban encajados con tanta fuerza que temía dañar la madera si los manipulaba con sus herramientas. Necesitaba cinta aislante. Por desgracia, cubrir con cinta solo uno de los cristales no fue suficiente, porque la ventana era tan alta que los ganchos quedaban demasiado separados. Así que preparó dos cristales con la cinta, empujó con cuidado, levantó los ganchos, abrió la ventana y se metió dentro.

En su mochila tenía varios paneles de vidrio de diferentes tamaños y una pistola para calafatear con compuesto acrílico. Antes de que volvieran a salir del castillo, repararía temporalmente las ventanas para que nadie sospechara nada.

El aire era sofocante. A la luz de la linterna, vio que había dejado huellas en la capa de polvo del alféizar de la ventana. Había una cama doble contra la pared, sin hacer, y un edredón doblado a los pies.

Aparentemente, estaba en una enorme habitación de invitados. Seguro que había más del mismo tipo, aunque el actual señor del

castillo rara vez organizara fiestas lujosas. Sixten Kopparstierna llevaba una vida demasiado espartana y anónima para eso. Franck había llegado al saliente de granito. Se asomó por la ventana, le dio la mano y la estiró hacia arriba. A pesar de su prótesis, se movía con rapidez y confianza, y sabiamente evitó mirar hacia abajo mientras trepaba por la ventana y, con su ayuda, desabrochaba la cuerda de seguridad.

Se quitó los arneses con rapidez y los colocó en el suelo, listos para descender en rapel hasta donde Sonne estaba apostado afuera. Margrethe también llevaba una pequeña mochila con ella, que contenía una pistola, herramientas, una linterna y una caja con micrófonos. Se los habían repartido de tal modo que cada uno tenía cuatro. Y tenían que colocarlos con sensatez.

Sacó la pistola de silicona y los cristales de repuesto de su mochila y los colocó en el alféizar de la ventana. Luego abrió la puerta con cuidado e indicó a Margrethe que lo siguiera.

Oxen iluminó hacia ambos lados. Estaban de pie en un pasillo que parecía extenderse a lo largo de toda esta ala. Según la guía turística de Franck, estaban justo en los aposentos privados, que se extendían por el ala sur, parte del ala este y la torre redonda.

El mayordomo vivía en el ala oeste, mientras que el resto del personal y la administración se alojaban en Mellangård.

—¿Detectores de movimiento? —susurró Franck, mientras caminaban con cautela hacia la derecha.

Dejó que el cono de luz se deslizara lentamente por el techo. Hizo lo mismo hacia el otro lado. Nada.

Es lo que imaginaba. Asegurar un edificio tan grande como este podía ser un pozo sin fondo, y las habitaciones privadas probablemente tampoco contenían grandes tesoros. Tal vez algunos muebles antiguos, cuadros u objetos decorativos, pero los objetos realmente valiosos estaban en la parte del castillo abierta al público. Franck había confirmado que las zonas de visitantes disponían efectivamente de un sistema de alarma, detectores de movimiento y cerraduras de ventanas.

Abrieron algunas puertas e iluminaron con sus luces las habitaciones, que estaban vacías. Luego llegaron a un conjunto de puertas dobles que conducían a una gran sala abierta, escasamente amueblada. Atravesaron otro par de puertas dobles y entraron en un enorme estudio con estantes, un salón y un enorme escritorio con un ordenador de pantalla grande. Tocó a Margrethe en el hombro.

—Su oficina… ¿Pondrás uno aquí?

Franck asintió y sacó la caja de micros de su mochila.

—Seguiré adelante —dijo él.

Ya habían previsto con antelación en qué habitaciones querían colocar los micrófonos. Aparte del estudio de Sixten, habían pensado en su dormitorio, la sala de estar o sala de televisión —si es que había tal cosa—, la biblioteca, la cocina y el baño. También decidieron que los micros restantes los distribuirían de la manera que les pareciera que tenía más sentido.

El dormitorio estaba justo detrás del siguiente par de puertas dobles. No era particularmente grande, pero parecía que se usaba con una cierta regularidad. Había plantas en los alféizares de las ventanas y la cama de matrimonio estaba hecha. Una de las mesitas de noche estaba vacía, en la otra había una pequeña montaña de libros.

A la luz de la linterna leyó algunos de los títulos. Una biografía de Napoleón, un libro de no ficción sobre las guerras entre Dinamarca y Suecia y otro sobre la historia del norte hasta el siglo XIX. Había un marcador en el libro superior. El autor era alemán y trataba de derecho internacional.

No había ninguna duda de que aquí era donde dormía Sixten Kopparstierna. Puso un micrófono en la parte inferior de la mesita de noche no usada. Franck apareció en la puerta.

—¿Su dormitorio?

Él asintió.

Detrás de la puerta, en el lado opuesto, había un baño espacioso.

—Deja que lo haga yo —dijo Franck, y se abrió camino a tientas hasta la habitación de al lado.

Pronto tuvieron todos los micros instalados. Fue sorprendentemente fácil. Cuando Oxen evaluó sus posibilidades desde el aparcamiento, le pareció mucho más difícil. Pero como no había un alma en toda el ala privada del castillo, no había mucho riesgo.

Sabían por el transmisor GPS que el coche de Kopparstierna seguía en el garaje de Copenhague. Probablemente no volvería aquí hasta el fin de semana. Pero tal vez una llamada telefónica inesperada de John Smith pusiera al rico sueco bajo tanta presión que decidiría retirarse a su castillo para arreglar ciertas cosas… y entonces ellos escucharían todo lo que decía. Y si, por algún motivo, prefería ocuparse del asunto desde su apartamento privado en Copenhague, no pasaría nada, porque allí también habían puesto micros.

Luego, en cuanto tuvieran la confirmación de que Kopparstierna realmente estaba al frente de la red, sería más fácil idear la estrategia correcta. Axel Mossman tenía razón: lo más importante al inicio era obtener pruebas. Tenían que localizar los archivos del Norte, el Sur y el Este. Los archivos eran la clave de la victoria.

Otro par de puertas dobles que estaban abiertas lo condujeron a través de un pasillo corto al núcleo de la vida cotidiana: la sala de la televisión. Oxen alumbró aquella habitación que, al igual que el dormitorio, parecía sorprendentemente pequeña y modesta. Eso no podía ser todo.

Fue a la puerta de al lado, la abrió, dio unos pasos en el interior de la habitación y dejó vagar el haz de luz. Por supuesto, un hombre como Kopparstierna debía tener espacio en alguna parte para invitar a todas las personas importantes al castillo de Torup.

Y aquí había un montón de espacio. Se encontraba en la biblioteca. Los estantes, que ocupaban desde el suelo hasta el techo, se alineaban en dos paredes en las que no cabía ni un solo libro más.

En la sala se habían distribuido tres pequeños conjuntos de muebles de madera maciza oscura tapizados en cuero marrón. Pesadas cortinas verdes colgaban desde el techo hasta el suelo y cubrían las ventanas. Probablemente habían sido diseñadas para proteger los libros de la luz del día.

Había dos grandes sillones frente a la chimenea. ¿Era aquí, en este estudio, frente al fuego, donde se concebían y establecían las líneas principales del trabajo del Danehof? Lo visualizó literalmente frente a él.

¿Quizá deberían poner dos micros en esta habitación? ¿Uno cerca de la chimenea y otro en el extremo opuesto? Le preguntaría a Franck qué pensaba ella al respecto. Pero primero volvería y pondría uno en la sala de la televisión. Entonces podrían decidir juntos qué era lo mejor.

Se dio la vuelta y de repente fue cegado por una luz brillante. Notó que era más azul que la linterna de Franck y en ese mismo instante oyó la orden:

—¡Deténgase! ¡Suelte la linterna y ponga las manos sobre la cabeza!

El hombre hablaba sueco. Su voz era grave. Con la luz en la cara no podía ver con quién estaba tratando. Lo que sí pudo ver, no obstante, fue el rifle de caza de dos cañones con el que lo estaba apuntado.

Obedeció y dejó caer su linterna. ¿De dónde había salido ese hombre tan de repente? Realmente solo había una posibilidad: el apartamento del conserje, en el ala opuesta. ¿Habrían activado un sistema de alarma invisible? ¿O los habían visto trepando por el muro?

—Contra la pared. ¡Manos arriba! ¡Despacio! Nada de estupideces. Tengo un arma.

No había razón para no obedecer. Aunque la situación era crítica, probablemente terminaría en unos minutos y se convertiría en lo contrario. Franck entendería de inmediato que algo andaba mal y lo arreglaría todo.

Lentamente retrocedió hasta que tocó la pared, junto a la chimenea.

—Maldita banda de ladrones… —La voz grave tembló.

En aquel mismo momento, un brillante rayo de luz iluminó la cara del hombre. Cegado, se dio la vuelta con rapidez.

—Quieto. ¡Un solo movimiento y te vuelo la cabeza!

Margrethe Franck se había acercado sigilosamente y había actuado sin dudarlo.

—Sí, pero… estoy apuntando con un arma a tu cómplice.

—Si disparas, los dos moriréis de inmediato. ¿Te vale la pena? ¿Sixten Kopparstierna te paga para morir? Inclínate lentamente y coloca el rifle en el suelo. Créeme, es lo más sensato.

Durante unos segundos interminables, el hombre se quedó congelado.

—Bajaré el arma —dijo, finalmente.

Franck dio un paso hacia él. Tenía la linterna en la mano izquierda, y sobre ella apoyaba la derecha, en la que sostenía la pistola. El hombre se inclinó lentamente para dejar el rifle.

Y entonces, de repente, otro cono de luz brilló en la oscuridad detrás de Franck. Reconoció el contorno de una figura y vio algo oscuro a la altura de la nuca de Margrethe. Entonces escuchó el golpe. La linterna de Franck parpadeó y la luz le rozó la cara mientras caía al suelo.

—¡Quédate donde estás! De lo contrario, dispararé.

Era otra voz masculina. Poco después la luz de la habitación se encendió. El primer hombre se enderezó, todavía con el rifle en la mano. Detrás de él estaba el otro; era considerablemente más joven y también estaba armado con un rifle de caza. Margrethe Franck yacía inconsciente sobre la alfombra, frente a él.

72

La pesada puerta de acero estaba entreabierta. Podía ver a John Smith, sentado inmóvil en una silla desvencijada en el centro del taller. Tenía las manos atadas a la espalda con bridas y aseguradas al respaldo. Los tobillos estaban atados a las patas.

Se podrían decir muchas cosas sobre el antipático soldado, pero desde luego no podía negarse su estoicismo. Llevaba varias horas sentado así, silencioso, impertérrito, con la mirada atravesada por una provocativa indiferencia.

Cerró la puerta. Smith no debía oír nada. Llevaba horas colgado al teléfono, charlando con unos y con otros, a ambos lados del Támesis.

Había comenzado sus negociaciones con Wallace, máximo responsable de la jerarquía del MI5 en Cisjordania. George Wallace era un viejo conocido. Dirigía la división antiterrorista internacional de los Five. A partir de ahí había ido recorriendo la organización por turnos y había acabado, lógicamente, en el MI6, ubicado en el característico edificio de Vauxhall Cross.

Aquí había lanzado su oferta a un conocido aún mejor, Bruce Harper, a quien consideraba un muy buen amigo en la oficina de inteligencia internacional. A lo largo de los años se habían ayudado el uno al otro en numerosas ocasiones. Sea como fuere, y amigos o no, Harper era de sangre fría y lo juzgaba todo basándose puramente en la relación coste-beneficio. Harper había sido director de operaciones y había trabajado en el mismo campo que Wallace.

Después de muchas conversaciones, y tras una extensa negociación y coordinación con todos los funcionarios y contactos que pudo localizar en el Departamento de Defensa, Wallace y Harper habían decidido que Wallace fuera el negociador encargado de cerrar un trato o dar el visto bueno.

Miró con impaciencia su reloj. Aún faltaban unos minutos para la hora acordada. Esperaba que los ingleses pudieran ver alguna ventaja para ellos en la propuesta que les había hecho. Si no, tendría que

empezar de nuevo…

Se detuvo frente a una de las ventanas. La tenue luz de las farolas iluminaba los andamios, pero el dique, a pesar de su tamaño, quedaba sumido por completo en la oscuridad. Y, con él, el drama que había tenido lugar allí abajo unas horas antes.

Había sentido una extraña quietud interior mientras lo observaba todo desde arriba. Ni por un segundo había dudado del resultado de lo que iba a suceder. Nadie podía vencer a Oxen…

Pero ahora solo sentía una cosa: impaciencia. Volvió a mirar su reloj.

Por fin. La aguja larga llegó a la línea de meta. La precisión era una virtud, así que no llamó antes de tiempo, pero tampoco después. Marcó el número.

—¿Diga? Soy Wallace.

—Aquí Mossman. ¿Estáis listos?

—Sí. En este preciso segundo.

—¿Y cuál es tu respuesta, amigo mío?

—Mi respuesta es sí, aunque bajo ciertas condiciones que todavía tenemos que aclarar. ¿Entiendo que el precio es inamovible?

—No puedo hacer nada más.

—Está bien, lo imaginaba. Pero tienes que cumplir.

—Por supuesto.

—Y… Mossman, si algo sale mal, Harper te cortará la garganta. Eres consciente de eso, ¿verdad?

La risa de George Wallace se podía escuchar desde Thames House hasta el otro lado del mar del Norte. Él también se rio.

—No olvides que estoy jubilado. ¿Quién le haría daño a un anciano? Y ahora, discutamos los detalles. ¿Cuándo quieres la entrega A?

—Para abreviar: lo antes posible.

Les llevó casi media hora negociar los detalles del trato, aunque solo eran pequeñeces que tenían que ser reajustadas en ambos lados.

—¿Eso es todo?

—Sí, Mossman. Tienes luz verde.

—Bien. Saluda a Harper de mi parte.

—Lo haré. Y pásate en cuanto puedas. ¡Nos vemos!

—Desde luego.

Colgaron, y él volvió a meterse el móvil en el bolsillo. Todo había salido como esperaba. Ahora todo lo que tenía que hacer era poner en marcha su parte y esperar el pago. Abrió la puerta de acero y miró a su alrededor en busca de un asiento. Frente a la pared había unas cuantas cajas de madera llenas de tuberías y viejos conectores. Vació

una y la arrastró hasta ponerla frente a la silla en la que estaba sentado John Smith.

Se puso a cierta distancia del inglés. Dos metros le parecieron apropiados. Estaba a punto de tener otra conversación extremadamente importante, cara a cara (y no al teléfono, por fin).

—Sabes quién soy, ¿no? —preguntó.

John Smith asintió.

—Entonces también sabes que soy capaz de arreglar ciertas cosas que uno podría considerar imposibles, ¿no?

Smith se encogió de hombros.

—OK. Ahora escúchame, John Smith. ¿O debería llamarte Eric Bancroft?

El inglés arqueó una ceja al oír su nombre, pero permaneció en silencio.

—Si juegas bien tus cartas, Eric Bancroft, saldrás de aquí muy pronto.

Sacó el pasaporte, la billetera y el móvil del inglés del bolsillo de su chaqueta y lo puso todo en el suelo.

—Mira, está todo aquí. Piénsatelo bien. Podrás estar de vuelta en Londres por la mañana. He llegado a un acuerdo con tus amigos de Thames House y Vauxhall Cross. Solo tienes que cumplir con nuestras condiciones. Si lo haces, tu vida continuará como si nada hubiera pasado. Pero si intentas engañarnos, qué te voy a decir…, estás jodido. No habrá lugar en este planeta en el que no te encuentren. Atento, voy a desatarte las bridas.

Se levantó, se puso detrás de Bancroft y usó su pequeña navaja para cortar las correas de plástico en torno a sus muñecas y tobillos. El inglés se recolocó en la silla y se frotó las muñecas.

—Antes de que te vayas, tenemos que hablar. Primero, dos condiciones que no están sujetas a discusión. La primera, nunca volverás a poner un pie en suelo danés. La segunda, ya has olvidado todo lo que sabes acerca de Niels Oxen. ¿Entendido?

Bancroft asintió lentamente. Tenía una profunda arruga en la frente.

—¿El nombre de Sixten Kopparstierna significa algo para ti?

Bancroft negó con la cabeza.

—No.

—¿Con quién firmaste el contrato el año pasado en Dinamarca?

—Con un hombre llamado Nielsen. Eso es todo lo que sé.

—¿Edad, apariencia, manera de proceder?

—Definitivamente, más de sesenta. Aspecto arreglado, pelo gris, gafas. Uno de esos tipos de los que te olvidas en cuanto te das la

vuelta. El contacto siempre lo establecía él. La comunicación era unidireccional. Para la sesión informativa nos reuníamos en diferentes habitaciones de hotel en Copenhague. Yo iba a un hotel, y a mi gente la ubicaban en otros distintos.

—Entonces… ¿ese tal Nielsen no sabe que estás en el país?

—¿No has oído lo que acabo de decirte? Yo no puedo ponerme en contacto con él, o con ella.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Para encontrar a Oxen. Para cumplir mi contrato. Él representa un riesgo para mí.

—¿Cómo diste con él?

—Fuentes policiales. Mató a uno de los míos y no cayó en la cuenta de que en Inglaterra uno no puede tirarse un pedo sin que quede registrado por una cámara de seguridad.

—¿Así que no tienes la menor idea de quiénes eran tus clientes?

—Ni la más remota idea. Pero cualquier idiota puede darse cuenta de que esto no es un club de criadores de conejos que sin querer se ha deshecho de un ministro de Justicia.

—Tu secuaz danés, Morten Lundbye, ¿qué papel juega en esto?

—Es solo un contacto. El que estaba disponible…

—Humm, vamos a tener una conversación seria con él también. Tengo una tercera y última condición.

Bancroft lo miró con curiosidad.

—Mañana, a las dos en punto de la tarde, aparecerás en Thames House. Dirás que tienes una cita con George Wallace. Solo hablarás con él. Con nadie más. Y seguirás al pie de la letra las instrucciones que te dará.

—¿Y cuáles serán?

—Lo sabrás mañana. Entre otras cosas, llamarás a un tal Sixten Kopparstierna, a quien estaremos escuchando. Y lo harás cuando yo te lo diga.

—¿El tipo es el dueño del castillo en Suecia?

—Exactamente. Deberías ser inteligente y cumplir con estas condiciones, Bancroft. Luego puedes aceptar la oferta de Stanley Mullender e ir a Sierra Leona. Por lo que a nosotros respecta, puedes quedarte ahí abajo hasta que te pudras. Pero… si mañana a las dos no estás en la oficina de Wallace, eres hombre muerto.

Bancroft asintió, sorprendido.

—¿Sabes lo de Mullender y Sierra Leona?

—Por supuesto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Olvidas que me he pasado la vida trabajando para saber más que

los demás. Y ahora tienes que hacerme otro favor… ¿Podrías romper esta silla? ¿Destrozarla para hacer leña? Y luego, si eres tan amable, golpéame en la cabeza con la pata. *Please*… intenta no darme en el ojo, pero que sea lo suficientemente intenso como para que parezca convincente. Ah, y antes de que se me olvide… Tengo un billete para ti. Saldrás del aeropuerto de Kastrup con SAS a las 7:45 de la mañana y aterrizarás en Heathrow a las 8:45, hora local.

73

Bajaron lentamente un tramo de escaleras. Él iba detrás de Margrethe y, como ella, llevaba las manos entrelazadas en la nuca. Las manos de Franck estaban manchadas de sangre. Igual que el pelo.

El golpe de la culata del rifle le había abierto una profunda brecha en la nuca. Solo había estado inconsciente por un breve espacio de tiempo, pero aún parecía bastante aturdida. El mayor de los dos hombres la había atendido, había revisado la herida y la había ayudado a levantarse. Era él quien dirigía la pequeña procesión por el castillo, caminando prácticamente de espaldas, pues iba apuntándolos con el rifle de caza y al mismo tiempo abría las puertas.

El tipo más joven caminaba detrás de ellos. También sostenía su rifle de caza. El daño que un arma así podía causar a tan corta distancia era inmenso, por lo que ambos obedecían todas las órdenes, deteniéndose o disminuyendo la velocidad cada vez que los otros se lo exhortaban.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras, los condujeron por un largo pasillo alfombrado. No tenían ni idea de dónde estaba Sonne. Esperaban que el sobrino de Mossman hubiera podido huir y alertar a su tío. Oxen maldijo internamente. Se había vuelto a equivocar. Como la última vez en Gram. Parecía imposible acceder al Danehof. Habían tenido cuidado. Lo habían hecho todo bien.

—¡Alto! —El hombre mayor, que debía de tener unos sesenta años, blandió su rifle, avanzó hasta una puerta y la abrió.

Él se quedó inmóvil, con las manos detrás del cuello, y susurró:

—¿Cómo estás, Franck, te encuentras bien?

—Sí, estoy mejor…

—¡Cerrad la boca!

El más joven, detrás de ellos, les gritó. Parecía bastante impetuoso. Él representaba el mayor riesgo. A juzgar por sus reacciones, ninguno de los dos hombres era un profesional del ramo, pero ambos parecían lo suficientemente determinados como para no entrar en pánico

durante la dramática escena en la biblioteca.

—Seguid. Hay una escalera adelante. ¡Despacio!

El tono del hombre mayor no admitía réplicas. Bajaron por la estrecha escalera de caracol. Si no estaba equivocado, habían estado en el primer piso y ahora se dirigían al sótano.

La laceración de Franck había dejado de sangrar y su voz al contestarle había sido clara. Era importante que ambos evaluaran la situación de manera correcta y actuaran en cuanto se presentara una oportunidad.

Siguieron por un pasaje estrecho. La temperatura y la humedad confirmaron sus sospechas: estaban en el sótano.

Aquí abajo las paredes ya no eran de yeso blanco, sino de piedra desnuda. El hombre finalmente se detuvo frente a una puerta hecha de gruesos tablones de madera. Quitó el candado y la abrió.

—Tú primero —dijo señalando a Franck—. Manos en la pared y piernas separadas.

Ya les habían quitado las armas arriba, en el estudio, así como las mochilas —que el más joven cargaba sobre sus hombros—, pero por lo visto no les parecía suficiente. Franck obedeció. El hombre la cacheó y le quitó el móvil.

Luego dio un paso a un lado.

—¡Vamos, entra!

Franck apenas cabía por la puerta.

—Es tu turno —dijo el hombre, agitando el arma—. Y no intentes ningún truco.

Oxen se puso contra la pared y también le quitaron el móvil.

—¡Ahí!

Tuvo que agacharse para entrar en la pequeña habitación. Una bombilla desnuda en el techo abovedado era la única fuente de luz. El suelo era de ladrillo, las paredes estaban hechas de piedra natural. No había ventanas, ni aspilleras, ni un solo agujero en la pared.

La puerta se cerró de golpe tras ellos y escucharon el clic del candado. Franck se sentó en el suelo inmediatamente y se palpó la parte de atrás de la cabeza con cuidado.

—Esto parece una mazmorra —dijo limpiándose las manos ensangrentadas en los pantalones.

—Ánimo, Franck, siempre podemos escapar por la ventana.

—Sí, hurra…

Había algunas pequeñas cajas de madera apiladas contra una pared. Fue y miró dentro. Estaban llenas de bulbos de flores que deberían haberse plantado hacía mucho tiempo. Por lo demás, la habitación estaba completamente vacía.

—Igual que en Gram —dijo, con un suspiro.

Él asintió.

—Pero todavía podemos esperar a que llegue Sonne.

—Christian tampoco podría ayudarnos mucho aquí.

—Bueno, puede alertar a Mossman.

—¿Y entonces?

—Entonces tendremos que esperar y ver qué pasa.

—No dejarán que nos salgamos con la nuestra una segunda vez, Niels. Lo sabes tan bien como yo…

Se encogió de hombros. Tenía razón, sí, pero él no estaba listo para rendirse. Si los dos hombres hubieran tenido pistolas, se las habría arrebatado hacía mucho… Pero los rifles de caza eran algo aparte. Una cosa era aprovechar las oportunidades y otra muy distinta ser un imprudente.

Oyeron ruidos y voces en el pasillo. El candado se abrió. La puerta hizo lo propio y, con un poderoso empujón, Sonne aterrizó de cabeza en la pequeña habitación. La puerta se cerró de golpe y la cerradura hizo clic por segunda vez.

—Sonne, ¿todo bien?

Franck le dirigió una mirada de preocupación.

Sonne asintió.

—Había un tipo con un rifle de caza. Se acercó sigilosamente. Le lancé lo primero que encontré y salí corriendo, pero luego terminé en un pasillo sin salida que solo daba al foso. —Sonne parecía desesperado, como si ya estuviera camino a la silla eléctrica.

—¿De modo que nos enfrentamos a tres hombres? —preguntó Oxen.

—Sí. Dos esperaban aquí abajo en el sótano. Los tres van armados con rifles. ¿Qué hacemos ahora, Oxen? ¿Tenemos alguna posibilidad?

—Siempre hay una oportunidad. Por ahora nos quedaremos aquí…

—Pero ¿y si…?

—¡Silencio!

Creyó oír voces en el pasillo. Puso una oreja en la puerta de madera. Parecía ser el mayor, el de la voz grave.

—Siento despertarlo a estas horas. Entiendo que es un momento malísimo, pero aquí tenemos una situación un poco complicada…

No pudo oír toda la conversación, pero sí lo suficiente como para captar el contexto. El hombre informaba a su jefe, Sixten Kopparstierna, de lo que había sucedido en su propiedad.

—¿La policía? Sí… Tal vez… También encontramos material. Parece un dispositivo de escuchas. Micrófonos diminutos. Y, como ya le he dicho, dos de ellos iban armados. ¿Qué opina?

El hombre al otro lado de la puerta pareció escuchar un rato y respondió un par de veces con una voz un poco más baja, por lo que era imposible oír lo que estaba diciendo.

—¿Una hora? Bien. Nos vemos entonces.

La llamada había terminado. Oxen se volvió hacia Franck y Sonne. Lo miraron inquisitivamente.

—Era el hombre mayor. Ha llamado a Kopparstierna y le ha explicado lo que está pasando aquí. Si no lo he entendido mal, Sixten le ha indicado que no llamara a la policía. Y creo que ahora está en camino y llegará en una hora. No debemos perder los nervios. Si realmente quieren matarnos, no será uno de esos tres aficionados quien lo haga. Además, supongo que Kopparstierna querrá tener unas palabras con nosotros antes de ordenar al verdugo que proceda, ¿no os parece? Pues bien: si vemos la más mínima oportunidad, la aprovechamos y nos largamos de aquí. Pero que nadie actúe por cuenta propia, ¿de acuerdo? Estamos lidiando con tres escopetas de dos cañones… Dejadme decidir a *mí*, y luego respondéis a *mi* señal. ¿OK?

Con cuidado, se pasó los dedos por la nuca. Sintió un bulto enorme y una laceración aguda. Probablemente habría que coser la herida con seis o siete puntos.

Aun así, se sentía razonablemente bien de nuevo. Poder sentarse la había ayudado. Había estado observando en secreto a Oxen. Para ser honesta, lo había estado analizando directamente. Se preguntó qué podría hacer él en ese momento. ¿Cuál era el estado mental del antiguo cazador-soldado? No tenía ni idea de cuánto le había afectado el drama en el mar y la temporada pasada en el archipiélago sueco…

Así que trató de interpretar sus reacciones. Estaban bajo la máxima presión. Franck la sentía también en su propio cuerpo. La mera idea de que fueran a ejecutarlos…

A pesar de todo, Niels Oxen, el soldado más condecorado que Dinamarca había visto jamás, parecía relajado y sereno. No podía ver en él el más mínimo indicio de angustia o estrés.

Aquello coincidía con el conocimiento que había ido adquiriendo sobre el síndrome de estrés postraumático. El mayor riesgo para alguien que sufriera esa enfermedad no se hallaba en los momentos de tensión, sino en las relaciones sociales. Dicho con otras palabras: un beso podía hacer que todo saltara por los aires, pero cuando se trataba de rutinas entrenadas, ni siquiera las situaciones de mayor riesgo provocaban un impacto significativo. Estos hábitos estaban arraigados en la médula espinal y transmitían una sensación de seguridad que para los no iniciados podía parecer francamente insólita.

«Dejadme decidir a *mí*» y «respondéis a *mi* señal», había dicho, y la había mirado con calma. Su entonación había sido completamente natural. Estaba en su papel. Recurría a lo que había aprendido.

De hecho, es posible que solo estuvieran a unas horas de recibir un disparo en la nuca. Sixten Kopparstierna no cometería el mismo error que Villum Grund-Löwenberg.

Pero Niels Oxen parecía seguro y cómodo.

Había pasado casi una hora y media. Entonces el candado crujió.

—Salid uno tras otro, con las manos en la nuca.

Era la voz profunda del mayor de los tres, dando las órdenes de nuevo. Sonne fue el primero en salir, luego Franck y por último él mismo. Se mantuvieron en fila hasta que les hicieron una señal. Los hombres los condujeron a un amplio pasaje que conducía a una gran bóveda, similar a un almacén. Solo tres lámparas iluminaban la habitación. Había un montón de cosas apiladas en la parte de atrás. En su mayoría muebles viejos. En el centro de la habitación habían colocado un viejo banco de jardín, y frente a él, una silla.

—Sentaos.

Obedecieron al mayor, que parecía ser el líder de la extraña tropa. El hombre que había pillado a Sonne tendría, como el otro, unos treinta años. Los tres tenían sus rifles con ellos y parecían muy concentrados.

Un momento después se oyó el sonido de unas suelas de zapatos sobre el suelo de piedra. Un señor mayor, con un traje gris, entró por la puerta. Asintió al mayor de los tres y luego se sentó en la silla, frente a ellos.

Era Sixten Kopparstierna. Elegantemente vestido, con el pelo bien peinado y los ojos muy despiertos tras unas gafas de montura dorada, a pesar de que lo habían sacado de la cama en mitad de la noche.

—Mi nombre es Sixten Kopparstierna. Soy el dueño de este castillo, y estoy profundamente asombrado de lo que se supone que acaba de suceder aquí. Algo me dice que esto no es un robo normal, así que arrojemos algo de luz sobre el tema, si les parece. Pero antes, por favor, díganme sus nombres.

Kopparstierna se dirigió a Sonne. Oxen estaba sentado en medio, a su lado, y Sonne le dio un codazo.

—¿Qué hago? —susurró.

—Contesta.

—Mi nombre es Christian Sonne.

—¿Profesión?

Sonne vaciló.

—Trabajo en una gasolinera.

—¿Y tú, el del medio?

—Niels Oxen.

—¿Profesión?

—Estoy en el paro.

Se preguntó para qué era todo ese teatro. Al fin y al cabo, y como jefe del Danehof del Este y líder de toda la organización, el rico sueco debía de saber perfectamente quiénes eran. A menos que… No, probablemente solo se trataba de una estratagema por parte de Kopparstierna.

—¿Y tú?

—Margrethe Franck. Cajera de supermercado.

Sixten Kopparstierna cruzó las manos pensativamente frente a la boca y guardó silencio por un momento. Luego continuó:

—Así que estoy sentado frente a un empleado de una gasolinera, un desempleado y una cajera que han irrumpido en mi castillo y han colocado micrófonos en mi biblioteca, dormitorio, baño, oficina y sala de televisión. ¿Podrías darme esas cosas, Patrick?

Kopparstierna tendió su mano abierta y el hombre mayor sacó algo de su bolsillo y se lo puso en la mano. Era el conjunto completo de micros que habían instalado.

Sixten Kopparstierna los estudió por un momento.

—De modo que quieren espiarme. Bien, ¿y por qué razón?

—No más respuestas —susurró Oxen a los demás.

—¿Qué acabas de decir a tus cómplices? ¿Eres el líder? ¿Es usted el líder de toda la operación, señor Oxen?

Niels Oxen sostuvo la mirada aguda de Kopparstierna, pero permaneció en silencio.

—Humm, tal vez empecemos de manera diferente. Entiendo que os contrataron para hacer este trabajo, y me interesaría saber quién fue —dijo el sueco.

Se mantuvieron en silencio, en ese improvisado banco de los acusados que estaba podrido después de muchos años en el parque.

Sixten Kopparstierna se quedó unos minutos callado.

—Vuestro silencio se vuelve un poco pesado con el tiempo —dijo por fin— y no nos lleva a ninguna parte. Patrick, déjame echar un vistazo a los teléfonos, gracias.

Les pidió que desbloquearan sus dispositivos y luego los examinó cuidadosamente. De pronto, la expresión facial del sueco cambió.

Su gesto pasó de severo a asombrado, si Oxen había interpretado correctamente su expresión facial. Minutos después, Kopparstierna sostuvo en alto el primer teléfono móvil.

—Las personas a las que habéis llamado son realmente

interesantes. Uno de vosotros guardó un número con el nombre de Mossman. Y cuando comparo los números, resulta que este teléfono llamó al mismo, y este otro también —dijo, mostrando los tres móviles. Continuó con calma, pero con rotundidad—: Veo, pues, que los tres habéis contactado con la misma persona, y es obvio que se trata de Axel Mossman. Un hombre que nos visitó a mi hermana y a mí no hace mucho. El exjefe del servicio secreto danés. Supongo que todos sabíais este pequeño dato, y veo una conexión más que evidente entre este equipo de escuchas telefónicas y la actividad anterior de Mossman, así que… ¿Quizá podamos continuar nuestra conversación ahora?

Volvió a mirarlos uno por uno, pero ellos no dijeron una palabra. El sueco suspiró profundamente y añadió:

—Ya veo. Ninguna reacción. Está bien. Voy a llamar entonces al señor Mossman, a ver si él puede aportarme algún dato esclarecedor.

Sixten Kopparstierna se levantó, saludó con la cabeza a sus tres hombres, que permanecieron de pie, y luego salió de la habitación.

—¿Qué significa eso? —susurró Sonne.

—Algo no encaja —murmuró Franck.

—O quiere que nos sentemos aquí y pensemos exactamente eso —dijo él.

—Pero ¿por qué? —Franck se mordió el labio inferior.

—Ni idea.

Se quedaron en silencio, confundidos. Entonces oyeron la culta voz mientras se alejaba por el pasillo del sótano.

—¿Hola? ¿Estoy hablando con Axel Mossman? Aquí Sixten Kopparstierna. Perdone que lo moleste a estas horas, pero… es que tengo un asunto del que hablarle…

74

Había conducido a través del puente sobre el estrecho de Sundjusto al amanecer. Aun así, tenía la sensación de que estaba avanzando por un camino que le conducía directo a la oscuridad.

Hacía menos de una hora que se había levantado de la cama. Las dos aspirinas que se había tomado en la cocina amortiguaron el martilleo que sentía en la cabeza y con el que se había despertado.

Le había dicho a su esposa que había tropezado con un bordillo y se había caído, y ella le había cosido la herida de la frente con cinco puntos. John Smith no se había contenido lo más mínimo, sino que había aprovechado al máximo aquella oportunidad única.

Salió de la carretera, cruzó una verja y condujo lentamente por el camino de grava, que estaba bordeado de setos cuidadosamente recortados y terminaba justo frente al castillo de Torup, donde el príncipe de las tinieblas ya lo estaba esperando.

La llamada telefónica con Sixten Kopparstierna no había durado mucho: él había accedido sin objeciones a la solicitud del sueco de mantener una reunión personal. Durante todo el viaje había estado pensando qué podría ofrecer como moneda de cambio en esa situación en la que se habían frustrado todas sus esperanzas.

Su punto de partida era el mismo que el de cualquier otra negociación, y eso que había llevado a cabo cientos de ellas a lo largo de su carrera. En primer lugar, se trataba de entender bien el camino que había que seguir y posicionarse. Posiblemente se encontraban en una fase introductoria, a la que seguirían otras negociaciones. Y con cada minuto que dejara hablar al sueco, aprendería más sobre él y sobre su actitud como oponente.

Las probabilidades de algún tipo de calamidad que acabara con su vida en un futuro cercano aumentarían significativamente si no lograba posicionarse de manera adecuada en ese juego.

Claro que… él tenía un as en la manga que tenía previsto poner sobre la mesa cuando fuera necesario. Simplemente prefería esperar

hasta tener claro qué obtendría a cambio.

Un anciano vestido con ropa de caza verde estaba esperándolo en la escalera principal.

Sacó la llave del contacto y salió del coche.

—¿El señor Mossman, supongo? —preguntó el hombre.

—Correcto.

—Sígame, por favor. Por aquí.

El hombre lo condujo a través de la puerta y subió un tramo de escaleras que conducían al primer piso. Caminó con paso rápido, mirando solo una vez por encima del hombro, como para asegurarse de que no había perdido al invitado danés en el camino. Recorrieron un pasillo, subieron otro tramo de escaleras y luego avanzaron por el siguiente pasillo. Aquella fortaleza era como un laberinto.

Por fin, el hombre vestido de verde se detuvo frente a una habitación, llamó golpeando con los nudillos en la puerta y esperó.

—¡Adelante! —dijo una voz.

El hombre la abrió y se detuvo en el umbral.

—El señor Mossman ha llegado.

—Gracias, Patrick, haz que entre.

Cruzó rápidamente la habitación hasta el escritorio y estrechó la mano de Kopparstierna.

—Buenos días, señor Mossman, siéntese —dijo el sueco, sentándose a su vez.

Parecía alerta y, teniendo en cuenta lo intempestivo de las horas, iba extremadamente bien vestido. Llevaba un traje gris y una corbata celeste, e iba tan elegante como el otro día en el despacho de su hermana.

Así que allí estaba, el hombre más poderoso de la economía danesa; el rey sin corona; el dueño de Kobberstjerne Pharma International y director de una fundación que movía miles de millones de dólares.

Un hombre que ahora lo miraba, expectante, con la boca apretada.

El sueco se fijó discretamente en el llamativo vendaje que tenía alrededor de la frente, pero no dijo nada más.

—Así que volvemos a encontrarnos, Mossman. Y tan rápido… Déjeme ir directo al grano. Supongo que ambos tenemos otras cosas que hacer hoy. ¿A qué diantres ha venido esto? ¿Cuál es el motivo de esta incursión?

Los ojos de Sixten Kopparstierna brillaban peligrosamente.

—Las personas que mencionó por teléfono. ¿Dónde están? —preguntó él, concentrado.

—En el sótano, bajo custodia. No han sufrido daños, aparte de la

mujer, que tiene una laceración en la nuca porque uno de mis socios tuvo que derribarla.

—¿Y qué le han dicho ya? Solo para no aburrirlo con repeticiones…

—Me han dado sus nombres. Nada más. Así que considere esta conversación que le ofrezco como una oportunidad muy justa. En realidad, debería haber llamado a la policía de inmediato. O a la Säpo. ¡Y ahora, por favor, explíqueme qué está pasando aquí!

¿La Säpo? Aquella era la única palabra sueca que no habría querido escuchar. Sinceramente, preferiría evitar la vergüenza de tener que responder preguntas ante sus colegas suecos.

Pero había decidido empezar a la defensiva, y se apegaría a eso. Porque esa era exactamente la pregunta que le venía a la mente en aquel preciso momento: ¿por qué nadie había llamado aún a la policía si el castillo era en realidad un refugio de inocencia?

—*Well*, déjeme empezar por el principio. Sí, las tres personas que tiene aquí trabajan para mí. Y, como le dije en mi última visita, yo trabajo para Benedicte Bjørk, hermana de la fallecida Sigrid Ryttinger Bulbjerg. Mis últimas investigaciones me habían proporcionado suficiente información como para plantear una duda razonable sobre su relato acerca de la conversación con la señora Ryttinger hace once años. Si yo aún fuera jefe del CNI, podría haber presentado una solicitud de vigilancia telefónica. Pero, tal como están las cosas, he tenido que contentarme con improvisar un dispositivo de escuchas en las habitaciones. Esa es la situación…

—¿La señora Ryttinger Bulbjerg? ¿Duda? ¿De qué? ¿Acaso cree que mi hermana y yo tuvimos algo que ver con la muerte de su hermana?

—No lo *creo*; solo estoy *investigando*. Porque puedo sentir que algo anda mal.

—¿Lo *siente*?

—Mire, estoy pensando en una organización llamada Danehof. Creo que usted debería saber alguna que otra cosa sobre el tema. Algo que quizá le mostró la señora Ryttinger Bulbjerg.

—¿Danehof? Suena como a cerveza danesa. No, esa palabra no significa absolutamente nada para mí. ¿Qué se supone que es?

—Una especie de organización criminal.

—Me deja usted sin palabras. ¿Cómo puede acusarme de algo así? Y dígame… Si quería escucharme aquí, ¿también pensaba escuchar en mi apartamento en Copenhague?

Habría preferido evitar esa pregunta. Los micrófonos del Holsteins Palais habían sido el último recurso, pero ahora no servían de nada

porque Kopparstierna seguramente revisaría su apartamento de arriba abajo y encontraría los pequeños artilugios.

—Esa suposición es correcta.

—¡Pero eso es…!

Sixten Kopparstierna tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para controlarse. Vaya, el hombre podía molestarse después de todo.

—Su explicación me parece demasiado pobre, Mossman —dijo el sueco, enojado—. Tendría usted que esforzarse un poco más. Haga el favor de ser más específico, o de lo contrario llamaré a la Säpo.

El aire se volvió más denso. Si partía de la base de que Sixten Kopparstierna era el jefe del Danehof del Este y al mismo tiempo de toda la organización, entonces todo aquello no era más que una farsa.

Decidió mostrar su carta escondida para que el sueco arriara velas.

—*Well* —dijo.

Y dudó, y dudó… y dudó.

El as que tenía en la manga hacía referencia a la conspiración Norte-Sur para eliminar al Este con el fin de hacerse con el poder. Una conspiración de la que solo él estaba al corriente. Pero ahora mismo estaba confundido. Más que nunca.

Parecía como si Sixten Kopparstierna estuviera realmente temblando de ira. ¿Cómo era posible que no se hubiese deshecho aún de Oxen? ¿Y por qué se había mostrado tan desconcertado cuando mencionó el nombre del Danehof?

No, todavía no mostraría su carta. Tal vez podría cambiarla más tarde por una mano más alta. Otro día, en otro lugar. Al final resultaría que la pura visión empresarial lo acabaría llevando más lejos. Por el momento, tenía que pensar en otra cosa, y tenía que hacerlo ya.

—A ver… sería una irresponsabilidad darle más detalles —dijo al fin—, por su propia seguridad, pero créame cuando le digo que tengo razones para cuestionar ciertas cosas.

—Pensé que sería usted lo suficientemente competente y experimentado como para no decirme cosas tan absurdas, Mossman. Sobre todo teniendo en cuenta su trayectoria profesional. Todavía no he informado a mi hermana sobre toda esta situación tan rocambolesca y no tengo la menor intención de hacerlo. Barbro no aprecia… este tipo de cosas. Quiere vivir en paz. Acordemos, pues, dejarlo así, si le parece. Puede llevarse a su gente a casa, pero les pido que no vuelvan a meterme en esta… farsa otra vez.

Apenas se creía lo que acababa de escuchar.

—¿Entiendo que va a soltar a mis empleados?

—Así es, sí.

Sixten Kopparstierna cogió su teléfono móvil y marcó un número.

—¿Patrick? Soy yo. Por favor, sea tan amable de acompañar a nuestros tres visitantes a la salida. Llévelos directamente a la puerta, gracias.

Kopparstierna colgó y se levantó.

—Creo que deberíamos terminar nuestra conversación aquí.

El sueco le tendió la mano y, sin entender muy bien qué pasaba, Mossman se despidió de Sixten Kopparstierna con un firme apretón de manos.

—Está bien. Muchas gracias. Y disculpe las molestias que le hemos causado.

75

Celebraron un consejo de guerra urgente en el sótano. Hacía apenas unas semanas, Mossman había estado ahí abajo, solo y en silencio, entreteniéndose con listas de castillos y mansiones con la misma intensidad con la que otros jubilados se entretenían coleccionando sellos.

Todo el material que había recabado seguía colgado en su pared y le mostraba que el camino que había emprendido no había sido más que un callejón sin salida. Si no fuera por el encuentro con Franck y Oxen en aquella ocasión, paseando a Bonnie, todavía estaría dándole vuelta a esa tarea de Sísifo.

Estaba agotado. El golpe que él mismo había pedido que le dieran resultó ser mucho peor de lo que pretendía. Mantenía el dolor de cabeza a raya con pastillas, pero eso no compensaba la falta de sueño.

Aun así, había sucedido algo positivo en mitad del caos. George Wallace lo había llamado hacía una hora. Había sido una conversación breve. Le había confirmado que Eric Bancroft, también conocido como John Smith, había cumplido con su parte del trato. Había llegado a tiempo a su oficina y había hecho lo que se le pedía.

Como mínimo una cosa menos de la que preocuparse en ese momento caótico.

El plan de que Bancroft llamara a Sixten Kopparstierna, por supuesto, había quedado en nada. El sueco había visto a Niels Oxen resucitado con sus propios ojos y ahora conocía sus planes.

Era tarde. Estaban todos bastante deprimidos. Había una sensación de impotencia generalizada. Miró a sus tres colegas.

Christian Sonne había empujado su silla contra la pared y bostezaba después de una noche de insomnio. Además de eso, su exesposa lo había llamado hacía unas horas y le había pedido que fuera a Aarhus al día siguiente. Su hija pequeña estaba enferma y ella tenía que asistir a un curso de formación de tres días.

Margrethe Franck estaba sentada a la mesa y sostenía la cuarta

taza de café entre sus manos. Ya no estaba pálida, sino blanca como la tiza. Había ido a urgencias y le habían cosido la brecha en la parte posterior de la cabeza, y ahí seguía, luchando como una leona. Podía ver su cerebro negándose a capitular.

El gran avance que habían hecho en la Costa del Sol era mérito suyo. Y ahora, a pesar del cansancio y el dolor de cabeza, trataba de analizar la situación para saber si realmente estaban en el camino equivocado.

Niels Oxen, por su parte, estaba sentado en su silla, aparentemente tranquilo como siempre, con una taza de café en la mano. El exsoldado era un hombre taciturno, pero Mossman sabía que aquello no debía conducirlo a engaño: notaba cuán ardua era la lucha que estaba manteniendo Oxen en su interior para no perder el control.

Cuando las puertas del castillo de Torup se cerraron de golpe detrás de ellos y les explicó lo de la fuga de John Smith, Oxen se puso hecho una furia.

El veterano de guerra lo agarró del cuello, lo sacudió y le gritó a la cara. Por un breve instante llegó a pensar incluso que Oxen acabaría haciéndole daño, pero luego el soldado lo soltó, dio media vuelta y se alejó.

Después de unos minutos volvió y se disculpó.
La taza de café estaba agradablemente caliente. Se recostó en la silla y notó la mirada de Mossman sobre él, pero no levantó la vista.

Mossman estaba en su lugar favorito, junto a la pared. El exjefe del CNI tenía ojeras bajo los ojos, una venda de gasa alrededor de la cabeza y una tirita enorme en la frente.

Fue en el castillo, poco después de que los soltaran, cuando les dio la impactante noticia:

John Smith se había escapado.

El inglés había engañado a Mossman. Había roto la vieja silla y había podido liberar las piernas mientras estaba en el suelo. Mossman había tratado de intervenir de inmediato, pero el mercenario se había puesto en pie de un salto. Aunque todavía tenía las manos atadas a la espalda, había podido arrojarle un trozo de la silla y golpearlo en la frente con tanta fuerza que lo había tirado al suelo, donde quedó inconsciente.

En el taller, Smith había encontrado fácilmente un objeto afilado y había cortado las bridas de sus muñecas. Cuando Mossman recuperó el conocimiento, el prisionero se había ido.

Enloqueció al oír aquello. Agarró a Mossman por el cuello, lo sacudió y le gritó como un loco.

Hacía mucho tiempo que no perdía los estribos… Los largos meses

en el archipiélago, la vida tranquila con Tessa, no le habían provocado ningún estallido de ira.

De todos modos, lo que había sucedido antes lo molestaba sobremanera. Su reacción había mostrado a todos que aún se le podían cruzar los cables.

Se había disculpado con Mossman, y también con los demás. Pero en algún lugar de su cuerpo yacía un demonio que torturaba sus entrañas con su afilado tridente, y ahora todos lo habían visto.

¿Cómo podía haber ocurrido eso? ¿Cómo alguien tan absolutamente profesional como Axel Mossman podía haber sido engañado de esa manera?

Margrethe le había dejado claro que debía calmarse.

—Eres tan jodidamente malpensado, Niels. Después de lo que os pasó seguirás siendo escéptico hasta el día que Mossman muera, ¿verdad? Es más, incluso cuando esté enterrado tendrás dudas de que haya muerto en realidad.

Eso había dicho ella. Y tal vez tuviera razón.

Para él, sin embargo, John Smith era mucho más importante que para los demás. Si no se libraba de la sospecha de que el tipo había asesinado al viejo piscicultor, no podría volver a llevar una vida normal.

Y sin una vida normal, no tendría a Magnus.

El largo camino vía Liverpool y Runcorn hasta llegar a Alistair MacDuff solo había tenido un objetivo: encontrar al líder. Y justo cuando John Smith había aparecido como un sueño y lo habían atrapado con enorme habilidad, el tipo se les escapaba en un descuido. Era un verdadero desastre.

Desde el castillo de Torup había conducido con Sonne y Franck directamente a la calle Skodborg, en Rødovre, donde vivía el cómplice danés de Smith, Morten Lundbye.

Después de que el hombre se les escapara en el antiguo astillero, evidentemente condujo a casa de inmediato, hizo una maleta y salió corriendo. Un armario abierto de par en par, una cómoda con dos cajones caídos y varias camisetas y calcetines sobre la cama mostraban la prisa que había tenido el hombre.

Ambos se habían escapado.

—¿En qué estás pensando, Oxen? ¿Algo constructivo?

No estaba muy seguro de si eso último había sido sarcástico, pero Mossman no lo miró con una sonrisa, sino con profunda seriedad.

No estaba cansado. No estaba exhausto ni agotado después de todo el drama en el castillo. No había pensado en la muerte. Sus pensamientos habían seguido dando vueltas en torno a sus *opciones*

todo el tiempo.

—Estoy pensando en ese cerdo, John Smith. A partir de ahora, debemos tenerlo en nuestro radar en todo momento. Puede aparecer de la nada en cualquier instante. Puede estar frente a nosotros con un arma cuando menos lo esperemos. Y aunque me persiga a mí principalmente, también os puede seguir a los demás. Sabe dónde vivís. Realmente deberías tener cuidado. Y sugiero que de ahora en adelante vayamos todos siempre armados. Tendrás que esforzarte mucho en Londres, Mossman, y tendrás que hacerlo rápido. Necesito su dirección.

Mossman asintió, con rostro pensativo.

—Haré todo lo que esté a mi alcance. Pero en lo que respecta a Smith y a nuestra seguridad, hay al menos un lugar en el que no va a localizarte: tu habitación con la viuda, Oxen. Sonne, no deberías conducir hoy. Estás demasiado cansado. Espera hasta mañana y luego vete a casa temprano. ¿Puede quedarse contigo, verdad, Oxen? Y sugiero que tú hagas lo mismo, Margrethe. No puedes volver a Østerbro con Smith y su ayudante rondando por ahí, ¿OK?

Franck asintió en silencio.

—Llevamos una hora comentando todo tipo de cosas. Hablemos de Sixten Kopparstierna un minuto, y luego vayámonos a dormir.

Mossman se enderezó frente a la pared. Todavía era el jefe, y su liderazgo era natural:

—Margrethe, tu resumen, por favor.

Su antigua mano derecha asintió y se frotó la cara. Luego se puso de pie lentamente. Tal vez para mantenerse despierta.

—¿Es Sixten Kopparstierna el líder del Danehof del Este? ¿O no lo es?

Margrethe Franck dejó la pregunta en el aire durante unos segundos y luego respondió:

—Hay algunas pruebas para ello: sabemos que el Danehof intentó reclutar a Knud Klint Kopparstierna en algún momento. También sabemos que Sixten Kopparstierna es uno de los hombres más ricos y poderosos de Dinamarca, y que encaja históricamente en el perfil, pues es señor de un castillo en suelo danés. También sabemos que Sigrid murió menos de tres semanas después de ir a ver a Barbro y Sixten. ¿Queda café?

Sonne llenó su taza inmediatamente, mientras ella seguía hablando:

—¿Qué es lo que no cuadra? En primer lugar, lo que acabamos de experimentar. Sixten bien podría habernos llevado al bosque, haber cavado un hoyo grande y profundo y habernos metido una bala en la

cabeza como trataron de hacer con nosotros en el bosque del Rold. Pero no ha hecho nada de eso. Por el contrario, parecía realmente sorprendido de que alguien estuviera tratando de espiarlo. Era como si no entendiera nada. ¿Qué te dijo, Mossman? ¿Que Danehof le sonaba a nombre de cerveza danesa?

Franck hizo una pausa. Se frotó los ojos e hizo acopio de toda la energía que le quedaba antes de terminar:

—Pero basta de informaciones. ¿Queréis saber mi opinión? Creo que él *no* es nuestro hombre. Si lo fuera, su organización ha gastado una gran cantidad de dinero y energía para acabar con Niels Oxen. Y si se le presentara de este modo, en mitad de la noche y en bandeja de plata, jamás en la vida lo habría dejado marcharse así. No; no tiene sentido. Sixten Kopparstierna no es el jefe del Danehof.

—Gracias, Margrethe. Lo que nos lleva directamente a la siguiente pregunta: ¿quién es entonces?

El maltrecho Mossman aún podía sonreír. Disfrutaba de estos ejercicios intelectuales.

Margrethe tomó la iniciativa.

—No encaja en la imagen tan a la perfección como Sixten, pero creo que es uno de los otros seis. Uno de los hombres que Sigrid visitó por aquel entonces. Déjame pensar por un momento… En orden cronológico, Sigrid estuvo con las siguientes personas…

Margrethe Franck entornó los ojos con fuerza para concentrarse. Entonces recuperó mentalmente todos los nombres:

—El entonces secretario de Estado en el Ministerio de Justicia Lars Poulsen, el ministro de Justicia Søren Høj, el jefe de la Policía Franz Østergård, el presidente del Tribunal Supremo Johan Wolf-Witte, el fiscal general Henry Poppel y finalmente el entonces procurador general contra el crimen empresarial, Sigurd Månsson. La visita de Sigrid a uno de estos hombres fue su sentencia de muerte.

—En realidad no tenemos ninguna prueba de que el accidente en la autopista fuera planeado, ¿verdad? —Fue Sonne quien habló con cautela.

—No, pero todos los que estamos aquí hemos experimentado de primera mano lo que significa interponerse en el camino del Danehof —dijo Franck.

—Oxen, ¿tú qué opinas? —preguntó Mossman.

Había esperado la pregunta. Y había pensado bien la respuesta.

—Si Sixten Kopparstierna es el líder del Danehof del Este, entonces no entiendo a qué han venido sus maniobras esta noche. Dejarnos vivir ha sido algo completamente ilógico, a menos que el Danehof haya cambiado su estrategia y quiera explotarnos con algún propósito

que desconocemos en este momento. Pero no lo creo. Lo veo como Margrethe. Debemos buscar a nuestro hombre en otra parte.

—¿Christian? —Mossman miró a su sobrino.

—Yo digo lo mismo: no es lógico. No es él.

Los jóvenes lo miraron inquisitivamente. Con ojos cansados y los párpados pesándoles en sus rostros pálidos (pero aun así significativamente más jóvenes que el suyo), los tres habían puesto su peso en la balanza. Ahora era su turno.

Desde un punto de vista estratégico, la imagen no estaba del todo clara en este momento, así que era cuestión de ganar tiempo y esperar a que se levantara el telón. Debía ser paciente hasta que algo sucediera. Después de todo, él aún tenía su comodín. Su información era oro puro, y en tiempos tormentosos el oro era un valor seguro. Siempre había sido así, y así seguía siendo. Al final, el premio era solo cuestión de tiempo y de dar con la situación adecuada. Y el extraño comportamiento de Sixten Kopparstierna le había hecho pensar que su as en la manga no dejaba de tener cada vez más valor.

El rico sueco iba a ser víctima de un intento de asesinato planeado por Karin «Kajsa» Corfitzen y Villum Grund-Löwenberg. Había muchos indicadores que sugerían que sucedería en el agua, cuando Kopparstierna se dirigiera a su isla privada en Bolmen, o cuando abandonara su finca.

Estuvo cerca de revelar esa información en el castillo, pero su intuición se lo impidió. Todavía estaba en una posición extremadamente ventajosa.

—*Well*, solo quedo yo por dar mi opinión… He visto a Kopparstierna de cerca. Su actuación fue muy convincente. Le creo cuando dice que no tiene idea de quién o qué es el Danehof. Y todo este asunto de los micros y los desconocidos rondando por su castillo de noche lo ha enfadado de verdad, como era de esperar. Mi olfato también me dice, como a vosotros el vuestro, que *no* es él. Que Sixten Kopparstierna no es más que un hombre poderoso que detesta llamar la atención y que no da mayor importancia a la figura de un jefe de inteligencia jubilado. Así que dirijamos nuestra atención a los otros seis hombres que visitó Sigrid. Sugiero que nos volvamos a encontrar aquí mañana y propongamos un nuevo plan de batalla. Intentaré encontrar a un antiguo empleado dispuesto a vigilar la casa de Lundbye en Rødovre. Tenemos que ser los primeros en saber cuándo regresa. Y eso es suficiente por hoy.

Volvieron a poner sus sillas en la mesa y él recogió las tazas de café. Estaba bien acabar ya por hoy.

Incluso Oxen parecía cansado. Y mientras tanto, un latido sordo

sonaba también en su cabeza. Necesitaba con urgencia una buena dosis de sueño.

Oxen se puso la chaqueta y dio a los otros dos las últimas instrucciones:

—Estamos a unos treinta minutos de mi habitación. Iremos por separado, con unos minutos de diferencia. No lo olvidéis…

El móvil de Margrethe Franck indicó que había recibido un mensaje.

Automáticamente, ella lo cogió y lo miró. Oxen esperó.

—¿Todo bien, Franck? —preguntó.

Ella no respondió, solo miró su teléfono con incredulidad. Luego maldijo en voz alta.

Sonne y Oxen se volvieron hacia ella, y Mossman dejó inmediatamente la taza y el termo.

—¿Qué pasa, Margrethe? —preguntó.

—Esperad, esperad…

Franck siguió leyendo, concentrada. Luego empezó a hablar sin apartar la vista de la pequeña pantalla:

—¿Recordáis cuando os dije que pediría a un antiguo contacto que pirateara los ordenadores de Sixten, Barbro y la Fundación? Pues bien, lo ha hecho… y me acaba de reenviar un correo electrónico que Barbro ha recibido hoy. Es de Sixten. Un sobrio resumen de lo ocurrido hoy en el castillo. Y al final escribe, cito: «Entonces Axel Mossman vino a hablar conmigo para llevarse a su gente a casa. No pareció muy emocionado cuando propuse en voz alta avisar a la Säpo. Pero estate tranquila, querida hermana. No he dicho una palabra sobre el Danehof. Cuando me dijo el nombre, fingí que nunca había oído hablar de él. Sin embargo, debemos discutir la situación lo antes posible. Sugiero que nos encontremos en tu casa mañana por la noche. ¿Tal vez puedas cocinar algo delicioso? Saludos cordiales, Six».

Los tres miraron a Margrethe Franck. Nadie dijo nada. Eran cuatro figuras mudas, exhaustas y sumidas en sus pensamientos. Fue él mismo quien finalmente rompió el silencio:

—Vaya con mi viejo olfato… Así que Sixten nunca había oído hablar del Danehof. Ajá… Tal vez deberíamos volver a sentarnos, ¿no?

Los demás asintieron. Y suspiraron.

Mossman, en cambio, sintió fuerzas renovadas. El cansancio y el dolor de cabeza habían desaparecido.

El valor de su carta escondida acababa de subir.

76

El aire olía maravillosamente, a algas secándose en la arena, y el agua brillaba bajo el sol. Se sentaron en su extremo preferido de la isla, en la costa noroeste, allí donde se elevaba el acantilado.

Amaba este lugar como a ningún otro.

Era la primera vez que invitaba a su protegido a la isla. Una visita que no pretendía ser más que uno de los pasos finales de un proceso que bien podría ser visto como un traspaso de negocio.

La decisión estaba tomada. En la primera reunión de otoño presentaría a su sucesor. Entonces se acabaría. Pasaría el testigo de la responsabilidad. Y dejaría de ser el líder del Danehof del Este y, por tanto, de toda la organización.

Entonces podría dedicarse a caminar por su isla sin pensar en asuntos importantes y tener que tomar decisiones trascendentales. En un glorioso día de primavera como hoy, se sentía especialmente emocionado. Sabía que estaba haciendo lo correcto.

Habían estado sentados juntos en la oficina de su casa desde primera hora de la mañana, repasando en detalle hasta la más pequeña ramificación de la estructura administrativa, así como, por supuesto, la columna vertebral financiera de la organización.

El foco principal se centró en las distintas fundaciones empresariales y en cómo tratarlas para lograr el mayor retorno económico posible y asegurar la libertad de acción de la organización.

Era importante que su sucesor tuviera una visión completa. Aunque, por supuesto, él siempre seguiría cerca, al menos hasta que fuera demasiado viejo y frágil para pensar con claridad.

Después del almuerzo habían ido a dar un paseo. Por un lado, para despejarse la cabeza, pero por otro también porque quería mostrar a su invitado esta joya que estaba tan orgulloso de poseer.

Se detuvo y señaló unas rocas en la arena.

—¿Nos sentamos allí y tomamos un café? Aquí, junto a la pared del acantilado, quedamos bien protegidos del viento.

Su invitado asintió.

—Sí, fantástico.

Se sentaron, cada uno en una de las piedras que la Edad de Hielo decidió convertir en asientos perfectos para descansar. Sacó de su pequeña mochila un termo Stanley y dos tazones, los sirvió y le entregó un café humeante a su protegido.

Permanecieron en silencio, contemplando el horizonte, allá donde el mar se encontraba con el cielo.

—Las costas danesas están amenazadas —dijo en voz baja—. Aunque sea difícil de imaginarlo en un día como hoy y en un lugar como este.

—Sí, y de muchas maneras —dijo su invitado.

Luego volvieron a guardar silencio. Costas amenazadas… Literal y metafóricamente. No había tenido la intención de hablar del tema. Simplemente, de pronto le había parecido que tenía sentido. Aquí. Ahora. En el traspaso de poderes a su sucesor, las costas —literales o no— eran de gran importancia.

—Por cuanto hace a la amenaza inmediata contra la naturaleza —dijo al fin—, siempre nos hemos concentrado solo en la economía, en las condiciones de trabajo, el mercado laboral, la rentabilidad, los fundamentos legales y la política social. Quizá hayamos considerado el medio ambiente como una especie de lujo que no podemos, o no queremos, permitirnos. Creo que ya es hora de incluir el tema en nuestra agenda y garantizar que el desarrollo se dirija en la dirección correcta. Tal vez deberíamos incluso pensar en comprar al ministro de Medio Ambiente o ponerlo de nuestro lado de alguna otra manera.

La respuesta de su protegido llegó sin dudarlo:

—Siempre ha habido una amplia mayoría política en el país a favor de adoptar un rumbo restrictivo a la hora de proteger nuestras costas. No debería ser difícil volver a esa actitud.

—Durante los últimos años ha podido parecer que Dinamarca estaba, por así decirlo, en una especie de venta de liquidación. Tras la crisis financiera, todas las convicciones quedaron repentinamente en jaque, aunque solo fuera por un puñado de turistas y algunos nuevos empleos. Pero, precisamente, esa visión cortoplacista de las ganancias ha supuesto el principio del fin. Proteger cuidadosamente nuestros siete mil kilómetros de costa debería ser un principio marcado a fuego. La premisa es bastante simple: la naturaleza es nuestra posesión más valiosa. Por eso los alemanes vienen aquí de vacaciones. No porque estemos construyendo piscinas con entretenimiento o transformando las costas en parques de atracciones. Por el amor de Dios, eso es una tontería.

—Por lo general, estas ideas suelen escucharse desde un lugar completamente distinto del hemiciclo —dijo su invitado con una sonrisa irónica—, pero estamos totalmente de acuerdo. Me gustaría poner este tema en la agenda.

—Aquí es donde Kajsa Corfitzen tiene que involucrarse y fortalecer las actividades del Consilium. El tiempo se está acabando, y no solo para las costas; también para nuestros ríos y arroyos. No podemos dejar la administración de la naturaleza a los agricultores y quedarnos de brazos cruzados mientras estos redactan sus propias leyes y reglamentos. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Dejar que los ríos artificialmente reconducidos recuperen sus cauces?

—Hace poco leí sobre un terrateniente que arrasó cuatro dólmenes. Me quedé sin palabras.

—También terminan convirtiendo las aceras públicas en tierras de cultivo. Tenemos que examinar todo el asunto cuidadosamente y considerar cómo actuar mejor y con mayor responsabilidad respecto a nuestro medio ambiente.

—¿Está pensando en alguien específico?

Su anfitrión se volvió hacia él.

—Desde que disolvimos los distritos y los dividimos en cinco regiones como parte de la reforma estructural, la protección y la administración del medio ambiente están bajo la responsabilidad de los municipios. Pero con eso, toda la experiencia se ha perdido. Algunos municipios son simplemente incompetentes, y el hecho de que las responsabilidades se distribuyan de manera local desafía en última instancia todo el sentido común político.

—Este es un gran desafío estructural. Delegar tales temas a las regiones debería quedar fuera de discusión. Ya están lo suficientemente abrumadas con solo administrar los hospitales. En mi opinión, deberían derogarse. Me refiero a las regiones.

—Exacto… Es justo eso.

Durante la selección de su protegido hubo muchos factores que jugaron un papel relevante: cualidades como la energía vital y la capacidad de previsión, pero también un intelecto sobresaliente y una cierta actitud de líder. Que al hablar con él uno tuviera la impresión de estar escuchando una voz importante.

Él disfrutaba de la compañía de su sucesor. A veces hasta se descubría a sí mismo albergando sentimientos casi paternales por él. Pero, de hecho, solo estaba siendo responsable y cumpliendo con su deber. Mirando hacia el pasado y también hacia un futuro que debería forjarse en equipo.

Se quedaron en silencio, ahí sentados, durante un rato, con las

tazas de café en las manos. Una bandada de gaviotas pasó chillando junto a ellos.

—Tampoco debemos olvidar la amenaza que, en sentido figurado, se cierne sobre nuestras costas —dijo en voz baja—. Realmente, tenemos mucho que hacer…

—¿Ha visto las cifras actuales de refugiados? Las han publicado esta mañana. Un veinticinco por ciento más de lo esperado.

—Echo de menos una UE decidida. Y desearía que alguien aquí finalmente usara su cabeza.

Su invitado asintió en silencio y miró el agua. Luego respondió, con calma y deliberadamente:

—Una cosa es segura: no queremos volver a ver fotos de refugiados caminando por las autopistas danesas. Y no creo que debamos volver a coger sus joyas y relojes. Tenemos que mostrar decencia, pero también ser realistas. Tenemos que lograr que se marchen de nuevo, y que lo hagan lo antes posible. No podemos llevar el peso del mundo sobre nuestros hombros. Será una tarea abrumadora.

—¿Y eso no te asusta? ¿El alcance? ¿La complejidad?

—Las grandes tareas exigen grandes responsabilidades… Acepté la oferta porque quiero cambiar el mundo.

Eso le complació. Todo lo que se había dicho alegró su corazón. De hecho, ese breve rato pasado en las rocas de la playa podría haber sido el mejor que había compartido con su sucesor.

—Nuestra fuerza radica en que podemos, y debemos, distanciarnos del populismo político. Esto me lleva a pensar que encontraremos buenas soluciones. Hemos hablado de muchos aspectos interesantes en pocos minutos, y todo porque estábamos aquí sentados y me ha dado por pensar en las costas… ¿Qué tal si continuamos?

77

La ministra de Justicia, Helene Kiss Hassing, sonrió alegremente cuando entró en su oficina. Eran solo las ocho y media y el Ministerio aún estaba bastante tranquilo. La jefa, sin embargo, parecía muy alegre.

—¡Hola, Per! ¡Buenos días! ¿Tan temprano y ya en marcha? Me alegro de verte.

—Igualmente. ¿Siempre empiezas tan temprano?

—Llevo aquí ya un buen rato. Son las horas que más me gustan. A cambio, algunas veces acabo de trabajar antes, cuando los niños me necesitan.

Habían empezado a tutearse. No es que eso significara nada demasiado trascendental, pero sí que estaban en la misma onda. Que entre ellos se estaba forjando una cierta intimidad. Que estaban poniendo los cimientos de una buena relación. El resto debería construirse con cuidado.

—¿Tienes tiempo para un café? A mí me iría muy bien tomarme uno.

La ministra se levantó y, sin esperar respuesta, se acercó a un aparador sobre el que había una bandeja con tazas y un termo. Sirvió dos tazas.

—Ven, sentémonos aquí.

Lo precedió hasta un rincón de la oficina, en el que había dos sofás algo duros y de líneas discretas, dos sillones y una mesa baja en la que colocó los cafés.

—Gracias. Un pequeño respiro siempre sienta bien. En este momento el infierno se está abriendo bajo nosotros. ¿Estás ya al tanto de lo de los mil millones de dólares? —preguntó.

—Por supuesto. Devoré cada palabra del informe.

—Pues hay novedades. Pensé que te gustaría saberlas antes de que se publiquen.

La ministra enarcó sus cejas perfectamente depiladas.

—¿Aún más?

Él asintió.

—Pues sí… El informe saldrá mañana. Parece que se habrían robado 2900 millones de coronas *más* de las que el SKAT había supuesto inicialmente.

La ministra puso los ojos como platos.

—Dos mil novecientas… ¿además de los 6200? ¡Santo cielo! ¡Son más de nueve mil millones de coronas desaparecidas! ¡Como si fuera la cosa más fácil del mundo!

—Sí, es una cantidad asombrosa. Y aún podría crecer si profundizamos en el tema.

Helene Kiss Hassing sacudió la cabeza con incredulidad.

—Realmente, no me extraña que los ciudadanos tengan la impresión de que todo está saliéndose de madre —dijo finalmente—. ¿Y cómo lo lleváis, Per?

—Bien, diría. Tengo a todos los empleados disponibles trabajando en ello. Por supuesto, todavía estamos en la fase preparatoria, que consiste en recopilar hechos. Pero el asunto parece prometedor. Si todo va bien, la próxima semana embargarán varias cuentas extranjeras en Londres. Y esto es solo el comienzo. Ahora mismo estimamos que hay más de dos mil solicitudes de reembolso.

—Todavía no me puedo creer que un fraude tan grande haya pasado desapercibido. Eso no es tomarnos el pelo, sino la melena entera —dijo la ministra, sacudiendo la cabeza.

—Hay algo insólito en todo ello, sí… Tenemos una tarea difícil y compleja por delante. Sabemos que algunas de las empresas tienen su sede en lugares oscuros como Belgrado, Sofía y Bucarest, pero otras en Estocolmo, Reikiavik y Berlín.

—Una red enorme. ¿Os habéis puesto un plazo?

—No, no quiero comprometerme innecesariamente. Pero, por supuesto, trataremos de avanzar lo más rápido posible para que las empresas y el dinero no se evaporen mientras tanto.

La ministra dio un sorbo al café y volvió a sonreír.

—Buen trabajo. Realmente tienes mucho trabajo por delante, no hay otra forma de decirlo.

Él asintió y le devolvió la sonrisa.

—Hay algo más, Helene —dijo—. No he tenido tiempo de profundizar en el Danehof, pero se me ha ocurrido una idea… Si Axel Mossman es realmente tan conocedor de esta historia o del círculo conspirador… ¿por qué no lo traemos aquí como asesor? Podríamos pedirle que lo escribiera todo. Debería fundamentar sus afirmaciones, por supuesto, pero… Bueno, eso suponiendo que estemos convencidos

de que el hombre aún está en su sano juicio.

Ella lo miró pensativa y asintió. Se podía ver que estaba reflexionando cuidadosamente su respuesta y buscando las palabras correctas.

—Humm… ¿Mossman?

—Solo era una idea…

—Cuando era niña, Per, tenía un acuario con un montón de guppies de colores. Con el tiempo se me hizo un poco aburrido ver el mismo tipo de peces cada día, así que cogí mis ahorros y me fui a la tienda de mascotas. El joven me recomendó un pez muy interesante; era alargado y tenía un brillo azulado, como la madreperla. Era precioso. Desafortunadamente, más tarde descubrí que ese pez era en realidad una especie de lucio en miniatura. Tardé en darme cuenta de que había cada vez menos guppies en el acuario, pero una mañana vi una colita roja que sobresalía de la boca del hermoso pez largo. Humm… Yo tendría mucho cuidado con sacar a Axel Mossman de su cueva. Démosle una vuelta más, a esa idea, ¿te parece?

78

No habían dejado de vigilar los espejos retrovisores desde Tuborg Havn hasta Kokkedal. Si John Smith estaba por ahí, en alguna parte —y eso era de esperar—, cualquier precaución era poca.

L. T. Fritsen condujo la furgoneta por la avenida Lange-Müller. Su mecánico había vuelto a aplicar las letras de la última vez, A. K. DREYER – ELECTRICISTA, en ambos lados del vehículo.

Pronto estarían en casa de Mossman, una casa unifamiliar grande y sobria en la que el exjefe de inteligencia llevaba muchos años viviendo con su mujer, que era doctora, y entonces le entregaría lo que acababan de sacar de un tejado: el disco duro de un dispositivo de escucha. Lo llevaba en su regazo y esperaba que fuera de gran ayuda…

Ya habían pasado tres días desde que su reunión nocturna terminó con el sorprendente correo de Sixten Kopparstierna a su hermana Barbro. «Pero estate tranquila, querida hermana. No he dicho una palabra sobre el Danehof».

—Tú… Mi esposa y yo hemos pensado… Cuando todo este lío termine y no tengas que andar mirando por encima del hombro todo el tiempo… Bueno, nos gustaría invitarte a cenar en algún momento. ¿Qué te parece panceta de cerdo crujiente con salsa de perejil? ¿Te apetecería?

Avanzaron lentamente por el callejón sin salida. Fritsen lo miró.

—Esa es mi comida favorita. ¿Aún lo recuerdas? Dile a tu esposa que estaré encantado de aceptar la invitación.

Toda la historia de su captura en el castillo, su posterior liberación y finalmente el correo electrónico los había dejado a todos paralizados, incluso a Mossman. Era como una carrera de obstáculos. Estaban acostumbrados a los obstáculos, en realidad, pero ahora se sentían como si los hubieran congelado en mitad de un salto, en pleno movimiento. Pendían en el aire. No habían fallado, pero tampoco habían superado el obstáculo. La película, sencillamente, se había

parado.

Nadie sabía cómo proceder ahora. Las tramas y los motivos apuntaban en distintas direcciones. En aquel momento, cuando leyeron el correo de Sixten, se sentaron todos inmediatamente y se pusieron a darle vueltas al tema, aunque todos estaban muertos de cansancio.

El contenido del mensaje no aportaba *ninguna* prueba de que Sixten Kopparstierna fuera el líder del Danehof del Este, pero tampoco probaba lo contrario. Solo evidenciaba que la sombra más poderosa de Dinamarca había mentido descaradamente.

Llevaban tres días tanteando en la oscuridad. Volver a acercarse a Kopparstierna, o a su hermana, había quedado totalmente descartado. Su intento de colocar escuchas telefónicas en el castillo había fracasado, y no había nada más que decir al respecto. Como no podían avanzar en ese sentido, decidieron buscar en otra parte: fue entonces cuando descubrieron que Villum Grund-Löwenberg había estado en Copenhague los últimos cuatro días y que probablemente se había hospedado en su apartamento de Tuborg Havn.

Si Sixten realmente era el líder del Danehof del Este, seguro que el incidente del castillo había generado dudas de seguridad en el círculo interno y había muchas posibilidades de que el disco duro contuviera información relevante al respecto. Por eso habían ido a buscarlo. Recogerlo había sido cosa de unos minutos. Al fin y al cabo, eran electricistas, ¿y quién no estaría dispuesto a abrir la puerta a un electricista?

Ahora todo lo que podían hacer era esperar que la pequeña cajita que llevaba en la mano fuera realmente la clave del éxito.

Fritsen puso la marcha atrás frente al garaje de Mossman. Dejó que su mirada recorriera la calle de izquierda a derecha y no vio nada sospechoso. No había nadie en los coches estacionados en la acera. No le habría sorprendido que el mercenario inglés hubiera vuelto a vigilarlos… Al igual que Mossman, que tenía un hombre estacionado las veinticuatro horas frente a la casa de Lundbye, en Rødovre.

Cogió su móvil y llamó. Habían acordado comenzar cada llamada con una palabra clave en ambos extremos de la línea para indicar que la llamada era voluntaria. La palabra clave había sido idea de Margrethe Franck.

Mossman respondió con un simple hola.

—Palabra en clave: *La llama congelada*.

—Entendido. Palabra clave: *La llama congelada* —gruñó Mossman.

—Estamos frente a tu casa.

—Sí, os veo.

—Tengo la entrega. Iré a la puerta de atrás.

Salió y Mossman lo dejó entrar.

—Espero que encuentres algo realmente interesante…

Le entregó a Axel Mossman la pequeña caja negra con el receptor y el disco duro.

—Me pondré manos a la obra y lo escucharé todo. Esta noche, a lo sumo, tendréis la transcripción completa —dijo Mossman.

—Está bien, Fritsen me dejará cerca de mi habitación. Te veo luego.

Regresó a la camioneta y subió.

—Vamos, Fritsen. No más trabajos de electricista por hoy.

—De modo que Axel Mossman vive aquí —dijo Fritsen—. De alguna manera, había imaginado que su casa sería diferente… más extravagante. Esperaba una villa o algo así.

Oxen se encogió de hombros. Había pensado lo mismo cuando estuvo aquí por primera vez. Pero Axel Mossman claramente valoraba la riqueza espiritual por encima de las posesiones terrenales.

—Por cierto, mi esposa y yo hablamos de otra cosa —comenzó de nuevo Fritsen mientras conducían por la calle.

—¿Sí?

—Bueno, si recuperas tu vida y las cosas se arreglan un poco… es decir, *cuando* recuperes tu vida y las cosas se arreglen un poco, y eso incluye a Magnus… nos gustaría verte más a menudo. Por supuesto, solo si tú quieres. Pásate por casa, Niels. Come con nosotros. Podríamos ir al fútbol juntos. La familia de mi esposa tiene una residencia de vacaciones en Djursland. Vamos allí una vez al año en verano y otra en otoño o invierno. Siempre serás bienvenido. También puedes alquilarla. Así que… bueno, solo quiero que sepas que estamos aquí, ¿de acuerdo?

Oxen sonrió y dio unas palmaditas en el hombro de Fritsen.

—Gracias, amigo. Tú no te olvides de ir mirando el espejo retrovisor, ¿de acuerdo?

A las diez de la noche volvió a casa de Mossman. Tomó la ruta habitual por el jardín, después de asegurarse de que todo estaba en paz en los alrededores.

Ahora estaba sentado en el sótano, con una taza de café, y oyó que Mossman bajaba las escaleras con Franck.

Se saludaron, se sentaron en sus sitios habituales y se prepararon. Ciertas rutinas habían ido asentándose ya, lentamente, en el sótano de Mossman.

—Como recordaréis, mi sobrino no vendrá hoy. Tiene que cuidar a las niñas —dijo Mossman.

Él no lo escuchaba. Sus pensamientos estaban ya dando vueltas en torno a las hojas de papel que Mossman iba moviendo mientras hablaba:

—Aquí está la grabación del apartamento de Grund-Löwenberg —dijo dando a cada uno una copia impresa, y luego continuó con una expresión sombría—: Podéis leerlo cuanto queráis, pero la versión corta es que no he encontrado nada útil. Sí he oído mucho… coito, con sus correspondientes… ruidos, y mucho de hablar de sus trabajos. Por supuesto, también charlan sobre el Danehof, el futuro de la organización y el *think tank*, pero el líder del Danehof del Este no se menciona por su nombre. Sea como fuere, y por si alguien aún tenía dudas, ahora sabemos con certeza que el líder del Este es un hombre, pues hablan de «él» en un par de ocasiones. Bueno, leedlo vosotros mismos.

Intercambiaron una mirada significativa. Franck tenía profundas arrugas en la frente. Estaba pálida como siempre, pero los círculos oscuros debajo de sus ojos no eran tan negros como la última vez.

Buscó en su interior. La última oportunidad que había visto se acababa de hacer añicos. Toda la intervención telefónica había sido una completa pérdida de tiempo. John Smith había escapado. Habían gastado su última bala.

Dejó que los dos leyeran sin interrupciones mientras los observaba en secreto. Sus ojos recorrieron rápidamente el texto y dieron la vuelta a la página casi al mismo tiempo. Margrethe Franck con un poco de ventaja.

Eran dieciséis páginas A4 muy densas. Había usado mucho de lo que realmente se había dicho. Algunos fragmentos eran pura invención, pero se había esforzado por hacer que todo sonara realista y reflejara el tono que utilizaban Villum Grund-Löwenberg y Karin «Kajsa» Corfitzen.

No se sentía como un traidor, aunque por supuesto había manipulado el registro de escuchas telefónicas. Había eliminado la parte del intento de asesinato que podría tener lugar en una isla. Filtrar la información siempre había sido una de sus funciones.

Todavía no sabía cuándo Corfitzen y Grund-Löwenberg querían liquidar a su líder. La planificación se había pospuesto. Pero eso no hizo que su ventaja fuera menos valiosa.

—¡Vaya mierda…! ¡Esto no nos lleva a ningún sitio!

Margrethe, exasperada, tiró los papeles sobre la mesa.

Finalmente, Niels Oxen levantó la cabeza. Su mirada estaba perdida en la lejanía. Parecía estar mirando un punto invisible en la pared. El cerebro del veterano de guerra probablemente estaba

tratando de ir más allá. Le habían enseñado que quedarse quieto era una situación indeseable cuando la orden era «penetrar y avanzar».

Mossman habría pagado por obtener una grabación de los pensamientos de Franck y Oxen en ese instante…

Su móvil sonó. Lo había dejado junto a la ventana y ahora tenía que levantarse para atenderlo. No estaba acostumbrado a recibir llamadas tan tarde, pero el número le resultaba ligeramente familiar.

—Al habla Mossman.

—Buenas noches, señor Mossman, aquí Sixten Kopparstierna. Perdón por llamarlo a estas horas.

—No… no importa.

—Espero que no estuviera durmiendo.

—No, no.

—Lamento mucho interrumpirle en este momento, pero… a mi hermana y a mí nos gustaría verlo.

—Ah, claro…

—Y si cree que tiene sentido, traiga a su… personal con usted. Sugiero que nos encontremos en nuestra fundación mañana por la mañana a las once. Ya conoce la dirección de la calle Havne. A Barbro y a mí nos gustaría hablar con usted sobre el Danehof.

79

A la reina de Dinamarca la conoció cuando le entregó, hacía una eternidad, la Cruz al Valor en la ceremonia en el Kastellet. A esta reina, en cambio, nunca le había estrechado la mano. Hasta ahora.

—Bienvenido, señor Oxen. Me han dicho que está usted tallado en una madera especial. Encantada de conocerle. Sígame, por favor.

La propia Barbro Kopparstierna lo había recibido en el ascensor y ahora lo conducía a la sala de reuniones de la fundación. Había llegado el último a la calle Havne.

La mujer llevaba una falda negra, sencilla, con un *blazer* también negro, un collar de perlas y unas sutiles perlitas en las orejas. Hizo un gesto hacia una de las sillas vacías en la mesa ovalada y le pidió que se sentara.

Oxen tomó asiento junto a Margrethe Franck. Al otro lado de la mesa estaba Axel Mossman, vestido con traje. Barbro Kopparstierna se sentó junto a Sixten en la cabecera de la mesa.

—Bueno, ya estamos todos —dijo—. Gracias por programar esta reunión en tan poco tiempo. Les debemos una explicación, por supuesto. Como sin duda imaginarán, nuestra invitación de hoy está muy relacionada con los últimos acontecimientos que compartieron con mi hermano.

Un miembro del personal trajo una bandeja con tazas y dos termos, e inmediatamente desapareció silenciosamente de la habitación.

—Por favor, sírvanse. Hay té en el termo blanco y café en el negro —indicó Barbro Kopparstierna.

Esperó hasta que todos se hubieron servido, y luego continuó:

—Pero la verdadera razón nace en la época en que mi esposo aún vivía. Más precisamente, en su último año. Su nombre, como sabrán, era Knud Klint Kopparstierna y fue el fundador de la empresa que aún hoy es propiedad del Fondo Kopparstierna. Mi esposo murió relativamente joven de un ataque al corazón. Tenía solo cincuenta y dos años. En ese momento estaba en la cima de su carrera. Estaba

construyendo algo realmente grande. Tenía una energía tremenda y rara vez decía que no. Todos querían trabajar con él. La descripción más sencilla de mi esposo sería que perseguía sus objetivos con pasión ardiente. Era, sin duda, un hombre de negocios extraordinariamente capaz, pero sobre todo estaba movido por una virtuosa idea del humanismo. La mayor motivación de Knud era hacer algo bueno por la sociedad, y los medicamentos de su empresa tenían que mejorar la vida de las personas.

Barbro Kopparstierna dio un sorbo a su taza, la dejó con un movimiento tranquilo y continuó en un tono suave, sin tener que buscar palabras siquiera:

—Mi esposo estuvo involucrado en muchos círculos, principalmente en un contexto empresarial. Y en algún momento me habló de un grupo especial, una suerte de red, cuya misión era servir a Dinamarca y a la causa danesa. Sin embargo, mi esposo tuvo la impresión de que esa red a veces recurría a medios que podrían calificarse como criminales. Pues bien, ese círculo de hombres nunca aparecía en público. De ninguna manera. Siempre se relacionaba en secreto y estaba rodeado por un muro de silencio. Ahora pienso que sería más apropiado hablar de una *esfera de poder*. Esta esfera se llamaba Danehof. A mi esposo aquello fue gustándole cada vez menos. No coincidía con su estado de ánimo. Él y yo hablamos del tema en un par de ocasiones. Una vez me dijo que estaba considerando unirse a ellos, pero solo para destapar sus acciones antidemocráticas. Sin embargo, su agenda acabó llenándose de otros temas y fue como si el Danehof no hubiese existido nunca.

Sixten Kopparstierna levantó discretamente un dedo.

—¿Sí, Sixten?

—Solo quería apuntar algo. Por si encuentran extraño que Knud se olvidara de todo ese tema tan repentinamente, la explicación es muy simple: por aquel entonces, Kobberstjerne Pharma International estaba a punto de lograr un gran avance con dos productos de primera línea. Lo que hoy llamaríamos un éxito de taquilla, y es perfectamente comprensible que la atención de mi cuñado se dirigiera a otras áreas.

Barbro se hizo cargo de nuevo de la explicación.

—Gracias… Sí, fue un momento difícil y exigente. Y el mayor éxito que mi esposo iba a experimentar. Trabajaba sin parar por aquel entonces, y por lo visto no le quedó tiempo para dejar nada por escrito. Así que no puedo aportar datos suyos personales. Ninguna entrada de diario; ni siquiera una nota arrugada. Nada que disipe la sombra de desconfianza que he arrastrado conmigo durante tantos años.

Un tenso silencio cayó sobre la habitación cuando ella hizo una pausa. Barbro Kopparstierna volvió a sostener frente a sus labios la taza de café, con mano firme, y por un breve momento su mirada pareció posarse en cada uno de ellos.

Todos esperaron atentamente a que la impresionante dama de pelo blanco al fondo de la mesa siguiera hablando.

En el caso de Axel Mossman, parecía como si cada músculo bajo su arrugada piel estuviera tenso hasta el punto de romperse.

Barbro Kopparstierna carraspeó.

—Mi marido murió hace veintiún años. Fuimos a la ópera de Copenhague para ver el *Tannhäuser* de Wagner. Cuando acabábamos de regresar a nuestros asientos después del descanso del primer acto, Knud me dijo que no se encontraba bien. Quince, tal vez veinte minutos después, lo encontraron muerto en el baño de hombres. Al principio, cuando todo seguía siendo un caos, la sospecha no penetró en mi conciencia. A mi esposo le hicieron una autopsia porque era quien era y porque no tenía antecedentes médicos, pero no se encontró nada que diera lugar a hacer más preguntas. «Arritmia primaria repentina del corazón», decía el informe de la autopsia. En otras palabras, una arritmia cardíaca sin causa reconocible. Un número sorprendente alto de hombres jóvenes muere de esta manera. Pero poco a poco una duda fue asentándose en mi interior. Una duda muy persistente. ¿Y si alguien había matado a mi marido? ¿Y si se había interpuesto en el camino de otros? ¿Y si había alcanzado demasiado éxito? Knud era fuerte y estaba sano. Una muerte así no tenía ningún sentido.

Franck se inclinó hacia delante en su asiento. Mossman miró por debajo de sus pobladas cejas, que habían formado un profundo pliegue vertical. Y él mismo sintió que una extraña sensación de alivio recorría su cuerpo. En algún momento saldría todo, y las sombras se convertirían en luz.

Su investigación no había terminado. Podían reanudar su lucha.

La voz de Barbro Kopparstierna lo sacó de sus pensamientos.

—Me quedé rota por el dolor. Al borde del colapso. Así es como lo recuerdo. Devastada un día. Demasiado pragmática al siguiente. Revisé todos los documentos, todo lo que pertenecía a Knud. Como he dicho antes, él no dejó nada por escrito. Pero, por supuesto, tenía un horario, y vi que un día, bajo la entrada de una reunión vespertina ordinaria en su despacho, había escrito «Danehof» con letras muy pequeñas. Esas siete letras son lo único que he encontrado sobre el tema. Mi desconfianza creció más y más. Y en algún momento se me fue de las manos y enfermé. Aparte de esta entrada en su diario, solo

me quedaban las conversaciones y las charlas que mantuvimos. Pero todos aquí sabemos que la palabra hablada es fugaz como el viento. En algún momento, la rutina se impuso de nuevo. Solo que ahora todo era diferente. Knud se había ido. Había cosas importantes que había que decidir. Tenía que encontrar mi camino de regreso a la normalidad. Para recuperarme a mí misma, pero también a la empresa y a nuestros muchos empleados. Año tras año desde la muerte de mi esposo, Sixten y yo hemos ido prosperando y hemos logrado un gran éxito. Y así hasta hoy… Bueno, probablemente ya conozcan el estado actual de nuestra fundación. Sixten, ¿tal vez te gustaría hacerte cargo de la conversación en este momento?

Barbro Kopparstierna asintió con una sonrisa apenas visible y se reclinó en su silla.

Su hermano habló. Estaba tan tranquilo como ella. Apoyaba los brazos sobre la mesa; los dedos de las manos entrelazados.

—Quizá debería comenzar diciendo que mi hermana y yo tenemos un vínculo de confianza muy estrecho. Siempre me ha contado todo lo que le molestaba. Incluso durante el primer momento, el más difícil, después de la muerte de mi cuñado. Verán… No existe una fórmula matemática para calcular una sospecha. Nosotros no podemos hacerlo; nadie puede. ¿Cuán grande debe ser una duda para que exista? ¿Cuánto tiene que pesar? Yo soy abogado. Al final, no me quedó más remedio que tratar de evaluarlo todo objetivamente y darme cuenta de ello: no teníamos *nada*. Nada a lo que aferrarnos. Nada que nos ayudara a continuar. Solo la sombra de una inquietante sospecha. Pero la vida debía seguir. El grupo exigía nuestro pleno compromiso. Como acaba de decir mi hermana, ustedes ya saben dónde se encuentra hoy Kobberstjerne Pharma International. La vida continuó… hasta el día en que Sigrid Ryttinger Bulbjerg nos pidió que habláramos con ella. Vino aquí, a este despacho, y cuando se fue, Barbro y yo nos quedamos en *shock*. La señora Ryttinger nos dijo que su padre moribundo escribió «Danehof» en el suelo con su propia sangre. Nos dijo que había encontrado unas notas entre sus pertenencias que podrían interpretarse como que su padre había recibido el encargo de reclutar a Knud Klint Kopparstierna para este «círculo» de personas seleccionadas. Nos dijo, además, que mi cuñado había sido seleccionado para el puesto de gerente. El día que *frau* Ryttinger cruzó nuestra puerta, el Danehof volvió a nuestras vidas como el eco de un grito. Imaginen las pinturas de Edvard Munch. Así nos sentimos ese día. El resto de la historia ya lo conocen. Consideren nuestra invitación a esta reunión de hoy como una mano tendida por nuestra parte…

El silencio cayó como una losa sobre la mesa ovalada. Sixten Kopparstierna los miró por encima de sus gafas. El sueco estaba tranquilo, igual que su hermana.

Axel Mossman, en cambio, no podía dejar de moverse. Lo que acababan de escuchar era el tipo de mensajes que le daban vida: una información que podía doblarse y moldearse en función de un plan con el que nadie había soñado aún.

Oxen se preguntó si él era el único que podía verlo, o si Margrethe Franck, otrora colaboradora de confianza de Mossman, también lo había notado: el brillo en sus ojos. El crepitante campo de descargas eléctricas alrededor de la cabeza de Mossman.

Incluso él mismo, por primera vez desde que dejó a Tessa y Klöverö, tenía la sensación de que podían lograrlo.

Ayer Kopparstierna, la mayor potencia del país, era su peor enemigo. Hoy, su mejor amigo. Un aliado que Axel Mossman sin duda sabría utilizar.

Sixten Kopparstierna abrió los brazos.

—Pregúntenos. ¿Y tal vez podamos hablar de la situación juntos después? Hemos cancelado todas las citas para hoy. ¿Sí, Mossman?

Axel Mossman había pedido la palabra.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no la otra noche en su castillo? Eso habría facilitado mucho las cosas para todos.

—Mi hermana y yo no estábamos preparados. Sabemos que esta batalla nos agotará y nos hará enfrentarnos a recuerdos que ya habíamos enterrado. Tuvimos que discutirlo mucho y pensarlo bien primero.

—¿Y por qué no tomaron medidas después de la visita de Sigrid Ryttinger? —insistió Margrethe.

Sixten Kopparstierna asintió y dio su respuesta:

—No hicimos absolutamente nada porque estábamos paralizados. Mi hermana y yo somos extremadamente cautelosos y reservados cuando se trata de nuestro entorno. La vida nos ha enseñado a ser así. ¿Debíamos confiar ciegamente en la señora Ryttinger? Simplemente, no podíamos. No está en nuestro ADN. Además, no estábamos preparados para revelar a nadie el secreto de que mi cuñado estaba relacionado con el Danehof. Y, sin embargo, señorita Franck… Después de un tiempo hicimos grandes esfuerzos para ponernos en contacto con la señora Ryttinger. Hasta que nos enteramos de que ella y su marido habían muerto en un accidente de tráfico. Y con eso terminó nuestra relación. No llegamos más lejos. Pero su visita aquí, Mossman, y todo ese asunto en el castillo… Todo eso ha reavivado nuestra discusión, ¿no es así, Barbro?

—Han pasado años. Yo ya no soy joven. Quiero que se haga justicia. Quiero que se resuelva la muerte de mi querido marido. Si hay culpables, quiero que sean condenados. Si el Danehof existe, si esa organización antidemocrática y amoral es real, quiero que sea aplastada. Es mi decisión final.

Las palabras de Barbro Kopparstierna sonaron dulces pero categóricas. Estaba lista para poner las cosas en orden antes de despedirse ella misma de este mundo.

Su hermano intervino de nuevo:

—Al igual que a ustedes, hasta ahora nos ha faltado un punto de partida para el… plan de ataque. Por supuesto, todo tiene que estar bien pensado, pero sobre todo necesitábamos al aliado adecuado. Conocemos su larga carrera, señor Mossman, y creemos que hemos encontrado a la persona adecuada en usted. También hicimos preguntas sobre Christian Sonne, sobre usted, Franck, y sobre usted, Oxen, y nos quedamos muy impresionados. Pensamos que podríamos trabajar bien juntos, siempre que acepten, claro.

El sueco los miró a su vez.

—La situación ha dado un giro… inesperado. ¿Hay algún lugar donde los tres podamos hablar un momento en privado antes de darles una respuesta? —preguntó Mossman.

Barbro asintió.

—Pueden quedarse aquí. Sixten y yo les dejaremos el tiempo que necesiten. Detrás de la cortina hay una campana. Tóquenla cuando hayan terminado.

La sala de conferencias estaba tan tranquila como lo había estado durante las pausas en la explicación de Barbro Kopparstierna. Los hermanos acababan de salir por la puerta, dejando a su pequeño jurado tiempo para deliberar. Mossman miró a su alrededor. Su larga trayectoria en el mundo de la inteligencia le hizo buscar instintivamente dispositivos de escucha. Los pequeños aparatos podían esconderse en cualquier lugar. Debajo de una cubierta, en un conducto de ventilación, en un candelabro… En todas partes. Y era posible que, en algún lugar de la casa, Barbro y Sixten Kopparstierna estuvieran sentados, escuchando, sin más.

Oxen no sabía nada. Franck no sabía nada. Él era el único que sabía que el hecho de que Sixten Kopparstierna fuera dueño de una isla era quizá de crucial importancia. Con énfasis en el *quizá*. Dinamarca estaba llena de islas. Escandinavia estaba llena de islas. El mundo entero estaba lleno de islas… De ahí que no pudiera estar seguro. Los que descartaban posibilidades prematuramente durante una investigación a menudo acababan sin resultados.

Tenía guardado un as en la manga, pero en ese momento no tenía ni idea de cuánto valía, ni de cuándo mostrarlo ni a quién.

Franck y Oxen lo miraron. Probablemente porque había sido el jefe. Probablemente porque, de algún modo, seguía siendo el jefe de su pequeña tropa. Porque una noche oscura él les había pedido que lo acompañaran hasta las puertas del infierno.

Rompió el silencio.

—*Well*, debemos llegar a una decisión conjunta. ¿Es esta una alianza enviada del cielo o es un pacto con el diablo? ¿El correo electrónico que nuestro *hacker* encontró en el ordenador de Barbro realmente significa que los hermanos Kopparstierna estaban hablando por experiencia propia? ¿Podemos creer que el legendario Knud Klint Kopparstierna fue asesinado por el Danehof… o simplemente asesinado? Este es un escenario con el que nunca habría soñado. Si es cierto, tenemos a nuestro lado al socio más poderoso que podríamos desear. Y si no lo es, parece que nos dejarán marchar. Aquí todos sabemos que es mucho más fácil controlar a un enemigo cuando lo tenemos cerca. Los dos hermanos podrían pretender controlarnos y tratar de descubrir cuánto sabemos en realidad. Mientras tengamos eso en mente, no veo ninguna razón por la que no debamos hacer un pacto con ellos. Por supuesto, no tenemos que compartir todo lo que sabemos. Margrethe, ¿tú cómo lo ves?

Había escuchado atentamente su breve evaluación. Era como en los viejos tiempos, en el apogeo de su colaboración, antes del caso de los perros ahorcados.

Por aquel entonces, Axel Mossman había hecho exactamente lo mismo que ahora: pedirle su opinión. Después había socavado su cooperación con su doble juego y la había apartado de la investigación.

Ahora estaban aquí sentados, dos parias, cada uno en su propio lado de la mesa, en las imponentes instalaciones del Fondo Kopparstierna, para decidir si querían asociarse con dos de las personas más ricas del país. Era una idea surrealista. En unas horas estaría de vuelta en la caja del Netto.

—Veo lo que quieres decir, Mossman, y estoy de acuerdo contigo. Siempre me muestro escéptica cuando algo suena demasiado bien. Pero es que hace unos días estaba sentada en la mazmorra de Sixten esperando a que me dispararan en la cabeza y ahora estoy aquí sentada y el hombre y su hermana nos han estrechado la mano. No tenían por qué hacerlo. Podrían habernos enterrado en algún lugar del bosque, y listos. Además, sabemos con certeza por los hallazgos en España qué tarea se le encomendó al viejo Ryttinger después de

haberse ganado la confianza de Knud Klint Kopparstierna: tenía que llevarlo al Danehof. Así que voy a descartar mis sospechas y aceptar el trato. ¿Y tú, Niels, qué opinas?

Sintió la mano de Franck en su brazo. Luego la apartó. También lo había tocado cuando él gritó y maldijo a Mossman a la salida del castillo y ella trató de convencerlo de que estaba sobrerreaccionando. Tenía unas manos preciosas. Pálidas, de dedos largos. Ahora estaban apoyadas en su regazo. Franck volvió la cabeza y lo miró.

Mossman se sentó enfrente y también lo miró. Las descargas eléctricas habían desaparecido, pero sin duda el hombre estaba ocupado evaluando las perspectivas de esta nueva alianza. Encontrar fortalezas, debilidades y brechas por las que colarse.

—Si no están mintiendo, entonces Sixten y Barbro están en la misma situación que Sigrid; y en la misma que el hijo de Sigrid, el director del museo: quieren probar que el Danehof existe. Desean que el Danehof se vea obligado a rendir cuentas. ¿Y qué quiero yo? Pues exactamente lo mismo. ¿Y qué queréis vosotros? Lo mismo también. El Danehof debe ser destruido para que podamos recuperar nuestras vidas. Si lo que estamos haciendo es buscar aliados para ir a la guerra, diría que acabamos de encontrar a los mejores. ¿Y qué pasa si mienten? Entonces tenemos que averiguar qué están tramando. Y esto también es más fácil si los tenemos cerca. Yo digo que sí. Toco la campana, ¿vale?

Franck y Mossman asintieron y él se levantó y tocó la campana detrás de la cortina.

Pasaron solo unos minutos antes de que se abriera la puerta y los hermanos Kopparstierna entraran en la habitación y se sentaran de nuevo a la mesa. Ambos sonrieron tímidamente y esperaron en silencio a que hablara el presidente del jurado.

Mossman carraspeó.

—Estamos de acuerdo —dijo—. Aceptamos la oferta de cooperación. Tenemos una tarea difícil por delante, pero juntos seremos mejores.

—Muy bien, gracias —dijo Barbro Kopparstierna.

—Gracias… —Sixten asintió y los miró por encima de las lentes.

—Lo siguiente que debemos hacer es decidir qué camino tomar —continuó Mossman—. ¿Alguna idea?

Los hermanos negaron con la cabeza.

—Ambos creemos que el caso está en buenas manos con usted, Mossman —respondió Sixten.

—Y si hay algo que cree que podamos hacer, díganlo —agregó Barbro.

—Creo que debemos ceñirnos a nuestra estrategia. De hecho, pensábamos que Sixten era el líder del Danehof —dijo Franck e hizo un gesto con la cabeza a Sixten—. Ahora hemos visto que esto no es cierto, así que tenemos que volver a empezar, y a revisar la lista de personas a las que visitó Sigrid antes de venir aquí, a la calle Havne.

—Correcto —dijo Mossman—. Suponemos que la puerta a todo el entramado del Danehof podremos encontrarla entre las personas que la señora Ryttinger contactó como parte de su investigación. Se trata de seis personas en posiciones sociales importantes. Debemos examinarlos cuidadosamente y tenderles una trampa.

¿Una trampa?

Acababa de volver a especular sobre John Smith acechando en alguna parte, cuando Mossman hizo aquella intervención. ¿Una trampa? Vaya, de modo que no se equivocaba. El exjefe del CNI tenía un plan desde hacía tiempo.

—¿Una trampa? —Sixten también miró inquisitivamente a Mossman.

—Tenemos que atraer el monstruo hacia la luz. Vayamos directos al grano: si usted es un apasionado de la causa danesa y está gastando mucho dinero porque está administrando una red secreta al servicio de la nación, y de pronto aparece alguien que tiene mejor acogida que usted…

Mossman hizo una pausa. Toda la atención estaba puesta en él. Todavía era un maestro de la teatralidad. Sin siquiera levantar una ceja, continuó:

—Dicho de otro modo: ustedes, la familia Kopparstierna, el Fondo Kopparstierna y Kobberstjerne Pharma International, no tienen a nadie arriba y nadie al lado en la cima del poder…

Sixten asintió pensativo.

—¿Puedo preguntarle algo? —siguió diciendo Mossman—. ¿Cuándo fue la última vez que concedió una entrevista, señora Kopparstierna?

Barbro pareció sorprendida por la pregunta del exjefe del CNI. Mossman ya había llegado al segundo paso. Margrethe Franck se sentó a su lado y también asintió. Obviamente, ella había entendido algo que él mismo aún no había descubierto.

—¿Entrevista? Pues deben de haber pasado unos diez años. Recibo muchas solicitudes, pero siempre las rechazo. No me gusta ser el centro de atención, ¿saben? Pero ¿por qué lo pregunta?

—La trampa que visualizo es una señal fuerte y creíble que enviaremos públicamente a la sociedad. Por supuesto, todavía tenemos que discutir y refinar los detalles del cebo, pero sería

concebible, por ejemplo, que hiciera usted una declaración sobre nuestro tiempo y las tendencias actuales. El enfoque debe estar en los valores daneses y los desafíos a los que se enfrenta nuestra nación. En otras palabras, me gustaría que preparase usted el escenario para establecer contacto con el Danehof. Cualquier periódico, cualquier canal de televisión considerarían una primicia una entrevista con Barbro Kopparstierna. ¡Sería mejor, incluso, que una entrevista con la reina!

Axel Mossman estaba en su elemento.

—Ya veo adónde quiere ir a parar. Normalmente no daría este paso, pero como muestra de mi buena voluntad… y como muestra de que mi hermano y yo estamos involucrados de todo corazón… Sí, podría conceder una entrevista. —Barbro asintió con la dignidad de una monarca.

—¿Y qué medio preferiría?

—No quiero estar en la televisión, eso está fuera de discusión. Considero que una revista de negocios estaría bien, *Børsen* por ejemplo.

—Excelente. Entonces no debemos perder el tiempo, sino entrar directamente en la planificación.

Oxen observó a Axel Mossman, que se recostó en su silla con un leve quejido. Quienes lo conocían notaron el brillo en sus ojos y la sonrisa apenas perceptible. Mossman nunca había sido más peligroso que ahora.

80

Como siempre, se peinó las canas con el cepillo que estaba en el cajón superior de su escritorio y limpió sus lentes con uno de los paños pequeños que guardaba en el mismo cajón.

Se secó una o dos gotas de sudor con su pañuelo. Sin quererlo realmente, había tenido que aumentar la velocidad en su camino al trabajo porque de pronto se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo. Probablemente habría llegado bien a velocidad normal, pero se había acostumbrado a entrar en el edificio justo en el momento en que sonaba la campana.

Se sirvió una taza de café y se sentó en la butaca de cuero negro y respaldo alto, junto al escritorio. Ahora ya estaba listo para dedicarse a la lectura matutina diaria.

Como siempre, su secretaria le había dejado los cuatro periódicos cuidadosamente distribuidos en abanico sobre su mesa, junto al ordenador. ¿Con cuál debería empezar hoy?

Sus ojos se posaron de inmediato en el papel ligeramente rosado de la revista *Børsen*. En realidad, era el que quedaba más abajo, de modo que solo pudo leer la línea superior de la página de portada. Ahí ponía en letras minúsculas: «Barbro Kopparstierna rompe su silencio después de diez años».

Sintió que su corazón latía con más fuerza, como el de un caballo que retrocediera inesperadamente. Sacó la revista de la pila para ver la primera plana completa.

Habían elegido una atractiva foto de Barbro Kopparstierna, en la que la mitad de su rostro estaba muy iluminada y la otra mitad quedaba a la sombra. Tenía el cabello gris plateado recogido en la nuca y llevaba unos sencillos pendientes de perlas. Además, se podía adivinar un collar, también de perlas, que aportaba un noble contraste a su sencillo vestido negro.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vio. Todavía era una mujer hermosa. Majestuosa y clara, como la

arquitectura y el diseño escandinavos. Lo único que le faltaba era una tiara.

Su mirada se posó entonces en el titular. Debajo del mensaje que ya había leído podía leerse, en letras grandes: «Debemos preservar los valores nórdicos». Y en letras rojas, puesto en diagonal en la esquina inferior derecha: «Entrevista exclusiva».

También se habían añadido algunas líneas de texto a la foto: «La mujer más poderosa de Dinamarca habla claro: "Siento la necesidad de alzar la voz cuando veo a cuánta presión están sometidos nuestros valores nórdicos en la actualidad. Es el momento de mantenernos firmes y defender aquello por lo que hemos luchado durante generaciones"».

Se apresuró a hojear el lugar en el que empezaba la entrevista. Eran un total de seis páginas y una serie de fotografías, grabadas en interiores y exteriores, cerca del estrecho de Sund, donde residía la viuda de Kopparstierna.

Leyó el artículo en diagonal, saltando de un párrafo a otro como era su costumbre. Por la noche lo leería todo del tirón.

> Nunca me ha parecido necesario usar mi posición, la fundación o la empresa para hacer oír mi voz. El hecho de que lo esté haciendo aquí y ahora es una excepción única. Es muy importante para mí que, aquí en Dinamarca, así como en el resto de Escandinavia, recordemos cuáles son nuestras raíces. Qué es aquello por lo que hemos luchado en nuestra historia. La democracia. La libertad de expresión. La igualdad. Durante los últimos *años* no he dejado de ver señales de advertencia. Nuestros valores están amenazados, como lo están también nuestras fronteras. Debemos mantenernos firmes y proteger todo lo que hemos logrado como sociedad.

Saltó al final del artículo y continuó leyendo, concentrado.

> Soy sueca, pero me siento danesa. Mi país es Dinamarca. Suecia es el de mi padre. Ambos países tienen mucho en común en términos de valores e ideales y, sin embargo, hoy tengo que culpar a mi antigua patria. Lo políticamente correcto se ha extendido allí como una plaga. A diferencia de Dinamarca, Suecia no se ha atrevido a iniciar un debate abierto y sin prejuicios sobre el flujo de inmigrantes y refugiados y los problemas que ello conlleva. Me entristece pensar que la policía sueca trató de ocultar las agresiones sexuales a refugiados en un festival de música en Estocolmo, y que, por una lealtad mal comprendida a la democracia —y por puro miedo—, los populistas demócratas suecos les siguieron el juego. Y este evento solo salió a la luz porque en Colonia —Alemania— se produjo un incidente similar, aún más grande. Esto me resulta profundamente perturbador. ¿Hemos llegado a un punto en que mantenemos la boca

cerrada solo para evitar volvernos impopulares?

Aquellas eran palabras claras e inusuales. Francamente impactantes. Barbro Kopparstierna era considerada por todos como una mujer tímida y discreta, que evitaba las apariciones públicas y esquivaba los medios. Debía de haber sentido una insólita necesidad de juzgar los acontecimientos actuales.

> Nosotros, que llevamos décadas luchando por la igualdad de derechos, ¿realmente queremos sacrificar nuestra creencia fundamental de que los hombres y los mujeres son iguales? ¡No! Deberíamos poder transmitírselo a los invitados de nuestro país en pocas palabras: respetad nuestros valores, respetad a nuestras mujeres… o largaos. Si infectas mi país —mis países— con faltas de respeto e intolerancia y nos paseas con una correa de autocensura, prefiero mil veces verte de espaldas que de frente.

Él había visto a Barbro Kopparstierna un par de veces en veladas privadas. La más reciente en la ópera, hacía varios años. Se había presentado y le había dado la mano, pero estaba bastante seguro de que ella no lo recordaría.

Olvidarla a ella era imposible. Se trataba de una mujer muy especial. Sublime y más allá de las fatigas terrenales. Y ahora… ahora acababa de acercarse a un atril y había pronunciado un discurso de lo más comprensivo en defensa de Dinamarca y el Norte.

> ¿Libertad de expresión? Puede que en nuestro día a día olvidemos a veces lo precioso que es este logro. Yo he estado en muchos países extranjeros en mi vida, y en muchos de ellos me he encontrado con personas que no tenían esta libertad. Sabían, pues, lo valiosa que era para ellos. Un objetivo lejano que tenían en mente. Me parece que hoy en día subestimamos la importancia de este logro. No se puede tener una relación pragmática con la libertad de expresión: se tiene o no se tiene. No debe convertirse en objeto de sórdidos tratos. No se puede ampliar o reducir a voluntad, según implique una desventaja o una ganancia económica.

Barbro Kopparstierna repartió a diestro y siniestro y no se anduvo con rodeos. ¿Sería esa una de aquellas entrevistas que sacudiría los cimientos de toda la nación? La respuesta era, sin lugar a duda, afirmativa.

Escaneó el texto, pasó la página y saltó a la siguiente. Se detuvo cuando tropezó con las tres K. El periodista había resumido la historia y la estructura organizativa de la empresa farmacéutica. Desde los

delicados comienzos, cuando Knud Klint Kopparstierna, también conocido como KKK, fundó la compañía con el apoyo financiero de la familia sueca de su esposa, hasta su repentina muerte, después de haber hecho su primer gran avance con la aprobación de dos medicamentos.

> Ojalá mi esposo hubiera podido ver florecer y prosperar el trabajo de su vida. Pero las cosas resultaron de otra manera. En cambio, recayó sobre mí la responsabilidad de administrar su legado. Nuestra forma jurídica, en la que la fundación de la empresa posee la mayor parte de las acciones, garantiza que sigamos trabajando y actuando con el espíritu de Knud, lo que a su vez beneficia a la sociedad danesa. Mi marido era un hombre de negocios. Pero sobre todo fue un humanista convencido. Quería ayudar a otros con su trabajo. Y esta actitud ante la vida sigue siendo la base de nuestras acciones. Brindamos a aquellos que necesitan apoyo un empujón en la dirección correcta.

Leyó un poco más y luego pasó al final del artículo, a la última intervención de la viuda.

> He viajado por el mundo y he conocido a muchas personas maravillosas de todos los colores que han enriquecido mi vida. No quiero ser vilipendiada como racista por defender mis valores. Pero si alguien quiere hacerlo, que lo haga. Eso sí, que no olvide que cuando uno señala a otro con un dedo tiene al menos otros tres señalándolo a sí mismo.

Dobló la revista y la colocó frente a él. Un artículo realmente interesante. Un discurso sobre el estado de la nación.

Se recostó, cerró los ojos y consideró lo que todo este artículo podría significar para ella. Realmente se le ocurría una verdadera avalancha de posibilidades, sobre todo si desarrollaba un poco más la idea que se le acababa de ocurrir.

Encendió su ordenador. Quería saber cómo se habían tomado los otros medios las declaraciones de Barbro Kopparstierna. Unos minutos en las distintas páginas web de noticias confirmaron sus expectativas: una mujer de este calibre y en esta posición no rompía su silencio de diez años sin desencadenar con ello un gran terremoto. Su cara estaba en todas partes. Se citaban extractos de la entrevista y se comentaba en todos los sitios.

Si alguien aún tenía dudas sobre la fuerza de este batir de alas, se disiparon con el hecho de que hasta el primer ministro se mostró a favor de Barbro Kopparstierna, y la apoyó totalmente.

Se movió un poco en la silla y luego encendió la televisión. Los dos

presentadores del telediario acababan de informar sobre la reforma fiscal aplazada, y entonces, por supuesto, la imagen de Barbro Kopparstierna apareció en la pantalla.

—*Y ahora volvamos a la noticia del día. Barbro Kopparstierna, la reina sin corona de Dinamarca, ha roto su silencio después de diez años. Se ha pronunciado enérgicamente sobre el estado de la nación y ha defendido los valores nórdicos. La revista de negocios* Børsen *ha publicado hoy una importante entrevista con la sueca que dirige la compañía farmacéutica Kobberstjerne Pharma International*.

—*Sí, y no son cosas insignificantes las que la inquietan* —intervino el segundo orador—. *Veamos qué es lo que tiene que decirnos*.

Volvió a apagar la televisión. Este juego de *ping-pong* propio de la televisión no le interesaba en absoluto. Además, ya había visto suficiente.

Tenía mucho en lo que pensar, y lo discutiría con su sucesor lo antes posible.

81

Todos los días eran iguales. Encendió el televisor que su amable casera había puesto a su disposición y se dejó caer en la cama de la pequeña habitación del sótano en la que había vivido durante las últimas dos semanas. Sin nada que hacer. Nada en absoluto. E insoportablemente inquieto.

Hacía más de una semana que Barbro Kopparstierna había logrado que toda la nación hablara de un solo tema. A cualquier hora y con cualquier interlocutor, el tema del año era la sensacional entrevista que había concedido a *Børsen*.

Ocho días.

Y no había pasado nada.

Axel Mossman había enganchado el cebo gordo y lo había arrojado al océano, pero, hasta el momento, el tiburón no había mordido.

Pensó en la historia de Hemingway, la del anciano que capturó la pesca de su vida y acabó llevándose a casa solo las espinas del pez espada. Llevaba años sin leer un solo libro. Le faltaba la paz interior para sumergirse en las interminables filas de letras, aunque lo cierto era que le gustaría poder volver a hacerlo.

¿Quizá algún día, cuando recuperara su vida? Le gustaría volver a leer la historia del viejo pescador. Quizá incluso la leería con Magnus. Suponiendo que los chicos de su edad leyeran, claro.

Cambió de canal. *Animal Planet* emitía un documental sobre el gran asesino blanco. Era como si todos los canales de naturaleza y vida salvaje hubieran accedido a llenar al menos la mitad de sus espacios con programas sobre tiburones. No le gustaban los tiburones. Nunca le habían gustado. Tal vez Hemingway tuviera la culpa.

Apagó la televisión.

A la sabana, en cambio, o a la selva, con sus macizos montañosos y sus extensos bosques, sí le habría gustado ir. Disfrutaba como un enano con los programas de naturaleza y animales. Había estado mirando algunos con el Señor White en su sótano del Barrio Noroeste.

Ahora estaba sentado en otro sótano. Dos años más tarde.

Así que aparentemente todo avanzaba en círculos. Se sentía como si estuviera de vuelta al punto de partida, como si se hubiera perdido y hubiese acabado al principio de un amplio círculo.

Christian Sonne trabajaba en Aarhus. Margrethe Franck estaba en la caja registradora del Netto. Axel Mossman probablemente paseaba a su perro cuando no estaba sentado en su centro de operaciones maquinando experimentos mentales y discutiéndolos con el diablo.

Su investigación estaba en suspenso. Mossman les había pedido paciencia y les ordenó a todos que siguieran con sus vidas y cumplieran con sus responsabilidades diarias mientras esperaban.

Sin duda, Margrethe Franck había hecho grandes progresos con su tarea, como siempre. Investigó a los seis hombres restantes con los que Sigrid Ryttinger Bulbjerg se había entrevistado en su momento, y hurgó en sus pasados tanto como pudo. Esperaban recabar así suficiente material y ponerlo sobre la mesa en cuanto el cebo mordiera el anzuelo. *Si* lo mordía, claro.

¿Habría un tiburón entre los seis candidatos o serían todos simples pececillos? Él no estaba tan seguro como Mossman.

Desde que visitaron el Fondo Kopparstierna se había visto obligado a recuperar la rutina del sótano de la calle Rentemester. Durante el día permanecía ocioso, y solo salía cuando estaba oscuro. No porque estuviera tan mal como entonces, sino porque estaba muerto.

Por la noche salía a pasear. Había estado varias veces frente al apartamento de Margrethe Franck, en Østerbro, para comprobar si John Smith había vuelto, y había hecho lo propio cerca de la casa de Mossman. Se había fundido con la oscuridad y había estado atento a cualquier detalle sospechoso.

Esos eran los dos únicos lugares en los que el inglés podía esperar encontrarlo a él. Pero no había ni rastro de John Smith por ninguna parte.

En dos ocasiones había conducido hasta Skovshoved, solo para caminar arriba y abajo de la acera y pasar periódicamente frente a la casa de la calle Teglgård. Las dos veces había visto luces tras las ventanas, pese a que ya era tarde. Se había dicho a sí mismo lo patético que era aquello. Sabía que no podía ver a Magnus en este momento, por supuesto. Y, sin embargo, había llegado hasta allí, impulsado por una persistente inquietud que solo podía soportar mientras se movía.

De hecho, todo aquello le recordaba mucho a su vida de antes. Volvía a estar solo en la oscuridad, vagando sin rumbo, frente a ventanas iluminadas tras las cuales vivían familias en un mundo

paralelo que no tenía nada que ver con el suyo.

Consultó su reloj. Era media tarde. Aún faltaba mucho tiempo antes de que pudiera abrir la puerta y escapar del sótano. ¿Tal vez debería correr las cortinas y tratar de dormir un poco? Estar inactivo sabiendo que el frente de la tormenta crecía más y más cada día hacía que le resultara muy difícil dormir.

Cuanto más pensaba en ello, más claro se volvía el patrón. En Klöverö había dormido cuatro o cinco horas seguidas, sin interrupciones y, a veces, incluso sin pesadillas. Pero en el momento en que puso un pie en el ferri a Dinamarca, las cosas habían ido cuesta abajo. Al principio, solo había sentido un malestar creciente. Pero ahora todo se había intensificado. Pasar una noche disfrutando de un sueño largo e ininterrumpido era tan imposible como antes, y los siete no dejaban de llamar a su puerta.

Oyó un ruido afuera. Y luego alguien llamó a su puerta. El sonido era real. Nada de un sueño. Cogió su pistola de la mesita, la sujetó con fuerza y se deslizó hasta la puerta. Gritó «¡Pase!» y en el momento en que la puerta se abrió lentamente, dio un paso adelante y apuntó su arma directamente a la cara del inesperado visitante.

Era Axel Mossman, con una chaqueta de verano del tamaño de una tienda de campaña. Las cejas caídas del gigante se dispararon hacia arriba cuando se vio frente al cañón de la pistola.

—Oxen… ¿qué…?

—¿Tú? ¿Estás loco? Cualquiera podría estar ahí afuera. Ellos. O John Smith. ¿Qué quieres?

—Tranquilo, soldado. He ido con mucho cuidado. Nunca me tomaría algo así a la ligera. Tenía que hablar contigo. ¿Cómo estás?

Se encogió de hombros. Vaya pregunta más idiota. Como si fuera un paciente.

—Estoy cansado de esperar. Por lo demás, todo bien.

—Eso es exactamente de lo que quería hablar contigo. ¿Podemos sentarnos?

Oxen señaló con la cabeza el único asiento de la habitación, una desvencijada silla de comedor, mientras él se sentaba en el borde de la cama y colocaba la pistola a su lado.

—Punto uno —dijo Axel Mossman—, ya no tienes que seguir buscando a John Smith. Su nombre real es Eric Bancroft y ha sido visto en su apartamento de Londres esta mañana.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estás seguro?

Mossman asintió.

—Segurísimo.

—Entonces lo identificaron.

—Sí.

—Pues tengo que ir a Londres. Es lo único que tengo que hacer.

—Piensa, Oxen. Eso supondría correr un gran riesgo. ¿Y cómo vas a traerlo de vuelta a Dinamarca? ¿En el equipaje de mano? No… Concéntrate en lo esencial: los archivos del Danehof. *Allí* encontrarás tu salvación, amigo mío.

—No tengo tiempo para sentarme y esperar a que suceda algo que no puedo controlar.

—Eso nos lleva al punto número dos. Ha habido una reacción a la entrevista de Barbro. Esta tarde.

Mossman hizo una pausa. ¿Quizá para evitar que Oxen tomara el asunto en sus propias manos?

—¿Quién?

—El presidente del Tribunal Supremo. Johan Wolf-Witte.

—¿El Tribunal Supremo? ¿Qué ha dicho?

—Hasta ahora solo ha preguntado si puede visitar y hablar con la señora Kopparstierna sobre sus puntos de vista.

—¿Crees que es nuestro hombre?

—Hablé con Franck. Dio la casualidad de que él era el siguiente en su lista, de modo que iba a ponerse a investigarlo de todos modos. Ahora lo hará con más intensidad. El presidente del Tribunal Supremo es una persona importante en un cargo importante. Sin duda sería un gran candidato para liderar el Danehof.

—Pero no es noble.

Mossman negó con la cabeza.

—Lo de la nobleza y el castillo o señorío… A ver, eso me lo inventé yo. Me pareció que tenía sentido porque coincidía con Kajsa Corfitzen y Villum Grund-Löwenberg.

—Y con Sixten Kopparstierna.

—Sí.

—¿Y ahora qué? ¿Cuándo se verá con ellos?

—Mañana por la mañana. Le he pedido a Sonne que venga mañana con algunas cosas. Necesitamos equipar a Barbro Kopparstierna con micrófonos para poder grabar la conversación. Él se encargará de eso. Y Franck, como te he dicho, ya está examinando a nuestro presidente del Tribunal Supremo.

—¿Y yo qué? ¿Puedo hacer algo?

—Tranquilizarte.

Él suspiró. Estar muerto tenía muchas limitaciones.

—Nos encontraremos en mi casa mañana por la noche. Entonces sabremos si la bestia se ha aventurado a salir de la cueva en casa de la señora Kopparstierna o no. Ah, sí… quería devolverte esto.

Mossman le entregó la memoria USB que se había llevado después de la muerte de MacDuff. La de las fotos y grabaciones de vídeo, supuestamente también de John Smith.

—Ten. Gracias por dejármelo.

—¿Qué van a hacer ahora tus amigos ingleses con Smith, o Eric Bancroft? ¿Pueden usar esto en su contra? ¿Quieren hacerlo?

Mossman se encogió de hombros.

—No lo sé. Me llegan informaciones muy diversas de Londres. Pero me han prometido vigilarlo en todo momento, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, y avisarme de inmediato si se marcha de allí. Este es el estado actual de la situación.

—Si las cosas van mal con el presidente de la Corte, me voy a Londres. Solo para que lo sepas.

—Cada cosa a su tiempo.

Mossman se levantó. Él asintió distraídamente y luego lo miró.

—Prepárate, soldado. Tengo la sensación de que tus… habilidades especiales… nos van a ser útiles muy pronto.

82

La voz sonaba profunda y casi suave.

—Me despido ya, querida señora Kopparstierna, así lo haré. Muchísimas gracias. Estoy muy contento de que se haya tomado usted el tiempo de hablar conmigo.

—Gracias a usted. Ha sido una conversación francamente interesante.

—Sería un placer para mí si pudiéramos retomarla en otro momento.

—Con mucho gusto, señor Wolf-Witte, con mucho gusto.

—Adiós.

Estaban en el sótano de Mossman, reunidos en torno al pequeño altavoz que habían puesto sobre la mesa. Habían ido todos, incluido Sonne, que era quien había conseguido el equipo para que Barbro Kopparstierna grabara la conversación, por mucho que hubiera tenido lugar en la glorieta de su jardín.

Oxen se sentó frente a Margrethe Franck para poder interpretar su reacción justo al acabar la conversación, pero no fue capaz: su expresión era bastante sombría.

Mossman estaba igual que siempre: una cara de sabueso triste que fácilmente podía engañar a las mentes ingenuas haciéndoles creer que era un tipo inofensivo.

Sonne suspiró y se frotó los ojos. Había sido un día largo que había comenzado temprano en Aarhus.

Él, por su parte, se sentía en forma. Se sentía bien por haber salido de su sótano, aunque solo fuera para meterse en otro sótano.

Su primera conclusión tras escuchar la grabación, de casi una hora, fue que la conversación entre Johan Wolf-Witte, presidente del Tribunal Supremo, y Barbro Kopparstierna no les había puesto dinamita en las manos. Habría sido ingenuo esperar otra cosa. El presidente de la Corte era demasiado cauteloso para eso.

Mossman se puso de pie, apagó el reproductor y el altavoz, y adoptó su posición favorita, recostado contra la pared.

—*Well*, ¿qué decís? ¿Estamos ante una persona vil que es miembro

y líder de un grupo de personajes igualmente perversos y turbios? ¿O acabamos de escuchar a un verdadero patriota que se preocupa por su patria?

Se quedaron en silencio un momento y dejaron que lo que habían escuchado se asentara en su interior. Franck fue la primera en hablar:

—No es tanto lo que dice, básicamente se ha limitado a soltar las frases hechas habituales y a bailar una cautelosa danza con Barbro Kopparstierna, sino lo que ha hecho. Es decir, lo sospechoso es que haya pedido una entrevista. No con un político experimentado ni con un empresario medio importante. No… directamente con el poder más alto de todos. Con el más inaccesible. Eso es lo que lo hace interesante: la iniciativa en sí.

Mossman asintió en su dirección.

—¿Y tú, Oxen?

Él se encogió de hombros. La conversación había sido larga. Un intercambio de información entre dos personas que básicamente estaban completamente de acuerdo. Al menos teniendo en cuenta el papel en el que se había metido Barbro Kopparstierna y el guion que le habían dado: preocupación por el número de refugiados, por los inmigrantes que no aceptan los valores daneses, por la libertad de expresión (todavía a la luz de las caricaturas de Mahoma) y, por supuesto, por el tan cacareado Estado del bienestar, cuya fragilidad tal vez solo pudiera reconocerla un danés… Nada de lo que se había dicho le había sorprendido. El presidente del Tribunal Supremo no había mostrado ningún punto débil.

—Yo estoy más a favor de los hechos que de las teorías —comenzó a decir—. Y al final es sencillo: Johan Wolf-Witte ha sido el único que ha contactado con Barbro Kopparstierna. Solo por eso debemos seguir buscando en esta dirección. ¿Y tú? ¿Qué piensas tú?

Mossman dudó un momento antes de responderle:

—En mi vida he diseccionado cuidadosamente y he interpretado una gran cantidad de grabaciones. Esta es en gran parte como esperaba. No hay que olvidar que estamos ante un primer encuentro, iniciado por el propio invitado. Si nos imagináramos la banda sonora durante, digamos, ocho o diez sesiones más, podríamos escuchar que la retórica va cambiando. Pero el compromiso del presidente de la Corte no deja lugar a dudas, sobre todo cuando habla de las generaciones futuras y de lo mucho que le importa asumir la responsabilidad de dejarles una Dinamarca que siga siendo el país que conocemos y amamos. Y cuando afirma que todavía hay mucho margen de mejora. Ahí menciona el cuidado de los ancianos y de la salud. Y poco después dice que las políticas de austeridad se han

convertido en una solución fácil. Menciona los recortes de personal en la administración y el caso actual de los miles de millones en impuestos que tan felizmente se repartieron en el extranjero… Y ahí es donde se vuelve todo más concreto. ¿Quizá sea ahora el momento de escuchar lo que sabemos sobre Johan Wolf-Witte? ¿Hasta dónde has podido llegar, Margrethe?

—Bastante lejos, aunque todavía no he terminado. Pero puedo mostraros lo que tengo.

Abrió su ordenador portátil y comenzó a leer:

—Johan Wolf-Witte, presidente del Tribunal Supremo, sesenta y ocho años, hijo del expresidente de la Corte, Fritz Witte, ¿alguien había hablado aquí sobre el nepotismo?, y la abogada Irene Witte. Estado civil: divorciado. Su exesposa es Åse Wolf, contable jubilada. Tienen una hija y un hijo. Y ahora la cosa se pone interesante: Wolf-Witte es el presidente de la junta directiva de un total de cinco fundaciones; tres son privadas y dos están vinculadas a empresas comerciales. Las tres privadas son bastante anónimas y tienen nombres como Fundación del 4/11/1975 o alguna otra fecha. Tienen fines puramente benéficos. Las otras dos son la Fundación N. H. Jespersen y la Fundación T. Blichmann. La primera posee la mayoría de las acciones de la gran empresa de transporte Jespersen Spedition. La otra posee y administra propiedades en Copenhague, Aarhus, Aalborg y Odense. Y una isla. Además, Wolf-Witte forma parte del directorio de varias otras fundaciones…

—¿Una isla?

Mossman la interrumpió en un tono que sonó extrañamente brusco. El exjefe del CNI parecía sorprendido.

—Sí, una isla. Egholm.

—¿Egholm? ¿En el Limfjord?

—No, otro Egholm… Egholm es la punta de Agersø en Storebælt, pero se considera una isla real. ¿Por qué?

Mossman hizo un gesto con las manos, como para restar importancia al asunto.

—Nada, nada. Solo he recordado que en tu resumen sobre Sixten Kopparstierna dijiste que también tenía una isla. ¿Es así como están las cosas últimamente? ¿Es necesario tener una isla para ser rico? ¿Y qué hay de nosotros, los pobres sin islas? De todos modos, perdón por la interrupción. Era irrelevante.

Franck volvió a concentrarse en la pantalla y siguió leyendo:

—Bueno, las otras fundaciones son, por ejemplo, la Fundación Ingeborg y Karl Friis y la Fundación Uhrendal. Ambas tienen fines sociales y también están comprometidas con la caridad.

—¿Y las fundaciones privadas? —preguntó Mossman.

—Tienen ligeras diferencias en los estatutos, pero todas coinciden en mostrar una orientación nacional y sin afán de lucro.

—¿Nacional? —insistió Mossman.

—Sí, identidad danesa, herencia y cosas por el estilo. Una apoya específicamente a los museos, pero los respectivos estatutos dejan mucho margen de maniobra. También se puede promover un compromiso social.

Oxen escuchó todo eso y se maravilló de que la profesión de juez dejara tanto tiempo para otras actividades.

—Esto es hacer horas extras y lo demás son cuentos —murmuró.

Franck sonrió.

—Nada nuevo bajo el sol. Toma por ejemplo la Fundación Suhrske: desde su creación, en 1859, ha contado con un presidente o un juez del Tribunal Supremo. Y el propio presidente decide sobre su sucesor. Verás, no es brujería… El Consejo de la Presidencia, es decir, los propios jueces, dan luz verde a los trabajos a tiempo parcial. Tomarán todo lo que puedan conseguir —respondió ella.

—¿Y los fajos de dinero que fluyen por todas partes? ¿Has podido obtener una visión general, Margrethe? —preguntó Mossman.

Franck negó con la cabeza.

—Es complicado y requiere mucho tiempo.

Buscó brevemente en su archivo y luego continuó:

—He empezado investigando la Jespersen Spedition: una gran empresa que transporta mercancías por tierra, mar y aire. El año pasado obtuvieron unas ganancias de 914 millones de coronas. Una suma considerable. Y su fundación aporta una buena cantidad a la sociedad danesa, al igual que el Fondo Kopparstierna, solo que de forma mucho menos natural. Para que te hagas una idea, la Fundación T. Blichmann, propietaria de la inmobiliaria y de la isla, ha traído a casa 26 millones de coronas. Los otros puestos de responsabilidad que ocupa Johan Wolf-Witte manejan cantidades más pequeñas, pero aún no he tenido tiempo de investigarlas.

Franck levantó las manos con pesar y se echó hacia atrás.

—Muy bien, Margrethe, muy bien —dijo Mossman.

De haber seguido sus instintos, Oxen se habría ido de allí hacía tiempo y habría cogido un tren en dirección sur, a través del túnel del canal, para ir a Londres y perseguir a John Smith, alias Eric Bancroft, y apuñalarlo en el estómago si no escupía voluntariamente todo lo que sabía. Para investigar a Wolf-Witte ya estaban todos los demás. Pero no. Eran un grupo. Una unidad. Y al equipo no se le falla.

—¿Y ahora?

Se encontró a sí mismo tamborileando inconscientemente con los dedos sobre su pierna.

—Paciencia, paciencia —gruñó Mossman—. Hemos esperado mucho tiempo y ahora estamos más cerca que nunca. Tenemos que ir con calma. Paso a paso. Es el momento de recopilar información. Apoyar nuestra teoría. Construir. Y no perder de vista el objetivo principal: los archivos.

—¿Cuán seguro estás de que Wolf-Witte es el líder del Danehof del Este? ¿Qué dice tu intuición? —preguntó Sonne.

—Ay, mi intuición… Digámoslo así: en el caso de que el hombre pertenezca efectivamente al Danehof y no sea solo un patriota preocupado, entonces no hay duda de que es el líder del Este y, por lo tanto, de toda la organización. A nadie se le ocurriría confiar esta conversación a un subalterno. Solo el dignatario más alto sería lo suficientemente importante como para entablar un diálogo con los Kopparstierna —respondió Mossman.

Eso sonaba obvio. Hacía falta un rey para hablar con la reina. Miró a Franck, que tenía las manos entrelazadas frente a su boca.

—Si lo estoy entendiendo correctamente… ¿quieres decir que deberíamos repetir con él la maniobra de Sixten? ¿Llenar de micros el mundo de Wolf-Witte? ¿Darle un empujoncito y esperar a ver? —preguntó ella.

Axel Mossman asintió.

—Y le pedimos a tu *hacker* que ponga un troyano en su ordenador. Si el líder del Danehof del Este no se pone en contacto con Kajsa Corfitzen y Villum Grund-Löwenberg ahora que tiene esta iniciativa tan suculenta en el aire, ¿cuándo lo hará? Pero necesitamos pruebas. Y en cuanto las tengamos, pasaremos a la siguiente fase. Así que en los próximos días instalaremos nuestros dispositivos de escucha y pondremos un transmisor en su coche.

Después de que Niels Oxen —el último en marcharse de allí— hubiera salido del sótano y hubiera cruzado la terraza hasta perderse en la oscuridad de las calles, Mossman se apresuró a regresar al sótano y encendió el ordenador.

¿Egholm? Buscó la isla en Google Maps y la encontró de inmediato. Lo que Franck había dicho era cierto. Egholm estaba en la punta de Agersø y conectaba con la isla principal por un camino estrecho. No fue difícil encontrar más información. Egholm tenía unas cien hectáreas de propiedad privada y no estaba abierta al público.

Había una serie de fotografías de la isla en Internet. Además de unas cuantas tomas aéreas, también había fotos de una bonita casa rodeada de bosques y de campos, y podían verse otros tres edificios

más en la isla. Un ferri conectaba Agersø con el continente. La travesía desde el Stigsnæs Havn duraba solo quince minutos. Desde allí, aún tenías que conducir unos tres o cuatro kilómetros hacia el norte para llegar al muelle de Egholm.

Es que… ¿Quién diablos conocía Egholm?

De modo que ahí vivía el director del Danehof, al menos parte del tiempo, y ahí se reunía con el equipo directivo de la organización, protegido del mundo exterior.

El presidente del Tribunal Supremo, Johan Wolf-Witte, era el Este. La isla de la que habían hablado Corfitzen y Grund-Löwenberg era Egholm. Y, por supuesto, había un barco en la isla para ir y venir del continente sin llamar la atención.

Su as en la manga ya no era para Sixten Kopparstierna, pero por suerte había nuevos jugadores en la mesa. Echó un vistazo a su reloj. Era tarde, aunque no lo suficiente como para reprimir una pregunta. Tenía que actuar con rapidez. Buscó el número y lo marcó sin titubear. Pasó mucho rato antes de que alguien respondiera.

—Wolf-Witte. —La voz era suave y profunda.

—Buenas noches, mi nombre es Axel Mossman. Creo que ya nos conocemos.

—¿Cómo? ¿Axel Mossman? ¿El exdirector del CNI?

—El mismo. Disculpe que lo moleste a estas horas.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Me gustaría concertar con usted una reunión de la que ambos podríamos beneficiarnos.

—¿Una reunión? ¿Por qué? ¿Cuál es el tema?

El juez parecía sorprendido.

—Un poco de todo, se podría decir…

—¿Podría ser un poco más específico?

—Su posición como jefe de la organización.

Hubo una breve pausa en el otro extremo de la línea. No fue más que un crujido silencioso, pero fue suficiente.

—¿La organización? No sé a qué se refiere. Oiga, mire… ya es tarde. Tal vez quiera volver a llamarme de nuevo mañana, o tal vez haya marcado el número equivocado.

¿Estaba insinuando el presidente del Tribunal Supremo que podría estar borracho? ¿O mentalmente confundido? ¿Para ganar tiempo?

—Le estoy hablando del Danehof. Y de su posición como líder del Este, que equivale a decir que es usted el líder de toda la organización.

Johan Wolf-Witte tosió brevemente. Después de eso, su voz sonó un poco tensa.

—Como ya le he dicho, es tarde. Y esta conversación me parece

francamente absurda. No tengo ni la más remota idea de lo que pretende, pero será mejor que llame a mi oficina mañana.

—*Well*, Johan Wolf-Witte… Déjeme ser más claro, entonces: dispongo de cierta información que podría interesarle y de la que me gustaría hablarle con más detalle. Sugiero que nos encontremos en Egholm mañana. En privado. Presupongo la máxima discreción… Por cierto, un dato que puedo adelantarle ya es que el veterano de guerra Niels Oxen vive y reside en Dinamarca. Pero tengo algún que otro as mucho más interesante bajo la manga…

83

El pequeño ferri atracó en el muelle. Solo tres coches y una excavadora llegaron a Agersø desde Stigsnæs, en el continente. Desde lo alto de las escaleras había visto cómo se acercaban al embarcadero con los pocos cobertizos de madera roja. Unos barcos de pesca se mecían en el agua. Un poco más a la izquierda, en el puerto, estaban las lanchas de recreo.

Ahora estaba de nuevo al volante, y cuando el hombre de la gorra le hizo una señal, circuló lentamente por la rampa. Tenía el pulso tranquilo. Un anciano en bicicleta se detuvo a charlar con el conductor de un tractor, y en un banco había una familia tomándose un helado. No se veía a nadie más de los casi doscientos habitantes de la isla. Sin movimientos rápidos, sin estrés. Enseguida notó esa sensación de la que todo el mundo habla, ese especial estado insular en el que uno se ve inmerso en cuanto baja del ferri.

Aunque la idea de lo que estaba a punto de hacer debería acelerarle el pulso, todo lo que podía sentir era una gran calma interior. Se sentía fresco, sensato y cómodo en su propia piel.

No tuvo que pensar mucho. Solo había una forma de salir del puerto. Y solo había un camino que condujera a Egholm. La ruta directa al territorio enemigo.

Avanzó tranquilamente por la localidad, permitiéndose hacer alguna que otra pausa en mitad de la carretera para admirar el bonito estanque del pueblo. ¿Cuándo había visto por última vez un estanque así? Tal vez cuando pasó unos días de verano en Fionia con su esposa, hacía ya muchos años.

Para su sorpresa, un automóvil pasó circulando en dirección contraria y siguió su camino, tranquilamente. Casas dispersas y pequeñas granjas aparecieron a lo largo del camino, intercaladas por extensos campos. A su derecha quedaba la costa este de la isla, y la distancia a la playa iba haciéndose cada vez más pequeña a medida que se acercaba a su destino.

Después de unos minutos, la estrecha carretera asfaltada se convirtió en un camino de grava. Aparcó donde las huellas de los neumáticos indicaban que había una especie de rotonda para dar la vuelta. Amplios prados de hierba alta se extendían a ambos lados de la presa, y, entre ellos, el sol de la tarde se reflejaba en el agua.

Todo aquí era más pequeño de lo que había esperado: la distancia hasta el extremo norte y especialmente hasta la presa que se encontraba ahora justo frente a él. En realidad, no era más que un camino de tierra y Egholm quedaba a un tiro de piedra.

Un cartel anunciaba que estaba prohibido entrar en aquella zona, pero que los excursionistas podían acceder sin problemas a la playa estrecha y pedregosa. En el lado opuesto de la presa, una puerta bloqueaba el camino.

Ahí empezaba el territorio enemigo. El territorio Danehof no tenía alambre de púas ni bolardos de hormigón. El puesto de control era un buitre común que se había posado en un poste de la cerca, acompañado del canto de los pájaros y el zumbido de los insectos.

Apagó el contacto del coche y bajó.

A su izquierda había una gran masa de agua, cuyo flujo estaba asegurado por las tuberías de la presa. La marea acababa de empezar a subir. Solo cuando estuvo muy cerca, el buitre desplegó sus alas y se alejó volando por el amplio paisaje de praderas hacia Agersø. Una camioneta se acercó a él por el camino de grava, formando una nube de polvo.

Llegaron a la puerta a la vez. Él, por un lado, y por el otro un hombre más joven que se había bajado del coche.

—¿Es usted el señor Mossman? —preguntó, sin más preámbulos.

Él asintió.

—Lo soy.

—Entonces suba.

El hombre, vestido con un mono negro y botas de goma, abrió la puerta, la cerró detrás de él, volvió a entrar y puso en marcha el vehículo. Tras los árboles pudo ver un techo de pizarra gris y una chimenea. Apenas un momento después pasaron por un par de cobertizos de herramientas, y luego el hombre giró y se detuvo frente a los escalones de la antigua mansión. Un señor mayor estaba en la puerta, inexpresivo.

Johan Wolf-Witte.

Salió, caminó sin prisas hacia la casa y estrechó la mano del hombre que le había perdonado la vida pero lo había dejado tirado, sin trabajo y sin honor. El presidente del Tribunal Supremo le hizo un gesto tenso con la cabeza. Tenía el pelo gris ralo, gafas con montura

dorada y vestía pantalones verdes sobre una chaqueta de *tweed* marrón.

—Buenos días, vayamos arriba —dijo con frialdad, y lo invitó a pasar a la casa.

Él lo siguió por las escaleras, que se curvaban suavemente desde el pasillo hasta el piso superior. Un poco más adelante, entraron en una habitación grande que estaba amueblada como una mezcla de estudio y oficina. Un gran escritorio de madera oscura quedaba frente a una claraboya y en una esquina había un conjunto de cuatro sillas pesadas y una mesita baja.

—En primer lugar, debo pedirle que se quite la ropa.

Él asintió y se desvistió sin dudarlo. Wolf-Witte quería protegerse. Él habría hecho lo mismo. Minutos después estaba allí plantado, en calzoncillos y calcetines. Su ropa estaba en el suelo.

—Todo, si es tan amable.

Obedeció y se quedó de pie, con las piernas ligeramente separadas. Por lo visto Wolf-Witte, solo o con la ayuda de sus asesores, había considerado la opción de que alguien hubiera colocado un transmisor de GPS en su cuerpo desnudo. Pero ahora miró su piel flácida y sin duda pensó que aquel cuerpo ya no era apto para tales alborotos.

Wolf-Witte se agachó e inspeccionó cuidadosamente la ropa y los zapatos. Luego se incorporó de nuevo y asintió.

—Puede vestirse. Y tome asiento.

De nuevo con la ropa puesta, se sentó. Estaba tan tenso como cuando bajó del ferri, aunque… siempre se había dicho que enfrentarse a la muerte traía consigo una gran sensación de calma, ¿no? A partir de cierto momento ya solo se puede ir en una dirección.

—*Well*, víctima y verdugo… la pareja clásica —dijo, sonriendo.

—¿Y quién es quién aquí? —replicó Wolf-Witte, impasible.

El hombre era un maestro del humor. Parecía un abuelo culto, con rasgos suaves y ojos que no sugerían maldad. Lo único que le faltaba era un nieto en cada rodilla.

—Me dejó vivir. ¿Quizá porque la humillación era un desafío mucho mayor que el ejercicio relativamente simple de matar a alguien?

—No tengo idea de lo que está tratando de decirme, Mossman. He accedido a tener esta reunión con usted. Dejemos las cosas como están. Mencionó a un tal Niels Oxen, ¿verdad? ¿Cómo es eso? ¿De qué se trata?

De modo que no obtendría una admisión directa.

—Ya mostró usted antes un cierto interés por Niels Oxen, a quien todo el mundo da por muerto. Pero no es cierto.

—Sus palabras suenan como una declaración audaz… Bueno, más bien como dos.

—Le mostraré algo.

Sacó su teléfono del bolsillo, buscó un vídeo y entregó el móvil a Wolf-Witte.

—Aquí. Solo tiene que tocar la flecha. Preste atención al periódico que está sobre la mesa y al titular sobre el ministro de Transporte. El artículo tiene solo unos días de antigüedad.

El presidente de la Corte pulsó el botón de *play* y se concentró en la breve grabación que Mossman había tomado en secreto de Oxen cuando se encontraron en su sótano.

Wolf-Witte le devolvió el teléfono.

—Bueno, pues parece que tiene razón —respondió.

—No me diga.

—¿Está buscando un favor, señor Mossman?

Se frotó la barbilla.

—Podría ser…

—También dijo que tenía información mucho más interesante que esta.

—Así es. Creo que tengo algo mucho más importante que ofrecerle. Pero demostraría una gran falta de perspicacia comercial si pusiera todas las cartas sobre la mesa sin negociar antes con usted, ¿no le parece?

—También indicaría una gran falta de perspicacia comercial que yo aceptara un trato sin saber qué tiene que ofrecerme.

—Cierto. Precisamente por eso tenemos que coordinar nuestras necesidades —dijo abriendo un segundo vídeo.

—Tenga… como muestra de mi buena voluntad.

Wolf-Witte tomó el dispositivo y puso en marcha la grabación. No había volumen. Correspondía a la grabación que realizaron hacía poco más de un año con el teléfono móvil de Margrethe Franck colgando del extremo de una cinta aislante, desde el techo del ático de Villum Grund-Löwenberg en Tuborg Havn, y mostraba varias escenas de sexo tórrido en un sofá de cuero blanco.

Mossman observó con atención el rostro del presidente de la Corte. El hombre no pudo ocultar su sorpresa. Las comisuras de sus labios se torcieron y sus cejas se levantaron involuntariamente. Eso fue todo. No mucho, pero lo suficiente para darle a él una cómoda sensación de satisfacción.

Johan Wolf-Witte le devolvió el móvil por segunda vez.

—La grabación es del año pasado… ¿Una unión carnal que no esperaba? Sus compañeros, los líderes del Norte y el Sur, han

adoptado una interpretación bastante amplia del término «colaboración», ¿no le parece?

Su contrincante parecía haberse quedado sin palabras por primera vez. El triunfo estaba a su alcance, podía sentirlo, pero no debía dejarse llevar. Aún no. Aquella era su venganza. Debía ser inteligente. Debía ser una fiesta.

—¿Y qué puedo hacer yo con esta grabación?

Wolf-Witte levantó la vista y lo miró a los ojos. Ya no podía leer ninguna emoción en su rostro.

—Considérelo una pequeña cortesía. Pero eso no es todo lo que puedo ofrecerle, ni de lejos. Dispongo de un interesante margen de mejora… Aunque primero querría negociar. Y para que no subestime usted las habilidades mentales de este viejo jubilado… ¿No se pregunta cómo lo encontré? ¿Cómo di con usted, de entre cinco millones de daneses? Nadie antes había sido capaz de identificarlo, ¿verdad? Pero yo sí. Dispongo de pruebas que sin duda interesarían a mis antiguos colegas de Søborg. Aunque me sacó usted del tablero, le aseguro que la gente querrá escucharme si me lo propongo. Así que, si está pensando en engañarme, imagine su oficina y todas sus empresas escudriñadas con lupa. Tendrá que rendir cuentas de todo y entrevistarán a todo el personal: desde el último becario hasta el puesto más alto de la junta directiva de la Fundación N. H. Jespersen, supuestamente útil para canalizar parte de los fondos del Danehof. Y si está pensando en matarme antes de que mis pies toquen el suelo en Stigsnæs, recuerde que, por supuesto, he hecho copias de todas las grabaciones. Unas copias que ahora mismo guardan ciertas personas en las que confío, y que saben perfectamente qué hacer con ellas si no regreso sano y salvo a una hora determinada. Con esto quedarían claras las reglas del juego, ¿no es así?

El presidente del Tribunal Supremo tuvo que hacer un considerable esfuerzo para asentir y responderle.

—Efectivamente. ¿Y el precio?

—El trato consiste en que le traeré a Niels Oxen a la isla, solo debemos discutir aún cuándo y cómo, y ya ha visto el vídeo de sus dos compañeros, ¿no es cierto? Pues bien, debe saber que dispongo de una tercera grabación. Una grabación con sonido que se hizo recientemente. Pero antes, mi petición.

Se reclinó en la silla, cruzó la pierna izquierda sobre la derecha, juntó las manos bajo la barbilla y se preparó para el clímax.

—¿Me preguntaba usted por el precio? Cierto es que nadie puede vivir solo con cuatro monedas, de modo que me siento llamado a pedirle un pago de siete millones de coronas en efectivo. Una cantidad

relativamente modesta, que también pretende subrayar mis buenas intenciones. Además, señor Wolf-Witte, espero que me devuelva usted el honor. Me humilló al dejarme sin trabajo. Quiero que repare el daño. Soy lo suficientemente realista para ver que no puedo volver a liderar el CNI, pero hay otras opciones. He oído rumores de que la ministra de Justicia planeaba establecer una comisión de base amplia para estudiar cómo debe enfrentarse el país a la amenaza del terrorismo doméstico en el futuro. En otras palabras, un importante ajuste político en un área en cuya configuración, y lo digo con toda modestia, yo desempeñé un papel clave. Me gustaría presidir esta comisión. Esta es una demanda no negociable.

El presidente de la Corte entornó los ojos y se sentó en silencio por un momento. Entonces respondió:

—La ministra de Justicia Helene Kiss Hassing está… cómo decirlo… fuera de mi alcance.

—Nadie está fuera de su alcance. Puede usted deshacer cualquier decisión. Ya lo ha demostrado otras veces. Tiene mucha influencia. Puede manipular los procesos de toma de decisiones. Hágame presidente.

—¿Así que de eso se trata? ¿Una cuestión de honor?

—Piense usted lo que prefiera. Ahora ya sabe mi precio.

Wolf-Witte tenía profundas arrugas en la frente y se quedó sumido en sus pensamientos durante mucho tiempo, indiferente al hecho de que su invitado estuviera esperando.

—Bueno —dijo al fin—, tendrá su presidencia. Y obtendrá el dinero en cuanto yo tenga a Oxen. Y ahora me gustaría saber cuál es la tercera carta que aún no me ha mostrado, si es tan amable.

Mossman asintió y sonrió a su antiguo verdugo.

—¿Sabe…? Siempre he dicho que en nuestro mundo no hay alianzas profanas. Solo alianzas. Y usted y yo acabamos de formar una, para gran ventaja de ambos. La tercera carta, el as que me guardaba en la manga, es, como ya le he dicho, una grabación con sonido. Proviene de una operación secreta de escuchas telefónicas que llevé a cabo en el ático de Villum Grund-Löwenberg. Se trata de una conversación entre las dos personas que aparecían en la película anterior. Sus dos colegas: Norte y Sur. Sin embargo, esta vez los dos están hablando de un intento de asesinato inminente. Escuche con mucha atención.

84

Todo parecía avanzar lentamente hacia el desastre. Las cosas iban de mal en peor para los grandes planes de Axel Mossman de llegar al tesoro del rey Salomón; es decir, a los tres archivos del Danehof.

Hacía cinco días que habían instalado los dispositivos de escucha y habían obtenido acceso a los dos ordenadores de Johan Wolf-Witte (el privado y el oficial) que se hallaban en su oficina, en el edificio del Parlamento. Pero nada.

Tampoco en la casa de Wolf-Witte, en Løngangsstræde, dieron con ninguna conversación que sugiriera que el envejecido presidente de la Corte podía estar involucrado en nada turbio. Habían evaluado todos los archivos, por pequeños que fueran, pero no habían podido encontrar nada, ni entre sus correos electrónicos ni en sus documentos. El hombre ni siquiera mencionaba que había tenido una audiencia con Barbro Kopparstierna.

Quizá la respuesta fuera bastante simple: Johan Wolf-Witte *no* era el líder del Danehof del Este, y tampoco era el jefe de la organización. Solo era un hombre de negocios preocupado por su país.

Oxen miró a sus dos compañeros. Margrethe Franck parecía haber estado escribiendo números de productos en la caja registradora durante demasiado tiempo y Mossman, cómo no, parecía un sabueso.

Él se turnaba con Sonne para las escuchas. Esta vez era necesario escuchar en vivo en lugar de almacenarlo todo en disco para que pudieran actuar de inmediato en caso de necesidad. Habían estado turnándose desde el final de la tarde hasta la mañana siguiente, y solo acabaron su turno cuando Wolf-Witte fue al juzgado.

Ambos estaban para el arrastre. Sonne trabajaba desde su casa de Aarhus porque tenía que cuidar a sus hijas. No había otro modo. Eran un puñado de aficionados que tenían que realizar sus trabajos habituales mientras libraban una guerra contra sombras gigantes que por ahora no eran más que eso: sombras.

—¿Estamos todos de acuerdo? ¿Cinco días más?

Axel Mossman los miró a todos.

—Sí, necesitamos al menos cinco días más antes de poder estar seguros de que estamos en un callejón sin salida —respondió Franck, con firmeza.

Durante esos cinco días, querían dar a su único sospechoso la oportunidad de cometer un error más. Por ello, persuadieron a la escéptica Barbro Kopparstierna para que lo intentara de nuevo. Se había puesto en contacto con Johan Wolf-Witte y lo había invitado a otra entrevista. Tuvo lugar en su casa. De hecho, estaba teniendo lugar exactamente en estos minutos. Solo podían esperar que, en el transcurso de la conversación, que estaba siendo grabada igual que la última, él se delatara. O que en los días posteriores sucediera algo, cuando el sueño de Wolf-Witte de una alianza con Kopparstierna recibiera un nuevo impulso.

—¿Y tú, soldado?

Él asintió. Algo le decía que aquella oportunidad única en la vida, que involucraba a la mismísima Barbro Kopparstierna, merecía una segunda oportunidad. Pero su corazón seguía con Eric Bancroft, quien en este momento podría estar sentado en Londres cavilando sobre cuándo regresar a Dinamarca para atacar de nuevo.

—Cinco días más… Pero si esta pista no da resultados, prométeme que me conseguirás la dirección de Bancroft en Londres. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Aun así, sigo convencido de que Johan Wolf-Witte es el jefe del Danehof. Solo tenemos que darle un poco más de tiempo, entonces…

Sonó el teléfono. Mossman respondió:

—Hola, Christian.

Mossman escuchó atentamente. Entonces fue hasta la televisión y cogió el mando que estaba en un estante.

—¿Qué canal? ¿DR1?

Mossman seguía al teléfono. Luego asintió, colgó sin añadir nada y miró atentamente la pantalla, en la que apareció una imagen. Subió el volumen. El presentador estaba en mitad de una frase:

—… dijo que el primer ministro abordará la situación en su conferencia de prensa semanal, que tendrá lugar mañana. Y ahora, a la desgracia que comentábamos brevemente al principio del programa. Rasmus Dam, tú estás ahora en Korsør. ¿Qué hay de nuevo?

Un joven reportero con chaqueta y corbata estaba de pie bajo un oscuro cielo nocturno, apenas iluminado por unos faros.

—Estoy aquí en el puerto de Korsør y acabo de hablar con la policía. Ahora se ha confirmado oficialmente que el empresario Villum Grund-Löwenberg estaba a los mandos del helicóptero que se estrelló aquí a mis

espaldas, sobre Storebælt. Como resultado, Dinamarca pierde a uno de sus empresarios más importantes. El hombre, de cuarenta y seis años, cofundó la empresa TI Castle & Unicorn Corp, que tiene su sede en Suiza y una sucursal en Copenhague. Según la policía, Villum Grund-Löwenberg despegó del aeropuerto de Roskilde a primera hora de la tarde y se dirigía a la casa de su infancia, el castillo de Gram, al sur de Jutlandia, cuando su helicóptero se estrelló fatídicamente. El empresario era un piloto experimentado con muchas horas de vuelo. Aún se desconoce la causa del accidente. En este momento hay varios barcos aquí en Storebælt buscando restos, pero, por supuesto, su trabajo se ve dificultado por la falta de luz y quizá deban esperar a mañana para avanzar un poco más.

—Gracias. Les ha hablado Rasmus Dam, desde el puerto de Korsør. Y pasamos ahora a las noticias del extranjero. El precio del petróleo en Wall Street ha vuelto a…

Axel Mossman apagó la televisión.

En la habitación se hizo un silencio sepulcral.

85

El funeral en el cementerio de Gram había terminado. El número de asistentes era impresionante. Centenares de personas vestidas de negro ocupaban los alrededores de la zona, y todos los asistentes a la ceremonia tenían que avanzar en fila india y pasar por la pequeña puerta del cementerio para regresar al aparcamiento. Él no había ido a la iglesia. No quería arriesgarse a que Johan Wolf-Witte o Karin Corfitzen, los dos directores restantes del Danehof, lo reconocieran.

El sol brillaba en un cielo sin nubes. Se había puesto la chaquetilla de verano sobre los hombros.

Habían pasado ocho días desde que Villum Grund-Löwenberg muriera en un accidente de helicóptero. El hecho de que el funeral se realizara tan tarde se debió a las circunstancias inusuales de su muerte. A pesar de que su cuerpo fue recuperado enseguida entre los restos del helicóptero —al día siguiente del accidente—, tuvo que realizarse una autopsia rutinaria para determinar si el suceso se debió al consumo de alcohol o drogas, un derrame cerebral o alguna otra dolencia física. Y después, las autoridades competentes iniciaron una investigación técnica.

Desde una distancia segura y desde varios lugares distintos, había visto la última parte del funeral mientras bajaban el ataúd y los más cercanos arrojaban tierra a la tumba.

Primero se escondió en el cementerio. Ahora estaba esperando afuera, protegido por el muro que quedaba al final de la zona de estacionamiento.

Pasó mucho tiempo antes de que llegaran.

Primero, el presidente de la Corte se detuvo brevemente frente a la puerta del cementerio y luego se quedó un poco a un lado, para esperar a Kajsa Corfitzen. Ella se unió a él y los dos hablaron durante unos diez minutos. Luego se despidieron con un tímido abrazo, y Wolf-Witte se dirigió a grandes zancadas a un Rover plateado grande, al que subió. Segundos después salió del aparcamiento.

Kajsa Corfitzen vestía un traje negro y una blusa también negra. Sacó un pañuelo de su cartera, se sonó la nariz y se puso las gafas de sol que hasta entonces había llevado sobre la cabeza. Luego cruzó el aparcamiento y se detuvo frente a un Mercedes G350 verde oscuro, el clásico todoterreno, que había sido de su padre, si no recordaba mal.

Había llegado la hora, el momento de atacar.

Esperó mientras ella se sentaba al volante, se abrochaba el cinturón y encendía el contacto del motor… y entonces, con grandes zancadas, dio un golpe a la ventana del pasajero, abrió la puerta y entró, sin pedir permiso.

—Buenos días, mi nombre es Axel Mossman. Perdóneme por las formas, pero… Necesito hablar con usted.

Kajsa Corfitzen se quitó las gafas de sol, con calma, y lo miró.

—Sé quién es usted. No tengo tiempo. Salga de mi coche, por favor.

—Escuche, yo…

—He dicho que salga de mi coche.

—Usted póngase en marcha, yo le explicaré de qué va esto de camino a su casa. Estoy seguro de que la líder del Danehof del Norte podrá sacrificar unos minutos por un jubilado como yo.

—Oiga, ¿ha bebido?

—La vi hablando con Johan Wolf-Witte.

—¡Salga!

—Un hombre muy especial, el presidente del Tribunal Supremo. ¿No le parece?

—Un amigo de la familia. ¡Fuera!

—Puede ser. Pero también un colega suyo. Y líder del Danehof del Este. En realidad, el jefe de toda la organización. Siéntase libre de ir conduciendo, querida. No me quedaré mucho tiempo.

Kajsa Corfitzen puso la marcha atrás, dio la vuelta, giró a la izquierda en la carretera principal y aceleró. Parecía bastante agotada.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mossman, recostándose en el asiento.

—A casa. A Nørlund. Pero sin usted.

—Sé quién mató a su amante, Kajsa… ¿O de verdad se ha creído que el helicóptero sufrió un fallo mecánico sin más?

—¿Amante? ¿De qué está hablando?

—Póngase un segundo a la derecha, quiero mostrarle algo.

Ella continuó sin detenerse. Evidentemente, estaba pensando si debía hacer lo que él le pedía o no. Al fin cedió y se detuvo frente al porche del castillo. Tenían vistas directas al lago y al pequeño castillo tumbado al sol a solo unas brazadas de distancia. Él le dio su móvil.

—Dele al *play*.

No pudo ocultar su sorpresa. Lo que vio fue una tormentosa escena de sexo en un sofá de cuero blanco en Tuborg Havn.

—¿Cómo diablos…?

—Eso fue hace un año. No fue la primera ni tampoco la última vez. Se reunían con regularidad. Hace poco también. En casa de Villum. Lo sé todo, Kajsa. *Todo*…

—¿Y no fue un accidente, dice?

—No. Y solo hay una persona que puede estar detrás de ello. Solo una, y tiene un motivo que hasta un ciego podría ver. Escuche atentamente.

Le mostró entonces la conversación que ella y Villum habían tenido recientemente. La conversación sobre el intento de asesinato del jefe del Danehof. Kajsa Corfitzen se mordió el labio inferior con fuerza y entornó los ojos.

—Aquí tiene su motivo —dijo en voz baja—. Hace poco menos de una semana visité a Wolf-Witte en Egholm y le mostré esta grabación. Ahora es su turno…

Se quedaron allí sentados un rato, mirando en silencio a través del parabrisas. No tenía ninguna prisa. Podía entender que necesitara tiempo para procesarlo. Para enfrentarse a los hechos. Y a la derrota.

—¿Y cómo sé que esto no es una trampa? —preguntó al final.

—Grabé parte de la conversación en Egholm sin que él se diera cuenta. Tenga.

Le entregó el teléfono de nuevo y reprodujo una breve secuencia en la que Wolf-Witte accedía a pagar la suma solicitada y a conseguirle la presidencia de la comisión. Kajsa Corfitzen asintió, pensativa, y le devolvió el dispositivo.

—Lo lamento profundamente —le dijo Mossman—. Aunque conozco las prácticas sucias del Danehof y no las apruebo en absoluto, nunca esperé que mi conversación con Wolf-Witte tuviera tales consecuencias.

—¿Y qué quiere de mí ahora? ¿Qué hace aquí?

Kajsa Corfitzen se volvió hacia él y lo miró directamente a los ojos. Él le devolvió la mirada y respondió con calma:

—¿Que qué quiero? Quiero ofrecerle una oportunidad única para vengarse. A cambio me dará usted los tres archivos: Norte, Sur y Este. Luego correremos un tupido velo sobre todo este asunto y quedaremos en paz. Usted saldrá impune de todo esto y seguirá con su vida en Londres, como si nada hubiera pasado. Puede quedarse también con el Consilium, si quiere.

—¿Quiere que haga el trabajo por usted?

—Haré que el CNI caiga sobre Wolf-Witte con toda su caballería. Porque una cosa es segura: si hubiera una demanda, Wolf-Witte la arrastraría al abismo con él. Está usted altamente capacitada, sabe manejar los números. Pues bien: calcule sus posibilidades. Y tome una decisión sabia.

No dijo nada y buscó la grabación correcta.

—Y para que no se le ocurra ninguna idea estúpida… Este es un fragmento de la conversación con Villum. Escúchela atentamente una última vez.

—Ah, y Kresten Hildmand. Son trece personas en total, Kajsa…

—Catorce.

—¿Catorce?

—Te has olvidado de Arvidsen, el jardinero de mi padre, al que disparé cuando estaba en el tractor del jardín.

—¿Lo ves? Una muerte conduce inevitablemente a otra. Puedo…

—Lo que pasó con Arvidsen fue en defensa propia, Villum.

—Lo sé. Y si hubieras matado a Niels Oxen a la primera, nos habríamos ahorrado todo el circo del año pasado.

—Lo intenté. Pero no te imaginas la rabia que aún me da que nos obligaran a matarlo. Oxen era un maestro en su campo; es una pena matar a alguien así. Deberíamos haberlo convertido en uno de los nuestros. Habría sido de grandísima ayuda.

—Déjalo ya, Kajsa, ahora está muerto. Digamos catorce, pues…

Kajsa Corfitzen aferró el volante con ambas manos. Sus nudillos se pusieron blancos. Miró al frente.

—Está bien, Mossman, lo pillo… Sé dónde están los tres archivos. Me ha hablado de venganza. ¿En qué estaba pensando?

86

Para un domingo tan señalado como ese, hacía una mañana realmente bonita.

El puente sobre el Storebælt quedaba a la izquierda. La brisa formaba ligeras ondas sobre la superficie del agua. A la derecha, un cielo sin nubes se reflejaba en la superficie plana de las marismas. A su espalda, el camino de tierra conducía a Egholm, y más adelante brillaba la bahía de Bøge, que se curvaba suavemente.

En la costa oeste, una estrecha franja de tierra conectaba Egholm con la isla de Agersø. Tenía solo unos pocos metros de ancho y desafiaba con valentía las olas, que probablemente algún día acabarían por devorar toda aquella zona.

Y justo allí estaba el camino angosto que los conduciría directamente a las puertas del infierno.

Mossman caminaba a su lado. Con resistentes botas de montaña, se esforzaba por avanzar sobre la gruesa capa de grava y los parches de arena blanda. Ninguno de los dos había dicho una palabra desde que aparcaron el coche de Mossman tras un espeso seto al borde de un camino rural y empezaron a caminar. Primero habían puesto rumbo a la playa, y ahora se dirigían al norte.

Habían llegado a Agersø en el primer ferri. Ya eran casi las ocho. El sol salió por el este. Y volvería a hacerlo al día siguiente.

Miró a Mossman por el rabillo del ojo. La piel laxa y las numerosas arrugas de su rostro dificultaban leer el estado de ánimo actual del exjefe del CNI, pero la dura línea de su boca era inconfundible. Mossman iba armado, lo cual era, en sí mismo, una rareza. Y también había una Heckler & Koch en el bolsillo de su propia chaqueta.

Siguieron su camino en silencio a lo largo de la costa rocosa, que ahora discurría paralela al sendero de grava que conducía a la mansión de la isla.

Solo cuando llegaron a la zona boscosa que se alzaba detrás de la áspera playa, se detuvieron. Desde aquí el camino solo llevaba a la

casa, que estaba protegida del viento por árboles y tenía una vista despejada hacia el este.

—¿Estás bien?

Preguntó aquello porque Mossman parecía un poco malhumorado y muy preocupado. Afortunadamente, el hombre había perdido mucho peso; de lo contrario, habrían tardado la vida en cruzar la playa hasta aquí.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Todo genial.

No mentía. Se sentía bien. Estaba completamente concentrado en la misión, como si hubiera viajado en el tiempo y acabara de caer en territorio enemigo.

Niels Oxen asintió y le dedicó una sonrisa torcida. El exsoldado de élite parecía pensar realmente en lo que acababa de decirle: que estaba bien. Mientras él mismo iba tropezando por la playa pedregosa, con guijarros del tamaño de un puño, Oxen prácticamente flotaba sobre aquel suelo infranqueable. Ni siquiera abría la boca para coger aire. Y jamás perdía el paso.

Quizá personas como Oxen, que se habían sometido a un entrenamiento tan largo y riguroso, tenían algún tipo de interruptor interno. Una función simple de encendido y apagado que les facilitaba llevar a cabo misiones como esta porque cada pensamiento y cada movimiento eran instintivos.

Él había estado pensando todo el tiempo en la gran diferencia entre su primera visita a Egholm y aquella. Recordó la agradable sensación que le sobrevino cuando se bajó del transbordador de coches en Agersø. Siempre había sido así: nunca se había negado a un enfrentamiento intelectual. Al contrario. Pero con las peleas físicas… ahí le sucedía justo lo contrario. Y fuera como fuese, nunca se había acostumbrado a las armas.

Repasó mentalmente todos los detalles de su acuerdo con Johan Wolf-Witte por última vez. Irían a la parte trasera de la casa, y ahí se detendrían para llevar a cabo el intercambio. Había tanto que hacer, que todo tenía que cuadrar al milímetro.

—¿Vamos?

Oyó la pregunta de Niels Oxen, pero la ignoró y se volvió hacia el mar, o más bien hacia el Storebælt, que era tan ancho que bien podría haber sido un mar. O tal vez era él quien se había vuelto minúsculo.

Se quitó la gorra de *tweed* y se secó el sudor de la frente con la manga de la chaqueta. Se quedó muy quieto. Desde algún lugar oyó un ruido. El tañido lejano de las campanas sordas que anuncian el Juicio Final.

Volvió un poco la cabeza. ¿O estaba equivocado? Quizá fuera el sonido de una campanita ligera y alegre…

En el segundo siguiente ya solo oyó el suave viento que rugía tímidamente en sus oídos.

—Sí, soldado, vamos.

La estrecha playa terminaba en un acantilado bajo pero empinado. Dio un par de zancadas determinadas, llegó a lo alto, se inclinó, estrechó la mano de Mossman y lo ayudó a subir.

Siguieron avanzando con cautela. El camino avanzaba a través de un bosque caducifolio en el que crecían principalmente hayas y, por fortuna, no había obstáculos molestos como moras u otra maleza en el bosque.

Al cabo de unos minutos vieron la fachada de madera de la finca, pintada de amarillo, brillando entre los árboles, y un poco más a la izquierda, algunos cobertizos para herramientas y dependencias. Tocó a Mossman en el hombro.

—Cuando lleguemos al límite del bosque, haremos un descanso y aseguraremos el perímetro —dijo.

Mossman asintió.

A continuación, se agachó detrás de un tronco y Mossman hizo lo mismo. Sacó sus prismáticos y miró a su alrededor, pero no pudo ver ninguna señal de actividad humana, ni fuera de la casa ni detrás de las ventanas que les quedaban a la vista desde su ubicación.

Miró el reloj. Esperarían cinco minutos y luego lo revisarían todo por segunda vez con los prismáticos. Después, por fin, se levantaría e indicaría al exjefe de inteligencia que siguiera adelante.

La señal de Oxen significaba que debía levantarse. Lo hizo, no sin esfuerzo. Asintió al veterano de guerra y lo siguió con cautela al espacio abierto. Ya estaban a no más de treinta o cuarenta metros de la casa.

Rodearon el edificio por la izquierda. Oxen avanzó lentamente. Luego se detuvo, esperó con cautela y siguió caminando con precaución. Diez metros hasta la puerta principal.

Ya casi estaban. Solo unos pasos más. Miró a su alrededor. Su mano aferró el arma que llevaba en su bolsillo. Estaban justo en posición, en ángulo recto con el terreno abierto hacia el este, y con una vista clara de la estructura cortavientos que quedaba más adelante y que consistía en varias hileras de abetos.

Entornó los ojos para mirar hacia el sol, que también estaba en posición, redondo y brillante. Se secó una gota de sudor de la frente con la mano izquierda y creyó oír de nuevo las campanas del día del Juicio Final. Ahora…

—¡Detente, Oxen! Estoy apuntándote con mi pistola. Un movimiento en falso y disparo. ¡Levanta los brazos! ¡Levántalos! ¡Y no te atrevas a mover un solo músculo!

El veterano de guerra, frente a él, se quedó paralizado. Dudó unos segundos y finalmente obedeció: levantó los brazos por encima de la cabeza.

—¡Mossman! ¡Cerdo asqueroso! No te atrevas a… Yo…

—¡Calla! Y haz lo que te diga. Para empezar, saca el arma de tu bolsillo con el pulgar y el índice. Lentamente. ¡Y no hagas ninguna estupidez!

Estaba tan concentrado que casi se mareó. Vio a Oxen sacar el arma de su bolsillo a cámara lenta y cogerla con dos dedos por el cañón.

—¡Tírala a la derecha!

Oxen obedeció de nuevo.

—Ahora ponte de rodillas. ¡Las manos en la nuca!

La puerta de entrada se abrió mientras Oxen se dejaba caer al suelo.

El primero en bajar las escaleras fue el propio Wolf-Witte, seguido por un segundo caballero mayor armado con una pistola. Un tercer hombre más joven fue el último en salir de la casa. Un tipo musculoso de hombros anchos con una pistolera sobre su camiseta blanca y un arma en cada mano, listas para disparar.

Johan Wolf-Witte llevaba una maleta de aluminio en la mano.

—Excelente, Mossman. Buen trabajo. Aquí tienes lo acordado…

Wolf-Witte dejó la maleta en la grava, unos metros delante de Oxen.

Él asintió. Así lo habían pactado: la primera cuota al contado, en el lugar de la entrega.

—Si fuera tan amable… —dijo haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la maleta.

—Por supuesto… —El presidente de la Corte se agachó y abrió la tapa, para que Mossman pudiera ver el contenido.

Billetes de mil coronas cuidadosamente empaquetados.

Todo genial. Solo ahora se concentró en los otros dos hombres. Y solo ahora reconoció al anciano que estaba de pie en diagonal detrás de Wolf-Witte.

—¿Nielsen? ¿De verdad? ¡No puedo creerlo!

Realmente, no pudo ocultar su sorpresa. Allí, serio como una estatua, estaba Kaare Nielsen, el antiguo subdirector de operaciones del CNI, con una pistola en la mano y mirándolo con atención. Nunca le había gustado aquel hombre, pero siempre lo había respetado como

a un colega extremadamente competente.

Nielsen no dijo nada. La falta de simpatía era mutua.

—El señor Nielsen ha sido un leal colega mío durante muchos años —dijo Wolf-Witte con una sonrisa que mostraba cuánto disfrutaba del pequeño triunfo de haber logrado un aliado de tanto nivel para colarse en la jerarquía de Søborg.

Ya no podía distraerse. Era hora del siguiente paso. Se quitó la gorra de *tweed* y se frotó dos veces la cabeza con la mano. Era la señal acordada.

Estaba de rodillas ante su verdugo, el presidente del Tribunal Supremo y líder del Danehof, Johan Wolf-Witte. El hombre que había convertido su vida —ya de por sí arruinada— en un verdadero infierno en la tierra.

La maleta con la recompensa de Judas se interponía entre ellos como un testigo silencioso. Pero en solo unos segundos, la marea cambiaría de repente. No podía ver lo que Mossman estaba haciendo a sus espaldas. En cambio, mantuvo la mirada fija en la ligera chaqueta de verano de Wolf-Witte.

Y de pronto lo vio: el pequeño punto de luz rojo danzando en la barriga de aquel hombre. Mossman había dado la señal.

El punto se asentó y luego subió lentamente. Un tiro en la cabeza no era posible desde esa distancia, de modo que el punto rojo, que anunciaba la muerte inminente, aterrizó en el pecho de Wolf-Witte, a la altura del corazón.

Sus manos, entrelazadas detrás del cuello, se abrieron paso milímetro a milímetro hasta la capucha de su chaqueta, donde llevaba la pistola de repuesto.

Sus dedos la cogieron en el mismo segundo en que sonó el disparo. Oyó el sonido de la bala entrando en el cuerpo de Wolf-Witte y vio que dejaba una mancha de sangre que fue haciéndose cada vez más grande.

Entonces sonó un segundo disparo. Esta vez desde otro ángulo y otra distancia. El cristal de la claraboya se hizo añicos y oyó un grito ahogado de alguien cayendo desde el techo. Margrethe Franck había cumplido con su cometido y había eliminado del juego al cuarto oponente oculto.

Se tiró a un lado, rodó sobre su estómago y pegó dos tiros al guardaespaldas. Ambos atravesaron la camiseta blanca, y la tiñeron de rojo mientras el hombre soltaba su arma y colapsaba.

Por el rabillo del ojo, vio un punto rojo moviéndose por la chaqueta de Mossman. Sin pensarlo dos veces, cogió impulso, se abalanzó sobre él, lo agarró por la cadera y lo empujó al suelo, justo

cuando el siguiente disparo pasaba zumbando por encima de sus cabezas.

Estaba a punto de apuntar al tipo llamado Nielsen, cuando vio que el hombre se llevaba las manos al estómago, con asombro. La bala destinada a Mossman lo había alcanzado a él.

Se quedó allí tumbado y miró hacia abajo, hacia el bosque, justo a tiempo de ver una sombra oscura que saltaba y desaparecía entre las densas coníferas. El francotirador había huido.

Oxen miró a su alrededor. El líder del Danehof yacía en el suelo, asesinado por un disparo de largo alcance muy bien ejecutado. Había caído boca abajo y tenía la frente apoyada sobre la maleta con los billetes. La boca, abierta, y las gafas con montura dorada, extrañamente torcidas sobre su rostro.

Instintivamente revisó su entorno inmediato por segunda vez. Nada indicaba actividad ahí arriba. El hombre de la camiseta blanca tampoco se movió. Y Wolf-Witte estaba muerto.

Mossman se había puesto en pie con dificultad y caminaba hacia Nielsen para recuperar su pistola.

Oxen se levantó, corrió hacia la puerta principal y subió las escaleras. El tirador que Wolf-Witte había colocado junto a la claraboya yacía gimiendo en el suelo junto a su rifle. Lo recogió y se aseguró de que el hombre no llevara más armas. Luego bajó corriendo las escaleras y comprobó que el guardaespaldas y Wolf-Witte realmente no respiraban.

—Despejado —dijo a Mossman—. ¿Quieres llamar a un helicóptero para el que está ahí arriba? Quizá aún sobreviva. La bala se le ha alojado en el pecho.

Mossman asintió. Parecía un poco incómodo allí de pie, con la pistola apuntando a Nielsen, que estaba a punto de morir del disparo en el estómago.

Franck salió de su escondite en uno de los cobertizos vecinos. Tenía un rifle con mira telescópica en la mano. Ya solo faltaba Sonne, pero estaba haciendo su parte y no debían molestarlo. Tenían que esperar. Nielsen cayó al suelo y se quedó boca arriba, respirando con dificultad.

—Parece que ha salido todo como esperábamos —dijo Margrethe cuando llegó a ellos—. ¿Estáis bien? Bueno, ¿aparte de él?

Se arrodilló junto al hombre gravemente herido, examinó el disparo en el estómago y luego sacudió la cabeza mientras Mossman transmitía toda la información necesaria a los servicios de emergencia.

—No le queda mucho… Es Nielsen, ¿verdad? ¿El subjefe de operaciones?

Mossman terminó la llamada y asintió.

—Sí… Han enviado un helicóptero.

Oxen recogió su pistola, la que había tirado siguiendo la orden de Mossman.

—¿Hay algo que podamos hacer para ayudar a Sonne? —preguntó.

—No, dadle cinco minutos.

—Ella te engañó. Quería matarte a ti también.

Mossman asintió solemnemente y le puso una mano en el hombro.

—Gracias, soldado, por responder con tanta rapidez.

—Kajsa Corfitzen dispara muy bien. Ganó el campeonato de la Asociación del Rifle de la Universidad de Cambridge tres años seguidos —dijo Franck.

—*Well*, yo ya sabía lo de las competiciones de tiro en Cambridge. De ahí mi sugerencia. Solo me equivoqué al creer que mi influencia sería lo suficientemente fuerte como para que resistiera la tentación —murmuró Mossman, sacudiendo la cabeza—. Pero aún está a tiempo de convertirse…

Aparte del intento de Kajsa de matar a Mossman, hasta ahora todo había ido según lo previsto. Oxen había estado en el lugar durante dos días seguidos para explorar el terreno y analizar la situación. Había recorrido cada centímetro cuadrado de la pequeña isla, con traje de camuflaje de día y mono negro de noche. Era una de sus especialidades: ser invisible, para observar y evaluar. Finalmente, había determinado las posiciones que Franck y Sonne habían tomado en las primeras horas de la noche. Había verificado dos veces el número de hombres a los que se enfrentarían, para estar preparados para cualquier cosa y, afortunadamente, había contado con que el líder de Danehof colocaría a un hombre en la ventana, con una clara línea de fuego hacia abajo.

Franck se levantó.

—Nielsen está muerto —dijo.

Él se encogió de hombros. Uno menos. El hecho de que precisamente este hombre, de entre todos los del mundo, hubiera estado moviéndose en las esferas más altas del Danehof explicaba a la perfección gran parte de lo que había sucedido durante la larga pesadilla que había empezado con los perros ahorcados.

—Sin duda él…

Fue interrumpido por un fuerte zumbido, como si un enorme enjambre de avispas enfadadas volara hacia ellos. Miró hacia arriba. Ahí estaba, acercándose cada vez más. Subió unos metros y finalmente bajó hasta detenerse en el aire, con las hélices girando sobre su cabeza: el dron que había estado dirigiendo Sonne, y que llevaba una

pequeña cámara en su parte inferior.

Entonces apareció él, Christian. Vino desde la playa y corrió por la hierba alta hasta ellos. Los saludó con la mano y finalmente hizo aterrizar el dron en la grava, frente a la casa.

—¿Christian? ¿Lo tienes todo? ¿También la *webcam*?

Sonne estaba inclinado hacia delante, con las manos en las rodillas, y resoplaba. Asintió. Mossman dio unas palmaditas a su sobrino en la espalda, con satisfacción.

—Buen trabajo. Objetivo logrado. Voy a llamar a Søborg para que envíen a alguien a limpiar.

87

El castillo de Nørlund no podía competir con Torup, la imponente fortaleza de la familia de Sixten Kopparstierna, ni como edificio ni por su entorno.

Parecía que había sido ayer cuando estuvo ahí dentro, metido en una especie de versión moderna de un oscuro drama medieval. Cuando fue herido de gravedad y se abrió camino como pudo hasta la puerta del castillo del rico sueco, donde se enfrentó a la peor humillación.

Una pequeña bandada de patos nadaba en el agua oscura. Se sentía mejor que nunca mientras cruzaba el foso hacia el patio del castillo de Nørlund, a las afueras del poderoso bosque del Rold. Que esta bonita construcción hubiera sido el punto neurálgico de tanta actividad criminal, así como uno de los ejes del opaco imperio del Danehof, le parecía francamente absurdo.

Pero fue precisamente en este lugar donde los cimientos de todo el entramado empezaron a flaquear; es decir, cuando el exembajador Corfitzen fue hallado muerto en su estudio; y cuando Niels Oxen y su perro pisaron sin darse cuenta unos parterres de flores. Aunque en realidad la primera piedra ya había caído antes, cuando el por entonces ministro de Justicia Rosborg estranguló a una chica de compañía lituana en un arrebato sexual. Si Rosborg no hubiera hecho eso, ahora no estaría ahí quieto, bajo el sol.

Levantó la aldaba de la puerta y la golpeó con fuerza contra la sólida madera para que la malvada princesa que se escondía tras aquellas gruesas paredes no pudiera desatender el hecho de que había llegado la hora de la verdad. Había explicado a Sonne, Franck y Oxen que el único miembro de la directiva del Danehof que aún quedaba con vida había puesto como condición que esta reunión fuera privada. Era mentira, por supuesto, pero, si servía a la causa, siempre podía tolerarse un poco de laxitud respecto a la verdad.

La puerta se abrió. Era ella en persona. Karin «Kajsa» Corfitzen.

Pálida, despeinada y con ojeras.

—Adelante —dijo, cerrando la puerta tras él y conduciéndolo a una pequeña sala con chimenea al final del pasillo.

Se sentó en una silla frente a ella. Ya no se trataba de negociaciones. Se trataba de pura capitulación.

Sacó su ordenador portátil del maletín que había traído y lo colocó en la mesita que quedaba entre ambos. Sobraban las palabras. Presionó la tecla correspondiente y comenzó la grabación.

Kajsa Corfitzen observó en silencio y con ojos cansados lo que estaba sucediendo en la pantalla. Vio cómo ella misma, escondida entre los abetos de Johan Wolf-Witte, lanzaba un primer disparo fatal contra el presidente de la Corte y luego un segundo tiro que estaba destinado a Mossman pero que mató a Kaare Nielsen en su lugar. Vio primeros planos y planos generales, capturados por dos cámaras diferentes, pero en ningún caso pudo ver el rostro del tirador, que permaneció anónimo y en la sombra todo el tiempo.

Sin embargo, eso cambió cuando se escapó entre los abetos y salió a la luz por el otro extremo del bosque. El dron también capturó esta parte de la fuga de Kajsa Corfitzen, y documentó el modo en que ella tiraba de una lona de camuflaje bajo la que aparecía un bote con un potente motor fueraborda que le sirvió para poner rumbo al continente a toda velocidad.

Kajsa Corfitzen asintió con cansancio.

—Sí, era evidente que esa cosa voladora solo podía ser suya —dijo.

—¿Por qué no mantuvo el trato?

—¿Qué tenía usted en la mano? La grabación de un audio en el que admito que disparé a Arvidsen. Una evidencia como esa es irrefutable en un juicio. Lo consulté con mi abogado. Así que… decidí aprovechar la oportunidad cuando aún estaba a tiempo.

—Está bien. Pues yo sigo manteniendo mi promesa de que puede salir bien parada de todo esto.

—¿Los archivos?

—Los archivos, efectivamente. Siéntase libre de eliminar cualquier material que la incrimine, si ese fuera el caso.

—No, no hay nada de eso. No había ninguna constancia escrita del caso Arvidsen, y ese fue el único en el que participé.

—¿Dónde están?

—Después de que Oxen y Franck irrumpieran en Nørlund, trasladamos el archivo del Norte a un refugio que mi padre construyó en el bosque hace muchos años.

—¿Y el del Sur?

—Al sótano de una pequeña propiedad perteneciente al castillo de

Gram.

—¿Y el del Este?

—Al sótano del edificio de Egholm. Hay una escalera escondida detrás del revestimiento de madera. Allí celebrábamos también nuestras reuniones.

—Pues recojámoslos juntos. Hoy el del Norte. Mañana el del Sur. Pasado, Egholm.

Kajsa Corfitzen asintió.

—Usted es el jefe.

—Aún me gustaría obtener alguna respuesta más antes de desaparecer por el bosque: ¿sabe usted qué pasó con el cadáver de la prostituta lituana?

—Mi padre era un perfeccionista maníaco y lo anotaba todo. El cuerpo fue enterrado. No recuerdo la ubicación exacta, pero lo anotó en alguna parte.

—¿Y KKK, Knud Klint Kopparstierna?

—Sus documentos no están en mis archivos, están en Egholm.

—Lo sé, solo quiero saber si el Danehof lo mató.

Kajsa Corfitzen asintió y suspiró.

—El jefe del Danehof de ese momento quiso deshacerse de él, sí… Al parecer lo consideraron una amenaza. Creo que planeaba socavar la red, pero no he leído los archivos sobre el caso.

—Johan Wolf-Witte quería retirarse. Es por eso por lo que usted y Villum querían actuar de inmediato. ¿Quién debería sucederle?

—No tengo idea.

—¿Alguna suposición razonable?

—No, la verdad es que no. No tengo ni la más mínima idea. Esas son las reglas.

—El padre de Wolf-Witte, como su hijo, fue presidente del Tribunal Supremo… ¿Fue también jefe del Danehof?

—Sí.

—¿Y antes que él?

—Brockenberg-Wiig. Noble y gigante de la industria agraria.

—Ya había oído ese nombre antes… Pensé que quizá fuera una decisión consciente el hecho de que la máxima dirección perteneciera también al Tribunal Supremo.

—Por supuesto. El poder legislativo, el judicial y el ejecutivo siempre han sido fundamentales para nosotros. Históricamente, primero el judicial. Pero nunca hubo ninguna garantía de que pudiéramos colocar a uno de los nuestros al frente del poder judicial, si eso es lo que insinúa. El último Danehof oficial se celebró en Nyborg en 1413. Después de aquello, Erik von Pommern trasladó la

administración central a Copenhague y el Danehof fue reemplazado por el Reichsrat. Recientemente fundado de nuevo, esta vez en secreto, el Danehof aseguró su presencia allí y estuvo representado en el Reichsrat durante muchos años. Pero eso es historia. A mí me interesa el presente. La responsabilidad de la organización en el desarrollo de Dinamarca. Pero a partir de ahora estaré siempre a su merced, ¿verdad, Mossman?

—Así es, sí. Este es el precio, Kajsa. Habíamos negociado un buen trato.

—Créame o no, me da igual: la violencia y el crimen nunca habían sido una solución para mí. Ni de forma privada ni en relación con el Danehof. Quedé devastada cuando descubrí los medios que usaba mi padre para ocupar el cargo: sexo, espionaje, chantaje. Realmente no podía creerlo.

—Pero usted también ha cometido crímenes en nombre del Danehof.

—Arvidsen.

—Sí. Y Wolf-Witte.

—Si no hubiera disparado a Arvidsen, Niels Oxen nos habría encontrado mucho antes. Y lo de Wolf-Witte… eso fue algo personal. Como usted mismo me dijo, me habría arrastrado al abismo con él. Así que la decisión no fue nada difícil.

—También aprobó el asesinato del ministro de Justicia.

Ella se encogió de hombros en silencio.

—Y autorizó esta abominable cacería, la *aniquilación* total de Niels Oxen.

Kajsa Corfitzen asintió en silencio. Parecía mirar a través de él.

—¿Niels Oxen? Sí… —Volvió a guardar silencio por un momento y luego continuó—: Me gustaba mucho Niels Oxen. Pero sí, por desgracia… No había otra salida. Oxen era un caso especial. Su historia con el Danehof comenzó en otro lugar. Pero ¿no quería marcharse?

—No tengo tanta prisa. Háblame de Oxen…

88

La euforia por haber derribado el Danehof se convirtió en escepticismo con bastante rapidez. Axel Mossman le había pedido que tuviera paciencia, un poco más aún, mientras él se dedicaba a «suavizar la situación y estrechar algunas manos». Fue así como lo expresó, y luego lo envió a casa, a su habitación del sótano, para esperar hasta que obtuviera luz verde.

El viejo gigante del CNI y Margrethe se sentaron frente a él, y él se sentó al lado de Christian Sonne, que tenía la cara roja y brillante.

Acababan de reunirse alrededor de una mesa en la sede de inteligencia de la Policía, en la oficina del jefe, Karsten Salomonsen. Todavía era relativamente nuevo en el puesto, que después de Axel Mossman solo había sido ocupado por un gerente interino durante mucho tiempo.

Salomonsen correspondía a la imagen clásica de un alto funcionario. Cuarenta y tantos años, pelo corto, aspecto sofisticado, traje gris oscuro, camisa blanca, corbata azul. Y, sin embargo, era diferente. Sus gafas eran redondas, y tras los gruesos cristales brillaban unos ojos de topo, amistosos, rasgados y ligeramente somnolientos. Había un brillo de confianza en ellos que resultaba francamente sorprendente en un lugar como este. Aunque lo cierto es que también era bastante desafortunado parecer un topo precisamente en el centro de inteligencia…

Salomonsen los recogió personalmente en la recepción y los acompañó arriba, a su oficina.

Mossman les había informado con solemnidad que el hombre tenía, «según los rumores, una mente afilada y una gran aptitud estratégica», y que «además era simpático».

Él se había resistido bastante a sentarse a la mesa de Salomonsen. Todavía estaba muerto, y si no estaba muerto, entonces era sospechoso de asesinato y querrían encarcelarlo.

—Salomonsen me ha dado su palabra de que no te arrestarán,

soldado. Estate en Søborg a las diez en punto. Franck y Sonne también vendrán —le había dicho Mossman por teléfono el día anterior.

El nuevo comandante en jefe del CNI tomó asiento en la cabecera.

—En primer lugar, me gustaría agradecerles su extraordinario compromiso —dijo, a modo de apertura—. Lo que han hecho ha sido… extraordinario. Permítanme informarles de que los frutos de su trabajo están ahora en el patio, aparcados en el interior de tres camiones cargados hasta el techo con todos los registros de los archivos del Danehof. Están bajo seguridad las veinticuatro horas del día y empezaremos a examinarlos y procesarlos cuanto antes.

Entonces, lo que Mossman les había dicho era cierto. Habían encontrado los archivos y ahora estaban retenidos en el CNI. El problema era que no le gustaba la idea en absoluto. Levantó una mano. Salomonsen interrumpió su explicación y asintió hacia él.

—Si no he entendido mal a Mossman, usted ha aceptado que se puedan consultar los archivos si existe una sospecha razonable de que uno aparezca mencionado en ellos. Ese es mi caso. ¿Cuándo tendré acceso al material?

Los ojos de topo sonrieron y Salomonsen asintió.

—Sí, es correcto, llegaré a eso en un momento, Oxen. Como todos saben, mi predecesor y yo hablamos largo y tendido. De hecho, en el transcurso de varias reuniones, Mossman me puso al tanto de los detalles del caso. Todo esto es, no hay otra manera de decirlo, francamente aterrador. No solo el volumen total de los documentos, sino su posible impacto en la sociedad. Pero empecemos con ustedes. Su valentía y esfuerzo han servido para sacar todo esto a la luz, y el precio que han pagado por ello ha sido muy caro. Ustedes dos, Margrethe Franck y Christian Sonne, fueron despedidos de sus trabajos. Según la información de la que disponíamos en aquel momento, parecía una decisión apropiada… Pero hoy, por supuesto, lo vemos desde un punto de vista completamente distinto. Querría reparar el daño. Por eso voy a ofrecerle, Christian, la posibilidad de regresar a la policía. Ya he hablado de esto con su jefe en Aarhus.

Sonne se estremeció visiblemente. Oxen le dio unas palmaditas en el muslo y notó que estaba luchando por contener las lágrimas.

Salomonsen continuó:

—Y a usted, Margrethe, me complace sobremanera poder ofrecerle la oportunidad de recuperar su antiguo trabajo aquí, con nosotros.

Franck no mostró ninguna reacción. Esa mujer no se dejaba impresionar fácilmente.

—No tiene que decidir nada de inmediato, pero espero que esté de acuerdo —dijo Salomonsen—. Y, por supuesto, ambos tendrán

derecho a algún tipo de compensación, aunque ahora mismo no estoy en disposición de decidir si las acciones que se tomaron en su momento pueden considerarse como despidos injustificados.

Así que Axel Mossman realmente había hecho un trabajo agotador entre bambalinas. Miró a Franck. ¿No habían adquirido un poco de color sus mejillas después de todo?

—Y en cuanto a usted, Niels Oxen…

Los ojos de topo sonrieron de nuevo. El jefe del CNI se rascó pensativamente la nuca. Su manga derecha se resbaló un poco hacia arriba, revelando un pequeño y colorido brazalete hecho de cuentas de plástico. Uno de esos que suelen recibir todos los padres cuando sus hijos juegan a hacer pulseras en la guardería. Tal vez se olvidó de quitárselo. O tal vez no quiso.

Salomonsen siguió hablando:

—… en su caso hay algunas circunstancias especiales que no debemos ignorar y que querría investigar con mayor detenimiento. En cualquier caso, sepa que es usted libre de hacer lo que quiera mientras no salga del país.

—¿Y el acceso a los archivos?

Repitió su pregunta. Todavía le faltaba el salvavidas.

—En los próximos días. En su inspección estará acompañado por uno de mis empleados. ¿De acuerdo?

Asintió. Le parecía bien. De hecho, se sintió un poco mejor desde que descubrió el brazalete del niño bajo la chaqueta del jefe del CNI.

—Hay algunas preguntas que me gustaría hacerles. Y les pediría que pusieran por escrito sus respectivas declaraciones. He reunido a un grupo de empleados para este propósito. Soy plenamente consciente de que esto es imposible de hacer en un solo día, pero empecemos.

89

A las dos de la madrugada, el primer camión grande salió de la parte trasera de la sede del CNI, en Søborg. Lo siguieron el número dos y el número tres.

Los faros de los vehículos mostraron el contorno de una gran figura, caminando de un lado a otro, inquieto, aparentemente dando instrucciones. Cuando el hombre se detuvo frente al faro izquierdo del camión principal, dejó su rostro al descubierto. Tenía muchas arrugas, como si se le hubiera encogido la piel, pero aún era impresionantemente alto, y sus movimientos parecían más bien torpes.

Levantó la mano derecha y le dio al conductor invisible la orden silenciosa de partir.

El camión avanzó un poco hacia delante y se sumó a los dos coches que ya esperaban para componer la columna. El hombre alto caminó con cierta torpeza hacia uno de los dos coches de delante, un Audi negro, pero antes de entrar en los asientos de atrás, se dio la vuelta y miró hacia el edificio. Levantó un pulgar hacia arriba. Y aunque no había mucha luz, se podía ver un rostro tras una de las ventanas del edificio. El hombre de las gafas redondas también levantó el pulgar. El otro se metió, cuan corpulento era, en el asiento trasero y cerró la puerta del coche. El segundo vehículo encendió el motor. Tenía una luz intermitente en el techo, y sus silenciosos destellos azules barrían la oscuridad.

Los coches circulaban en silencio. Se levantó la barrera y uno tras otro giraron hacia la calle Klausdalsbro y, en el siguiente cruce, a la derecha hacia Buddinge. Detrás de los tres camiones, un tercer automóvil formaba parte del convoy, igualmente equipado con una luz azul. La comitiva circuló tranquilamente por Copenhague, sin detenerse en los semáforos. Desde la calle Gladsaxe Mølle pasando por la avenida Borup, Bispeengbue, H. C. Andersen Boulevard, las calles Langebro y Vermland, Kløvermark y Forlandet.

Y por fin, veinte minutos y dieciséis kilómetros después, giraron

hacia Kraværksvej, en cuyo final se hallaba el enorme incinerador de residuos del Centro de Recursos Amager. El CRA.

Se detuvieron frente a la puerta cerrada y él salió del coche. Aquí, en las instalaciones del CRA, la mayoría de los residuos combustibles que se recogían en la capital se convertían en electricidad y calefacción urbana.

Cuatro carriles conducían a la instalación. Todos bloqueados por barreras. Además, el tráfico entrante, que debía de ser bastante denso durante el día, estaba regulado por semáforos y monitoreado desde un edificio de control.

Justo frente a ellos se levantaba el «Amager Bakke», una estructura gigantesca que pronto albergaría el nuevo incinerador y que ya tenía un lugar asegurado en la historia mundial, porque su techo inclinado más tarde serviría como pista de esquí.

Intentó visualizarlo. Laderas nevadas y alpinas, enmarcadas por abetos y otras plantas verdes en innumerables jardineras, tras las cuales se escondían los muros del edificio industrial.

No. No tenía suficiente imaginación para tal locura. ¿Qué haría la gente cuando acabara de esquiar? ¿Quemaría unas cuantas toneladas de residuos?

Un hombre con un chaleco de seguridad amarillo chillón y un casco blanco se dirigió hacia la puerta.

—Buenas noches, mi nombre es Axel Mossman —le dijo—. Tenemos un permiso especial del Departamento de Justicia.

Coló una hoja de papel entre los barrotes. El hombre del casco llevaba una chaqueta gris debajo del chaleco y no parecía estar deseando un futuro como instructor de esquí. Leyó la carta con calma y luego asintió vigorosamente.

—Sí. Todo en orden. Los estábamos esperando. ¿Tres camiones… y cuántos coches?

—También tres. Hay otro detrás del último camión.

—Por favor, aparquen los coches allí. No revisaremos los camiones. Cuando el semáforo se ponga en verde, pasen ustedes, sin más. Los acompañaré hasta la rampa. El director los está esperando.

—Perfecto. Muchas gracias.

El hombre hizo un gesto hacia los paneles oscuros del edificio de control, y la pesada puerta se deslizó lentamente hacia un lado.

Mossman se acercó al conductor del primer camión y le dio las instrucciones antes de volver a subir al coche.

En cuanto se abrió la puerta, la barrera roja y blanca se elevó y condujeron hacia el edificio. Los camiones pasaron uno tras otro y se dirigieron hacia la derecha, hacia la rampa cubierta, que era casi del

tamaño de una autopista.

Les dieron chalecos protectores y cascos, y luego el hombre de la chaqueta gris les hizo un gesto para que lo siguieran. Los camiones quedaron alineados en el gran pabellón de entrega frente a las zonas de descarga.

Un olor dulce flotaba en el aire. Un poco más adelante, la vio. Estaba de pie junto a un hombre, presumiblemente el director de la instalación. Ambos portaban chalecos y cascos.

Ella se adelantó a recibirlos. Solo había vuelto a verla una vez desde que lo despidió, y fue el otro día, cuando entró en su despacho para proponerle la única solución posible para servir al país.

—Buenas tardes, Mossman.

La ministra de Justicia, Helene Kiss Hassing, tendió la mano y sonrió bajo el gran casco.

—Buenas tardes, Hassing.

—¿Va todo según lo previsto?

Él asintió y puso su mano sobre el brazo de ella, para tranquilizarla. Con la enemistad no se lograba nada. La amistad, por su parte, era un bien escaso con el que no se podía contar mucho, de modo que todo se acababa reduciendo a las alianzas. Y por supuesto, a la astucia y el sentido común. Sin esas tres cosas, uno tenía tantas oportunidades en su campo como una bola de nieve en el infierno.

—Sí, por ahora todo bien.

—¿Y Karsten Salomonsen?

—Estaba en su oficina hasta que nos fuimos. Lo ha supervisado todo y ha dado las indicaciones necesarias.

—Tengo que admitir que al principio no parecía demasiado entusiasmado con el plan, pero al final pude convencerlo de que nuestra solución tenía más sentido —dijo la ministra de Justicia.

—Parece que así es. Me dijo que eso nos ayudaría a todos.

—Y tiene razón. Me alegro de que viniera a hablar conmigo a pesar de nuestras… antiguas diferencias.

—*Well*, no soy rencoroso.

—Ha hecho usted un trabajo extraordinario, Mossman. De verdad, muchas gracias.

Fueron juntos hasta el director del CRA, que ya se había puesto manos a la obra. Un grupo de trabajadores de la fábrica ya estaba descargando las cajas de cartón del primer camión.

—Tal como usted indicó, suben las cajas con el ascensor y las arrojan directamente al horno —dijo el director, sonriendo a la ministra—. Pero venga conmigo y podrá verlo con sus propios ojos.

Entraron en el edificio por un tramo de escaleras, y un gran

ascensor los llevó al piso de arriba. Poco después llegaron a un pasillo en el que el director abrió una puerta de acero.

—Aquí solían sentarse los conductores de la grúa. Ahora ya no queda ninguno: todo el sistema está completamente automatizado —dijo con orgullo el director.

Estaban de pie en una especie de cabina de cristal que colgaba sobre el abismo. Si miraban hacia abajo, podían ver perfectamente un enorme conducto de hormigón lleno de desechos, así como las escotillas de descarga en los bordes.

Miró a su alrededor. Antaño los conductores de las grúas se sentaban en sendos asientos con respaldos altos y reposacabezas, y realizaban su trabajo con la ayuda de varios *joysticks* e interruptores. También tenían ceniceros y una taza de café ya vacía. Aparte del hecho de que todo estaba cubierto por una capa considerable de polvo, la cabina parecía una cápsula del tiempo que se hubiese detenido el día en que los operadores de la grúa cogieron sus sombreros y se despidieron para no volver. Justo cuando ese pensamiento cruzaba por su mente, un brazo mecánico gigante se deslizó más allá del disco de cables de acero y dejó caer su carga en una de las aberturas de la pared opuesta.

—Aquí tenemos cuatro hornos. La basura cae directamente en el fuego a través de un conducto, y listo —dijo el director, señalando hacia abajo.

Vieron que se abría una puerta junto a ellos y los hombres con las cajas de los camiones subieron a la plataforma de cemento y empezaron a tirarlas al horno, una tras otra.

Él asintió y no pudo evitar sonreír ante la idea. Imposible encontrar una forma más efectiva de destruir los archivos del Norte, el Sur y el Este. No tenía idea de cuántos metros cúbicos ocupaba el reinado de terror acumulado por el Danehof, pero quedaban muchas, muchísimas cajas hasta haber acabado con todo.

—¿Podría hablar con la ministra en privado un momento?

Hizo la pregunta al director de la fábrica, quien asintió, dijo «Por supuesto», y de inmediato se retiró de la cabina.

—Tuve la oportunidad de profundizar un poco en los archivos. El gran empresario Hildmand fue el último. Desafortunadamente, no ponía a quién contrataron para hacerlo.

—¿Hildmand? —La ministra parecía sorprendida.

—Por lo visto les preocupaba que el caso de los monopolios pudiera dejar algún rastro que condujera al Danehof.

Helene Kiss Hassing asintió. Por un momento ambos observaron en silencio cómo los hombres arrojaban caja tras caja al horno. La

ministra vio que una de las cajas se abría y de ella caían libros y carpetas y papeles sueltos, que fueron presa de las llamas.

—Cuando se queman libros, me vienen inmediatamente ciertas imágenes a la cabeza —dijo en voz baja.

—A veces los libros tienen capítulos tan oscuros que lo mejor que se puede hacer con ellos es quemarlos… Oh… cuidado…

Movió con cuidado la mano hacia el cuello de la chaqueta de la ministra, empujó algo dándole unas palmaditas y luego se frotó la mano en la pernera del pantalón.

—Una telaraña —explicó—. Increíble cuántas hay por aquí.

—Gracias… Todavía no me creo que haya pasado algo así. Desde el Danehof de Nyborg hasta nuestros días. La idea realmente me pone la piel de gallina, Mossman.

—El poder no tiene fecha de caducidad.

La ministra asintió en silencio.

La compuerta se abrió de nuevo y se llevaron cajas nuevas al borde de la plataforma.

—Como le dije el otro día… —comenzó a decir, sin apartar los ojos de los hombres que trabajaban afuera—, Wolf-Witte ya había elegido a su sucesor. No sé quién era, pero la estructura de poder está rota, tanto en lo organizativo como en lo económico, de modo que no puedo imaginar al monstruo resurgiendo de sus cenizas otra vez. El que herede será cabeza de… nada.

—Realmente ha hecho usted un trabajo excelente, Mossman. Por cierto, el Ministerio está listo para anunciar oficialmente la comisión. Pasaremos por alto el… punto sensible, insistiendo una vez más en que tuvo que renunciar a su cargo por motivos de salud en ese momento, pero que ahora se ha recuperado por completo, y que puedo dejar con confianza la presidencia en las manos más experimentadas del país. Algo así… ¿Está de acuerdo con eso?

—Suena excelente, sí.

—Nos veremos más a menudo a partir de ahora. Es muy importante para mí que en el futuro usemos términos como «terror» y similares con más cautela. Preferiría utilizar el término «seguridad», pues trae lo positivo a primer plano. Creo que también deberíamos presentar la comisión así, pues de eso es de lo que se trata: de seguridad. Piénselo, ¿de acuerdo?

Él asintió y sonrió.

¡Por el amor de Dios! ¿La ministra creía de verdad que había inventado la rueda?

En toda su larga carrera nunca se había tratado de otra cosa. La seguridad era una ilusión, y las ilusiones se creaban para sostenerse.

De lo contrario, la vida sería insoportable.

Esa era la única razón por la que él estaba ahí. Para mantener la ilusión. La siguiente caja fue a parar al horno. Se quedaría hasta que la última hubiera desaparecido.

Axel Mossman y los tres vehículos acababan de salir del recinto, y también el último camión avanzó hacia la puerta de salida. Ella se había despedido del director con un largo y formal apretón de manos, le había dado las gracias calurosamente y le había devuelto el chaleco y el casco.

Se puso al volante de su coche privado. Arrancó el motor. Miró el reloj. Y cogió el teléfono.

—Soy yo. Sí, ya está todo quemado… Estaré allí en cinco minutos.

90

Amager Strandpark estaba a la vuelta de la esquina, a su izquierda.

Dio media vuelta y condujo lentamente por el Lagunebro hasta el área recreativa de la isla artificial. En la minirrotonda giró a la izquierda y luego siguió todo recto hasta el último aparcamiento de la estación de playa número tres.

Había estado allí un par de veces con su familia, en días templados de primavera y también con el traje de baño en pleno verano, o para salir a caminar en un tormentoso día de otoño, pero nunca en plena noche. La sensación era terriblemente inquietante. Se sacudió aquella idea de la cabeza, aparcó el coche y salió. Aparte de un par de remolques, solo había otro coche en toda la zona. La angosta luna creciente daba suficiente luz para que una pudiera orientarse en cuanto sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad.

Una figura solitaria estaba sentada en un banco. Era un hombre. Ella se sentó a su lado.

—Hola, Per.

—Hola, Helene.

—¿Llevas mucho rato?

Él se encogió de hombros.

—Una hora más o menos, supongo. La temperatura es agradable… Y este es un buen lugar para pensar. Nunca le he tenido miedo a la oscuridad, ni siquiera de niño. Para ser honesto, incluso me gusta. Me calma… ¿Ha salido todo bien?

—Se ha eliminado todo. Había tres camiones. No estaban llenos hasta los topes, pero aun así eran un montón de cajas. Las arrojaron directamente al horno. Mossman y yo estuvimos allí hasta el final. Si fuera de día, podríamos ver mejor el humo.

Ambos giraron la cabeza un poco hacia la derecha. Cuatro chimeneas blancas con luces rojas se elevaban hacia el cielo a cierta distancia. Las tres exteriores pertenecían a la planta de Amager. La cuarta, algo apartada, era la chimenea del CRA. Uno solo podía

imaginar cómo el humo se elevaba hacia el cielo nocturno.

—Ahora ya solo quedan cenizas —dijo la ministra de Justicia, Helene Kiss Hassing.

—Fue la decisión correcta. Los archivos siempre fueron un gran riesgo. Deberían haber sido destruidos hacía tiempo. Pero este no es el final, sino un nuevo comienzo. Tenemos todas las libertades. Ahora debemos pensar juntos qué es lo mejor para Dinamarca.

—Mossman está convencido de que no queda nada, ni estructural ni financieramente.

—Cuando descubrió todo lo que estaba sucediendo a sus espaldas, Wolf-Witte tuvo tiempo de informarme cómo funcionaba el plan de emergencia. Era un hombre extremadamente cuidadoso. Tenemos todo lo que necesitamos. Y mucho mejor si Axel Mossman está convencido de lo contrario. Después de todo, el hombre destruyó él solo toda la organización —dijo el magistrado.

—¿Mossman? ¿No fue más bien ese cazador-soldado? ¿El que tiene todas las medallas del mundo?

—¿Niels Oxen? Bueno… Supongo que habría que ver cuál es el huevo y cuál la gallina, pero al final es cierto: si él no hubiera resucitado de entre los muertos, ahora no estaríamos aquí. ¿Y qué hay de los otros dos?

—La mujer vuelve a trabajar en el CNI. Y el sobrino de Mossman ha recuperado su trabajo en la policía de Aarhus.

—Muy bien. Dejemos las cosas así. Todo eso quedó atrás, Helene. Demos la espalda al pasado. Un nuevo comienzo… Una tremenda responsabilidad. Un gran desafío. ¿Cuántas veces se ofrecen oportunidades así?

—Esto va a ser muy emocionante. Me muero de ganas. ¿Y qué vamos a hacer con Kajsa Corfitzen?

—Ella está fuera. Sería demasiado arriesgado aceptarla de nuevo.

—¿Y el Consilium? No encontraremos mejor instrumento para fomentar nuestros intereses… El Consilium está muy bien valorado.

El magistrado se frotó la barbilla.

—Yo creo que ya no podemos usar el *think tank* —dijo, vacilante—. De ahora en adelante estará bajo vigilancia constante.

—Por cierto, Mossman me dijo que Kresten Hildmand fue la última víctima. Como fiscal, el caso del monopolio era un gran éxito, pero para el futuro jefe del Danehof, era un asunto bastante feo. Vas a tener que hacer verdaderos equilibrios para ofrecer dos caras tan distintas bajo un mismo techo. Asumo que lo de Hildmand lo sabías, ¿no?

Era muy consciente de que su tono sonaba a reproche. Eilertsen asintió.

—Por supuesto que lo sabía, y lamento haber tenido que darte información falsa, pero es que… antes tenía que conocerte. Wolf-Witte dijo que Hildmand estaba comportándose como un elefante en una cacharrería, y que por eso… Pero lo de traerte a nuestro círculo lo acordamos mucho antes de Hildmand y de los monopolios. Queríamos tenerte cerca, por tus magníficas cualidades. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Por cierto, tus cinco millones están listos, pero deben pagarse con mucho cuidado. ¿Ya has pensado en ello?

Ella sacudió su cabeza.

—Como política de alto nivel, mis circunstancias financieras tienen que resistir cualquier escrutinio.

—Por supuesto.

—Tal vez el dinero en efectivo realmente sería lo mejor. Pero no hay prisa. Todo lo que cuenta para mí ahora es la tarea y el desafío, la oportunidad de marcar la diferencia. El dinero es secundario.

—Bien. Pues esperemos a que las cosas se hayan calmado un poco, y luego programaré la primera reunión en cuatro semanas. —La miró —. Ya es tarde. O temprano, según cómo se mire. Conduce tú primera.

Ella le dio un abrazo rápido, se levantó y caminó de regreso al coche. Sentía un hormigueo en el estómago. Estaba deseando empezar. Crear visiones. Desarrollar estrategias. Experimentar cómo las grandes cosas podían hacerse realidad fácilmente sin tener que abrirse paso a través de las aguas pantanosas del Parlamento.

—*Well, well, well*, lo que hay que ver… —gruñó, satisfecho, y se quitó el móvil de la oreja.

Estaba sentado en un banco del paseo marítimo, a la izquierda de Lagunebro, donde lo había dejado el conductor del CNI a petición suya. (El mismo hombre de confianza, por cierto, que había colocado un GPS en el coche de la ministra mientras ambos supervisaban la cremación).

Escudriñó en la oscuridad. Unos minutos más y vería los faros en la orilla opuesta, cuando la ministra de Justicia arrancara el motor de su coche.

Era hora de esconderse entre los arbustos, al lado del puente. Grabaría un minivídeo cuando ella pasara a su lado, y luego esperaría con calma el segundo automóvil que poco después también saldría del aparcamiento. Según la conversación que acababa de escuchar, el coche pertenecía al magistrado Per Eilertsen, encargado de combatir los delitos de guante blanco.

Además de ejercer este cometido importante, ahora también había heredado el puesto más alto en el Danehof. Una sorpresa bastante increíble, por mucho que ahora le pareciera también bastante lógica, a

su manera.

Por supuesto, los dos vídeos no suponían ninguna evidencia por sí solos, pero resultaban extremadamente útiles si se combinaban con la conversación que acababa de grabar en el pequeño disco duro que tenía en el regazo.

Gruñó de nuevo. Era un verdadero placer ver encajar las últimas piezas del rompecabezas. Sí, estaba retirado, y sí, lo habían dejado de lado, pero no había perdido su *touch*. Su incomparable olfato a la hora de localizar algo que no era lo que parecía.

No sabría decir exactamente en qué momento la ministra de Justicia, Helene Kiss Hassing, despertó sus sospechas. ¿Fue quizá ya en el momento en que lo despidió del CNI? Pero no por el hecho en sí, sino porque ni siquiera se había mostrado dispuesta a escucharlo. Porque había descartado las explicaciones de un hombre altamente calificado y respetado sin concederle en ningún momento el beneficio de la duda.

Y también jugó un papel importante el hecho de que la ministra de Justicia hubiera adquirido tan rápidamente una reputación como política honesta e irreprochable. Siempre había que tener cuidado con la gente así.

El punto de inflexión final, sin embargo, había sido el hecho de que la ministra no hubiese pedido un tiempo para reflexionar cuando él sugirió destruir los archivos del Danehof por el bien del país.

No había *ninguna* telaraña en su chaqueta cuando estaban en la cabina viendo arder las cajas. Solo le había conectado un diminuto micrófono, a la espera de que su instinto no le estuviera fallando.

Se levantó y conectó el disco duro.

Se había metido de nuevo en el juego. Con astucia e intelecto. Al más puro estilo de la tradición de la tragedia clásica.

Guardaría la grabación en su sótano y la dejaría madurar. Ya había acumulado allí una colección impresionante, compuesta por el material más preciado del mundo: el conocimiento.

Satisfecho, se dirigió hacia los arbustos, junto al puente.

Llevaba oro puro en el bolsillo.

91

Las cebras y los ñus estaban en medio de su migración anual desde el Serengueti, en Tanzania, hacia Kenia, en el Masái Mara, cuando llamaron a la puerta de su habitación en el sótano.

Le parecía que había dedicado la mitad de su vida a disparar a todo tipo de animales en el culo, pero nunca se aburría de eso.

—Adelante.

Axel Mossman pisó la alfombra raída. Llevaba un maletín delgado en la mano.

Oxen se incorporó en la cama, sin apagar la televisión.

—¿La gran migración? *The Great Migration*… Siempre fascinante —murmuró Mossman, agarrando la única silla que había en toda la habitación.

—Los pobres bichos siguen la temporada de lluvias. Los cocodrilos no tardarán en llegar.

Mossman sonrió, pero no dijo nada.

Por supuesto que eso era una tontería. Los cocodrilos ya estaban allí. Uno de ellos estaba sentado en su silla.

—Mi esposa y yo fuimos juntos a Luxor una vez —comenzó a decir Mossman—. Vimos un cocodrilo del Nilo en un viaje por el río. La bestia era tan grande como un autobús de dos pisos, más o menos… Un asesino talentoso, seguro. Al final solo sobreviven los mejores.

—¿Has venido a ver *Animal Planet* conmigo?

Mossman negó con la cabeza.

—Siempre directo al grano, soldado. No. Estoy aquí para compartir algo contigo. Pero primero tienes que prometerme que no me arrancarás la cabeza de inmediato. Hay una muy buena explicación para eso. ¿De acuerdo?

Lo dejó en un gesto de resignación. ¿Cómo podía hacerle prometer algo así por adelantado?

—*Well*, los archivos del Danehof han sido destruidos. Los quemamos en el incinerador de Amager esta noche.

—¿Qué? ¿Cómo has podido…? —Saltó de la cama, colocó su dedo justo enfrente de la cara de sabueso de Mossman y le siseó—: ¿Quemado? ¿Y el caso? ¿El asesinato de Fisk? ¿Y qué pasa conmigo? ¿Y la fiscalía…? ¿Por qué diablos lo has hecho?

Estaba temblando de ira. Solo la mesita que había entre ellos le impidió ir a por la garganta de Mossman.

—¡Maldita sea, Oxen, cálmate! Esto es exactamente lo que acabo de decirte: hay una buena razón para ello. Coge aire primero, hombre, y siéntate.

Estaba fuera de sí. Mossman parecía tan seguro. Tan soberano. Respiró hondo varias veces, sin apartar los ojos del cocodrilo.

—¿Ya estás mejor? —preguntó la bestia.

Él asintió, y se arrepintió de haber perdido el control.

—Escucha… y quiero decir, escucha muy bien… Los archivos han sido destruidos porque son un legado obsceno desde el punto de vista democrático. Han sido destruidos porque un posible juicio al respecto socavaría cualquier creencia en esa misma democracia. Porque nadie se beneficiaría si el público supiera que durante siglos ha habido un influyente círculo de hombres oscuros, un círculo de poder dentro del Estado. Una edición danesa de la logia masónica italiana P2. ¿Quién revelaría voluntariamente tanta debilidad? Somos una nación de fanáticos de la seguridad, Oxen. Nos encanta la imagen del policía deteniendo el tráfico para que una familia de patos pueda cruzar la calle ilesa. Nos encanta la idea de que Copenhague es la ciudad libre y sin preocupaciones de los ciclistas. Nos encanta pensar que aquellos con sombreros de piel de oso están protegiendo a nuestra reina y nuestra democracia. ¡Pero maldita sea, es todo una ilusión! En realidad, somos una sociedad frágil y una presa fácil. Todos pudieron verlo cuando ese lunático atacó el centro cultural y la sinagoga en Copenhague, ¡y era solo un hombre! ¡Ningún ataque coordinado! Cuando el público se entera de la verdad, tenemos miedo. Y pasará mucho tiempo antes de que nos suelte de nuevo. ¿Queremos aceptar eso? ¿Queremos destruir la ilusión y exponer el rostro malvado del Danehof para que todos lo vean en las noticias? ¿Queremos que todos estén constantemente mirando por encima del hombro con nerviosismo? La respuesta es no, no, y otra vez no. He pasado tantos años manteniendo la ilusión… No fueron los de los sombreros de piel de oso, fui yo. *Yo soy* el que nunca duerme. *Yo soy* el que vigila cuando los demás están en sus camas. Así ha sido siempre, y nada ha cambiado ahí. Así que fue *mi* decisión. Solo *mía*. Por eso mentí. Por eso mantuve ciertas cosas en secreto.

Mossman hizo una pausa. Su piel arrugada tembló. Estaba casi

jadeando. Ahora le tocaba al viejo gigante del CNI respirar hondo.

No tenía sentido enfrentarse a él. Además, seguro que Mossman tenía un as en la manga. No había otro modo de entenderlo. Los cocodrilos a menudo esconden a sus presas bajo el agua, en el fondo del río o cerca de la orilla.

—¿Y qué hay de Franck? ¿Ella lo sabe? —preguntó.

—Se mostró indignada… Durante veinte o treinta segundos. Creo que estuvo a punto de darme un puñetazo en la cara, pero luego se calmó. Margrethe sabe que todo se trata de la ilusión. Y de la vigilancia. ¿Puedes entender eso, soldado?

Él asintió lentamente. Sí, podía entenderlo, pero aun así no le gustaba.

—Dicho con otras palabras… Has hecho que el primero matara al segundo, y luego has traído a un tercero para matar al primero. Y ahora lo has limpiado. No está mal. ¿Y cómo continúa ahora? ¿Con *mi* caso? ¿Con *mi* vida?

Mossman abrió el maletín y sacó unos papeles.

—Ten… lee.

Primero le entregó una hoja DIN-A4. El texto estaba en inglés. Lo leyó lenta y cuidadosamente.

Era una confesión de Eric Bancroft, alias John Smith, tomada por un tal George Wallace, jefe de la División del MI5, Ames House, Londres. Bancroft admitía haber dado una orden específica mientras realizaba un encargo privado en suelo danés. Una orden que se interpretó erróneamente como si ordenara matar a un anciano, a saber, el propietario de una piscifactoría. No había sido ese el objetivo. Sin embargo, antes de que él pudiera intervenir, el hombre ya había sido asesinado con un cuchillo de combate. Bancroft afirmaba, además, que el cuchillo en cuestión había sido robado de la casa de Niels Oxen poco antes de que esta fuera incendiada. El hombre que mató al piscicultor era un danés llamado Morten Lundbye. Algo más abajo se enumeraban los nombres de cuatro testigos que estuvieron presentes en el asesinato.

La confesión estaba firmada por Eric Bancroft.

Por un momento se quedó sentado y miró fijamente el papel.

—Entonces… me mentiste. Lo dejaste ir, ¿verdad? Hiciste un trato con él.

—Así es, soldado. Le hice una oferta a la que no pudo negarse. A veces es necesario dar unos pasos atrás. Mirar una escena desde la distancia y preguntarse: ¿qué sería lo mejor *para todas* las partes? Informé a Karsten Salomonsen. Todos los cargos contra ti han sido retirados. Por supuesto, también te enterarás oficialmente. Eres libre…

Por el rabillo del ojo vio al cocodrilo destrozando a su presa. ¿Libre?

—¿De modo que fue ese tal Lundbye?

Mossman asintió.

—Sí. No ha vuelto a aparecer, y estoy seguro de que no lo hará en mucho tiempo. El CNI se ha hecho cargo de la investigación y ha emitido una orden de arresto internacional.

—¿Y Bancroft?

Mossman se encogió de hombros.

—El hombre ha hecho todo tipo de trabajos. Por cuenta propia, pero también para el MI5 y el MI6. Creo que les conviene asegurarse de que no se acerque a una sala del tribunal. Especialmente después de ver lo que había en la memoria USB que me prestaste. Era nuestra oportunidad… Y lo han enviado a África. Quién sabe si alguna vez volverá con vida. En cualquier caso, no tienes nada que temer. Pero ten. Hay algo más que deberías leer. Procede del archivo del Este, de agosto de 1996. Es una entrada del propio Wolf-Witte.

Tomó una nueva hoja de papel y empezó a leer.

> Los esfuerzos para proteger a nuestro valioso comandante de batallón en servicio activo, Mogens Yssing, se pueden dar, al menos temporalmente, por concluidos. El comandante había sido objeto de críticas en relación con los acontecimientos que tuvieron lugar durante la Gran Operación Oluja (Operación Tormenta) de Croacia en agosto del año pasado. Pudimos llegar a un acuerdo de caballeros con el coronel ucraniano Alekséi Trelov, quien fue superior de Yssing durante la misión de la ONU. El acuerdo implica la confirmación pública de Trelov de que, como jefe de sector, ordenó que los soldados de la ONU no fueran retirados de sus puestos durante la ofensiva croata. A esto accedió, aunque poco antes había destacado que, dada la gravedad de la situación, le había dado a Yssing el derecho de tomar la decisión. Hemos acordado pagar a Alekséi Trelov una compensación de 225 000 dólares en agradecimiento por su amabilidad. Hace ocho días negociamos un acuerdo similar con Kurt Prödl, entonces agregado militar austríaco en Berlín. En el futuro ya no dirá que los oficiales croatas le advirtieron varias veces sobre la ofensiva y que informó al comandante del batallón danés, entre otros, sobre el ataque inminente. Premiamos este acuerdo con 110 000 dólares. También, hace once días, llegamos a un acuerdo similar con Tomislav Tudor, el coronel que estuvo involucrado en la planificación de la Operación Oluja. Tudor había afirmado que, en conversaciones personales con varios funcionarios de la UNPROFOR, incluido Mogens Yssing, había pedido que se retiraran los soldados de la ONU para que ante la inminente ofensiva croata no quedaran atrapados entre los dos frentes. Tomislav Tudor explicará en el futuro que aquello fue malinterpretado y que tales

conversaciones nunca tuvieron lugar. Gesto que agradecemos con un pago de 150 000 dólares. Todo esto cubre las principales fuentes de posibles críticas.

Suspiró profundamente.

—¡Eso es exactamente lo que he estado tratando de explicar durante años, Mossman! Todos lo sabían, pero nadie hizo nada… Podríamos haber salido a tiempo y Bo Hansen todavía estaría vivo. Oluja era un secreto a voces. ¿Qué sentido tenía dejarnos ahí indefensos solo para ser masacrados por los croatas? ¡Por el amor de Dios, tres kilómetros y todos se habrían salvado! Y ahora, para encubrirlo, pagan. Recuerdo bien al ucraniano. Un hombre duro como una piedra. Y toda la panda de cerdos corruptos. ¿Ves ahora lo que quiero decir?

Axel Mossman asintió.

—Por supuesto… Toda la situación se ha reducido a una pregunta que a menudo nos encontramos en la vida: ¿debe uno usar su ingenio y arriesgarse? ¿O debe ir a lo seguro y obedecer las reglas, sin importar lo insensatas que sean? Las *Reglas de enfrentamiento* de la ONU establecen que las armas solo deben usarse para la autodefensa. Por lo tanto, habría ido en contra de las reglas si el comando del Ejército hubiera salido a luchar para llevarte a casa, por ejemplo. Tuve tratos con muchos militares en mi época. Les cuesta desobedecer las órdenes, Oxen.

Sostuvo la hoja frente a Mossman.

—¿Y ahora qué? Nada. Qué más da. Bosse lleva mucho tiempo muerto y enterrado.

—No puedo decirte lo que va a pasar. Solo sé que jamás volverán a abrir una nueva comisión de investigación contra ti. La causa está resuelta. Pero en lo que respecta al nuevo comandante en jefe Yssing, he dejado caer algunas palabras en los lugares apropiados… Veremos qué sucede.

Oxen negó con la cabeza. No podía decir nada más al respecto. El sistema estaba diseñado para estar cerrado al mundo exterior, no les importaba un bledo Bosse. Las pérdidas humanas eran solo daños colaterales. Igual que lo eran las excusas. El camino al infierno estaba cubierto de cinta aislante.

Mossman se inclinó y sacó una gruesa pila de papeles de su maleta.

—Aquí tenemos algunas cosas más sobre los archivos del Este. Muchas más, desafortunadamente… Y hablan de ti. Kajsa Corfitzen me contó toda la historia cuando la visité en el castillo de Nørlund el otro día. Quería que lo vieras por ti mismo. Negro sobre blanco. Me temo que esto va a ser una lectura difícil para ti, soldado. Será mejor que te

deje solo y me vaya ahora. Solo una cosa más: ven mañana a las diez en punto al Fondo Kopparstierna, ¿quieres? Nos esperan allí. Barbro ha solicitado una reunión final. ¿OK?

¿Lectura difícil? Él asintió sin escuchar realmente.

—Bueno, a las diez en punto.

Asintió de nuevo.

Mossman le entregó los papeles y se levantó.

—Estoy en deuda contigo, soldado. Me salvaste la vida en la isla, y a cambio yo te he hecho mucho daño. Mi vida no será lo suficientemente larga como para compensar eso. Considéralo una entrada.

Miró el papel que tenía en la mano. *Una lectura difícil*.

Ya en el umbral de la puerta, Axel Mossman se volvió.

—Si lo lees… no hagas ninguna estupidez al acabar, Oxen. Respira hondo. No llames a nadie. No te vayas a ningún sitio. Quédate en tu sofá el resto del día y piensa en qué es lo que más deseas. Y luego juega las cartas que te acabo de dar. Nos vemos mañana.

Las aguas del río Grumeti se habían vuelto rojas hacía mucho tiempo, y las orillas estaban cubiertas de cadáveres cuando acabó.

Se frotó la cara y leyó algunas páginas de nuevo. Era la verdad. Desde el principio hasta el final. Estaba paralizado. Se sentía como si se hubiera sentado al lado de sí mismo y mirara su propio cuerpo desde fuera. El mundo se había detenido.

No podía pensar con claridad.

Miró la televisión y siguió al ñu y a la cebra en su camino hacia el río más cercano, con la mirada perdida. Como si nada hubiera pasado. Ni para ellos, ni para él. Se sentía como si estuviera en una burbuja.

Lenta pero infatigablemente, todo empezó a funcionar en su cabeza. Buscó hacia atrás y hacia delante. Vio rostros frente a él y escuchó fragmentos de viejas conversaciones que regresaban como un débil eco. Y un pensamiento llevó al siguiente y siguió y siguió hasta que todo giró, más y más rápido. Empezó a encontrarse mal.

Había creído tantas cosas.

Había experimentado muchas cosas que parecían irreales y que, sin embargo, se habían vuelto reales desde que entró en el bosque del Rold y se vio arrastrado a una vorágine.

Pero eso no.

Él nunca habría creído *eso*. Nunca.

Barrió toda la pila de papeles de la mesa.

Entonces empezó a llorar.

92

Barbro Kopparstierna fue la última en entrar en la sala de conferencias. Erguida y digna. Esta vez vestía un sencillo traje azul oscuro, una blusa blanca y un collar dorado que colgaba alrededor de su cuello con una larga cadena.

Sonrió mientras caminaba alrededor de la mesa estrechando la mano a cada uno para darles las gracias.

Él había esperado abajo, frente a la casa, hasta que Margrethe Franck había aparecido. Juntos atravesaron la puerta de seguridad y entraron en los salones del Fondo Kopparstierna.

Mossman y Sonne también llegaron poco después. Christian había hecho el largo viaje desde Aarhus porque no podía perderse otra audiencia con Su Majestad.

Ahora estaban todos sentados alrededor de la mesa. Barbro Kopparstierna estaba estrechando la mano de Margrethe Franck. Le resultaba difícil concentrarse en algo.

—Gracias a usted también, Niels Oxen. Es usted un… hombre admirable.

Él le devolvió el apretón de manos con cautela, como si tuviera miedo de aplastarla sin querer.

Barbro Kopparstierna se sentó en la cabecera de la mesa, junto a su hermano Sixten, y tomó la palabra:

—Antes de empezar, debo admitir que Axel Mossman me llamó por teléfono para advertirme de antemano sobre el destino de mi esposo. Conozco ya, pues, el resultado de la investigación. Pero mi hermano y yo todavía estábamos ansiosos por saber más sobre los detalles en una reunión conjunta con ustedes y agradecerles a todos personalmente su compromiso y valentía. Mossman, ¿sería tan amable…?

La señora Kopparstierna hizo un gesto con la cabeza a Mossman, que evidentemente se había comprado un traje nuevo. Al menos este modelo no le colgaba como un saco.

Mossman empezó su conferencia, pero Oxen no podía escuchar las

palabras que salían de la boca de esa mente pensante con traje nuevo. Su propia mente ya estaba en la reunión que había organizado para las cinco en el puerto de Skovshoved.

Había seguido el consejo de Mossman e inicialmente no hizo nada. Cuando las lágrimas finalmente se secaron, se quedó sentado en el sofá y miró fijamente a la pared.

No fue hasta esta mañana, después de haber dormido —si a ese estado se le podía llamar sueño— que llamó y concertó una cita. Se metió la mano en el bolsillo y lo palpó. El tornillo seguía allí. Un tornillo de madera de doce pulgadas, con rosca, afilado como una aguja, que había encontrado en el alféizar de una ventana en el sótano de su anciana casera.

En ese momento, el tono serio de Mossman lo sacó de sus pensamientos.

—… tuve la oportunidad de hojear los archivos de la zona Este. El resultado son estos documentos que tengo ante mí, registros que tratan en detalle sobre su difunto esposo. Por supuesto, podrá verlos más tarde. En conclusión, puedo decir que el material de archivo confirma en gran medida sus sospechas. Me tomo la libertad…

La llamada telefónica con Birgitte había sido extraña. Al principio ella cuestionó con pánico que él aún estuviera vivo. Después de todo, ella creía que había muerto en el mar. Lo había visto en las noticias.

Volvió la voz de Mossman.

—… ser exacto en mis descripciones. Knud Klint Kopparstierna fue asesinado en el teatro de la ópera. Según los registros, le inyectaron por vía intramuscular cuatro mililitros de suxametonio mientras estaba en el baño. El suxametonio es una de las tres sustancias que se utilizan para inducir la anestesia general. Los otros dos son un somnífero, como el propofol, y un analgésico, a menudo fentanilo. Mi esposa es doctora, ya sabe… El suxametonio relaja los músculos, especialmente los músculos de la deglución y las cuerdas vocales, por lo que puede insertarse un tubo, un tubo de plástico que se empuja a través de la boca y baja por la tráquea. La muerte sucede cuando…

Axel Mossman vaciló y miró a Barbro Kopparstierna.

—Continúe, Mossman. No se preocupe por mí.

—Bien. Su esposo quedó paralizado. Estaba consciente. Podía oír, ver y sentir, pero no podía respirar. Fue una asfixia lenta. Esto se conoce como paro cardíaco hipóxico, es decir, provocado por la falta de oxígeno. En cuanto a la autopsia… El suxametonio es extremadamente difícil de encontrar a menos que lo estés buscando específicamente. Los documentos también muestran que la aguja de inyección era muy delgada. Obtuve una opinión profesional sobre el

panorama general, que concluyó que, sin una sospecha inmediata, el asesinato podía pasarse por alto muy fácilmente. Por desgracia, no queda nadie a quien interrogar. El médico jefe que hizo la autopsia murió hace unos años. Tenía más de ochenta años.

Volvió a buscar el tornillo en su bolsillo. Palpó la punta con su dedo índice. Era como una aguja, una aguja de zurcir.

Entonces era cierto. KKK había sido asesinado y eliminado por interferir en una causa más grande y más poderosa que él. Una muerte demasiado temprana. Debería estar ahí sentado, en la cabecera de la mesa, junto a su esposa, mientras que él, Sonne, Mossman y Franck no deberían haber estado allí en absoluto.

Deberían poder retroceder el tiempo y deshacer los crímenes. Deberían poder colocar la película en un carrete nuevo y reproducirla otra vez desde el principio, pero en una versión revisada.

Entonces no tendría que reunirse con su exesposa en el puerto de Skovshoved. Verla y hablar con ella. Por primera vez en cinco años.

Si pudiera rebobinarlo todo, volvería a casa después del trabajo, tal vez haciendo algunas compras en el camino, y Magnus, su hijo mayor, estaría sentado en su habitación haciendo sus deberes. No… estaría jugando con el ordenador.

Axel Mossman hojeó sus papeles y continuó:

—Como sabemos, Knud Klint Kopparstierna se unió a la junta directiva de Ryttinger Eisen. No necesariamente porque el interés del viejo Ryttinger por él lo halagase, sino porque importantes amigos de negocios le sugirieron que aceptara el trabajo. Varios de estos colegas eran fieles a los objetivos del Danehof. El puesto en la junta tenía la intención de crear el ambiente necesario para reclutar a Knud Klint Kopparstierna, ya que el director del Danehof ya lo había considerado como su sucesor.

Ni siquiera le había preguntado si podían verse en su casa. Aun así, ella le había gritado:

—¡No creas que te dejaré entrar en casa!

Al principio ella se había negado rotundamente incluso a hablar con él.

—Su marido aceptó la oferta, señora Kopparstierna, pero aparentemente con la intención de infiltrarse en el Danehof y sacar a la luz sus maquinaciones. El jefe en ese momento, Fritz Witte, presidente también del Tribunal Supremo, escribe que su esposo renunció después de aproximadamente un año. El Danehof revisó su casa y descubrió fotocopias y material incriminatorio que su esposo había recopilado. Y no solo eso… Había grabado y documentado en secreto horas de conversaciones y discusiones. Así que el Danehof

decidió sacarlo de circulación. Como de costumbre, las bebidas para las distintas cenas se habían pedido por adelantado y estaban listas en las mesas de la ópera al comienzo del descanso. Según los registros de archivo, la droga se mezcló con la bebida de su marido antes del descanso. La ipecacuana es un emético elaborado a partir de la raíz de una planta. Esa fue la razón por la que su esposo tuvo que ir repentinamente al baño, donde ya lo estaban esperando el asesino y otro cómplice. Debo mencionar aquí brevemente que, según evaluaciones profesionales, la ipecacuana es muy difícil de detectar en una autopsia. La droga vuelve a salir tan rápido que ni siquiera llega al organismo y por lo tanto no aparece en el análisis toxicológico. Al final, y en contra de todas las esperanzas, su esposo no se convirtió en jefe del Danehof, sino que el puesto fue para el hijo del presidente del Tribunal Supremo, Johan Wolf-Witte, fallecido recientemente tras ser asesinado por un francotirador cuya identidad no hemos podido averiguar —dijo Axel Mossman.

Volvió a hundirse en sus cavilaciones y perdió de vista si Mossman decía más cosas o no. Era como pasar el guante por un viejo álbum de fotos. Saltaba de imagen en imagen, temeroso de ser aplastado entre las páginas que se abrían con un golpe, mientras una mano invisible pasaba las hojas a un ritmo que no podía controlar. Fragmentos de conversaciones y sonidos resonaban en su memoria. A veces en tonos suaves, a veces más estridentes.

Nadie podía hacer retroceder el tiempo, y al final todo era una locura. Pero quizá… quizá las cosas podrían haber sido muy distintas. Mossman tenía razón cuando dijo que iba a ser difícil. Aquí y ahora deseó no haber visto nunca los registros de los archivos del Danehof.

Margrethe Franck lo miró con curiosidad desde el otro lado de la mesa.

La habitación estaba en el más absoluto silencio. Entonces habló Barbro Kopparstierna:

—Mi hermano y yo hemos decidido dejar atrás el pasado. Su trabajo le ha hecho justicia a mi esposo y nos ha liberado de la persistencia de la incertidumbre. La vida continúa. Muchas personas esperan nuevos medicamentos para una vida mejor. Ese también hubiera sido el deseo de mi marido. Que miremos hacia delante y no hacia atrás. Sé por Axel Mossman que luchar contra este… monstruo… fue un gran esfuerzo personal para todos ustedes. Por lo tanto, me gustaría mostrarles mi gratitud en nombre de la familia. No es una gran cantidad en comparación con todo lo que han sacrificado, pero puede ser un comienzo para compensar sus pérdidas y desesperación. Antes de partir, cada uno de ustedes recibirá un cheque

por valor de dos millones de coronas. Y quiero agradecerles su valentía y su perseverancia nuevamente… desde el fondo de mi corazón.

93

Las nubes sobre el estrecho de Sund eran azules y negras. Había tronado amenazadoramente un par de veces, pero no había empezado a llover en Skovshoved. Aún no.

Estaba sentado en el banco frente al club de remo y podía ver hasta el final del muelle. Acababa de cambiar de sitio.

Había llegado especialmente pronto. Quizá para librarse de los nervios. Se sentó en la terraza del pequeño café con nombre italiano que ya había olvidado, y tomó un cortado. Estaba de pie entre casas de madera rojas y blancas, entre el punto de encuentro de los senderos del lago y el club de los buceadores. Tuvo que pensar en su propio equipo mientras tanto: Sonne, Mossman y Franck. Cada uno de ellos había regresado a la superficie a su manera.

Por un breve momento pensó incluso en invitar a Birgitte a una taza de café, una copa de vino o lo que ella quisiera. Para relajar un poco el ambiente. Pero luego se dio cuenta de lo absurdo que era ese pensamiento, e inmediatamente lo descartó. Estaba convencido de que ella solo iba para sacárselo de encima cuanto antes. Por eso se había mudado al banco, porque era un lugar lo suficientemente tranquilo como para una discusión.

En su interior, la tormenta ya estaba en pleno apogeo. Miedo, pánico, ira desenfrenada. Todo se mezclaba y ponía a su cuerpo en alerta máxima mientras se repetía a sí mismo: «Pase lo que pase… Respira hondo. Mantén la calma. Habla despacio».

Instintivamente buscó de nuevo en su bolsillo. El tornillo afilado como una aguja seguía allí.

Igual que podía saberse dónde iban a chocar las placas tectónicas de la Tierra, también podría hacerse una predicción de lo que iba a significar el encuentro entre él y Birgitte: en poco tiempo, el puerto de Skovshoved se parecería a un punto situado justo encima de la falla de San Andrés. Pero no importaba cuánto temblara la Tierra. No perdería la cabeza.

Un BMW blanco se detuvo en el aparcamiento frente a la oficina del puerto. Entonces la vio. Avanzaba resuelta por el muelle. Habían quedado en el club de los buceadores.

La tenía cada vez más cerca. ¿Ya lo habría visto? Su ropa parecía elegante y cara, de un universo muy distinto al que había habitado en las perchas de su casa en común hacía años.

Las palas del rotor del gran Black Hawk hacían un ruido ensordecedor. Comprobó su equipo por última vez, al igual que los otros camaradas, tensos en la cañonera estadounidense que descendía en una nube de polvo. Entonces escuchó el acento arrastrado, muy claro, en su oído:

> —Bien, chicos, preparaos. Diez segundos hasta el punto de inserción. Cuenta atrás: nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡VA, VA, VA!

Sin dudarlo, se dirigió directamente al banco. Ella estaba muy cerca ahora. Más de cinco años… Birgitte parecía mucho mayor que entonces. Estaba más delgada; su rostro bronceado, más anguloso, tenía algunas arrugas.

—¡Hola!

Levantó una mano y sonrió.

—De modo que es cierto.

—¿El qué?

—Que no estás muerto.

Birgitte logró sonreír y se sentó a su lado.

—Sí, estoy vivo y tengo salud —dijo, e inmediatamente se dio cuenta de lo idiota que sonaba eso.

—¿Y tú?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, ocupada, pero bien… ¿Oye, no prefieres ir directo al grano? Es que tengo que ir a casa y cocinar. ¿Qué quieres de mí, Niels?

Buscó a tientas el tornillo, se lo puso en la palma de la mano y cerró suavemente los dedos. Luego respiró hondo y, mientras exhalaba, dijo escuetamente:

—Me gustaría… ver… a Magnus.

En ese preciso instante, un trueno crujió a lo lejos, entre las nubes, y pudo sentir las placas terrestres chocando justo debajo de él.

—Dime, ¿has perdido la cabeza?

Birgitte lo miró con incredulidad.

—Solo quiero verlo. Ver a mi hijo.

—Eres y siempre serás un patético idiota. Es decir, un día

desapareces de escena sin más, y al siguiente…

—Estaba enfermo, Birgitte.

Apretó el puño en el bolsillo.

—¡Me importa un carajo! ¿Te plantas aquí de pronto y dices que quieres volver a verlo, sin más? ¿Después de cinco años? Pero ¿en qué piensas? ¿Crees que podrás volver a ser parte de nuestras vidas? Pues te equivocas, amigo mío. Magnus tardó una eternidad en superarlo todo. Y finalmente lo hizo. Ya no le importas. ¿De verdad crees que permitiré que vuelvas a estropearlo? ¡Oh, no, no pienso hacerlo!

Respiró profundamente. Muy profundamente. Sentado en absoluta quietud en el banco, apretó su puño aún más fuerte en el bolsillo.

—Ya entonces no lo permitiste. ¿Recuerdas? Hiciste todo lo posible para evitar que lo viera. Dijiste que yo era un criminal impredecible y violento… ¿Lo has olvidado?

—¿Qué dices? ¡Yo nunca he hecho algo así! ¡Estás enfermo! Nunca dejaría a mi hijo con alguien como tú.

El trueno retumbó de nuevo. Seguido de un rayo. Pero sin lluvia. El banco parecía temblar. Coge aire. Más. Tranquilo. Habla con calma. Vamos. ¡Ahora!

Sin cambiar su expresión, apretó su mano sobre el tornillo.

—*Insisto* en ver a Magnus.

—Ah, ¿sí? Pues insiste, insiste. Por mí puedes insistir hasta que te desmayes. Nunca volverás a verlo. ¡Jamás!

—Pero también es mi hijo, ¿no es así?

—He dicho que nunca.

—Entonces no me dejas más remedio que mostrarte esto, Birgitte.

Con la mano izquierda sacó una hoja de plástico del bolsillo de su chaqueta. Contenía documentos de los archivos.

—Aquí está. Negro sobre blanco. Y me pone más triste y más enojado que cualquier otra cosa en el mundo. Tú más que nadie, Birgitte, *tú* más que nadie fuiste parte de ello.

Ella lo miró con las cejas arqueadas.

—¿Parte de qué? ¿De qué estás hablando?

—Te compró una organización que se llama Danehof. Tal vez no sabías el nombre, tal vez no conocías sus dimensiones, pero está todo aquí. Todas las fechas y todas las cantidades. Échale un vistazo.

Él le entregó la primera página. Luego continuó en voz baja:

—¿Lo ves? Aquí sale hasta la última corona. Dejaste que alguien te pegara, y luego presentaste una denuncia por violencia doméstica. Sabías exactamente qué botón pulsar para llegar a mi punto débil. De tal palo, tal astilla… ¿no? Tú misma prendiste fuego a nuestra casa. Seguiste sus instrucciones y me hiciste sospechoso de fraude de

seguros. Ayudaste a desacreditarme e intimidarme. En resumen, me destrozaste. Y te beneficiaste de ello. Su recompensa se enumera aquí: un pago único de 1,5 millones de coronas y, además, un nuevo trabajo bien remunerado. También pudieron acelerar tu caso en el juzgado de familia y guiarlo en la dirección correcta. Ganar, ganar, ganar. Te deshiciste de mí. Por fin tenías a Magnus para ti sola. Disponías de una fortuna en tu cuenta y unos buenos ingresos para el día a día. Destrozándome sin más.

Ella estaba pálida como el papel. Se quedó ahí, petrificada, incapaz de decir nada y sin mirar siquiera el papel.

Oxen notó como la sangre caliente corría entre los dedos de su mano derecha. Le dio la siguiente hoja.

—Mira… Aquí dice que tenías que sugerirme que ayudara a ese pobre diablo Ballebo… «Balboa», de la Compañía Bravo. Ahora que lo he leído, de pronto he recordado cómo sembraste el pensamiento en mi cabeza. Tú, que solías odiar todo lo que tuviera que ver con veteranos y soldados… Te pagaron por convencerme de que tuviera a Balboa en casa unos días después de que tú te marcharas. Y todo para que pudieran plantar drogas en nuestro garaje a voluntad. ¿Te acuerdas? Yo sí. Ochocientos cincuenta gramos de heroína, trescientos cincuenta gramos de anfetamina y cincuenta tabletas de diazepam. Para ponerme el cebo. Para que el jefe de Policía Bøjlesen me obligara a abandonar el entrenamiento, tal como ordenó también el jefe de la Policía Nacional, que formaba parte de la red. Y como consuelo para callarme la boca, me dieron una entrada gratis al Cuerpo de Cazadores. ¿Pero también sabías que después le dieron una sobredosis a Balboa, Birgitte? No querían correr ningún riesgo. ¡Lo mataron! Y a ti te dieron 25 000 coronas más. Aquí está. Con fechas y todos los detalles. Eres tan patética, Birgitte…

Su voz era apenas un susurro.

Hacía tiempo que el tornillo se le había clavado en la mano.

Los tendones se estiraron hasta casi romperse en el antebrazo, sus dedos se acalambraron. Respiró profundamente.

—He estado devanándome los sesos como un loco. He seguido preguntándome cómo pudiste hacerme eso. ¿De verdad me odiabas tanto? ¿De verdad terminamos así de mal? En aquel entonces, hace mucho tiempo… nos amábamos. ¿O no? No entiendo todo esto, Birgitte.

Ella estaba quieta a su lado, con la boca ligeramente abierta, incapaz de emitir ni un sonido. Un nuevo trueno retumbó sobre el estrecho de Sund, pero parecía como si el suelo debajo de él se hubiera calmado nuevamente.

—¿Tenías idea de dónde te estabas metiendo, en realidad? —preguntó en voz baja—. Probablemente ni siquiera te importó. Querían proteger de mí al comandante que en ese momento estaba a cargo de nuestra unidad en los Balcanes. Querían sacarlo de la línea de fuego para que no se le hiciera responsable de la muerte de Bosse. Para no poner en peligro su carrera. El hombre se llamaba Mogens Yssing. ¿Y sabes qué? Funcionó. En marzo fue nombrado nuevo comandante en jefe. Al menos ahora sabes qué papel jugaste en todo el juego.

Ella levantó la cabeza.

—Me volviste loca con tu constante charla sobre la muerte de Bosse, Niels. Bosse por aquí, Bosse por allá. Estabas obsesionado con toda esa mierda de los Balcanes que trajiste a casa. No te he añorado ni un segundo desde entonces… Esa es la verdad. ¿Y ahora, Niels? Ahora quieres chantajearme. ¿Quieres quitarme a Magnus? ¿Es por eso por lo que viniste?

Todavía estaba blanca como una sábana, y su mandíbula temblaba cuando lo miró a los ojos.

—Tengo suficiente información en mis manos como para ponerte entre rejas por mucho tiempo. Te lo mereces. Pero Magnus no… Todo lo que pido es un contrato en firme para poder verlo cada dos fines de semana y siempre que queramos, con cita previa. Al igual que hacen otros padres después de un divorcio.

—Te odio —siseó ella entre dientes.

Las nubes negras se habían ido a Suecia, y aquí y allá el sol brillaba a través de las primeras brechas en la capa de nubes de color blanco grisáceo. Aflojó el tornillo. En cuanto Birgitte se fuera, lo arrancaría de su mano.

—¿Sabes, Birgitte? Tal vez deberías probar a hacer un poco de autocrítica.

94

Ya eran y cinco. Llevaba diez minutos frente al ayuntamiento de Gentofte, esperando localizar un viejo Suzuki Alto. Aún no había aparecido, y eso que tenían una cita.

¿Dónde estaba Margrethe Franck? ¡Le había prometido que iría! Al final lo había convencido para que volviera a mostrarse en sociedad. Le había dicho que era importante. Que era la base de todo. Volver a formar parte del mundo, oficialmente.

Se sentó en el murete que quedaba entre la fuente y la vieja escultura de bronce. Representaba a dos hombres: uno de pie, sosteniendo una espada; el otro, a sus pies, agonizante. Una pequeña placa en el césped revelaba que el monumento estaba destinado a conmemorar el período de ocupación de 1940 a 1945.

Los personajes no eran importantes. La inscripción de su base, en cambio, removió algo en su interior. Decía que Dinamarca debía su libertad a los caídos y que las generaciones futuras eran las herederas de su voluntad, su fe y sus armas.

Él también estaba entre los caídos. No es que alguna vez hubiera liberado un país, pero sí se había liberado a sí mismo. Había luchado y no había perdido la fe.

Si lograra llegar a construir una relación con Magnus, tal vez podría transmitirle parte de su fuerza de voluntad e incidir así en la próxima generación. Y aunque hubiera fallado en muchas cosas, habría logrado también algo bueno.

En el escudo podían leerse unas palabras cuidadosamente elegidas sobre héroes distantes que…

Un fuerte rugido irrumpió en la calle Bernstorff, y por un lateral apareció un Mini Cooper de color rojo vivo, con franjas negras de *rally* y techo negro. Aceleró con fuerza, frenó con brusquedad y avanzó por la estrecha calle que pasaba por delante del ayuntamiento como si acabara de doblar la recta final del Rally de Montecarlo.

Oxen no fue el único que se quedó mirando estupefacto a la

carretera. La gente que salía de la Oficina de Atención al Ciudadano se detuvo en seco y volvió la cabeza.

Al volante iba una mujer rubia.

Bajó del coche. Llevaba vaqueros desteñidos y una cazadora de cuero negra recortada, y, en los pies, zapatillas de deporte de color rojo brillante.

Era Margrethe Franck.

Cuando lo vio, lo saludó con la mano, se colgó una bolsa al hombro, se subió las gafas de sol hasta el pelo nuevamente teñido, cerró la puerta del coche y salió a su encuentro. Él también caminó hacia ella.

Hacía bastante tiempo que no se veían. Margrethe llevaba el pelo muy corto por los lados, peinado con secador hacia la parte superior de la cabeza, y un mechón grueso le caía sobre la frente, cubriendo uno de los dos ojos de color negro azabache. La serpiente plateada le recorría la oreja izquierda, y los labios estaban tan rojos como el coche.

—Guau…

—¿Guau, qué? —preguntó ella, riéndose, y lo abrazó a modo de saludo antes de que pudiera dar un paso atrás.

—Quiero decir… el coche… todo. ¡Guau!

—El Mini mola, ¿eh? Me llegó anteayer. El color se llama rojo chile. Modelo especial John Cooper Works, de última generación, cuatro cilindros, TwinPower Turbo, 228 CV, de 0 a 100 en 6,3 segundos. Alcanza los 246 km/h. Esto es libertad, Niels, esto es, por fin, verdadera libertad, caray.

Franck sonreía de oreja a oreja.

—¿Y la serpiente también ha vuelto?

—Bueno, hacían falta un par de cosillas para volver a ser *bitchy*. Y no me refiero solo a la energía. Mi agradecimiento también para Barbro Kopparstierna, pues la dama tiene estilo. Y por los demás… a Dios pongo por testigo de que tacaña no es. Pero oye, ¿no teníamos una cita?

—Deberíamos estar dentro ahora.

Ella lo cogió de la mano.

—Vamos. Cógeme de la mano, idiota, o creerán que soy tu asistente social.

—No lo creo.

Las dos damas a cargo se presentaron, les estrecharon la mano y les dieron la bienvenida, pero ellos olvidaron sus nombres de inmediato. Una era morena, la otra canosa. Ambas trabajaban en Servicios Sociales y se sentaron a un lado de la mesa mientras él y Margrethe se

sentaban al otro.

Acababan de empezar la reunión cuando llamaron a la puerta y un hombre bajito entró en la habitación.

—¡Hola! Discúlpenme, les ruego que me disculpen por irrumpir así. Soy el alcalde de la ciudad. —El hombre les tendió la mano con fuerza—. Me llamo Ejnar Thychosen.

—Niels Oxen.

—Solo quería pasarme a saludar y darles la bienvenida a nuestra comunidad. Después de todo, no todos los días tiene uno la oportunidad de estrechar la mano de alguien como usted. Es realmente impresionante. Vi una foto de la Cruz al Valor. Preciosa. En fin, bienvenido a Gentofte, señor Oxen. Espero que aquí pueda ponerlo todo en orden y se sienta cómodo con nosotros. No les molesto más, pues tengo que acudir a una reunión. Hasta pronto.

Y dicho aquello, el hombrecillo desapareció.

La señora del pelo canoso se encogió de hombros.

—Lo siento… pero el alcalde insistió en conocerlo al enterarse de que venía. Bueno, entonces, comencemos, ¿de acuerdo?

Él asintió. Cuanto antes acabaran, mejor.

—Estamos aquí reunidos para tratar de encontrar soluciones con las que quede usted satisfecho, señor Oxen. Empecemos con el alojamiento. Tiene usted un hijo, ¿verdad? ¿En Skovshoved?

—Sí. Por eso pensé en venirme a esta zona. No está muy lejos de aquí…

La señora canosa continuó:

—Debe saber que, aunque tenemos autoridad para negociar con algunas de las viviendas cooperativas, lamentablemente no podemos elegir la que queramos. Hemos preparado una lista de apartamentos que están listos para que alguien se mude a vivir en ellos. Puede verlos todos aquí, en el ordenador. —Giró la pantalla para que él pudiera verla—. Por ejemplo, hay uno aquí, en el complejo residencial de Dalstrøget, o aquí, en el parque de Kildegård, en la calle Lyngby. Puede mover el cursor hacia arriba y hacia abajo usted mismo y clicar en las imágenes que desee. Tómese el tiempo que necesite.

Franck inmediatamente tocó la pantalla con su puntero.

—Esta no… y esta tampoco, ¿verdad? Tienen un aspecto horrible.

Miró las fotos. Para ser honesto, no era lo que tenía en mente, pero tenía que vivir en algún lugar, ¿no? Al menos para empezar. Tenía que volver a vivir en sociedad, disponer de un lugar en el que residir y una dirección en la que poder recibir a Magnus. De lo contrario, difícilmente se ganaría a su hijo.

—Humm, me quedo con el de Dalstrøget…

La mujer de pelo oscuro tomó nota y asintió. La del pelo canoso siguió hablando:

—Lo siguiente que tenemos que hacer es calificarlo urgentemente. No tiene por qué quedar hecho hoy, pero…

¿Calificarlo?

Miró inquisitivamente a la mujer.

—Evaluar sus competencias… —dijo ella—. Tenemos que ver qué perspectivas a largo plazo podemos encontrar para usted, señor Oxen. En este sentido, primero tenemos que hacernos una idea general de la situación y determinar algunos objetivos. Por supuesto, proceder a una reintegración razonable debería ser la máxima prioridad. Afortunadamente, contamos con algunos programas muy buenos que podemos aprovechar, de modo que estoy segurísima de que, si vamos todos a una, esto funcionará.

¿Programas?

No pudo evitar pensar en el programa de lavado con agua caliente. Sí, ese sería el mejor. Treinta o cuarenta grados, o no sería suficiente.

—Pero antes que nada deberíamos abordar el obstáculo más grande. Ese del que usted mismo nos informó: las secuelas de su actividad profesional. Sus traumas. El estrés postraumático. Nos hemos puesto en contacto con algunos colegas que tienen más experiencia que nosotros, al menos en lo que se refiere a esta enfermedad, y con sus propuestas en mente, nos gustaría recomendarle la terapia cognitiva conductual, señor Oxen.

Estaban sentados sobre una de las rocas de granito que bordeaban la playa de Svanenmølle, esa diminuta cala triangular que quedaba al norte de la ciudad, tomándose un helado.

Margrethe Franck había insistido en dar una vuelta con el Mini Cooper antes de llevárselo de vuelta a Kokkedal. Sorprendentemente, hasta el momento habían circulado sin que le pusieran ninguna multa, a pesar de que el asfalto de la calle Bernstorff aún debía humear.

La entrevista en la oficina había salido bien. Se había mantenido tranquilo. Había esperado pacientemente hasta que tanto la morena como la canosa terminaron y pudo salir de ahí con los deberes hechos. Podría mudarse en quince días.

Segundo piso, Dalstrøget, Vangede… Eso sería un gran cambio. Ojalá fuera todo bien.

Franck señaló con la cabeza hacia el norte, hacia los grandes bloques de pisos blancos que quedaban al fondo.

—Allí está Tuborg Havn, y el bloque de pisos que queda más lejos es el de Villum Grund-Löwenberg —dijo—, ¿verdad? Parece que fue ayer cuando jugué con cinta aislante y deslicé mi teléfono por la

fachada… ¿Y tú dormiste allí cuando yo estaba en España, verdad?

—Hombre, «dormir» sería decir demasiado.

—Qué inteligente fue Mossman asegurándose de que unos y otros se apartaran mutuamente del camino…

—Mossman es un demonio, pero es bueno tenerlo en el propio equipo. De hecho, fue él quien se encargó de organizármelo todo. Fue casi como un regalo. ¿Crees que tiene remordimientos? ¿Por lo del Señor White?

Franck casi se atraganta con su helado.

—¿Mossman? ¿Remordimientos? Bueno, no sé yo… Lo visité el otro día y, por supuesto, robó algunos documentos de los archivos. Simplemente no podía olvidarse de los viejos casos de asesinato. El hombre que disparó al viejo Ryttinger era un colega. Está enterrado en el cementerio de Nakskov. Y el tipo que empujó a Sigrid Ryttinger Bulbjerg y su marido fuera de la autopista murió en un accidente de tráfico mientras estaba de vacaciones en Tailandia. Se ha hecho un poco de justicia después de todo… El suicidio de Gregersen en Fanø no fue más que teatro. El asesino fue el mismo que empujó a su esposa por el balcón. En los documentos solo se menciona su alias. Por lo visto, Mossman ya está tras él. Si está en lo cierto, el tipo vive en Gran Canaria y tiene sesenta y dos años. Lamentablemente, los archivos no revelan quién fue contratado para eliminar al empresario Hildmand. Parece ser que mi antiguo colega Kaare Nielsen se encargaba de las cosas prácticas. Creo que no dejarán títere sin cabeza.

—Mossman nunca se rinde.

—Tal vez haber conseguido la presidencia de la comisión le dará algo de paz. Es increíblemente vanidoso. Quiere…

El móvil sonó en el bolsillo de su chaqueta. Ella lo miró.

—Me he suscrito a un par de servicios informativos. Me llegan alertas cada media hora. Lo más probable es que alguien en Nørrebro haya robado un tendedero. ¿Has vuelto a hablar con tu ex, esa bruja astuta?

—Una vez, por teléfono. Tenemos que solucionar lo de Magnus de alguna manera.

—Lo más fácil hubiera sido enviarla directamente a la cárcel. Te admiro, Niels…

Franck había sacado el móvil de su bolsillo y estaba mirando disimuladamente las últimas noticias.

—¡No puede ser! —exclamó de pronto.

—¿Qué pasa?

—Escucha: «Renuncia el comandante supremo de Dinamarca. En una rueda de prensa, Mogens Yssing anunció su renuncia inmediata al

cargo de comandante en jefe del Ejército danés. “Lamentablemente he recibido un diagnóstico médico que requiere toda mi atención. Como esto no es compatible con los deberes de un comandante supremo, me retiro de mi carrera en activo a partir de hoy”, dijo Yssing, quien accedió al cargo hace apenas unos meses».

—Mossman…

Franck asintió.

—Sí, Mossman. Me dijo lo que encontró en los archivos. El Danehof sobornó al jefe del sector ucraniano y a otros dos testigos para que callaran o, en caso de ser necesario, para que dieran el testimonio correcto si alguien hacía preguntas… que es lo que hizo la comisión unos años después.

—Mossman me dio las copias. Eso es exactamente lo que traté de hacer entender a la gente en ese momento.

—¿Y no se establecerá una nueva comisión de investigación?

—No. Mossman dijo que el asunto estaba cerrado. No me di cuenta de que quería decir que tendría consecuencias concretas para Yssing.

—Ganaste.

—Podríamos decir que sí.

—¿Quizá Mossman se sintió culpable, después de todo?

Comieron su helado en silencio. Algunos chicos estaban jugando al fútbol en la playa. Solo con unos pocos grados más y en un día soleado como hoy estaría llena.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Cuándo empiezas? —preguntó Oxen.

—La próxima semana. Salomonsen me dio a elegir y escogí el Departamento de Operaciones. ¡Estoy feliz! Ah, ¿y recuerdas a Anders, Anders Becker?

—¿Tu amiguito?

—Bueno, no estábamos juntos, pero… Salomonsen lo echó. Con una buena patada en el trasero. Creo que Solomonsen me cae bien.

—Por supuesto que lo echó. El tipo se dejó comprar.

Franck asintió. Aún le enfadaba que el idiota la hubiera engañado de aquel modo. Cambió de tema.

—Se acercan las vacaciones de verano. ¿Tienes algún plan, quizá con Magnus?

Se encogió de hombros. Aún no estaba en ese punto. La vida cotidiana o las vacaciones: esos términos todavía no jugaban ningún papel en su vida.

—Ni idea. Tenemos que reencontrarnos primero.

—¿Cuándo?

—Aún no está decidido. Birgitte tiene que explicárselo con cuidado, prepararlo para que se haga a la idea.

—¿Cómo te va con todo eso?

Se limitó a encogerse de hombros de nuevo.

Ella lo miró expectante y finalmente dijo:

—Estás aterrorizado, ¿me equivoco?

Él asintió y notó el brazo de ella sobre los hombros.

—Tómate tu tiempo. No debes impacientarte. No tengas prisa y sé tú mismo. Seguro que todo irá bien.

Se sentaron uno al lado del otro en silencio y observaron a los niños gritar y perseguir la pelota. Él consiguió recordar algo que quería decirle.

—Me voy a Vilnius la próxima semana. Le prometí a Ieva Zakalskyte que les informaría cuando todo se hubiese aclarado. Quiero ayudarla a ella y a su familia con el traslado de los restos de Virginija a Lituania una vez hayan sido exhumados en Nørlund.

—¿Y la segunda hermana mayor?

—¿Simona? Su cuerpo probablemente nunca será encontrado. Los archivos solo decían que se hundió en el lago Esrum. El lago es grande y ha pasado mucho tiempo.

—Eso suena realmente devastador.

—Y luego quiero ir a Suecia, al archipiélago —continuó.

—¿A visitar a esa doctora?

—Sí, a Tessa. Le debo cuarenta y cinco mil coronas. Además, tengo que ir al cementerio de Finderup. Y con eso habré terminado.

—¿Cementerio? Sueles ir en agosto, ¿no? En el aniversario de la muerte de Bosse.

—Sí, pero no quiero esperar tanto.

Franck asintió en silencio. Con cuidado apartó la mano de su hombro. Uno de los niños lanzó la pelota al agua y todos esperaron a que las olas la devolvieran a la orilla. Detrás de ellos, una madre joven que empujaba un cochecito se sentó al sol, a unos metros de distancia.

—Avísame cuando te mudes. Puedo ayudarte —dijo Franck.

—No habrá mucho que hacer, porque no tengo nada.

—Eso no es cierto.

El mar devolvió la pelota y los niños siguieron jugando.

—Tú… —Franck lo miró—. Todavía me debes una cena. ¿Recuerdas nuestro encuentro en el bosque de Storkro? ¿Cuando te escapaste y me dejaste una nota?

Él asintió. Podía recordar las palabras exactas.

Ella puso una mano sobre su rodilla.

—Ahora tenemos algo que celebrar, ¿no? Hemos recuperado nuestras vidas. Las llamas se han descongelado. Así que, ¿por qué no pones un poco de orden en tu vida y sales conmigo esta noche?

95

Puso el jarrón de plástico en el suelo, frente a la lápida, lo llenó con agua de la regadera y puso la rama de lila en él. La había arrancado de un arbusto silvestre en el camino hacia allí. Fue lo mejor que encontró. A Bosse le encantaba el olor de las lilas. Igual que a él.

La piedra natural de color gris combinaba tan bien con todo… Aquí nadie fingía ser algo que no era.

Muerto en acción,
amado y añorado.
Bo «Bosse» Hansen.

Esas eran, justamente, las palabras precisas. Bosse había muerto sin poder transmitir nada más especial.

Oxen sacó su SEAL 2000, el viejo cuchillo de combate, de su bolsillo. Sintió el peso en la palma de su mano por última vez y pasó el pulgar por la hoja con cuidado. Luego se agachó y la dejó en el suelo, junto a la lila.

Finalmente tomó un encendedor y encendió la pequeña vela que había comprado en la floristería de Slagelse. La hundió con cuidado en la fina grava que cubría la tumba.

Aquella iba a ser su última visita al cementerio. Un cierre necesario. Una despedida necesaria. Bosse habría sido el primero en decirle que dejara el pasado atrás y se pusiera en marcha. Era hora de cuidar a los vivos en lugar de a los muertos.

El móvil le vibró en el bolsillo.

—Hola, soldado. ¿Interrumpo algo?

No hacía falta preguntar quién era.

—No. Estoy en el cementerio de Høng ahora mismo.

—Por tu camarada Bo Hansen, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora puede descansar en paz. Tú luchaste por ello.

—Estoy seguro de que preferiría estar vivo.

—Existe una cosa que se llama justicia, Oxen. Solo que a veces hay que darle alguna ayudita… Pero, oye, hay algo que me gustaría decirte.

—Te escucho.

—Han encontrado a Morten Lundbye.

—¿Dónde?

—En España. En Bilbao. En un callejón oscuro. Muerto a tiros.

Se quedó allí y no dijo nada. Mossman tampoco dijo nada.

—¿A tiros? —dijo al fin, rompiendo el silencio.

—Por lo visto, tres. La policía local está en ello. Pero ahora mismo no pinta bien —se quejó el exjefe del CNI.

—Un asesinato que resulta bastante apropiado para todas las partes…

—Así es, soldado.

—¿Y qué hay de John Smith, o más bien Eric Bancroft? ¿Alguna noticia?

—No, pero no le auguro una larga vida. Que tengas un buen día, soldado. Nos vemos.

Estaba empezando a llover cuando volvió a guardar el teléfono en el bolsillo. Caía una lluvia silenciosa, de esas que podían durar mucho tiempo. Las nubes se habían juntado en un manto denso, gris y oscuro. Casi no soplaba el viento.

Miró la tumba por última vez. La lápida. La inscripción. Las plantas. La lila. El cuchillo. Y la vela… Entonces levantó lentamente el brazo derecho, saludó, dio media vuelta y se fue.

Los adoquines del estacionamiento de la iglesia brillaban húmedos. Se montó en el coche que había alquilado y echó un último vistazo a Finderup Kirke, tan bonita en su pequeña colina.

Pronto iría a Høng. Visitaría a los padres de Bosse en la casa de ladrillos rojos de la calle Main. Se tomaría una taza de café con ellos y les diría que el responsable había sido llevado ante la justicia, aunque nunca les regalarían una explicación oficial. También les diría que el mundo no siempre se veía como era en realidad. Y por fin les explicaría lo que acababa de comentar con Bosse: que aquella había sido su última visita al cementerio.

Después saldría a dar un paseo. Iría a la casa de sus padres, si es que se podía llamar así a un lugar en el que solo había vivido dos años, se quedaría muy quieto en la acera, y sabía cómo se le removería el estómago al imaginar a su padre volviendo a casa de muy mal humor, y a su madre, su hermana y él mismo apoyándose, angustiados, contra la pared.

Puso el coche en marcha, encendió el limpiaparabrisas y salió del estacionamiento.

Y cuando hubiera hecho todo eso, se iría y no volvería más.

Miró el reloj. Faltan unas buenas setenta y dos horas.

La lluvia lo había acompañado desde el oeste de Selandia hasta Copenhague. Estaba sentado en el alféizar de la ventana, con una taza de café en la mano. Dentro, la ventana estaba empañada por el vapor caliente. Fuera, las gotas corrían por la gran ventana de la sala de estar creando rayas estrechas. El comienzo del verano estaba siendo inusualmente húmedo este año.

N. Oxen, Dalstrøget 145, Vangede.

Todo sonaba raro y extraño. O tal vez solo tuviera que acostumbrarse a tener una dirección permanente. Unos días no eran suficientes.

Vivía en una de las últimas casas del gran condominio. Bloques amarillos de tres pisos, cuya primera fila tenía un inexplicable patrón en zigzag de ladrillo rojo. Bajo la lluvia parecía que las casas sangraban por las alcantarillas, probablemente el único lugar en el que brotaba la sangre en Vangede. Cuando estaba seco, el dibujo le recordaba unas feas cicatrices.

Su casa era de las pocas que no tenía muchos ladrillos. Solo algo de tejido cicatricial en el borde de la fachada.

Aparte de eso, nada en aquella zona resultaba dramático. Aquí uno se sentía tan seguro como si estuviera acurrucado bajo una cálida manta. Ni coches destrozados ni tanques ni ruinas carbonizadas ni paisajes quemados.

Había árboles, setos de hayas y macizos de flores junto a las cuidadas franjas de césped. Todo aquí era bonito y verde.

Había comprado un juego de platos en el IKEA de la calle Nybro. Si necesitaba algo para poner en ellos, el Netto más cercano estaba a solo ochenta metros. Y si en el supermercado no encontraba lo que buscaba, solo tenía que caminar doscientos metros hasta Munketorv, donde había un Lidl. Y al lado del Lidl había una carnicería, y al lado de la carnicería, una tienda que vendía todo lo que una cocina italiana podía ofrecer. La tienda se llamaba Lago di Garda y le trajo recuerdos del año en que su madre le preguntó con cuidado a su padre qué pensaría de comprar una autocaravana e ir de vacaciones al lago de Garda. La tercera vez que preguntó, obtuvo un ojo morado en respuesta.

Estiró las piernas bajo el amplio porche de la entrada y bebió un sorbo de café. Era café en polvo, pero bastante decente.

El agua seguía corriendo por la ventana. En la casa de enfrente,

una anciana paseaba de un lado a otro, bajo su balcón cubierto. Llevaba la misma bata púrpura que los días anteriores. Andaba cada día muchos metros sin moverse de casa.

Frente al Lago di Garda, al otro lado del semáforo, quedaba la estación de tren de Vangede. Desde allí podían darse los primeros pasos hacia un mundo sin fronteras. Herning, Helmand o Hong Kong. No había grilletes en su nuevo hogar. Pero tendría que ser un verdadero idiota para elegir Helmand.

Apartó la mirada de la horrible bata. Su sala de estar estaba vacía, a excepción de un televisor y una almohada grande en el suelo. En la habitación de al lado, un colchón, también de IKEA, y, en la cocina, una mesita y un taburete de los mismos fabricantes de muebles suecos. Lo único que se había llevado consigo de su antigua habitación fueron los siete.

En su mente pasó por todos ellos. Consultó el reloj y calculó cuánto más tardaría.

Bosse, el cementerio y Høng habían sido los últimos elementos de su lista de tareas pendientes. Ahora había acabado con todo: había visitado a Ieva en Vilnius y a Tessa en Klöverö, había tomado panceta de cerdo crujiente con salsa de perejil con Fritsen y su esposa, y había ido a ver también al Pastor.

No le quedaba ningún cabo suelto.

Ningún puente quemado.

Estaba listo para el gran reinicio.

Al día siguiente se enfrentaría por primera vez al psicólogo que le habían recomendado en Servicios Sociales. Solo de pensarlo se inquietaba. Franck lo había señalado con el índice a modo de advertencia, aconsejándole que tratara al psicólogo como a un amigo y no como a un enemigo, y le había indicado que probablemente lo pasaría mal en algún momento de la terapia, pero también le había asegurado que se levantaría todas las veces después de caerse, porque era un tipo duro y tenía más vidas que un gato.

Margrethe Franck resultaba increíblemente agotadora a veces. Eso, y mucho más…

No la había visto desde que salieron a cenar después de su cita con Servicios Sociales. Habían hablado por teléfono un par de veces, y él había pensado a menudo en llamarla, pero al final siempre era ella la que se ponía en contacto. Estaba muy ocupada en su nuevo trabajo en el CNI, y Oxen no quería molestarla. Bueno, eso y que tampoco tenía nada que contarle. Además, seguro que al acabar el trabajo ella recorría las calles en su Mini Cooper mientras oía Metallica a todo volumen.

Volvió a mirar su reloj. Habían pasado solo unos minutos. Le quedaban aún sesenta y siete horas antes de encontrarse con Magnus.

Se había visto obligado a rechazar la idea de Birgitte de ir al Tívoli. Había demasiada gente allí. En lugar de eso, el zoológico. Necesitaban un lugar para caminar con algo que ver. Algo de que hablar. ¿Quizá incluso algo de lo que reírse? Si pudieran reír juntos…

Esperaba que los lémures, los tigres e incluso el lobo más sarnoso lo apoyaran. Podía decir muchas cosas sobre la mayoría de ellos. Conocía bien a los animales.

Aquella iba a ser la reunión más importante de su vida. Y, con mucho, la misión más difícil de todas las que había realizado. Aparte de la acera frente a la entrada principal, no tenía coordenadas. Sin refuerzos en la espalda, ni por tierra ni por aire. Sin punto de recogida. Sin puerta trasera.

Iría desarmado. Iría solo. Iría como nació: indefenso y desnudo.

Sesenta y siete horas le parecieron de pronto como un segundo, desgarrado por un proyectil en fragmentos interminables. Como una caminata hacia el horizonte.

Había ido tan lejos… pero no importaba cuán lejos fuera, pues nunca llegaba a casa.

La lluvia aún corría por el cristal, dejando pequeños surcos; y por sus ojos, dejando huellas en las mejillas y el cuello.

Y todo se desdibujó tras su ventana, en Vangede.

EPÍLOGO

Han pasado seis años desde que comencé la historia de Niels Oxen y lo saqué del sótano de Copenhague para llevarlo al bosque del Rold, y de allí a emprender un viaje cada vez más complejo y más profundo hacia el reino de las sombras del poder.

Durante este trayecto se me han abierto las puertas de castillos y se me han brindado grandes —y pequeños— conocimientos. Es hora de agradecer a todos los que me han ayudado en el camino.

Como expliqué en los dos primeros volúmenes, soy periodista de formación. Tal vez por eso me interesa tanto saber si la ficción puede albergar hechos reales.

El Danehof de Nyborg existió realmente, como un Parlamento medieval compuesto por los hombres más poderosos del reino. El castillo sigue hoy en pie y se ha convertido en un museo.

El castillo de Torup también existe y es tan pintoresco como se describe en estas páginas; está situado al este de Malmö, en Suecia. Os resumo brevemente a continuación su verdadera historia.

En el pasado reciente, el castillo fue propiedad de la familia Coyet, de la que quisiera destacar la personalidad extraordinaria de Henriette. A través del matrimonio, el castillo pasó a manos de la familia Von Leithner. Su último heredero se mudó a Torup en 2012, aunque el castillo ya se había vendido al municipio de Malmö en 1970.

El parque del palacio está abierto al público. En los meses de verano se realizan visitas guiadas por algunas de las estancias.

La familia Kopparstierna es fruto de mi imaginación, aunque está obviamente inspirada en la poderosa familia Gyllenstierna, de la nobleza danesa-sueca. Algunas de las posiciones sociales más influyentes de los Gyllenstierna sirvieron como modelo para la historia familiar de los Kopparstierna.

¿Y Klöverö? Pues Klöverö está donde debe estar: en el archipiélago sueco. Y la isla danesa de Egholm también existe en la vida real.

La Cruz al Valor, la misma que recibió mi personaje principal, Niels Oxen, es la condecoración militar más importante de Dinamarca. Solo se ha otorgado en una ocasión.

Jens Henrik Jensen

JENS HENRIK JENSEN (Søvind ved Horsens, Dinamarca, 1963). Trabajó durante mucho tiempo como periodista, profesión que compaginó con su labor de escritor.

Pese a publicar su primera novela en 1994, el reconocimiento no le llegó hasta 2012, año en que aparece la primera entrega de la saga Oxen: *Oxen. La primera víctima* (*De hængte hunde*), que constituye la octava novela del autor. La serie se ha traducido en más de quince países y pronto contará con una adaptación cinematográfica.

Jensen confiesa que no le gusta la violencia y el derramamiento de sangre, pero sí la vida clandestina del agente secreto, y entre sus principales influencias cita a Le Carré, Deighton, Ludlum y a los escritores suecos.

Actualmente vive cerca de Søvind, al norte de Horsen, junto con Mai y sus dos hijos, Hugo y Víctor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Epílogo

Sobre el autor